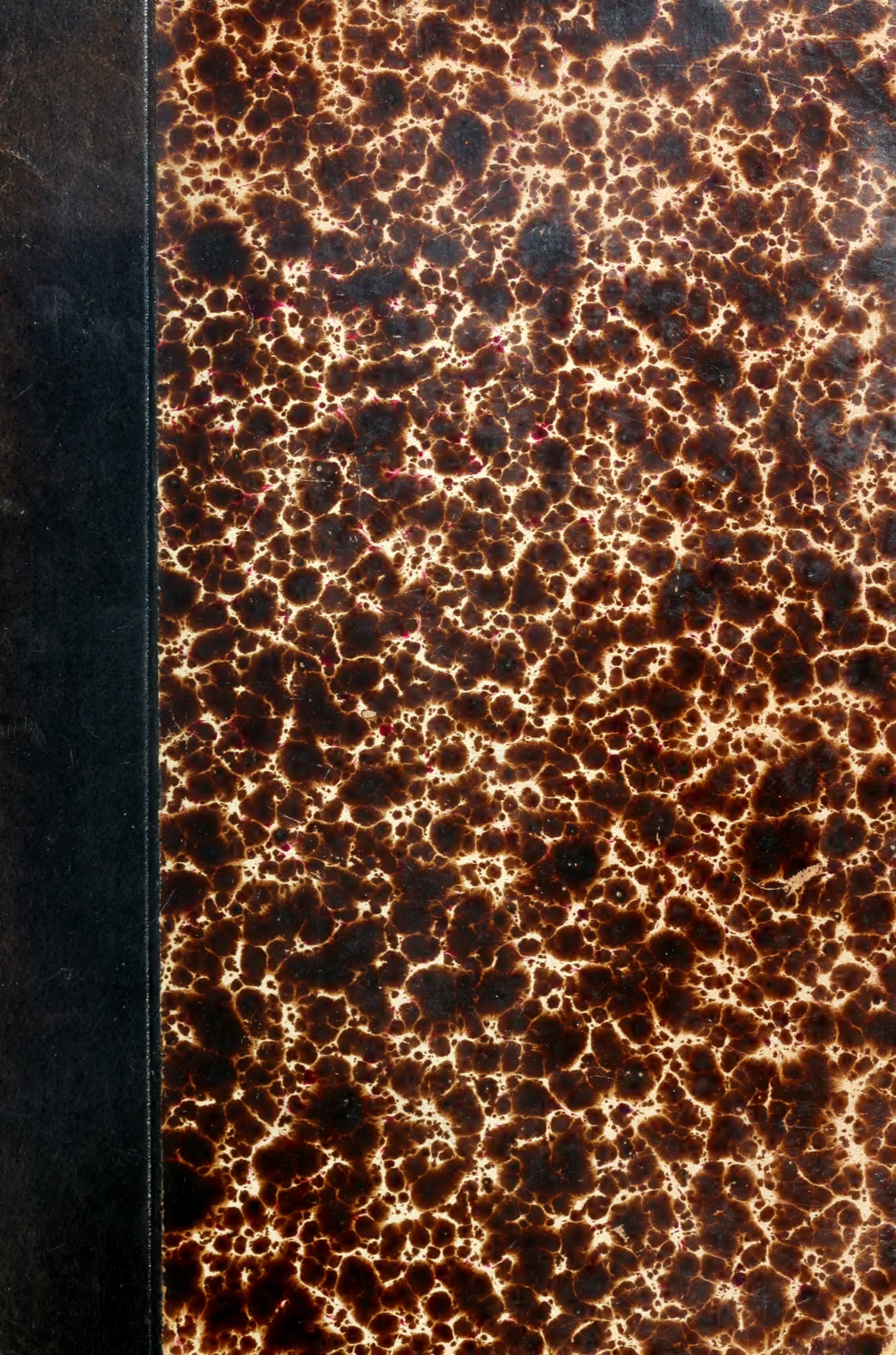
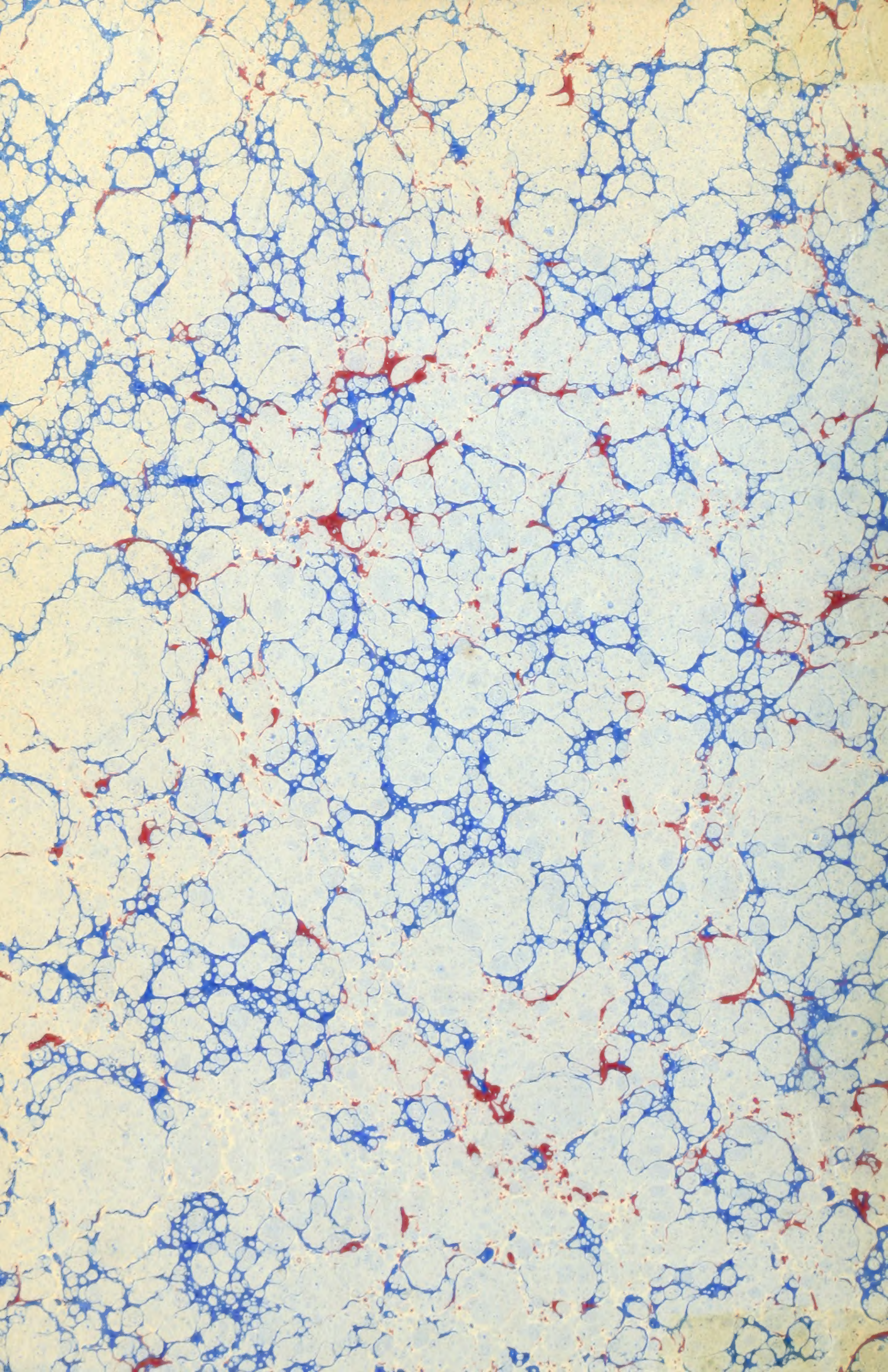
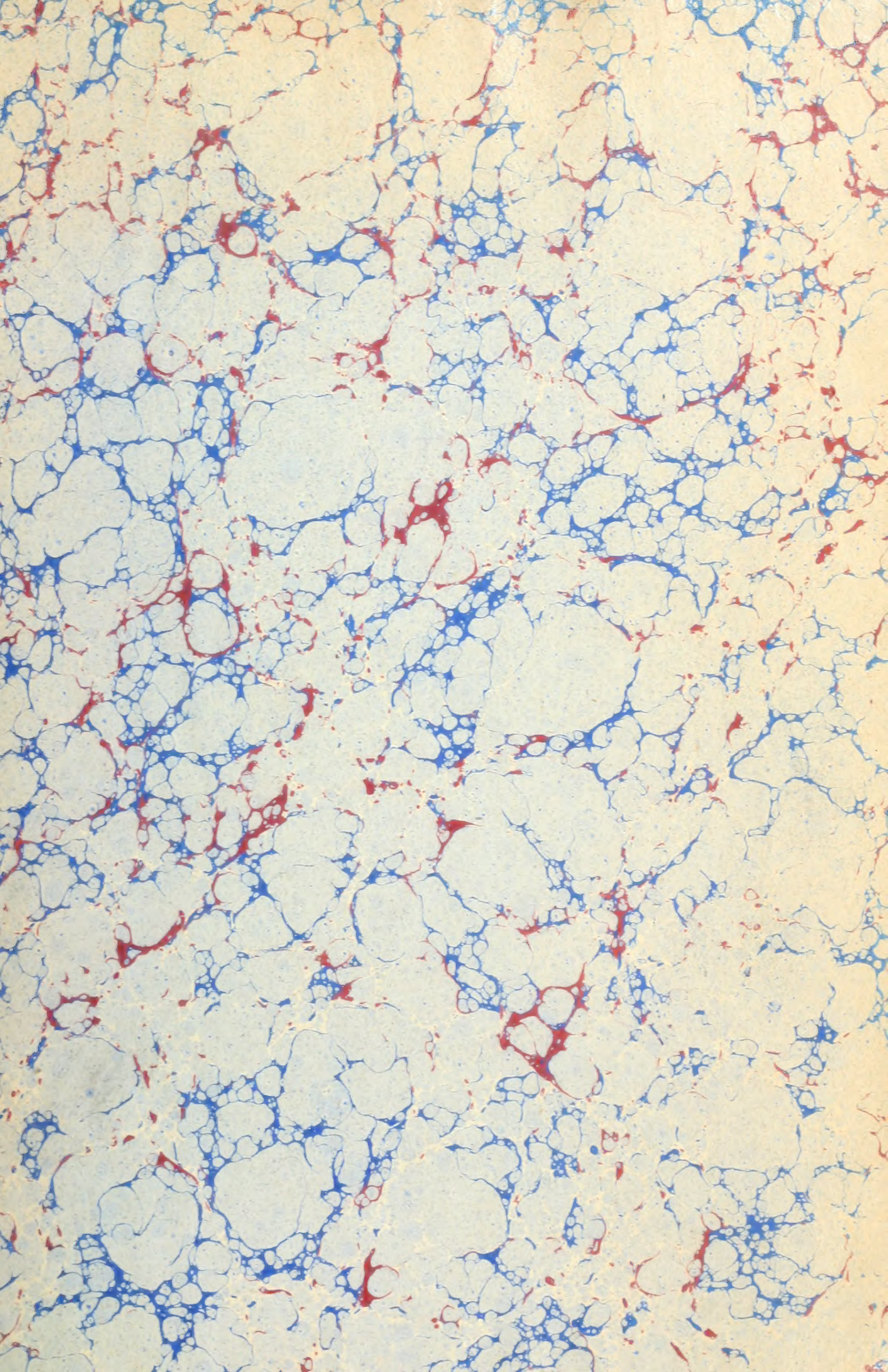






ARTE DE COMPONER

EN

LENGUA CASTELLANA

POR

D. CLEMENTE CORTEJÓN

DIRECTOR DEL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO DE BARCELONA,
CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE LA LITERATURA
Y CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

4.ª EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48

1911

ARTE DE COMPONER

EN

LENGUA CASTELLANA

DEL MISMO AUTOR

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Primera edición crítica con variantes,
notas y el Diccionario de todas las palabras usadas en la inmortal novela.

Esta obra constará de ocho tomos, seis de texto y notas de *Don Quijote*, y dos de Diccionario.

Van publicados cinco tomos, compuestos de las siguientes páginas: —Tomo I: CLXVI+309. — Tomo II: LXXXIII + 408.— Tomo III: LXXXI+385.—Tomo IV: LXI+375.—Tomo V: XXII+513.

En 4.° mayor, con facsímiles y variantes. Su precio es de **20** pesetas cada tomo en Madrid y **21** en provincias, francos y certificados.

El tomo VI y último de *Don Quijote*, que comprenderá aproximadamente las mismas páginas que los anteriores, está en prensa.

ARTE DE COMPONER

EN

LENGUA CASTELLANA

POR

D. CLEMENTE CORTEJÓN

DIRECTOR DEL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO DE BARCELONA,
CATEDRÁTICO DE HISTORIA DE LA LITERATURA
Y CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

4.ª EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48

—

1911

MADRID.—IMPRENTA DE FORTANET, LIBERTAD, 29.—TELÉF. 991

Desdeñoso lector: Sin pretensiones de acierto, y con título que fuera ambicioso, si no hiciese aquí como de señuelo para atraer á los incautos, que de otra suerte no pararían quizá su atención en la hermosura de nuestra lengua, lanzo hoy á la publicidad este modestísimo libro, cuyo génesis, hablando á la moderna, se debe á ese ir y volver de nuestros ministros de Fomento, ahora de Instrucción pública, por el camino que guía al mejoramiento de la *Enseñanza*.

Pero vamos al cuento que motiva este *prólogo, proemio, preliminar, preludio, advertencia* ó *prefación*, si te pareciere más rimbombante. Es el caso que un día, el 16 de Septiembre de 1894, cuando nadie se lo imaginaba, comenzada ya la matrícula, llamaron estrepitosamente, como lo tienen por costumbre, á la puerta de los Institutos, las asendereadas *Reformas*.

Faltónos tiempo para abrir la cancela, y aun cuando entre ellas había caras desconocidas, y muchas no se presentaban con el debido comedimiento, antes bien, mostrando desenvoltura ajena á la gravedad de la Ciencia, con todo eso, el recibimiento que se les hizo, fué en general respetuoso, por no decir en extremo cortés, y si alguien dió señales de desconfianza, tal hubo que hizo alarde de tocar en los límites de la más exquisita amabilidad.

La primera con quien topamos se llamaba *Práctica de composiciones en prosa castellana*. Y yo, desvanecido cual ningún

otro, viendo ser ella aquel ideal de belleza acariciado durante largos años, hube de preguntar: ¿hay por ventura un método *práctico* que nos lleve con paso cierto y seguro por el arte de sembrar con elocuencia la divina palabra, de escribir con amenidad y galanura, con gracia, con acrisolado gusto, en esta lengua, hija mimada de la latina, muy parecida á su madre en la majestuosa hermosura y varonil talante, en el arreo de las palabras, en el concierto de sus expresiones, en el artificio de sus cláusulas? Á lo que entiendo, respondió uno con no poco desenfado: ese arte no se ha escrito aún, ni se escribirá nunca, como no se lo dicte la vanidad á uno de esos retóricos relamidos; es secreto que la muerte arrebata al llevarse á los clásicos y maestros en bien decir. ¿Conocéis á alguno que pueda adivinar el método de composición seguido por Cervantes? ¿Sabéis el vergel, mejor todavía, el florilegio en que fué á buscar las flores con que matiza sus escritos? ¿En qué escuela *aprendió* la sal, el dulce abandono, el donaire con que sazona sus cuentos? «Le nacían, *se ha dicho,* entre las manos, en los huertos de la Macarena y Triana, en sus peregrinaciones soldadescas, en la *escuela* abierta del pueblo que tanto frecuentó, pues los genios observadores de todo sacan provecho y á veces *aprenden* á conocer más en los azares de los caminos, que en la lectura de los libros, que son observaciones de ajenas experiencias.» (1).

Pero también es fuerza confeséis, repuso nuevamente, que junto á este arte hay otro menos ambicioso, en el que sin faltar á la *sinceridad*, virtud soberana que resplandece y campea sobre las demás, sin dar en afectación, pecado gravísimo, se pide al escritor ponga su primer cuidado en no desairar á la Gramática, madre de buena crianza entre personas cultas; en valerse de la propiedad para abrir, como con llave de oro, todos los secretos del corazón: en regalarse, cuando no ceda en menoscabo de más altas prendas, con la harmonía, engendradora de singular deleite;

(1) Capmany.

en limar un trabajo para limpiarlo de enfadosas repeticiones é inútiles redundancias; en traer con tino vocablos que sirvan de mensajeros al adelantamiento de la industria, á las nuevas ideas, á los estudios científicos sin que por ello se ofenda la castidad y pureza del idioma; en suma, en mostrar cuál sea el *arte práctico* que sabe descender hasta los últimos confines de la prosa técnica y bañarla con reflejos de hermosura. De él andamos muy necesitados, porque *ante todo importa saber escribir,* sin que valga la disculpa de que nos solicitan estudios más graves, de que sobran las reglas para *sentir* lo que hay de más vibrante en el alma humana, y de que siendo nuestra la lengua española podemos hacer con ella lo que más nos viniere en voluntad.

«Juzgando algunos de secundario interés el cultivo de la forma en la labor científica, é impropio de ciertas materias el empleo de la belleza literaria, adoptan un tono doctoral y una rigidez de estilo que producen el cansancio cuando no el abandono de los lectores; y van derechamente, y sin quererlo, al triunfo del error sobre la verdad, de la paradoja sobre la ciencia, de lo agradable sobre lo fastidioso.» (1)

Á los venturosos tiempos en que nuestra lengua era codiciada y aprendida como adorno de moda entre los cortesanos de las naciones extranjeras, han sucedido estos en los que se enseña francés, inglés, italiano y alemán en los *Institutos, Escuelas de Comercio, y hasta en las de primeras letras;* pero, hablando en plata, ¿dónde se aprende castellano? ¿dónde se enseña á escribir en prosa, á pulir y aliñar nuestras composiciones de suerte que lleven un sello de distinción y como de hidalguía literaria? En ninguna parte, para decirlo pronto y de un modo categórico.

«Sucédele al arte de hablar bien para los que concluyen una carrera, lo que al valor entre ciertos militares: se les supone;

(1) Castro y Serrano.—*Disc. de recepción en la R. A. E.*

mas al modo que esta suposición no siempre se comprueba en el ejercicio de las armas, la otra tampoco suele descubrirse en el ejercicio de las letras.» (1)

Muchas veces cruzó por mi mente esta idea; pero si de un lado me afligía tanta penuria, de otro, me arredraba salir en público con ínfulas de maestro, aunque no fuere tal el intento, y si bien me holgaba en ir recogiendo centenares de papeletas, declaro, á fe de cristiano viejo, que allí, en las cajas para este fin *diputadas,* como diría Cervantes, se hubiesen estado durmiendo el sueño de los justos, si el peso que echó sobre mis hombros el famoso, por no decir bendito del *Real Decreto*, no me hubiese dado la traza, ya que no título, para este modestísimo ensayo, simple tentativa, mientras no aparezca otro con más autoridad y caudal de conocimientos.

Comencé, sin que en ello puedan verse ni aun asomos de ratería literaria, por hojear las *Estilísticas* de los alemanes y los libros sobre *Composición* publicados en Francia, para buscar punto en que orientarme. No lo hallé, sin duda, por ser muy otra la bizarría y galanura del idioma castellano.

Volví entonces la vista á los nuestros, y Garcés, Mayans, Capmany, Baralt y Cuervo, me hubieran apartado de tamaña empresa, á no estar en el ánimo de los eruditos lo que con sana crítica se formula en las siguientes líneas: «No es cosa hacedera la de estudiar los libros de los susodichos autores, poco voluminosos, es cierto, pero con muchísima miga y que requieren por lo tanto lectura detenida, no escasa atención y no poco buen juicio para sacar de sus páginas algún provecho. Á buen seguro que estudiándolos se hubieran mareado los que no tuviesen la preparación debida, aun cuando no fuesen personas del todo indoctas, por lo cual habrían acabado por tirar los tales libros, ó cuando menos por dejarlos arrinconados en algún anaquel de su librería entre otros volúmenes de igual ó parecido carácter, sin que les

(1) Castro y Serrano.—*Disc. de recepción en la R. A. E.*

librara de esta suerte de extrañamiento la efectiva bondad de sus textos.» (1)

Para adoctrinar á la juventud, y á los que sin sentar plaza de escritores deseen componer buena prosa castellana, para enseñar á muchos lo que nunca aprendieron, y recordar á otros algo de lo que se les ha olvidado, para todos éstos hace falta un libro que contenga la substancia de cuanto escribieron los autores citados, con la añadidura de abundantes observaciones propias, á fin de que no se den por ofendidas la Gramática y gallardía del idioma.

Nada tan sencillo y elemental como nuestro método; el *Christus*, el *a, e, i. o, u;* y de éstas, la redonda, la *o*, la del puntito, la *i*, y luego la *a;* es lo que el maestro enseña al niño que por primera vez pisa la escuela. También nosotros comenzaremos por la *o* y la *i*, *literariamente miradas*, y luego hablaremos de la *a*, origen de infinitas caídas para los que, lanzándose á escribir, ignoran cuando el acusativo de una oración de activa ha de estar precedido ó no de la primera letra del alfabeto.

Es muy bueno tener en cuenta que el aprendizaje de escribir sin defectos gramaticales ni retóricos, ó con el menor número de ellos, no se improvisa con cuatro reglas volanderas, ni con el ejercicio de cuadros sinópticos sobre las figuras, el estilo y la oratoria, ni con el análisis lógico sobre el plan que al escribir esta ó aquella composición se trazó, más ó menos acertadamente, su autor; sino que, además, es preciso acudir un día y otro con verdadera vocación y espíritu devotísimo al templo del lenguaje, al templo de la elocuencia, como decía uno de nuestros clásicos, y ejercitarse allí, al modo de lo que se hace en el taller del escultor, en el estudio del pintor, en la escuela de música: en tareas como la de aprender la maestría con que los clásicos ataviaban sus escritos; en ocupaciones nobilísimas, como la de redimir los pecados que otros cometieron; en ensayos, humildes,

(1) F. Miquel y Badía. *Diario de Barcelona*, 29 de Octubre del 95.

es verdad, pero útiles por todo extremo, como el de descomponer un período en sus partes ó elementos, analizar su construcción y régimen, quitar las cacofonías, hiatos y asonancias que lo mancillen y los barbarismos é impropiedades que así ofenden á la majestad del idioma como al buen juicio del lector. Cesen, pues, en las aulas, hasta que los alumnos marchen desembarazadamente por este camino, las tentativas dramáticas, junto con la composición de odas descoloridas y la lectura de ampulosos discursos, sin padre conocido. Sólo pocas veces, tratándose de jóvenes en quienes comienza á asomar la aurora del numen; sólo en casos excepcionales, como los que se cuentan de nuestro Lope de Vega, de Villegas y pocos más, podrá admitirse ser cierto que niños de doce á catorce años compongan un diálogo dramático, cantilenas y anacreónticas, ó bien un canto épico, á don Alonso de Aguilar, por ejemplo, como el de Menéndez y Pelayo.

Esto por lo que mira á los alumnos de Retórica que aún no tienen ideas propias, y las ajenas son tan pocas, y entraron tan atropelladamente, que ha de costar grandes esfuerzos conseguir que al terminar el curso puedan redactar una instancia, un informe, un oficio, ó escribir una carta sin el consabido estribillo: *Idolatrada madre: Me alegraré de que al recibo de estas cortas letras se halle V. con la más cabal salud que yo para mí deseo, á Dios gracias.*

Los escritos desabridos é iliteratos de no pocos médicos; muchos informes de abogados; las memorias que redactan algunos ingenieros y arquitectos; los instrumentos notariales, causa de perpetuos litigios; la malhadada redacción en las convocatorias de subastas, fuente inagotable de enredos; el vocabulario de barbarismos é impropiedades, deshonra de las oficinas del Estado, y hasta de una buena parte de los libros destinados á la enseñanza; tales engendros muestran claramente la anarquía literaria en que vivimos y llevan al ánimo la convicción de que mientras la *Preceptiva*, como ahora llamamos á la antigua *Retórica*, no se convierta en el estudio *práctico* de escribir con pu-

reza, corrección y galanura de estilo, esta enseñanza será letra muerta, así para los niños, como para los adultos á quienes teóricamente explican elocuencia y oratoria.

Para dar apacible solaz al ánimo, á fin de que las páginas de este libro no se tornen antipáticas por su adusto ceño, háse procurado seguir la corriente de nuestra época, cambiando la aridez de la doctrina en plácido recreo, en dulce esparcimiento, que deleite y á la vez nutra el espíritu, si vale la metáfora. De ahí la forma amplia, holgada, ajena al rigor científico, y enderezada únicamente á los que ya no han de acudir al templo de Minerva; á los que terminaron ó están á punto de terminar su carrera, á los *maestros,* á quienes importa economizar trabajo. Penetrados éstos del fin que nos anima y mueve al publicar tan humilde ensayo, no ha de maravillarles que á par de esta forma anden juntos el estilo sencillo y la templanza didáctica, que tan bien cuadran á reglas, cuyo estudio solicita tan sólo á los pequeñuelos, más bien *receptivos* que *activos,* como se ha dicho en ampulosa, por no llamarla enrevesada frase. Pobrísimo resulta el estilo de los *Ejercicios:* carece de variedad, no tiene arte, pero dice bien con *aprendices* de literato que desde que topan con el primer capítulo del libro se han de ver forzados á optar por uno de dos ó más giros, á substituir un nombre ó un verbo por otro, á *componer algo,* por mínimo que se juzgue y sea en realidad.

Con el noble propósito de que los pasajes todos de un autor se disputen en una misma palestra, hánse citado, junto á los que por su primor y hermosura se granjearon fama perdurable, aquellos otros que, por la incorrección y poco aliño, son merecedores de perpetua censura. Forman estos retoques á modo de lecciones íntimas, que señalan claramente cómo un rasgo elocuente queda á veces deslucido por una de esas imágenes gastadas ó brutales á causa de su exageración, por cierta locución viciosa, por una palabra impropia. «Yo, decía Longino, he presentado no pocos yerros de Homero y de otros varones señalados, y no los he propuesto para complacerme en sus caídas, sino para indicarlos.

no como defectos voluntarios, sino como deslices cometidos por descuido y como por casualidad, originados por la grandeza del ingenio que ha arrebatado fuera de sí á los autores. Con todo, los yerros de estos grandes hombres se rediman las más de las veces con un solo pasaje sublime, ó con una sola belleza de sus escritos, y lo que es más todavía, que si uno recoge todos los defectos que hay en Homero, en Demóstenes, en Platón y en otros altísimos ingenios, y los reune todos, como en uno, hallará que son la mínima parte ó casi ninguna con respecto á las cosas lindísimas que han escrito estos héroes de la literatura.

Por eso la posteridad, manteniéndose invencible á los esfuerzos insanos de la envidia, les decretó las insignias del triunfo, y aún hoy se las conserva intactas, y parece se las conservará,»

«Mientras rueden las ondas de los ríos
y la copa del árbol reflorezca.»

Hechas estas advertencias, entremos en materia desnudos de toda presunción, y... á la de Dios.

CAPÍTULO I

Defectos y primores literarios que en el uso de las vocales puede haber.

—

Aunque siempre deba ponerse la atención más en las cosas que en las palabras, los buenos maestros la fijan hasta en defectillos como el de la junta y concurso de unas mismas vocales, ya que el juicio del oído, en sentir de Cicerón, es en extremo *arrogante*. Por lo tanto, comenzaremos afirmando: la

O

conjunción disyuntiva de ásperos modales, que durante siglos había resistido fuertemente á la lima del buen gusto, se complace hoy en que la substituya la *u* cuando la palabra siguiente empieza por *ó* ú *ho;* v. gr.: «diez *ú* once», «el día *ú* hora», y no sufre de ningún modo que digamos: «esos papeles *ó* obras», sin mi consentimiento *ó* orden». ¡Con cuánto regocijo ve aquí en su puesto á la *ú!*

Por lo mismo que se mostró tan reacia en ceder el sitio á la *ú,* fué y es tal su arrepentimiento, que los escritores más pulcros se valen de ella hasta en los casos en que la palabra precedente concluye por o, y dicen: «entorpecimiento *ú* abuso», «amigo *ú* abonado», costumbre laudable de la que nos dejó insigne ejemplo Francisco de Rojas:

> Ya en las ventas estamos
> del muy noble señor Torrejoncillo,
> *ú* del otro segundo Peralbillo.
>
> (*Entre bobos anda el juego*. Act. 1.º, Esc. IV).

REGLAS.—1.ª Evítase el concurso de la *o* con otra *o*, convirtiéndola en *u*, cuando la palabra siguiente empieza por *o*, ó por la sílaba *ho;* v. gr.: tres *ú* ocho; mujer *ú* hombre.

2.ª Dejan gustosos la *o*, en obsequio á la eufonía los adjetivos *primero, tercero, ciento, tanto, grande, etc.*, cuando preceden al substantivo.

3.ª Á veces se eclipsa por completo la *o*, como es de ver en este gran maestro de bien decir *(El Solitario):* «Tarde *que* temprano la civilización de Marruecos ha de correr á cargo de nuestra Península.»

EJERCICIOS

1.º «Facineroso, salteador *ó* otro delincuente.»

2.º «Que no se imprima ningún libro *ó* obra.» —*(Quij.* I, 57.)

«Uno *ú* otro tuvo un fin desastrado.»

¿Tiene razón la *ó* para negarse á que la substituya la *ú* en los ejemplos anteriores? ¿hay en ellos mal sonido?

3.º «Por esta definición (la del estilo) se comprende que no es una cualidad y condición especial del pensamiento *ó* del lenguaje.»

Ni del lenguaje, señor retórico.

4.º ¿Por qué en la *Gaceta* del 9 Nov. 1898 se hace la siguiente rectificación: «Liquidaciones *ó* arqueos, balances *ó* inventarios?» ¿debe decir: «liquidaciones *y* arqueos, balances *é* inventarios?

5.º «Á buen seguro sienta el alma tarde *que* temprano á su amado...» se lee en un *Epistolario espiritual* de 1624.—¿Sería más expresivo poner *ó* en vez de *que*?

6.º «Y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir á la *buena* hora?» *(Quij.* I, 3). Juzgando por analogía, ¿debió decir: en *buen hora*?

Y

Veleidosa por naturaleza, la *y* vino, como si dijéramos, dando tumbos desde los comienzos del idioma. ¡Cuánto costó que sentase la cabeza! Antojósele no modificar su traje latino, y por algún tiempo se salió con la suya, diciendo:

Pues dam' una cinta
bermeia, bien tinta,
et buena camisa
fecha á mi guisa.

(El Arcipreste de Hita.—*Cántica de la Serrana).*

«Et al tercero dia, teniendo todo el aparejo, partieron de alli é fueron su camino, é al quinto dia...»

([illegible] III).

Luego, sin duda, para preservarse de los rigores del frío se encasquetó una *h:*

Hi ganó á Colada, que val' mil marcos de plata.

(*Gesta de Mio Cid.*—v. 1018).

Desnudándose de la *t* escribía:

É fizo los animales
é los peces, moradores
en las aguas generales,
é que el aire recibiese
las volantes
aves, *é* así concordantes
toda especie produjese.

(Marqués de Santillana.—*Proverbios).*

«Ca pues él es alma *é* vida del pueblo.»

(*Las Siete Partidas.*—II, tít. X).

Después, dando muestra de nuevas ligerezas se encastilló en la significación de *allí*, sin que humanamente se la pudiese sacar de este adverbio:

E Diego é Ferrando *y* son amos á dos...
Bien lo sopiese que *y* serie esa noch...

(*Gesta de Mio Cid.*—v. 3119-3128).

Otrosí, cuentan entre las travesuras de su juventud, aquella de ponerse como en jarras delante de la tercera persona del presente de indicativo del verbo *haber:*

«Aun *y ha* otra manera que se face por homenaje que es la más grave.»

(*Las Siete Partidas.*—IV, tit. XXV).

Al fin, los años la hicieron tener juicio y pensar en que debía establecer definitivamente su imperio, no sin arrojar antes de

sus vastos dominios á la intrusa de la *h* y á la descocada *et* de los romanos. Sin embargo, tuvo, y aún tiene una complacencia con su hermana la *e*, hija tierna y dulce de los que lloran, y tan melancólica como el vago sonido que se pierde en el valle cuando respondemos amorosamente á la voz que nos llama desde lejos.

Ocuparás mi trono, le dijo, cuando la palabra siguiente comenzare por *i* ó *hi;* sea ejemplo: ponzoñoso *é* infernal; padres *é* hijos. Lindo artificio con el que se destierra de la cláusula el estridente sonido de dos *ies*.

Mira, prosiguió, cuento con el número de mis triunfos por el de los celosos escritores. Y si no, dime: ¿quién expresaría con más énfasis que yo el arrobamiento de los apóstoles al contemplar la Ascensión del Salvador?

¿*Y* dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle hondo, escuro
con soledad y llanto,
y tú, rompiendo el puro
aire te vas al inmortal seguro?

(Fr. Luis de León.—*Á la Ascensión*).

¿No te sorprende este otro andar grave y reposado, muy propio de la majestad del asunto?

Y el Santo de Israel abrió su mano
y los dejó, *y* cayó en despeñadero
el carro *y* el caballo *y* caballero.

Tales primores son parte á que ande reñida con los que echándosela de amigos ponen empeño en rebajarme hasta la humilde condición de lo que sirve (1) para juntar ventanales y puertas. Sin duda, les pasó inadvertido que las verdaderas transiciones reciben su energía del alma del concepto, y no de una conjunción *mecánica*. ¿Cómo pudo obscurecerse tan luminoso principio á quien blasonaba de *contar, pesar* y *medir* las letras? Así fué. ¿Que no? Mira la prueba:

«La adversidad preserva nuestra vida de corrupción, *y* es propiamente su sal *y* desarraiga el alma del amor de la tierra que

(1) El *perno*.

nos envilece, y la desapega, y como desteta y nos allana y facilita el salir desta vida; y cría en el ánimo, no solamente desamor della, sino también un desprecio junto con una alteza y gravedad celestial.»

(Fr. Luis de León.—*Exposición del libro de Job,* c. II).

REGLAS.—1.ª Por una ley fonética, que no es del caso explicar ahora, se cambia la conjunción *y* en *e* cuando la palabra siguiente empieza por *i* ó *hi;* v. gr.: propietario *é* industrial; madre *é* hijo (1).

2.ª La *y*, que sabiamente repetida, es verdadero primor del lenguaje, se torna en defecto cuando el escritor, dando á sus frases un paso infantil, las ata, como si temiera que se le cayesen, con la repetida partícula, pecado en que incurrió el autor de los *Nombres de Cristo,* y hasta el mismo Cervantes, como puede verse por el siguiente pasaje:

«... *y* aunque D. Quijote se la tenía, no se meneaba del lecho, *y* no sabía qué podía ser aquello, *y* estábase quedo *y* callando, *y* aun temiendo no viniese por él la tanda *y* tunda azotesca. *Y* no fué vano su temor...»

(Cerv.—*Don Quijote*, II, 48.—Edic. crítica; Madrid, Suárez, 1911, vol. V, pág. 459).

3.ª La palabra *que* deja de ser relativo y toma lindamente la significación de *y,* como en aquel cantarcico popular:

Esta es Simancas,
Don Opas traidor;
esta es Simancas,
que no Peñaflor.

EJERCICIOS

1.º «Sancho Panza... dejó su mujer *y hi*jos, y asentó por escudero de su vecino.»—*(Quij.*, I, 7).

(2) «*Y hizo* á mi esposo partir.»

(T. de Molina —*Don Gil de las calzas verdes.* Acto 1.º, Esc. 1.ª)

---

(1) Agua, azucarillos *y hi*elo, este y otros ejemplos semejantes han de considerarse como excepción de esta regla; pues en ella sólo se habla de *hi;* mas no de *hie*, que es diptongo.

3.º «*E* por esso la loaron mucho los sabios antiguos, *é* los Santos, *é* señaladamente el rey David.» (*Las Siete Partidas.*—II, tít. X)

4.º ¿Tendrían más fuerza conjuntiva las frases: dale *que* dale, erre *que* erre, firme *que* firme, si convirtiésemos la palabra *que* en *y*?

5.º ¿Acontece lo mismo en este ejemplo de Cañizares:

Y si la veleta vuelve,
se irán, se irán, *que* se irán?
(La más firme es la mujer).

6.º «Quedó el pobre molido *y* jadeando, *y* trasudando, sin poder imaginar qué fuese lo que sucedido le había.» *(Quij.*, II, 63). ¿Fuera mejor haber dicho: Quedó el pobre molido, jadeando *y* trasudando, sin poder imaginar qué fuese lo que le había sucedido?

A

Aunque nacida en la misma cuna, es letra de más alto vuelo que sus hermanas. Conténtanse éstas generalmente con el simple halago del oído; complácese aquélla en satisfacer á la inteligencia. Por su inclinación al deleite musical, por su deseo de parecer lindas y mostrarse dulces en el trato, diríase que las otras vocales tienen algo de damiselas, algo de afeminación; y que la *á*, por su amor al severo razonamiento, por su odio á los que pecan contra la claridad, descubre siempre aspiraciones más nobles, y una á modo de energía merecedora de grande alabanza, como en este ejemplo, en el que la *a* significa el temor y respeto de quien no se atreve á hablar con Dios, uno y trino: «*Á, a, a,* niño soy, hállome ignorante, si tú, Señor, no suples la rudeza de mi entendimiento.» (Mateo Alemán.—*Vida de San Antonio de Padua*, libro 1.º, cap. 14).

Es la primera letra del alfabeto y la que por ventura desconocen los que pasaron en tren exprés (ó expreso, como debiera decirse), por el campo de la Gramática.

«Son tan variadas sus significaciones y usos y se tocan sus acepciones con medias tintas tan tenues, que es empresa sobremanera ardua clasificarlas reduciéndolas á contornos perfectamente delineados.» (R. J. Cuervo.—*Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana.)*

Garcés juntó en el primer capítulo de su tan conocido libro al-

gunos de los casos en que esta letra puede campear con bella gracia en la oración. Nosotros no hemos de seguirle por ese camino; antes bien, nos place sacar á la vergüenza frases heterodoxas... en sentido literario. Entre otras son absurdos contra los que protesta la *á*, apoyada en el sentido común: «*escribir á la pizarra*» ¡como si fuera lícito cartearse con esa señora!; «*coser á la máquina*» ¡como si la pudiéramos atravesar con una aguja! «*13 niños leían á los carteles.*» ¡Por mi vida! ¿Son personas los carteles? ¿Cabe personificarlos en seco informe, como se lee en el de un famoso Inspector de 1.ª Enseñanza?

A **delante del acusativo de persona.**—Si se incomoda con los que la *pasean* fuera de tiempo, no es menor su enojo contra los prevaricadores de la buena sintaxis, y más si se imaginan que escriben como está mandado cuando dicen: *El rey puede nombrar todos los empleados públicos... separar libremente los ministros...* Si se restableciera la Constitución del 45 sería preciso reformarla... gramaticalmente, y colocar la preposición *á* delante de *los empleados* y de *los ministros...* no fuera caso que *el acusativo de persona*, mejor informado de las *ordenanzas* académicas, se alzase en queja contra el legislador por la supresión de la *á* que le pertenece de derecho y al que no renuncia sino en caso de ambigüedad, tal como se echa de ver en estos dos ejemplos: *los romanos robaron las sabinas... los romanos robaron á las sabinas.* Refiérese el primero á los que, procedentes de Albalonga, robaron las hijas de los sabinos; el segundo es una hipótesis, á saber, que los latinos hubiesen quitado *á las* sabinas dinero, alhajas, etc.

Y no me vengan con que si Fulanito suprimía la *á* delante del nombre de persona cierta y determinada, pues aunque fuera el *mismísimo* Tirso de Molina, les diré á ustedes que, aun siendo autoridad en materia de lenguaje, no la tiene aquí, y llamaré rebeldes á los que intenten defenderle por haber dicho: «Vengo á ver *una dama*, por quien bebo / los vientos.» *(Don Gil de las calzas verdes.* Acto 1.º. Esc. 7).—«No hay quien mate *este traidor* / homicida de mi honor.» *(El burlador de Sevilla.* Jornada 2.ª, Esc. 10).—«La noche camina, y quiero / *su viejo padre llamar.*» (Ibid. Jornada 3.ª, Esc. 2.ª)

Esto hace sospechar si el bueno de Fr. Gabriel tendría ojeriza á la infeliz de la *á;* mas sea de ello lo que fuere, he de advertír que no merece censura cuando la suprime delante del nombre colectivo, aunque signifique muchedumbre de personas, ya que el uso anda vacilante en este caso. «Sólo á la posteridad toca juzgar *á* las Cortes españolas.» (Quin.—*Cartas á L. Holland*, 9).—«¿El rey había de estar / *sus vasallos* ofendiendo?» (Lope de Vega.—*La estrella de Sevilla*. Acto 2.°, Esc. 5.ª).—«Resolvieron que... se procurase no exasperar *á* unas gentes dispuestas á cometer excesos.» (Moratín.—*Derrota de los pedantes*).—«Los que fingís y engañáis / *las mujeres* de esa suerte / lo pagaréis con la muerte.» (Tirso de Molina.—*El burlador de Sevilla*. Jornada 1.ª, Esc. 12). «*El burlador de Sevilla* es la comedia más á propósito para conmover y deleitar *á* la plebe.» (Moratín.—*Obras póstumas*. Tomo 1.°).

A **delante del acusativo de cosa.**—Cuando no tengan que habérselas con una persona, ó con ciertos animalitos (no se rían, que para esto de la *á* también los hay con su correspondiente fuero), con nombres propios de lugar, etc., etc., para entonces les pido con la mayor humildad que me supriman delante el complemento directo. ¡Por Dios! no me saquen los colores diciendo que me presente desmañada como sucede aquí: «el *niño ama* naturalmente *á la virtud*.»

Y no salgan diciendo ahora que el acusativo de una oración, representado por una idea abstracta, si está personificada, lleva delante la repetida *á:* «Tema á Dios y á *la infamia*.» (Saavedra.—*Empresa*, 50) y que en esotro ejemplo de Lista: «El mundo entero subyugue *el* entusiasmo que os anima,» *(Poesías Filosóficas)* hubiera sido oportuna la *á*, porque he de recordarles que en las personificaciones el escritor goza de gran libertad.

Lector mío: sería graduarte de tonto, y no lo mereces, descender aquí á pormenores del aula de primeras letras, y decirte que la ORACIÓN GRAMATICAL consta de *sujeto, verbo* y *complemento*.

Sujeto, conformándonos con el lenguaje tradicional y corriente, es cualquiera reunión de palabras, de que se hace uso para representar en la proposición el objeto de quien se afirma ó niega la cualidad anunciada en el atributo. «Todas las palabras de la

lengua, atendiendo á su significación y oficio, pueden considerarse como verdaderos substantivos y hacer de sujeto en la oración: 1.° Los *substantivos*, conforme á su estructura ordinaria: la *sobriedad* es una virtud. 2.° Los *adjetivos*, cuando sólo se considera en ellos de un modo abstracto la cualidad con que modifican, ó cuando habitual ó accidentalmente quedan en la proposición como representantes del nombre, á que se refiere la modificación que expresan: *Lo armonioso* de la expresión me encanta. 3.° El *pronombre*, puesto que tiene como de oficio el substituir á los nombres de las personas y las cosas bajo un cierto respeto: *Yo* pregunto y *tú* no respondes. 4.° El *participio*, en el mismo sentido y por la misma razón que el adjetivo: lo *comido* es lo seguro. 5.° El *artículo*, la *preposición*, la *conjunción*, el *adverbio*, la *interjección*, ya por la razón general de poder, como cualquiera otra palabra, representar por sí como nombres de sí mismas, cuanto porque á veces son nombres de la idea misma que suscitan en la relación que indican. Así, el *no* representa la negación, el *sí* la afirmación, el *contra* la oposición, el *ay* el dolor, etc. 6.° El *verbo*, ya como nombre abstracto, ya también empleado en un modo personal, significando la misma idea de acción ó estado, modificada por alguna otra idea accesoria de persona, tiempo, objeto, etcétera: «*El sentir* no es pensar». (Juan Calderón.—*Análisis lógica y gramatical de la lengua española*, pág. 29). Si parecieren anticuadas estas ideas, consúltese la obra de Benot: *Arquitectura de las lenguas*, I, p. 821, y se verán confirmadas con reflexiones de trascendencia filosófica.

Complemento es la palabra ó conjunto de ellas en que termina la acción ó aplicación del verbo; por ejemplo: *Cervantes escribió el* QUIJOTE; *Caín mató á* ABEL; *no maldigáis á* VUESTROS HIJOS. Cuando las palabras que hacen de complemento pueden convertirse en sujeto de la oración vuelta por pasiva; v. gr.: *el* QUIJOTE *fué escrito por Cervantes*, el complemento entonces es *directo*. Pero si le repugna este cambio, y lleva la preposición *á*, se llama *indirecto*, v. gr.: *voy* á *clase*. La palabra *clase* es aquí complemento *indirecto;* porque no puede decirse: *la clase es ida por mí*.

A **superflua y baldía**.—Si me disgustan los que dicen: «*la Gramática nos enseña hablar y escribir*», etc., porque me suprimen sin respeto y consideración ante el verbo hablar, á cuyo llamamiento debo acudir presurosa, aunque á veces sea un picotero y parlanchín, no me enfadan menos los que á destiempo y fuera de sazón me sacan á relucir: «*llámase régimen á la parte de la*

Gramática que estudia la dependencia», etc.; *llámase métrica á la parte de la Poética que estudia la medida de los versos*».

Decid, niños (suponiendo que estuviésemos en una escuela), ¿sabéis, por ventura, qué oraciones son éstas?: segundas de pasiva, responderían á coro. ¿Cuál es el nominativo de persona paciente? La palabra *parte*. ¿Cómo pueden variarse? Diciendo: la *parte* de la Gramática que *enseña* (la Gramática no *estudia*, se lo sabe todo) la dependencia, etc., se llama régimen..., la *parte* de la Poética que *enseña* la medida de los versos, se llama *métrica*. Luego, ¿podríais decirme, pregunta la *á*, por qué no puedo, ni quiero, ni debo aparecer en este caso? Porque siendo la voz *parte* el sujeto y nominativo de entrambas oraciones y el único que debe ir á la cabeza de ellas, no puedo consentir que nadie, ni yo misma, con todo y ser la primera letra del alfabeto, venga á ocupar el lugar de preferencia. ¿Y cómo lo habéis acertado? Porque estas cosillas fueron las *primeritas* que nos enseñó aquel buen maestro, que en santa gloria Dios haya.

Giro galicano.—Es el de aquellos que escriben con el mayor desenfado: *deseo ver París; dejé Madrid.—Deseo ver á París, dejé á Madrid*, hemos de decir mientras esté en uso la regla que establece poner *á* cuando el acusativo es nombre propio de persona, de lugar, etc., y... mientras no se pierda el buen gusto en España.

Ir en **por** *ir á.*—Voy *en* casa de Juan, vamos *en* casa de nuestra amiga, son construcciones que usa la gente del pueblo en Castilla; pero las personas cultas dicen: voy *á* casa de Juan, *á* casa de nuestra amiga; por más que en tiempo de Cervantes podía, siguiendo la costumbre del siglo anterior, decirse de ambas maneras. El *ad* de los clásicos latinos al indicar la mera dirección, y el *in* para significar la entrada en un lugar, comenzaron á confundirse en el siglo IV; de ahí que antiguamente se dijese: ir *en*, é ir *á*. Hoy las frases: «*Pasé* EN *España*», «*El año siguiente tornaron los franceses* EN *España*», «*Fué forzado al emperador volverse con gran diligencia* EN *Italia*», quedarían reservadas á los pocos catalanes que nunca honraron los bancos de un aula.

REGLAS.—1.ª Exigen la preposición *á* siendo acusativos: 1.º los nombres propios de persona: 2.º los apelativos cuando la significan cierta y determinada: 3.º cuando representan toda la especie ó una clase cuya determinación no ofrezca duda.

Ejemplos: 1.º «El Obispo de Mondoñedo os presentará *á Lamia,* Laida y Flora... Ovidio os entregará *á Medea*... Homero tiene *á Calipso,* y Virgilio *á Circe.*» *(Quij.*—I, pról.); 2.º «Fué mi padre, curó *al muchacho,* apaciguólo y volvióme á la escuela». (Quevedo: *Gran Tacaño);* 3.º «El que dotó *al hombre* de la vista, le cercó también de una esfera de luz, sin la cual fueran inútiles los ojos.» (Lista. *Ensayos.)*

2.ª Piden esta preposición, *alguien, nadie, quien, uno, otro, todo, ninguno, cualquiera*, si denotan persona.

Ejemplo: «Porque quien *á nadie* quiere *á ninguno* debe dar celos». *(Quij.,* I, 14.)

3.ª La llevan, ante el complemento directo de los verbos activos, los nombres propios de animal.

Ejemplo: «Él mismo ensilló *á Rocinante.*» *(Quijote,* I, 17).

4.ª Reclaman dicha preposición los nombres propios de lugar, así como los de montes y ríos que van sin artículo.

Ejemplo: «Es llegar cuanto antes *á Corinto... | A Atenas* por el pronto dirigirnos? | *¡A Atenas!* (Martínez de la Rosa: *Edipo,* Acto 5.º, Esc. 1.ª)

5.ª Suprímese la *á:* 1.º delante de algunos nombres propios de persona, cuando resulta ambigüedad: 2.º si el acusativo fuere indeterminado: 3.º delante de ciertos nombres que indican empleos ó grados; 4.º ante el acusativo llamado vulgarmente de cosa.

Ejemplos: 1.º «Yo os recomiendo *la inocente Laura*, querido padre.» (Jove-Llanos: *El delincuente honrado)* porque sólo así podemos entender que Laura es recomendada al padre y no éste á Laura; 2.º «Al volver una noche á la casa de su huésped, halló (Apuleyo) *tres ladrones* que querían forzar la puerta.» (Clemencín: *Comentarios,* III, cap. 35); 3.º «El papa creó *los cardenales.*» (Salvá: *Gramática);* 4.º «El rey presidió *la fiesta.*»

Vacilaciones de la *á*.—Las ofrece: 1.º con nombres colectivos de personas: «No quiera Dios que imite *estos varones*» (Andrada.—*Epístola moral).* — «Para que un drama *al público* entretenga.» (Iriarte.—*Arte Poética de Horacio).* 2.º Con nombres de animales:— «Enalbardó *al jumento* de su escudero.» *(Quij.,* I, 17). «He hallado *mi oveja*» (San Lucas, 15, vers. 6.º). 3.º Es regla casi general que la *á* precede á los nombres de cosa cuando están personificados.

Ejemplo: «Temía á los extraños, á los propios, *á su misma sombra*» (M. de la Rosa. — *Hernán Pérez del Pulgar*). — 4.° Muéstrase aún menos vacilante con nombres de montes y ríos, si llevan artículo. «El Príncipe de Gales y el rey D. Pedro atravesaron *el Pirineo* por Roncesvalles.» (Lista: *Hist. Universal*).

Casos clínicos llama un literato festivo á los parecidos á este: ¿Qué enfermedad de lógica padece esta pobre frase: «El camino que los dos seguían era *á lo largo del río* y *á lo largo de la estrecha senda?*», preguntó un doctor á sus dicípulos. Anemia intelectual, respondieron, pues le faltan á la desdichada los glóbulos rojos... del sentido común y hasta los de la sindéresis. Bien, ¿y qué ordena V. á la enferma? Que pasee mucho, pero que no cometa la imprudencia de tomar su dirección ó rumbo á *lo ancho de la senda*, puesto que es de suyo *estrecha*, y que, para no morir ahogada, se vaya *costeando por la orilla del río*.»

Es tan socorrida la primera letra del abecedario y tan fecunda en recursos y primores, que fuera vano empeño el de encerrar en breve marco las frases adverbiales, idiotismos, adagios, las oraciones finales con verbos de movimiento, el valor condicional que recibe la oración y las circunstancias de modo que con ella se componen y engalanan.

Sólo para hablar de los que van caballeros, aunque sea en rucios de tan *buena* estampa como el de Sancho, os diré, según el caso, que van *á* la jineta, *á* horcajadas, *á* mujeriegas, *á* galope. Con todo, *á* fuer de honrada, no quisiera que los escritores me pusiesen en lenguas *á* troche y moche, *á* tontas y *á* locas y cuando las cosas no vengan *á* cuento; ni que imitasen *á* los puristas, gente muy estirada que se perece por encajarnos en una carta el arcaismo *á* guisa de, aunque no venga *á* pelo en el estilo familiar. Pero ellos, *á* trueque de sacar *á* relucir sus pergaminos, lo usarán hasta cuando hablen con el cochero, bien que, *á* decir verdad, me place el donaire de los que emplean *á* sazón y con bella gracia giros tan españoles como: *á* río revuelto, el médico *á* palos, *¡á* mí con esas!, *á* muertos y *á* idos, entrar *á* saco, salió de casa *á* hurto de sus padres, tenerlo *á* dicha, venirse la noche *á* más andar, y mil y mil frases tan lindas como éstas. Mina de giros hermosos, en los que la *á* desempeña el primer papel, hallará en la obra del inmortal Cervantes quien tuviere gusto para de-

leitarse con aquel pelear *á lo humano* (II, 58); y con el amigo de holgarse á lo honesto (II, 62), y otros mil que por amor á la brevedad se omiten ahora. En conclusión, nos quieren echar de casa el frente *á* frente, porque les parece más llamativo el *vis à vis* de los franceses. Pero lo que no les será dado es llevarse la elegancia de aquel «sentirlo *á par* del alma». Quédense, pues, en la pluma de escritores vulgares el «*juntamente*», «*lo mismo que*», «*á la vez que*»; ínterin nosotros, consagrados al culto de la belleza, vemos correr, *á par* de ella, el buen gusto de los clásicos, dejándonos sabroso el ánimo, alegre el corazón, satisfecho el deseo, rendida la voluntad y obligada la gratitud por el encendido amor que á nuestra lengua tuvieron.

EJERCICIOS

1.º «Y postrándose en aquel suelo como *á tal* le reconocieron y adoraron.» (Rivad.—*Vida de Cristo*).

¿Úsase de la preposición *á* en comparaciones como la precedente?

2.º «Se fué *á Anselmo* y le dijo.» (*Quij.* I, 34).

Se fué *Anselmo* y le dijo.

¿Tienen igual significación estos dos ejemplos?

3.º «Dios fué servido de acudir con nuevas señales, que algo *la gente* sosegaron.» (Herrera.—*Hist. de las Ind.* Déc. 1.ª, lib. 1.º)

¿Ofrece vacilaciones el uso de *á* con los nombres colectivos? ¿Pudo haber dicho sin incorrección: «*á la gente?*»

4.º Llegó á Ávila con harto deseo de conocer *la madre Teresa de Jesús.* (Yepes.—*Vida de Santa Ter.*, Mist. 1.º)

¿Se ha fijado ya el uso hasta el punto que veamos con desagrado la supresión de la *á* ante el acusativo de persona cierta y determinada?

5.º «Sobre todo, querido amigo, te recomiendo *á Laura.*» (Jove-Llanos.—*El delincuente honrado*, esc. 3.ª) Pudiendo ser en esta cláusula complementos directos ó indirectos, *te* y á *Laura*, ¿cabe asegurar quién es aquí la persona recomendada?

6.º «Atravesaron *al jabalí* poderoso sobre una acémila.» (*Quij.*, II, 34).

¿Hay libertad, tratándose de animales, de emplear ó no en el acusativo la preposición *á*?

7.º «Ensillándole á Babieca, coberturas le echaban.»

(*Gesta de Mio Cid*, v. 1593).

Siendo el acusativo nombre propio de animal, ¿debe omitirse *á*?

8.º «Todos los que en aquella época lucían copiaron á Aristóteles, etc.» (Lista.—*Ensayos*). ¿Llevan forzosamente *á* los apelativos de persona en acusativo?

9. El joven estudioso ama con ardor *á la ciencia*.—Quiero visitar *Roma* — El gobernador puede quitar *los empleados*.

¿Es indiferente que en estos tres ejemplos preceda ó no á las palabras subrayadas la tan repetida preposición?

10. Lanzado del oficio de sepulturero, no podrá cumplir ya la obra de misericordia de enterrar *los muertos*.

¿En qué tierra de garbanzos entierran los muertos *á* los vivos?

Si hubiese dicho «enterrar á los muertos» nos habría ahorrado estas líneas.

CAPÍTULO II

De cómo el artículo y los pronombres pueden ser parte á embellecer ó deslustrar la composición.

Aunque la elipsis del artículo presta al lenguaje el vigor de que le priva la superabundancia de partículas, es tan contado el número de palabras que lo consienten, y ha de hacerse con tal discreción para que resulte una gala, que sólo á los grandes maestros toca usar de ella con el debido tino.

«Pero no he podido contravenir la orden de *naturaleza* que en ella cada cosa engendra su semejante.» *(Quij.*—Prólogo, I).

«... la excelencia de estos dones que sobre vuestra tierra derrama *espléndida naturaleza* nos pone en suspensión á nosotros...» (Pi y Molits.—*Cartas sobre Pompei,* p. 714).

Complácese *natura*.—En ostentarse rica, varia, amena. (M. de la Rosa *Poet.*—C. 5.°, estrofa 30).

Igual primor tienen las palabras subrayadas en aquellos tan conocidos versos de Cervantes:

«Dese modo yo recelo—Morir deste mal extraño;—Pues se aúnan en mi daño—*Amor, fortuna,* y el cielo.» *(Quij.,* I, cap. 27).

Fué el parecer del médico, que *melancolías y desabrimientos* le acababan.» *(Quij.,* II, cap. 74).

«Se fué *camino* de Ocaña.» «Iba yo *camino* de Madrid...» «y perdonadme, que *amor* sólo puede disculpar mi delito.» (B.ª de R.ª—*Novelistas posteriores á Cervantes,* t. II, p. 229).

Diciendo *la* naturaleza, *las* melancolías y *los* desabrimientos, siguió *el* camino de Ocaña, por *el* camino de Madrid, ó hacia Ma-

drid, *el* amor, *la* fortuna, etc., no pecaríamos contra la buena Gramática; pero tampoco resaltaría la especie de personificación poética que tanta gala presta al lenguaje, ni el énfasis que con dicha supresión recibe en esotros ejemplos:

«Una noche salieron del lugar sin que *persona* los viese.» (*Quijote,* I, cap. 7).—«Antes fácil; que el comienzo de la salud es conocer *hombre* la dolencia del enfermo.» *(La Celestina.*—Acto 1.°)

«... banquetes celebérrimos que narra la Historia, ejemplos esplendorosos de prodigalidad y ostentación gastronómicas dignas de ser cantadas *á son de épica trompa.* (Pi y Molits.—*Cartas sobre Pompei).*

Cierto, el artículo robaría la fluidez y rotundidad que, por tenerlo embebido en sí y como solapado, ostentan, al igual de lo que acontecía entre los latinos, las armoniosas frases de los anteriores ejemplos, y este de Virgilio:

Nimborunque facis tempestatumque potentem,
Luctantes ventos tempestatesque sonoras.

(Eneida, I, v. 80-53).

Con todo y ser bien notoria la desventaja, los buenos hablistas acertaron siempre á dar un tinte de magnificencia y esplendidez á sus narraciones, sin más que dejar eclipsada la palabra á que el artículo determina, con lo que viene á cobrar en tales pasajes fuerza de misteriosa sugestión. ¡Cuán descolorido no quedaría este elocuentísimo trozo de un ilustre cervantista, si *desmañado literato,* por complacer á la muy desabrida Gramática, estampase el nombre, que diez veces, con feliz acuerdo, suprimió el atildamiento!

¡Y qué lengua! la de hablar con Dios; la lengua muda del éxtasis de Santa Teresa; *la* de la oración hablada en San Juan de la Cruz; *la* de la elocuencia eclesiástica en Fray Luis de Granada; *la* de la poesía en Fray Luis de León, Herrera y Rioja; *la* de la historia en Mariana; *la* de la novela en Hurtado de Mendoza; *la* de la política en Jovellanos; *la* del amor en Meléndez Valdés; *la* de la risa en Fígaro; ¡qué lengua! *la* de la elocuencia semi-homérica en Donoso Cortés; *la* de la elocuencia profana en Castelar; ¡qué lengua!»

(J. Montalvo, *Busc.* p. CXXXIII).

«Babilonia, LA de los ostentosos jardines; Nínive, LA excelsa; Persépolis, LA hija del sol; Menfis, LA de los hondos misterios; Sodoma, LA impúdica; Atenas, LA cómica; Jerusalén, LA ingrata; Roma, LA grande», dijo el elocuente Donoso, si la memoria no nos engaña, suprimiendo con bella gracia el substantivo *ciudad* ante cada una de las que va nombrando, para que resalte el énfasis que por virtud del artículo reciben.

Los nombres propios de naciones ó países de alguna extensión no *suelen* ir precedidos del artículo (excepto EL *Carpio,* LA *Carolina,* EL *Perú,* EL *Peloponeso,* LA *China* y otros que forzosamente le llevan). Sea ejemplo el siguiente:

«El principal instrumento de San Ignacio eran las cartas que en gran número despachaba todos los días en todas direcciones, derramándolas por *Italia, Alemania, Francia, Inglaterra, España, Portugal,* y llegando con ellas á las remotas regiones de *Africa, Asia* y *América,* hasta los últimos confines de *Oriente* y *Poniente,* de *Austro* y *Septentrión.*» (P. Juan José de la Torre. *Introducción á las cartas de San Ignacio,* pág. 5.)

«En orden á aquellos que pueden usarse con ó sin artículo, lo más corriente es que cuando hacen el oficio de sujeto lo lleven ó no, y en los demás casos no lo lleven; pero hagan ó no de sujetos, es elegante el artículo cuando se alude á la extensión, poder ú otras circunstancias de las que pertenecen al todo. Dirase, pues, con propiedad que «*España* ó *la España* es abundante de todo lo necesario á la vida»; que uno «Viene de Rusia», ó «Ha estado en Alemania», ó «Ha corrido *la* Francia». El artículo redundaría si dijera: «El Embajador de *la* Francia presentó sus credenciales al Emperador», porque se trata aquí de una ocurrencia ordinaria, y no hay para qué aludir al poder y dignidad de la nación francesa; pero sería muy propio y llevaría énfasis si se dijera: «El embajador se quejó de no haber sido tratado con las distinciones debidas á un representante de *la* Francia.»

(Bello. — *Gramática.* París, 1898, pág. 228).

Vean nuestros cándidos galiparlistas si andan ó no muy acertados cuando escriben: *La* Rusia y *la* Turquía tuvieron guerra.— El clima de *la* España es muy dulce.—He viajado mucho por *la* Italia, por *la* Bélgica y por *la* Suiza.»

No hemos de ocultar la verdad histórica: en la época clásica, una buena parte de los nombres de países y regiones llevaban á manera de heraldo el artículo determinante; mas será bien añadir que entonces sólo se habían levantado los grandes pilares, los magníficos cuerpos del palacio consagrado á la majestad del idioma, pero que faltaban aún los adornos y perfiles que habían de aderezarlo:

«La más feliz tierra de *la* España.»

(Garci-Lasso.—Eg. XXIV).

«Corrí *la* Francia.»

(Ercilla.—*Arau.* c. III).

«Delante sus capitanes, con quien sujetó *la* Italia...», leemos en el *Romancero.*

En nuestros días, tal práctica, tomada por sistema, nos parece un galicismo escandaloso, y aún algo peor.

Caprichos del artículo.—Se dice parar *la* atención en... pero no parar *las* mientes, sino *parar mientes.* Si todos, aun los nacidos en Castilla la Vieja, condenan la forma arcaica del artículo en frases como éstas: á *la* fe que es gentil observación (Valdés: *Diálogo de la lengua*, edición de 1873, pág. 78); Sea aquí la primera la que pone Cervantes en *la* boca de su héroe en lance de gravísimo enojo» (Garcés: *Fun.º del vigor y elegancia*, t. II, pág. 85), «traigo entre *las* manos un tratado», etc. (P. Palma: Prólogo á su *Historia de la sagrada Pasión); ¿*por qué nos parecen tan dulces esotras frases?

Vosotros, los del Tajo en su ribera,
cantaréis *la* mi muerte cada día.

Madre, *la* mi madre,
¡Qué triste dolor!

Por la novedad del arcaísmo, si vale esta paradoja, y por el tinte de dulce melancolía que tiene ese anteponer el artículo á los pronombres posesivos.

I

LEÍSTAS Y LAÍSTAS

Las guerras fratricidas, diría un retórico bizantino, fueron tortas y pan pintado en comparación de la anarquía lingüística que reinó y reina aún entre los que sostienen la respectiva legitimidad de los pronombres *le, la, les, las, lo, los.* En sentir de los partidarios de *le,* sólo éste tiene derecho al honor del dativo singular del nombre, sea masculino ó femenino, con lo cual se evitan, así lo dicen, anfibologías, cacofonías y otros disturbios (como el de la desobediencia á los gramáticos más insignes), en el campo de la oración. *El Juez persiguió á una gitana, la* (acusativo) *prendió, le* (dativo) *tomó declaración, la* (acusativo) *condenó y le* (dativo) *notificó la sentencia* (acusativo). ¿No sería á más de monótono, imperdonable solecismo, añaden, ese *la, la, la, la, la:* «*la prendió, la tomó declaración, la condenó y la notificó la sentencia?*» Por ventura ¿no han de secuestrarse como ambiguas, oraciones parecidas á ésta: «*en llegando María* le *presentaré á mi hermana?*» ¿Quién es aquí la presentada? preguntan con aire de triunfo. «*Pregunté á mi hermana la lección y la supo mal.*» ¿La sentó mal que yo le preguntara la lección, ó es que no la sabía? Averígüelo Vargas.—«En viniendo María *le* (dativo) presentaré á mi hermana (acusativo). Notoria es, por tanto, la claridad de *le;* luego á él y sólo á él pertenecen los honores del triunfo. No sean ustedes tan vivos de genio, no se engrían ni celebren aún la supuesta victoria, replica el linajudo bando de los señores *laístas.* Tiene nuestra parcialidad huestes poderosísimas de escritores, como la que capitanea *de vegadas,* si es lícito el arcaísmo, el valeroso Cervantes, quien puede presentar en batalla apretados escuadrones de *dativos* que llevan por enseña el pronombre *la.* Si les place, ahora mismo está pasando revista: «La estuvo mirando Don Quijote y sin responder*la* (dativo) palabra (acusativo), (II, 57). *La* quiso dar de puñaladas. (Id. 34). Muchos caballeros andantes que *la* servían. (Id. 30). Joyas que dar*la* y que ofrecer*la* (Id. 3 . El decoro que siempre *la* había guardado, á Dulcinea (Id. 50). A quien toda Es-

paña *la* (dativo) dan la palma (acusativo). (Id. 58). Del mal tratamiento que *la* hicieron los galeotes (Id. 30). Aunque hayan prescrito los derechos del dativo *la*, por el voto de una inmensa mayoría, y porque así lo proclamó el Senado de la Academia Española; con todo, séanos lícito, y no se califique de intransigencia, contestan los vencidos *laístas*, morir abrazados á esta bandera, por si algún día nos encontramos en trances en los que esa misma *claridad*, antes invocada por nuestros enemigos, pida de justicia, á fin de no mancillar su pureza, que solicitemos con una dama del *Don Quijote*, «dar*la* (dativo) facultad y licencia para entrar á decir*le* (dativo) su cuita». El dar*la* facultad y licencia es merced que la dama pidió á la condesa, decir*le* es al duque, pues sólo á él queria contar su amargura.

Vean en la última cita los caudillos absolutistas y sistemáticos cómo la claridad se deja caer de vez en cuando para aplastar las dogmáticas y cerradas decisiones de los que, abandonando el mundo de la realidad, viven de continuo en el del optimismo idealista, y no olviden que Ercilla, Moratín y Meléndez, jamás guardaron *abstinencia*, y que autoridades como Cervantes *promiscuaron* más de una vez.

Reglas.—1.ª *Sirve el artículo determinante para indicar el número, en la mayoría de los casos, el género, y concretar la significación del nombre, que de otra suerte quedaría vaga é indecisa;* v. gr.: «*los* Trabajos de Hércules», «*los* Amores de Baco», «las Furias de Orestes».

Una obra que se intitulase *Trabajos de Hércules*, dejaría indeterminada la idea de si fueron *doce* ó seis, de si fueron las *doce* hazañas que se le atribuyen ú otras que pudieran aplicarse á distintos héroes.

Que los clásicos de nuestra edad de oro ofrezcan ejemplos de este artículo ante un nombre de significación indeterminada, no constituye defecto, como lo es ahora, porque no se había establecido aún la regla anterior; v. gr.: «*hacerse caballero andante, é irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar* LAS *aventuras*» (*Quij.* I, cap. 2.), sería hoy una incorrección, pues el bueno del Hidalgo ignoraba las aventuras con que iba á topar.

2.ª Las palabras *amor, naturaleza, fortuna* y pocas más, pueden prescindir elegantemente del concurso del artículo.

3.ª Úsese de las formas *le* y *les*, del pronombre *él, ella, ello*, para dativo, sea masculino ó femenino el nombre á que representen: «el juez prendió á un *ladrón, le* tomó declaración y *le* notificó la sentencia; el juez prendió á una *gitana, le* tomó declaración y *le* notificó la sentencia».

El juez prendió á unas *mujeres* y *les* tomó declaración.

4.ª Si el *le* dativo engendrare obscuridad, puede añadirse al caso complementario la forma compuesta; v. gr.: «Encontré á Pedro con su hermana y *le* di á *ella* un recado.»

Algunos para resolver el conflicto de la redundancia *se creen autorizados á decir:* Encontré á Pedro con su hermana, y *la* di un recado.

5.ª Es elegantísima la elipsis de la palabra á que claramente se refiere el artículo, como en este ejemplo: «Lisboa, *la* Olissipo de los fenicios, *la* Felicitas Julia de los romanos, el anfiteatro de las siete columnas, *la* de los templos góticos y ricas bibliotecas.»

6.ª Sólo en el lenguaje forense, en la oración dominical, por respeto á su venerable antigüedad, y muy pocas veces en poesía, se consiente hoy el arcaismo de usar el artículo precediendo á los nombres propios y ante los posesivos *mío, tuyo*, etc.

Nótese el sabor antiguo de estos dos ejemplos:

«Que la *su sepultura* fuese en San Pedro de Cardeña.»

(*Crón. gen. de España*, IV, 3).

«Todas las tierras que eran en Africa tremian ante *el su* nombre.» (*Crón. gen.*, P. I, 53).

EJERCICIOS

1.º El castor construye sus viviendas á orillas de los ríos y lagos, *dándolas* hasta cuatro pies de altura.

¿Es cierto que *todos los buenos* hablistas escribirían *dándolas*, y no *dándoles*?

2.º «A España, á quien amaste,
Que siempre al buen principio el fin responde,
Tu cuerpo *le* enviaste.»

(Fr. L. de León.—*Oda á Santiago*).

¿Debió decir *la*, siendo, como lo es, femenino el nombre España?

3.º Mi amigo riñó con su hermana y *la* pegó.

¿Podría alguno preguntar si *la* pegó á la pared con engrudo? ¿Cabría usar esta zumba si se dijese: *le pegó?*

4.º «La astucia de introducirse el criado en casa de la dama so pretexto de *darla* lecciones de Latín.»

(Menéndez y Pelayo.—*Obras de Lope*, X, p. XCV).

¿Qué hemos de decir ante casos como este?

5.º «Que cuando sus gajes lleves,
y *la* escribas el papel
que mis penas han leído,»

(T. de Molina.—*Don Gil de las calzas verdes*, acto 3.º, esc. VI).

«*Díjome* que después de haber ella dado el sí *le* había tomado un recio desmayo.» (*Quij.* I, 28).

¿Están en dativo las palabras *la* y *le* de estos dos ejercicios?

6.º «Ir por despoblado buscando *las* aventuras.» (*Quij.* I, cap. 13).

«Porque no ha sino un mes que andamos buscando *las* aventuras.» (*Quij.* capítulo I, 16).

Como Cervantes dice en otra parte: buscando *peligrosas aventuras*, se pregunta: ¿está en harmonía en ambos casos con lo que se ordena en la Gramática sobre el empleo del artículo determinante?

7.º Fecha en Toledo *la* rica.—En Zaragoza *la* bella. (*Quevedo*).

«Consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues *fortuna* fué con ellos parcial.» (*Hurtado de Mendoza*).

¿Constituye una elegancia ó un defecto el empleo del *la* en el 1.er ejemplo, así como la supresión del mismo ante la voz *fortuna* del 2.º?

8.º «*Aventuras de Telémaco*»: así principia la primera traducción castellana del libro de Fenelón: *Les Aventures de.....*

Si es determinado el número y serie de ellas, ¿ha de omitirse el artículo *las?*

9.º ¿Debe reputarse aquel verso tan sentido que trae Berceo en los *Loores á la Virgen:*

Ante *la tu* beldad no han precio las flores.....

como una de las hermosas arcanidades del artículo? ¿Sentaría mal hoy en la pluma de eximio poeta?

10. Le lecteur trouvera *les plus* abondants details, etc.

El lector encontrará *los más* abundantes detalles, etc.

¿Fuera más castizo traducir: el lector encontrará *copiosos pormenores?*

11. C'est le moyen *le* meilleur de témoigner à *Marie* vôtre filial amour.

¿Debiera entrar dos veces en la versión castellana el artículo *le* del francés?

12. «*Es libro este* que ha de leerse despacio, con la atención muy despierta y con devoción.» (P. Juan José de la Torre.—*Introducción á las Cartas de S. Ignacio).*

«*Antiguo libro es este*, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia.» (*Quij.*, I, cap. 6).

«Las voluntades de entrambos serán honestas y conformes, por consiguiente vivirán *vida* bienaventurada.» (Boscán.—*Trad. del Cortesano*, lib. IV, 4).

¿Qué artículo se ha suprimido en los tres ejemplos anteriores? ¿Puede reputarse dicha manera de hablar como una gracia y donaire del idioma? El «*vivirán vida* bienaventurada» ¿es parte del precioso legado que hicieron á nuestra lengua la de Homero y Virgilio?—Los filólogos modernos, mojando la oreja á los gramáticos de la antigüedad, llaman acusativo *interno* á tan preciada gala.

13. «Haciendo tales sentimientos que el pastor por consolar*la le* dijo.»

(Gil Polo.—*La Diana*, lib. I).

¿Pónese aquí de manifiesto, como desea la Academia, la ventaja, por lo menos eufónica, que trae el uso de *le* para el complemento indirecto *(dativo)*, y el de *la*, si es directo *(acusativo)*?

14. *La* nuestra corte, *los* nuestros alcaldes, *las* nuestras audiencias, *el* nuestro consejo, etc., ¿sentarían bien en el estilo moderno estos arcaísmos, estos giros, que tan en auge estaban en tiempo del rey Carlancas, como diría Quevedo?

15. Distribuyéndo*les* aquella parte á que tuvieren derecho. Debe imponérse*les* una multa, según las leyes. Pagándo*los* el sueldo y concediéndo*los* ascensos conforme á su graduación.

Para que *haya paz y concordia... entre dichos ejemplos*, y pueda hacerse la *extirpación de la herejía... gramatical*, ¿cuáles han de someterse al tribunal de la *inquisición... literaria*?

¿Les? ¿Los?

II

LOÍSTAS Y LEÍSTAS

No es de ayer, sino de época muy remota, como lo acreditan los monumentos más antiguos del idioma, la contienda que el *lo* sostiene con su hermano *le*. Desde el principio el vulgo se alistó bajo las banderas del primero, mas los eruditos se dividieron en dos bandos. «La misma Academia vaciló no poco en su enseñanza á este respecto: *Leísta* inconsiderada en un tiempo, llegó á asentar en su Gramática que los ejemplos de *lo* que se hallan en

Granada, Cervantes y otros, son erratas ó descuidos contra la Gramática; luego escribió que se podía decir: «Antonio compuso un libro y *lo* imprimio ó *le* imprimió», mientras con el transcurso del tiempo no dé la costumbre marcada preferencia al *lo* sobre el *le* ó viceversa. En las ediciones de 1870 y 1874 agregó: «Se observa, sin embargo, que muchos de los escritores más correctos evitan el uso del *lo* refiriéndose á persona». Lo cual (omitido ya en 1880) está conforme con la doctrina de Salvá y Bello. En resumen: uso inmemorial de *lo;* introducción paulatina de *le;* variedad en los mejores escritores; tendencia á emplear *le* para persona.»—R. J. Cuervo.»

Entablóse á la vez la lucha en los dominios del plural, quedando indecisa la victoria:

«*Los* hizo volver los rostros.»

Si Cervantes empleó aquí en el dativo «*los*», ahora sería una incorrección, como igualmente la de aquel otro pasaje en que usa «*les*» en acusativo:

«*Les* asió al subir de la puerta.»

A los que han menester andadores, les podemos aconsejar, si bien estos resabios de *dómine* nos pondrán á dos dedos del descrédito, que el camino seguro para no caer en el precipicio del error, en cuyo borde tropiezan cuantos ignoran qué palabra está en dativo y cuál en acusativo, es el de volver la oración por pasiva.

«Vió Pedro á Juan y dió*lo* las cartas de Francisco.»

«Encontré á mis amigos y comuniqué*los* mis sospechas.»

Resolvámoslas por pasiva, como decíamos antes:

Vió Pedro á Juan y las cartas de Francisco fueron dadas á él (á Juan).

Encontré á mis amigos, y mis sospechas fueron comunicadas *á ellos*.

Ya lo saben Vds. de aquí para siempre, caballeritos: la palabra que puede servir de nominativo en la oración por pasiva es precisamente la que estaba en acusativo: *cartas* y *sospechas* lo son en los anteriores ejemplos, con lo cual se hace patente que dió*lo* y comuniqué*los* deben estimarse como dativos, puesto que no les ha sido posible figurar en calidad de nominativos al hacer la oración por pasiva, y por consiguiente ha de escribirse: dió*le* y comuniqué*les*.

Dejemos íntegra á Bello, gloria de las Letras Españolas, y á Benot, insigne filólogo, la cuestión de si ha de reputarse como artículo la voz *lo;* de si en las frases: «tengo *lo* que me diste»; «*lo* bello agrada»; «no sé qué admirar más en San Fernando, si *lo* Santo, *lo* Rey ó *lo* Capitán»; *lo*, es el substantivo más abstracto de nuestro idioma ó bien artículo determinante, por ser cuestiones estas de alta filosofía, cuyo esclarecimiento no nos compete. Nuestro punto de mira está más bajo.

Ya que no es lo mismo trazar el plan de una Gramática general, que explicar sencillamente la que se halla en uso, y enmendar cuantos yerros cometen los que la tratan sin miramiento alguno, por dar al olvido que no todo ha de ser filosofía, pues también la claridad, la eufonía y la elegancia tienen asiento entre los retóricos y se creen con derecho á intervenir en tales contiendas. ¿Quién sino la claridad ha enseñado no ser iguales «*lo* porvenir me tiene inquieto» y *el* porvenir me tiene inquieto? ¿Quién sino la claridad anatematiza al periodista que escribió: «Daré idea del espectáculo á quien no *lo* conozca?», es decir, á quien sea tan cándido que no se percate de que el gacetillero le está dando idea del espectáculo. ¿Quién sino la claridad condena este final de muchas cartas: «Sin más, mande á su amigo que *lo* quiere de veras»? Lo que debíamos ordenar á estos dadivosos es que hablen como Dios manda, que no digan una cosa por otra, y así, proponiéndose significar que nos quieren, no han de decir otra cosa distinta: *queremos que nos mande.*

Reglas.—1.ª Por muy plausibles que sean las razones de los que profesan el sistema llamado *loísmo*, nosotros estableceremos, como *regla sin excepción, que* «les» *se emplee siempre en el* dativo *de plural, lo mismo para un género que para otro, quedando* «los» *únicamente para uso del acusativo;* v. gr.: «La señora se fué al campo, encargándo*les* (á las criadas) que tuviesen cuidado de la casa». «Cogió todos los libros y mandó pegar*les* fuego.»

Se ha usado *les* tanto en el femenino como en el masculino, porque en ambos casos es dativo.

2.ª Como medio de conciliación honrosa, se ha establecido la regla siguiente: usar del *lo* cuando se trata de cosas que perte-

necen á los reinos mineral ó vegetal, y de *le* en todos los demás casos, doctrina de Salvá que Bello acogió diciendo: «*aproximarse algo al mejor uso.*»

3.ª La claridad y la eufonía decidirán en los casos de duda.

EJERCICIOS

1.º «Val.: ¿Qué dice ese mozo, Leonardo?—León: No *lo* entiendo, señor. —Val.: ¡*Dizque* no *lo* entiende!» (Rueda.—*Eufemia*, acto 3.º, Esc. 1.ª)

«Como el médico *lo* viniese á visitar, y no le hallase en casa, preguntó dónde había ido.» (Alemán.—*Guzmán de Alfarache*, I, libro 1.º)

«Hubo diversos pareceres, holgaron dello los escribanos y *lo* pretendieron.» (Ibid.

¿Es igualmente censurable en los tres casos el empleo de la forma *lo*?

2.º «El mundo me dió un libro: | yo soy tan lerdo | que cuanto más *lo* estudio | menos *lo* entiendo.»

Ocurre preguntar si no entiende por qué el mundo le ha dado un libro: ó bien si este es tan profundo que no se entiende.

3.º *Los* echó la bendición, *los* atravesó el pecho con la espada.

Representando, como representa, el pronombre *los* á un nombre en dativo, ¿pudo y debió escribir: *les*?

4.º ¿En qué se fundará la Academia para notar de reprensible incorrección las oraciones: *les vi* y al instante *les conocí*?

5.º Llamaron á *los* niños pobres y *los* enseñaron á leer.

¿Disuena el segundo *los*? ¿En qué caso está dicho pronombre?

6.º «A los delincuentes *los* acusan su inicua vida, *los* persiguen los pasos, y *los* castigan el cuerpo.» Puesto que son dativos, *los* acusan, *los* persiguen y *los* castigan, ¿han de sustituirse por *les*?

III

LOS VOCABLOS UN, UNA, UNO

Que el influjo de estas palabras sea más poderoso cuando se eclipsan que cuando aparecen en la oración, no hay para qué encarecerlo. Mas si alguien lo pusiere en duda, será bien mostremos con ejemplos la singular elegancia, que así los antiguos como los modernos granjearon para sus escritos con tan ingeniosa supresión:

Loco y perdido anda sin duda alguna quien, agobiado por la

gravedad y fiereza de tantos males, no levanta al cielo sus ojos, confesando *que virtud* más alta gobierna los acontecimientos de este mundo.» *(Introd. al Tratado de la Tribulación del P. Rivadeneira).*

«Uno de sus amigos le arrojó (á Parnell) *grueso puñado* de cal viva, con tan infeliz acierto, á los ojos, que le ha dejado sin vista.» *(La España moderna,* Enero del 91, pág. 137).

«El alegría de la buena conciencia, que hay en el bueno, *paraíso es...»* (Granada.—*Guía de Pecadores).*

«De la complexión del cuerpo manaban, como *de fuente,* la destemplanza y turbaciones del ánima.» (Fr. L. de León.—*Nom. de Cristo,* lib. II).

«Puso los ojos en él y relucían en ella como *en espejo* todas las estrellas y hermosuras del cielo.» (Id., íd.).

«Tres veces por tres delitos diferentes me he visto casi puesta en el asno para ser azotada, y de la una me libró un jarro de plata, y de la otra una sarta de perlas, y de la otra cuarenta reales de á ocho que había trocado por cuartos, dando veinte reales más por el cambio. Mira, niña, que andamos en *oficio* muy peligroso y lleno de tropiezos, y de ocasiones forzosas; y no hay defensas que más presto nos amparen y socorran como las *armas invencibles del gran Filipo: no hay pasar adelante de su non plus ultra.»* (Cervantes.—*La Gitanilla).*

Si con ánimo de enmendar á tan eximios escritores dijésemos: *una virtud, un grueso puñado, un paraíso, una fuente, un espejo, un oficio,* robaríamos el primor y gallardía de las frases que anteceden.

Por ventura, ¿no han contraído también mérito extraordinario los que, viéndose forzados á usar de estas voces, supieron sacarlas de la humilde condición en que de ordinario las tenemos, los que jugando con tan menudas piedrezuelas ahora las ponen de manifiesto, ahora las ocultan ó las mudan de lugar con bella gracia?

«... *uno* es hacer la apología del paganismo, *otro* negar ó poner en duda que Pompei *sea depósito* riquísimo ó archivo de documentos auténticos sobre la historia romana. *(Cartas sobre Pompei,* pág. 819).

«La vida de *un tan gran* varón es mi intento escribir en len-

gua castellana, más copiosamente que en ella ni en la latina hasta ahora se ha visto.» (Capmany.—*Teatro histórico-crítico de la elocuencia española,* IV, p. 26).

«Que si la paz es, como dice S. Agustín, *un tener* sosiego y firmeza en lo que pide el buen orden.» (Fr. L. de León.—*Nom. de Cristo,* lib. II).

«Y como la gracia apoderándose del alma, hace *como un* otro Dios á la voluntad, así ella deificada y hecha del sentido como reina y señora, cuasi le convierte de sentido en razón.» (Id., íd.).

Ha bastado separar la voz *un* de los substantivos *fuego, varón, Dios,* para que al punto las frases reciban novedad y causen el mismo deleite que la tan conocida «*un su amigo*», ó el de esotra, no menos elegante:

«S. Francisco de Asís, acompañado de *un otro religioso,* predica á las aves, que, llenas de admiración, se paran á escucharle.

Regla. *Un*, á más de numeral, *es artículo indeterminado que indica algún individuo de cualquiera clase, especie ó género sin particularizarle. Repugna, pues, el sabor galicano que tienen los siguientes ejemplos:*

«Era tal el gentío que apenas si podíamos abrirnos *un* camino entre la apiñada muchedumbre.»

«Puedes llegar á ser *un* gran militar, sin estar dotado de *un* talento guerrero, con tal que tengas *un* ánimo sereno y *una* fuerza extraordinaria.»

EJERCICIOS

1.º *Hízonos* la pregunta con *un* tono *áspero*...

¿Ha de calificarse como enteramente superfluo el término *un* en el anterior pasaje del Telémaco?

2.º Ciertos animalitos - todos de cuatro pies,—á la gallina ciega—
jugaban *una* vez.—*Un* perrillo, *una* zorra—y *un* ratón, que son tres;—
una ardilla, *una* liebre—y *un* mono, que son seis.

(Iriarte.—*Fábula* 59).

Las palabras *un, una,* ¿hacen veces de artículo en los anteriores versos? ¿Son numerales?

3.° El dominio y señorío de la lengua, fin esencial de este estudio, no es *una* obra de abstracciones y razonamientos.

¿Fuera más elegante: *es obra de* abstracciones y razonamientos? ¿Puede tacharse de incorrección el: no es *una* obra de, etc.? Si el objeto del artículo es especificar *más* ó *menos* concretamente, según sea *determinante* ó *determinado*, la significación del nombre, ¿en qué autoridad se apoyará quien pretenda sostener que en las líneas transcritas no especifica el vocablo *una*, el fin y blanco de la obra en cuestión?

4 ° Cuanto *uno* más ha pecado, tanto más provoca á compasión.

¿Úsase como pronombre indeterminado el artículo que emplea el P. Rodríguez en la sentencia anterior?

5.° «C'est par *une* telle sagesse qu'il a rendu *la Crète* si puissante; c'est par cette modératión qu'il a effacé la gloire des tous les conquérants.»

«*Con tal* sabiduría es como ha hecho *la Creta* tan poderosa; *con tal* moderación es como ha eclipsado la gloria de todos los conquistadores.»

¿Está bien suprimido aquí el vocablo *una*?

«Con sabiduría hizo á Creta poderosa; y con esta moderación eclipsó la gloria de...» ¿Hablan así en Castilla? Sería mejor decir, como en los países donde corre la lengua franca: *la Creta, la Cataluña, la Sicilia, la Candia*?

6.° «Al llegar al término de nuestra excursión, vimos tierras que se cubrían todos los años de *una mies* dorada.»

Llegados al término de nuestra excursión, vimos los campos que se cubrían todos los años de doradas mieses.

Las mieses, en plural, teniendo cuidado de *dorarlas* antes, y sin meternos en si es *una* ó si son dos. ¿Lo expresaríamos así en cristiano?

7.° «¿Cómo has podido llegar á tanta mortificación en *una* tan grande juventud?»

Una gran juventud, «*une grande jeunesse*», como quieren en Francia, es en castellano *corta edad*, ya que entre nosotros no hay juventud grande ni pequeña, antes bien, cuanto mayor, es menos.

El vocablo *una*, huelga; diciendo «*en tan corta edad*», la frase tiene aire castizo por sus cuatro costados.

8.° Y entonces, ¿qué ha de hacer *una*?

Cuando se trata de recordar los sucesos de los primeros años, etc.

¿Huelga la voz *una* en la cita de Moratín? ¿Falta en el segundo caso? ¿Tendría sabor galicano?

9.° «Quedé huérfano algunos años há, y quedó en mi poder *una mi hermana*, tan hermosa, que...»

(Cerv. – *La Señora Cornelia*).

Quedé huérfano algunos años há, y quedó en mi poder *una hermana mía*, tan hermosa, que...

Cierto, no hay incorrección en la variante *hermana mía;* y con todo, serán pocos los que no tengan como más lindo el giro empleado por Cervantes.

10. «... y al entrar por las puertas de la ciudad vió que hacia él venía *un su amigo* á quien no había visto en más de dos meses.»

... y al entrar por las puertas de la ciudad vió que hacia él venía *un amigo suyo,* á quien no había visto en más de dos meses.

¿Cuál de las frases es más gallarda y ofrece mayor aire de novedad?

Obligados á elegir entre ambos ejemplos, ¿de cuál diríamos que muestra ser más castizo?

CAPÍTULO III

De las palabras *que* y *de*.

Hay en la lengua castellana, y lo mismo en las demás hijas de la latina, dos monosílabos que ocurren á cada paso: *que* y *de*. No se puede abrir un libro, no se pueden poner los ojos en nada escrito, sin que se presenten estas dos palabras, que son como dos muletas necesarias para que camine el discurso, ó como goznes sin los cuales no pueden combinar su movimiento y enlazarse las demás partes de la oración. Al formarse las lenguas modernas, se perdió la flexibilidad y concisión de la romana. Que nuestra pobreza lingüística sea extrema, comparada con la exuberancia de formas y delicadeza de matices que ostenta el verbo griego para significar todos y cada unos de los momentos, aun el más imperceptible, de la acción por él expresada, cosa es bien notoria á los iniciados en este linaje de estudios. Si ya el latín aparece en relación de inferioridad con la magnificencia del griego, ¿qué diremos del castellano, que, puesto en parangón con la opulencia del idioma de Virgilio, resulta indigente hasta no más? Hemos perdido el uso de casi todos sus participios, y es fuerza expresarlos con rodeos, guiados por el relativo *que* como por un lazarillo. Díjose por *amaturus*, el *que* ha de amar; por *amandus*, el *que* ha de ser amado. Perdióse también el uso de la voz pasiva y de los tiempos del infinitivo, y las más veces hubo de suplirse la falta á fuerza de circunloquios amasados, digámoslo así, de verbales, verbos auxiliares y la molesta partícula *de*. El subjuntivo apenas se pudo usar ya sin que le precediese el *que*, y este monosílabo, unas veces como relativo y otras como conjunción, se

hizo un huésped perpetuo y por lo tanto importuno. El otro monosílabo «*de*» entró en el lenguaje con el mismo oficio y significación que tenía en la lengua primordial, y en esto nada se perdía; pero se extendió también á significar la posesión y á suplir varios casos que los nombres tenían en la lengua madre y no en las hijas, y se multiplicó prodigiosamente su uso. Esto y el empleo de otras partículas para suplir los demás casos de los nombres, y el uso excesivo de los artículos, convirtió nuestro idioma en un agregado de palabras menudas, en que tropieza y se embaraza de continuo el discurso sin poder andar á pasos largos, cual sucede á los que caminan por un terreno formado de grava y piedrezuelas. Los participios de las lenguas antiguas eran unos verbales, que, reuniendo la fuerza y acción del verbo á las flexibles formas de los nombres, encerraban en una palabra una frase. Lo que junto con las variaciones del significado, producidas en los nombres por una leve mudanza en su terminación, y en los verbos por el mayor número de sus tiempos, ayudado todo con la libertad de la trasposición, hacía singularmente rápido y valiente el lenguaje. En los idiomas modernos es menester suplir estas ventajas multiplicando las palabras y haciendo por consiguiente lánguido y flojo el discurso. La construcción de la lengua entre los romanos era como la de sus edificios: sus participios, sus verbos, sus nombres, eran sillares grandiosos, en cuya comparación nuestras partículas y monosílabos son fragmentos mezquinos é irregulares, con los que sólo se puede construir á fuerza de tiempo y de mortero. Pero, en fin, la constitución que las lenguas han recibido del uso no puede variarse, y es preciso contar con estos defectos como necesarios; lo peor es, que voluntariamente se haga mayor el daño, y que se empleen el *que* y el *de,* aun cuando la necesidad y la claridad no lo exijan (1).

Cuán antiguo sea el mal lo demuestran las siguientes palabras:

«*Marcelo.* Si acerca desto *hobiésedes* de aconsejar á alguno, ¿qué *diríades?*

(1) (Clemencín.—*Comentarios al Don Quijote*, tomo I, págs. 75 y 76, Madrid, Aguado, 1833.)

«*Valdés.* Avisaríale que no curase de un *que* superfluo que muchos ponen tan continuamente, que me obligaría á quitar de algunos escritos de media docena de hojas, media de *quees* superfluos.» (J. de Valdés.—*Diálogo de la lengua,* Mad., 1873, pág. 116).

Sí, una de las causas de dureza en la expresión es el uso del no pocas veces malhadado *que*, origen de la epidemia literaria que se desarrolló lo mismo en España que al otro lado de los Pirineos; epidemia que comenzando á decrecer cuando declinaba el siglo XVIII, se consiguió desapareciese por completo en los vastos dominios de Chateaubriand y en los no menos extensos de Capmany y Toreno, por no citar más.

Que **superfluo.**—*Es el que se usa con demasía é inoportunidad.* En el *Conde Lucanor*, uno de los libros más limados y mejor escritos del siglo XIV, se encuentra el *que* repetido hasta la saciedad, como lo notó Clemencín al comentar cierto pasaje de Cervantes:

«Diéronle una carta *que* le enviaba el Arzobispo, su tío, en *que* le facía saber *que* estaba muy mal doliente, et *que* le enviaba á rogar *que*, si le quería ver vivo, *que* se fuese luego para él.»
(Capítulo XIII).

Diéronle una carta del Arzobispo, su tío, en ella le facía saber cómo estaba muy mal doliente, y le rogaba que, si le quería ver vivo, se fuese luego para él.

Indignor quandoque bonus dormitat Homerus. (v. 359); si hasta Horacio disculpa á Homero cuando cae en pesada soñolencia, ¿qué mucho que nuestros maestros en bien decir rindan la cabeza á esa deidad indolente dominada por el cansancio y la fatiga? No les miremos con desdén, si pagando tributo al mal gusto cayeron en el vicio, pues nunca se hundieron en él. Sírvannos sus caídas de saludable advertencia.

«Y en lo postrero que dice, descubro otro bien y otro trato *que* de la paz se recoge, y que en nuestro discurso será lo postrero, *que* es el gozo santo que halla en todo el *que* está pacífico en sí. *(Nomb. de Cristo,* lib. II).

También Cervantes pagó tributo á tan molesta partícula:

«No señor, dijo el barbero, *que* he oído decir *que* es el mejor de todos los libros *que* de este género se han escrito, y como á tal se debe perdonar.» *(Quij.*, I, 6.).

«... *que* según es de valeroso y de buen juez, vive Roque *que* si no me paga, *que* vuelva y ejecute lo que dijo.» (Id., 4).

Sobra evidentemente la voz *que,* por lo menos tres veces, en los últimos ejemplos.

REGLA.—La voz *que* es un relativo poco armonioso; y, en su relación con las demás palabras, puede hacer veces de substantivo y sujeto, adjetivo, complemento directo, término de complemento circunstancial, predicado, adverbio y conjunción, pues asume los caracteres de todas las partes de la oración, excepto el verbo.

Hase de advertir, aunque sea de revuelo, que escritores de poca cultura literaria, *minora sidera,* por no decir escritorzuelos, han dado en la flor de agregar indebidamente un *que* á *en cuanto,* expresión equivalente á: *mientras, á tiempo que, durante el tiempo que...*, y pareciéndoles corta fineza la del áspero *que,* le agasajan todavía con un «*en tanto que posible*». Por ventura ¿encontraron tan desgarbadas construcciones en los clásicos? ¿Habrán oído en Valladolid, en Burgos, y menos en Toledo, ni á la gente del hampa, decir: «*en cuanto que de mí dependa*», ó *en tanto que posible, en tant que possible?*»—*Por lo que á mí toca; en cuanto dependa de mí; en lo posible; en cuanto cabe,* son expresiones que se oyen en Castilla, estoy por afirmar, hasta á los majagranzas, enemigos de toda suerte de jerigonza.

«El uso de la forma «*cuanto que*» después de *tanto más*, pertenece á moderno antojo» (P. J. Mir.—*Prontuario de Hispanismos y Barbarismos*, I, pág. 453).

Por cuanto que, y peor aún, por *cuanto á que,* se miran como vicios que tienen hondas raíces en la curia, y que es de temer no puedan arrancarse de cuajo.

En cuanto que me vió, en vez de *en cuanto* me vió; y *fuera de que,* por *fuera de esto además,* son también formas que ofrecemos á la púbiica execración.

Que **enteramente galicano.**—Baralt, en su *Diccionario de galicismos,* y Cuervo, en sus *Apuntaciones críticas,* han repetido la voz de alarma, que ya á principios del siglo dió Capmany, contra este terrible enemigo de la buena sintaxis. Para no copiar á tan insignes *predicadores;* para que la medicina sea apropiada á la gravedad del mal, juzgamos muy útil aparezcan frente á frente algunos pasajes del *Quijote*, tal como los han traducido los franceses, y la versión castellana que un escritor adocenado haría de aquéllos. A entrambos seguirá el texto de Cervantes, como elocuente lección á cuantos ignoran los diversos giros que pueden darse al famoso *que* de nuestros vecinos, huésped continuo, y por tanto molesto, en tierra española.

«Mais à peine se vit il à cent pas de sa maison, *qu'*un terrible scrupule *qui* vint l'assaillir.»

Mas apenas se vió á cien pasos de su casa, *que* un terrible escrúpulo *que* vino á asaltarle.

«Mas apenas se vió en el campo *cuando* le asaltó un pensamiento terrible.» *(Quij.*, I, 2.)

«Croyant *que* c'ètait en cela que consistait l'essence des aventures.»

Creyendo que era en esto *que* consistía la esencia de las aventuras.

Cervantes dijo, según el uso de nuestra lengua: «Creyendo que *en* aquello consistía la fuerza de las aventuras».

«C'est un office qui ne devait être confié *qu'à* des personnes de choix.»

Este es un oficio que no debería confiarse *que* á gente principal.

«Es oficio que no lo debía *ejercer sino* gente principal.»

«Madame, que votre faveur me soit en aide en ce premier péril.»

Señora, que vuestro favor me sea ayuda en este primer peligro.

«Señora mía, *no me desfallezca* en este primer trance vuestro favor y amparo.»

Contra estos siete vicios... hay las virtudes que se encierran en las siguientes

REGLAS.—1.ª *Las relaciones de lugar, de tiempo, de modo, de causa, expresadas en francés casi invariablemente por el verbo* SER (ÊTRE) *y* QUE, *han de traducirse siempre prescindiendo de éste, y muchas veces hasta del verbo* SER, *por no avenirse con tales construcciones el genio de nuestra lengua.* Ejemplos:

RELACIONES DE LUGAR.

Traducción del francés.	*Giro castellano.*
Allí fué *que* la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado.	«Allí fué *donde* la primera vez le declaró... etc.» (Cervantes.) Allí le declaró por primera vez... etc., pudo haber dicho también.

DE TIEMPO.

Estando los negocios en este estado fué *que* el padre provincial mudó de parecer.	«Estando los negocios en este estado fué *cuando...*» (Santa Teresa.)

Ni habría de parecer mal si dijésemos:

«Mudó el padre provincial de parecer *cuando vió (al ver)* los negocios en este estado.»

DE MODO.

De esa manera fué que se hizo rico.	De ese modo fué *como* se hizo rico... Así se enriqueció.

DE CAUSA.

Sólo por un error es *que* se puso en cuenta.	Sólo por un error se puso en cuenta.

EXCEPCIÓN.—No han de reputarse como giros galicanos, antes bien por latinismos, las locuciones en que el verbo *ser* está tomado en significación de *suceder, verificarse, acontecer,* v. gr.:

¿Cuándo será *que* pueda?... (1)
Siempre ha de *ser que* el universo gima (2).

(1) Fr. L. de León.
(2) Quintana.

Observación importantísima.—Própuesta una frase incorrecta, por la intervención del *que* francés, aconsejamos la preferencia, siempre que sea dable, la simplificación: *Ce fut dans le* XV *siècle que l'Amérique fut découverte*». *En el siglo* XV *se descubrió América*. (Véase Cuervo, *Apunt.*, pág. 273 y sig.)

Uso discreto de la voz *que*.—Con ella recibe á veces tal soltura y ligereza el lenguaje, que bastarán unos pocos ejemplos, ya que no es posible dar reglas sobre esta materia, para mostrar su gracia.

Hablando una monja y poetisa de lo que ocurrió en su convento el día de la llegada de Carlos IV á Cádiz, dice:

«No obstante, por si acaso venía al jubileo, se deja el coro para la noche... El tercer día: *que* el rey viene, *que* la reina se va, *que* á ver el combate de las naves, á la noche á la iluminación, á la tarde á los toros á oir tonteras (1), *que* aquel es el rey, *que* no es, sino el otro, *que* la reina, *que* las infantas, si son, si no son, á oir contar muchísimas patrañas.»

Sentiríamos que se tachase de entusiasmo retórico el que tenemos al ver la hermosura y gallardía del *que* usado en forma interrogativa en la comedia *Sueños hay que verdad son*, escrita al parecer por Lope, si bien corre impresa como de Calderón:

La serrana hermosa,
la del bel mirare
gloria de las selvas...
¿*Qué*?... y honra de estos valles:
la que en boca y dientes
por diferenciarse
trae en la aldea...
¿*Qué*? perlas y corales.

Pero aún son más preciosos los versos en que el gran Lope contrapone la vida del campo á la de la corte:

A la mañana entre gente
tan lucida como ingrata
se lava en fuente de plata...
¿*qué* más plata *que* esa fuente?

---

(3) Fam., *tonterías*.

Si escuchando aduladores
oye lisonjas suaves...
¿*qué* más dulces *que* esas aves
que se están diciendo amores?

Que **expletivo.**—*Dáse este nombre al que no siendo necesario se emplea, sin embargo, para hacer más llena y vigorosa la oración.*

«Al corral con él y con esotro, señora ama. *Que* me place, señor mío, respondió ella; y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado.» (*Quij.*, I, 6.)

¡Cuánto me place!, ¡vaya si me place!, con mucho gusto, podía haber dicho; pero ¿no es de más subidos quilates la gentileza del *que* en casos como el precedente?

«Válame Dios, dijo don Quijote, y *qué* de necedades vas, Sancho, ensartando.»

El *que* vale aquí por *cuántas*, pero sin el carácter ponderativo que con éste recibe la frase.

«Mira que la dolencia
de amor *que* no se cura
sino con la presencia y la figura.»

(S. Juan de la Cruz.—*Canción entre el alma y el esposo).*

Cierto; en ninguno de los pasajes anteriores huelga el *que*, si atendemos al número, á la fuerza y gala de cada una de dichas locuciones.

El buen gusto y la juiciosa lectura de los clásicos serán siempre los únicos guías en cuanto al uso del *que expletivo y elegante.*

Ingeniosa supresión del término *que*.—Es muy *digna* de ser notada la destreza con que á veces huyen de él, cual de enfermedad contagiosa, los maestros en el arte de bien decir. Veámoslo: *unos*, para ahorrarse un *que*, emplean con no poco donaire el verbo en pasiva:

«Pues cuando los viejos no lo son más que en los años y en los cabellos, razón es *sean castigados* (1) como mozos: pues la ver-

(1) *Razón es que se les castigue...*, diríamos sin cometer pecado, pero también sin primor.

dura de sus gustos les quita los privilegios que les concede la edad.» (P. Sigüenza.—*Hist. de la Orden de San Jerónimo,* libro II.)

Otros se echan en brazos del ablativo oracional, hurtando de esta suerte, y no sin fortuna, un *que* á la simple Gramática *ó á la Gramática simple.*

Reposaron la noche con harta comodidad todos, y *venida la mañana*, apretaron el negocio de la reducción de don Quijote.» (Avellaneda, cap. 43.)

Esotros se refugian en el infinitivo:

Hay razón para *temer* (1) *no prevalezcan* estos dos afectos contra uno.» (Gran.—*Guía de pecad.*, lib. II.)

«... y porque vuesa merced, señor don Álvaro, vea *ser* (2) verdad todo lo que digo, quiero... »— por donde se descubría *ser* (3) hombre de buen entendimiento y de juicio claro.» (*Quij.* de Avellaneda.)

Aquellos, si bien en corto número, evitan la monótona repetición del *que* substituyéndole por el relativo *cual;* pero corren el riesgo de ofender á la harmonía y tocar en las fronteras de lo vulgar.

«En uno de los hospitales... *del cual* no podrá salir.» (Art. 8.—*Cód. pen.* de 1848.)

REGLA.—*Evítase muy elegantemente la fastidiosa repetición del* que *usando del verbo en pasiva, bien de un ablativo absoluto, ya del infinitivo, ó de la variante* cual, *como es de ver en los casos antes propuestos.*

A otro linaje de expresiones pertenece aquel modo infantil de comenzar los cuentos:

Érase *que* se era, *que* en hora buena sea, el bien *que* viniere para todos sea, y el mal, etc.»

La voz *que,* dijo há largo tiempo un insigne escritor, significa á solas *¿qué es eso? ¿qué ha pasado?*, para expresar que no lo da importancia. Come uno muchísimo y dice otro: *¡Válgame*

(1) *Que no prevalezcar.*
(2) *Que es.*
(3) *Que era.*

Dios y lo que ha comido! Nada responde y dice *¿qué?* Equivalente á *¿eso os ha parecido mucho? Si vos sintierais el ansia y la hambre, no os parecería mucho lo que he comido.* Un hombre sediento bebe y más bebe, y dícele un amigo: *¡Válgame Dios y lo que habéis bebido!* Y como si no hubiera bebido nada dice: *¿Qué?* Como si expresase *¿Qué es esto? Si vos vierais la sed que me abrasa, no os pareciera mucho lo que he bebido*».

En *Las arcanidades del habla española*, libro preciosísimo de D. A. de Castro, y en el primer tomo de la tan conocida obra de Garcés, hallará ciertamente el curioso lector gran copia de los refinamientos á que se presta esta voz en centenares de frases con las que el pueblo hace un derroche de lenguaje castizo por sus cuatro costados.

Conviene, antes de terminar esta materia, que digamos algo sobre el giro «*puesto que*», en verdad un si es ó no *enfático*. Tímido, levanta su cabeza en el idioma para substituir al *aunque*, y si bien éste se niega á cederle el sitio, le admite al fin como aliado para ahuyentar de sus dominios al vetustísimo *magüer*, que después de reñido combate abandona el campo, renunciando para siempre á sus antiguas pretensiones.

Igual suerte tuvo el «*porque*». Después de haber luchado con varia fortuna en el *Fuero Juzgo,* en las *Partidas* y en otros documentos, hoy, temeroso de incurrir en la reprobación universal, ha depuesto su tirantez y hasta se complace en que ocupe su lugar el «*para que*», cuyo oficio antes usurpaba.

EJERCICIOS

1.º *Que* quien sois me declaréis
que digais *qué* os ha pasado.

(Alarcón.—*Ganar amigos*. Acto 1.º, Esc. 12).

¿Pudo suprimir el poeta, por lo menos dos veces, el repetido *que*?

2.º «Con tal sutileza le engañó, *que* le persuadió se robase á sí mismo.»

(*Criticón* de Gracián).

¿*Debe* evitarse la dureza que resulta por el empleo del *que*?

3.º Vengo hecho una sopa de agua, mujer; por vida nuestra *que* me deis algo *que* comer.

(Lope de Rueda.—*Las Aceitunas.* Paso 1.º)

¿Cuál es la causa de que parezca tan ingrato al oído este pasaje?

4.º ¡Fuego! ¡fuego! *que* me quemo,
que mi cabaña se abrasa;
repicad á fuego, amigos,
que ya dan mis ojos agua.

(T. de Molina.—*El Burlador de Sevilla*. Acto 1.º, Esc. 15).

5.º *Volaba* par del viento, no corría,

(Enciso.—*Los Médicis de Florencia).*

Corre que vuela, decimos al ponderar lo veloz de una corrida.

Prescindiendo de que siempre la harmonía del verso, vence á la de la prosa, ¿cuál de las dos frases parece más gallarda?

6.º Vamos por la sillería,
que presto será de día
y abrirá aquella señora,
y aun haremos
que nos dará *que* almorcemos.

(Torres Naharro.—*Himenea*. Jorn. 1.ª)

Aunque la comedia sea imitación del lenguaje familiar, ¿se debiera haber omitido el primer *que*?

7.º «*Se primum ait scire; is solus nescit omnia*.»

(Ejemplo de Terencio citado por Caro y Cuervo en su *Gramática latina*, página 219).

Dice ser el primero *que* lo sabe, y es el único *que* nada sabe

Dice *que* es el primero *que* lo sabe y es el único *que* nada sabe

Si se ha creído siempre, y con verdad, que nuestra lengua es hija del latín; ¿cuál de estas dos versiones, por tanto, debe tenerse por más castiza?

8.º «Y conociendo *ser* verdadera la doctrina cristiana, me determiné de dejar todas las otras supersticiones.»

Y conociendo *que* es verdadera la doctrina, etc.

y conociendo *llegarse* la hora de mi muerte mandé *que* me trajesen la Extrema Unción.»

(J. de Valdés.—*Diálogo).*

y conociendo *que se llegaba* ya la hora de mi muerte...

¿Qué giro de estos escogería quien pretendiese hablar á lo clásico?

9.° «*Tibi equidem dico*».—(Terencio).
A ti te hablo.—*(Construcción latina).*
Es á ti *que* hablo.—*(Frase inglesa).*
Tú eres á *quien* hablo.

¿Debe preferirse la primera versión? ¿Pudiera tacharse de pesada la última forma?

10. Francés.	Traducción galicana.
«Ce n'est pas là *que* sont les ennemis.»	«No es ahí *que* están los enemigos.»

Cuervo, en la pág. 274 de sus *Apuntaciones criticas* cita, calificándola de *periodística*, la traducción anterior:

«No es ahí *donde* están los enemigos;
«Ahí no están los enemigos:
«Los enemigos no están ahí;

Cualquiera de estas tres últimas frases usaría el más rústico de nuestros labriegos.

11. «Por esta razón *es que* yo escribí el *Arte de componer en lengua castellana.*»

¿De cuántas maneras puede expresarse esto sin que intervenga para nada el afrancesado *que*, traído á Castilla por algún traductor chambón? En buena gramática diríamos:

«Por esta razón es *por la que* escribí, etc...
«Esta es la razón *porque* escribí...
Por esta razón escribí...

Y aun pudiera variarse el pensamiento:

«C'est par cette raison *que* j'écrivi.

12. Mi padre nunca ha tenido
pensamientos de *ser más*
de lo que es, que jamás
será más de lo que ha sido.

Mi padre nunca ha tenido
pensamientos de ser más
que lo *que es, que* jamás
será más *que* lo *que* ha sido.

Tiénese á Lope Félix de Vega Carpio como maestro en harmonía de lenguaje, así es que el buen gusto del lector decidirá cuál de estas dos cuartetas se lee en la comedia «*Valor, lealtad y ventura de los Tellos de Meneses*».

13. Comparez-vous, si vous l'osez, au grand Richelieu, hommes dévoués à la fortune, *qui* par le succès de vos affaires particulières, vous jugez dignes *que* l'on vous confie les affaires publiques; *qui* vous donnez pour des génies heureux et pour de bonnes têtes; *qui* dites *que* vous ne savez rien, *que* vous n'avez jamais lu, *que* vous ne lirez point, ou pour marquer l'inutilité des sciences, ou pour paraître ne

devoir rien aux autres, mais puiser tout de votre fonds: apprenez *que* le cardinal de Richelieu a su *qu'il* a lu; je ne dis pas *qu'il* n'a point eu d'éloignement pour les gens de lettres, mais *qu'il* les a aimés, caresses, favorisés; *qu'il* leur à ménagé des privilèges, *qu'il* leur destinait des pensions, *qu'il* les a réunis en une compagnie célèbre, *qu'il* en a fait l'Académie française. (La Bruyère).

Si es fácil añadir á esta cita parecidos ejemplos de Corneille, Racine, Boileau, Bossuet, Rousseau, ¿por qué censurar tan solo á los clásicos españoles?

II

LA PARTÍCULA *DE*

Venida á nuestro idioma en representación de las voces *ab* y *ex;* venida, repetimos, para suplir, en parte, con mezquindad ¿á qué negarlo? la riqueza de relaciones expresadas en otras lenguas por las diversas maneras con que terminan los nombres en griego, en latín, hasta en alemán, si bien con cierta limitación, y en inglés, aunque de un modo rudimentario, con el genitivo de posesión: la partícula *de*, digámoslo sin rodeos, es una de las palabras más rebeldes al régimen, uno de los términos más difíciles de explicar, casi irreducible á cánones invariables y muy expuesto, por tanto, al casuísmo, norte y guía de los gramáticos empíricos. Si entró á suplir deficiencias; si fué, y no lo puede negar, la *favorita* en la decadencia de las letras clásicas, ¿cómo ha de maravillarnos topar con ella á cada paso? Lo único que podemos exigirle es que modere sus pretensiones: que no trueque en grave daño la necesidad, y que, dando al olvido pasados triunfos, se contente hoy con esconder su pobreza á los ojos de los profanos. Trataremos, pues, en primer lugar, de sus defectos, después de sus veleidades, al fin de sus primores.

De **superfluo y por tanto defectuoso.**—Con qué miramiento haya de tratarse esta partícula, y cómo es de apetecer disminuya el uso inmoderado que de ella hacemos, lo demostrarán el hecho de que la *Gaceta de Madrid* haya rectificado oficialmente, tal cual vez, el empleo innecesario de este monosílabo, como: «pena de muerte» en vez de: «*de* la pena de muerte». Ya lo había advertido hace tres siglos el autor del *Diálogo de la lengua:*

«Hay una *de* que se pone demasiado y sin propósito ninguno; verbigracia: *No os he escrito esperando de enviar;* donde estaría mejor sin aquel «*de*» *esperando enviar;* y creedme que estas superfluidades no proceden sino del mucho descuido que tenemos en escribir.»

Cierto, desde los días en que Berceo cantaba:

Yacemos en gran culpa por muchas *de* razones.
(*Vida de Sto. Domin. de Silos.* Copla 381).

y D. Iñigo López de Mendoza escribía al Condestable de Portugal:

«Hubo entre ellos *de* señalados hombres, así en las invenciones como en el metrificar».—Hasta la época de Juan de Valdés, y algo más tarde, el empleo de este monosílabo se trocó en abuso á causa de su perpetua repetición.

Que no se pudo atajar el mal nos lo prueban las siguientes citas:

«... determinó *de* seguir el humor á D. Quijote.» (I, 3.°)

«... juro *de* volver á buscaros.» (Id. 4.°)

«... y propuso en su corazón *de* dejar á su amo.» (II, 18).

«El juez que al entrar *de* la plaza había hablado con él.» (Avellaneda.—*Quijote,* 11).

Deben escamondarse, quitándoles el *de*, las frases anteriores, y las á ellas análogas, tales son: «dieron una función *de* gratis», «el enfermo está algo *de* mejor»; pero no ésta: «*de exprofeso*».

De **nobiliario.**—Será bueno, ya que tratamos de esta partícula, hablar de la vanidad que muestran algunos al empeñarse en dar brillo á sus apellidos sin otros pergaminos que la añadidura de un *de*. Godoy y Alcántara, en su libro *Ensayo sobre los apellidos castellanos* (1871), págs. 196 á 202, examina este punto con gran copia de datos y no menos acierto. Aquí sólo transcribiremos, por ser más breve, lo que acerca de la materia han dicho dos autores muy conocidos:

«El *de*, precediendo á los apellidos», escribe D. Pedro Felipe Monlau en su *Diccionario etimológico de la lengua castellana*, «se ha querido mirar como partícula nobiliaria ó que denota no-

bleza de alcurnia; pero nada más inexacto, porque el *de* únicamente precede á los apellidos cuando éstos se tomaron de nombres de pueblo, lugar ó territorio, sobre el cual se ejercía señorío ó jurisdicción. Fuera de estos casos nada significa el *de*, y es muy ridículo anteponerlo al apellido creyendo que de por sí atestigua nobleza. Las familias de *Iñigo Arista, Jorge Manrique, Pedro Girón, Hernán Cortés*, etc., sin *de*, eran y son mucho más ilustres que las de *Juan* de *las Viñas, Perico* de *los Palotes* ó *Marcos* de *Obregón...!*»

A lo que añade Cuervo, en sus *Apuntaciones críticas*, página 244:

«Advertimos que hay apellidos que por su naturaleza rechazan el *de*, cuales son, entre otros, los llamados patronímicos, ó sea, derivados de un nombre de pila y denotativos, en su origen, de los hijos de quien llevaba dicho nombre, como *Álvarez* (hijo de *Álvaro*), *Martínez, Sánchez, Márquez, Ibáñez* (hijo de *Ibán* ó *Juan*), *Suárez* (hijo de *Suero* ó *Esvero*), *etc.* Sería un disparate descomunal llamarse *Juan de Sánchez, Pedro de Márquez, etcétera.* Esto mismo se observa con los apellidos que de suyo son adjetivos, como *Blanco, Prieto, Cortés, etc.*

»Seremos justos: esta pueril vanidad es poco común entre nuestros paisanos (1). En otras partes no se contentan los tontos con ponerse un *de*, sino que, para que los demás se lo ratifiquen, se figuran hacer un grande honor concediéndolo á las personas con quienes tratan. Por nuestra parte declaramos que no sabemos si enojarnos ó reirnos cuando alguno de los tales nos dice: *Señor de Cuervo.*»

REGLA—«*El que haya heredado de sus padres un* de *con las condiciones arriba dichas, hará muy bien en usarle; lo contrario es caer en ridículo.*»

De **vicioso**.—*Ocuparse de*, es una construcción sintáctica que entre todos hemos de escardar y limpiar de nuestro lenguaje, rico sobremanera en variedad de expresiones y giros. De este vicio,

---

(1) Los americanos.

hoy muy en boga, trató con no poco donaire el Sr. Tamayo y Baus en el *Resumen* que en 1879 leyó ante la Real Academia Española:

«Ya nadie *considera,* ni *aprecia,* ni *estudia* nada; nadie *discurre* acerca de nada; nadie *se dedica* ni *se consagra á* nada; nadie *cuida,* ni *habla,* ni *escribe,* ni *trata* de nada; todo el mundo *se ocupa de* algo. Ya nadie hace nada á secas. Para hacer algo hay que *ocuparse de* hacerlo. Y si enfadan los que se *ocupan de*, porque así lo estiman oportuno, acaso no empalaguen menos los que, echándola de puristas, execran el *ocuparse de* y usan régimen atinado, pero sin acertar á sacudlr el *ocuparse en* de la lengua ni de la pluma. Cosa es de apetecer que dé todo el mundo de mano á los quehaceres y que nadie se *ocupe de,* ni *en,* ni *con,* ni *por* nada.»

Muy displicente se muestra el señor Académico, y harto duro parece el ostracismo á que se condena al bueno del verbo «*ocupar*»; pero bien considerado, sobran motivos para tamaña ojeriza, pues diríase que este vocablo se ha hecho *don indispensable* en todo escrito moderno. No le rechazamos por advenedizo, sino por ser una especie de bulle-bulle que en todas partes se mete; por la despreocupación con que se burla de la buena sintaxis; por el desdén con que mira sus antiguas y variadas acepciones. Al dar una vueltecita por el jardín de los clásicos, nos persuadiremos de que no se desdeñaron en el empleo del asendereado *ocupar;* pero ha de advertirse que en la mayoría de los casos le destinaron á *llenar* un espacio, como en aquel verso de Ercilla:

Estaba el suelo *de* armas *ocupado;*

(*Arauc.*—Cant. III).

que le hicieron huir de la preposición cuando significa *enseñorearse:*

Traspasa el alta sierra, *ocupa* el llano;

pero sépase que también le mandaron, bajo pena de obediencia, no se dejase en casa el *en*, siempre que el sentido fuere *dar trabajo, emplear;* v. gr.:

«Rey. «No me traigais al partir
negocios que despachar.
Condest. Contienen sólo firmar:
No has de *ocuparte en* oir.»

(Menéndez y Pelayo. — *Obras de Lope.—El Caballero de Olmedo.* X. p. CXI).

«Su capacidad y letras son bastantes para que V. M. se sirva *ocupalle en*.» (Informe del Consejo de Castilla, en 1602, sobre D. Juan Ruiz de Alarcón).

«*Ocupábase en* escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente.» *(Coloquio de los perros)*.

«Los llamó el rey D. Fernando IV y los *ocupó en* la guerra.» (Saavedra.—*Empresas políticas*, 22).

«Yo estimaré que te *ocupes*
en esta investigación.»

(Hartz.—*El Bachiller Mendarias*, Acto I., Esc. 7.)

Es elíptico, quiere decir ocuparse en el trabajo de investigar. De aquí ha venido que *ocuparse en alguna cosa* es lo mismo que poner en ella la consideración: luego se van por los cerros de Úbeda los que obligan al pacientísimo *ocupar* á que signifique, mal de su grado: *tratar*, *hablar, discurrir* ó escribir sobre alguna materia.

De momento.—Así dicen en cierta región de España para significar la idea de: *por el momento, en este momento ó instante, por ahora, en el hîc et nunc*, *de repente, por el pronto*.

Parécenos que tal neologismo es innecesario, ya que pueden substituirle á maravilla las frases subrayadas. Fuera de esto, diríase que el origen é historia de la palabra se oponen de todo en todo á dicha acepción.

Res magni momenti significó siempre en latín *cosa de suma gravedad é importancia,* y así: «*id est maximi momenti et ponderis*» (Cicerón), *es cosa esta de la más alta importancia*.

En castellano bastará citar dos autoridades:

Ya la dueña había dicho á la gente de casa, y á Loaisa, la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debía ser *de momento* (1).

(1) De gravedad.

pues se le había olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle.» (Cerv.—*El celoso extremeño)*.

Los que por cuestiones
de poco momento (1)
dejan lo que importa,
llévense este ejemplo.

(Iriarte.—*Fábula XI)*.

A este tenor sería fácil aducir no pocos ejemplos, así latinos como castellanos, para confirmarnos en la idea de que *momento* precedido de la susodicha preposición, no ha tenido el sentido que tan gratuita é innecesariamente se le da.

De **veleidoso**.—Si no poseyéramos ninguna otra prueba de que el catalán y el castellano se mecieron en una misma cuna, y de que se regalaban con no pocos términos y giros comunes á entrambos, nos la daría, y muy fehaciente, el sentido partitivo de la preposición *de:*

«...fizo más *de* bienes que non diz la leyenda.»

(Berceo.—*Vida de Sto. D.º de Silos.* Copla 375).

Mataron tantos *de* moros.

(Romance de D. Gaiferos).

«ella sobre una alta torre hacía *de* señas al fugitivo huésped.»

(Quij., II, 71).

Hoy se tacharía de galicismo y catalanismo el uso de la partícula *de* en los dos primeros ejemplos, cuando no es sino un lujo de la lengua, que nunca debió avergonzarse de giros lindísimos como este:

Tantos matan *de* moros...

(Silva de romances. Pág. 104).

Este participio de sabor peregrino es muy frecuente en los romances y se halla también en *La gran conquista de Ultramar*.

Por lo que sí ha de recibir plácemes es por haberse sacudido de estos

(1) De escasa importancia.

ARCAÍSMOS INNECESARIOS

«Salí *de en* casa de mis padres.» (Sta. Teresa.—*Vida)*.

«Me pesaba *de* oir aquellas alabanzas.» *(Quij.,* I, 24).

«Convenía echar de la provincia unos pocos *de* ladrones.» (Mariana.—*Hist. de Esp.,* I, 18).

«Callo otras muchas excelencias desta virtud, *dellas* propias y *dellas* comunes con las otras virtudes.» (Granada.—*Oraciones y Consideraciones,* 3, I, 10).

«Quedó el Visorrey *de* hacerlo así como se lo pedía.» *(Quijote,* II, 64).

«Ya sé *de* experiencia que los montes crían letrados.» (Id., I, 50).

«Bien lo sabéis *de* experiencia.» (Lope.—*La Discreta venganza,* Acto. 2.°, Esc. 9).

«Hijas de Jerusalén, no lloreis á mí, que muero *de* mi voluntad.» (Márquez).

«*Fué* enfermo de los riñones.» *(Quij.,* II, 18).

«Cuando los árboles florecen están más hermosos *de* mirar.» (Gran.—*Guía,* I, 16).

FRASES CON «*DE*» POCO USADAS

«Porque *de no* te casar,»
(Lope.—*La dama boba,* acto 3.°, esc. 21).

«Y fortuna, porque *de no,*» (Balmes.—*Protestantismo)*.

«Por mi voluntad no saliera yo *de con* ella.» (Sta. Teresa.—*Vida)*.

«No se quiere quitar *de con* ella.» (Ead.—*Fundación,* 4).

... la muerte
, te quitó *de* conmigo
(F. de la Torre).

FRASES CON LA PREPOSICIÓN *DE* QUE ESTÁN EN USO

«Venía *de hacia* Ochandiano. (Trueba.—*Cuentos de vivos y muertos.—Las changas)*.

Sino *de mano en* mano, ó por mejor decir, *de boca en* boca, etcétera.» (Valdés.—*Diálogo).*

De rato en rato.» (Garci-Lasso).

«. . las puertas
todas *de par en* par francas y abiertas.»

(Ercilla.—*Araucana*, 7).

«*De todo en* todo.» (Academia).

El Santo *de los Santos,* el Cantar *de los Cantares,* el Señor *de los Señores,* se han tomado de la Sagrada Escritura, y equivalen á un superlativo.

«Con tal *que venga*», «con tal *de que venga*»; «comprar *por junto* », «comprar *de por junto*», se usan indistintamente, aunque es más castizo suprimir el *de.*

Verdad es que salí con mi señora
la misma noche que la *echaste menos* »

(Tirso.—*La Villana de Vallecas.* Acto 2.°, Esc. 12).

«Como de noche salimos
y con ella caminamos,
entre la sombra no *echamos*
de menos lo que pedimos.»

(Solís.—*Refundición de la comedia anterior).*

Parece que la medida del verso obligó á suprimir el *de* en el primer ejemplo.

Cosas he visto aquí, que *de* admirables
pueden al más gallardo entendimiento
suspender, etc.

(Cerv.—*La gran sultana).*

Daban en temerarios *de* medrosos. (Márquez.—*Gob. crist.* 1, 22).

De lejos *(ó desde lejos)* ven los campos deleitosos. (L. Argens.—*Canc.)*

Se hizo la guerra *de* rey *á* rey. (Coloma.—*Guerras de los Est. Bajos).*

DEBER DE: *indica, según frase corriente, que de una señal, de un hecho ó efecto cualquiera, inferimos, presumimos ó sospechamos la cosa significada ó la causa del hecho.*

Vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que, á lo que á mí *se me trasluce,* no debe *de* estar demasiadamente alegre.» *(Quij.* II, cap. 12.)

«—¿Lloras?
—No, me ha caído
algo, como á ti, en los ojos?
—*Deben de* ser mis enojos.
—Eso *debe* de *haber* sido.

(Lope.—*El perro del hortelano.* Acto 3.º, Esc. 15.)

Deber: sin *de,* connota *obligación* de la que no cabe dudar; por ejemplo: «hoy *debe* verificarse la junta», frase que tiene el valor de una afirmación absoluta, categórica. Véanse nuevos ejemplos y casos prácticos de entrambas significaciones:

Probabilidad, sospecha.

«Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales *debieron de* (1) arder que merecían guardarse en perpetuos archivos.»

«... por lo que creo que *debe de* (2) estar su ánima á la hora de ahora, gozando de Dios en el otro mundo.» (*Quij.,* I, 7.º y 12.º)

(1) Es de presumir, de sospechar...
(2) A mi parecer estará...

Obligación sin género de duda.

«... cosa mal hecha y peor pensada habiendo y *debiendo* (1) ser los historiadores puntuales.» (Parte I, cap. 9.º)

«El señor mi amo sí que es parte suya, pues le llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo; se puede y *debe* (2) azotar por ella.» *(Quijote,* II, 35).

(1) No cabe dudar que...
(2) Está en la obligación de azotarse...

A los que andan perdidamente enamorados de la lengua francesa, puedéseles advertir que en España somos harto rumbosos

para que nos vengan á imponer la obligación de conjugar á todo ruedo el verbo *deber*. A fin de no encontrarnos como en Francia, con ese cara de herejote, damos mil rodeos, y decimos, si viene al caso, con el príncipe de los ingenios: «Primeramente, ¡oh hijo! *has de* temer á Dios»; «lo segundo *has de* poner los ojos en quien eres». «*Haz gala,* Sancho, de la humildad de tu linaje.» *(Quijote,* II, 42).

«Lo primero que te encargo es que *seas* limpio». «No *andes,* Sancho, desceñido y flojo». «No *comas* ajos ni cebollas». «*Sé templado* en el beber». «*Ten cuenta,* Sancho, de no mascar á dos carrillos». «Cuando subieres á caballo, *no vayas* echando el cuerpo sobre el arzón». «Jamás *te pongas* á disputar de linajes». (II, 43).

En idioma tan pobre como el de nuestros vecinos, no hay estos recursos lingüísticos, y el escritor ha de ceñirse á un corto número de giros y aun de palabras, por lo que no maravilla que al trasladar á su país estas galas se vean precisados á sustituirlas con el eterno *deber,* evitado entre nosotros cuando el escritor sabe dónde le aprieta el zapato.

De **primoroso.**—Es de suyo tan elocuente el buen ejemplo, lleva en sí tan eficaz enseñanza, que ni una sola vez quedó vencido por la más pomposa de las declamaciones. Relegando, pues, á lugar secundario la teoría, comencemos por las siguientes citas, bastantes de por sí á mostrar la gentileza del *de,* cuando el escritor, enseñoreado del idioma, quiere hacer gala hasta de sus más delicados primores.

«Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas *de* valle en valle y *de* otero en otero en trenza y en cabello... sin temor á la ajena desenvoltura.» *(Quij.,* I, 11.)

Ciego estará quien no vea la gala que trae este repetir la susodicha partícula para significar el paso de una á otra cosa.

«Dame *del* atrevido; dame, lector, *del* sandio; *del* mal intencionado no, porque ni lo he menester, ni lo merezco. Dame también *del* loco, y cuando me hayas puesto como nuevo, recíbeme á perdón y escucha.» (J. Montalvo.—*Busc.,* pág. III.)

«... esa música divina con que principalmente gustan *de* acompañarse las Musas.» (*Disc. en elogio de Moreno Nieto.*)

Por ventura, ¿no es primoroso, por lo enfático, este arcaísmo?

¡Ay! cuánto *de* fatiga
¡Ay! cuánto *de* sudor está presente
Al que viste loriga, etc.,

(Fr. L. de León. *Profe. del Tajo*).

«Somos algunas tan regaladas *de* nuestro natural...» (Santa Teresa.—*Camino de perfección.*)

¿Se enamorará de tan lindo decir quien no comprendiere que la elegancia de *tales* ejemplos desaparecería suprimiendo la partícula *de,* que tan molesta se hace en la pluma del aprendiz de literato?

Lástima haya caído en desuso aquel decir tan elegante de San Juan de la Cruz:

Allí le prometí *de* ser su esposa.

¿Cómo entenderá la propiedad con que habla Hermosilla cuando dice:

«También se encuentran arcaísmos en Salustio, y es un escritor *de* prosa?» Ignoráis que ese *de*, llamado objetivo (1) en alta Gramática, es *atributivo,* y puede resolverse de esta manera: *literato que escribe prosa?* Limpien Vds. un poco el polvo á ese bribonzaco *de* latín, que juzgaban ser enteramente inútil, y entonces brillará con más esplendor que nunca el ilustre abolengo de giro en que corren á una lo clásico y lo elegante.

Para que no confundan los papeles, he de añadir que *scribens epistolarum,* «escritor *de* epístolas», significa cosa *esencial,* propia y peculiar de persona consagrada sólo á este oficio, mientras que *scribens epistolas*, indica algo accidental, no es su única tarea, lo hace de vez en cuando. Luego al decir Hermosilla que Salustio, con todo y ser escritor *de* prosa, usa también arcaísmos, quiso dar á entender que el ser poeta no se cifra en el empleo de unas cuantas licencias y otras fruslerías, á que los pedantes dan suma importancia, pues *él*, que toda su vida fué

(1) *Amor patris,* «el amor *de* padre» y *amor virtutis,* que puede resolverse en *amare virtutem,* prueban que *patris* en el primer caso es genitivo subjetivo, equivale á *pater amat,* y objetivo en el segundo, ó sea en *virtutis.*

escritor *de prosa,* que nunca hizo versos, se valió también á veces de tal cual arcaísmo.

Reglas.—1.ª *Ocuparse en (donde por elipsis se callan las palabras:* examen de estudio, *etc.), es lo correcto en buena sintaxis;* v. gr.: La Academia se *ocupa en* el examen de las Memorias presentadas hasta el día de hoy.

2.ª *Si disonare* «*ocuparse en*» *es fuerza substituir á éste con otro verbo, como si, por ejemplo, escribiésemos* «*nos estábamos* ocupando en V.», *habría que decir:* tratando de V., hablando de V., *etc., ya que* «ocuparse de V.» *tampoco sería castellano.*

3.ª *Se construyen con* de, *los verbos que significan* librar, acusar, absolver, defraudar, los de alabanza, vituperio y otros (1): v. gr.: *Menester es que este libro se escarde y limpie* de *algunas bajezas (Quij.*, I, cap. 6); *no me arguyas* de *maldiciente* (Quevedo); *sólo el perdón puede absolvernos* de *nuestras deudas, (Granada); por defraudarle* (á D. Quijote) de *la fama que sus altas caballerías le tenían granjeado* (*Quij.*, II, capítulo 14); *quedó* (Preciosa)... *tan celebrada* de *hermosa,* de *aguda*, de *discreta y bailadora, que á corrillos se hablaba de ella en toda la corte (La Gitanilla). Lo que no he podido dejar de sentir es, que me note* de *viejo* y de *manco (Quij.*, II, pról.)

4.ª Deber, *seguido de la preposición* de *significa duda, presunción ó sospecha. Ejemplos: debe de* estar equivocado; *debió de* pensar que así acertaría; *debió de* recibir alguna mala nueva *y se marchó del pueblo.*

Deber, sin de, *expresa obligación que no se puede eludir, como:*

«... cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y *debiendo* ser los historiadores puntuales.» *(Quij.*, I, 9.)

El uso actual exige que no se haga con esta preposición un derroche como el de nuestros mayores, á imitación de los franceses y catalanes; v. gr.: «y conocía *de* que la doctrina cristiana era verdadera», «tengo en clase algunos alumnos *de* muy buenos, pero también los hay *de* malos»; «es fácil *de* verlo»; «Juanito

(1) Véase la excelente Gramática, en este punto, del P. Nonell.

sabe *de* leer»; ejemplos en los que sobra, no cabe duda, el monosílabo *de*.

Como á más de los verbos ya dichos, hay otros que invenciblemente llevan dicha preposición, pide el arte que tal cual vez usemos el substantivo en lugar del verbo que la exige, ó bien se emplee otro que le reemplace sin menoscabo de la propiedad, v. gr.: «con estas costumbres no es *maravilla* (1) que cayese» (D. Álvaro de Luna). «¿Qué le *prestó* (2) su nobleza? ¿Qué sus riquezas y poder? ¿Qué su edad y gentileza?» (Mariana.)

EJERCICIOS

1.° Dando noticia della eternamente
corra *de* lengua *en* lengua y gente en gente.

(Ercilla.—*Araucana*, 21.)

¿Constituye una elegancia del idioma la combinación «*de en*» con un nombre repetido?

2.° Dar consejo al que *lo ha menester.* (Lope de Vega.—*Dorotea.* Acto 5.° Esc. 2.ª)

«Dar buen consejo al que *lo ha de menester.*» (P. Ripalda.—*Catecismo).*

¿Gozan de igual autoridad, en punto á lenguaje, las dos expresiones arriba copiadas?

3.° «Hay *algo* en ellos (en los antiguos héroes españoles) *de* macizo, *de* verdaderamente humano, *de* real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa.» (Valera.—*Disertaciones.)*

¿Tendría el mismo valor si hubiese dicho: Hay en ellos algo como *macizo*, etc.?

4.° Cuando al *de* precede la voz *que*, la frase denota entonces una á modo de extraordinaria admiración:

«¡*Qué de* cuidados me debes!
¡*qué de* desvelos me cuestas!
¡*qué de* suspiros al aire
sin tener de ellos respuesta!

(Moreto.—*En el mayor imposible nadie pierde esperanza).*

5.° «Este Don Quijote con su celada de cartón y sus armas cubiertas de orín

(1) No es *de* maravillar.
(2) *De* qué le sirvió.

se llevó *de* calles (1) á Amadises y Belianes, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes, destrozólos, matólos, redújolos á polvo y olvido.»

(J. Montalvo.—*Busc.* p. IV.)

¿Sobra el *de* ó realza el sentido de la frase?

6.º «Tantos son *de* muchos, que non serien contados.»

(Poema del Cid. v. 2.488).

¿Debemos de emplear hoy tal arcaísmo, no anticuado en lengua catalana?

7.º

Revolviendo sus caballos
jugando van *de* las lanzas...
ya desmayan los franceses
ya comienzan *de* huir.

(Rom. de Durán. I, págs. 79 y 262).

¿Está legítimamente anticuado el *de* en los versos precedentes, ó hemos de reputarle como un primor de la lengua?

8.º «... si alcanzo *de* días á mi padre heredo un mayorazgo de seis mil duros.»

(Cerv.—*La ilustre fregona).*

¿Tacharíamos hoy de incorrección el *de* anterior?

9.º «*De momento* no llevo dinero en el bolsillo.»

¿Tuvo en la antigüedad este significado?

¿Sería más corriente decir: *por el momento, en este momento, ahora, por el pronto?*

10. Le han concedido generosamente un título de Castilla, y por tanto *debe* dar las gracias.

¿Podría decirse en este ejemplo «*debe de*»?

11. Coma V. *de* gusto; en castellano decimos «con gusto».

12. «Conozco al delincuente *de* mucho tiempo». *Desde* hace mucho tiempo, señor mío.

13. Sa grotte ne resonnait plus *de* son chant.	Su gruta no resonaba ya *de* su canto.

Para evitar este *de*, francés por sus cuatro costados, ¿estaría mejor traducido el anterior pasaje del Telémaco, si dijéramos como Capmany: *su canto no sonaba ya en gruta,* ó de otro modo más poético: *en su gruta no se oían ya sus acentos?*

(1) *Llevarse de calles:* confundir con razones y argumentos; frase vulg. *de calle.*

CAPÍTULO IV

Del oficio de algunos pronombres y adjetivos.

I

CUYO

De ilustre, cuanto antiquísimo abolengo, pues le cabe la gloria de enorgullecerse diciendo:

Et documenta damus qua simus origine nati (1),

presentóse en nuestro idioma antes de lo que algunos cándidos se imaginan, y al punto, desde los comienzos de su existencia, desde la aparición del Fuero Juzgo, hubo de sostener recias batallas con el vulgarísimo *cual*, quedando ahora humillado, ahora victorioso, hasta que, no sin grande esfuerzo, logró abatir para siempre la pujanza de su implacable rival. Lejos de volver á los desventurados tiempos en que los legisladores, y aun los que se daban humos de literatos, podían escribir impunemente... «en el *cual* libro mandemos...» (2); vésele hoy hombrearse con los giros más gallardos y en frase que no se desdeñaría de haberla escrito el mismo Cervantes: «El murmurio de sus aguas (del *Arno*) (3), parece remedar los gemidos de la musa del Dante, y sus blancos vapores, condensados por el aura nocturna, que enrarece y eleva el sol matutino, semejan humo de incienso que dirige la patria al genio de Miguel Ángel, *cuya* es la estatua de David que descuella sobre la ribereña colina de San Miniato.» (Pi, C., p. 101).

No ha de sostener ya luchas para humillar la altanería de convecino batallador; y con todo eso, aún no ha brillado en los dominios del *cuyo* la aurora de la paz; aún recibe agravios de los *usurpadores de lo ajeno;* de los que mancillan su honra relegán-

---

(1) Ovid.—*Metamorph.*, l. t. VIII, v. 49.
(2) *Novísima Recopilación.*
(3) El Arno es á Italia lo que el Henares á España.

dole á lugar secundario; de los que, acostumbrados á inferirle heridas mortales, merecen en verdad el nombre de *asesinos*... de la Gramática.

Por no escribir lisa y llanamente: «*El mismo obrero que arregla el edificio pintará el salón*», un señor americano, autor de cierta obra, de cuyo nombre no quiero acordarme, estampó la siguiente algarabía: «*El salón será pintado por el mismo obrero, cuyo edificio es arreglado por él*», donde, por desconocerse el significado del pronombre *cuyo*, se afirma, contra la voluntad del propietario, *que el edificio es del obrero*. Y he ahí como un *asesinato* gramatical lleva consigo á veces la usurpación ó despojo de una propiedad.

Para traer á buen camino á este infeliz pedagogo, le enderezó el Sr. Riguera, ilustre abogado en Montevideo, escritor que sabe tomar la pluma, una filípica que le puso como ropa de pascua; pero inútil.

¡Vaya V. á predicar á ciertas gentes y decirles: lógicamente hablando, la frase transcrita encierra dos proposiciones!:

1.ª *El mismo obrero pintará el salón.* Proposición principal relativa y completa: es *principal*, porque manifiesta la idea dominante, el objeto principal del pensamiento; *relativa*, porque tiene bajo su dependencia la otra proposición *que arregla el edificio;* y *completa*, porque lleva expresos todos sus términos, *sujeto, verbo* y *atributo*. El sujeto es *el mismo obrero; simple*, porque no expresa más que un solo ser; *complejo*, á causa del complemento: *que arregla*, etc. El verbo es *será* y el atributo *pintor* (ya que no tenemos el participio de presente *pintante*, como tenemos de amar, *amante*, de navegar, *navegante*, etc.); *simple*, porque no expresa más que una sola manera de ser del sujeto, y *complejo*, por el complemento *salón*.

2.ª *Que arregla el edificio.* Proposición *incidental, determinativa* y *completa*. Es *incidental*, porque recae sobre otra proposición para completarla; *determinativa*, por ser indispensable para restringir y fijar el sentido de lo que precede; y *completa*, porque tiene representados sus tres términos. El sujeto es el pronombre relativo *que* (representante de obrero); *simple*, porque se refiere á un solo ser; é *incomplejo*, por no llevar complemento. El verbo es *está*, y el atributo *arreglando* (puesto que tam-

poco puede descomponerse en castellano el verbo arreglar por medio del verbo ser y un participio de presente): *simple*, por no denotar más que una sola manera de ser del sujeto; y *complejo*, por el complemento *edificio*. Estas dos proposiciones lógicas se llaman *oraciones* en Gramática.

La 1.ª es una oración de antecedente y *primera de activa*.

La 2.ª una oración de relativo, y también *primera de un verbo activo transitivo*.

Constan, pues, de nominativo de persona agente, verbo en la voz activa que concierta en número y persona con el sujeto, y acusativo de persona paciente.—Y se vuelven en pasiva, hay que repetirlo, poniendo el acusativo en nominativo, el verbo concertando en pasiva, y el nominativo agente en ablativo regido de la preposición *por*, en esta forma:

El salón será pintado por el mismo obrero. (Oración de antecedente.)

Por quien ó por el cual es arreglado ó se arregla el edificio. (Oración de relativo.)

Así explicaban los *dómines* en aquellos tiempos ominosos en que se enseñaba el latín *empíricamente;* ahora sabemos *morfología;* pero ignoramos ¡poca cosa! los rudimentos de esa pícara Gramática que tiene la mala idea de sacarnos á veces los colores. ¡Hemos alcanzado mejores días, somos más ilustrados y no *habemos* menester el conocimiento de tales sandeces obscurantistas! Pero dejemos en paz á ciertos filólogos de nuevo cuño y prosigamos.

Hijo de la lengua latina, el *cuyo* pone singular empeño en seguir las huellas de su madre y se envanece cuando, como en los días de Virgilio, representa *posesión*, cuando reemplaza con no poca bizarría *á* los desabridos *del cual, del que*, y hasta al simpático *de quien*. Veámoslo:

Hablando D. Quijote de los sitios encantados en que los caballeros andantes solían encontrarse sin saber cómo, se expresa de esta manera:

«Acullá de improviso se les descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, *cuyas* murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos...» *(Quij.*, I, cap. 50.)

Poco ha de entender en achaque de hermosura quien no vea la

que recibe este pensamiento con la presencia del pronombre *cuyas*, y cuán descolorido aparecería á nuestros ojos si le substituyéramos por el adusto «*del cual*».

En otro pasaje, emplea, y va bien acompañado, la susodicha voz en aquella elegantísima significación de los latinos: *¿cuius* est oratio? Ciceronis.

«... y lleno de admiración preguntó *cuya* era aquella criatura, que por su adorno y aderezo parecía hijo de algún príncipe.» (Cerv.—*La señora Cornelia.)*

Que á mi mano hayan venido
estas cartas: ya no temo
mal suceso.
Car. ¿*Cuyas* son?
Da. Ju. De un mi tío de Segovia.

(T. de Mol.—*Don Gil de las calzas verdes*. Acto 2.º, Esc. 10).

¿*Cuya* es la voz que escucho?
Sin duda es de mi Arcadio.
Es él: mirad cual viene
saltando por el prado.

(Iglesias.—*Poesías inéditas.* Anacreóntica 4.ª).

Construcciones que por su novedad únicamente quedan reservadas para la *gens electa,* y tal cual vez.

Á los infelices que sólo pueden leer en *romance,* porque la lengua del Lacio les causa náuseas, será bien advertirles, siquiera por caridad, que como en los días de Plauto, el asendereado *cuyo* no concierta con el nombre á que hace relación, sino con el de la persona ó cosa poseída, v. gr.:

Santo Jehová, *cuya* divina esencia
Adoro...

(Meléndez.)

frase en la cual, *cuyo* concierta con *esencia,* y hace relación á «*Santo Jehová*». En esotro ejemplo: «el árbol á *cuya* sombra estábamos sentados, y *cuyas* flores perfumaban el aire», es de ver que el pronombre concierta no con árbol, sino con *sombra* y *flores*, por más que sea aquél, como si dijéramos, el poseedor de

entrambas cosas. En todo lo cual nuestro idioma no se aparta ni un punto de lo que hacía su madre, la lengua de Cicerón:

Nescio *cuia* vox ad ad aurem mi advolavit (1).

Cuium pecus? an Meliboei (2). *Cuiam* vocem ego audio (3).

De la misma suerte que en Roma, también aquí impera la libertad de que el antecedente marche á su antojo separado del relativo; pero como sean muy contados los que puedan valerse de esta licencia, y como el abuso ha introducido el desorden en el campo de la oración, robándola más de una vez claridad y exactitud, ha sido forzoso restringir esa libertad, limitar el derecho al *servum pecus* de los escritores, otorgándolo únicamente á los *nobles,* y encarecer á los *plebeyos* la conveniencia de que el relativo *cuyo* vaya *pegadito* á su antecedente.

«*Las primeras gentes* extranjeras que después de fenecido el señorío de los Reyes antiguos en España, hallamos haber entrado por ella contra sus regiones orientales, fueron de la tierra que llamamos ahora Francia, moradores de la provincia donde también fueron edificadas después las ciudades de Narbona y Montpeller y de Marsella, *cuya* venida tocan sumariamente nuestros cronistas.» (J. de Ocampo.—*Crón. de España.)*

La venida de las primeras gentes extranjeras... es el antecedente de *cuya*. Práctica esta, repetimos, para casos excepcionales. Mas no se corre el riesgo de pecar si va *cogidito* de la mano de su antecedente, como en el siguiente ejemplo de Mariana:

«Está rodeada por todas partes y ceñida del mar, sino por la que tiene por aledaño á los *Pirineos, cuyas* cordilleras corren del uno al otro mar.»

Que se resuelva *cuyo* en sus dos elementos, relativo y posesivo; que sea lícito su empleo siempre que podamos asignarle un antecedente, aunque no se muestre muy á las claras; que no falten autoridades clásicas para probar tiene á veces un antecedente indeterminado, son cuestiones más hondas y resbaladizas que el curioso hallará bien dilucidadas en los *Estudios gramaticales* del catedrático de Bogotá D. Marco Fidel Suárez.

---

(1) Plaut.—*Bacch.* 4, 9, 24.
(2) Virg.—*Egl. III.*
(3) Plaut.—*Curc.* 2, 1, 14.

REGLAS.—1.ª *Cuyo, es un pronombre relativo que indica posesión ó pertenencia y equivale á «de quien», «de cual».*

2.ª *Estará, pues, bien empleado cuando en su lugar pueda ponerse del que, de quien, del cual, de lo cual;* v. gr.: el agresor, *cuyas* señas se ignoran *(del que,* etc.); la Reina, *cuyo* perdón pretendemos *(de la que* ó *de quien).*

3.ª *Cuando hace de posesivo y relativo es indiferente emplear éste ó de quien, de quienes, si mediare el verbo ser; los demás verbos piden forzosamente cuyo, cuya; así puede decirse: aquel cuyo fuere, ó aquel de quien fuere el libro; mi hermano, cuyos derechos defenderemos siempre; y no estará bien: mi hermano, del que ó de quien defenderemos siempre los derechos.*

4.ª *Si cuyo desempeñare tan sólo oficio de posesivo, puede ser substituído por su equivalente de quien, pero con menos galanura.* Véase lo que dice Baltasar de Alcázar:

> Esclavo *soy,* pero *cuyo*
> Eso no lo diré yo,
> Pues *cuyo soy* me mandó
> No dijese que era suyo.

Ciertamente, no pecaríamos contra la Gramática si escribiésemos:

«Soy esclavo, pero no diré de *quién,* porque la persona *de quien* lo soy me lo ha prohibido»; mas el pensamiento perdería no poco en frescura y lozanía de ingenio, á par que de estilo.

5.ª *«Cuyo, cuya, según la Academia, no pueden ser nunca sujeto ó nominativo de la oración, sino relativo del sujeto de ella, ahora esté expreso ó tácito, dependiendo siempre de él.*

Por lo tanto, dicen un disparate los que, v. gr., escriben: «Le regaló un aderezo, entre otras muchas alhajas preciosas, *cuyo* aderezo era de brillantes», en vez de: y *este aderezo* era de brillantes, *todo él* era de brillantes.

EJERCICIOS

1.º Tu dulce habla, ¿en *cuya* oreja suena?

(Garci-Lasso.—*Egl. I).*

«A Neyo Vibrio Saturnino, hijo de Quinto, de la tribu Falerina, su liberto Calixto.»

¿*Cuya* es esta otra lápida, en la que, con tener borradas tantas letras, se lee todavía haber sido puesta por un padre á su hijo...?

(Pi —C. pág. 386).

¿Se toleran hoy interrogaciones como las anteriores, ó han de tenerse por arcaicas?

2.° Se aplicaron al enfermo todos los remedios que la ciencia médica aconseja en tales casos, *cuyos remedios*, desgraciadamente, no produjeron el efecto apetecido.

¿Sobra *cuyos*? ¿Sería más correcto: *remedios que* desgraciadamente, etc.?

3.° Elle se promenait souvent seule sur les gazons fleuris *dont* un printemps éternel bordait son isle.

Paseábase sola con frecuencia por los floridos prados, *cuya* eterna primavera borda su isla.

Paseábase sola muchas veces por la florida hierba, *de que* una continuada primavera vestía la isla.

4.° «Ellas, *cuya* es la casa, y, á quien propiamente toca.»

(León.—*Perf. cas.* 7).

¿Es aquí adj. posesivo el *cuya*? ¿Concierta en este caso con el antecedente ó con el substantivo que denota la cosa poseída?

5.° «El que tiene poco y gasta mucho tiénenlo por loco, *á cuya* causa deben vivir los hombres de modo que ni los noten de míseros ni de pródigos.»

(Guevara.—*Epist. fam.* 1, 25).

Aunque no se halle anticuada esta manera de decir, ¿hay otra manera más corriente para substituir el «*á cuya*?»

II

QUIEN

Olvidándose de su padre *quem*, quiso este pronombre relativo, al venir á tierra de Castilla, que se le llamase *qui* (1): renunciando luego á tener personalidad propia, se confundió con el *que* (2).

(1) Ca *qui* tal cosa faz... Aquel á *qui* el llamare.— [illegible]

(2) Traidores del señor con *que* iban á...—*(Fuero Real)*.

y por fin, cuando alcanzó derecho de ciudadanía, cuando se denominó *quien*, dió nueva idea de su genialidad, negándose á obedecer los preceptos de *nuestra santa madre... la lengua;* y en vez de irse con los plurales y de solicitar un *concierto amistoso con* ellos, tuvo, y ha tenido durante siglos, el mal gusto de permanecer en los dominios del *singular,* aun cuando su *antecedente* le diga á voces que en tales casos su puesto de honor sea el plural.

De estas locuras nos informarán los siguientes ejemplos:

«Llamaron *hombres* sabios, astrólogos y astrónomos, y hombres de la corte sabidores de cosmografía, de *quien* se informaron.» (A. Bernáldez.—*Historia de los Reyes Católicos.)*

«De esta orden soy yo, hermanos *cabreros,* á *quien* agradezco el agasajo y buen acogimiento que hacéis á mí y á mi escudero.» *(Quij.*, I, cap. 11.)

«... Y les entregaba tan sin piedad á sus *enemigos* de *quien* forzosamente habían de temer servidumbre y muerte.» (Moncada.—*Expedición á Oriente*, cap. I.)

Envanecido con el hecho de que plumas tan afamadas como las de Cervantes, Moncada y otros más, se valieran de él en singular, aun cuando sus antecedentes le reclamasen en plural, hizo alarde de inaudita rebeldía empeñándose en servir de representante, lo mismo de *personas* que de *cosas* y *animales irracionales.*

«Dieron en ser golosas, y pocos días se pasaban sin hacer mil *cosas,* á *quien* (á las que) la miel y el azúcar hacen sabrosas.» (Cerv.— *El celoso extremeño.)*

«Otros muchos hurtos contaron y todos, ó los más, de *bestias,* en *quien* son ellos graduados.» (Cerv.—*Coloquio de los perros.)*

«Dichosa edad y siglos dichosos *aquellos* á *quien (á los que)* los antiguos pusieron el nombre de dorados.» *(Quij.*, cap. 11.)

Con todo, en sentir de Bello, «*quien*» no se limita hoy tan estrechamente á *personas*, que no se refiera algunas veces á *cosas,* cuando en éstas hay cierto color de personificación, por ligero que sea. Así nada tienen de chocante á nuestros oídos estos versos de Rioja:

«A ti, Roma, á *quien* queda el nombre apenas,
A ti, á *quien* no valieron justas leyes.»

Ni aquellos en que dice Ercilla hablando de la codicia:

«Esta fué *quien* halló los apartados
Indios de las antárticas regiones.»

Los gramáticos, con sus prudentes consejos, y los críticos burlones, con sus chanzonetas, han logrado meter en cintura á este insurrecto, por lo que es de ver que hasta los más ignaros escriben hoy: *hombres* á *quienes* dotó el cielo... en vez de *hombres* á *quien*... como escribían antes lo mismo los adocenados que los sabios.

Mantiénese indeclinable dicha voz en el compuesto *quienquiera*, y muestra tal énfasis, que sorprende en invocaciones como la de D. Quijote, durante su penitencia en Sierra Morena:

«¡Oh vosotros, *quienquiera* que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada! oid las quejas de este desdichado...» *(Quij.,* I, cap. 25.)

Una vez entrado en la senda del bien, hásele visto aparecer con toda elegancia, singularmente en frases de significación distributiva.

«*Quienes* viajaban ó permanecían en Roma á pretender beneficios...; *quienes* se encaminaban á recibir su educación en el colegio de Bolonia...; *quienes* militaban en los tercios que guarnecían aquellas plazas..., etc.» (Navarrete.—*Vida de Cervantes.)*

Reglas.—1.ª *Quien, pronombre relativo, ha de concertar en número con su antecedente,* v. gr.: «El amigo de *quien* le he hablado... , los valientes soldados á *quienes* la patria agradecida premió con largueza...»

2.ª *Quien, sólo debe referirse á personas. Téngase, pues, como defecto aplicarlo á cosas.*

«Alojáronle en una sala baja, á *quien* servían de guadameciles unas sargas viejas...» *(Quij.,* II, cap. 71).

Á la que, á la cual, diríamos hoy.

EJERCICIOS

1.º «Es un *bálsamo*, respondió Don Quijote, de *quien* tengo la receta en la memoria.» *(Quij.,* I, cap. 10.)

¿Estaría mejor dicho: «Un bálsamo *cuya* receta tengo en la memoria?»

2.º «Una *alcuza*... de *quien* el ventero le hizo grata donación.» *(Quij.*, I, capítulo 17).

¿Cómo hubiera dicho hoy Cervantes?

3.º ... «recogió Sancho su repostería en un aposento de *quien* el huésped le dió la llave.» *(Quij.*, II, cap. 59)

¿Consiente el uso actual semejante giro?

¿Sería más correcto decir: «*cuya* llave le dió el huésped?»

4.º «Dejó encerradas y enterradas en una parte, *de quien* yo sola tengo noticia, muchas perlas y piedras de gran valor...» *(Quij.*, II, cap. 63.)

¿Se tolera en nuestros días el pronombre relativo «*quien*» aplicado á cosas? ¿Debiera substituirse en este caso el «*de quien*» por «*de la que*», «*de la cual*», «*de que*?»

5.º ¿Enfada la repetición de *quien* en el siguiente ejemplo del capitán Aldana?:

... *Quien* la trabada y vieja malla
cubre; *quien* la manopla y la celada
toma; *quien* el arnés trabado encima
carga; *quien* del almete y la coraza
traba; *quien* la jineta ó la alabarda
coge; *quien* espaldar y peto junto
ata; *quien* una y otra pieza luego
trueca; *quien* el quijote sobre el muslo
pega; *quien* la escamosa coracina
use; *quien* greba, bufa y contrabufa
pone; *quien* tachonadas taherias
ciñe; y se enlaza con presteza el yelmo

III

CUAL

Despide esta voz tal olorcillo de vulgaridad en los malhadados documentos notariales y judiciales donde imperan á sus anchas «*el declarante,* el *cual* dijo», «*el culpable, el cual* respondió», «*el presunto reo,* el *cual* añadió», «*el cómplice, el cual* replicó»; que ya desde antaño se hizo antipática á la *élite*, como dicen los franceses, á la gente de fino y acrisolado gusto, creciendo luego el enojo al ver el desaliño con que se presentaba tal cual vez, en escritos bellísimos por otro concepto, en los que hasta el mismo Cervantes cometió el desliz de no ataviarla con galanos giros.

«... le fué forzoso á Carrizales dejar sus imaginaciones, y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecía, *el cual* viaje fué para él tan próspero.» *(El celoso extremeño).*

Cerrándose de campiña en ciertas épocas á fin de que el elegante *cuyo* no reivindicara su antigua y legítima posesión (1), viendo con singular deleite el inicuo despojo cometido por su causa en la persona del *quien* (2); negando el derecho del *que* para reemplazarle en determinados casos (3); el poco rotundo *cual*, de historia nada limpia, ha de ser tenido, no ya por los enamorados de la pulcritud, sino hasta por los que sólo miran á la simple corrección, como uno de los vocablos más duros y ásperos del idioma castellano, y digno por tanto del mayor aborrecimiento. Sin embargo, olvidándose algunas veces de la humilde cuna en que se meció, modificando el carácter seco y desabrido con que se produce en la mayoría de los casos, hémosle visto, con gran contento, sacar primores de sus mismos defectos, dando á la frase ahora carácter distributivo (a), el énfasis de vehemente interrogación después (b), luego aire de novedad con sus inesperadas acepciones (c), y, por fin, la exuberancia de significado que ofrece el superlativo (d).

(a) «Casi todos los esqueletos humanos se han encontrado en lo interior de las habitaciones, con frecuencia en grupos de dos, tres, y hasta diez y ocho, como en la quinta de Diomedes, y en posturas diferentes; de plácido reposo, pocos; de fuga, algunos; *cual* forcejeando contra un obstáculo invencible; *cual* aplastado por las ruinas.» (Pi. C., pág. 172).

«... bajaban coronados con guirnaldas que á lo que después pareció, eran *cual* de tejo y *cual* de ciprés.» *(Quij.,* I, cap. 13).

«Las damas que estaban con la Reina, quisieran hacerse todas ojos, porque no les quedase cosa por mirar en Isabela: *cual* alababa la viveza de sus ojos, *cual la* color del rostro, *cual* la gallardía del cuerpo, *cual* la dulzura del habla, y tal hubo que de pura envidia dijo: buena es la española, pero no me contenta el traje.» (Cer.—*La española inglesa).*

---

(1) La pena que este mereciere, *la cual* se le aplicará *(Código criminal de 1822).*

(2) El ministro que el Rey nombrare, con *el cual* despachará también, etc. Novís.ª recop.ón).

(3) Algún delincuente, *el cual*, etc. (Idem).

(b) «¿*Cuál* habrá tan ilustre entre las flores,
hermosa flor, que competir presuma,
con tu fragante espíritu y colores?»

(Rioja.—*Silva*).

(c) «Estas parras,
de estos álamos doseles,
que á los cuellos, *cual* joyeles
entre sus hojas bizarras
traen colgando los racimos,
. . . .
. . . .
entre sus frutos ópimos.

(T. de Mol.—*Don Gil de las calzas verdes*. Acto 1.°, Esc. 8.ª)

(d) «Hízolo así el poeta, y púsola *cual* no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame.» (*Quijote*, II, cap. 8).

«A menudo se hallan los excavadores, junto á los esqueletos, una lámpara; cosa que no maravillará á quien considere *cuáles* serían, durante la extraña tempestad, aquellas noches sin cielo, y la lobreguez que aun entre día reinaría en Pompei, cuando, á dicho de Plinio...» (Pi, C., pág. 173).

REGLAS.—1.ª *Cual es un adjetivo relativo que sirve para enlazar dos proposiciones en las que su antecedente ordinario es tal, expreso ó tácito:*

«Aquí se le hizo *tal* servicio, *cual* convenía á su grandeza.» (Gran.—*Orac. y consid.* I).

«El entierro y las honras fueron *cuales* (donde se calló el antecedente *tales)* se puede pensar, con todas muestras de majestad». (Mariana.—*Historia de España*, 9, 13).

2.ª *Recibe un carácter enfático y muy expresivo cuando se emplea en lugar de como, alguno* y en *interrogaciones vehementes:*

Cual suele el ruiseñor, con triste canto
quejarse, entre las hojas escondido,
del duro labrador, que cautamente
le despojó su caro y dulce nido.

(Garci-Lasso.—*Égloga* 1).

«Tengo hasta seis docenas de libros, *cuales* de romance, *cuales* de latín.»—*(Quij.,* II, cap. 16).

»¿*Cuál* más terrible caso, *cuál* ejemplo
mayor habrá, si puede ser consuelo
á Mario en su dolor el de Cartago?»

(Herrera.—*Son*[illegible]).

3.ª *Hoy suele interponerse el verbo entre cual y el substantivo á que dice relación,* v. gr.: En vez: de no puedo atinar *cual* inconveniente impidió su viaje, se dice: no puedo atinar *cual* fué el inconveniente que impidió su viaje.

4.ª *Es arcaico el uso de cual combinado con su antecedente.*

«Encontró el elefante con un *niño* de teta, el *cual* tomó con la trompa, y púsolo encima de un tejado para librarlo del peligro. El *cual niño* lloraba y daba gritos por verse en aquel lugar. (Gran. *Simb.* 1, 14).

5.ª *Prefiérese ahora invertir el orden anteponiendo el substantivo.*

«Fácil es que los jóvenes se dejen llevar del gusto á la poesía y de la afición á su cultivo, *motivo* por el *cual* Horacio, dirigiéndose al hijo mayor del cónsul Pisón, como ya más adelantado, le da este prudente aviso.» (M. de la Rosa.—*Art. poét. de Horacio).*

6.ª *Prescindiremos de cual siempre que pueda ser substituído con ventaja por las palabras quien y que,* v. g.: «El Ministro con el *cual* hablé se llamaba...», «lo hará cumplir la autoridad superior local, *la cual* será responsable...» *Quien* y *que* reemplazarían correctamente en ambos ejemplos al muy desabrido del *cual.*

EJERCICIOS

1.º «*Cual* suele el ruiseñor entre las sombras
de las hojas del olmo ó de la haya
la pérdida llorar de sus hijuelos »

(Boscán.—*Leandro,* 20).

«*Cual* gusano de seda
que en su delgada fábrica se enreda.»

(Góngora.—*Décimas*).

«*Cual* suele el cisne anunciar
cantando su triste muerte.»

(Fernando de Cangas).

«*Cual* queda el caminante
que va de noche falto
de compañía ..
tal me dejó de aquel rigor inmenso
la repentina furia
de quien pensé no recibir injuria.»

(V. Espinel.—*Églog. á D. Her. de Toledo*).

«*Como* rosa que nace
en el jardín cercado
no sujeta al arado,
ni al ganado que pace.»

(Villegas.—*Eróticas*, Cant. 3.º)

«*Como* la tierna madre que el doliente
hijo le está con lágrimas pidiendo
alguna cosa; de la cual comiendo.»

(Garci-Lasso.—*Soneto*).

¿Es indiferente el uso de *cual* ó de *como* en los ejemplos que hemos citado? ¿Depende acaso el dar la preferencia, al uno ó al otro, de accidentes que sólo el buen gusto del escritor puede, debe y sabe apreciar?

2.º «Descubrieron los rostros (la dolorida y demás dueñas) todos poblados de barbas, *cuales* rubias. *cuales* negras, *cuales* blancas y *cuales* albarrazadas (blanquecinas).» (*Quij.*, II, cap. 39.)

¿Está usado con elegancia el pronombre *cuales*, ó bien ha de reputarse como una pesadez y machaqueo de estilo?

3.º «Ha devorado en festines de pompa y despilfarro sus riquezas, con ser inmensas, y *cuales* no las acumulan sino afortunados príncipes que dominando sobre vastas tierras monopolizan sus productos.»

¿Parecería más elegante la cláusula anterior si dijéramos «*como*» en vez de *cuales*?

4.º «En 1778 Iriarte dió á la escena la comedia «*El señorito mimado*», la *cual* fué muy bien representada por la compañía de Martínez.»

Cierto, la Gramática no condena, cuando así lo pide la claridad, el uso de *cual* tras su antecedente; pero ¿no pugna el atildamiento de Moratín con este desaliñado pasaje del *Disc. prel. sobre los oríg. del teat. español*?

5.° «¿*Cuál* Dios te trajo por aquestos barrios no acostumbrados?» *(La Celestina).* ¿Hubiera sido más expresivo el *que*?

6.° «Yo, señores, no lo quiero,
no haya más
toma tu *cual* más querrás.»
(Torres Naharro.—*Himena*. 5).

¿Qué significa *cual* en los últimos versos?

IV

CUALQUIER

De historia *accidentada*, condescendiente y bonachón como ningún otro, formóse este vocablo del simplicísimo *cual* y de *quier*, voz que hacía tiempo no estaba ya en ejercicio. Dechado de paciencia, llevó su resignación hasta el punto de consentir, sin exhalar una queja, se pusiese en medio de entrambos, y como en jarras, el substantivo á que se refería; usanza de la que quedan aún vestigios, así en el *Fuero Juzgo*, pongamos por caso, como en algunos libros de caballerías, donde, si bien por excepción, se dice: «... de *cual* manera *quier* que sea...»

Dada su mansedumbre, ha costado grandes esfuerzos que las gentes le hiciesen el debido acatamiento y que no intercalaran entre las dos palabras de que se compone otra alguna, que es como *Dios manda y...* la *Ortografía nos propone.*

Hecho ya hombre, adquirida personalidad jurídica, el muy simple no se curó para nada del realce que la eufonía comunica á los vocablos, y decía por boca de quien se juzgaba maestro: «Antes yo me remito á *cualquiere* de vosotros.» (Valdés.—*Dial. de la lengua.)* No acabaron aquí las muestras de su candidez, pues siendo, como lo es, singular, miraba con rostro placentero á los plurales, hasta cuando les oía hablar de este modo: «Que ya ellos sabían, como públicamente decían los infantes, que pelearían con *cualesquier* persona que aquella tierra fuese á los buscar.»—*(Crón. Alv. de Luna,* 29).—«A *cualquier dellos trugieren*» (1).

(1) *Ordenamiento de Alcalá.*

Andando los tiempos, ha establecido el uso que *cualesquier* vaya en compañía del plural, y *cualquier* en la de una sola persona ó cosa; pero esto se debe no á que él volviera por los fueros de la concordia, sino al instinto, buen oído y pulcritud de los que ponen singular empeño en escribir bien.

Esa misma indiferencia tuvo siempre hacia el sexo; apenas si se deja ver *cualquiera* en la pluma de los mejores escritores, y cuando lo hace, es en unión de un nombre masculino: «*cualquiera tiempo pasado* fué mejor».

En cambio, el voluble *cualquier* se echa en brazos, como la cosa más sencilla del mundo, de uno y otro género, y dice con la mayor desenvoltura: «*en cualquier tiempo*», «*en cualquier clase*», «*en cualquier lengua*» y «de *cualquier calidad*».

Caminando, como siempre, con paso incierto, *cualquiera* adquiere inusitada pujanza, se sobrepone á *cualquier* y dice con desenfado: *cualquiera* clase, *cualquiera* nombre.

Escarmentando en cabeza ajena, el plural *qualesquier* se reservó para los masculinos, prefiriendo *cualesquiera*, como es justo, el femenino.

Nótase más tarde el buen deseo de que el término *qualquier* acompañe á los nombres masculinos y *qualquiera* á los femeninos, hasta que al fin, tras empeñada lucha, pártense el campo. No así en los dominios del plural, donde vemos que *cualesquier*, enteramente humillado, se retira, consintiendo que digan de él cuanto se les antoje: *qualesquiera* que sean los tiempos.

No se sigue ahora la antigua costumbre de emplear el *qualquiera* cuando participa más de adjetivo indeterminado ó indefinido que de relativo; el instinto, y luego la reflexión, han dictado otras

REGLAS.—1.ª *Cualquiera sirve para denotar que se habla de un objeto indeterminado.*

Cualquiera sombra le espanta, *cualquiera niñería* le turba y *cualquiera sospecha,* falsa ó verdadera, le deshace. (Cervantes. - *Galatea*, 3.)

2.ª *Se puede decir cualquier ó cualquiera soldado, cualquier ó cualquiera mujer, cualesquier ó cualesquiera hombres, cualesquier ó cualesquiera damas; con todo, sería muy correcto usar de cualquier para el masculino y cualquiera*

para el femenino; así lo hacen los escritores más eximios, sin otra excepción que la de evitar la consonancia. Ejemplos:

«*Cualquiera* cosa le ofendía.» (Mendoza.—*Guerra de Granada*, lib. III.)

En *cualquier* tiempo que el demente...

«... ó encargados en *cualquier* manera.»—(*Código penal*, 1848.)

Es precepto muy atendible del bien hablar que no haya consonancia en la prosa; sin duda por esto se ha evitado aquí la de *cualquiera* y *manera*.

3.ª «*Cualquiera*» *conserva todas sus letras si va pospuesto al substantivo, expreso ó suplido;* v. gr.: ¿de qué hombre *hecho* yo mano *ahora?* De *cualquiera*.

En prueba de que no es un galicismo, como pretende Baralt, pueden verse las autoridades que á este respecto cita Cuervo en la pág. 384 de sus *Apuntaciones críticas*, reforzadas con nuevos ejemplos en el 2.º tomo de su *Diccionario sobre construcción y régimen de la lengua castellana*.

4.ª *Cualesquiera es el plural más autorizado, aunque vulgarmente se use de esta forma en singular.*

5.ª *De despreciativa: «es un cualquiera»; tórnase á veces esta voz en enfática y misteriosa:*

«¡Oh tú, *cualquiera* que seas, que aquí estás conmigo, si es que tu alma admite género de ruego alguno! (Cerv.—*La fuerza de la sangre.)*

EJERCICIOS

1.º

«... sabido se está
sin que decirlo me asombre
que otro *cualesquiera* hombre,
más digno que yo será?»

(Moratín.—*La Petimetra*. Acto 2.º)

La censura que ha recaído sobre este ejemplo ¿se debe sólo al plural *cualesquiera*, ó también á la falta de medida en el verso?

2.º

«Lanzando otros *cualquiera* aventureros
que á probar iban el castillo en vano.»

(Bernardo. Lib. 21).

Si el uso prefiere hoy para el plural á *cualesquiera*, ¿diremos que Valbuena cometió aquí un solecismo?

3.º «Que *cualquier* honrado pecho
tiene el corazón gigante.»
(G. de Castro.—*Las Moced. del Cid.* Part. 1.ª Act. 3.º)

«Los luengos años más amigos son del sueño que de otra *cualquiera* conversación por gustosa que sea.» (Cerv.—*Persiles y Sigismunda.* I, 5).

¿Se han empleado con entera corrección en estos dos pasajes las palabras subrayadas?

4.º «¿Sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro *cualquiera*.» (*Quij.*, II, cap. 32).

Si cuando denota persona se pone en segundo lugar «*cualquiera*», ¿debería Cervantes haber dicho: *cualquiera otro?*

V

«SE» ELEGANTE

No pretendemos escribir algo que los buenos hablistas no se lo sepan ya; pero ¿entienden cuantos acaban de leer esto el retintín del *se* antes subrayado? ¿No habrá, por ventura, algún *simplicio* que salga diciendo: á *qué* este preámbulo? ¡Vaya unos primores que comunicará al estilo el insípido *se*, más seco que un esparto! ¿Tiene que ver algo con la hermosura de la frase ponerlo á la cabeza de la oración ó en un rinconcito de la cláusula?

Si te place, *lector amado,* pasa la vista por los siguientes ejemplos y te persuadirás de la gentileza del repetido vocablo cuando va como afijo al comenzar la oración.

Pintando Granada cuán espantosos y cuán para temer sean los últimos momentos del moribundo, dice, ayudado de la fuerza que le presta el afijo:

«Levánta*se* el pecho, enronquéce*se* la voz, muéren*se* los pies, hiélan*se* las rodillas, afílan*se* las narices, húnden*se* los ojos, pára*se* el rostro difunto, la lengua no acierta á hacer su oficio, y turbados los sentidos, pierden su valor y virtud.» (*Meditación,* II.)

«*Quejábase* tiernamente
de un agravio tan enorme,
y á sus palabras la vega
con dulces ecos responde;
. . . .
Fuérase para la villa
do el Rey moro suele estar:
. . . .
Estábase el conde Dirlos
sobrino de don Beltrane
asentado en las sus tierras.

(*Rom. de Durán*, I., págs. 235 y 249).

«*Entrábase* la noche y la fregona no salía; *desesperábase* Carriazo y Avendaño se estaba quedo.» (Cerv.—*La ilustre fregona.)*

«*Estábase* en la caballeriza la muy puerca...» (*Quij.* de Avellaneda, cap. II.)

También Herrera y Cienfuegos dijeron, respectivamente, con no poca propiedad y elegancia:

Alzase Jove y á su augusta planta...
Oyese luego entre el tumulto horrible.

¿Ves ahora, cándido lector, cuánto se regodea la lengua de Cervantes con el empleo de esos giros? Si todavía tienes algún escrúpulo muda de lugar el *se*, y luego á luego quedará tranquila tu conciencia.

La gala de este afijo, colocado al principio de la cláusula ó de sus miembros, conviértese en fealdad si aparece en medio:

Cuando el amor *prestábase* á mi ruego

dijo con pésimo gusto un poeta de Méjico.

También es pecado, y muy horrendo, servirse del *se* cuando la frase comienza por una negación; v. gr.:

«*No contentóse* el entendimiento humano con la especulación de las cosas terrestres.»

«*No se* contentó el entendimiento humano con, etc.», escribió Saavedra Fajardo, autoridad no despreciable.

Pero continuemos hablando de galas, y dejemos el desaliño para más tarde:

Tienen algunos un gracioso modo
de aparentar que *se* lo saben todo.

(Iriarte.—*Fábula* IV).

¿Quién motejará de inútil á tan expresivo *se*? No, jamás en estos casos se le ha visto ocioso. ¡Qué bríos los suyos en mil y mil ejemplos como el anterior!

¿Quién *se lee* hoy los tres enormes in-folios del sabio P. La Cerda y los cinco de Heine? (Ochoa.—*Virg.* introduc., IV.)

¿Quieres saber, *lector mío*, cuando, fuera de estos casos, pone el idioma todo su amor en dicho pronombre? Pues mira en las reticencias un si es ó no maliciosas, en aquellos momentos en que la frase quiere ser imperativa, cuando el deseo y la ejecución nacen y mueren, por así decirlo, juntos; sean ejemplos:

«... pues á fe que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan... y aun... *Quédese* así, que peor es *meneallo.*» *(Quijote,* II, 12 y 23.)

«... la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la señora Belerma es quien es y quien ha sido, y *quédese* aquí.» *(Quij.,* II, capítulos 12 y 23.—Edic. crítica; Madrid, Suárez, 1909; v. IV, páginas 207 y 365).

«Vino Tozuelo con el parecer de la moza, *diéronse* la mano los donceles, *acabóse* el pleito y pasó el baile adelante.» *(Persiles,* lib. III.)

Pero no ya cuando va unido al verbo, mas también separado, puede ser lindísimo, como en este ejemplo de índole festiva, no tanto por la extravagancia de las otras palabras, cuanto por la insistencia del *se:*

Con tu nombre *se* almibara,
se aloja, *se* encanelona,
se conserva, *se* enturrona,
se pestiza y *se* azucara.

(Monroy y Silva.—*Mudanzas de la fortuna).*

Más elegante, más clásica es aún la construcción del *se* con ciertos verbos intransitivos, usada por escritores que se miraban

y remiraban en esto de realzar y encarecer la idea dominante, para que sorprendiese al lector, como acontece en aquellos pasajes del *Quijote:* «la hija de Guillermo el rico, aquella que *se anda* en hábito de pastora por esos andurriales.» *(Quijote*, I, 12.)

«La justicia *se estaba* en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen.» *(Quij.*, I, 12.)

Igual encanto ofrecen estos ejemplos:

«Del estilo no digo nada, porque *se nació* con vuestra paternidad, y ese había yo menester para saber alabar esta obra.» *(Carta de Fr. Luis de Granada al P. Rivadeneira.)*

«... y dando de mano á todas las cosas, *se entró* en la orden de Claravale y fué muy gran siervo de Dios.» *(Trat. de la Trib.*, I, capítulo IX.)

Es tal la sugestión ejercida por el «*se*» en el ánimo del lector, que bien podemos recomendar á la *pobrecita limosnera* de Voltaire recoja sus harapos y mire cómo la reina de Carlos V se echa sobre los hombros el manto de púrpura que tejieron los príncipes de la novela y de la oratoria, y esmaltaron con flores de varios matices los que sentían arder en su pecho el fuego de Vesta, el misterioso fuego del amor al idioma; fuego que si lo apagaran los *bárbaros*, temblarían hasta los mismos dioses.

Como de pasada, cambiando de tono, aunque hiera lo brusco de la transición, es fuerza *echemos* un sermoncito á los aprendices de literato por las irreverencias que cometen en determinados casos con nuestro pronombre. ¿No llegó todavía á noticia de esos habladorcillos, ¡pícara Academia!, que este poderoso caballero es de *tercera persona*? ¿Ignoran que tiene todas sus complacencias en auxiliar á sus afines los pronombres *él*, *ella*, *ellos*, *ellas*? ¿Por qué ofender la pureza del lenguaje cuando casando la *tercera persona* con la *segunda* de plural, efectúan un matrimonio ciertamente nulo en los países en donde aún hablan en *cristiano*, ya que ni á los recién trasplantados del vascuence se les ha concedido *dispensa* de... concordancias?

Ello es que ofuscados, mejor dicho, desorientados cuando el remilgado del «*se*» precede á *me* y *os* en una oración, sueltan frasecillas tan empaquetadas como estas: «*se me os lamentáis*», «*se me os avergonzáis*», en las que para hablar como *todo fiel*

cristiano, debieran decir: *vos os avergonzáis, vos os lamentáis (me) á mí*, esto es, *hablándome* ó *cuando estais conmigo;* pues encerradas en la clase de oraciones llamadas de verbo reflexivo, huelga el «*se*», y no ha de ofenderse porque le dejen *excedente*, teniendo, como tiene, que representar solamente *á él* ó *á usted;* ¿qué diablos viene á hacer aquí, si ni aun la vela del pleonasmo le dan en este entierro? En buen hora que viniese á formar parte del acompañamiento, cuando refiriéndose á *tercera persona* hubiesen dicho: «á la vuelta del camposanto vais á casa del médico y *se me le os* lamentáis del poco acierto que ha tenido», *os* lamentáis *á él (se le)*, para que sepa mi disgusto. El *vos*, dignamente representado por *os*, rige al verbo *lamentáis*, cuya acción recae sobre el *le* y su variante *se*, pronombre, como sabemos, de *tercera persona*, cosa muy distinta de «*se me os lamentáis*», donde, por no haberla, es evidente que la queja, se dirige á «mí». Estas *flaquezas*... gramaticales y faltas de *buena crianza*, dan asunto para una silba á la gente maleante ó para una fuerte reprimenda de los escandalizados académicos.

No parece excusado advertir á los incautos que los horchateros introducen en Madrid y otros puntos contrabando de *valencianismos*, cuando dicen: «¿quién *la* bebe? ¿quién *se* refresca?» Con un «*se*», entiéndanlo Vds., ni más ni menos que si invitasen al público á que *se* bañase.

VI

PRONOMBRES PERSONALES: AFIJOS

Tras la aposición del «*se*», han de ir la teoría é historia de los pronombres personales cuando se empeñan en *arrimarse* al verbo; *arrimarse* decimos, porque esto significa en puridad, el vocablo *enclíticos*, llamados también, y no sin fundamento, *afijos;* denominación ésta que seguiremos usando para que no se asusten y desfallezcan los que confiesen estar ayunos de la un si es ó no enrevesada lengua griega.

Son estos pronombres unos señores muy secos y más estirados que un palo. Nada más feo que cuando van, como aquí, sin acom-

pañamiento alguno: «*me, te, le, lo, la, les, los, las, nos, os, dativos* ó *acusativos*»; por esta su monotonía, por miedo á tan grande desamparo, desde antiguo solicitaron entrar en sociedad con los verbos; una vez metidos allí comenzaron á hacer pinitos y luego, aunque parezca extraño, alardearon de hermosura.

Que se juntaran *ab initio* á los tiempos del verbo, cosa es muy notoria, pues basta abrir las *Partidas* para persuadirse de ello:

«El rey debe ser apremiador de los soberbios é esforzado de los humildes: *guardándolos* de esta guisa bevirán.» (I., tít. X.)

«Darete mi buen amigo
manzanas é pan é trigo.»

(J. del Enzina.—*Égloga de Virg.)*

Es afirmación, que también contradicen los primeros monumentos de nuestro lenguaje, la de que no se unieron á los infinitivos hasta la mitad del siglo de oro:

«Poniendo á cada uno en su lugar *q*ual le conviene é otrosí *mantenerle* en el.»

«Todo lo vence el favor
é á mi fuerza me va
de *tenerle* por señor.»

(J. del Enzina —*Églogas.)*

Cierto, entonces resucitaron del olvido en que yacían, y poco á poco fueron cobrando mayores ensanches, de suerte que en los días de Fernando III el Santo bogaban ya sin temor alguno el «redimir*se,* casar*se,* vengar*se,* defende*llo,* torna*llo,* cerca*llo,* resisti*llo*»; estos últimos, en verdad, muy eufónicos, porque convirtiendo la *r* en *l* suavizan la escabrosa pronunciación que tienen hoy. De alguno de ellos nos dejó lindísima muestra Fr. L. de León en su oda «*A la vida religiosa*», y Baltasar de Alcázar en su celebrada composición «*La cena*»:

«Advierte que está el uno
apoderado ya de tu *castillo,*
y los dos de consuno
comienzan á *batillo*
sin que tus fuerzas puedan *resistillo.*»

«Esto, Inés, ello se alaba,
no es menester *alaballo.*»

«... osaban requestar atrevidamente esta matrona honestísima (la lengua) esperando *rendilla* á los primeros encuentros, como si ella fuera una vil y desvergonzada.» (Prol. de Medina á las obras de Garci-Lasso anotadas por Herrera, pág. 11).

Disminuyóse más tarde el brío de los *afijos* en los tiempos del verbo, y hubieran desaparecido para siempre de en medio de la oración si todavía no se encontrasen provincias, Asturias por ejemplo, en las que es harto comunísimo oir frases como la siguiente: «en mis días *pagábase* dos duros de matrícula.»

De tal suerte recuperan el terreno perdido en los infinitivos, que llegan á ser mayoría, y á tener por ridículo al pronombre con sólo una vez que se le antoje colocarse delante del verbo.

Que sean oportunísimos y hasta elegantes pospuestos á este, cuando principia el período ó cualquiera oración de él, no hay para qué dudarlo después de leer estos dos ejemplos: «quiéren*le* sus hermanos entrañablemente», «sus hermanos quiéren*le* entrañablemente.»

El calor que respiran los siguientes versos de nuestros Cancioneros, se debe, no en parte, sino en todo, á la vehemencia de la pasión que animaba al poeta cuando juntó en indisoluble lazo al verbo con los afijos:

Decidle que me venga á ver,
que cuanto más me riñen,
tanto más crece el querer.

. . . .

Llamábalo la doncella
Y dijo el vil:
«al ganado tengo de ir».

Dulce por todo extremo es aquél:

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso, no aprendido...

Pero no ha de confundirse el «*me*» *afijo* con el «*me*» *intensivo*, usado hasta familiarmente en Castilla, cuando decimos: «lo hizo quien yo *me* sé»; ni aquel autorizado giro del Quijote «*me* doy á

entender», con la rancia, si bien castiza expresión: «en cuidado *me* lo tengo», equivalente á «*estoy en ello*», «*así lo tengo pensado y resuelto*»; ni con el «*me* doy vergüenza», propio entre el vulgo de Cataluña, cuando, pongamos por caso, quiere romper á decir algo en lengua castellana. La fuerza del *me* en este caso es incuestionable:

... En pensarlo no más
el corazón se me quiebra,
el cabello se me eriza
y todo el cuerpo *me* tiembla

(Calderón.—*El príncipe constante.* Jornada II).

Para los que conocen el idioma, ha de estimarse como vulgaridad: «*se me* llenaron los ojos de lágrimas, *le* temblaban *las* manos», en vez de: «*mis* ojos se llenaron de lágrimas, *sus* manos le temblaban»; en verdad, tienen estas últimas frases un olorcillo transpirenaico. No así esta en que se retratan admirablemente la grandeza de ánimo y la pasión que animaba al héroe manchego: «*estábaselo* con mucho sosiego mirando D. Quijote, y como le vió caer saltó de su caballo». *(Quij.,* I, 9.)

«*Pintábanle* niño, desnudo, alado, vendado los ojos, con arco y saetas en la mano, etc.» (Cerv.—*Galatea.)*

Este comenzar tiene cierto encanto y suavidad que desaparecerían si dijésemos: *le pintaban* niño, etc.

Se hacen intolerables los *afijos* cuando hasta el mismo Cervantes los emplea sin oportunidad y dulzura:

Viólas Apolo y dijo cuando *viólas:*

(Viaje del Parnaso).

En esotro pasaje (lib. II, *del Persiles)* aunque es de alabar la gradación con que presenta las ideas, ofenden no poco el oído tan continuados afijos: «... fueron creciendo en ti las partes que te hicieron amable: *vílas, contemplélas, conocílas, grabélas* en mi alma...»

A este propósito contaremos el caso que se refiere en un discurso académico:

«Como cierto escribano presentase á un magistrado, gran purista, un auto para que lo rubricase, viendo que decía, *lo*

mandó y *rubricó* su señoría, se le volvió indignado, diciéndole: en adelante ponga V. siempre, *mandólo* y *rubricólo*, y desde aquel día se quedó con el mote de *Mandólo*.

Reglas.—1.ª *Si en una oración concurren dos afijos de los que el uno sea acusativo y el otro dativo, se pondrá antes el primero;* v. gr.: *acércateme, entrégasenos; pero si el acusativo fuere de tercera persona, se pospondrá siempre; por ejemplo: hágamelo bueno.*

2.ª *Los pronombres se, me, te, le,* etc., *pueden posponerse elegantemente al verbo con que principia la cláusula ó inciso, cuando no hay negación, y en locuciones autorizadas por el uso de los buenos hablistas:*

«*Llamarme* con delgadas voces siento.»

(Herrera.—*Elegía).*

«*Adórente*, Señor, tus escogidos.»

(Idem.—*Canción á la batalla de Lepanto).*

«*Puédese* imaginar cual llegarían
del trabajo y heridas maltratados.»

(Ercilla.—*Araucana).*

«*Estábase* todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y *arrancábase* las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado á conocer». *(Quij.*, I, cap. 18.—Edic. crítica; Madrid, Suárez, 1906, v. II, pág. 83).

3.ª *El afijo puede ir antes ó después si la oración es determinada á infinitivo: ¿Te quieres sentar? ¿Quieres sentarte?*

4.ª *Se usa del afijo con los verbos reflexivos si el sujeto va después del verbo: olvidóse el jefe de advertirlo á tiempo.*

5.ª *El imperativo, infinitivo y gerundio, piden tras sí el afijo, lo mismo en la oración afirmativa que en la negativa: preparaos para bien morir.*

6.ª *Hay verbos neutros que llevan con gran primor un «se» intensivo para llamar poderosamente la atención sobre el sujeto de los mismos;* v. g.: «No le envié con recado de Montesi-

nos, sino mío, porque Montesinos *se está* en su cueva atendiendo ó, por mejor decir, esperando su desencanto.» *(Quij.,* II, 23).

7.ª *Incorrección que raya en vulgaridad, no sabemos si propia de Castilla, es la de los que anteponiendo el pronombre «me» á «se», dicen:* «No *me se* da un ardite de todo ello.»

EJERCICIOS

1.º «*Estábase* Apolo durmiendo la siesta á más y mejor en un mullido catre de pluma; un mosquitero verde *le defendía* de pelusa y mosca», etc.

Apolo *se estaba* durmiendo la siesta á más y mejor en un mullido catre de pluma; y un mosquitero *defendíale* de pelusa y mosca.

En el primer ejemplo, que es la manera como D. L. Moratín comienza «*Derrota de los pedantes*», ¿parecería mejor expresada la idea de plenitud ese dormir á sueño suelto *(á pierna suelta*, que dice el vulgo), si se aceptase la variante «*se* estaba?» ¿Ha de preferirse «*defendíale*», á «*le defendía*»?

2.º *Ténganse* su tesoro
los que de un falso leño se confían...

(Fr. L. de León).

¿Está bien en este caso el *afijo*?

3.º «En estas tres epístolas tienen los jóvenes modelos acabados, y una prueba de que no son las letrillas y los romances las composiciones que aseguran la inmortalidad á los poetas, sino las que *se versan* sobre asuntos elevados, filosóficos y doctrinales.»

(Hermosilla.—*Juicio crítico de los principales poetas españoles de la última era*, pág. 363, *referente á Jovellanos).*

¿Incurrió el famoso preceptista en un defecto, ó bien usó de una elegancia en las palabras subrayadas, esto es, en el empleo de un verbo intransitivo precedido de la partícula *se*?

4.º Aventuras de Telémaco, *publícalas* en lengua castellana...

Publícalas por no decir *las publica* es afectación de purista ó melindre de escritor bisoño, que aún no sabe cuándo, cómo y en qué lugar de la oración se consienten los afijos, ni si la lengua se presta siempre á darles cabida.

5.º «No *díjose* nada de lo ocurrido hasta el tercer día.»

¿Se consiente el enclítico cuando precede negación?

6.º *Me se* figura que no es como Vd. dice.

Se me figura que no es como Vd. dice.

Te se dijo lo suficiente para el caso.

Se te dijo lo suficiente para el caso.

¿Es regla invariable que el pronombre personal reflexivo vaya siempre antes que cualquier afijo?

7.° ¿Os *vaisos?* dice muchas veces el vulgo de Castilla. ¿Puede unirse el afijo *se* con persona del verbo que acabe en *s?*

8.° *Entregarásselo.*

Se lo entregarás.

¿Cuál de estas formas es la corriente?

9.° Si en el imperativo del verbo ir decimos *idos*, ¿por qué traducimos este pasaje del Evangelio: «amaos los unos á los otros»; y no «*amados*», etc.?

VII

USO Y ABUSO DE LOS PRONOMBRES PERSONALES

Entre las virtudes que guían á la cumbre de la perfección en el *arte de componer*, está, sin duda, el amor á los vocablos plebeyos, el cariño con que el escritor atiende y mira las voces más humildes y desgastadas, como si dijéramos, por el continuo uso. ¿Hay nada tan manoseado en la conversación como las palabras *yo, tú, él, nosotros, vosotros* y *ellos?* ¿Quién osará embellecer tan asendereados caminos? ¿Quién? el que andando enamorado de la lengua muestre tierna solicitud por servirla hasta en sus mínimas partes; el que, y vamos á ceñirnos á un solo punto, apartándose de la mala compañía de los franceses, que no pueden caminar sin apoyarse en el brazo de dichos pronombres, acierte á prescindir de ellos en la mayoría de los casos, para que aparezcan rozagantes en los únicos giros que les comunican vigor y galanura. Dígalo, para que no se nos tache de ligereza, la *Escolástica enamorada:*

¿*Yo* escribir, *yo* regalar,
yo estar mudo, no comer?
¿*Yo* esperar *en un ayer*
un hoy que nunca llegó?

(Lope de Vega.)

Siendo común á la prosa y al verso la ley por que se rigen los pronombres, ofreceremos distintas pruebas de cómo han sabido emplear este primor con sin igual belleza los autores que abajo se citan:

«Corre, hijo Sancho, y di á aquella señora del palafrén y del azor, que *yo* el Caballero de los Leones, besa las manos á su gran fermosura.» *(Quij.,* II, 30).

Y *tú* Betis divino
de sangre ajena y tuya amancillado.
(Fr. L. de León.—*Profecía del Tajo).*

Vosotras sois las temidas,
nosotros somos temientes,
vosotras sois las servidas,
vosotras obedecidas,
nosotros los obedientes,
vosotras sojuzgadoras,
nosotros los sometidos,
vosotras libres señoras,
vosotras las vencedoras,
nosotros siervos vencidos.

Tú la hoguera del sol alimentas,
Tú revistes los cielos de azul,
Tú la luna en las sombras argentas,
Tú coronas la aurora de luz,
Tú derramas el oro en la tierra
En arroyos de hirviente metal,
Tú abrillantas la perla que encierra
En su abismo profundo la mar.

Ahora bien, si pretendemos hallar la razón y fundamento del uso discreto de los pronombres personales, no hay sino preguntar al énfasis 1), al despecho 2), á la sorpresa y valentía 3), al amor, á la vehemente apóstrofe 4), á la antítesis no rebuscada 5), á la absoluta atribución, ya del poder, ya de la gloria 6), por no enumerar otras causas que fácilmente se alcanzan á todos, y ésta y aquéllos nos dirán que gustan acompañarse de tales palabras; pero sólo en momentos solemnes, en circunstancias especialísimas, porque nuestro idioma, rumboso como buen español, no las ha de menester en la mayoría de los casos, si la oración quiere andar suelta y desligada.

1) «*¿Tú, Señor, lavas á mí los piés?*» ¿No eres *tú* hijo de Dios vivo? ¿No eres *tú* la hermosura del cielo? ¿el paraíso de los

ángeles? ¿el resplandor de la gloria del padre? *Tú,* Señor de tanta majestad y gloria, ¿quieres entender en oficio de tan gran bajeza?» (Granada.—*Meditación VI.)*

2) *Yo* le aborrezco, de suerte
Que aun diciéndome su muerte
Lastimarse no podéis.

(Alarcón.— *Quien mal anda mal acaba).*

3) ¿*Yo* en palacios suntuosos?
¿*Yo* entre telas y brocados?
¿*Yo* cercado de criados
tan lucidos y briosos?
¿*Yo* despertar de dormir
en lecho tan excelente?
¿*Yo* en medio de tanta gente
que me sirve de vestir?
¿*Yo,* Segismundo no soy?

(Calderón.—*La vida es sueño*).

Todo el rigor lo atropella,
yo allanaré el imposible.

(Alarcón.—*El Tejedor de Segovia).*

4) Y *tú,* patria mía, que muerta en Guadalete, renaciste desde Covadonga hasta el cabo de Creus de una victoria y de un acto de fe; *tú* que, recorriendo los mares, tropezaste con un nuevo mundo; *tú* que eres admirada por el heroísmo de tus soldados, por el genio de tus artistas, por el entusiasmo de tus misioneros, se celosa de esta semilla engendradora de legiones de héroes, se fiel á las ideas que te han hecho grande y respetada.

5) Y eres *tú* el que velando
la excelsa majestad en nube ardiente,
fulminaste en Sinaí? Y el impío bando,

(Lista.—*La muerte de Jesús*).

6) Preguntando Moisés á Dios por el nombre que tenía, le respondió: «*Yo* soy el que soy», palabras elocuentísimas en las que va envuelto un mundo de grandes conceptos.

«Ved salvo al que buscais; *yo* soy Eneas...» Así vertió á nuestra lengua un ilustre traductor de Virgilio el: *coram quem quaeritis, adsum, Troïus Aeneas.*» (L. I., v. 595).

Fuera de los momentos en que hablan la dignidad, la pasión y el entusiasmo, en España dejamos los andadores, colgamos las muletas de estos pronombres, sin las que no pueden caminar los franceses, y corremos por el campo de la oración con facilidad, con gracia, con la proverbial soltura que tanto nos distingue.

¿Y qué diremos de los amantes de Francia, de los devotos de esa lengua ordenancista que no puede dar un paso sin el feo apoyo de los pronombres personales?

Comme *nous* l'avons dit, *nous* taisserons de côtè l'examen de figures de mots et de figures de pensé. Como ya se ha dicho, prescindiremos del examen de las figuras de dicción y de pensamiento, donde ha sido fácil suprimir los pronombres.

Nous ne pouvions jeter (1) les yeux sur les rivages, sans apercevoir des villes opulentes.

Apenas tendíamos la vista por una y otra ribera cuando al punto descubríamos ciudades opulentas.

No era posible tender la vista..., etc.

No tendíamos la vista por una y otra ribera..., etc.

J'étais parti d'Ithaque pour aller demander aux autres rois de nouvelles de mon père.

Partí de Itaca para saber de mi padre, ó simplemente, á saber de mi padre...., etc.

Elle tâchait de couvrir, sous ces paroles menaçantes, la joie de son cœur.

Procuraba ocultar con palabras de amenaza el gozo de su alma.

¡Qué castellano tan elegante y harmonioso hubiese salido, si, ateniéndonos á la esclava, sorda y uniforme sintaxis del francés, no hubiéramos suprimido tan molestos pronombres!

¿Qué les parece á los señores afrancesados el garbo de esta su dama? Pues entiendan ser esto de lo más clásico que tienen nuestros vecinos. ¡Valiente primor sería el de una traducción li-

---

(1) Jeter, jactare (de *jacère*) ct — t en francés; en italiano tt.

teral de algunos pasajes del *Telémaco,* del libro por excelencia, donde campean á sus anchas, sin que hagan falta aquí: «*je* le suis... mais *je* ne puis», «quand *il* me vit, il fut», «*il* m'appelait son fils», «*il* la regarda... *il* lui fit», y otras lindezas de este jaez, que á los españoles nos causan enojo, por cuanto embarazan el discurso y le privan de la gentileza y majestad, origen de singular deleite en esta tierra enamorada de la rapidez en el decir! Ni valga la disculpa de que los escritores románticos, y los *naturalistas,* han pulido de tal suerte la lengua francesa, que hoy es muy distinta de como la dejó el arzobispo de Cambray, porque basta abrir un libro moderno, el de el más correcto escritor, Chateaubriand, para convencernos de que siguen en sus trece.

«La cérémonie finie, *je* me promenais dans la *basilique* à demi *detendue.* Que *je* songeasse à la vanité des grandeurs humaines parmi ces tombeaux *dévastés...* mon esprit ne s'arrêtait pas là; *je* perçais jusqu'à la nature de l'homme.»

Lenguas viperinas, *vispertinas* decía con mucho aplomo un cierto maestro, han dado en propalar la idea de que hoy se ha perdido la *consecuencia política,* y la *consecuencia... gramatical,* podían añadir, sin temor á que se les tachara de murmuradores.

¿Quién no ha leído el bando de flamantes autoridades, que, en letras muy gordas, comienza así:

«Sancho Panza, Gobernador de la ínsula Barataria, *hago* saber, etc.»

Sepan esos Gobernadorcillos y Alcaldes de aldehuela, si no quieren poner el verbo en tercera persona de singular, que se ha de decir:

«*Yo,* Perico de los Palotes, *hago* saber, *decreto, resuelvo*»; ó bien:

«Perico de los Palotes *hace* saber, *decreta, resuelve.*»

¿No ven los oficinistas la batalla campal que están riñendo las concordancias en: «El infrascrito... *pido, represento, certifico?*» Si de veras quieren que reine la paz, ¿por qué no dicen: «El infrascrito... *pide, representa, certifica?*»

¡Qué buenos palmetazos no hubiera dado mi catedrático de Retórica á D. Nicomedes Pastor Díaz, si le hubiese tenido á mano, por haber escrito allá en 1840 (después lo corrigió):

Bendición sobre *vos*, Reina adorada,
Bendición sobre *vos*, y paz y gloria,
Hoy que al amor de un pueblo consagrada
Juras su ley, *proclamas* su victoria.

Juráis, proclamáis, marcharían de acuerdo, y no romperían la dulce harmonía con el *vos*.

«Los usos sociales han establecido diferencias en el modo de tratarse las personas según su posición respectiva; y como en el discurso de un escrito no cambia la situación del que escribe ni la de aquel á quien se escribe, es natural que se guarde siempre un mismo tratamiento. Si se ha comenzado á tratar de *vos* á una persona, es por reconocerla constituída en dignidad, ó porque lo solemne de la ocasión no permite el familiar y cotidiano *usted* ni el afectuoso *tú;* si se ha comenzado con el *tú*, es una frialdad cambiarlo en *usted* ó *vos;* y después de usado *usted*, es ó llaneza ó necedad pasar á *tú* ó *vos*. La discreción pide que antes de empezar se elija lo más propio y decente, y se observe consecuentemente hasta el fin. En las obras dramáticas y acaso en alguna otra ocasión, estas transiciones son recursos que puede aprovechar el escritor para indicar los cambios que se han verificado en las relaciones de los personajes». (Cuervo).

REGLAS.—1.ª *Ha de evitarse el desacuerdo en el uso de los pronombres y de sus correspondientes formas verbales; por ejemplo: «los servicios que «vos» y vuestros compañeros «han» prestado á la Nación.»* Para que desaparezca la inconsecuencia debe decirse: «*habéis prestado*.»

2.ª *Repútese por vulgarismo el empleo del pronombre vos en lugar de «tú» en la conversación familiar.*

3.ª *Si la dignidad del asunto pide usemos de «vos», sería insoportable alternara con «te» en vez de «os», como si un predicador dijera:*

«... y *vos*, Reina del empíreo, acoged la plegaria de este religioso pueblo; *te* lo suplico por la inocencia de los niños que me escuchan». *Os* lo suplico, habría de decir.

EJERCICIOS

1.° Ya *yo* os conozco, fementida canalla. (*Quij.* I, 8).

¿Pudiera suprimirse el pronombre sin mengua de la energía del pensamiento y con ventaja de la eufonía?

2.° Y tened para vos como *yo* tengo para mí (*Quij.*, I, 12), es giro usadísimo por Cervantes. Suprimido el *yo* en este caso, ¿tendría igual fuerza la afirmación?

3.° *Yo* le seguí de más cerca, pero *yo* no pude igualar su valor.

Dejadas para otra ocasión la *gracia* y *claridad* de este modo de escribir, ese *yo* repetido como eco de otro *yo*, ¿debe tolerarse en oraciones tan sin énfasis como la precedente?

4.° *Yo* soy contento de esperar á que ría el alba, aunque *yo* llore lo que tardare en venir.

(*Quij.*, I, 20).

¿Ha de tenerse hoy por correcta esta forma: «*yo soy contento?*»

5.° «Il *nous* advint un jour (dice Alfonso Karr), de prier un de nos amis de peindre sous notre dictée un portrait et, prenant un livre dont *nous* ne *nous* soucions pas de nommer l'auteur, *nous* lûmes: «*Elle* avait un front d'ivoire, des yeux de saphir, des sourcils et des cheveux d'ébène.»

Tradúzcase el pasaje anterior y nos persuadiremos de que huelgan en castellano los pronombres franceses que se subrayan, como igualmente sucede con los que emplea Mme. de Sévigné aquí:

«Cela me fit rire. Si *vous* croyez, ma fille, que cette invention soit bonne pour vendre votre terre, *vous* pouvez *vous* en servir »

6.° Un traductor galiparlista acostumbrado á mancillar la hermosura del lenguaje, dijo así:

«Desde luego *ella* mostró en su semblante *una* mansedumbre, y *una* modestia capaz de rendir los corazones más irritados. *Ella* lisonjeó á Baleazar con alabanzas las *más* finas y *más* insinuantes: *ella* le hizo presente cuánto la había amado Pigmalión: *ella* le conjuró por sus cenizas que la tuviese lástima: *ella* invocó á los dioses como si los hubiese adorado sinceramente: *ella* vertió torrentes de lágrimas: *ella* se arrojó á los pies del nuevo rey, pero en seguida *ella* no olvidó nada para hacerlos sospechosos á todos sus servidores los *más* aficionados.»

Corríjanse tan escandalosos galicismos, y dése un recorrido á *ella*, á pesar de ser *una* mansa y *una* modesta; y aunque fuera tres veces *más*.

7.° Pendant que je me consumais ainsi en regrets inutiles, j'aperçu comme une forêt de mâts de vaisseaux.

Mientras *yo* me consumía (dijo el primer traductor del *Telémaco)*, así en inútiles esfuerzos, *yo* percibí como una selva de árboles de navíos.

¿Hubiera sido más castizo, esto es, más en harmonía con el genio del idioma haber dicho: Mientras tristes pensamientos me estaban consumiendo, *descubrí* como una selva de mástiles?

8.ª El seno hundoso al húmedo Neptuno
de selvas inquietas has poblado.

Tal es la imagen poética de que se valió nuestro Góngora para expresar un pensamiento igual al de Fenelón.

9.ª «Que ayude el sol, no lo niego;
mas para engendrar un *yo*,
otro *yo* es fuerza; que el fuego
dará calor al que obró
el ser que me formó luego.»

(Lope.—*Animal de Hungría).*

«Íbamos un amigo y *yo*, que si la muerte no nos hubiera diferenciado, viviendo él no me persuadiera nadie cuál de los dos era *yo* mismo.» (Lope.—*El Peregrino*).

«Vi que Dios me redimió,
contra sí siendo cruel,
y mirando bien lo que El,
vi como se hizo El yo,
porque yo me hiciese El.»

(Boscán).

¿Significa *yo* en estos pasajes la persona humana, esto es, el agregado de alma y cuerpo, ó solamente la conciencia, el *yo* de que hablan los filósofos modernos?

VIII

«SU»

Vino este infeliz posesivo á la tierra de Castilla enteramente solo, *solito,* y no de Dios. Temió, sin duda, ¡grande error el suyo! que sería mal recibido en el país clásico de la hospitalidad é hidalguía. Al contrario, tal miramiento se le tuvo en un principio que decían: «Non deve el rey facer mal nin daño á su muger nin á *sus fijos del rico ome.*» *(Partida IV*, Ley 10). Son *sus*

criados *de aquel*» (Naharro.—*Himenea*. Jor. 4.ª), y aun se llegó á reputar como desacato que escribieran: El derecho de *so* poblo—si mata á *so* ermano, ó *so* ermana ó otro *so propinco*.

Por fin, corriendo los siglos adquirió nacionalidad, esto es, caracteres fijos y determinados: *su, suyo, suya,* los mismos que hoy se le conocen.

Aprovechándose catalanes y franceses del infundado temor de *su,* y comprendiendo el desairado papel que hacía al verse solo en escena, pidieron al genitivo latino «*illorum*» un nuevo posesivo, y, al modo de lo que hacían en el Lacio, diciendo: «*illorum terræ*», en Francia escribían al principio: «*leurs terres*», las tierras *de ellos (sus* tierras), y todavía en Cataluña tienen, para que no haya ni aun sombra de duda sobre la posesión, el: «*llurs terras*».

Por efecto de su pobreza, fué tal en lo antiguo la timidez y encogimiento del muy cuitado del *su,* tal el miedo de no ser entendido, que constantemente se le vió buscar al genitivo de posesión, para que, llevándole de la mano, le acompañase á todas partes; acaso por no comprender que incurría en manifiesta redundancia, pues se repite la idea por aglomeración. Véanse los siguientes ejemplos tomados de nuestros primeros cuerpos legales:

«*Sus* herederos *del* personero—*sus* padres *de los fios*—en *su* casa *del* padre.»

Hoy es, y todavía dicen algunos machacones, aun cuando la idea no ofrezca duda alguna: «le vi en *su* casa *de ellos*». «La Junta ha creído que no debía dar curso á *su* instancia de *usted*», leímos hace pocos días en un documento oficial. Por atrevido, por desvergonzado, por meterse donde no le llaman, hoy echaremos fuera de la oración al *su* que tan descaradamente se entró en los dos ejemplos anteriores.

Este horror á la soledad fué también parte á que le precediera, como introductor de embajadores, el artículo determinante: «*la su* corte—*los sus* amigos—*los sus* hermanos—todas *las sus* casas». Arcaísmos reprobados há largo tiempo, y que en modo alguno deben confundirse con aquella otra elegancia del artículo indefinido:

De Oliveros iba un primo
y también iba un *su* hermano,
y el padre de Montesinos,
ese conde don Grimaltos

(Roman. de Durán. I, p. 23).

¡Qué primoroso es el *su* antepuesto al nombre, para que no le siga inmediatamente un *suyo* por demás prosaico!

«V. es quien es, y yo muy *su* amigo; cuanto más que, solo no me hallo, y como la compañía de V., pocas para mí tan gratas.»

¡Cuán enérgico si representa dignamente á *el* y *mismo!*

«Soltéle; y dió con *su* cuerpo y aun con *su* alma en el jardín de la calle, ó por mejor decir, en la calle de los Jardines, y quedóse sin decir, Dios valme». (B.ª de R.ª, Novelistas posteriores á Cerv.—t. II, pág. 274).

«Su» confuso.—Triste fué, y lo es aún, el hado de la voz objeto de este estudio; no poco graves los cargos que contra ella deben hacerse, y, no sin fundamento, pues has de saber, lector mío (llamándote *pío* y *benévolo* suelen lisonjear tu amor propio), *sábete,* dicen los galiparlistas, que el *benedetto su* es en nuestro idioma un vocablo asaz pobre, y mentiroso por todo extremo; una especie de *dominguillo* obligado á estar constantemente en relación lo mismo con las personas que con las cosas de todos los géneros y números. ¿Quién no ha oído aquella especie de acertijo: «El que se come un huevo sin sal, se comería á *su* padre y á *su* madre?» Celébrese, que motivos hay para enorgullecernos, la riqueza y gallardía del castellano; pero confesemos ingenuamente que el uso del pronombre ó adjetivo *suyo, suya (su* y *sus),* origen de graves conflictos, constituye una de las imperfecciones de nuestra lengua.

Aun cuando no lo pretenda, aunque vaya de buena fe, diríase que es voz de doble sentido, engañadora, con dos caras como aquel dios tan conocido en la mitología. ¡Cuántas armas y recursos no proporciona á los que de mala fe se niegan á cumplir lo pactado! ¡A cuántas personas no dejó en la miseria la hipócrita indecisión con que el asendereado pronombre se muestra en más de un testamento!

¡Y qué palmetazo tan bien sentado el de D. J. Nicasio Gallego á Hermosilla por el empeño de defender á Moratín en todo, hasta en la traducción del *Integer vitæ:*

El que inocente
su vida pasa,
no necesita
morisca lanza,

Fusco, ni corvos
arcos, ni aljaba
llena de flechas
envenenadas

«Papá, ¿qué especie de arma antigua era la que los romanos llamaban *fusco?*—Hombre, le contesté, yo no tengo noticia de tal arma.— Yo imagino, me replicó el muchacho, que el *fusco* vendría á ser á manera de un tridente, ó acaso de un chafarote.—¿Pero en qué te fundas? ¿Dónde se hace mención de ese instrumento?—Aquí, en la 1.ª estrofa de una oda de Horacio, traducida por D. L. Moratín.—Majadero, le dije yo, ¿no ves que ese *Fusco* es el nombre propio del sujeto á quien Horacio dedicó la oda?—Y yo ¿en qué lo había de conocer? Metido entre las armas, lo tuve por una de ellas; y si ciento lo leen otros tantos lo interpretarán del propio modo. Entonces volví á leer la estrofa, y viendo el lugar que en la cláusula ocupa aquel nombre conocí que el muchacho tenía razón.»

Este defecto del *su,* reconocido por la Academia, nos hace mirar con envidia á las lenguas francesa é inglesa en las que no cabe ni aun sombra de duda, precisamente en aquellos casos en que la nuestra (sean ejemplos estos dos) aparece llena de confusión y ambigüedad.

Cuando pregunta un comerciante á su corresponsal, dice Salvá (á quien sin confesarlo copia descaradamente Morentín), si hay en el puerto un buque á la carga para la Habana y para Veracruz, y cuál será el día de *su* salida, no se entiende si hay un buque, que, haciendo escala en la Habana, marche á Veracruz, ó si los buques son dos, de los que cada uno ha de salir respectivamente para los puntos arriba dichos.

En francés, como el pronombre tiene dos formas, una para singular y otra para el plural, no hay, ni puede haber, anfibología, puesto que en el primer caso diríamos: «et le jour de *son* départ», y en el segundo, «de *leur* départ».

«Hoy han firmado la escritura el Sr. Pérez y su esposa, y ayer estuvo *su* madre en mi despacho.»

Notoria es aquí la ambigüedad; anfibología que desaparece en inglés diciendo: *Her* mother, refiriéndose á la madre de la esposa del Sr. Pérez.

No ha de tenerse esta dificultad del *su* como una de las que se resuelven con un precepto, con una afirmación cerrada, ni de las que se excusan con un aviso. Admitido como dogma que dicho adjetivo pronominal, ó pronombre posesivo, haya de referirse constantemente al nombre más cercano, ¿cómo entenderemos sin tropiezo la tan sabida copla:

Que el letrado venga á ser
rico por *su* mujer bella,
más por *su* parecer della,
que por *su* buen parecer...?

En realidad, el tercer *su* no debe referirse á ella, sino al marido; pero como le precede la contracción *della* (esto es, de la mujer), si nos atenemos al precepto gramatical, la copla expresará todo lo contrario.

Aquel aviso de los romanos: «*cave canem*» pudiera muy bien repetirse, *por supuesto en sentido metafórico*, al hablar del *su*. ¿Quién no teme el encuentro de este enigmático señor, después de leer lo que D. Juan Calderón contestó al autor del *Panléxico?*

«Contendrá el nombre de ellos (de los personajes ilustres), *su* verdadera ortografía, y el año de su muerte.»

No acertamos, replica el insigne gramático, á componernos con ese endiablado de pronombre, ó sea adjetivo pronominal, *su*. Si le referimos á *ellos*, esto es, á los hombres ilustres, hallamos que *su ortografía* no puede ser otra que la que ellos usaron ó enseñaron, lo cual no creemos sea la mente del autor. Si le referimos á *el nombre*, entonces no entendemos cómo nos ha de indicar el autor el año de la muerte del nombre de ellos, cuando lo propio del nombre de un personaje ilustre es el no morir. Mas si el diantre del *su* se ha de referir en un caso á *el nombre*, y en otro á *ellos*, aguardamos con impaciencia la tabla sinóptica

para que nos indique el modo de determinar los casos en que puede tener lugar este cambio de relación: cosa digna sería de la ciencia nueva.

«**Su empalagoso é inútil.**—A la confusión de que ha llenado el campo de nuestra literatura, á la historia del papel desairado que por él hacen no pocos escritores, ha de añadirse otra no menos lastimosa.

Renegando de la sobriedad con que vivió entre los latinos; olvidándose de que allí sus *funciones* ¿pasa el vocablo? eran por todo extremo limitadas, quiso, y al aparecer nuestra lengua lo alcanzó sin dificultad, que aun cuando no tuviésemos necesidad de sus servicios, que aun cuando viniese á embarazar la marcha del lenguaje, se le había de añadir en oraciones, que basta leerlas para convencernos ser enteramente baldío. Ahora bien, si le rechaza el énfasis, si no cabe linaje alguno de duda cuyas sean las cosas, ¿para qué hacer notar la idea de posesión? ¿por qué ofender nuestro buen juicio con aclaraciones que no le pedimos? Por ventura, ¿es posible haya quien confunda *sus ojos, cara, barba* y *dientes* con los del vecino? Estas citas mostrarán claramente la inutilidad del *su* en tales casos:

Abrió *sos* oios, cató á todas partes.

(*Poema del Cid*, v. 357.)

Lloraba de los *sus* ojos que quería re*b*entar,
Las barbas de la *su* cara empezólas de arrancar,
. . . . lástima era de mirare,
Rascuña*v*a la *su* cara, sus ropas rasgado hae,
Sus barbas y *sus* cabellos por tierra los va á lanzare.

(*Silva de romances viejos*, págs. 5, 20, 57, 62).

Caso excepcional de este y de otros pronombres.—Cuando la vehemencia de la pasión lo pida; cuando la sinceridad reclame que para aseverar con más fuerza se insista en la idea, en el caso, no frecuente, de un pleonasmo digno de alabanza, nos valdremos de este y otros pronombres, por más que notoriamente huelguen fuera de dichas circunstancias, fuera de momentos en verdad excepcionales.

Ejemplos: «ea, pues, Señora, vuelve á nosotros esos *tus* ojos».

«Acércase más y más á su amado Hijo, y tiene (la Virgen) *sus* ojos oscurecidos con el dolor para ver, si pudiese, al que tanto amaba su alma.» (Granada.—*Meditación VIII.)*

«Bien esperaba yo en el cielo que antes que estos *mis* ojos se cerrasen con el último sueño, te había de ver...» (Cervantes.—*Coloquio de los perros.)*

Importa formar concepto claro de la materia que en este momento *dilucidamos*. La exaltación de ánimo, el encarecimiento de la verdad, la hipérbole no condenada, pueden consentir, y consienten de buen grado, que repetidas veces se empleen *su* y *suyo,* en ejemplos que, analizados fríamente, rechazarían tan pesada carga.

Que no tiene sabor galicano el *su* de este pasaje, cosa notoria es á cuantos puedan apreciar la belleza de la descripción:

«... una por quien los poetas cantaban que tenía los cabellos de oro, y que eran *sus* ojos dos resplandecientes soles, y *sus* mejillas purpúreas rosas, *sus* dientes perlas, *sus* labios rubíes, *su* garganta alabastro, *su* alma inocente, y que *sus* partes con el todo, y el todo con *sus* partes, hacían una maravillosa y concertada harmonía, esparciendo naturaleza sobre todo una suavidad de colores tan natural y perfecta, que jamás pudo la envidia hallar cosa en que ponerle tacha.»

Cervantes, autor de las precedentes líneas, pone singular atención en el uso de los pronombres. Si aquí, supuesto el carácter ponderativo, acoge con muestras de regocijo al repetido *su,* en esotro ejemplo huye de él, no sin que merezca grande alabanza por lo uno y por lo otro.

«En acabando de decirme esto, *se le* llenaron *los* ojos de lágrimas». *(Quij.,* I, 27).

«Su» francés.—Que no viene del latín ese constante machaqueo del *su,* tan ingrato á la perspicacia y buen gusto de los españoles, nos lo demostrarán centenares de ejemplos. En gracia á la brevedad sólo citaremos tres: *Oculis cernere. Vas in manus sumere.* (Cic.—Vers. 2, 4, 27). *Oculos in terram figere.* (Tac.—*Hist.* 4, 7). ¿Cómo podrán escudarse con la autoridad de la madre los que al hablar con sus hijas les obligan á decir: «voir de *ses* yeux».—«Tomar un vaso en *sus* manos?» «Clavar *sus* miradas en tierra?»

Ya lo hemos visto; al nacer las lenguas romançes era su marcha tan embarazosa que no acertaban á caminar un paso sin que les acompañase á todas partes, aun cuando en realidad no le hubiesen menester, el lazarillo *su*. Pero bien pronto mostró el castellano su amor á la independencia; bien pronto se emancipó de la aborrecida tutela del posesivo, dejando para nuestros vecinos las cadenas con que aún viven amarrados á los señores pronombres *son-sa-ses*.

Pero desgraciadamente no faltan ahora hijos de España, poco celosos de nuestros timbres literarios, que, imaginándose vivir en los comienzos del idioma, cuando el castellano y el francés marchaban á la par, siguen hablando y escribiendo como si en esta tierra no entendiésemos con media palabra que nos digan. ¡Qué pesadez la de esas buenas gentes!

«El león eriza *su* melena, enseña *sus* dientes y *sus* garras, abre *su* boca seca, inflamada; *sus* ojos parecían llenos de sangre y fuego, bate las hijadas con *su* larga cola». (Traducción del *Telémaco,* lib. II).

He aquí la glosa del insigne hablista D. A. Capmany:

«Nada llevaba postizo el león, todo era suyo, cuanto erizaba, cuanto enseñaba, abría, presentaba y batía: pues ¿quién le había de prestar aquella melena, aquellos dientes, aquellas garras, aquella bocaza, aquellos ojazos, aquella colaza? ¿Si dejaría de ser el mismo león uno que erizase *la* melena, enseñase *los* dientes y garras, abriese *la* boca, seca ó húmeda, presentase *los* ojos y se mosquease con *la* cola? Sí sería: porque el español con la boca come, y con los ojos ve; pero el francés no puede comer sino con *su* boca, ni ver sino con *sus* ojos. *(Notas joco-serias á la* 1.ª *traducción española del Telémaco,* p. 106).

Cierto, el autor de tan raras como preciosas notas, el autor de la *Filosofía de la elocuencia,* uno de los españoles, el catalán que más estudió la lengua castellana, tiene sobrados motivos para reirse de los que, faltos de buen sentido, ayunos de literatura, arremeten con el idioma, lo maltratan, y de tal suerte lo desfiguran que no parece ser, por más que las palabras estén en el diccionario, el mismo lenguaje que usaron los que se preciaban de españoles. ¿Á qué la insistencia del *su*? ¿Cabe dudar que la boca, la melena, los dientes, y cuanto el león tenía, era propiedad *suya*?

Para huir, como es justo, de la anfibología á que no pocas veces da ocasión el pronombre *su (sus* en plural), ya que lo mismo dice relación al género masculico que al femenino, pueden establecerse las siguientes

Reglas.—1.ª *Evítase la obscuridad que en algunos casos ofrece el término «su» poniendo un paréntesis que aclare el concepto;* v. g.:

«Tales fueron las batallas de los gloriosos mártires en Tiro, á do habían venido de las partes de Egipto. Y no menores fueron las que en *su* provincia (digo en Egipto) vencieron otros bienaventurados...» (Granada.—*Símbolo de la Fe,* parte II, cap. 18).

Se había hablado de Tiro, y no está de más el paréntesis como alguien pudiera entender.

2.ª *Colóquese el «su» de tal suerte que no pueda menos de referirse al nombre anterior más cercano; por ejemplo:*

Digan lo que quieran los estratégicos, el General, llevado de *su* amor á la gloria, hubo de presentar la batalla al enemigo.

3.ª *Podemos huir de la ambigüedad repitiendo el nombre á que se refiere el «su», ó recordándole por medio de los pronombres personales «él, ella»; los demostrativos «éste, ese, aquél», ó los adjetivos numerales «el primero, el segundo»,* etcétera, *en el género que corresponda.*

Sirva de ejemplo este que trae la Academia: «cuando Simón se casó con Águeda, *sus* hijos lo llevaron á mal». No está bien claro cuyos eran estos hijos; pero la duda cesará diciendo: «*los de ésta*», ó «*los de aquél*», según pida el contexto.

4.ª *También se hurta un «su» á la oración refugiándonos en brazos del dativo;* v. g.: se *le arrasaron* los ojos en lágrimas; donde ha desaparecido el posesivo, como es de ver, aquí expreso: «se arrasaron *sus* ojos en lágrimas.»

5.ª *El «su* y *suyo», tienen sabor galicano en todas aquellas oraciones en que la ausencia del énfasis, ó la ninguna necesidad de declarar la posesión, aparecen evidentes: como si traduciendo el Telémaco dijésemos:*

«Venus remontándose en *su* dorada nube...» ¿Acaso tendría la diosa *su* nube de viaje, como los señores que tienen su coche de camino?

EJERCICIOS

1.º «Le preguntó por *su* patria y nombre.»

Se emplea el *su* cuando solemos preguntar á uno por *su* familia, cuando queremos tener nuevas de *su* salud: mas preguntar á uno por *su* patria, ¿es castizo? ¿Sería más correcto *le preguntó la patria y nombre?*

2.º «Con razón, pues, indica el señor Académico que el autor debía de pararse poco en reglas, bien seguro de que *su* ingenio *(el de él, no el de ellas)* había siempre de conseguir que se le comprendiese.»

Si el *su* debe referirse al nombre anterior más cercano, ¿sobra aquí el paréntesis usado por Hartzenbusch?

3.º Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á *su* rigurosa contienda...»

(Quij., I, 9).

¿Cabe decir *contienda* de uno solo? ¿fuera más conforme al buen sentido: *á la rigurosa contienda?*

4.º «... decía el vizcaíno en sus mal trabadas razones, que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo había de matar á su ama...»

(Quij., I, 8.)

Hay en el pasaje anterior un *su* impropio á todas luces, un *su* que pugna con el buen sentido. ¿Cuál es? ¿Con qué palabra le sustituiremos?

5.º
Las nueve de Helicona
sus diáfanos cristales
te dieron, y benévolas
su lira de marfil.

(D. L. Moratín.—*Á la muerte de Conde).*

Estas donaciones están un poco obscuras. Cuando en la oración hay una serie de posesivos iguales y sin interrupción alguna, se refieren todos en buena gramática al mismo sujeto. ¿Cuántas liras le regalaron? ¿A quién hacen relación los dos *sus?* ¿A Helicona? ¿A las Musas?

6.º «Il avait *sa* douceur et *sa* fierté, avec *sa* taille et *sa* démarche majestueuse.»

¿Puede traducirse el pasaje anterior del *Telémaco* sin el molesto *sa, sa, sa? Tenía de su padre el apacible y grave semblante y la estatura y gallarda presencia juntamente,* ¿seríamos infieles al pensamiento de Fenelón, vertiéndolo de esta suerte?

7.º «*Ses* yeux se couvrirent à l'instant d'un épais nuage. *Ses* genoux trem-

blans se derobaient sous elle: une froide sueur courut par tous les membres de son corps.»

Puesto que los ojos y las rodillas eran suyos, deberíamos traducir:

Los ojos se le cubrieron de una densa niebla.

Las rodillas, de temblor, no podían sostenerla, un sudor frío corría por todos sus miembros.

8.º *Ses* yeux creux sont pleins d'un feu âpre et farouche...

Si la precedente oración no encierra énfasis alguno, ¿hará falta al traducirla el posesivo *ses*?

CAPÍTULO V

EL NOMBRE

Siendo, como lo es, inacabable la serie de substantivos que posee nuestro idioma, el intento de hacer su historia, el tratar de todos y cada uno de éllos como gramático, como erudito, como estilista, pareceríase á la empresa de Sísifo con la roca mil veces empujada hacia la cumbre y otras mil caída sin tocar en ella.

Si del verbo se ha dicho ser el rey de la oración, del substantivo puede repetirse en su encomio que es, con relación á las otras partes del discurso: «como el oro entre los metales, como el carbunclo entre las piedras preciosas, como la palma entre los árboles, como la rosa entre las flores, como el águila entre las aves y como el sol entre las estrellas.»

Imposible por tanto abarcar en la rápida ojeada de breve capítulo los esplendores de tan magnífico señor, ni disipar las nubes que á veces envuelven su rostro.

La ingenuidad, la absoluta franqueza del escritor, le llevan á expresar sus ideas con nombres no sancionados todavía por el uso. En este caso la más fina discreción, el exquisito gusto, el respeto á la tradición, imponen el deber de tratar al idioma con grandes miramientos; pero sin dar en la superstición é idolatría; sin empeñarnos en vaciar todo, absolutamente todo lo moderno, en los moldes inservibles de antaño.

Que nos place llevar la tranquilidad á la conciencia de los timoratos, á la de los escrupulosos que no aciertan á decir bien de una obra sino cuando está empedrada con términos que, sobre afectados, tienen á más la nota de arcaísmo, lo probará la condenación que desde este instante lanzamos *urbi et orbi* contra tan falsos adoradores del idioma. Imagínanse estos pacatos que ofende á la pureza del lenguaje, y comete torpe *barbarismo,* quien osa estampar en sus escritos voces como las siguientes y otras que no se citan.

Emoción. - A más de un fanático... del habla castellana hemos oído que pecaban gravemente los que se atrevían á usar el neologismo «*emoción*». Que el vocablo sea de noble estirpe, no cabe duda; Cyrenaicorum philosophi, praeter *permotiones* íntimas, nihil putant esse criterii. (Cic., 1, Academia, lib. 2), esto es, que en sentir de esos filósofos el único criterio de verdad se halla en las *emociones* internas. No hay, pues, materia de escándalo, señores puristas; el mismo Cicerón es quien ha puesto entre los puntos de nuestra pluma, para que fácilmente se deslizase de ellos, la palabra «*emociones*». Y si no fuere lícito á los particulares legislar sobre la materia, ahí está la autoridad de la Academia, tan remirada en punto á neologismos, y que, sin embargo, admitió, en su Diccionario esta y otras voces, por Vds. rechazadas.

Restaurant.—Visto antes con desvío, hoy es término con el cual topamos á la vuelta de la esquina, y, mal que nos pese lo violento de su etimología, no le podremos echar ya de casa. El incentivo de lo que significa y su naturaleza francesa, como dice hasta el meticuloso D. Emilio Pi y Molist, le han logrado la aceptación de la gente del regodeo y de la moda, y valídole carta de amistad en todas las regiones del mundo.

Añoransa, anyoransa.—¿Por qué condenar al aislamiento á ese vocablo nacido en tierra catalana, si no hay otro en Castilla que pueda expresar, no ya los cuidados, desvelos y ansias, sino toda la delicadeza del sentimiento, toda la fe del espíritu, los portentosos raudales de la voluntad, la rosada aurora de la espe-

ranza? Aquel deseo que inflamaba á Fr. Luis de León al contemplar el cielo

de innumerables luces adornado,

al mirar hacia el cielo,

de noche rodeado,
en sueño y en olvido sepultado;

aquel *amor*, aquella *pena*, que la contemplación del mundo despertaba en su espíritu, ¿están expresados por manera delicada con decir que sentía «*un ansia ardiente?*»

El sapientísimo autor de los *Nombres de Cristo*, que trajo por primera vez al idioma el gracioso «*alborear*» y otros vocablos tan lindos como éste, ¿habría rechazado sistemáticamente como espurio el término «*añoransa*», en el que se enseñorea, como no hay voz en Castilla que para este fin con él pueda igualarse, la vehemencia impaciente de un corazón adolorido por dulces tristezas, de un alma embriagada en la segura esperanza de breve destierro?

Con ser misterioso el encanto del término *soledad*, como es de ver en aquellas palabras de Santa Teresa: «... le pago bien la *soledad* que dice tiene de mí... la falta de Juan de la Cruz me causa *soledad*»; antójasenos, sin embargo, que el *saudades* de los portugueses y la inefable *añoransa* de los catalanes vencen por lo hermoso y dulce de su expresión al vago eco que deja en el alma el vocablo *soledad*.

Silueta, idealidad y *morbidez*, por no citar más, son voces que van admitiendo hasta los que tienen en mayor estima la castidad del lenguaje, y puesto que dicen bien con su natural genio y humor, daremos prueba de acrisolado gusto si las engastamos en la corona del habla castellana. Pero si ésta, á diferencia de las lenguas muertas, vive, florece y no se encierra en los términos de un siglo determinado, sino que trae al uso voces nuevas, ha de dolerse: con todo, de que ya no puedan menos de emplearse palabras con las que se violan los principios más elementales de la filología, como *bibliófilo* que, según la ley etimológica, significa «*amado de los libros*» (no así filomela, ó mena, ruiseñor);

μέλος, canto, filólogo; filósofo (filomanía y filoxera de φύλλον, Φίλιππος), y *centímetro,* que conforme enseñan hasta los más rutinarios latinistas, da á entender «*cien metros*» y no «*una centésima parte del metro*», que es lo que se pretende significar. Si los vocablos, como se ha dicho en bella metáfora, son el álgebra de las ideas, *panteón*, *odeón* y *coliseo,* tan sólo debieran aplicarse, presupuesto su ilustre albolengo, á designar respectivamente: «el templo dedicado en la Roma antigua al culto de *todos los dioses*», «los teatros destinados únicamente *al canto*» y «el sitio embellecido con *estatuas colosales*».

Con absurdos de igual condición frisan las palabras *hectómetro,* y *ázoe,* ¡como si fuera éste el único gas contrario á la vida!

De industria, por graciosa humorada, para dar en qué reir y burlar al lector, para imprimir novedad y distinción al estilo, será lícito usar, *tal vez cual y con gran tiento,* nombres legítimamente anticuados para la gran masa del público, pero que han logrado hacerse fuertes en la pluma de los maestros en bien decir. Merced al brío, al donaire y á la discreción, viven aún *desfacer tuertos, desaguisado* y *á furto,* por no citar más.

«Escritor cuyo fin no sea de provecho para sus semejantes, les hará un bien con tirar su pluma al fuego: provecho moral, universal; no el que proclaman los pseudo-sabios que adoran al dios Egoísmo y le casan *á furto* con la diosa utilidad en el ara de la Impudicia». (J. Montalvo.—*Busc.,* p. VIII).

El dar aliento y resucitar una que otra vez, en casos excepcionales, nombres vetustos, pedidos con singular gracia á los *Romances viejos,* por ejemplo, ó á nuestras venerandas *Partidas,* cuyos vocablos se oyen siempre con religioso respeto, no autoriza en manera alguna á usar otros que el idioma abandonó por poco dulces, por rudos ó mal significativos. Somos amantes del latín, lo ponemos sobre nuestra cabeza, y con todo eso, no nos atreveríamos á decir en un *Discurso de recepción:*

«... pues que el menosprecio ó *contumelia* ó cualquiera otra irreverencia para con él (el papa), redunda en mengua y deshonra de la Iglesia.»

Materia es esta en que no pueden fundarse reglas generales, quedando siempre ancho campo para el gusto y discernimiento de cada cual. Serán hermosos vocablos, pero ¡vive Dios! que

parlería, *turíbulo*, *incubo literario*, *bebienda*, *bebería*, *comidón*, *parcidad*, *pedrazas*, *falencia*. *pigricia*, y *movedor*, son nombres que hacemos voto de no usar nunca, como no sea en burlas, por temor á que nos echen encima el sambenito de pedantones.

Salvajismo, que no sabemos quién lo inventó, ni está en el Diccionario. *Mendiguez*, *blancor*, merecen, por lo curiosos, atenta consideración, y más aún, si bien por distinto concepto, los nombres *umbral* y *dintel*.

«Un día, pasando nosotros por una calle, el barbero, ó señor rapador, según se expresa Don Quijote, de calzón y zapato de medio pie, estaba plantado en el *umbral* de su tienda: no en el *dintel*, como dicen los que ahora escriben, porque no estaba *colgado*.» (Montalvo.—*Busc.*, p. CXXIX).

Substantivos hermosos.—Basta citar unos pocos. Escaso gusto ha de tener quien no se dé cuenta de la gentileza que ofrecen los siguientes nombres:

Pesadumbre.— ... si se exceptúa el Anfiteatro de Flavio, que no ha podido arrasar totalmente la *pesadumbre* de los siglos; mole gigantesca como el poderío de Roma, monumento de la esplendidez con que la soberbia metrópoli deslumbraba al mundo.» (Pi.—c., pág. 397).

Derrota.—«Cansado, pues, Bings de la tardanza, tomó la *derrota* contra Gibraltar, habiendo sabido que nuestra guarnición era muy poca, y aún menos sus defensas. (J. Ortiz y Sanz).

Mausoleo.— Los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos. La reina Artemisa sepultó á su marido *Mausolo* en un sepulcro que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo.» *Quij.*, II, 8).

Albricias.— Vamos, Sancho hijo, respondió D. Quijote: y en *albricias* (en señal de *regalo*) destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo en la primera aventura que tuviere. (*Quij.*, II, 10.—Edic. crítica: Madrid, Suárez, 1909; volumen IV, pág. 167).

Como interjección, *albricias* expresa alegría, júbilo, regocijo; así diríamos: *¡Albricias!* pueblo amado; la paz está hecha.

«Dadme *albricias,* compadre, que vuestro jumento ha parecido...» *Quij.,* II, 25.—Edic. crítica; Madrid, Suárez, 1911; volumen V, pág. 18).

Corona.—«La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y, como á señuelo gustoso, se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros... y la que está á tantos encuentros firme bien merece llamarse *corona* de su marido.» *(Quij.*, II, 22.—Edic. crítica; Madrid, Suárez, 1909; vol. IV, página 338).

No son los tiempos que corren los más á propósito para sermonear á las gentes, ni es tarea fácil para los predicadores, aunque sean fervorosos, mover, en época de descreimiento, á la práctica de una de las cinco virtudes que constituyen el óptimo lenguaje: la *pureza,* en la que las *buenas* voces, ya en sí, ya unidas, fundan la gala y brío del discurso.

Por la misma causa que no se ha de tomar ejemplo para bien vivir de los viciosos, sino de las almas puras, así tampoco conviene seguir en punto á lenguaje la que Cicerón llamaba *pésima regla,* la mala costumbre, nacida unas veces de ignorancia, y otras de caprichosa novedad. Sea, pues, nuestra guía el uso de los *doctos* y no el de los *tontos,* y pidamos que nos acompañe siempre la discreción más alta, para no merecer como Baralt, ese P. Concina de la lengua, el epíteto de *intransigentes;* ni como Zola, allá en su tierra, el de *desaforados innovadores.*

Hecha esta confesión, pasemos revista á unas cuantas voces, comenzando, no por la más *boba,* sino por la más *necesitada,* por la pobrecita

IMBECILIDAD, que al trasladarse desde el Lacio á España vino con su significación de *flaqueza* y *debilidad física;* pero que en Francia, donde la llamada extensión... *universitaria* debe de ser muy antigua; *imbécile* se *extendió* á significar *dépourvu d'esprit.* Y nosotros, los modernistas, deslumbrados por la novedad, y acaso por miedo á enojosas indagaciones, llamamos á la *imbecilidad, alelamiento;* y *lelo, mentecato, falto de juicio,* al *flaco, débil y enfermizo.*

Ya estamos, amigos míos, frente á un caso de conciencia... *literaria,* que Vds. resolverán según la tengan más ó menos estrecha; yo sólo les diré que un pacientísimo escudriñador, el P. Juan Mir, ha puesto en *copla* los geniales y expresivos substitutos que en Castilla dan ciento y raya al muy cuitado del *imbécile* francés:

Idiota, tonto, insipiente,
Torpe, simple, majadero,
Mentecato, motolito,
Bobo, pelele, mastuerzo,
Bobalicón, ignorante,
Gaznápiro, sandio, necio,
Rudo, rústico, sayagués,
Estulto, alelado, lelo,
Pelón, patán, motilón,
Majagranzas, estafermo,
Estólido, romo, badajo,
Bambarria, tosco, grosero,
Bamba, bausán, badulaque,
Bolo, bolonio, borrego,
Babieca, basto, bodoque,
Bozal, bronco, chapucero,
Incapaz, mandria, insensato,
Pelafustán y mostrenco.
Animal, bestia, borrico,
Burro, pollino, jumento.
Macho, rocín, zampatortas,
Zonzorrión, zote, zopenco,
Zampabollos, zarramplín.
Zancarrón, zaragatero,
Zonzo, zoquete, zamarro,
Zanguango, zambombo, lerdo,
Zangandungo, chafallón,
Zolocho, estúpido, lego...

En las cuales seis y pico docenas busque cada uno el vocablo que más arme á su estilo, con la intención deliberada de no tomar en la boca ni en la pluma el desdichado *imbécil* para exprimir cortedad de ingenio ó falta de vigor intelectual.

Marcha.—Don J. J. Mora (*Discurso de Recepción en la Academia Española,* t. I, pág. 154) se revuelve airado contra los que han convertido el progreso de las sociedades y el curso de un asunto en *marcha.*

Tranquilícese usted, le diríamos, y tranquilícense cuantos estudian la *marcha de un negocio,* y hasta los que escriben sobre la *marcha de las lenguas*, pues no es suficiente motivo para creer sean condenados como herejes, habiendo aún, como lo hay, tiempo para apelar ante el concilio de los doctos; ni teman, al salirse de los campamentos en que los clásicos tenían presos al verbo *marchar* y al substantivo *marcha,* que se diga de ellos haberse convertido en tropa indisciplinada que *marcha* en desordenado tropel por la escabrosa senda del galicismo, sino por el camino real que conduce á la metáfora, *per viam latam quæ ducit ad metaphoram,* para repetir desde tan vistosa posición aquellas hermosas palabras de Balmes, que tanta resonancia tuvieron cuando publicó su folleto en defensa de Pío IX: «el mundo *marcha* y el que quiera detenerse será aplastado y el mundo continuará *marchando.*»

«La Real Academia, al mostrarse malquista con galicismos muy disparatados, blandea con los menos groseros porque los ve en escritos académicos. ¿Obra en esto bien ó mal? Gustara yo más de hallar quien me soltase á mí la duda, que verme obligado á responder (1).»

Perdone el atrevimiento; nosotros vamos á desatar la dificultad respecto á esta palabra, que ya me ha sido criticada como á otros muchos.

¿Habrá quien sostenga que el vocablo *marcha* sea un *barbarismo?* No, porque es palabra muy *castiza.* ¿Lo será decir: *la marcha de las lenguas* es por todo extremo lenta? Tampoco, porque si los clásicos, en alas de su fantasía, sin mancillar en nada la pureza del idioma y sin pecar contra la sana razón, se creían autorizados, y esto es lo que nos enamora en sus escritos, para dar nuevas significaciones á un mismo vocablo, ¿por qué se ha de negar á la Academia que hable en su Diccionario de *la*

(1) *Frases de autores clásicos españoles entresacadas por el P. Juan Mir*, pág. 41.

marcha del drama? ¿Qué absurdo se sigue de esto? Por ventura, ¿no es una muestra de que aún no se ha apagado entre los españoles el fuego de la imaginación? No será lícito, parodiando á Horacio, repetir aquello de:

> ... quid autem
> Caecilio Plautoque dabit romanus ademptum
> Virgilio Varioque?
>
> (*Epístola ad Pisones*, 53-55).

Se llaman puras las palabras y frases que por ser genuinamente españolas muestran la índole y carácter de nuestra lengua.

Por tanto, como ya se ha dicho, no son en verdad genuinamente españolas: no han nacido en nuestro suelo las voces: *emoción, restaurant, marcha* (en sentido figurado), *panteón, mausoleo* y *coliseo,* por no citar más; pero á pesar de su notorio extranjerismo, el Diccionario de la Academia les concedió, há largo tiempo, derecho de ciudadanía española, salvo al término *restaurant,* quizá por haberse mostrado aquí más rebelde que en Italia, donde ya todos dicen: *ristorante.*

Con todo eso, conviene advertir que mirar por la pureza del idioma es hoy algo más que literaria ocupación: constituye un como deber sagrado; es defender en su último baluarte la índole de nuestra lengua, esa lengua hablada con justo orgullo por los millones de hermanos que nos saludan todos los días desde las extensas regiones de la que fué América española.

Mancillan la pureza del idioma, atentan contra su integridad, las *novedades caprichosas y por todo extremo censurables* que reciben el nombre de

I

NEOLOGISMOS

No hablamos aquí del *neologismo doctrinal, necesario, lícito,* y, *menos aún, del neologismo hermoso y laudable, pues el que hayan de ser puras las palabras no se opone á que las lenguas ensanchen sus dominios,* si lo hacen con el debido mira-

miento, esto es, *si la voz ó locución nueva fuere necesaria y fácilmente comprensible;* si pareciere más bella que su *equivalente en castellano, si fué ya apadrinada por escritores correctos; en resolución, si no desdice por su forma del natural genio y humor de nuestro idioma, á saber: de las reglas sobre etimología y analogía á él peculiares*.

¿Por qué no ha de ser lícito á los muy entendidos inventar, ó traer de otras lenguas, vocablos que sirvan de mensajeros al adelantamiento de la industria, á las nuevas ideas, á los estudios científicos y literarios?

No encerrándose en los términos de este ni de aquel siglo, el castellano ha traído modernamente al uso, entre otras voces nuevas y peregrinas: *pornográfico, esfumar, estiaje;* bien así como había hecho en el siglo de oro al enriquecerse con palabras tan propias y significativas como: *brillar*, voz que dice lo que no significa, ni puede significar, *lucir* ni *centellear,* esto es: luz difundida con pausa por un cuerpo luminoso. *Brillar en*, vale tanto como: lucir, sobresalir en talento, prendas, etc.

«Llamó la antigüedad *periegetas*, no sólo á los viajeros geógrafos, sino muy especialmente á los viajeros arqueólogos ó *dilettantes* de arqueología, que ahora decimos excursionistas.» (Menéndez y Pelayo.—Discurso de recepción en la Real Academia de Bellas Artes, pág. 14).

No va nuestra censura contra los que inventan voces en extremo numerosas y significativas, como el *gallardear* de Cervantes; ni contra los que hoy enriquecen y adornan el idioma con nuevos y vistosos esmaltes, con vocablos y frases como: *silueta, atildamiento, idealizar, manera poética* y *cultivar el pensamiento,* porque con tales innovaciones no sufre mengua el lenguaje, y porque siempre fué merecedor de alabanza divorciar una palabra de cierta idea menos elevada para unirla á otra más noble y generosa, á fin de que se ostenten con nuevo brillo y esplendor después de tan ilustre consorcio.

Neologismos censurables son los que alterando la significación de las palabras: *meditar* un nuevo corte de vestido, como si se tratase del plan de una batalla; los que sacando de voces conocidas derivados temerarios: *dictaminar, incrementarse, epi-*

demiarse, el día 15 tendrá *verificativo;* los que creando monstruos filológicos: *burocracia* y *burocrático,* donde el francés y el griego forman un ser híbrido, rompen con la barbarie de sus formas, la unidad del lenguaje, estragan el bnen gusto y hasta llegan á obscurecer la luz del bien pensar en inteligencias no muy perspicaces; estas, repetimos, son las novedades y profanaciones que se deben maldecir y execrar, no menos que los

Barbarismos (1), en cuyo vicio incurren los que usan, sin estar obligados por la necesidad, voces ó locuciones extranjeras. Sirvan de ejemplo: *bouquet,* en lugar de ramillete; *meeting,* en vez de reunión, junta; *grande juventud,* por corta edad; estar *perfectamente* de acuerdo, por enteramente: *huir con cuidado* de hacer una cosa, en lugar de evitar cuidadosamente.

Toman los *barbarismos* el nombre especial de la nación de donde proceden: así decimos, *helenismo, latinismo, germanismo, anglicismo, italianismo, galicismo*, etc. Siendo los tres últimos los que más ofenden el idioma, sólo de ellos en la parte referente al nombre, daremos aquí cuenta.

Anglicismos.—*Jockey, interview, roastbeef, lunch, beefsteak, learder, Folk-Lore*, son anglicismos, mal que nos pese, casi ya connaturalizados entre nosotros: la frase: *la dirección de su casa*» (2) por las señas de ella, ha de tenerse como locución espuria.

Italianismos.—*Dilettantismo* artístico, *prima-donna, diva*, junto con otras pocas voces admitidas en el lenguaje de la música, son italianismos que ya nadie rechaza. Pero ha de tenerse como vicio contra la pureza lo siguiente:

Al escaso resplandor
De *cualque* luciente estrella.

(B.ª de R.ª *Romancero de Durán*. t. 1, pág. 407).

---

(1) Del griego βάρβαρος, extranjero, que pronuncia ó escribe mal, que emplea vocablos de otras lenguas.

(2) The direction of his house.

Cualque es voz que introdujeron en el lenguaje vulgar nuestros soldados del siglo XVI al volver de las campañas de Italia.

EJERCICIOS

1.° En cuantos asuntos se le confiaron mostró siempre gran *tacto*.

Tiene mucho *aplomo*, y no hay miedo de que se precipite en sus resoluciones.

No siendo necesarias estas dos voces; no aventajando á sus equivalentes: *gravedad*, *cordura*, *seso*, *serenidad*, y no habiendo congruencia entre su primer significado y el de *discreción* que ahora se les asigna, ¿podrá defenderse que este sentido metafórico se funda en la *semejanza y analogía*, una de las fuentes del *neologismo*?

2.° «Son indubitables *producidores* de todos los males que se les han de seguir.»

(Láinez.—*El Priv. crist.* c. 15.)

Son indubitables *factores* de todos los males que se les han de seguir.

¿Es igual la significación de *producidor* á la que nuevamente se atribuye al vocablo *factor*?

3.° Este fué siempre el *objetivo* de mi vida.

¿Substituye con ventaja tal neologismo á *intento*, *fin* y *blanco*, palabras de cuya pureza no es lícito dudar?

4.° El otro día nos leyó un discurso de colosales *proporciones*.

El alboroto tomó entonces grandes *proporciones*.

Si *proporción* es la igualdad de dos *razones*, y *razón* la relación entre dos cantidades, ¿pecan contra la *lógica*, y hasta contra la *sindéresis*, los innovadores de tan peregrina significación?

5.° Recitó una larga *tirada* de versos.

Recitó un larguísimo *trozo* de poesía.

Aunque por su origen se tengan como castizas las dos palabras que van con bastardilla, ¿lo será decir *tirada* de estrofas, de noticias, etc?

6.° «Dejando interpolado, como con *lagunas*, el cuento de los tiempos.»

Siendo la metáfora una comparación tácita, puesto que se callan los términos que sirven para comparar, ¿merecen censura los que para hablar de omisiones dicen: «el manuscrito tenía grandes *lagunas*?»

7.° *Anexión (anexar* | annéctere, unir, juntar, *anexionar*, | Staats Einverleibung: incorporación), voz inventada para significar una *conquista injusta*, ¿ha de tenerse ya como un neologismo de todo punto necesario?

8.° Nostalgia (de νόστος, *regreso*, y ἄλγος, *dolor)*, esto es, dolencia ocasionada por la pena de verse ausente de la patria, de los deudos ó amigos, ¿expresa este vocablo, ya que no con menos propiedad que *anyoransa*, con igual suavidad y delicadeza, el deseo de tornar á ver á quien se ama, y sin cuya presencia la vida nos

parece incompleta? *Saudades* de tus cariños, *saudades* del cielo, *saudades* de la gloria, dicen con la mayor dulzura los portugueses; ¿tienen la misma fuerza de expresión, traducen por modo igual, la ternura, ese afecto, diríase inefable, de dulce tristeza, las voces *nostalgia* y *anyoransa*?

9.° Puesto que la Academia no admite «*salvajismo*», ¿deberemos decir *salvajez*, al modo de *mendiguez*?

II

GALICISMO

Es la temeraria introducción de vocablos franceses que, según frase muy expresiva, debieran ser decomisados como contrabando del idioma; v. gr.: *debut*, para significar *el estreno* de una obra teatral, ó *la primera salida* de un actor á las tablas: *buffet*, *soirée*, *revancha*, *remarcable*, en lugar de *mostrador*, *velada*, *desquite* y *notable*.

Algunos, dejándose llevar de nimias exigencias puristas, han hecho, en lo que se refiere al galicismo, apreciaciones de todo en todo erróneas; sirvan de ejemplo estos tres substantivos:

Merced á.—Echado en cara por D. A. de Castro á Moratín, con todo y ser modismo tan clásico como *gracias á...* para significar *ocasión, cooperación, casualidad.*

Aire.—En el sentido de *traza, apariencia, aspecto*, *semblante,* desagradó en extremo á Baralt; sin duda no conocía la frase de Núñez:

«*Aire* tiene de sacrilegio canonizar las culpas.» *(Emp.* 15).

Prescripción.—Este substantivo y su correspondiente verbo se usaban ya en el siglo XVII:

«Nociva ociosidad, si el motivo no le prescribe la virtud.» (Láinez.—*El priv. crist.,* 15).

Hay que andar con *tácitos y atentados* pasos, si me permiten este recuerdo del *Quijote,* en lo que toca al galicismo. ¿Cuánto no se escandalizarían los puristas si les citásemos ahora aquello del *Poema del Cid:*

Á la salida de Valencia mis fijas vos di yo
con muy grand ondra é haberes *á nombre.*

Pobrecillos, confunden los tiempos y las cosas; no saben que allá en los principios del romance las lenguas francesa y castellana andaban juntas, asidas de las manos, tomándose juramento de paz y de amor; por eso no es de maravillar se encuentren giros como los siguientes, que por pertenecer á un mismo asunto, aunque no sean nombres, ni merezcan ser imitados, se citan en este capítulo:

Esora se *levó* en pie el buen Rey don Alfonso
(*Poema del Cid.* v. 3.238).

Por lo que yo ovier á fer por mi non *mancará*
(*Poema del Cid.*, v. 3.369).

Iba con sus parientes la esposa *prender*
(Berceo.—*Mil. de Ntra. Señora).*

«Yo soy el rey que *demandais*».—*(Amadís,* 81).

«*Defendemos* que ninguno dellos et». —*(Las Siete Partidas,* tit. XXIII).

«*Después* que me mudé al otro barrio no han sido de mí visitadas».—*La Celestina.* Acto 1.°)

EJERCICIOS

1.° Nuestro substantivo «*conforto*», anticuado hace tiempo, ¿puede expresar toda la comodidad, el regalo, lo delicado y exquisito en el comer y beber, la suntuosidad en nuestra morada, en suma, el sibaritismo y lujo de la vida moderna, tan gráficamente como el «*confort*» francés, y el inglés *comfort*?

(Yo conocí en Madrid una Condesa,
Que aprendió á estornudar á la francesa,
Y porque otra llamó á un criado chulo,
Dijo que aquel epíteto era nulo,
Por no usarse en París aquel vocablo,
Que otra vez le llamase pobre diablo.
Y en haciendo un delito cualquier paje
Le reprendiese su libertinaje,

No ha de llamar al Papa el Padre Santo,
Porque cuadre ó no cuadre,
Es más francés llamarle Santo Padre).
Al concilio de Trento, ó de Nicea,
Désele siempre el nombre de Asamblea;
Y si se quejan de esto los Malteses,
Que vayan con la queja á los Franceses.
Logro la dicha, es frase ya perdida;
Tengo el honor es cosa más valida;
Llamar á un Pisaverde, Pisaverde,
No hay mujer que de tal nombre se acuerde;
Petimetre es mejor y más usado,
Ó por lo menos más afrancesado.
Ya hice mis devociones,
Por ya cumplí con ellas, ¡qué expresiones
Tan cultas y elegantes!
Y no decir como decían antes,
Ya recé, frase baja, voz casera,
Sufrible solo en una cocinera.
Doña Fulana es muy amiga mía.
Esto mi cuarta abuela lo decía.
Pero ella es la mejor de mis amigas,
¡Oh, qué expresión! parte migas,
El alma en la dulzura
De esta almibaradísima ternura.

(*Rebusco en las obras literarias* del P. Isla, págs. 179 y 180).

El lector irá notando las palabras y frases enteramente galicanas que saca á la vergüenza, aunque en versos muy malos, el autor de la anterior composición.

III

ARCAÍSMO EN GENERAL Y SEÑALADAMENTE DEL NOMBRE

Á más de las anteriores, ha sonado aquí, varias veces, otra palabra que ahora queremos definir, para que no ignore su significación é importancia el lector menos avisado ó el aprendiz de literato.

Arcaísmo ó **Antigüedad**.—*Es el empleo innecesario de voces y locuciones legítimamente anticuadas, esto es, que habiéndolas tenido por suyas el idioma, una vez fijado, las abandonó por poco dulces, por rudas ó mal significativas.*

Conforme á esto yacen envueltas con el vetusto manto del olvido, entre millares de palabras, las que á continuación subrayamos:

«E para cumplir todo esto dejó por *cabeceras* (testamentarios)» (1).

«Y para tener *certinidad* (certeza) de sus fuerzas enviaron personas *pláticas* (prácticas) de la tierra» (2).

«Cuando ficiesen los unos á los otros fuerza ó *tuerto* (daño, injusticia)» (3).

«Asmaron de alzarse, meter toda *mission* (esfuerzo, empeño)» (4).

«O *fincan* (quedan) locos ó desmemoriados» (5).

Si á estos arcaísmos se añaden «los que vienen de allende el Atlántico, serán pocos los que conozcan su fe de bautismo y sepan descubrirles las canas» (6).

Cuando el arcaísmo se constituye en representante *legítimo* de la tradición, no es un vicioso á *quien* solicita el capricho de la moda sino juez que después de reflexionar con detenimiento el asunto se decide al fin por ir jubilando lenta y pausadamente las palabras que por su rareza, decrepitud y sequedad, no están en harmonía con las ideas, costumbres, puntos de vista y manera de ser de nuestra época. No le echemos, pues, el sambenito de injusto por haber arrinconado *cabero* y *zaguero,* en lugar de *último, postrero; cabe* por *cerca; caloñas, vocero,* por *injusticias; multas pecuniarias, abogado,* y la frase cancilleresca: *por ende,* que usada hoy semeja á la anciana caduca mezclada en viva danza con jóvenes retozonas.

(1) *Crón. gral. de España*, IV, cap. 3, fol. 299.
(2) H. de Mendoza.—*Guerra de Granada*, I, cap. 3.
(3) *Las Siete Partidas*, 35.
(4) Berceo.—*Vida de Sant Millar*, lib. 3.
(5) *Las Siete Partidas*, XXIII. Ley 1-3.
(6) *Memoria* presentada por D. Jacinto Bonilla al Congreso Hispano-Americano. 1892, pág. 458.

EJERCICIOS

1.º *Cras* mañana entraré á la cibdad

(*Poema del Cid.*, v. 3.161).

2.º *Plus* pavoroso dia *nunqua* amaneció,

(Berceo.— *Vida de S. Millán*, v. 411).

3.º Cuitas, trabajos, é *languor* mortal.

(Marq. de Sant.—Soneto).

¿Afearía un escrito moderno si se empleasen hoy estos ó parecidos latinismos?

4.º No me huela el soldado á otros olores
que al olor de la pez y la resina;
ni por *gulosidad* de los sabores
traiga aparato alguno de cocina.

(Cerv.— *Numancia*, Jorn. 1.ª)

Aunque el lenguaje vulgar sea el suelo en que se apoyan los cimientos del idioma, ¿no sería ridículo hablar hoy de *gulosidad* estando ya anticuado el adverbio *gulosamente*?

5.º Entró en la Iglesia al *cabero* rincón.

(Berceo.—*Milagros de Ntra. Sra.)*

6.º Sáquente el corazón vivo
por el *siniestro* costado.

(Romances del Cid.)

7.º «El que ha de aprender á usar arte de caballería *non* conviene *despender luengo* tiempo en escuela de letras.»

8.º «que lo *peche* doblado todo lo que así tomare». *(Las partidas VII*, Ley 1-2).

9.º Sabed, que es *ligero* de haber y *grave* de mantener.»

(Amadís, lib. 1.º, c. 1).

¿Están en uso las palabras señaladas con bastardilla en los ejemplos 5.º y 7.º?

¿Tienen ahora la misma significación las del 6.º, 8.º y 9.º?

10.º «¡Necio de mí!» A qué tanta *parlería,* si no puede usted ver la fruta ni pintada?»

(Pi y Molist.— *C.*, pág. 666).

Parlería, por *flujo de hablar* ó *parlar*, ¿es vocablo de incuestionable hermosura, no obstante lo bajo de su condición?

11.° «¡Cuidadito! que si á esta edad han llegado los vinos que nos sirvan, habremos de beberlos con *parcidad* (de *parco:* economía moderación, mesura) suma, porque tienen malas burlas.»

(Pi.—*C.*, pág. 687).

¿Significa propiamente y con galanura el vocablo *parcidad* lo que en otros términos llamamos *templanza* ó *sobriedad en comer y beber*?

12.° Que nunca un *aflicto* intenta
cosa que más no le aflija.

(Rom. Durán, I, 119).

¿Toleraríase hoy el empleo del latinismo *aflicto (aflictus)*, por *afligiao, atribulado*?

CAPÍTULO VI

Algunas particularidades del adjetivo.

Por ser hoy muchos los que desconocen la exquisita *sensibilidad* de esta palabra; por la forma ampulosa, ditirámbica, olímpica, que suele revestir; por el alarde de prodigalidad con que se muestra en no pocos de los escritos modernos, pues diríase que cada hijo de vecino lleva en la cabeza para el trato familiar, y aun para el literario, millares de adjetivos; en suma, porque tenemos más de 13.000 calificativos, ejército digno del mayor respeto, será bien dediquemos un capítulo, ya que no para regimentarlo y disciplinarlo, al menos para conocer sus principales evoluciones y la marcha que puede seguir al través del campo de la literatura.

Hase dicho, y no sin fundamento, ser el adjetivo enemigo capital del substantivo, aunque concierten en género, número y caso, por la inoportunidad y falta de congruencia con que se aplican, á no pocos nombres, *calificativos* y *epítetos que pugnan con la idea expresada por el substantivo*, tales son: *ilustre, distinguido, notable, sublime,* y otros, que hoy gozan inmerecida privanza.

Esta paradoja, estas ideas al parecer contrarias, encierran una verdad profunda que no han de olvidar los que pereciéndose por llegar pronto á las cumbres de la poesía y de la oratoria, juzgan acortar el camino embutiendo la oración de sartas, bien despreciables por cierto, de sonorosos y rimbombantes adjetivos. Nadie, por estragado que tenga el gusto, pudiera imaginarse ni a la más zonzo y lleno de hojarasca, que el cuadro, mejor dicho, los brochazos y chafarrinones de los dos ejemplos, que, para aviso de incautos, ahora se citan:

«¿Adónde, abrasado galán *pirausta,* derretida *estuante* mariposa, donde giras, te remontas y elevas, que en la *flamígera*, presurosa actividad de tus rayos respiras, suspiras y pías por la pira de tus incendios?... ¿Adónde, *regia, generosa* garzota, *rizado* penacho de plumas en el *peinado* aire de la esfera, pavón de *vistosas, matizadas* alas, que alimentándote de la *incorruptible* substancia del cedro en la frondosidad del más bien *cuajado* Líbano, anidas en el Líbano del más *incorruptible* cedro? Calma el ardor del vuelo, sosiega el aire de tu curso; que si aceleras *derretidas* ansias al impulso de tus *volantes* violencias, el impulso de tus *volantes* violencias soplará la hoguera de tus *derretidas* ansias.»

En este mismo discurso se apellida á San Lorenzo «*soasado fénix*, *escintilante* fanal , y otros epítetos de tan depravada elocuencia como los susodichos. Menos encopetados, pero no más inocentes, son los de esotro párrafo tan harmonioso como huero: «Grande, decía un campanudo orador, magnífico, imponente, sublime, es el espectáculo que hoy se ofrece, cual hermoso panorama, á nuestra simpática consideración, á nuestros deslumbrados ojos. Henchidas las almas de jubiloso entusiasmo, no encuentro en la lengua palabras bastante dulces y embriagadoras para expresar la alta idea, la idea soberana, el arrobado deliquio y caluroso entusiasmo, que al unísono vibran en estos solemnes momentos en vuestras preclaras inteligencias é inflamados corazones.»

Si faltasen pruebas de que el substantivo y el adjetivo andan algo desavenidos, de que se arañan y maltratan en ciertos momentos como enemigos irreconciliables, *por más que concierten en género, número* y *caso* (dejemos á un lado si hay ó no decli-

nación en nuestra lengua), bastaría citar la incompatibilidad que existe entre las palabras que encabezan los dos apartados siguientes:

JUICIO CRÍTICO

Que tal maridaje se ha efectuado sin dispensa, hasta del mismísimo filósofo de Kœnigsberg, autor de la *Crítica de la Razón pura*, de la *Razón práctica*, del *Juicio-Sentimiento de lo* sublime, y padre del *criticismo*, nos lo persuadirá la etimología de entrambas voces. Muy pocos palotes de latín y helenismo ha de saber quien no conozca á tiro de ballesta que *juicio*, vocablo casi latino, viene de *iudicium*, y *crítico*, del verbo griego κρίνω, *krino (juzgo, decido)*, de la raíz κρι, *kri, idea de distinguir, de elegir;* el adjetivo verbal, con significación de participio pasivo, es κριτός, *kritós, juzgado*, y κριτικός, *kriticós*, formado de la mencionada raíz κρι y del afijo κο, cuya significación es: «*lo propio de, lo relativo á*», unidos entrambos elementos mediante el sufijo τι, resulta κρι-τι-κό ς, equivale á «*lo propio de, lo relativo al juicio*». Ahora bien, se dice en castellano *momento crítico* al *instante decisivo* de un negocio, al cambio que en una enfermedad ya sea para mejorarse, ya para agravarse, experimenta un enfermo. Pero lo que no debe admitirse aunque lo usara Hermosilla, modelo de retóricos regañones, porque esto, según frase vulgar, sería albarda sobre albarda, es *juicio crítico*, pues vale tanto como *juicio lo relativo al juicio*. ¿Cómo calificaríamos á quien dijera: *decisión decisiva que decide?* Nada, cuanto más se ahonda en la materia, tanto más nos afirmamos en este punto, ya que analizada la voz *iudicium* (de la raíz *iu)* hemos de persuadirnos que no sin fundamento se ha rechazado el uso de los dos vocablos *juicio crítico* cuando van juntitos y asidos de la mano.

Si replicas, *amado lector*, que tan insigne pleonasmo viene de perlas en todo certamen literario; que lo usaron *ilustres* maestros, *afamados* médicos é *ilustres* abogados, cuando dijeron respectivamente: «Teatro escogido de don Pedro Calderón de la Barca, con un prólogo y *juicio crítico* de D. Patricio de la Escosura», «*juicio crítico* sobre los aforismos de Hipócrates», «*juicio crítico* acerca de la pena de muerte», te diré que en algunos

fué inadvertencia excusable, y en muchos, ignorancia supina. Para que nadie vuelva á incurrir en tan donoso desvarío, consignaremos que *juicio crítico* se parece á lo que decía cierto doctor: «*el navío es una nave que navega por el mar*». Esta retahila de pleonasmos: «*signos significativos, arboleda de árboles, sepulcro sepulcral, terremoto de tierra, círculo redondo, luto negro, dúo entre dos, la faz acompañada de un semblante, garbanzos engarbanzados*», y hasta aquello de *nuevas que de nuevo causáron nueva alegría,* son primos hermanos de *juicio crítico,* y de los coleccionistas de *albardas,* gente derrochadora si la hay.

Para terminar: «*Juicios literarios*», «*Crítica literaria*», «*Estudios críticos sobre política y costumbres*», «*Disertación*», «*Juicio acerca de*», «*Examen*», «*Opinión*», «*Investigaciones críticas sobre*», etc., son bastante socorridos, y pueden llenar las medidas del más descontentadizo y esquilimoso en cuanto á poner nombre adecuado al asunto de una obra científica ó literaria, si en ella el autor, fundado en reglas de *crítica, hace el juicio* sobre esta ó aquella cuestión.

Se acabaron los días en que hasta un Bretón de los Herreros decía: «*juicio-crítico*» en el *Resumen de las tareas y actos de la Real Academia Española;* hoy los académicos y maestros de literatura bautizan sus obras con estos ó parecidos títulos: *Estudios de crítica literaria*, por Menéndez y Pelayo; *Disertaciones y juicios literarios,* por D. Juan Valera; *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura é Instrucción pública*, por D. Gumersindo Laverde.

Al vado ó á la puente: ó poner *juicio sobre...*, sin meterse en más dibujos, ó *crítica...* á secas y sin mote alguno.

ÁLGIDO

Aún es *más* peor, como decía aquel tonto, el contubernio, autorizado, no sé por quién, que forman estas palabras:

«El período álgido de las elecciones», para significar aquellos momentos en que la lucha electoral está más empeñada, aquellos instantes en que los electores riñen verdaderas batallas. Al fin, los que escriben *juicio crítico* tienen la disculpa de no

saber griego, y si lo saben, de que nadie les llamó la atención, como sucedió al adusto Hermosilla; pero *álgido* es vocablo que todos pueden entender; luego los que usan de ese adjetivo en sentido diametralmente opuesto á lo que en realidad significa, dicen un disparate garrafal. Para sacarlos de su error pondremos entre comillas lo que D. Alejandro Oliván dejó consignado en la *Revista de España,* t. 47, pág. 522.

«ALGIDUS, del latín *algeo*, tener *frío*, *helarse, estar transido, aterido de frío*. Este origen é igual significado atribuye el Diccionario de la Academia á la voz *álgido*. La sutileza de que pudiera venir del griego (ἀλγέω, sufrir, ἄλγος, dolor), es punto menos que inverosímil, pues no parece lógico que el castellano, apartándose del camino recto, fuese por líneas transversales á buscar en Grecia algo extraño á lo que tenía en su propia casa, sin más que alargar la mano.» «En algunas enfermedades, como en el cólera morbo, el período *álgido* se caracteriza por el frío glacial del paciente. Pero los atolondrados no solamente toman á *álgido* por *momento crítico* en general, sino que lo aplican resueltamente al *calor, ardor, furor*. Así, para dar á entender que en lo más *ardiente de la contienda ó del combate* ocurrió tal cosa, dicen que fué en lo *álgido,* en lo más frío, en lo más helado; con lo cual dejan tieso al oyente ó al lector.»

Ya lo saben ustedes, señores políticos, no deben llamar *período álgido* al momento de más actividad, al momento en que acaso se estén dando de palos los electores. ¿Se les olvidará á ustedes el aviso? ¡Vaya si lo olvidarán!

SENDOS, SENDAS

He aquí otro adjetivo que no anda por la *senda* del bien, otro que casi siempre está á matar con el substantivo, que poco á poco cansado del disimulo, se ha ido desviando de su primera significación. Sólo alguna vez, y esto como recuerdo de la tradición clásica, pero chocando con el uso actual, osa presentarse *como Dios manda y... la Academia nos propone*. No hay medio de traerle á buen camino, ríese cuando le recuerdan lo ilustre de su abolengo; le tiene sin cuidado descender por línea recta del distributivo: *singuli, singulae, singula*, mejor dicho, de los acusa-

tivos masculino y femenino: *singulos, singulas* (1), ni le importa un comino que en los comienzos de la lengua se dijese:

«... por cada cabeza peche (pague) *senlos* soldos *(sendos* sueldos), al señor del ganado, é por cada cabeza de ganado menor, *senlas* meayas *(sendas* meajas, monedas de corto valor).» *(Fuero juzgo,* lib. VIII, tít. III).

«Aiuntémonos todos la tiniebra cadiendo,
Prendamos *sennas* faias en las manos ardiendo.»

(Berceo.— *V. de S. Millán*, cop. 212).

A sus ojos, estos pergaminos valen bien poca cosa; se ha modernizado, y lo que á *sendos* le importa, lo que á todo trance quiere, es adquirir fama entre el vulgo indocto, irse con la corriente y significar: *grandes, recios, magníficos, descomunales, soberbios, fuertes, famosos, muchos,* ¡y vaya usted á sacarle esto de la cabeza! El centeno está ya muy duro para zampoñas, y á lo que se nos alcanza casi es tiempo perdido llamarle á cuentas y hacerle ver que como distributivo debe dar á cada cual lo suyo, no sonrojarse de que limiten sus funciones, y ceñirse á significar solamente «*cada uno de dos ó más*». Que este sea su único y muy honroso oficio nos lo demostrarán los siguientes pasajes:

Ya sanos los caballeros
y Dios que les ha ayudado,
mandóles el Emperador,
que amigos hayan quedado;
cásanlos con *sendas* damas
las más lindas del palacio.

(Rom. Durán. I, pág. 238).

Como no existía la poligamia, y como el *lindas* se opone á mujeronas, es evidente que cada uno de los dos caballeros que se desafiaron, á saber: Oliveros y Montesinos, se casaron respectivamente con una de las muchas damas de palacio. Vese en este ejemplo la condenación de que *sendas* signifique *muchas, ni grandotas,* como diría un niño.

---

(1) Caro y Cuervo, *Gram. lat.* pág. 209.

«Fuertes armas traen secretas
Y encima sus ricos mantos,
Con *sendas* lanzas y adargas
Como hombres enemistados...»

(*Rom. del Cid*, XVI.—De Diego Ordóñez).

«Apéanlas de las mulas
Cada cual para su lado,
Como las parió su madre
Ambas las han desnudado,
Y luego á sendas encinas
Las han fuertemente atado...»

(*Rom. del Cid*, XXXVI.—De los Condes de Carrión).

Vuestra hermana es, Señor,
vuestra hermana es aquella.
—Si mi hermana es, dijo el Rey,
fuego malo encienda en ella:
llámenme mis ballesteros,
tírenla *sendas* saetas,
y aquel que la errare
que le corten la cabeza.

(*Rom. Durán*, I, pág. 526).

Cada ballestero había de tirar *una* sola saeta, así lo indica el *errare,* pues no sería hazaña del otro jueves la de que tirando *muchas* cada uno, al fin hiciese blanco; de aquí la analogía entre este pasaje y *El Mercader de Venecia,* de Shakspeare, mejor dicho, con la *Ley de las doce Tablas:* «si plus minusve secuerunt, fraude sto».

«Me siento tan obligado á *ese Rey* de Francia, y á *ese otro* Cardenal de Inglaterra, que cuando vengan á pasar por mi barca prometo de darles *sendos* remos, de los mayores de la banda.»

(Valdés. — *Dos diálogos*, 1850, pág. 189).

A cada uno su remo, de los *mayores* dice, lo cual estaba de más si *sendos* equivaliese á *grandes*.

A los que se empeñan en que *sendos* significa *grandes,* daremos en rostro con las siguientes palabras de Cervantes: «Preguntáronle (Rinconete y Cortadillo) al asturiano qué ha-

bían de comprar; les respondió que *sendos* costales *pequeños*, limpios ó nuevos, y cada uno tres espuertas de palma, dos grandes y una pequeña.»

¡Qué revolcón para esos señores que creen á pie juntillas que *sendos* es igual á *grandes, descomunales!*

«Cuando uno se acuerda en sus estudios de cómo la civilización ha ido fluyendo á las orillas de los ríos, no puede menos que pararse ante la eternal barbarie del *Congo* y *del Zambeze*, por cuyas *sendas* arterias no ha podido entrar aún la moderna civilización.»

(Castelar.—*España Moderna.* Enero del 91, pág. 128).

REGLA 1.ª—El adjetivo distributivo, *sendos, sendas,* carece de singular y significa: *uno para cada uno, á cada uno el suyo, uno á uno, dos ó más entre muchos.*

Ejemplos:

«Hagamos, si eres servido, en este lugar *tres moradas:* para ti una, y *sendas* para Moisés y Elías».

(Cabrera.—*Serm. cuaresm.*, pág. 245).

Luego en este caso no tiene la significación de *grandes, fuertes,* etc., que le dan los modernos, sino la de una morada para *cada uno,* pues no se concibe que hubiese de ser *más pequeña* y *peor* la del Divino Maestro, la de Jesús, transfigurado y resplandeciente de gloria en aquel momento.

«Dos muchachos... más malos que el malo... traviesos y atrevidos... se entraron por la gente; y alzando uno la cola del *Rucio*, y otro la de *Rocinante*, les pusieron y encajaron *sendos* manojos de aliagas». *(Quij.,* II, 61).

Esto es, que pusieron *á cada uno* de dichos animales un manojo de aliagas.

«Tras la ensalada sacó *sendos* platillos, y *en cada uno* una poca de asadura guisada». (M. Alemán.—*Guzmán de Alfarache,* I, 1.º).

Como no es costumbre que se sirvan todos los platos á la vez, ni aun en las estaciones con *parada y fonda*, sino *uno á uno*, queda probado que *sendos*, en el pasaje anterior, tiene la tercera de las significaciones que se le asignan en esta regla:

«Trescientas lanzas son, todas tienen pendones,
sennos moros mataron, todos de sennos golpes»

(*Poema del Cid.* v. 731-2).

Es decir, que cada lanza, cada uno de los trescientos lanceros, mató á un moro, y con tanto acierto que á cada lanzada, al primer golpe de lanza, caía muerto uno de los infieles.

2.ª Pruébase con dichos ejemplos que *sendos* se hace incompatible con el número singular, y que exige, si va en acusativo, el verbo en plural, ya un nominativo en dicho número ó alguna palabra que evidencia la acción de *sendos.*

«Llegaron dos bravos y bizarros mozos... con espadas de más de marca, *sendos* pistoletes cada uno en lugar de dagas.» (Cervantes.—*Rinconete y Cortadillo).*

«*Sennas* espadas de los arzones colgadas.»

(*Poema del Cid*, v. 826).

3.ª *Sendos* es palabra tan útil y significativa como acaso no haya otra igual en los idiomas modernos; pero de no emplearla rectamente, y cuando lo pida la naturaleza del asunto, vale más prescindir de ella.

Es lástima que escritores como el P. Isla hayan caído en el vicio, nunca autorizado por la Academia, de usar frases como ésta: «Fulano dió á Zutano sendas bofetadas», como si *sendos,* en vez de unidad distributiva, expresase cualidad ó magnitud.

EJERCICIOS

1.º En los establecimientos de enseñanza donde los exámenes pasan de 6 000 el momento *álgido* de los mismos es precisamente á últimos de Junio.

¿Está usado con propiedad en este caso el adjetivo *álgido?*

2.º Los alumnos de Literatura *harán* para el 23 de Abril un *juicio crítico* sobre el mérito del *Don Quijote.*

¿Se dice en castellano *hacer un juicio?* Si *crítico*, como adjetivo, significa cosa «*relativa al juicio*», ¿ha de censurarse que Hermosilla intitulara «*Juicio crítico*, de los principales poetas españoles de la última era», á la obra «póstuma» que en 1855 se publicó en París con el nombre de tan consumado helenista?

3.º Pintando Cervantes (*Quij.*, II, 41) el miedo con que Sancho subió en el caballo Clavileño, para caminar por los aires, escribe: «mirando á todos los del jar-

dín tiernamente y con lágrimas, dijo que le *ayudasen* en aquel trance con *sendos* paternosters y *sendas* avemarías.

Si dichos adjetivos quieren decir *cada uno de dos ó más*, ¿están bien empleados en este caso?

4.º Tres sabios alemanes han publicado *sendos* libros... ¿Qué significado tiene aquí *sendos*?

5.º Hace más de un siglo (*El Asno erudito*, 1782, por D. J. P. Fornel) que salió de molde el adjetivo *sendo* en singular, en la significación de corto: «una tan luenga prefación á un poema tan *sendo*.»

¿Autoriza esto nuestro idioma? ¿Cuál es el origen de *sendos*?

6.º Rosario y Beraldo (dice Balbuena en una de sus églogas) se desafiaron á ver quién cantaba mejor:

Sendas preseas nuestras apostaremos...

¿Quiere decir que *cada uno* apostaría su presea?

7.º Le dió *sendos* palos, se dió *sendo* porrazo.

Le dieron *sendos* palos, *sendos* latigazos.

¿En cuál de estos ejemplos se falta á la propiedad de las voces? ¿Por qué?

8.º

Tan sólo por no ir al limbo
me alegro estar bautizado,
que así me espera la gloria
ó los *sendos* tizonazos.

(Villergas).

¿Es digno de censura el uso de *sendos* en los anteriores versos?

MALTRECHO (1)

Se ve así este pobre adjetivo, porque desde que vino al mundo ha pasado la vida llorando las desventuras anejas á su propia significación, acrecentadas hoy por la mala vida que le dan los que, con ínfulas de *hablistas*, no pasan de la condición de *habladores*. Imagínanse escribir como el mismísimo Cervantes cuando hacen entrar en toda suerte de producciones, ya que no de grado, por fuerza, unas pocas frases cogidas al vuelo en la lectura *del Quijote*. *Enderezar tuertos*, *gentil continente*, *asendereado*,

(1) Pueden consultarse las *Cartas sobre Pompei*, de D. Emilio Pi y Molist, pág. 66.

desaguisado y señaladamente MALTRECHO (1), merecen toda su predilección. ¡Ah!, dicen para sus adentros, el empleo de este último vocablo nos acreditará de escritores pulcros y elegantísimos. Ánimo, y cuando tengamos que hablar de uno que llega algo fatigado del paseo, digamos que está MALTRECHO, y al punto cobraremos fama de entendidos y castizos. Á los viajeros que no han padecido daño alguno en sus personas, pero que regresan en verdad *asendereados,* pues sobre *hacer* el camino á pie, hubieron de apartarse varias veces de la carretera para dejar paso al tropel de gente que en pos de ellos venía, les presentaremos, aunque fuere menester sacar de quicio la genuina significación del vocablo, diciendo que están MALTRECHOS. Ahora bien, la historia de esta voz mostrará la verdadera acepción en que ha de tomarse.

Cierto, la Real Academia Española no la admitió en las tres primeras ediciones de su Diccionario (como tampoco la trae Cobarruvias, quizá por estimar que estaba fuera de uso); creyó luego aquélla sería oportuno consignarlo así, y al efecto, se encuentra con la nota de «*adjetivo anticuado*» en las ediciones 4.ª, 5.ª, 6.ª, en las dos de la 7.ª y en la 8.ª De ant. la califican también D. T. Sánchez, y Capmany. Cumplióse más tarde la profecía de Horacio:

multa *renascentur quæ iam cecidere*... (2).

y MALTRECHO volvió á nueva vida; fué recibido con palmas, le quitaron el sambenito de arcaico, y presentado de este modo sin restricción alguna desde la 9.ª hasta la última edición; pero entiéndase bien, en todas ellas se le atribuye la equivalencia de «MALTRATADO», «MALPARADO», VEXATUS, según la expresión latina. Que no haya sido otro el sentido de dicha palabra

---

(1) El autor de «*El Lazarillo de Tormes*» mostró, como buen hablista, que el escritor no ha de estar siempre atado á unas cuantas palabras: «Levantando bien el palo con toda su fuerza, me descarga en la cabeza tan gran golpe que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó; yo debí hacer gran sentimiento con el fiero golpe y pasados tres días miré por mí y vime *tan maltratado* que luego sospeché mi mal.»

(2) *Epistola ad Pisones*, v. 70.

desde los comienzos del idioma, lo declararán, no ya el Diccionario de Terreros y el pasaje del Conde Lucanor allí citado, sino también estos que ahora presentamos:

> Íbanse poco á poco los lazos apretando,
> oviera Menelao buen derecho tomado;
> ca lo oviera muerto, ol oviera levado;
> mas acorriéronle los otros, sacárongelo de mano,
> tornáronlo á Troya *maltrecho* è lazdrado.
>
> *(P[illegible]*

«Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que, á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, *llevándole de camino* gran parte de la celada con *la mitad de la oreja,* que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy MALTRECHO.» *(Quij.,* I, 9.—Edic. crítica; Madrid, Suárez, 1905; volumen I, pág. 212).

Si dicho adjetivo tiene la misma significación que MALPARADO, lo veremos ahora:

«Pero lo que él debió más de sentir fué que, viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacía, acudieron con estacas, y, tantos palos le dieron, que le derribaron MALPARADO en el suelo.» *(Quij.,* I, 15.—Edic. crítica; Madrid, Suárez 1906; volumen II, pág. 6).

«Viéndose tan MALPARADO Don Quijote, dijo á su escudero.» (Íd. cap. 23 ib., pág. 173.)

Luego no cabe duda, *maltrecho* y *malparado* tienen idéntica significación cuando se aplican á sujetos que padecen algún daño en sus personas. La única diferencia que media entre ellos consiste en que el primero se usa tan sólo para hablar de un daño material, es decir, que no se toma nunca en sentido metafórico, sino en su primera acepción: mientras que el segundo, ó sea

malparado, puede recibir entrambas significaciones. Se dice, pues, y no sin corrección: «en las oposiciones á la canongía, tal contrincante quedó muy *malparado* el día en que le objetó, con aquella lógica que tanto le distingue, su paisano Basterrechea». Quedó *maltrecho*, hablando de actos á este semejantes, sobre pedantesco, argüiría impropiedad por estar fuera de uso en este sentido.

REGLA.—MALTRECHO. *Significa lo mismo que maltratado y malparado, y sólo se emplea al hablar de los sujetos que padecen algún daño material en sus personas.* Los otros dos adjetivos se usan además en sentido metafórico, y así hablando de las luchas de la inteligencia, por ejemplo, se puede decir que uno quedó *malparado*, pero no *maltrecho*, porque esta voz no admite significación traslaticia.

EJERCICIOS

1.° En las oposiciones al premio de Licenciado quedó *maltrecho* mi paisano Enrique.

¿Es esta la significación propia de la palabra que ahora estudiamos?

2.° «Llegó en esto una peladilla del arroyo, y dándole (á Don Quijote) en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan *maltrecho*, creyó sin duda que estaba muerto.»

3.° Fué rodando muy *maltrecho* por el campo.»

4.° Don Quijote y Sancho se levantaron *maltrechos* (de la caída de Clavileño).

(*Quij.* I, 18 y 8 y II, 41).

¿Está bien usado en los tres ejemplos anteriores el adjetivo *maltrecho*?

5.° España, en 1900, *maltrecha*, dividida en fracciones políticas, etc., etc.»

¿Debe admitirse el sentido metafórico que se da aquí á la palabra subrayada?

6.° *Mohino*, es decir, *triste*, *melancólico*, según la cuarta acepción que señala á este vocablo el Diccionario de la Academia en sus ediciones 7.ª, 8.ª, 9.ª, 10.ª, 11.ª (y segunda de la 12.ª), pues en la 1.ª y 3.ª no admite tal significación, sino otra más acentuada; pero que se refiere también á mala disposición del ánimo, *mohino*, repetimos, ¿podría sustituir, ya que no con ventaja con cierta propiedad, al *maltrecho* de los últimos ejercicios?

ADJETIVOS HUECOS

La tan peregrina como candorosa división que de los nombres hacen los gramáticos chinos, adaptada con singular ingenio por el Dr. Letamendi á ciertas denominaciones de la Patología, merece ser traída á este libro, si bien con propósito diferente.

Entienden los filólogos del Celeste Imperio que los substantivos han de dividirse en *llenos* y *huecos*. Son *llenos* los que sirven para designar una realidad positiva, que se puede ver ó tocar; v. gr.: *la luna, un pájaro, una rosa;* y *huecos,* es decir, *vacíos* de realidad substancial, los seres abstractos, los que no gozan de otra existencia que la recibida de nuestro entendimiento ó imaginación; por ejemplo: *la vesania* y *la tuberculosis,* que han de tenerse como substantivos *huecos* por ser cosas abstractas, pues lo real, objetivo, lo concreto, lo *lleno,* son el *vesánico* y el *tuberculoso,* el *tísico* que dice el vulgo. Con ser infantil y primitiva, la precedente teoría tiene, á nuestro juicio, grandes aplicaciones, no ya á los adjetivos, en verdad *huecos* que deslustran, pongamos por caso, las dedicatorias de no pocos libros, sino también á los que *vacíos* de sentido merecen por entero la última calificación. A tal linaje pertenece, entre otros, lo de MORAL INDEPENDIENTE. Para los que no admitimos que pueda haberla sin la existencia de una religión positiva, de la que es aquélla emanación directa; para los que sostenemos que las máximas morales practicadas por los que dicen no profesar religión alguna, son consecuencia de la revelación divina, en la mayoría de los casos, y aplicación, por lo menos, de los principios de la ley natural; para los que seguimos creyendo que moral sin religión son palabras... *inopes rerum nugaeque canorae;* para los que juzgamos que no cabe buscar semejanzas entre el fin de la moral y el de la fisiología; en conclusión, para los que afirmamos que hay un Dios personal y distinto de la naturaleza; para nosotros, la unión de las palabras: «*moral independiente*» no forma sentido, y negamos que la conducta honrada de los *caballeros* que alardean de no tener religión alguna, sea hija de esa *moral independiente;* porque entendemos que aún dejan sentir sus efectos, aunque atenuados algunas veces, la primitiva

revelación, las sobrenaturales enseñanzas de Jesús, el celo de la Iglesia por la cultura moral de los pueblos, y el hermoso recuerdo de nuestra infancia, de aquellos días en que brotaban de labios de nuestras madres consejos que nunca damos del todo al olvido.

En contraposición á estos y otros adjetivos incoherentes, insubstanciales, condenados á morir, hay algunos que vivirán en la memoria de las gentes; palabras que, por la riqueza de su contenido, y por encerrar como un mundo de ideas, merecen especial mención. Y puesto que no sea posible hablar de cuantas se nos ocurren, como *socrático,* calificando á *método,* voz *estentórea,* de *Estentor,* guerrero griego del sitio de Troya, célebre por su voz y otras más, analizaremos tres de ellas, con lo que se ponderará no poco el mérito que en sí encierran.

PLATÓNICO

Varias son las especies de amor; pero si nos dicen que le hay de manso y dulce temple, enemigo de la salvaje brutalidad, tan alto que no lo mueve el apetito del sentido, sino el entendimiento que endereza la mira á la simple y pura hermosura, por lo que siempre deleita y nunca harta; ajeno al interés, dispuesto á la abnegación, contrario á toda material bajeza; al punto le distinguiremos entre todos los amores, porque tiene un calificativo tan propio, tan adecuado, tan *lleno*, tan inseparable del nombre á que se aplica, que instintivamente unimos entrambas palabras, y nuestros labios pronuncian la frase ya proverbial, «este así descrito es el AMOR PLATÓNICO», bien conocido en todo el mundo desde que el fundador de la Academia, desde que el gran Platón, trazó los rasgos de una pasión tan dulce que llena el alma de sosiego y contentamiento.

¿Por qué, preguntamos, goza de inmortalidad el sobredicho adjetivo? Porque nadie, como el filósofo espiritualista, como el eximio discípulo de Sócrates, pintó por modo simpático, un afecto sin mezcla de interés ni sensualidad, que enciende y no abrasa, que da gusto y no incita. ¿Quién arrebatará esta gloria al ilustre filósofo? Mientras haya hombres existirá ese amor, no vulgar, sino limpio, y como D. Quijote, podrán enorgullecerse

usando con entera propiedad la voz que ahora analizamos: «Yo no soy, decía el famoso hidalgo, de los enamorados *viciosos*, sino de los *platónicos* continentes...» *(Quij.,* II, 32.—Edic. crítica, Madrid, 1911; Suárez, editor; vol. V, pág. 123).

En otra ocasión pronunció también palabras dignas de ser recordadas en este momento:

«Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre *puros, platónicos*». *(Quij.,* I, 25.—Edic. crítica, Madrid, 1906; Suárez, editor; vol. II, pág. 226).

Definición.—AMOR PLATÓNICO.—*Es el que se siente por la persona amada, no á causa del atractivo de los sentidos, sino en razón á las prendas de inteligencia, de carácter, á la hermosura del alma.*

Se le apellida de esta suerte porque Platón, en su diálogo el *Banquete*, hace un elogio admirable del sobredicho amor, por boca de Pausanias, diciendo que es digno de ser honrado y deseado por todos, que con él amamos el alma, y en ella la virtud (1).

RISA HOMÉRICA

En lo más obscuro de la noche de los tiempos, antes de la guerra de Troya, desde el infausto día en que la *Discordia*, arrojando la manzana á que dió nombre, turbó la paz del Olimpo, y el gozo de que las deidades se hallaban poseídas, en aquel espléndido banquete con que el gran Jove *les obsequiaba* (2); desde el instante en que Minerva, Venus y Juno, viendo que la manzana te-

(1) Seguimos en este punto á Castiglione, cuyo libro *El cortesano*, traducido admirablemente por Boscán, es en su última parte una refutación anticipada de los que rechazan esta psicología platónica de subidos quilates, y el amor nada carnal de Don Quijote.

(2) *les*, señor, y no *los*, pues tiene la misma construcción que en latín, esto es, dativo, *alicui obsequi*, y más aún habiendo un complemento: «*espléndido banquete*».—*Da hoc amicis, da patriæ*. (Sulp. ad Cic.): «Haz este obsequio á tus amigos, házsele á tu patria.»

Para que se persuada el Sr. Wihlar del poco fundamento, mejor aún, de la sin razón con que me censura por haber puesto *les* en esta cláusula, y que procedió con

nía la inscripción καλλίστᾳ *(Kál-lista)* (1) tendieron á la vez la mano para cogerla, pues cada una de ellas se creía aventajar á las otras; desde el momento en que París, elegido árbitro en tan singular certamen, tuvo la flaqueza de adjudicársela á la madre Venus; desde entonces el resentimiento entre las diosas primeramente; el odio, el encono, más tarde, fué la eterna divisa, la señal de guerra entre los hombres y los inmortales.

Por haber querido templar tan grandes enojos, (Ἥφαιστος, *Vulcanus*, entre los latinos) se vió arrojado de aquellas doradas mansiones:

. . . . y un día entero
llevado por los aires, en la costa
caí de Lemnos cuando el sol bajaba
ya al océano en su veloz carrera,
y un instante de vida yo tenía;

(Trad. de Hermosilla. Mad., 1831, t. I, 31).

Maltrecho, *cojo de ambos pies*, como dice el divino poeta, desfigurado, volvió á la gracia de Jove. Encendida de nuevo la guerra entre los bienhadados, protectores unos de los que peleaban en Troya, deudos y amigos otros de los que la sitiaban, creyóse Vulcano prenda segura de reconciliación, y al efecto corría de aquí allá en torno del festín, *agasajándoles* con el dulce néc-

---

harta ligereza al insistir diciendo: «en el mismo error incurre el Sr. Cortejón, cuando poco más adelante escribe: «*agasajándoles* con el dulce néctar».

Agasajándolos, debió decir (*).»

Que el palmetazo no me ha dolido, porque dió en el aire, lo comprenderá el curioso lector por estas palabras que tomamos de una autoridad irrecusable para el Sr. Whilar, y para mí también, de Cuervo *(Dic. de const. y reg. Brindar)*: «La circunstancia de haberse introducido este verbo y generalizádose, á lo que puede creerse, repentinamente y, por tanto, sin tradición sintáctica, ha producido cierta incertidumbre en su construcción. Parece que el genio de la lengua se inclina á construirlo con dativo de la persona ó cosa que es objeto del voto ó congratulación; pero también se halla *alguna vez* con acusativo, y aun se ha empleado el participio». Luego si sólo se halla *alguna vez*, si ni siquiera alcanza al *rerum vices*, como decía la monja poco latina, no ando tan descaminado al repetir con la gente del Lacio en este y casos análogos: *favēre alĭcui* .... y no digo más.

(1) Para la más hermosa.

(*) *Crítica filológica*, págs. 45 y 46.

tar. Al verle tan solícito y afanoso, *alzóse entre ellos una risa inextinguible, inacabable,* Ἄσβεστος γέλως, *Asbestos gélos* (1) como dice el original.

De aquí tomó principio la célebre expresión «*risa homérica*». Cierto, amantes de la belleza de la forma, enamorados de la más exquisita corrección, de la pulcritud, del atildamiento; conocedores, por suprema intuición, de cuanto puede empañar la hermosura, los dioses advierten al punto las infracciones, por leves que sean, que contra ella se cometen; por lo que á nadie, como á ellos, debió chocar tanto lo cómico, la caricatura de aquella situación que á sus ojos se presentaba. Ríen, no ya por la cojera del escanciador, que tal risa fuera maligna, sino porque desaseado, con disforme joroba, de torpe andar; y con todo eso, henchido de presunción, se imagina al servir á los divinos convidados, que lo hace con más arte, primor y gallardía, que el hermoso joven, que el apuesto Ganímedes, arrebatado por Júpiter al Olimpo para substituir á Hebe, graciosa escanciadora que renunció el cargo tan solo por haber resbalado un día en el momento en que desempeñaba funciones de copero.

En verdad, esta risa animada, viva, *saturada* (2) de ingenio,

---

(1) *Ilíada*, Canto I, v. 5[illegible].

(2) «Como hasta hoy nuestro Diccionario sólo ha autorizado *saturar* como término de química, que significa [illegible] *que aquel puede admitir*», no ha debido usarle el Sr. Cortejón, *metafóricamente, imitando á los franceses.*

Considera Baralt, con sobrada razón, este modo de hablar repugnante, pedantesco y ocioso, supuesto que tenemos *llenar, colmar, satisfacer, saciar, hartar.*

He aquí como Martín Martínez emplea con propiedad el verbo *saturar* en el pasaje siguiente: «ni del dedo, al parecer, puede refluir fermento suficiente para *saturar* y poner en tumulto toda la masa de la sangre.» (*Crítica filológica*, por el doctor D. A. T. Whilar, pag. 46.)

«Y con todo, óyense entre el vulgo de los escritores frases como estas: «El sermón estuvo *saturado* de textos, la noticia *saturó* mi corazón de alegría. ¿Es posible que dichas locuciones se repitan ahora con más desenfreno que antes? ¿Intentan los neoparlistas convertir el lenguaje español en la barbarie de hace cinco ó seis siglos?» (P. J. M. *Frases*, pág. 471.)

Algo más que falta de atención fuera no contestar en este momento á la crítica tan comedida como provechosa del primero de estos autores, ya que de esta suerte contribuiremos entre todos al esclarecimiento de lo que se discute. Y si alguien juzgare que carezco de autoridad para hombrearme con los maestros de bien decir, los príncipes de la lengua latina me prestarán la suya, y ellos dirán que, no há cinco

conocedora como ninguna de los contrastes, de la falsa relación entre la realidad y lo que aparentan ser las cosas, no puede confundirse en modo alguno con aquella otra descompuesta y engendradora de desconcierto hasta en lo físico; sí, no puede confundirse con aquel «*Don Carlos, mordiéndose los labios de risa*», «*reían que se desquijaraban*», «*daban mil arqueadas de risa los convidados*» (1); «*yo reventándome la risa en el cuerpo*»,

siglos, sino más de dos mil años, era muy clásica la acepción que al vocablo *saturar* continuamos dando, sin acordarnos para nada de los franceses, en el romance castellano:

Hae res vitae me *saturant* (Plaut.—*Stich.* I. I. 18).
Homines jam *saturati* honoribus. (Cic.—*Planc.* 8. 20).

..... Juno
multa movens necdum antiquum *saturata* dolorem.
(Virg.—*Æn.* 5. 608).

Asimismo, parece que á esto nos invita la Iglesia; bien repitiendo aquellas palabras de Isaías:

Pro eo quod laboravit anima ejus videbit et *saturabitur;*
(15. v, 11).

ya cantando con dolorido acento:

Cor Jesu, *saturatum* opprobriis, miserere nobis.
(Litaniae de Sacro Corde Jesu).

Ahora bien, á los que después de leer estas citas sostengan todavía ser pecado muy feo, pecado de barbarie, *novedad enteramente gabachina*, el empleo de *saturar* en sentido metafórico, hay que pedirles arrojen la primera piedra contra Cicerón, contra Virgilio y hasta contra los representantes de la Religión Católica, de esa religión que tan firme se mantuvo al condenar las *libertades de la Iglesia galicana*. Y si el eco de mi voz, añadió, pudiese llegar al *Parnaso de la lengua*, rogaría á los señores Académicos extendiesen la jurisdicción del susodicho vocablo hasta más allá de las fronteras propias de físicos y químicos. Estos, sin salirse de sus dominios, escribieron:

«Un líquido que contiene disuelta *toda la cantidad de su substancia* que corresponde á su temperatura, se dice que es una disolución *saturada* (*).»

Y yo, al saber esto, guiado por el hilo de la analogía, seguí caminando sin miedo hasta llegar al reino de la metáfora, donde tuve la dicha de tropezar con una ilustre personificación, con la *risa homérica*, animada, viva, *saturada* de ingenio. Sí, lo declaro: la vi, y no me avergüenzo de decirlo, estaba *saturada*, puesto que contenía *todo el ingenio, todo el que cabe* en el entendimiento de las divinidades olímpicas.

(1) *Quij. de Avellaneda*, caps. 10 y 12

(*) Luanco.—*Química general*, 3.ª ed., pág. 46.—1893.

«*yo por no descubrir el chorro de la risa* (1) «*descalzarse de risa*» (2), «*perecía de risa la Duquesa oyendo hablar á Sancho*» (3) «*sería para haceros morir de risa*» (4).

«*Dieron una grandísima risada*», «*riéronlo de gana*», «*no acertaban á hablarle palabra de pura risa*», «*quedáronse riendo muy á su placer*», «*y preguntándole yo la causa, por qué tan de gana se reía*», son frases usadas por el primero y último de los autores que se acaban de citar; frases que no han de ponerse en parangón con la del cantor de la Iliada, porque ni el asunto que les dió motivo para desatarse, ni la manera de expresión, pueden competir con el cuadro que nos ofrece aquella *inacabable risa*, que ha pasado al diccionario de todas las lenguas con el nombre de *homérica*, epíteto que sólo á ella le corresponde por la dulce serenidad y plenitud artística que le sirvió de origen.

«Además de estos libros publicó el Sr. Pi antes de la revolución del 68 diversos trabajos de crítica artística y literaria más ó menos *saturados* de sus opiniones favoritas...» (Menéndez y Pelayo.—*Heterodoxos,* III, 707 nota).

«... y se hallan tan *saturados* del ambiente claustral, como estos otros del polvo de las batallas contra la morisma...» (Menéndez y Pelayo.—Autología de Poetas líricos, II, 411).

CARA HIPOCRÁTICA

Cara de *agonizante, cadavérica (facies hippocratica),* expresión consagrada por el uso, *es aquel semblante en el que se dibujan de un modo claro, los signos de una muerte próxima.*

Hipócrates, en su escrito el *Prognosticón,* los caracterizó tan magistralmente, que, á pesar de los progresos de la medicina, al hacer la descripción clínica de un moribundo, todos dicen: *tiene cara hipocrática.* Este es otro de los adjetivos perdurables, epíteto *lleno*, en cuanto á la riqueza de observación, que contiene

(1) B.ª de R.ª—Nov. post. á Cervantes, 1.ª, 2.ª, pág. 311 [illegible]

(2) Quevedo.—*Cuento de cuentos.*

(3) *Don Quijote.* II, p., cap. 32.

(4) J. de V. *Dos diálogos.* 1850, pág. 447.

esa pintura de la derrota del individuo por su implacable enemigo el mal.

Tétrico, imponente, es ver morir; quien no sufre ante las postrimerías de la vida, es hombre sin corazón, no tiene entrañas; quien no se siente conmovido al leer la descripción de la agonía tal como la trae el padre de la medicina, que renuncie á saber lo que está bien ó mal escrito. Es un cuadro realista el que allí se traza que jamás se borra de la imaginación del que pasó la vista por aquella página. La boca entreabrierta, los párpados hundidos, ojos inmóviles, sin concierto, que ven y no miran, la nariz afilada y deprimida en sus extremidades por la inacción de sus alas; he ahí unos cuantos trazos nacidos de finísima observación. (Véase Letamendi.—*Curso de Patología general*, Nosognomía. III, pág. 216. VII. Madrid, E. Cuesta, 1889.—Art. *Agonía* en el *Diccionario enciclopédico hispano-americano*, por Letamendi.)

EJERCICIOS

1.° Se *desternillaban* de risa, se reían *á casquillo quitado;* ¿tienen estas frases la misma elevación de pensamiento que la expresión «*risa homérica*»?

2.° Suspiros tristes con bramidos roncos
del mar, fabrican temerario llanto.

(M. Silveira.—*El Macabeo*).

Temerario calificando á llanto y precedido del verbo fabricar, ¿debe reputarse como un adjetivo *hueco* y vacío de sentido?

3.° Estoy muy triste, muy melancólico y en extremo *mohino*.

¿Añade algo nuevo á la idea expresada por el último adjetivo el significado de *triste* y *melancólico*?

4.° «*Distinguida* y *selecta* reunión», «*á* mi *ilustrado* y *distinguido* amigo», «un público *selecto* y *escogido*.»

En vista del abuso que se hace de estos adjetivos aplicándolos á personas vulgares ó de escasa instrucción, ¿podrían calificarse de *huecos* en el sentido antes explicado?

5.° Deseo verte *pronto para* pagar esa deuda.

Ocurre preguntar: ¿está usada la voz *pronto* como adjetivo ó como adverbio?

¿Desaparece la anfibología diciendo:

Deseo verte *pronto á* pagar esa deuda...

Deseo verte *dispuesto* á pagar esa deuda?

¿Son igualmente claras esas dos variantes?

I

GARRAFALES

No es nuestro ánimo hablar de esa especie de guindas y cerezas, mayores y de mejor gusto que las comunes, sino de los disparates *mayúsculos* que ofrecen, aun mirados superficialmente, los adjetivos que tomados á bulto, ó como dicen, abarrisco (cat. una *barriscada),* y sin pesar, ofrecemos á continuación:

Alienado, por *enajenado*, goza de tan poca autoridad que aún no ha podido ingresar en la Academia. *Enajenar* significaba antes, entre otras cosas, *«revolverle á uno el juicio»,* ó sea, *«privarle del uso de la razón».*

Batallaroso, y el participio *batallante*, aunque lleven uno y otro el estigma de anticuados, no arrojaríamos de nuestra pluma al primero de ellos, ni había de importarnos un ardite que nos criticaran si por ventura dijésemos: *espíritu batallaroso* y *pendenciero.*

Bisunto, por *sucio, grasiento, sobado*, no lo pueden emplear sino los escritores rumbosos, que envíen un diccionario al lector, si ha de entender frases como esta: «... el acaudalado Carrizales tuvo que subir á tientas y con tropezones los primeros tramos, *bisuntos,* desnivelados y estrechos...»

Cocineril.- No fiamos que salga á gusto de muchos la pepitoria que con este adjetivo guisan muy pocos cocineros, y que algunos sólo emplearían en sentido humorístico, para uso de los que aciertan á dar al vocablo alcances cocineriles. Y vean ustedes lo que es el mundo: sin embargo, puede y debe hablarse de la condición *escuderil.*

Confortable.—Ni está en el *Diccionario*, ni maldita la falta que hace, para significar aquello que tiene virtud de dar vigor, espíritu y fuerza. El *confortante* y *confortativo*, que trae el

léxico, tampoco me hacen gracia; me quedo, pues, con mi *vigorizar,* que para el caso vale un imperio.

Completo.—«Procuraremos hacer en nuestras reseñas la crítica *más completa posible* de cuantas obras se publiquen.»

Muchas son las locuciones transpirenaicas que han recibido entre nosotros carta de naturaleza. Por eso remitimos el asunto al juicio de quien estuviere mejor informado que nosotros, para que nos diga si ha de admitirse ó no ese giro que siempre hemos tenido por *galicismo* muy escandaloso.

Enólogo, del griego οἶνος y λόγος, en vez de la voz híbrida *vinólogo, entendido en vinos,* es palabra que Baco, el primer *viñador,* el primer *enólogo,* y acaso el primer *enófilo* (si se nos permite dar significación activa al *filos* pospuesto al nombre) que ha habido en el mundo, la preferiría, y con sobrada razón, en todo escrito moderno en que hubiese que hablar del aficionado y entendido en vinos.

Equino.—Una buena penitencia, de esas en que el padre confesor carga la mano, merece en verdad aquel traductor de Horacio, que haciendo alarde de culteranismo, vertió al castellano el «*cervicem equinam*» por *cerviz equina,* aunque sea poético; en cambio, concederíamos indulgencia plenaria al médico que, debiendo hablar técnicamente, dijese: «*suero equino*» en vez de «*suero caballar*».

Educacionista.—Ahí les presento una palabrota que jamás adquirirá el aire castizo que respiran por sus cuatro costados «*educador*» y «*educadora*», venidas sin estrépito de la voz latina «*educator*». ¿No les parece, pues, á Vds. que debemos dar libelo de repudio al novísimo *educacionista?*

Febriciente.—A este señorito no le ha de valer la bula de Meco, ni el apoyo de los modernitos y menos aún de los pocos Doctores empeñados en que entre á formar parte del caudal del idioma. ¿Para qué le necesitamos si hay en casa un adjetivo de noble alcurnia que desempeña sus funciones maravillosamente?

El vocablo latino *febricitans, tis,* significa *calenturiento: febricitanti bovi convenit abstinere cibo uno die,* se lee en Columela, y Menéndez Pelayo escribió, no há mucho: «ese romántico melenudo y *febricitante*». Por tanto, digamos *febricitante,* y hablaremos como Dios manda y... el Diccionario nos propone. Pero conviene advertir que esta voz es de rarísimo uso.

Fantasioso, en lugar de *entonado,* es adjetivo del cual sólo pueden echar mano los que viviendo en la miseria roban lo primero que encuentran.

Humanitario. -Palabra neo-pagana, venida al mundo para desterrar, si pudiese, á la más señalada gloria del Cristianismo: la palabra *caritativo.* No busquéis en el *Diccionario de Autoridades,* ni en las nueve ediciones que le siguieron, al adjetivo *humanitario;* sólo en la 11.ª, en 1869, como si dijéramos ayer, se le dió carta de naturaleza, diciendo ser oficio suyo «*mirar ó referirse al bien del género humano*», que es precisamente lo que dan á entender y declaran los términos *filántropo, filantrópico;* luego no puede enorgullecerse de haberle traído la necesidad para suplir deficiencias del idioma, aun admitiendo que éste se descatolizara y perdiese el carácter sobrenatural que ostentan no pocos de sus vocablos.

Lueñe, plural *lueñes,* y su compañero *luengo* (voces que sólo hoy entenderían el Cid y unos pocos amigos suyos), por venir de mares en que hoy no navega el idioma castellano, queden sepultados para siempre en las mazmorras del olvido.

Medicamentoso, no lleva el sambenito de anticuado, pero merece que se lo pongan los que recetan: *sellos* (obleas) *medicamentosos.*

Munido de documentos. —Ni aun hablando de un campamento bien atrincherado sería lícito admitir al bueno de *munido;* mucho menos lo será tratando, como se trata, de quien está bien *provisto* de documentos, de recomendaciones, etc., etc.

¿Lo oyen Vds., escritorzuelos de *allende* y *aquende,* que dicen

los amadores del estilo enfático? *Munido* ha de tenerse por un despropósito; es un adefesio como un templo.

Nauseoso, y *nauseabundo,* hijos respectivamente de los vocablos latinos *nauseosus* y *nauseabundus*, son dos palabras que miramos, si no de reojo, con un poquito de asco; sobre todo á la segunda, que parece nacida para provocar el vómito.

Pretencioso (1), en lugar de *presuntuoso, orgulloso, afectado, pedantesco,* tiénese por galicismo *(pretentieux)* que en los malos escritores ofende, y en los buenos ó no se deja sentir, ó sentido le miramos con cierta indulgencia.

Pretensioso.—Es la última evolución de *pretencioso,* tan apartada de su origen que apenas la conocería el mismo Tirso de Molina, quien hablando de su siglo decía:

Es ciencia la *presunción*...

Prestigioso.—Solemne necedad que dicen los periodistas americanos para hablar de los revolucionarios que cuentan con la adhesión activa y enérgica de todos los generales *prestigiosos* del ejército; necedad, repetimos, y desvarío en que caen también ahora casi todos los periodistas españoles que no quieren decir: *un hombre de prestigio.*

Remarcable.—Un suceso *remarcable,* una cosa *remarcable*... Muy atrasado anda de noticias en punto á lenguaje quien pide á nuestros vecinos este préstamo. *Notable, señalado,* son voces que sacan de cualquier apuro al más pobrete.

Sabihondo, adjetivo familiar, *que presume de sabio sin serlo,* no ha de confundirse en modo alguno con *sabiondo,* que jamás estuvo en ningún diccionario español.

---

(1) *Pretendido,* part. de *pretender,* equivalente á *procurar* y *solicitar* con diligencia. *Pretenso: imaginado, estimado.*

Susceptible.—Aquellos caballeros tan *vidriosos* en su fama que no consentían anduviese ésta en lenguas ni permitían que el murmurador tuviera:

Vida que no le quitarán,
sangre que no le vertieran,
alma que no le arrancarán;

aquellos labradores de que habla Calderón, tan celosos de su honra como el más *puntilloso* hidalgo, se avergonzarían de mendigar de manos extranjeras el socorro del galicano *susceptible* «*capaz, sí, de impresionarse*» (que no otra cosa es su significación general); pero *incapaz* de expresar la idea con la misma propiedad y transparencia, si le mandásemos substituir á los dos, y muy castizos adjetivos, aquí primeramente subrayados.

Para satisfacción de los devotos del idioma copiaremos este ejemplo: «... singular brindis, no falto de oportunidad, aunque *susceptible* de interpretaciones maliciosas y ocasionado tal vez á lances desagradables». (Pi.—c., p. 698).

Perdónalos, señor, pues no saben lo que dicen cuantos dan á *susceptible* el valor de: *sensible, delicado, irascible, vidrioso, rijoso, suspicaz, quisquilloso, pelilloso, sentido, caviloso.*

Todo, toda.—Diríase que los médicos han prescrito á no pocos de nuestros escritores tomar á *todo* pasto, digo, á *todas* horas, el giro galicano que nos ofrecen frases como la siguiente:

Todo Homero que era comete en ocasiones sus lapsus. Yo digo que quien así habla, *con todo* y ser un escritor público, maltrata la lengua, y lo hace peor que los alumnos de francés, ya que cuando los maestros les ponen este ejemplo: *Saint Martin, tout français qu'il était...*» lo vierten al castellano con la mayor soltura: *San Martín, con ser francés*, ó *con todo, que era francés, á pesar de que era francés.*

No dejen Vds. pasar sin protesta al *todo* cuando no le siga enfáticamente el indefinido *un*. Digan, pues, como *todo fiel* cristiano, ser lástima que *todo un académico* nos venda á peso de plata, legajos de *especería*, como llamaba Quevedo á los escritos de ciertas gentes.

No tan escandalosa, y sin embargo, poco castiza, es la cláusula que vamos á transcribir:

Toda otra consideración, *toda* otra forma, *todo* otro procedimiento, arguyen poco tacto en quien los emplea.

Amen, amen, dico vobis: cualquiera otra consideración, *cualquiera* otra forma, *cualquier* otro procedimiente literario, que hubieseis empleado, argüiría en vosotros el respeto á la práctica observada por los clásicos españoles en casos á este parecidos, y cuantas veces supieron esquivar el «*toda otra*», tan opuesto al aire de la construcción castellana.

Todos dos, todos tres.

Bien corremos *todos dos*,

(Naharro.— *Himenea*, jorn. 1.ª).

«Sucederá por ventura que *todos tres* muden de trato, en confianza de que en servicio de Dios han de hallar algo de lo que en esotras materias interesaban de gusto». (Márquez.—*Los dos estados de la espiritual Jerusalén).*

Hubo un tiempo en que el francés, el catalán y el castellano, corrieron juntos; entonces era lícito decir: *todos dos, todos tres;* pero hoy queda reservado á los franceses su: «*tout deux*», y á los catalanes sus: «*tots dos*», «*tots tres*». En Castilla han prevalecido: *ambos, entrambos, los tres, juntamente los tres.*

Toda vez que V. me dice esto, renuncio á mi pretensión.— Puesto que *toda vez* no es ni francés ni castellano, digamos en adelante: *una vez que, pues que, puesto que, supuesto que, como quiera que.*

Viable y su hermana VIABILIDAD, «*viabilité*», no alcanzan perdón á nuestros ojos cuando, desentendiéndose de su propia significación: «*lo que puede vivir*», «*lebensfähig*», cometen el monstruoso disparate de convertir las *calles, vías* ó *caminos* en... criaturas que tienen fuerza bastante para seguir viviendo.

«*Proyecto viable*», tomada esta frase en sentido metafórico, *transeat.*

Jefe de vialidad le hay en algunas poblaciones como Barce-

lona; pero la palabra no está aún en el Diccionario. A la Academia toca decirnos si la trajo la *policía urbana* ó si es hija de la ignorancia.

Vagoroso.—Así escriben este vocablo intonsos aprendices de poeta, porque no saben que *vagaroso* (de *vagar)*, es el término usado por nuestros vates:

> Miré, Señora, la ideal belleza,
> guiándome el amor por *vagarosas*
> sendas de nueve cielos;

dijo Lope de Vega en *La Dorotea*.

EJERCICIOS

1.° «Cuando llueve durante algún tiempo la *viabilidad* es imposible.»

Como *viable*, voz tomada del francés, dícese de lo que puede vivir, y *viabilidad* es lo que tiene calidad de *viable*, se pregunta si esta última palabra es la más propia y adecuada en frases como la del ejemplo aquí propuesto.

2.° «¿Puede sostenerse que el *neologismo* «alienado» substituya con ventaja á las palabras *enajenado, demente* ó *loco*, por todo extremo castizas?»

3.° Los alimentos en Inglaterra son más *confortables* que en Italia.

¿Con qué vocablos se puede reemplazar en castellano el *barbarismo confortable*?

4.° Es tan *susceptible* nuestro amigo que no hay medio hábil de hacerle notar las faltas que comete cuando habla.

¿Se ha usado aquí bien el adjetivo *susceptible*, que tan sólo significa lo que *es capaz de modificación*, sin que esto indique haya de ser forzosamente desagradable?

5.° Nuestro condiscípulo fué siempre un ignorantón; no tiene donde caerse muerto; pero á *pretencioso* no le gana nadie.

Díganse las palabras que hay en nuestra lengua para evitar el *neologismo «pretencioso»*.

6.° Tanto el maestro como la maestra son *educacionistas* muy distinguidos.

¿En qué nos fundamos para rechazar el adjetivo *educacionista*?

II

EL SUPERLATIVO (1)

Engendrado en la región que prescinde de todo límite, en la región de lo indefinido, de lo incomparablemente grande, en medio de esa vaguedad que tan bien sienta á lo sublime, prenda y señal de este en algunos casos, el superlativo es nota de encarecimiento, venida á nuestro idioma, por mediación de los eruditos, con el mismo esplendor con que brilló en el regazo de su madre, la lengua latina.

Antes de aparecer entre nosotros el superlativo propiamente dicho, el superlativo por excelencia, el terminado en *ísimo,* forma tan *absoluta* que excede á todas, pues al modo de la metáfora deja latente la comparación para expresar la idea en su grado más excelso y supremo, esforzábase la significación del adjetivo anteponiéndole *muy* ó *más*. Las cosas han cambiado: ahora los gramáticos, muy dados á divisiones y *partijas,* llaman *absoluto,* en cuanto á la forma, al que acaba en *ísimo,* ó al positivo que va precedido de *muy;* y *superlativo relativo,* al que precedido de las palabras: *el más* ó *el menos,* se le pospone, aunque no siempre, *de*.

Para nosotros no hay manera de ponderar como la acabada en *ísimo*. *Sapientísimo, excelentísimo,* parecen estar diciendo que ya no cabe más en orden á *sabiduría* y *excelencia;* mientras que en *muy sabio* y *muy excelente,* diríase que la imaginación concibe aún en ellos algo que se les puede añadir.

¿EN QUÉ ÉPOCA EMPEZARON Á USARSE LOS SUPERLATIVOS PROPIAMENTE DICHOS? A esta pregunta contestan, por modo indirecto, los que, sin alarde de *historiar* la Gramática española, conocían muy á fondo el principio de la misma; los que, sin bien no señalan con fijeza el momento en que apare-

(1) Curioso, por lo humorístico en el fondo y en la forma, es el siguiente pasaje: «Uno de los *grandísimos* trabajos que el hombre puede recibir en esta miserable vida, es el caminar, y el *superlativo* faltarle los dineros.»

(Lope de Rueda.—*El convidado*).

cieron estas formas eruditas, indican, sin embargo, lo bastante para orientarnos en la materia.

Corría el año de 1252, dice Aldrete, cuando se dedicó, en la Capilla Real de Sevilla, al Santo Rey D. Fernando, un epitafio escrito en cuatro lenguas. Si cotejamos, observa el docto maestro, los superlativos *illustrissimus*, *fidelissimus*, *veracissimus* *constantissimus, iustissimus, strenuissimus, detentissimus, liberalissimus, patientissimus, piissimus,* etc., con las equivalencias castellanas de la inscripción: *muy ondrado, el más leal, el más verdadero, el más constante, el más justo, el más esforzado*, *el más apuesto, el más granado,* etc., se ve claramente que entonces no se conocían los superlativos en verdad *absolutos,* pues sólo aparecen *muy* ó *más* (1).

Dedúcese, por tanto, que no existían á mediados del siglo XIII, ya que la traducción no presenta uno solo, sino perífrasis, como: *muy ondrado (illustrissimus), el más verdadero (veracissimus),* etc.

Clemencín escribe (2) á este propósito con cierta desconfianza: El primer ejemplo, dice, que me suministra mi memoria se encuentra en la *Relación* de la embajada que llevó Ruy González de Clavijo al famoso Tamerlán, en la que se lee: *esta villa* (Pontoráquia) *era en aquella tierra muy famosísima é rica en demasía.*

Según esto, para el ilustre comentador de Cervantes, lo mismo que para D. R. J. Cuervo (3), que le sigue en este punto, los superlativos no fueron conocidos hasta el comienzo de la centuria XV.ª, época en que D. Enrique III de Castilla envió dicha embajada.

Todavía hay quien retrasa hasta 1484 la aparición de la forma gramatical cuyo origen investigamos (4).

Por extraño que parezca, la crítica tiene á veces inspiraciones poéticas; merced á estos vuelos de la imaginación, nos es dado

---

(1) *Del origen y principio de la lengua castellana*, lib. II, cap. VI, págs. 183 y 184.
(2) Anotaciones al *Quijote*, tomo III, pág. 507.
(3) *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*, pág. 10[illegible].
(4) Galindo y de Vera.—*Progreso y vicisitudes del idioma castellano*, págs. 158 y 67.

hoy asistir al nacimiento, y, por decirlo así, augusta ceremonia de la presentación de los superlativos.

Muestra de propiedad, para dicha nuestra, diríase, que la Religión los cubrió con sus alas: aquella sentida apóstrofe:

Grado á ti, Señor Padre que estás *en alto:*

(Poema del Cid, v. 8).

traducción á lo que parece del «*Gloria in altissimis Deo*» que se lee en el Evangelio de San Lucas (1), es como el título de la gloriosa ascendencia que tuvieron los superlativos. Si por ventura no fuese concluyente el argumento, aún hay otro bastante á satisfacer la curiosidad del más descontentadizo.

El Rey D. Sancho, que acabó su libro «*Castigos é documentos*» en 20 de Septiembre, el mismo año que ganó á Tarifa, 1292, dice así en el prólogo:

«poniendo mis fechos é mi entendimiento en aquel soberano ALTÍSIMO Rey, muy poderoso, facedor de todas las cosas, sin la gracia del cual ninguna se puede facer...»

Nada más bello para establecer la dinastía de los superlativos *absolutos* que agasajar á la lengua, como lo hizo el nieto de San Fernando, con una palabra, cuyas primicias se ofrecieron en holocausto al *Dios Altísimo;* palabra que más tarde pasó de la pluma de los eruditos á los labios del pueblo, y que viene á ser como rico florón puesto en la corona que labrara la religiosa piedad de nuestros abuelos, para enaltecer las glorias del cristianismo en España. Será una coincidencia, pero el idioma, rico en modos de expresión, pudo dar comienzo á los superlativos por uno que fuese enteramente de carácter profano. Quizá le haya, mas como hasta hoy no se ha presentado, nos place consignar el hecho, que después de todo no está reñido con nuestra historia; y aunque andando el tiempo se desmostrara no ser este el primer superlativo, le cabría la gloria de haber sido uno de los primeros que aparecieron en España, sembrada aquí y allá de leyendas en extremo hermosas.

Por todo lo hasta ahora dicho viene á comprenderse cómo los

(1) Cap. II, v. 14.

superlativos son de ordinario puramente latinos, y por qué, si algunos ostentan dos formas, tiénese por más noble, como más fiel á su origen, la empleada por los eruditos. Así es palmario para quien sepa dos onzas de la lengua latina, que del positivo *uber, eris*, *rico, abundante, copioso,* nació *uberrimus,* y del ablativo de éste, nuestro superlativo *ubérrimo*, forma clásica que el pueblo ha substituído con la de *abundantísimo,* enriquecida luego con doctos y populares con el adverbio *superabundantísimamente,* que por modo gallardo expresa tres maneras de encarecimiento.

Mas no todos han parado mientes en que hay superlativos que tienen una sola forma, y ésta erudita; por donde se echa de ver cuánto han de sonrojarse los que, gozando, como gozan, fama de buenos hablistas, osaron escribir:

«En todas las contrariedades de la vida mostró siempre á sus amigos un afecto *superiorísimo.*

¿Cómo ha podido olvidar este doctísimo maestro cuál sea en castellano el superlativo de *superior?* ¿Ignora, por ventura, que del comparativo latino *superior, ius, lo que está más alto y en lugar preeminente á otra cosa,* vino *supremus, a, um?* ¿Acaso no le dijo el *dómine*, que para expresar la idea de algo *que no tiene superior en su línea,* hemos tomado el ablativo del último adjetivo y, trasladándolo íntegramente al idioma de Castilla, decimos: el *Tribunal Supremo*, y no el *Tribunal Superiorísimo?*

Á los escritorzuelos que no saben cómo se toma la pluma, endereza suavemente la advertencia que sigue un filólogo catalán, en quien corren parejas la erudición y la modestia:

«Demostrando el origen erudito de esta clase de superlativos, no quedará en la práctica duda alguna con respecto al modo de usarlos en parangón con los positivos; no será ya lícito decir en la lengua escrita: *buenísimo, nuevísimo, fuertísimo,* como alguna vez ocurre verlos así, derivándolos directamente de *bueno, nuevo* y *fuerte,* en lugar de *bonísimo, novísimo* y *fortísimo,* que corresponden á los ablativos latinos de cada una de estas formas, que han de ser literalmente transcritas. Esta razón, ya por sí suficiente, queda corroborada con las leyes que establece la Fonética, con arreglo á las cuales la *o* tónica latina, si se cambia en *ue* al ser romanceada la palabra de que forma parte, como

en *bueno* de *bono,* reaparecerá cuando el diptongo, por causa de derivación, pierda el acento, y así de *bueno* se formará *bonito, bonachón, bonanzo,* y por lo tanto *bonísimo.* No es valedera la objeción que se oponga alegando las formas *buenamente, nuevamente, fuertemente,* porque si el afijo *ísimo* está adherido á la radical como la uña á la carne, *mente,* en cambio (ablativo de la palabra *mens),* es completamente separable; si en el primer caso la parte se junta al todo con unidad de acento, en el último, siendo dos palabras, dos todos, conserva cada cual su acento propio, como lo muestran evidentemente dos formas adverbiales contiguas; v. gr.: *cruelmente et brava (Libro de los Estados,* capítulo 69) según antes se decía, y *cruel y bravamente,* conforme á la manera que está hoy día en uso. Heme detenido en esta demostración para alegar un ejemplo, que valga por todos, de que la razón y verdadero fundamento de las reglas gramaticales se encontrará estudiando la historia de la lengua, indagando las causas de los hechos que ahora se nos presentan como efectos; de esta suerte se logrará que las reglas, que aparecen como arbitrarias, se eleven hasta la esfera de principios.» (D. José Balari.—*Oración inaugural leída en la Universidad de Barcelona,* 1881).

Por desconocer la historia de la lengua, muchos inciden en el error de juntar el superlativo con la partícula *muy*, práctica que, si estuvo admitida en lo antiguo, hoy se halla desterrada de la buena literatura.

Si el Cura de los Palacios llamó á Isabel *la Católica:* «*muy esforzadísima*»; si Jorge de Montemayor dijo en el libro 4.° de la *Diana:* «*muy finísimo oro*»; si el bueno del cabrero brindó con fresca leche y *muy sabrosísimo* queso á sus interlocutores (1), es porque entonces, poco dados á profundizar la filosofía del lenguaje, no reparaban en la incorrección que se comete cuando la partícula *muy* quiere ir en socorro del *superlativo absoluto.*

No ha de confundirse esto, que hoy constituye un verdadero

---

(1) *Don Quij.*, I, 51.—Edic. crítica; Madrid, 1907; Suárez, editor; vol. III, página 358.

defecto, con esotra manera de encarecer tomada de los hebreos, esto es, con la repetición de una misma palabra cuando se desea esforzar el significado de un pensamiento.

Así, para ponderar lo veloz de una corrida, se dice: *corre que corre*, cual si quisiéramos expresar *lo velocísimo* de la carrera.

Pláceme que sea así,
é *luego, luego* se vea.
Antes que vamos de aquí.

(J. del Encina.—*Églog.)*

«Venía enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que *luego, luego*, le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados». (Cerv.—*La ilustre fregona).*

Adiós, adiós, reina de los tristes destinos, dijo Shakespeare en situación tan verdaderamente trágica que nos llena de espanto y terror.

Nada de esto es posible entre á formar parte de nuestro trabajo, circunscrito al superlativo *absoluto*, y al que se denomina relativo.

Quédese para una monografía el recoger todos los giros, todas las frases con que expresamos el grado máximo de intensidad de un objeto ó de sus cualidades.

Desde la forma helénica «*el Dios tres veces santo*» *(Santísimo)*, hasta las repeticiones familiares «*daca, daca*», «*dale que dale*», «*erre que erre*», «*lo he dicho una y mil veces*»: desde los intensivos *gran* y *alto* cuando se anteponen al substantivo: «*un gran señor*», «*sus altos hechos*», hasta las admiraciones henchidas de coraje: «¡tengo *una gana* de cogerle entre mis manos!» que dice el vulgo; desde la elegante metáfora: «*abrumado con el peso de los años*», hasta el encarecimiento que de la hermosura de la Virgen hace la Iglesia: «*Toda* eres *hermosa*, María, y no hay en ti mancha alguna»; desde las frases que tiene nuestro idioma para alabar y engrandecer: «*es la misma prudencia, la misma discreción, la misma bondad, la misma sabiduría*»; hasta cuando decimos: *es una cosa de Dios*, *es una tierra de Dios*, por *bellísima*, *muy fértil*, y hasta cuando empleamos la reduplicación: *amigo, amigo mío*, por *muy amigo*», el campo, afirmamos, que ha de recorrerse para recoger como en un haz la

significación intensiva ó superlativa, que en mil y mil giros derrama el castellano; ese campo, ha de tenerse por mucho más vasto de lo que se imaginan cuantos pasaron á la ligera por este linaje de estudios; mucho más vasto de lo que parece á cuantos presumen ser cosa fácil y en extremo hacedera escribir un libro que encierre la historia de nuestra Gramática y la de los elementos que la componen.

III

VULGARIDADES

Inciden en ellas los que, desconociendo el origen erudito de una buena parte de nuestros superlativos y la tradición clásica, saltan por cima de la dificultad que á veces ofrece la formación de este ó de aquel adjetivo. Sirvan de ejemplo:

Ardientísimo, en lugar de *ardentísimo*, formado, como es de ver, de: *ardens, tis,* sin más inflexión que la del afijo.

«Esto les moverá, dice Granada, con *ardentísimos* deseos, á la guarda de la ley de Dios.»

Altisísimo, en vez de *altísimo (altissimus, a, um),* es corruptela que no ha menester largo comentario, sabiendo, como sabemos, el origen excelso de los superlativos castellanos; y lo de: «*altísima* humildad», «*altísima* contemplación», que á todas horas se lee en los místicos.

Antiguísimo, por *antiquísimo* (de *antiquissimus, a, um).* El último tiene en su favor la sanción de los clásicos; no así el primero, por más que el Diccionario de Autoridades le dé como sinónimo de *vetustísimo.*

Buenísimo. Así dicen los bonachones que están ayunos de latín; en cambio el P. Nieremberg, escribió:

«La envidia, sólo cuando es de la virtud, es *bonísima.*»

Briboncísimo. No le tenemos en castellano; pero sí el aumentativo de bribón: «*bribonazo*», esto es, *gran bribón, socarrón, taimado* y *bellaco;* aumentativo en verdad nada cariñoso, y con más fuerza de superlativo que *briboncísimo*, rechazado por la Academia.

Fuertísimo. Mal que le pese, y aunque tenga á menos su noble ascendencia: *fortis;* las personas cultas dirán siempre *fortísimo*.

Gravísmo. Los que por andar necesitados de instrucción se comen una *i*, ignoran las transformaciones filológicas por que ha pasado la terminación de los superlativos hasta llegar al *ísimo* castellano, y así no es de maravillar, supuesta su ignorancia, tengan tan poco respeto, que le añadan, sobre la que piden de suyo, la sílaba *si*, creyendo que dan más fuerza á sus afirmaciones con este duplicar de las letras.

Nuevísimo. Muy vulgar ha de ser quien no diga *novísimo*, pues así lo exige *novissimus, a, um*.

Pacentísimo. Quien considerare que *patiens*, *eloquens* y *frequens*, marchan de acuerdo en cuanto á la formación del superlativo, no titubeará en escribir: *pacientísimo*, aunque vea lo contrario en cierto autor por extremo pedante.

Valientísimo, tiene las simpatías de la gente menuda, y *valentísimo* las de aquellos que repiten con Horacio:

Odi profanum vulgus et arceo.

(Od. lib. III, 1).

Viejísimo. Va fuera de todo camino y no hay medio de llamarle á capítulo para que nos dé razón de su amor á las malas compañías.

Habladorísimo. A lo sumo *pudiera ser habladorcísimo;* pero *no debemos* admitirlo, ya que *hablador*, encareciendo la costum-

bre ó manía de hablar, lleva en sí tanta fuerza ponderativa que excluye la inflexión del superlativo.

Lucientísimo. Su prototipo *lucens, tis*, está pidiendo á voces *lucentísimo*, por más que le consideremos de uso poco frecuente.

Ladroncísimo. Es superlativo formado burlescamente de un nombre; en el aumentativo *ladronazo* está dicho todo.

Muchisísimo. Rumbosos hasta lo sumo, muestra de la opulencia del idioma, los superlativos se truecan en despilfarro cuando la gente indocta les regala otro *sí*.

Recientísimo. Olvidándose de su padre *recens, tis*, se echa en brazos de la gente popular; por eso le vemos ir fuera de toda regla.

IV

SUPERLATIVOS CON DOS FORMAS

A la influencia eminentemente erudita, el pueblo, que no siempre se deja dominar por entero, opuso la suya: he ahí la razón de oue se den en castellano dos formas distintas de superlativo para expresar una misma idea sin accidente alguno que la modifique. Importa, pues, conocer entrambas, é indicar cuál de ellas merece la preferencia. Parece excusado advertir que la erudita desciende por línea recta de los latinos, y que la popular, ó se aparta de este principio ó no le sigue por modo tan directo. Véanse unos cuantos casos:

Amiguísimo y **amicísimo**. La primera de estas formas no se halla en las últimas ediciones del Diccionario, así llamamos por antonomasia al de la Academia; la segunda no tiene nota de arcaica. Es voz puramente latina *(amicissimus, a, um);* pero falta saber si propiamente hablando es un superlativo castellano, pues son contados los que la substituyen á: «*muy amigo.*»

Asperísimo y **aspérrimo**. El segundo de estos superlativos es latino de todo en todo: el primero no tanto, ya que de *asper, a, um*, salió, no *asperissimus*, sino *asperrimus*, *a*, *um*, bien que el ablativo de esta forma no sea el superlativo á que damos preferencia, sin que esto quiera decir que *asperísimo* se halle desdeñado por el uso.

Bajísimo é **ínfimo**. Notorio es el origen clásico del último: *infimus*, *a*, *um*, y el carácter popular que ostenta *bajísimo*.

Bonísimo y **óptimo**. Los dos descienden del latín: pero el segundo, aunque sea anómalo, y en razón á que *muy bueno* parece dista algo del *sumamente bueno* que expresa *óptimo*, merece la preferencia, no pocas veces, sin duda porque se dijo: *optimus*, *a*, *um*, y no *bonissimus*, *a*, *um*.

Opimo (1), rico, fértil, abundante, es para algunos un superlativo anómalo, como *ínfimo*, *máximo*, *mínimo*, *pésimo;* mas la Academia no quiere que pase de la condición de adjetivo en grado positivo; démosle gusto, que en ello poco se aventura. Pero como sean muy contados los españoles que lo pronuncien tal y como lo pide el origen de la palabra, pues doctos y semidoctos, echándolas de entendidos, dicen *ópimo*, mediremos, para desengaño de los que sepan una *miaja* de latín, el siguiente verso de Virgilio:

Aut spoliis ego iam raptis laudabor opimis.
Aut spoli | is ego | iam rap | tis lāu | dābor ŏ | pimis.

Que el sexto pie consta de dos sílabas largas y que forman un espondeo, esto es elemental: el que lo ignore, peor para él. Mas como el acento se ha entronizado en la primera *o*, sin que haya manera de desalojarlo de allí ni aun á cañonazos, tememos perder el tiempo al afirmar, aunque parezca justo, que ha de trasladarse á la *i*, pero sin pintarlo, á fin de que la señora *o* deje de

(1) De *Ops*, sobrenombre de Cibeles ó Rhe, diosa de la abundancia.

andar tan oronda como hasta aquí por esos... escritos con pretensiones de erudición.

Nuestros clásicos así lo estudian:

> Estas parras
> traen colgando los *racimos*
> entre sus frutos *opimos*
>
> (T. de Molina.—*Don Gil de las calzas verdes*. Acto 1.º, Esc. 7.ª).

En materias como la presente conviene bajar la cabeza y no dar muestras de excesiva curiosidad, ni venir con preguntitas como esta: Si en latín eran breves *textiles, reptiles* y *Pegasus*, ¿por qué pronunciamos *textil, reptil* y *Pegaso?* Volvamos la *oración* por pasiva: ¿por qué decimos *púdico,* si en latín es *pudĭcus?*

Ciertísimo y **certísimo,** de *certus, a, um*. Este se halla en el Diccionario, no así el primero.

Es cosa *certísima* y sabida de su boca, dice Nieremberg, hablando de Santa Teresa.

Dificilísimo aparece con el estigma de anticuado en la 11.ª edición, en la 13.ª no está; DIFICÍLIMO (de *difficillimus, a, um),* hoy de uso corriente, viene á ser síncopa del primero.

Diestrísimo y **destrísimo,** de *dexter, a, um*. Entrambas formas se hallan admitidas; lo mismo decimos de

Fervientísimo y **ferventísimo,** de *ferventissimus, a, um*.

Fielísimo y **fidelísimo,** de *fidelissimus, a, um*. El primero es vulgar, el segundo clásico. «Esta señora es fidelísima», dice M. de Agreda.

Friísimo y **frigidísimo,** de *frigidissimus, a, um*. Empezóle á curar con baños frigidísimos, dice A. de Morales.

Hoy, ni como anticuado lo trae la Academia.

Grandísimo y **máximo,** de *maximus, a, um.* El primero ha de tenerse como popular, y el segundo casi por *culto;* ó al menos, técnico: *máximo común divisor.*

Hermosísimo y **pulquérrimo,** de *pulcherrimus, a, um.* Este último no se le ve en ninguna edición del Diccionario. Cierto, de él hablan las Gramáticas, pero sin autorizarlo con citas clásicas.

Malísimo y **pésimo,** de *pessimus a, um.* Si bien el primero lo usó Santa Teresa:

«Aunque yo era *malísima,* traía algún cuidado de servir á Dios»; sabe hoy á familiar; ya que hasta los de corta instrucción se valen de «*pésimo*».

Integrísimo é **integérrimo.** Mucho hay que acepillar á quien no conoce como correctísima la segunda de estas dos formas y osa estampar: «es un magistrado *integrísimo*». Los latinos decían: *integerrimus, a, um.*

Miserabilísimo y **misérrimo.** El uno por familiar, y el otro por encopetado, no tienen que echarse nada en cara; sin embargo, éste asoma la cabeza de vez en cuando, y no se ve desdeñado si lo hace con habilidad; aquél se ha guardado para el vocabulario de los que hablan en burlas, para el de los que no piensan lo que dicen, ó para frases en extremo compasivas. Fuera de tales casos, lo corriente es encontrar gentes *muy miserables.*

Pequeñísimo y **mínimo.** Es harto familiar el primero de estos para que nunca, entrando en competencia con *mínimo,* pueda robarnos el cariño.

Pobrísimo y **paupérrimo.** Al primero le falta el prestigio de autoridades clásicas y la del Diccionario; *pobrismo,* que es lo único por éste autorizado, no pasa de ser un substantivo equivalente á *pobretería.* Claro es que *paupérrimo* no está desnudo de merecimientos *(paupérrimus, a, um),* y de la aureola que le prestan graves autores; con todo, yo me inclino al *muy pobre,* y

aun á *pobrísimo,* por ser de uso más frecuente, como se lee en la Gramática de la Academia.

Tiernísimo y **ternísimo.** A tiro de ballesta se echa de ver el aire vulgarote del primero de estos superlativos; en cambio el segundo, de origen aristocrático: *tener, a, um,* parece hasta poético:

Beldad y robustez y lozanía
su juventud *ternísima* acompañan.
(A. de Saavedra.—*Moro Expósito, romance).*

En *tierno* hay una trasposición igual á la que presenta *viernes—Veneris (dies).*

Ubérrimo, del latín *uber,* y **abundantísimo**. No anda desterrado de las obras literarias el último de estos superlativos, si bien no le da cabida el Diccionario; el primero es tan aristocrático que sólo en las de alto vuelo, en las de gran cultura, sienta bien. No desdice, pues, de asuntos como este:

«la epopeya resume toda una civilización con todas sus fases, en la hora dichosa, en la estación vernal de su pristino florecimiento para que sea fecundo germen de los más ricos, *ubérrimos* y sazonados frutos ulteriores. (Valera.—*Disertaciones,* pág. 96.)

Si *ubérrimo* requiere cierta discreción para usarlo con oportunidad, *salubérrimo, saluberrimus, a, um,* nos parece un si es ó no algo pedantesco; por eso damos la preferencia al superlativo «*muy saludable*» mientras no se vaya introduciendo «*salubrísimo*», y por más que A. Pérez dijera: «*consejo saludabilísimo*».

Ubérrimo carece de positivo; pero *ex(h)uberante,* lo tiene quizá por analogía con *ex(h)orbitante.*

Reglas.—1.ª Fuera de los varios modos que para encarecer una idea se conocen en el idioma, *hay los que propiamente se llaman superlativos absolutos, esto es, los que significan la cualidad en sumo grado;* v. g.: *sapientísimo.*

2.ª *Medio supletorio de encarecer la cualidad del positivo es anteponerle el adverbio muy,* aunque también se llame *absoluto* á este superlativo, pues *riquísimo* excede á toda ponderación, y *muy rico* es todavía capaz de aumento.

3.ª *Hoy no es lícito usar juntamente entrambas formas;* luego hablaría con incorrección quien dijese: el *muy famosísimo* caballero. *Ni ha de preceder al superlativo la partícula tan;* no se dirá, pues: jamás hubo guerrero *tan esforzadísimo* como el Cid.

4.ª Los superlativos castellanos, que no aparecieron hasta 1292, son los más de origen latino; v. gr.: *amantísimo* y *munificentísimo*, que se forman respectivamente de los ablativos de *amantissimus* y *munificentissimus*.

5.ª Algunos superlativos tienen dos formas, como *fervientísimo* y *ferventísimo*, será más correcta la que más se acomode al latín; en este caso lo es la última, pues en aquella lengua se decía *ferventissimus, a, um*.

V

ADVERTENCIAS

«*Mayor, menor, mejor, peor,* son verdaderos comparativos que se resuelven en *más grande, más pequeño, más bueno, más malo,* y se construyen con la conjunción comparativa *que:* «No siempre es *mayor* virtud la generosidad *que* la justicia.»

«No debieran considerarse como comparativos, *superior* é *inferior...;* porque si bien se resuelven en *más* (pues *superior* es lo de más arriba, *inferior*, lo de más abajo), no se construyen con el conjuntivo *que:* no se dice *superior* ó *inferior que,* sino *superior* ó *inferior á*.» (Bello.—*Gram.*, § 371).

«De conformidad con lo que antecede resulta que: *superior* é *inferior* admiten que se les anteponga el adverbio *más*, diciéndose *más superior, más inferior;* pero no se dice *más mejor, más peor,* ni *más mayor, más menor*. Lo mismo que *más* es aplicable el adverbio *menos*.

»Igualmente admiten que se les anteponga el adverbio *muy*, diciéndose *muy superior, muy inferior*.

»Dícese también, no obstante, *muy mejor, muy peor;* pero hoy no se usa decir *muy mayor, muy menor*.

»Con el adverbio *mucho* se dice *mucho mejor, mucho peor,* y *mucho mayor, mucho menor;* pero no se usa *mucho superior*,

ni *mucho inferior;* aunque sí las expresiones *superior en mucho, inferior en mucho.*

»De ahí proviene asimismo que se diga: *tanto mayor, tanto menor, tanto mejor, tanto peor;* pero no *tan mayor, tan menor,* etc. Y que se diga: *Tan superior, tan inferior;* pero no *tanto superior, tanto inferior.*

»En lugar de *más bueno* y *más malo* se dice casi siempre *mejor, peor. Más grande* y *más pequeño* se usan tanto como *mayor* y *menor.*

»Dícese *mayormente* y no se usa *menormente,* como tampoco *superiormente, inferiormente,* y menos aún *mejormente, peormente.*

»*Superior* é *inferior* admiten vulgarmente que se formen de ellos superlativos en *ísimo: superiorísimo, inferiorísimo.* Mas no se dice *mejorísimo, peorísimo* ni *mayorísimo, menorísimo.*

»Los superlativos *ínfimo* y *mínimo* admiten, por un modismo del castellano, que se les anteponga el adverbio *más: más ínfimo, más mínimo.*

»Igualmente parécenos que admiten el adverbio *muy: muy ínfimo, muy mínimo.*

»Las otras formas superlativas *supremo* ó *sumo, óptimo, pésimo* y *máximo* no admiten esta especie de reduplicación.

»En estilo hiperbólico pudieran pasar tales formas; así como no ha faltado quien diga *omnipotentísimo.*

»Asumen cierto carácter de comparativos: *Anterior* y *posterior, citerior* y *ulterior, interior* y *exterior.*

»De *interior* y *exterior,* se forman los superlativos anómalos *íntimo* y *extremo.*

»De éstos se forman nuevos comparativos y superlativos, especialmente por medio de los adverbios *más* y *muy.*

»Interesante sería desentrañar las leyes que rigen estos variados usos del lenguaje» (1).

---

(1) Rivodó, *Entretenimientos gramaticales,* tomo 3.°, págs. 159 y 160.

EJERCICIOS

1.° Hablando de el ejército de Tamerlán, dijo Pedro de Megía que era

«*muy grandísimo* y escogido ejército...»

([illegible]).

«Juro á Dios que ha sido *bellaquísimo* hecho... no ha estado sino de *muy grandísimo* bellaco.»

(L. de Rueda.—*El Convidado).*

«El Conde de Bolonia tomó su camino con *muy riquísimas* joyas.»

(J. de Timoneda.—*El Patrañuelo).*

Si en lo antiguo, como se ve por los tres ejemplos anteriores, era frecuente unir la partícula *muy* al superlativo absoluto, ¿se consiente hoy esta práctica, ó bien está desterrada de nuestro uso actual?

2.° Doy por *bien empleadísimo* todo el tiempo y el mucho trabajo que me ha costado escribir este libro.

Doy por *[illegible]* todo el tiempo y el mucho trabajo que me ha costado escribir este libro.

¿Cuál de estas dos formas de encarecimiento es más correcta? En otros términos: cuando la significación de un adjetivo va ya esforzada por medio de una partícula, ¿es lícito elevarle á superlativo? Por ventura, ¿sería más correcto no tocarle y hacer superlativa la partícula, si ella lo consintiere?

Á fin de derramar nueva luz sobre este punto, pondremos á continuación otro ejercicio:

3.° Dinero *malísimamente gastado.* Fué una tesis *valientísimamente defendida.*

Dinero *malamente gastadísimo.* Fué una tesis *valientemente defendidísima.*

¿Hemos de optar por la primera de estas dos formas? ¿Es más correcta?

4.° «... antes que salga á la plaza de vuestros oídos (por no decir orejas), quisiera que me hicieran *sabidora* si está en este gremio, corro y compañía, el *acendradísimo* caballero Don Quijote de la Manch*ísima* y su escud*erísimo* Panza. — El Panza—antes que otro respondiese, dijo Sancho, — aquí está, y el Don Quijot*ísimo,* asimismo; y, así, podréis, doloro*sísima,* dueñ*ísima,* decir lo que *quisieredísimis,* que todos estamos prontos y aparejad*ísimos* á ser vuestros servidor*ísimos.*»

(*Quij.*, II, 38.—Edic. crítica; Madrid, 1911; Suárez, editor; vol. V, pág 225).

Esta aplicación de la forma superlativa, no ya á nombres, sino también á verbos, y que tan linda parece en obras festivas, ¿sentaría bien en una oración fúnebre, por ejemplo?

5.º La inscripción, del siglo xv, existente en las Casas consistoriales de Toledo, copiada por la Academia, dice así:

Nobles, discretos varones,
que gobernáis á Toledo;
pues vos fizo Dios pilares
de *tan riquísimos* techos,
estad firmes y derechos.

Aunque al tenor de este ejemplo se puedan citar otros de nuestros clásicos, ¿sería correcto anteponer hoy al superlativo absoluto el adverbio de comparación *tan*?

6.º «Dale Homero (á *Aquiles)* un deseo *ardentísimo* de gloria, como espuela ó aguijón con que á veces, cuando vacaba de la pelea, se encendía tañendo y cantando alabanzas de varones esforzados.»

(Capmany.—*Filosofía de la elocuencia*, Intr.)

¿Pudo decir *ardientísimo*? ¿Cómo es el superlativo latino?

. . . . . . un amante
muy finísimo y constante
(Calderón.—*Saber del mal y del bien)*.

¿Se aceptaría hoy el *muy finísimo* como dechado de corrección gramatical?

7.º «No medre yo si no son anillos de oro, y *muy* de oro, y empedrados, perlas blancas como una cuajada, que cada uno debe de valer un ojo de la cara.»

(Quij., II, 19).

Muy, nota de adverbio superlativo, aunque no merezca *propiamente* este nombre en el anterior ejemplo, ¿podrá negarse que tiene fuerza de encarecimiento?

8.º ¿Se toleraría que todo un señor académico dijese: «la *más eximia* y excelente, siendo, como lo es la significación de *eximio* igual á excelente? *Eximio:* ex *emĕre*, *exĭmo*, poner aparte, distinguir»; cf. *exemplum*.

9.º Aunque *acérrimo* y *acrísimo* sean formas equivalentes, ¿estaría bien decir un *enemigo acrísimo* en vez de enemigo acérrimo?

10. *Potísimo*, del latín *potis*, poderoso, capaz, ¿tiene positivo en castellano?

11. ¿Constituyen irregularidad los cambios ortográficos en: *riquísimo* de *rico*, *vaguísimo* de *vago*, y *tenacísimo* de *tenaz*?

12. ¿Consiente el lenguaje hiperbólico y festivo la formación de superlativos tales como *diablísimo, doctorísimo*, *bachillerísimo*?

VI

¿DEBE IR SIEMPRE EL ADJETIVO ANTES, Ó DESPUÉS DEL SUBSTATIVO?

Muy atrasadillos andarán de noticias los que á estas horas no sepan ya que *dogma*, voz tomada del griego, vale tanto como *decisión*, alcázar de la firmeza, en el que se prohibe la entrada á los *indecisos*, á los que por falta de fe... literaria, no prestan asentimiento á tal cual definición *dogmática* de meticulosos gramatistas y retóricos enfáticos. Del número de los indecisos somos nosotros; ya sabemos, pues, la suerte que nos espera: quedarnos á las puertas del alcázar de la seguridad en castigo á ser débil nuestra adhesión á las reglas, en mal hora llamadas absolutas, sobre el lugar que corresponde al adjetivo con respecto al nombre á que califica ó sirve de epíteto.

En paz sea dicho, ni mi predilecto autor, el de la *Filosofía de la Elocuencia*, D. Antonio Capmany y Montpalau; ni el valiente escritor P. Muiños en sus preciosas notas al *Arte de escribir*, de Muñoz Capilla; ni el muy erudito Sr. Sbarbi en sus agudas respuestas á los *preguntones* del «*Averiguador Universal*»; ni el asombro que causa al entendido americano Dr. D. A. T. Wilar, cuando afirma en su *Crítica filológica* que no cabe vacilación en este punto, porque á su juicio no son muchas ni difícil de preceptuar las reglas; nada de esto ha sido parte á que tomemos la resolución de no alistarnos incondicionalmente bajo las banderas de tan decididos campeones. Después de todo, si se permite el vulgarismo, no hay más que una regla que no sufre excepciones; las demás son tan veleidosas, mudables y tornadizas como el viento que cambia de dirección cuando así le place.

Tomemos unos cuantos adjetivos para que sirvan de aviso y desengaño á los *incautos:*

«Por vos me llevará mi osado paso
á la *cumbre difícil* de Helicona.»

(Garci-Lasso.—*Soneto* XXIV).

«Si yo viniese á verme
en la *difícil cumbre* deste monte,
y una guirnalda de laurel ponerme.»
(Cerv.— *Viaje del Parnaso*, I).

«Los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con *rostro alegre* lo que les dieren.» *(Quij.,* II, 49. —Edic. crítica; Madrid, 1911; Suárez, editor; vol. V, pág. 471).

«En medio de aquella luz apareció un hombre con muy *alegre rostro.*» (Granada.—*Símbolo,* 2, 22).

«Él, juntamente con Dios, obraba y padecía en su cuerpo los *dolores agudísimos* que pudiera excusar.» (Granada.—*Símbolo,* 5, 2, 19).

«Cubiertos siempre de encendidas brasas
y llenos de *agudísimos dolores.*»
(Hojeda.— *Cristiada*, 7).

«Comenzó de falagarlos con sus *palabras dulces* é sabrosas.» *(Crón. genl.,* 2, 44).

«Quiso que con su buena razón y *dulce palabra...*» (León.—*Perfecta casada,* 18).

Á no ser por el respeto que inspiran los escritores arriba citados, respeto que en cuanto á alguno de ellos llega hasta la veneración literaria, les diría yo ahora, imitando á Sancho cuando veía caer á su amo en contradicción palmaria: *Cogidos les tengo.* En verdad, si uno de los autores, cuyos ejemplos se han aducido, quiere subir á la *cumbre difícil* del Helicón, y el otro, á la *difícil cumbre* del Parnaso; si estos (los condenados) padecen *agudísimos dolores,* y aquel (Jesús) sufrió *dolores agudísimos;* si el historiador de la *Crónica General* pondera el hechizo que en sí llevan las *palabras dulces é* sabrosas; y Fr. Luis de León pone de manifiesto el mérito de la *dulce palabra;* si Fernando de Rojas nos habla en *La Celestina* (21) de los *blancos cabellos,* y Lope de Vega, siempre que le place, por ejemplo en *La Gatomaquia* (6), los llama, cuando en realidad lo son: *cabellos blancos;* si á tenor de ello es fácil citar *á docenas* los ejemplos en que *un mismo adjetivo* va antes ó después de *un mismo nombre*, si todo es así, queda aún, como no puede menos, *sub judice* aquella tercera base del absolutismo gramatical:

La regla que dice: «El adjetivo *debe ir* colocado antes del substantivo en el estilo poético ó en el sublime por convenir así mejor á las leyes del verso ó á la eufonía», es regla desmentida mil y mil veces por los escritores más pulcros y atildados.

No, el *tenuis cautusque,* de Horacio, está recordando á todas horas que importa ser muy mirados y remirados en afirmaciones que tienen por fundamento la movediza apreciación subjetiva, el calor siempre variable de la sensibilidad, la mayor ó menor viveza de la imaginación, y el fuego más ó menos encendido del entusiasmo. Daremos, por tanto, con la timidez de aquel á quien falta seguro norte, esta otra

Regla.—Aunque la tradición ofrece algunas muestras en contrario, ciertos adjetivos, *dulce,* por ejemplo, se *inclinan* á ir delante del nombre cuando le sirven de epítetos, así en el estilo poético como en la prosa elevada y magnífica.

Háse dicho que se *inclinan*, porque son en mucho menor número los que siguen al substantivo.

«Ni olor suave de diversas flores,
ni *dulce* murmurar de clara fuente...» (1).

«El *dulce* lamentar de dos pastores
Salicio y Nemoroso.» (2).

«de las diferencias de tiempos y cosas... hace (Dios) una *dulce* harmonía» (3).

Ya *dulce* amigo, huyo y me retiro
de cuanto simple amé (4):

«Y aquel dolor que siente,
con diferencia tanta
por la *dulce* garganta (5).

Los otros se alegraban
con la florida y *dulce* primavera.» (6).

---

(1) Figueroa.—*Égloga pastoral.*
(2) Garci-Lasso.—*Égloga* I.
(3) Fr. L. de León.—*Exposición de Job*, 36.
(4) Fdez. Andrada.—*Epístola Moral.*
(5) Garci-Lasso.—*Égloga* I.
(6) L. Argensola —*Las sierras vecinas...*

«... no era necesario otro trabajo que alzar la mano y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su *dulce* y sazonado fruto» (1).

«Estás dormido mucho tiempo há en el *dulce* sueño de la oración y contemplación» (2).

Dulces días, *dulces* ratos,
los que en Sevilla se gozan;
y *dulces* comodidades
de aquella ciudad famosa.

(Cervantes.—*Comedias).*

Dulce, va después del substantivo en esotros ejemplos:

«Ni otra cosa otro tiempo *dulce* y cara.» (3).

«Borrando con pensamientos amargos las memorias *dulces* de la sensualidad» (4).

«Puesto el atento oído
al son *dulce* acordado.» (5).

«El amor gobierna el cielo
con ley *dulce* eternamente.» (6).

Como el uso haya establecido en ciertos casos diferencias entre el significado de un mismo adjetivo, según que va antes ó después, diferencias que todos respetamos, y que sólo el equívoco se atreve á poner en duda, estableceremos luego la correspondiente regla.

Gran, grande.—También este varía de significado según que preceda ó no al substantivo, ya que «*un hombre grande*» se dice en oposición al que es pequeño, y «*un gran hombre*» cuando queremos ponderar su relevante mérito: *libro grande*, de grueso tamaño, *gran libro* de mérito singular.

(1) Cerv. *Quijote.*—I, II.
(2) Sigüenza.—*Vida de San Jerónimo*, 3, 4.
(3) Figueroa.—*Égloga pastoral.*
(4) Márquez.—*Los dos estados de la espiritual Jerusalén.*
(5) Fr. Luis de León.—*A Salinas.*
(6) Ibid.—*Poes.*

Ahora bien, si tratásemos de buscar el fundamento de tamaña diferencia, quizá nos atreviéramos á decir, aunque con el temor propio de quien aventura una opinión particular, que *gran* va delante del nombre cuando tiene fuerza de superlativo, por ejemplo: «*una gran sala*» y que le sigue si expresa la idea en grado inferior ó positivo, v. gr.: «*una sala grande*». Fuera de esto, puede establecerse *casi* como regla general que precede al substantivo, quizá porque en la mayoría de las veces nos valemos de él para significar el grado más eminente. Así lo acreditan numerosos testimonios de los clásicos, que hemos podido allegar, y que debemos reservar para una monografía sobre el adjetivo.

De dos libros modernos, que ya son clásicos: «*D. Juan Ruiz de Alarcón*», por Fernández-Guerra, y «*La novela del Egipto*», de Castro y Serrano, se toman los siguientes ejemplos, argumento de las vacilaciones que ofrece materia tan compleja, y de que no se ha encontrado aún, porque no lo hay, algo que como el hilo de Ariadna nos conduzca por este nuevo laberinto. ¡Quién hubiera sospechado que en la mejor prosa castellana de este siglo, según afirmación de Menéndez y Pelayo, toparíamos con frases como estas, en las que el susodicho adjetivo, usado metafóricamente y con énfasis, va después del nombre.

«Poblaba la piedad los templos, y disponíase el espíritu para *cosas grandes*, ahora oyendo en el convento de S. Agustín declamar en lengua española, ahora en la Compañía de Jesús, al Cicerón mejicano, Juan de Tovar.» (Pág. 108).

«Cierta vez, alborotándose el corcel con la algazara de los mosqueteros, vino á morir un hijo varón, que fué *pérdida grande* para la posteridad de Villegas.» (Pág. 186).

Y el conflicto se agranda por los gramáticos, Salvá y Bello, por ejemplo, cuando dan como regla, poco menos que infalible, la siguiente:

Se dice *grande* antes de vocal, y *gran* cuando este adjetivo precede á un nombre que principia por consonante.

¿Es cierto? El lector responderá después de leer lo que sigue, entresacado de las dos obras arriba dichas:

Gran balumba,	G.	p.	435.
Gran bulto,	G.	p.	75.
Gran calma,	C.	p.	33.
Gran campo,	C.	p.	50.
Gran ciudad.	G.	p.	36, 84, 112.
Gran comezón,	G.	p.	15.
Gran contentamiento,	G.	p.	20.
Gran corriente,	G.	p.	14.
Gran cosa,	C.	p.	68.
Gran frieldad.	G.	p.	89.
Gran pericia.	G.	p.	110.
Gran presteza,	C.	p.	67.

Gran acontecimiento,	G.	p.	111.
Gran afán,	C.	p.	67.
Gran época.	C.	p.	40.
Gran escolta.	G.	p.	52.
Gran esmero,	G.	p.	31.
Gran imperio,	C.	p.	47.

Grande fiesta,	G.	p.	33.

Allá se arregle con su conciencia el que, visto lo anterior, quiera continuar defendiendo lo insostenible: el *absolutismo* gramatical y retórico.

¿Qué resta, pues, de aquellas afirmaciones tan categóricas sobre la colocación del adjetivo? ¿No es también, por ventura, muy discutible aquella otra, convertida ya en

REGLA: «El adjetivo debe ir colocado antes del substantivo, cuando expresa cualidad inherente á la naturaleza del nombre y no accidental; v. gr,: *blanca nieve, duro bronce,* pues no hay *bronce blando* ni *nieve negra?*»

Ocurre preguntar: ¿Es cualidad inherente al pundonor, á las dulzuras, á toda doctrina, á un código, á las empresas, el ser respectivamente: falso, inefables, funesta, profanos, nefando y

satánicas? Pues un académico de los más pulcros, el inimitable traductor de «*Los esposos*», *de Manzoni*, dice en las páginas 15, 35, 73, 83, 86 y 110 de su libro «*La entrada en el mundo*»:

Espantoso	código.
Falso	pundonor.
Funesta	doctrina.
Inefables	dulzuras.
Profanos	altares.
Satánicas	empresas.

VII

ALTO

Para no ser temerarios, diremos que *alto* gusta ir delante del substantivo cuando se le emplea como epíteto, en sentido metafórico y en las descripciones poéticas, porque, sobre ser más elegante esta construcción, diríase que el uso, inspirándose en la tradición latina que decía *altum vulnus*, *altum silentium*, lo tiene así consagrado desde largo tiempo.

«Eran tan *altos* sus pensamientos que se corría si le llamaba barbero.» (Quevedo.—*Gran Tacaño)*.

«... como más fuerte y de más *altos* pensamientos que yo.» *(Quij.,* I, 12).

«En la más *alta* ocasión que vieron los siglos». *(Quij.*, II, pról.)

«Por vida de mi padre, dijo Sancho, que es la más *alta* cosa que jamás he oído.» *(Quij.,* I, 25).

«Confiado en su *alta* imparcialidad como en mi propia justicia.» (Jove-Llanos.—*Defensa de la Junta central)*.

«Soberana y alta Señora». (Carta de D. Quijote á Dulcinea del Toboso.)

Observación.—Lo ALTO, *cuando no es propio de una especie, sino privilegio de pocos ó de uno solo, va casi siempre en pos del nombre; en caso contrario, antes*. Hay pocas excepciones, y éstas hijas de la harmonía. Así se dice: «es un hombre *alto,* mujer *alta,* salario *alto*». Lo que no está bien empleado,

aunque lo defienden todos los discípulos de Esculapio, es lo de *altas dosis*, porque ellas serán grandes ó pequeñas, pero *altas*, nunca; y aún es peor aquello de presencia *alta* y *arrogante*, como escriben algunos traductores que saben algo de francés y casi nada de castellano, pues en esta tierra no se conocen presencias *altas* ni *bajas*, sino *buenas* ó *malas*.

«*Alta política*», ese es otro cantar.

Según advierte Gallardo (en su *Diccionario crítico-burlesco)*, es sinónimo de lo que Bonaparte llamaba *ma politique à moi*. En España, desde Felipe II, y acaso antes, siempre se ha dicho «*razón de Estado*», indicando con estas dos palabras todo lo que atañe á *la suprema ley de la nación*, exigencia en cierto modo análoga al *salus populi* de los romanos. Los mismos galiparlistas, que se regodean con la *alta política*, cuando quizá han saltado por lo más *alto* de la razón y de la justicia, usan también otra locución del mismo cuño, que quieren hacer pasar como moneda corriente; nos referimos á la expresión «*alta policía*»; valiéndose, pues, de esta jerigonza dicen que tal ó cual resolución se ha tomado por razones de *alta policía*.

«De esta gloria y de esta quietud me vino á quitar una señora, que á mi parecer llaman por ahí *razón de Estado*, que cuando se cumple, se ha de descubrir con otras muchas razones».—(Cervantes.—*El Coloquio de los perros*.)

EJERCICIOS

Alta crítica, para significar lo que con alteza de miras y fina sensibilidad desentraña el mérito de las obras literarias, no hay inconveniente, siempre que se evite el abuso, en darla carta de naturaleza.

1.º Se descubrían varias islas bordadas de tilos y álamos *altos*.

Siendo la altura cualidad propia de los álamos, ¿ha de preceder el adjetivo?

2.º «Los *altos* cielos...»

¿Por qué no puede decirse los cielos *altos*?

3.º «Desde los *altos* montes de la luna...»

¿Sería más correcto «*desde los montes altos...*?»

4.º «En los lugares *altos* sopla más el viento.»

¿Está bien colocado en este ejemplo el adjetivo *altos*?

5.º ¿Significan lo mismo *Alta Majestad* y *Majestad alta*?

6.º Ha sido detenido por razones de *alta política;* ha sido detenido por razones de *buen gobierno;* ¿cuál de estas dos frases parece más castiza?

VIII

ADJETIVOS QUE VARÍAN DE SIGNIFICACIÓN SEGÚN EL LUGAR QUE OCUPAN

Mano diestra se dice en contraposición á zurda, pues *diestra mano* tiene el significado de *hábil.*

Amigo particular indica al que se honra con la amistad de otro, por más que sean adversarios políticos: mi *particular* amigo, se decía antes en oposición á la generalidad de los amigos.

Un simple criado vale tanto como *persona que no* pasa de la condición de sirviente, y un *criado simple (sin pliegues*, hablando etimológicamente) expresa que tiene poco discurso, que es un mentecato.

Ciertas noticias se toma en sentido indeterminado: *noticias ciertas* quiere decir *verdaderas, seguras, indubitables.*

La independencia temporal de Roma significa la unión del poder civil y espiritual en la persona del Papa: *la temporal independencia de Roma* equivale á la independencia de la ciudad eterna por un período de tiempo más ó menos limitado.

Santo Padre:

Una mujer de manto
no ha de llamar al Papa *el Padre Santo;*
porque cuadre ó no cuadre,
es más francés llamarle *el Santo Padre.*

(Rebusco de las obras literarias del P. Isla, pág. 180).

Antes los ignorantes, lo mismo que los sabios, llamaban al Sumo Pontífice *el Padre Santo;* y de algún tiempo á esta parte hay quien le antepone el adjetivo, confundiéndole con los *Santos Padres*, á quienes por su ciencia y su piedad, ha dado este nombre

la Iglesia». (Olózaga.—Discurso de recepción en la Real Academia Española, pág. 17.)

Padre Santo, ¿me da usted una limosnita por amor de Dios?» : he ahí el apóstrofe con que una pordiosera se dirigía á cuantos eclesiásticos acertaban á pasar por su lado. Tengo para mí, que la tal mujer decía esto por cuquería y como medio de llamar la atención; pero es fuerza confesar que no andaba descaminada en punto á la colocación del sobredicho adjetivo; y si no véase cómo se expresa Berceo en la copla 314 de la *Vida de Santo Domingo de Silos:*

Fincó el *Padre Santo*, entró en su mongía
al Criador sirviéndole et á Sancta María.

(D. T. Sánchez.—*Poesías castellanas anteriores al siglo* XV, t. II, p. 40).

Con todo, es muy para tenerse en cuenta que damos al Papa el tratamiento de *Santísimo Padre* y no el de *Padre Santísimo*. ¿Será que empleamos este superlativo al modo de los historiadores eclesiásticos que dicen «*Sanctissimus Dominus noster?*»

Quédese allá para nuestros vecinos decir: *le Saint-Père, le Saint-Esprit, fausse clef, fausse monnie* y *faux témoin;* nosotros, invirtiendo el orden que estas palabras guardan en francés, las traduciremos, porque así lo quiere el supremo legislador de la lengua del siguiente modo: el *Padre Santo*, el *Espíritu Santo*, *llave falsa*, *moneda falsa* y *testigo falso*.

Sería de ver que por imitar de todo en todo á los de allende el Pirineo, dijésemos en lugar de «*el santo óleo*, *los santos óleos*, *la extrema unción*», que es lo corriente en Castilla: «*los santos aceites*», traducción literal de «*les saintes huiles*, la *unción extrema*».

REGLA.—*No es lícito alterar el lugar del adjetivo, si de su anteposición ó posposición resultare distinto significado;* verbigracia: «*noticia cierta*», es igual á verdadera; «*cierta noticia*» quiere decir una noticia vaga é indeterminada; «*vino nuevo*» se dice en contraposición á vino añejo, y «*nuevo vino*» es vino distinto del que se estaba tratando; «*buena vida*» es vida llena de comodidades, vida regalada, y «*vida buena*» quiere decir perfecta, virtuosa.

EJERCICIOS

1.° ¿Qué [illegible] se lleva—Fulano tiene [illegible].

¿Significan lo mismo estas dos frases, ó en otros términos, es indiferente en este caso la colocación del adjetivo?

2.° *Papeles varios*, ó sea de diferentes asuntos, y *varios papeles*, para dar á entender que son unos cuantos, muchos.

Alexander magnus, parvus corpore.

¿Es libre en ambos casos la colocación del adjetivo?

3.° ¿Tienen igual sentido:

Mi *casa nueva* y mi *nueva casa?*

4.° *Buenos días*, y *días buenos.—El mismo rey, el rey mismo.—Hombre bueno, buen hombre.*

Explicar la diferencia que hay en estos tres ejemplos.

5.° *Grande* sentimiento—*gran* caída,—*grande* encantador, que se lee en el c. 5, I, del *Quijote*, ¿va el adjetivo delante, porque en los tres casos tiene fuerza de superlativo, ó bien porque en uno de ellos recibiría distinta significación si fuese después?

6.° *Grande* emperador, emperador *grande*.

Por ventura, ¿es aquí indiferente la colocación del adjetivo?

7.° GENTIL puede ser adjetivo, si le empleamos en son de elogio y significando *gallardo, excelente;* cuando denota vituperio, v. g., *pagano, idólatra*, es substantivo. En la primera acepción dió origen á *gentileza*, vocablo que vale tanto como *hermosura, gallardía;* de la segunda nacieron *gentilidad* y *gentilismo*, voces bien conocidas.

Historiador *gentil, gentil* historiador.

¿Está usado en ambos ejemplos como adjetivo?

8.° «Y llegándose á él le dijo casi sin mover los labios: *gentil* ánimo para gitano.»

«Era muy grande hablador y muy gentil latino.»

(Cerv.—*La Gitanilla... Quij.* I, 22).

Gentil cosa es... Por Dios que esa es una *gentil* pregunta.

(Valdés).

Cuando esta voz se usa como adjetivo, ¿es igual que vaya antes ó después del nombre?

IX

DIMINUTIVOS (1)

Origen de la fecundidad de nuestro idioma, han venido á caer en la miseria más espantosa. Ayer, validos de su gracia, deslumbraban los tiernos ojuelos, «*flendo turgiduli rubent ocelli*» (2), de su madre la lengua latina; hoy, la francesa, prima hermana del castellano, despechada porque nunca le nacieron hijos tan lindos, tiene á los de España en el vergonzoso destierro á que los han condenado ingratos y descastados escritores. Pasaron los días en que se solazaban con el *ceguezuelo* amor y las *simples avecillas* en el *prado de la aldehuela;* aquellos días venturosos en que el príncipe de nuestros líricos cifraba su contento en

> ... una *pobrecilla*
> mesa, de amable paz bien abastada (3);

aquellos días en que el famoso hidalgo, corriendo toda suerte de riesgos, decía con el mayor denuedo: *¿Leoncitos á mí? ¿A mí leoncitos y á tales horas?*» (4).

Dichosa lengua esta en la que el venerable Granada vertía así un pasaje conmovedor del Evangelio: «*Cuando tal hicisteis á uno de estos* PEQUEÑUELOS *míos, á mí me lo hicisteis*» (5); lengua afortunada en la que los místicos, y al frente de ellos una ilustre Doctora, llamaba con sin par belleza: «*palomita*» á el alma; triste, porque participando de las mudanzas del cuerpo, está «*encarceladita*» (6) acá en el mundo.

Si es tan peregrina la hermosura de los diminutivos, se dirá: ¿por qué no arrancar de ese nuevo linaje de ostracismo á estos

(1) Como pueden ser substantivos, adjetivos, y aun otra palabra, se ha creído preferible tratar de ellos en este lugar.

(2) Catulo.

(3) F. Luis de León.—*La vida del campo.*

(4) *Quij.* II, 17.

(5) *En el libro de la oración.*

(6) *Vida de Santa Teresa*, caps. 11 y 20.

desventurados hijuelos? ¿Lo impide acaso el brutal sistema literario de los que andan reñidos con los dulces afectos que despierta aquél:

> Las *parleruelas* aves
> una acordada música hacían
> de voces tan süaves,
> que el alma enternecían,
> y en amor de su esposo le encendían ..? (1).

¡Pobrecitos! No saben que las terminaciones guardan relación con las ideas que representan, y aun con los sentimientos de los que la usan; desconocen que no todo es almíbar en los diminutivos, que no siempre reina en ellos el tono quejumbroso, deleite de las almas ingenuas. Dense una *vueltecita* estos críticos por el campo de nuestra literatura, y toparán con Berceo, quien poseído de la mayor indignación, llamaba *judezno* á un niño judío; abran el vocabulario de Germanía y hallarán que *rufezno (rufiancete)*, es el hijo del rufián; lean la crónica del Rey D. Pedro de Castilla, y verán cómo los niños moros llevaban, en señal de estigma, el diminutivo de *moreznos,* terminaciones de desprecio que están anticuadas con perjuicio de nuestro idioma, y que con las en *ejo* y *uela*, v. g.: *librejo, mujerzuela,* y más que no se citan, son argumento irrefutable de que no siempre corren por los diminutivos arroyos de leche y miel.

Los que han puesto su empeño en desacreditar perlas tan preciosas como menudas, arguyen diciendo que los diminutivos achican el entendimiento, hacen aniñado al escritor, enojan con su empalagosa dulcedumbre, y muestran pertenecer, así lo dice un famoso novelista en su carta á la *Prensa* de Buenos Aires, á idiomas *primitivos*, esto es, poco trabajados ó sin cultivo alguno. Tamaña hipótesis merece ser engalanada con argumentos de valer; merece el prestigio de la afirmación con pruebas: vivamente las esperamos.

Cuando se arranquen de la inmortal novela páginas embellecidas con tan lindos dijes; cuando los racionalistas que han escu-

(1) F. de León.—*A la vida religiosa.*

driñado la filosofía de nuestros místicos se retracten y nos digan que estos escritores eran de entendimiento aniñado; cuando se demuestre que asturianos y gallegos no son afectuosos por ingénita bondad, sino merced á la condición de su idioma enteramente *primitivo*, y que en la mayoría de los casos el dejo encantador de los diminutivos catalanes no responde á la sencillez, á la ternura de sus antiguas y populares costumbres; cuando salgan á la vergüenza, no ya nuestros cancioneros, dulces de suyo, sino los graves historiadores, los grandilocuentes épicos, para que demanden perdón por el uso de las piedrezuelas que ahora examinamos; en suma, cuando los enemigos de estas joyas rindan la cuenta que aquí se les pide, entonces, sólo entonces, tendrán derecho para defender que dichas palabras no estén en relación con el genio de un Cervantes, de un Coloma, nuestro antiguo historiador, de un Ercilla, el cantor de la Araucana; sino con la pobreza de idiomas *nuevecitos*, poco cultivados, sin construcción, ajenos de ese acento propio de la edad viril.

Mientras llegan nuevas tan deseadas, permítasenos sostener que es otra, hablando á lo vulgar, la madre del cordero, que en Francia (1), mejor aún, en nuestro desmedido amor á su lengua, háse de buscar la causa de tan grande ojeriza, pues, como decía Vargas Ponce, á fines del pasado siglo, ya estaban «á punto de perderse todos los diminutivos, en atención, continúa, á que en el día *(entonces,* y *ahora)* no se da una *vueltecita,* ó un *paseito,* ni se detiene uno un *ratico* con un paisano; ni se lee un *librito;* sino que se da un *pequeño* paseo, se para un *pequeño* rato, y se lee un *pequeño* libro, y de todos modos nos volvemos *pequeños* (2).

En el siglo XVI, y aun antes, se decía también: un *pequeño libro*, pero esto era *rerum vices;* Ginés Pérez de Hita lo usa en *Los Bandos de Zegríes* y *Abencerrajes:* «El qual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro...» (Cap. XVII).

(1) Los pocos diminutivos de que gozó el idioma francés en sus comienzos no han podido sobrevivir; *babillard* señala más bien una propensión á babiler, algo que constituye un hábito, como los sufijos en *eur* y *euse*.

(2) *Declamación contra los abusos introducidos en el castellano*, pág. 178.

> Y rabie Garci-Lasso norabuena,
> que si él hablaba lengua castellana,
> yo hablo la lengua que me da la gana.
>
> (Iriarte).

Fuerza es confesarlo: no parece sino que el adjetivo *pequeño (petit)*, á fuer de monarca despótico, ha lanzado del solio á nuestros amables *reyecitos*, á los diminutivos. En buen hora que al modo de los clásicos le agasajemos cuando la oportunidad lo pida; mas, ¡por Dios!, que este desprendimiento no se trueque en despilfarro, porque tras él huirían del idioma los *amorcillos*, las tiernas gracias y afectuosos donaires.

Que no entra en el ánimo de la Real Academia Española autorizar la proscripción de los diminutivos, nos lo dirá claramente un párrafo compuesto, sin duda alguna, por quien, á la cualidad de gramático, unía la de escritor de imaginación, y que por venir aquí como de perlas, queremos transcribir:

«Los aumentativos y diminutivos, tanto como los despectivos, son de suyo en nuestra lengua castellana voces efectivas, y ya expresan amor, cariño, inclinación, admiración, atención ó respeto hacia las personas ó cosas, ya la confianza con que las tratamos, ya la estimación en que las tenemos, ya la indiferencia, el desdén ó el desprecio que nos inspiran. En el seno é íntimo trato de una familia, donde todos se denominasen Pedro, la mujer llamaría *Perico* al marido, *Periquito* al hijo, *Periquillo* al criado, muchacho de poca edad, y al zagalón entrado en años: *Pedro* á secas. De este último podría llegar á decir que era un *bribonazo;* y de aquél, un *bellacuelo*. En momentos de murria, tendría al marido por un *tontín*, *cegato* y *beatuco*, un alma de Dios, que sólo se cuidaba de *libracos* viejos, yéndosele la hacienda entre las manos, como la sal en el agua. Lamentaríase de que un *galancete*, con cuatro miraduras y *requebrajos*, sin tener sobre qué caerse muerto, sacase de sus *casillas* á *Paulita;* y que esta *mocosuela, marisabidilla* y *respondona*, hecha una *gatica* de Mari Ramos, tuviera al menor descuido puestos los ojos en la calle, y no en la costura. Desesperaríala que *Periquito*, siendo un *mocetón* como un hastial, pasase todo el día en el *patinillo* jugando á la *rayuela*. Y le acabaría la paciencia el vivir en un *caserón* des-

tartalado, con tal vecindad como la del *casucho* de enfrente y la *calleja* de la espalda, por donde no pasa sino *gentuza;* viniendo á echar de menos, cada hora que daba el reloj, la casa de sus padres, hecha siempre una *tacita* de plata, y la vecindad de la *condesita* y del señor brigadier, tan *guapetón* y comedido.»

Puede afirmarse que cierta especie particular de los diminutivos nace del latín, v. g.: *molécula,* de la raíz *mole,* antepuesta una *c; opúsculo,* de *opus* (obra); *partícula,* de *parti* (parte); *corpúsculo,* de *corpus* (cuerpo): *glóbulo,* de *globus* (globo); *párvulo,* de *parvus* (pequeño), etc., etc.

Que los diminutivos tomaron desde antiguo ancho y espacioso, vuelo, se demuestra por el gran número de terminaciones que aún no hemos citado; así: de los acabados en *ea, aldea,* sale, por ejemplo: *aldehuela;* en *ia, María Marihuela* (*Mariquita, Maruja, Maricuela* y *Mariquilla,* son más usados); en *e, pajecillo, cantarcillo;* en *on* y *azo, picarón, picaronazo;* en *in, peluquín; uca* y *ucho, casucha, serrucho,* etc., etc., á las que han de añadirse las de los nombres que sirven para designar á los animales pequeños, pues aunque no se formen como las ya dichas, bien pueden asociarse por la significación á los diminutivos, como *palomino, lobezno, viborezno,* etc.

Reglas.—1.ª Son diminutivos los nombres, adjetivos, algunos gerundios, particicipios y adverbios que empequeñecen ó menguan su propia significación; v. g.: *jardincillo, tiernecito, aficionadillo, callandito, muertecita, cerquita.*

2.ª Esta disminución de significado se expresa en castellano mediante ciertas desinencias rítmicas, siendo las más comunes: *ito, illo, ico.*

El descrédito en que han caído los diminutivos, origen de riqueza para el lenguaje, se debe, ya al horror de los que entienden que el empleo de estas voces es peculiar de idiomas poco cultivados, bien al influjo del francés, que por carecer de tan preciada gala echa mano á cada momento del adjetivo *petit, pequeño* (usado con cierta economía por nuestros clásicos), ó á que las terminaciones diminutivas se tornan empalagosas con el desmedido uso.

3.ª No todas las palabras acrecientan ó menguan su propio significado; las hay que gustan acompañarse de un adjetivo de cantidad para expresar la disminución ó aumento.

EJERCICIOS

1.º Siendo las terminaciones *on*, *ote*, las mismas para los aumentativos y diminutivos, se desea saber si pertenecen á la última especie las voces *islote*, *carretón*, *camarote* y otras. ¿Acontece lo mismo con el vocablo *asnejón*?

2.º Los nombres despectivos ó menospreciativos: *beatuco*, *cegato*, *poetastro*, ¿pueden considerarse también como diminutivos, ya que no son aumentativos?

3.º Sin pedir licencia á su dueño, tomó *(Rocinante)* un *trotillo* algo *picadillo*.

(*Quij.*, I, 15.)

Siendo regla que los vocablos terminados en *e* no la pierden, si constan de dos sílabas, ¿como debió formarse el diminutivo de *trote*?

4.º Y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos dieron en un *pradecillo*.

(*Id.*, 20.)

Si los nombres acabados en *o* precedida de consonante, forman el diminutivo mudando la *o* en *illo*, ¿ha de decirse *pradillo*?

5.º ... Y en oyéndolo D. Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te digo, *Sanchuelo*, que eres el mayor *bellacuelo* que hay en España...

(*Id.*, 37.)

Entrambas palabras (las subrayadas), indican la pequeñez y lo despreciable del sujeto á quien se aplican; ¿han de reputarse, pues, como simplemente *despectivas*?

Si las voces graves que admiten la desinencia *uelo* acaban en dos vocales, que no forman diptongo, y la penúltima es *e* ó *i* acentuadas, v. gr.: *aldea*, *picardía*, ¿se limitan á perder la última vocal, como en *Sancho* y *bellaco*, ó bien reciben por eufonía una *h* en lugar de la *g*, que el vulgo y hasta algunos escritores suelen intercalar?

6.º Si las personas para quienes tuve intención de hacer esta obra, se quisieren aprovechar de este *pequeño* trabajo... (1),

Un *pequeño* pajecico
llora y lamenta su cuita...
que con *pequeña* ocasión
de mi presencia te apartas (2).

¿qué haremos de estos *pequeños* libros que quedan?

---

(1) *Retr. de Guzmán*, p. 3.
(2) *Rom. de Durán*, I, 85; II, 62.

Al tenor de éstas pudieran aducirse muchas citas para probar que en España no es sistemático el uso de los diminutivos, puesto que no hay enemistad contra el adjetivo «*pequeño*»; mas, se pregunta, ¿sería de buen gusto traducir: *parvulis* (1) *proelus cum nostris contendebant* (2), «trababan con los nuestros *pequeñas* batallas?»

Por ventura, ¿habría más propiedad en la expresión si huyendo á la vez de *pequeño* y de los diminutivos, tradujésemos «*escaramuzas*?»

CAPÍTULO VII

Del verbo.

Rey de la oración, alma del discurso, puente colgado por la inteligencia entre las márgenes del sujeto y las de la cosa ejecutada; el verbo, palabra por antonomasia, es decir, por excelencia, la que traduce maravillosamente la afirmación del espíritu; la única dicción que concentra en sí todo el objeto de la elocución; vocablo que los pueblos salvajes suplen casi siempre con interjecciones, con el tono de la voz, con gestos y actitudes; medios primitivos, que también han llegado hasta nosotros, pero que no los usamos como en los albores de la historia, sino en casos excepcionales; el verbo, en fin, con sus accidentes de modo, tiempo, número y persona, solicita con singular empeño nuestra atención, ya que nada es más importante, según ha dicho Goold Brown, en la gramática de una lengua, como el perfecto conocimiento de este organismo viviente, sin el cual diríase que el discurso parece un cadáver.

Aun no entrando en el *mare magnum* de las definiciones del verbo; dejando aparte otros puntos situados en confines que tocan no sólo á la gramática sino á la más alta filosofía; aun ciñéndonos á unas cuantas observaciones prácticas, á fin de iniciar con ellas á los que desconocen lo más elemental en el difícil arte de la composición, todavía cabe decir que es vastísimo el campo que

---

(1) *Párvulus* es en latín una especie de *diminutivo*, y si no place tal denominación [illegible], hablando á la moderna: de [illegible], a, um, *pequeño*.

(2) *De bello gallico*, lib. II, cap. 30.

falta por recorrer. Limitaremos, sin embargo, su extensión, tratando solamente de los errores en que suelen incurrir los que desconocen la sintaxis castellana; pero mezclando esta enseñanza, á fin de que aliente á los que *temen pecar*, con gallardos ejemplos en los que se vea el homenaje que al verbo rindieron en todo tiempo los escritores más cuidadosos y elegantes.

I

VERBOS IRREGULARES

Antes de engolfarnos en las profundidades de la Gramática, será bien demos una mirada por la superficie á fin de no resbalar; las caídas en este punto suelen ser fatales.

«La lengua castellana es riquísima en verbos: entre simples y compuestos, regulares é irregulares, anticuados y de uso corriente, cuenta sobre diez mil.

De éstos, como seis mil pertenecen á la primera conjugación, tres mil á la segunda, y mil á la tercera.

Los verbos irregulares son aproximadamente novecientos, contando con los anticuados y compuestos, consten ó no en el Diccionario de la Academia, pero que se reducen á un número limitado relativamente de simples y corrientes.»

Andar.— A los parvulitos que dicen: «no *andáramos* tan mal en España si imitásemos á las naciones más civilizadas», hay que recordarles que el primer verbo *anda* entre los que tienen alguna irregularidad, y que lo es en el pretérito: *anduve* y en sus afines: *anduviera*, *anduviese*. Abracen, pues, esta santa regla y marcharán por el camino de la perfección. Si alguien lo *niega* le diremos que ésta, en punto á lenguaje, se cifra, por ejemplo, en saber cuándo un verbo, de suyo irregular, se regulariza, y cuándo los regulares quebrantan la regla; ahí está el toque de la perfección, y si no que lo diga el verbo

Anegar.

lágrimas son de hiel que el alma *anegan.*
El llanto que al dolor los ojos niegan,

(E.—*Diablo Mundo*, c. II).

Si les pica á ustedes la curiosidad lean, que no les ha de pesar, lo que añade Cuervo:

«En éste, en Espronceda, el error se ocasiona de su semejanza con *negar*, que sí es irregular. Pero estos verbos son de orígenes totalmente distintos: el último es del latín *negare* (compuesto de *ne* y la raíz de *ajo*) (1), y el otro de *enecare*, matar, usado en el sentido de ahogar en la baja latinidad, lo mismo que el simple *necare;* de donde en varios dialectos italianos *negare, negá, nagar,* en provenzal *negar*, en francés *noyer*, en válaco *innec.* (Diez. *W B;* Cihac, *Dicctionnaire d'étimologie dacoromane, I).*—Las formas *aniega, aniegan* se hallan ya en Juan de Castellanos *(Varones ilustres de Indias, pte. II, elogio de Orozco, canto II;* lo mismo otras veces.)

Asir (2).—*Asgo* el cielo con las manos, dice este verbo, cuando me quieren identificar con *aso,* y á mí: *asga* él, *asgamos* nosotros, *asgan* ellos; con *ase* él, *asemos* nosotros, *asen* ellos.

Asolar.—Se han empeñado hasta los que presumen escribir con la debida corrección, que digamos *asola* en la tercera persona de singular del presente de indicativo, y están á punto de salirse con la suya. Oigan ustedes á un señor que se complace en dar palmetazos á los *chicos de la prensa:*

«Ese escritor debiera saber que, al ocurrir un pedrisco que *asola* una comarca, los habitantes de la misma no notan *de* momento los efectos.»

Dos ultrajes se han inferido en este parrafito al idioma: *ese*

---

(1) *Aio* está por *ag-io*, como *maior* por *mag-ior*, y la raíz es *ag*, decir, á la cual (desechando la etimología vulgar *ad agendum)* refiere acertadamente Corssen *ad-agium*, esto es, *lo dicho á* (cierto propósito). Véase Curtius, *Grundzüge der Griechischen Etymologie*, pág. 401. (Leipzig, 1873).

(2) Tomar, coger.

periodista, si no *sabe* Gramática, enseñanza para la que muchos tienen dispensa, al menos debiera haber leído aquellos versos de Quintana:

> Dijo: y cual rayo que volando *atierra*,
> ó como trueno que bramando espanta,
>
> (*Oda* á Juan de Padilla).

También pudiera y debiera saber que ese *de* momento es: *por* en buen castellano.

Los que jamás lo aprendieron se van con el vulgo y nos encajan *pliegue* á Dios, que es un contento. Confunden estos vulgarotes el verbo plegar: *pliega*, *pliegue*, con *placer*, cuando se usa como impersonal: *plugo*, *pluguiera*.

«*Plegue* al cielo, que un príncipe de su nombre (Alfonso X), de ese nombre que simboliza tantas glorias españolas, acierte á dar un día honra y brillo al trono, nuevo lustre y esplendor á las letras, sosiego y ventura á los hombres de nuestra Patria.» (D. M. Lafuente, en la Academia de la Historia.)

Si por inescrutables designios del Omnipotente (*pléguele* no tenerlos nunca jamás), en aciago día se desatase sobre la última una castástrofe como la que inmoló á su hermana...» (Pi.—C. página 450).

Atestar, por *llenar*, tiene la irregularidad de *atiesta;* mas no hemos de sulfurarnos con los que digan *atesta* siguiendo á Moratín, hijo, en aquello de: «le *atesta* la virtud».

Cimentar y **desempedrar**.—Si todavía pareciere esto poca base para juzgar del caso, vayan en busca de otros *cimientos*, y encontrarán á *cimentar* quejándose amargamente de los que piden se *cimente* el orden social en nuevos principios. ¿Qué diablos de principios, ni qué firmeza ha de haber allí donde no se *cimientan* bien las columnas del Estado? ¿No ven que viene ya la artillería *desempedrando calles* para destruir á cañonazos el edificio? Por ventura, ¿no saben lo que es ir *desempedrando calles*? Pues en este ejemplo es ir corriendo en busca del enemigo para cebarse en él; cosa muy distinta de cuando las brigadas del

empedrado desempiedran nuestras calles por orden del Municipio. Dejemos la alegoría y digamos á *la pata la llana:*

Los verbos *cimentar* y *empedrar* salen respectivamente de los substantivos: *cimiento* y *piedra;* luego se ha de decir: él *cimienta*, ellos *empiedran* y aquellos *desempiedran*.

Contradiciería no se puede tolerar ni aun á los niños de la escuela. *Contradiría* dicen y escriben los que paran su atención en tales pormenores.

Decir. - En lo antiguo se usó *diz* por *dice;* ahora sólo tiene empleo en estilo familiar y con la significación de *dicen*. Se empleó lo mismo en obras serias, que en festivas. En un privilegio que dió D. Juan II, se lee: «Por cuanto *diz* que le pusieron en culpa de la muerte de Doña Beatriz, de Catalina, de Fernando, Veinticuatro de Córdoba, é *diz* que fueron inciertos en dicha ciudad en las casas donde el dicho Fernan Alfonso facía su morada...» Pero tal manera de hablar no *dice* hoy bien en el estilo serio.

Desdoraría un discurso sagrado el orador que hablando de Jesús se expresase de este modo: «*Diz* que el Divino Maestro se ocupó durante su vida oculta en, etc.»

En esotro ejemplo sentaría bien y hasta sería gracioso el arcaísmo: «*Diz* que el plato de rigor en ambas ceremonias eran caracoles y mariscos.»

Erguir.—No es muy usado, y lo celebramos, porque pide mucho arte: *irgues* ó *yergues, irgue* ó *yergue, irguen* ó *yerguen*, *irga* ó *yerga* él, *irgan* ó *yergan* ellos, no son en verdad formas de que puedan ufanarse plumas desmañadas. Altanero como su significación, sólo tiene cabida cuando se remedan actitudes magistrales en el mal sentido de la palabra, ó en pasajes solemnes. Véanse ejemplos de lo uno y de lo otro:

«Cuando dicen esto los *nuestros*, ahuecan la voz, *yerguen* la cabeza é imponen el silencio.» *(Los dómines puertas adentro,* pág. 32.)

«Contraste casi igual al que presenta hoy la metrópoli mayor de Europa, donde una opulencia fabulosa que al censo de pobla-

ción da un número relativamente exiguo de almas *yergue* soberbia la frente en medio de la miseria más dilatada, desnuda y famélica.» (Pi.—C. pág. 327.)

Podrir.—Digan ustedes *pudrir* ó *podrir;* yo preferiré siempre la *u* para no tener disgustos con la *o* de *podría* y *podrías*, que por derecho propio pertenece á *poder*.

Reir.—Maldita la gracia que me hacen... el *riyera*, *riyese*, *riyere, riyendo.—Riera, riese*, *riere; riendo*, si no causan risa, tampoco enfadan.

Roer.—Yo no *royo* ó *roigo* los zancajos á nadie porque me usen en la primera ó en la segunda de estas dos formas; pero sí estimo como poco edificante, filológicamente hablando, confundan á *raigo* y *raiga* del verbo *raer* con *rayo*, y *raya*, de *rayo*, pues no hay miedo de que parta un *rayo* á la primera persona del presente de indicativo del verbo *rayar*, porque se vista con el mismo traje ortográfico con que aparece el fuego eléctrico que se desprende repentina y violentamente de las nubes.

Satisfacer.—Sigue la conjugación del simple. Sólo se aparta de éste en que el singular de la segunda persona del imperativo tiene dos formas: *satisfaz* y *satisface*. Ha de mirarse como vulgaridad, y muy reprensible, decir satis*fa*ciera, satis*fa*ciese. A este modo de conjugar de los tontos se oponen las personas cultas, diciendo:

«Al que con tales razones no se *satisficiere*, diréle yo que no invento ni rechazo título: no quito ni pongo diosa: déjome llevar de la opinión corriente: con Venus no quiero nada.» (Pi, página 264.)

EJERCICIOS

1.° ¿Conjugan bien el verbo *asolar* los que escriben: «la guerra *asola* los campos?»

2.° *Apretar* sale del nombre *aprieto;* ¿estará bien dicho: «el sombrero me apreta?»

3.° No es lo mismo *herrar* (con *h*) que *errar* (sin *h*). ¿Se diferencian, á más de la ortografía y de la significación, en cuanto al modo de conjugarse? ¿Se dirá: «nunca *herra* el caballo», «nunca *erra* el golpe?»

4.°

E los cíclopes dejados
en los sus ardientes fornos,
saliré por los adornos
verdes é fértiles prados.

(Santillana, cop. 160).

¿Hay aquí algún verbo irregular? ¿Debiera serlo?

5.° *Aventar*, ¿tiene alguna irregularidad en su conjugación?

II

CONCORDANCIA

Que esta materia sea origen de graves caídas, nos lo mostrarán algunos casos *clínicos*, si así pueden llamarse:

«El extranjero que lea nuestros periódicos de ahora quedará pasmado al ver el desorden, la confusión y el caos que *reinan* en España.»

«El extranjero que lea nuestros periódicos de ahora quedará pasmado al ver el desorden, la confusión y el caos que *reina* en España.»

Para los que dicen que estas pequeñeces no se cotizan en Bolsa; para los que ni estudiaron ni quieren aprender el modo práctico de escribir, les tiene sin cuidado que esté en plural ó en singular el último verbo de las dos cláusulas transcritas.

Imagínanse estos buenos señores que la Gramática se estudia en un periquete, de carretilla, y sobre todo, que por ser cosa de niños, maldita la falta hace conocer tales minucias, porque al fin esto no acredita de *pensador*, sino de *pedantón*. En buena hora, pero ¿acertarían á explicarnos por qué en dicho ejemplo ha de ponerse el verbo en singular?

....

....

¿Se lo diremos...? Parece les cuesta algún trabajillo la contestación:

¿Por qué...? Porque el sujeto es *único.*

Desorden, confusión y *caos.* ¿No son tres cosas? ¿Cómo, pues, se dice que el sujeto es *único?*

Despacito, señores, despacito; ¿no han oído vuesas mercedes aquello de que «*pato, ganso y ansarón tres cosas suenan y una son?*» Pues apliquen el cuento, digo, el refrán; mejor aún, abran ese pícaro Diccionario de la Academia, si no le tienen ojeriza, y verán que *caos*, en sentido figurado, significa lo *mismísimo* que *desorden* y *confusión;* luego el sujeto de la cláusula que estamos estudiando encierra *una idea única*, exagerada, si á ustedes les place, por lo que los retóricos llaman gradación. Luego, siendo el sujeto, como lo es, *único*, el verbo ha de ponerse en singular, que es lo que pretendíamos demostrar... como diría un matemático.

Junto al pecado, no el castigo ni la penitencia, sino la gracia, el primor, y veamos si continúan haciendo mofa de los clásicos. Sirva de ejemplo en primer lugar Cervantes; el príncipe debe ir á la cabeza:

«*La amenidad* y *frescura* de las riberas de este río *hace* notoria y conocida ventaja á las espaciosas del renombrado Betis.»

Al parecer, el sujeto diríase plural; mas si lo consideramos atentamente, la *frescura* es aquí consecuencia de la *amenidad*, por lo que puede afirmarse que *sunt duo in unum* las cosas que conspiran á hacer deleitoso el paisaje; he aquí la razón de por qué el verbo aparece en singular.

«...lo que no había entendido hasta que la *tribulación* y el *mal suceso* se lo hizo entender». (Rivadeneira.—*T. de la Tribulación*, lib. I, c. 7.)

El *mal suceso* no ha de tenerse por cosa distinta de la tribulación; es, para decirlo de un modo material, como una prolongación de la misma idea, ya que forman *una sola* en la mente del escritor; por eso estampa: *hizo* y no *hicieron*, conforme creería otro menos avisado. Y ¿cómo ha de maravillar en la hija de Castilla este que también fué un primor en su madre la lengua latina?

Ordinis haec *virtus erit* et *venus*...

(Epist. ad Pisones, v. 42).

Ya lo ve el lector ilustrado: á los huérfanos de gramática, á los que todavía no les han salido los dientes, debemos dárselo todo mascadito, y decirles:

Regla.—*Si el verbo va antes que el sujeto, ó si los nombres son todos singulares y sinónimos, se pone aquél en singular, y con ello no se rompe la harmonía que deben guardar entre sí el sujeto y el verbo;* por ejemplo: á esto sucedió, como era de esperar, el *alboroto*, el *motín*, y *una completa algarada*.

«Mis treinta años de práctica en la enseñanza de esta asignatura *exige* el rigorismo más absoluto al exponer los preceptos.»

Si el lector supiera guardar reserva, yo le diría en secreto que el partidario de tanto rigorismo es nada menos que un *maestro* é *inspector de instrucción primaria* en... América.

No es la asignatura la que *exige*, señor mío; son las tres *décadas*, los seis *lustros*, los treinta *años;* he ahí los que se muestran *exigentes*, los que *piden*, á los que, por ser el sujeto de la oración, les *exigen* que el verbo vaya, sin mas réplica, donde le manden, y le mandan á plural, para que no aparezca en desacuerdo con quien le rige y gobierna.

Otra reglilla, que daremos luego, se refiere á los colectivos de número singular, y como no faltan los ejemplos en los que, al parecer, cada escritor corre á sus anchas, conviene fijar la atención en estas como aparentes disonancias, y ver cómo es licencia gramatical; pero tan delicada, que pide mucho miramiento y cordura, ya que nuestro oído no está acostumbrado á tales libertades.

«Á esta sazón *pasaron* acaso por el camino *una tropa* de caminantes á caballo.» (Cerv.—*La Gitanilla.)*

Á tal tiempo y coyuntura
llegan los dos á la plaza,
que la flor de caballeros,
de la corte de Granada,
entran por ella corriendo
haciendo grande algazara.

(Romanc. Durán, I, pág. 52).

En esotro ejemplo, de un escritor moderno, se hace gala de clasicismo:

«... lo que se sabe de cierto es que Cristóbal Colón, juntamente con el P. Fr. Juan Marchena, andaba á la sazón buscando *gente* para que le *acompañasen* en la expedición». (En el número de la Revista *La Ciudad de Dios*, Febrero del 91, pág. 216.)

Bueno es consignar que, si bien pocas veces, alguna usaban el verbo en singular:

«Fué tanta la *máquina de gente* y muchachos que *concurrió*.» (P. Sebastián González.—*Cartas inéditas de los jesuítas*, 30 de Febrero de 1644.)

Distinta es la senda que se recorre en estos dos ejemplos:

«Las señaladas partes que tuvo de cuerpo y ánimo *pareció* estragar la insaciable sed de reinar que mostró, mayormente en la menor edad del Rey de Castilla, su sobrino.» *(T. C. de la Elocuencia española*, t. III, pág. 315.)

«Que ninguna cosa quita ó borra el amor más presto de la memoria que *el desdén en los principios* de su nacimiento: *que el desdén en los principios* del amor tiene la misma fuerza que tiene *la hambre* en la vida humana: á *la hambre* y *al sueño se rinde* la valentía, y al *desdén los más gustosos deseos*.» *(Persiles*, lib. 4.°)

REGLAS.—1.ª *Dos ó más nombres singulares unidos por conjunción copulativa equivalen á un sujeto en plural. La naturaleza y fortuna le habían favorecido á competencia.*

Son tantas las excepciones, que sólo copiaremos la de que el verbo puede ponerse en singular cuando va antes del sujeto, ó si los nombres son todos singulares y sinónimos; ejemplo: el *entendimiento*, la *razón* y el *consejo, reside* en los ancianos.

2.ª El empleo de las formas *ra* y *se* del pretérito imperfecto de subjuntivo, en vez del pretérito de indicativo, es manera de decir tan empalagosa y peculiar de oradores noveles, que por la afectación que con ello hacen alarde no deben ser imitados.

3.ª *Si el sujeto fuere un nombre colectivo en singular, el verbo se pondrá también en este número; pero está autorizado usarlo en plural cuando concurran estos dos requisitos:* que el colectivo sea de especie indeterminada, como *número*, *mul-*

titud, gente, pueblo, infinidad, etc.; v. g.: «*salió* á recibirme la *gente* más principal y granada del pueblo»; gente es un nombre colectivo de especie determinada, pues significa las personas de mayor posición social en la localidad. Pero si dijéramos:

«Habiendo llegado el regimiento á deshora, no se *les* pudo proporcionar alojamiento». Como en este ejemplo falta el primer requisito de la regla, á saber: de *especie indeterminada*, y los soldados no lo son, resulta que en vez del plural *les*, se debe decir *le*.

En este otro caso: «Toda la *gente* de la Rambla *comenzaron* á gritar»; falta la segunda condición de la regla, y por consiguiente, la concordancia pide que el verbo esté en singular. No así cuando se reunen ambas condiciones, como en el ejemplo citado por Bello:

«Amotinóse la *gente*, pero á la primera descarga de la tropa *huyeron despavoridos*»; pero conviene usar, dice la Academia, con parsimonia y tino de tales licencias. Cuando el colectivo estuviere modificado por un complemento con *de*, puede ponerse el verbo en plural, aunque el adjetivo ó verbo forme una misma proposición con el singular colectivo. ¿Se cumple esto en los dos ejemplos que van á continuación?

«Ignoran la *mayor parte de los músicos* que pentágrama sólo quiere decir cinco rayas.» (Cortázar.—*Disc. de recepción*, página 43.)

«Habiendo llegado el *regimiento* de lanceros á Alcalá de Henares, no se *alojó* por falta de cuarteles á proposito.»

Los latinos decían: «*Vulgus hominum*» *satis* «*habet*» *nullo malo ab inimicis affici; at viri prudentes etiam utilitatem ex iis capiunt.*»

La concordancia de los pronombres, señaladamente *nos* y *vos*, ofrece la siguiente anomalía, cuando se refieren á prelados de la Iglesia católica. Cierto, no rompen, aun elevados á tan alta dignidad, los sagrados lazos de familia, y al otorgar una gracia á ruego de su anciana madre, el Obispo dice: *Yo* concedo esto á instancia de usted, madre. Gracias, hijo, *tú* me has complacido, y Dios *te* lo pagará con creces. Pero en el caso que el secretario de la Diócesis haya de comunicar la resolución de *Su Ilustrísima* al pretendiente, el documento en que lo haga constar comenzará de este modo:

Nos, D. Luis González y Mendoza, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Solsona, concedemos, etc.

La entidad real y verdadera es siempre una: el Obispo de Solsona, y sin embargo, aparece expresada con el pronombre de primera persona del singular, *yo;* con los de segunda, *tú* y *te*, con el tratamiento *Su Ilustrísima*, que es de tercera persona de singular, y con la voz *Nos*, pronombre de segunda persona de plural.

Tenemos, pues, que *Nos*, plural por su naturaleza, se junta con nombres del número singular; mas guarda concordancia con el verbo *concedemos*.

Trivial en extremo es lo que acaba de explicarse; pero hay personas de carrera que lo ignoran, y en este sentido no huelga la digresión. Por un pecadillo análogo escarneció el célebre P. Isla al autor de aquel famoso libro: *Arte de curar los sabañones*. Se le ocurrió decir al cirujano, no latino, sino romancista: «*Vuestra merced*, sabio doctor, *me enseñaréis*», y allí fué Troya: «¿Habrán visto los moldes, en todos sus luengos días, paloteando de voces más necio ni más estrafalario? Aquel casar la tercera persona de singular con la segunda de plural, ¿no es un matrimonio elegante...?» *Vuestra merced me enseñaréis*, ¿no es un milagro de las concordancias? Y ¿no será muchísima razón que todos demos las gracias al señor latino, porque nos ha librado de la pesadísima forma en que nos habían constituído las reglas gramaticales, precisándonos á concordar el verbo con el nombre en número y persona...? Ya nos hallamos libres de este manantial perenne de solecismos; y así, sin incurrir en la más ligera culpa contra la buena gramática, ni exponernos á que nos silben los chulos, ó nos gruñan los académicos, teniéndonos por vizcaínos, podemos decir sin rubor, con grandísima entereza: «Vuesa merced, señor latino, no sabes lo que te pescáis, porque haces usted una mezcla de lenguaje, que es para alabar á Dios, y vos nos causas risa, como quiera que las simplezas de vos nos muevan á desprecio de ti.» *Obras escogidas* del P. Isla.)

EJERCICIOS

1.° «No parece que há una hora que estamos aquí y da el reloj las tres.»

(*Celestina,* 14).

«Dió las once el reloj, y después las doce.»

(Espinel.—*M. de Obregón,* I, 22).

«En este tiempo dió el reloj la una después de medio día.»

(*Lazarillo,* 3).

«Desta manera anduvimos hasta que dió las once.»

(Ibid, 3).

«Señor, hasta que dió las dos estuve aquí.»

(Ibid, 3.)

«¿No ves que dará las dos?»

(Cerv.—*El rufián dichoso,* I).

Tomados los anteriores ejemplos del *Dic.* de *Const.* y *Reg.*, se pregunta: ¿son más elegantes aquellos en que se calla el sujeto *reloj* ó en los que se suprime?

2.° Y suplica á su *Señoría* (quiso decir á los señores que componían el Claustro de la Universidad de Salamanca) le *hagan* la merced, etc.

(P. Francisco Méndez.—*Vida de Fr. Luis de León).*

En otro párrafo de la misma «*Instancia*» dice: *Á la* Universidad y Claustro.

¿Usó en este ejemplo el nombre «*Señoría*» como colectivo? ¿está bien la concordancia con el verbo hacer?

3.° «Descollando en el hermosísimo *cortejo de todas las virtudes cristianas* que siempre le *acompañaba,* la prudencia más que de hombre, y la caridad de Dios, y de los prójimos por Dios, que abrazaba, etc.»

(P. Juan José de la Torre).

¿Debió decir este elegante escritor «*le acompañaban*?»

En caso afirmativo, ¿cómo podría defenderse esa concordancia?

4.° «Allí, pues, se le *representa* al hombre todos los pecados de la vida pasada como un *escuadrón* de enemigos que vienen á caer sobre él.»

(F. L. de Gran.—*Meditaciones).*

Siendo *escuadrón* nombre que indica muchedumbre, ¿es indiferente que vaya el verbo en singular ó en plural?

5.° «La exorbitancia del cuello y puños *era* tal, que en el cuello se *escondía* y sepultaba el rostro, y en los puños los brazos.»

(Cerv.—*Adjunta al viaje del Parnaso*).

Escondía, ¿puede concordar, por elipsis, con *puños*? ¿Tiene paridad esto con aquel giro latino: *Homerus et Hesiodus «fuit» ante Romam conditam*, ó bien obedece á distinta regla?

6.° *Todas las dueñas le sellaron*, y otra mucha gente de casa le pellizcaron.

(*Quij.*, II, 69).

¿Concuerdan *gente* y *pellizcaron*?

7.° *Cada una* de estas relaciones *son* el origen de una multitud de palabras...

¿Debe tolerarse la concordancia de *cada una* y *son*?

8.° La *generosidad* de sus luces *debían* inspirarle generosas ideas...

¿Puede señalar aquí un gramático remirado y quisquilloso algún pecado contra la pureza gramatical?

III

USO DE LOS TIEMPOS

El significado fundamental de los mismos es materia que, por su elevación, cae de lleno en el campo de la filosofía, con la que no han de estar reñidos los libros eminentemente prácticos; pero que tampoco se les ha de consentir hacerla único objeto de sus amores, ya que otro es el blanco á donde tiran y se encaminan. Que tal sea el de este libro, lo tienen bien acreditado las páginas anteriores, y para que no aparezcan en contradicción las que siguen, hemos de ceñirnos á los consejos y advertencias que puedan ser más beneficiosos en la práctica.

Si merced al *pretérito* vemos las cosas con frialdad, por ventura, con indiferencia, en razón á que la memoria nos las presenta allá á lo lejos y como envueltas entre nubes; si en la acción del *futuro* vislumbramos lo por venir aún más confusamente, pues diríase que los acontecimientos semejan líneas borrosas trazadas en un plano imaginario; síguese que una buena parte de los he-

chos referidos causará tanta mayor impresión cuanto más vivas fueren las representaciones mentales, cuanto más animadas aparezcan delante de los ojos, cuanto más verosímil creamos la relación de coexistencia. De aquí nace la mutación de tiempos, de personas, de géneros y números, adorno propio en momentos solemnes, no ya de gárrulos retóricos, sino de graves historiadores, de novelistas, de poetas, de predicadores eximios, no ya de griegos y latinos mas también de nuestros oradores y maestros en el habla. *Presente histórico* llaman los modernos á tan grave elegancia, de la que bastará citar aquí un ejemplo en prosa y otro en verso de nuestros maestros, los romanos.

Roma interim «crescit» Albae ruinis: «duplicatur» civium numerus; Coelius «additur» urbi mons. (Tit. Livio.—*Hist.* 1.)

No menos elegante, expresivo y pintoresco se nos muestra el *presente histórico* en este pasaje de Virgilio:

... crebris *micat* ignibus aether;
Praesentemque viris *intentant* omnia mortem.
Extemplo Aeneae *volvuntur* frigore membra;
Ingemit, et duplices tendens ad sidera palmas,
Talia voce *refert*...

(*Eneida*, I, v. 90).

El éter *cruza* intermitente llama;
truena el polo, y suspenso el navegante
la pompa del terror *tiene* delante.

En este instante de la muerte, el hielo
siente Eneas que *embarga* sus sentidos,
y entrambas manos extendiendo al cielo,
clama con voz ahogada entre gemidos:

Ni la elegancia del presente histórico, ni la sencilla hilación del narrador se advierte en esotro ejemplo, con todo y ser de un famoso hablista, el autor de la *Vida de Lazarillo de Tormes:*

«El señor comisario se *subió* al púlpito, y *comienza* su sermón y á animar la gente á que no quedasen sin tanto bien é indulgencia como la santa bula traía. Estando en lo mejor del sermón, *entra* por la puerta de la iglesia el alguacil; y desque *hizo* oración, le-

vantóse, y con voz alta y pausada cuerdamente *comenzó* á decir:» *(Trat.* V.)

Los modernos, más cuidadosos de lo que se debe al arte, evitan semejante desacuerdo, y escriben:

«El Patriarca es el tipo de la sencillez y de la inocencia. Más bien que el varón incorruptible y justo, es el niño sin mancilla de pecado; por eso *oye* á menudo aquella habla suavísima y deleitosa con que Dios le llama hacia sí; por eso *recibe* visitas de los ángeles. Más bien que el hombre recto que anda gozoso por las vías del Señor, *es* el habitante del cielo que anda triste por el mundo, porque ha perdido su camino y se acuerda de su patria. Su único padre es Dios, los ángeles son sus hermanos. (Donoso Cortés.—*Disc. de recepción en la Acad.)*

Autorizada está, al modo de los latinos (véase Caro y Cuervo.—*Gram. lat.*, § 321, 3.°), la transformación en una misma cláusula de un tiempo en otro; pero la tenemos por elegancia que ha de usarse con mucha discreción: «porque como los hombres *sean* tan interesables, y se mueven tanto en la presencia de los objetos.» (Granada.—*Guía de pecadores*, lib. I.)

Por el peligro que en ello se corre, es licencia que no ha de recomendarse á los novatos. No lo era ciertamente el P. Isla, y, sin embargo, disuenan aquí el presente y el imperfecto:

«Echa mano á la espada, siente otra que hace resistencia á la suya. Ya se avanza, ya se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el más profundo silencio. Busca á tientas al que *parecía* huir, y no le encuentra.»

Hay una disonancia entre este imperfecto y los presentes, y aunque sea un purista como el P. Isla quien lo usó, no debe recomendarse, por los peligros que ofrece, á escritores noveles.

«El azúcar, dice un *pobrete*, *es* dulce como lo *sea* la miel.»

Como lo *es* ó como *pueda serlo;* debió decir, si ha de haber lo que se llama *paralelismo* en las ideas, si es que no tenemos dispensa para faltar á la Lógica.

Tras este modo de expresión enérgico y vibrante, sigue otro de dulce languidez, aquel imperfecto de los clásicos para hablar de las desgracias que á veces vienen en pos de los días de bienandanza; aquel imperfecto, ya de indicativo, ya de subjuntivo, con cuyo recuerdo, con cuya esperanza, que todo esto anda allí

mezclado, se regalan á menudo las almas tiernas y *simpáticas*, tomada esta palabra en su mayor fuerza etimológica:

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas!
Dulces y alegres cuando Dios *quería*.

(Garci-Lasso.—*Soneto X*).

La expresión que originalmente pertenece á Virgilio y se lee en el libro IV de la *Eneida*, dice así:

Dulces exuviae, dum fata deusque sinebat!

Allí me *mostrarías*,
aquello que mi alma *pretendía*,
y luego me *darías*,
allí tú, vida mía,
aquello que me diste el otro día.

(San Juan de la Cruz.—*Canción*).

¡Qué vehemencia no encierra la reduplicación del imperfecto en aquel otro pasaje del mismo escritor:

Adonde me *esperaba*,
quien yo bien me *sabía*.

No se ha de confundir tal modo de expresión con aquella *ramplona elegancia*, si caben juntas estas dos palabras, en la que tanto se complacen los principiantes noveles cuando emplean las formas *ara* y *era* en sentido de pretérito de indicativo: v. g.: «El Dios que *creara* al hombre y le *impusiera* el mandato de no comer la fruta del árbol prohibido...» en vez de *creó, impuso*.

Poniendo frente á frente el imperfecto con el pasado, no parece sino que la afirmación goza de vida perdurable; v. g.: «Copérnico probó que la tierra *giraba* alrededor del sol»; pudo decirse en presente «*gira*», pero entonces dejaríamos de ver por entre la mente del astrónomo, como dice un insigne pensador, la duración indefinida, ese giro perdurable de la tierra.

En ciertas narraciones el imperfecto les da la viveza y colorido del drama; más estos primores piden mucho arte y exquisito gusto.

No ha menester explicación, pues aun que rinde vasallaje á la *tiranía* de la sintaxis, como no paga tributo al gusto del oído, es bien saquemos á la vergüenza pública este ejemplo:

«Y los gallos *cantaban*, y las gallinas *cacareaban*, y los caballos *relinchaban*, y los burros *rebuznaban*, y los perros *ladraban*, y los puercos *puerqueaban*, y los cuchillos *cortaban*... (Trat. del *Telémaco.)*

Más atención pide el acertado uso de las tres formas del imperfecto del subjuntivo, por lo que no cabe decir en buena moral sintáctica: «el que se *propondría* resolver el problema de la cuadratura del círculo». «El que se *propusiera* resolver, etc.», escribiría yo, para que no me echasen en cara que lo hago sin reglas ni arte.

Vieron muchos que la significación figurada de los tiempos constituía un verdadero primor, y dijeron para su capote: ahora es la nuestra; allá va, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, nos obsequiaron con trozos como el que sigue, modelo de incongruencia y desaliño:

«El médico de una aldea de Toscana tenía un perro á *quien* quería mucho. Habiendo muerto el perro, el médico lo enterró en el cementerio. El alcalde, que no ignoraba que el médico era rico, *lo* hizo venir con el objeto de imponerle una buena multa. El médico conocía muy bien el carácter del alcalde, y fué á verle llevando consigo cincuenta doblones. El alcalde *amenaza* al médico con un castigo severo por profano é impío.—¡Oh! si supierais, señor, cuánto ingenio tenía ese perro, convendrías conmigo que bien merecía ser enterrado entre los hombres. Ha dado muestras de ello durante su vida y más aún en muerte.—¿Qué ha hecho, pues, dice el alcalde?—Ha hecho testamento, y, sabiendo que no estábais muy rico, os ha dejado estos cincuenta doblones que traigo. El alcalde aceptó gustoso la parte de la herencia, aprobó la sepultura y absolvió sin costas al médico.»

De estos bocaditos de elocuencia narrativa entran pocos. ¡Qué garbo! Por mi vida, enamora ese principiar, como es justo, poniendo en *pretérito* las pasadas acciones del médico y del alcalde: pero aún encanta más el salto atrás, el *atavismo*, si puede calificarse de esta suerte, ese volver metafórico al tiempo *presente: «el alcalde amenaza al médico»*.

Y no valga decir que es una simple incongruencia, ya que el desconcierto entre las épocas de que aquí se habla, parece más propio de un aprendiz de literato que de un novelista con pretensiones de maestro.

Si todas las acciones expresadas por los verbos se refieren á una *misma fecha*, ¿por qué acabar la anécdota nada menos que con tres pretéritos? ¿Puede darse mayor desacuerdo, habida consideración á que todo se verifica en igual época: el alcalde le *hizo venir,* el alcalde le *amenaza,* el alcalde *aceptó* la parte de la herencia, el alcalde *aprobó* la sepultura, y el alcalde *absolvió* al médico...? Y todo, ¿en cuanto tiempo...? En un minuto.

¿Servirán de escarmiento á los novicios los gazapos *del médico* y *del alcalde?* ¡Dios lo quiera!

Á la misma clase pertenecen estos dos: «que *era* donde *ha* de producir sus efectos».

Para que el autor no vuelva á retozar por la congruencia de las ideas como si fuera en un barbecho, hásele de enseñar que debe escribir de esta suerte: *era* donde *había,* ó que *es* donde *ha*»... de parar la atención el escritor.

El futuro absoluto en segundo término requiere el subjuntivo ó el condicional por correspondiente. Cosa tan sencilla como esta ignoraba quien dijo:

«Todo el que se *apartará* de esta idea *girará* eternamente alrededor del principio como la aurora de Bernouille.»

Todo el que se *aparte* ó *apartare*, señor mío, y no se amosque usted por esta corrección de gramática vulgar.

El uso del presente de indicativo, que sólo expresa la idea de un hecho, por el futuro, de suyo enérgico, pues envuelve un precepto, es, con todo, de efecto sorprendente, porque, sobre desarrollar la acción ante nuestros ojos, pone como el sello á lo que afirmamos; v. g.: «El Congreso de los Diputados *nombra* su presidente»; pudo decir «*nombrará*».

Cuando no se erige esto en sistema, á más del carácter absoluto que presta al sujeto, comunica vida y movimiento á la oración.

Otro punto en que han tropezado algunos es el *modo imperativo:* «*haz esto*», que sirve también para el concesivo «*sea*», prohibitivo, etc. Alguien ha introducido la novedad de giros como: «*venid*, niños, á mi casa; pero que sea con modo: no *venid* co-

rriendo»; *no vengáis*, debió decir. Tal fué la práctica de los clásicos; usaron siempre en oraciones como la propuesta, primero del imperativo, y luego del subjuntivo precedido de negación. Sólo en un refrán, y esto por la fuerza de la consonancia, aparecen precedidas de negación dos voces de imperativo:

«Ni *fía, ni porfía, ni entres en cofradía.*»

Para suavizar la forma de mandato, suele cambiarse el *imperativo* por otro modo: «*podrías* manifestar tus aspiraciones en lenguaje más correcto», equívale á «*exponlo*», en lenguaje más correcto.

Como prueba del perverso empleo de los tiempos, ha de citarse el galicismo, hoy muy corriente, introducido acaso por Cienfuegos. Helo aquí; es una de esas lindezas del lado de allá de la frontera:

«*Pueda* contigo *comenzar* el imperio de la fraternidad.»

Este deseo, propio del optativo, se expresa en castellano así: «*ojalá que comience* en ti el imperio de la fraternidad.»

Tiénese por muy elegante usar en el optativo la forma simple en vez de la compuesta:

¡*Dejárasme* acabar el pensamiento y no *objetaras* tan sin razón! El sentido es este: *hubiérasme dejado* acabar el pensamiento y no *hubieras objetado* tan sin razón.

Reglas.—1.ª *Hablar en tiempo presente cuando se refieren hechos pasados, es manera tan expresiva y elegante por su viveza y colorido, que no parece sino que se pone al lector en presencia de los sucesos que se refieren.* Tal es de ver en la siguiente narración:

«*Quítase* Robinsón la máscara que trae puesta, *mira* al salvaje con semblante afable y humano, y éste, deponiendo todo recelo, *corre* hacia su bienhechor, *humíllase, besa* la tierra; le *toma* un pie, y le *pone* sobre su propio cuello, como para prometerle que será su esclavo.»

El tono animado y vivo del pasaje anterior se trocaría en lánguido recuerdo si substituyéramos á los tiempos de presente con sus respectivos pretéritos.

2.ª *Es consejo de buen sentido, que de adoptar este método, se pongan también en presente todos los demás verbos,*

cuya accion pertenezca á la misma época. A ello se falta en la anécdota que copiamos á continuación:

«Hacéis mal en beber, *decían* á un borracho. Nada de eso, *responde* éste: no hago mal en beber, pero sí en andar cuando he bebido.»

Decían y *responde* no pueden coincidir en cuanto al tiempo: pasado el primero, presente el segundo, y sin embargo, la respuesta del borracho es de la misma época de la reconvención. *Decían* á un borracho y él *respondía* ó *respondió*; ó bien *dicen* á un borracho y él *responde*; he ahí el modo de que desaparezca la discordancia que ofrecen los dos verbos.

3.ª *El empleo del presente por el futuro no es libre en aquellos casos en que el primero indica certidumbre: «son las ocho»; y el segundo, probabilidad, conjetura: «serán las ocho.»*

4.ª *Se puede usar, en sentido metafórico, el presente en vez del futuro; pero esto requiere mucho tino y discreción para no caer en pedantería.*

El Rey *abre* y *cierra* las Cortes, dice el art. 31 de la Constitución de 1845. Tal modo de hablar es ciertamente absoluto, pero no se olvide que en la mayoría de los casos el futuro se muestra enérgico y autoritario.

5.ª *Al modo de los latinos, el uso del presente de subjuntivo por el de indicativo comunica á la oración cierto primor y galanura:* v. g.:

«El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardín de flores,* y en verdad que no *sepa* determinar cuál de los dos libros es más verdadero.» (1) *(Quij.* I, 6.)

6.ª *«El modo imperativo», que sirve también para el prohibitivo y otros usos, «no se emplea seguidamente precedido de negación»; no se dirá, pues, «estudiad» la lección, pero que sea con juicio; «no estudiad de memoria»; sino «estudiad» la lección, pero que sea con juicio; «no estudiéis de memoria» es lo correcto.*

(1) Que no *sé.*

Je ne sache pas que, jusqu'à présent, on ait appliqué ces considérations à la teinture de musc.

EJERCICIOS

1.° Cifra su gloria en predicar, y el pueblo le oye con gusto: *habrá* en esto su poco de vanidad.

Cifra su gloria en predicar, y el pueblo le oye con gusto: *hay* en esto su poco de vanidad.

«*Habrá*» y «*hay*», ¿expresan la idea con igual certidumbre? «*Habrá*», ¿podría substituirse por «*sospecho que hay, es probable que haya?*»

2.° *Pueda merecer... pueda aprender, pueda mirarlos.*

Ojalá que yo merezca, aprenda, los mire...

¿Cuál de estas maneras de decir es castiza, y cuál transpirenaica?

3.° *Será* posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna, haya podido inspirarnos sentimientos ..

¿Podría substituirse el futuro «*será*» por el presente «*es*»? ¿Contribuye el carácter dubitativo de *será* á encarecer la admiración?

4.° Si los alumnos no se *presentasen* con la papeleta de examen...

¿Está reprobado el uso del pretérito imperfecto de subjuntivo por el futuro? En otros términos, ¿debe decirse, *presentaren*?

5.° El juez *preguntó* al delincuente y éste *responde* que...

Si la pregunta y la respuesta pertenecen á una misma época, ¿hay paralelismo de ideas entre *preguntó* y *responde*?

6.° Cada uno de los Cuerpos colegisladores *forma* el reglamento... *examina* y *decide*.

¿Se tolera el empleo de los presentes: «*forma*, *examina*, *decide*», en vez de los futuros: «*formará*, *examinará*, *decidirá*?»

7.° En la humildad se halla el descanso, la tranquilidad y paz. Porque como *ella sea* de su natural pacífica y llana aunque se levanten contra ella los vientos y tempestades del mundo, no hallan adonde quebrar las fuerzas de sus ímpetus furiosos.

(Capmany.—*Teatro Crítico*, t. III, pág. 118).

¿Ganaría el período en elegancia si cambiáramos el subjuntivo *sea* por el indicativo *es*?

8.° *Dividir* el número 8.520 por 34 y *multiplíquese* el cociente que *resulte* por el divisor dado.

Dividir el número 8.520 y *multiplicar* el cociente que *resultare*, etc.

Divídase el número 8.520 por 34 y *multiplíquese* por el cociente que *resultare*.

¿En cuál de los tres modos aquí propuestos se falta al paralelismo de las ideas; más claro, al buen uso que de los tiempos del verbo hemos de hacer, según reglas de ideología y hasta de sentido común?

IV

NOMBRES VERBALES

La conversión de algunos verbos en nombres verbales, presta al lenguaje un encanto indefinido, y es otro de los recursos artísticos más antiguos y acreditados que se conocen en el idioma, con gran contentamiento del oído, que se deleita en ello cuando se hace con naturalidad. De su abolengo nos dan testimonio «*los saberes*» tan usado por Alfonso X, y aquella ley: et contra ésta fué puesto el *sacramiento* de *casar*.

De la gallardía de tales modos de hablar, en los que el infinitivo asume el carácter de substantivo, son muestra concluyente:

«... dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener *dares* y *tomares* con gigantes, con endriagos y con vestiglos.» *(Quij.* II, 5.)

Dares y *tomares* está aquí en vez de los substantivos «*riñas* y *contiendas*.»

La misma significación tiene aquello de:

«Maese Pedro no quiso volver á entrar en más *dimes ni diretes* con Don Quijote.» *(Quij.*, II, 26).

Es decir, en más *altercados* ó *disputas*.

Á estos dichos «familiares, ó semifamiliares, v. g.: *el sentir* no es pensar», han de agregarse otros tan elegantes como los que siguen:

Todo viene á parar en la tristeza de *un marchitarse*, en el horror de *un ponerse,* en la fealdad de *un morir*. (Antonio Agustín.—*Diálogos.)*

El reino de Dios no es *comer ni beber*, sino paz y justicia. (Granada.)

No diremos que el infinitivo haga veces de substantivo en esotros ejemplos; pero de cuán grande sea su novedad, ellos mismos lo están pregonando:

«Acontece *tener* un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas.» (Prólogo á la I p. del *Don Quijote.)*

«¿Quién fué visto *ser* más industrioso, ni más acepto á los actos de la guerra que Rodrigo de Narváez? (Pulgar.—*Claros varones.*)

REGLA.—*Son nombres verbales los infinitivos que, para gala y hermosura del lenguaje, asumen el carácter de substantivos en grado tal que á veces se construyen como éstos con la preposición «de»;* ejemplo: *al cruzar de una senda* vieron venir hacia ellos seis pastores, dice Cervantes en el *Quijote*.

EJERCICIOS

1.º Si al *acabar de la comida* pareciere al Rector suspender la lectura... la mandará cesar.

(Jove-Llanos.—*Plan de instrucción pública*).

¿Con qué nombre substantivo podría substituirse el infinitivo *acabar*?

2.º Este *conservarse* por tantos años en la memoria de las gentes el nombre de los famosos héroes que vencieron en San Quintín y en Pavía.

¿Hay en este ejemplo algún substantivo de los llamados verbales? En caso afirmativo, ¿qué otro nombre pudiera reemplazarle?

3.º *Al caer de la tarde;* á la hora melancólica del crepúsculo, cuando las sombras de la noche comenzaban á tenderse sobre la ciudad deicida, etc.

¿Qué substantivo puede ponerse en lugar de la frase *«al caer de la tarde?»*

4.º Esto se hallará al *ver* de los pleitos. *Vista* del pleito, decimos hoy.

Si hemos abandonado el infinitivo *ver* haciendo veces de substantivo como en este ejemplo, ¿ha de dolernos el abandono en que los autores contemporáneos tienen á los demás infinitivos que pudieran hacer veces de nombre?

V

DE LOS PARTICIPIOS

Porción no pequeña del caudal y riqueza de nuestro lenguaje, son los participios que nacen de la raíz de los verbos: atendiendo aquí solamente á esta condición, diremos que los en *ado* ó *ido* son abundantísimos, y que los en *ante* y *ente* escasean, hasta el punto de constituir á este respecto la miseria del castellano. En mayor estrechez vivimos por lo que mira á los participios latinos

de futuro en *dus*, una de las glorias más puras de la lengua del Lacio. Muéstrese engreída y altanera, si le place, con tales formas, que ciertamente no ha de encontrar en los idiomas modernos quien intente igualarlas, y mucho menos vencerlas en esplendor y magnificencia. ¡Qué gallardía la del siguiente pasaje!

Eo cum exercitu Kaeso missus, in ipsorum Aequorum agrum «depopulabundus» transit. (Tito Livio.—*Hist.* II.)

«... preséntase al campamento de los mismos Equos *con ánimo de arrasarlo todo, de sembrar allí la desolación, de devastarlo, de llevarlo todo á sangre y fuego.*

Vengan ahora los mayores enemigos del idioma de Cicerón, y digan si ninguna de las cuatro frases, y aun las cuatro juntas de que nos hemos servido para verter al castellano el enérgico y muy sonoro *depopulabundus*, pueden hablar á la fantasía con imagen más atrevida y valiente.

Cuando Don Quijote llamó á Doña Rodríguez «*dueña veneranda*» se oyó, acaso por primera vez en España, una de las palabras más llenas, sonoras, concisas, y juntamente augusta, si la empleamos para enaltecer los misterios de la Religión. Cierto, la majestad de versos como aquellos en que el poeta de *Los tristes* se despide de Roma:

Numina vicinis habitantia sedibus, inquam,
jamque oculis numquam templa *videnda* meis;
dique *relinquendi* quos urbs habet alta Quirini;
iste salutati tempus in omne mihi.

(Ovidio.—I, 3. 31-4).

debió sugerir á nuestro Cervantes la idea de traer á Castilla tan preciadas galas como las de *relinquendi* y *videnda*.

Minuendo, *multiplicando* y *dividendo* no pasan de la categoría de nombres, por más que conserven substancialmente la índole de participios. Así pertenecen á la familia de los nombres: *pintado* y *dorado*, ya que: *pintadura* y *doradura* sólo lo dicen los viejos chochos, como afirma el autor de la «*Sesión académica ideal*».

La abundancia de éstos, no ya en la voz activa, sino en la pasiva, de que carece el castellano, da á las lenguas clásicas conocida ventaja sobre la nuestra. Esta penuria se hace notar más en los de presente, muy escasos desde los albores del idioma, por-

que muchos desertaron de la bandera de los verbos para engrosar las filas de los nombres.

En vez de seguir las huellas de los latinos, por ejemplo en: *Ranae «vagantes» liberis paludibus.*

Las ranas *vagantes* libremente por las lagunas;

nosotros, enamorados de la perífrasis del derroche de palabras, en odio á la economía decimos: «*que vagaban, que andaban vagando*».

Y de igual suerte nos hemos resistido á que entren á formar parte del idioma el *gimientes* y *llorantes* (1) por no citar más.

Son, pues, muy contados los que, como en tisis *incipiente*, lograron abrirse camino, y eso por razón de eufonía, para no decir *comenzante*.

El mismísimo participio *yacente* no puede ufanarse de otro tanto, ya porque tiene uso muy limitado: «estatua *yacente*», ya porque aun en este caso le han disputado el terreno, si bien con poca fortuna: *echada* y *tendida* (2). *Doliente* alcanza perdón en la historia de D. Enrique III, y nada más: puesto que el muy veleidoso del idioma no quiere admitir ya frases á este tenor: estoy *doliente* de la muerte de mi amigo . Hasta el príncipe de los ingenios á quien tanto debe la lengua, pues se la llama de Cervantes, fué desairado por ella al rechazar con indignación *bullente*, *aporreante*, *querellante*, *preguntante*, *respondiente*, *peleante* y *esperante* , presentados por tan insigne escritor como innovaciones que nunca pudo imaginar cayeran desde luego en el pozo del olvido. Si por ventura logró *colarse*, paso al vulgarismo, tal cual participio de presente, bien pronto le echaron de nuestros dominios filológicos: si en 1680 decía el pregón relativo al Auto de Fe que iba á celebrarse: Sepan todos los moradores de esta villa de Madrid, corte de S. M., *estantes* y *habitantes* en ella, como... ; hoy, desdeñoso hasta no más, el uso, desobedeciendo al Diccionario, sólo emplea como nombres dichos participios.

(1) *Gementes et flentes*, *gimiendo* y *llorando* suele traducirse, por no estar en uso los participios.

(2) ... sostienen la *urna* del prelado con su figura *tendida*... otra urna de tiempo más antiguo con estatuas *echadas*. *Viaje de España*, por D. A. Sanz, t. 13, pág. 18.

A este singular empeño de ir desterrándolos, conforme iban apareciendo, y al propósito de que no tuvieran representación en tal linaje de formas *mirante, atajante, callante, pendiente, bebiente, cogiente, percipiente, prefiriente,* á tan extraño proceder decimos ha de atribuirse el papel desairado que con relación á *oir, amar, arder* y pocos más orgullosos de sus participios de presente, hacen los infelices de los verbos *mirar, atajar, callar, perder, beber, coger, percibir, preferir, et sic* de *nonnullis*, mutilados desde que nacieron. Y no se diga que escaparon del castigo: *dante, habiente, haciente, teniente* y *moviente*, porque estos infelices perdieron ya su independencia en la misma cuna, cayeron desde luego ¡triste es decirlo! en la mayor de las servidumbres, en la dura esclavitud de llevar al cuello la cadena con que les tiene aherrojados sus respectivos señores, á los cuales han de seguir, mal que les pese, como la sombra al cuerpo: tal se echa de ver en *poder*dante, *poder*habiente, *fe*haciente, *lugar*teniente, *terra*tenientes, *se*moviente, y alguno más.

Cuanto haya perdido el idioma por faltarle voces tan significativas, y cuanto haya perjudicado á su abundancia y riqueza este regatearle, con dura intolerancia, lo que por derecho le pertenecía, sólo podrán entenderlo los que, molestados á todas horas por la partícula «*que*», de la cual muy lindamente nos hubiesen librado dichos participios en más de una ocasión, acierten á darse cuenta de tan injustificada ausencia, y los que ambiciosos de palabras, echen de menos centenares de participios con los que les fuera más fácil pulir y engalanar sus preciadas composiciones. Razón es esta que unida al sentimiento de ver cómo se va desfigurando el lenguaje patrio en boca y manos de la inmensa mayoría de *hablantes* y *escribientes*, nos mueve á celebrar el valor de los pocos maestros en el arte, cuando en veras y en burlas, osan salir hoy en público, alardeando de emplear las indicadas formas *participiales*, si nos es permitido el vocablo. En tal supuesto, bien pudiera merecer tolerancia racional la frase ya muy común: «es uno de los rasgos más *salientes* de su carácter», y, sin vacilación alguna, esotros pasajes en los que, por vía de donaire, se dice:

«... desde que á ese Julio César se le hincharon las narices al oler la podredumbre que consumía las entrañas de la República, y

le propinó una pócima *alterante* que le hizo arrojar muchos malos humores...»

«... ese Celio Apicio, autor del nunca bien ponderado libro, oráculo de guisanderos y *manducantes...*»

«... no es un perro de veras, sino de pintura ó mosaico, cuyos colmillos son tan inofensivos como sordos sus ladridos; y aun para mayor seguridad de los *entrantes*, por si ello no bastare, está atado con carlanca y cadenilla, y tiene debajo de las patas el caritativo aviso: *cave canem.*»

«... y yo sospecho que debió de parecer después del holgorio, que habían entrado á saco la despensa del *convidante*, porque todos ellos son de buen comer; y aun juraría que le dejaron enjutos los odres y toneles de la bodega, mayormente estando entre aquella turbamulta Vespio...» (Pi. — C., páginas 538, 542, 579 y 689.)

Repitámoslo: el motivo de la escasez y penuria de participios de presente en castellano, nace del injustificado desvío con que la mayor parte de los escritores miraron siempre á estas formas de expresión, desvío tan manifiesto que ni aun Cervantes pudo conseguir con su buen ejemplo entrasen en el uso general y corriente.

En la «*Sesión académica ideal*», de Múgica, se lee:

«—Yo me he divertido en hacer una lista inmensa de voces en *ante* y *dor*, que no trae el Léxico.

—¡Vaya una diversión! ¡Qué monserga! Lo dicho:

Andador, que anda.
Andante, que anda...»

Es de observar que los participios pasivos irregulares apenas han aumentado, cual debieran, desde Felipe II. Pertenecen á esta clase: ***puesto, impreso, sito, incluso, nato, absorto,*** que en los comienzos del idioma fueron *ponido, imprimido, situado, incluído, nacido, absorbido.*

No es cosa del otro jueves, como diría el vulgo, el que anden juntas en latín la terminación pasiva y la significación activa de los participios; así lo rezan las gramáticas empíricas cuando tratan de los verbos deponentes. En este sentido *bene potus*, aplicado á las personas, significa: no *lo que ha sido bebido*, sino

«el que ha bebido». De igual modo, una persona que *«está bien comida y bebida»*, quiere decir *«que ha comido y bebido bien»*; sólo en tierra de antropófagos podría admitirse *«que fué comida la carne de un hombre y bebida su sangre».*

«Había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto á su lugar con opinión de muy sabio y *leído.*» *(Quij.*—I, 12.)

No se han de condenar, pues, como bastardías é impropiedades de nuestra lengua; antes como manifestación tímida, pero no inconsciente, de elegancias latinas que pasaron al castellano: *«mal hablado»*, *«bien hablado»*, *«mal pensado»:* «recibí su *favorecida*, *amadísimo* padre», y á este tenor el substantivar los participios pasivos significando estado y modo de ser; porque aun admitiendo, como no puede menos de admitirse, que el pensamiento y la palabra sean lo que hay de más activo en el hombre, no parece antilógico usemos el tiempo pasivo, ya que tiene más energía, para significar la costumbre del que ordinariamente es *mal hablado;* del que ha *pensado mal* ó con malicia siempre y ahora también; del que, por no haber pecado nunca contra las leyes de la honestidad y del decoro, fué en toda acasión, y es, en este momento, *bien hablado.* Mal *hablante*, mal *pensante* probarían exceso de aliño y purismo. Si arguye igualmente poca modestia y menos cortesía decir á nuestros amigos que sus cartas se ven muy honradas desde el instante en que llegan á nuestras manos, es fuerza admitamos que el *favorecida*, sea cual fuere su estructura, hace aquí las veces de *favorecedora.* Téngase, si place, como manera idiótica de hablar, pero no la condenemos, pues como ella hay muchas en castellano; por eso llamamos *congregante* de la Merced al que está *congregado*, alistado en esta cofradía ó hermandad, y no al que *congrega.*

Aun concediendo que dichas expresiones, y alguna de las arriba notadas, fuesen modos impropios de decir, pueden y deben, con todo, usarse, porque en las lenguas forma ley el error general que nadie contradice.

Sin embargo, nótese que tales participios sólo se aplican á las personas, nunca á las cosas.

EJERCICIOS

1.° «Si los alcaldes hallaren á los *culpantes*», se lee en una de nuestras antiguas leyes.

«Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los pies la tierra, estaban suspensos los corazones de la *mirante turba.*»

(*Quij.*, II, 56).

¿Está admitido usar hoy de estos participios, ó convendrá echarnos en brazos de la perífrasis para expresar la idea por ellos significada?

2.° Y en *deslunada* noche...

(Cienfuegos.—*Anacreónticas).*

¿Ha merecido la sanción de los doctos el participio *deslunada* para significar la noche en que la luna se halla en *cuarto menguante?* Se atrevió algún escritor de nota á decir: «noches *lunadas*».

3.° El golpe es fuerte para los italianos, principalmente habiendo *quitado* los ingleses el puerto de Marsella, como punto de parada de los vapores correos de las Indias.

(Un periódico de esta ciudad).

¿Se usó el participio subrayado en la significación del verbo francés *quitter; dejar, abandonar?*

¿Hemos de considerar ésta como una novedad filológica que deba rechazarse?

4.° *Amantísima madre:* así encabezan los hijos cariñosos las cartas que dirigen á la que les dió el ser. ¿Faltan á la propiedad de las voces? ¿Sería más exacto decir *amadísima madre?* ¿Autoriza el uso el empleo en este caso del participio activo en vez del pasivo?

5.° «Poco á poco; no hay que precipitar los juicios ni pensar mal de nadie; oiga, señor *arguyente...*»

¿Está en uso este participio?

6.° *Finido*, ya anticuado hasta en el Diccionario, ¿es más significativo que *terminado* y *acabado?* ¿Más elegante que *fenecido?*

VI

APERCIBIDO, DESAPERCIBIDO

Toda la elocuencia de la Orden de Predicadores, todo el celo de la Compañía, empleados en la conversión de los que *pecan* contra estos dos participios, no serían parte á que terminaran los desacatos que há tiempo se vienen cometiendo. Ha llegado á tal punto la ojeriza que tienen á tan amadísimos hermanos, que acaso no pueda decirse sea hija del despecho de la ignorancia. Ni la autoridad del Diccionario, representante del uso de bien hablar, uso que *ab initio* es reconocido por todos como árbitro, juez y norma del lenguaje; ni la censura, ya amarga, ya festiva, que de estos sectarios han hecho lexicógrafos y gramáticos, nada ha podido devolver á tan desventurados participios sus primeras galas, de día en día más descoloridas, porque nadie puede ir á la mano contra los que pugnan movidos de proselitismo ó por mero antojo.

Antes, los afrancesados apenas osaban salir en público, y si lo hacían era con el mayor recato, por temor á que no les tachasen de falta de españolismo; hoy imperan otras ideas, ya todos nos hemos abanderizado en el ejército francés; no ha de maravillar, por tanto, que, dando al olvido las gloriosas batallas de la lengua de Cervantes, contemplemos, si bien con pena, cómo Castilla rinde sus armas, *en apercevant*, en cuanto *descubre* al participio galicano *aperçu (apercibido)* en la significación de *advertir, notar, caer en la cuenta, reparar, divisar, columbrar*, según los casos, que todo esto significa en aquella tierra el *s'apercevoir (apercibirse)*.

Antes de pedir la nacionalidad extranjera, este verbo tenía entre nosotros la significación de: *prevenir, disponer, preparar, amonestar*, y en lo forense: *requerir el juez á alguno*, conminándole para que proceda conforme á lo ordenado.

¿Cómo sería posible, á no habernos pasado con armas y bagajes, que, tal cual vez, se ostentara orgulloso el dicho galicismo en las obras de un Martínez de la Rosa, en las de un Ochoa, amantes de la rancia antigüedad, precisamente en lo que atañe al valor y sabor del lenguaje castellano? Tales ejemplos de *miopía* en

hombres por otra parte respetables y beneméritos han de hacernos muy cautos y remirados así en este como en otros puntos.

Con todo, si ponderando la inutilidad de ciertas predicaciones suele decirse, en tono familiar, que muchos sacan de ellas lo del negro del sermón: «*la cabeza caliente y los pies fríos*», ¿cabrá la misma suerte al que acabamos de *echar* ahora, por más que los sermones no se *echen* como quien *echa* un jarro de agua al que pasa por la calle? Los misioneros que nos han precedido pusieron de manifiesto la *fealdad* del *sobredicho pecado*, citando al efecto cuantas autoridades divinas y humanas tenían á mano. Visto el escaso fruto de tan piadosas exhortaciones á la virtud, tócanos buscar nuevos testimonios, que si no alcanzaren mover al bien, al menos puedan desarrugar el ceño del lector tocado de indiferencia. Ahí van:

«Fué tan recatado (D. Pedro *Manrrique* (sic) de Lara) que nunca salió de su casa sin espada, porque nadie le pudiese tomar *desapercibido*. (Manuscrito de la Biblioteca de Salazar, publicado por la Academia de la Historia.)

«Y así no podrá decirnos ahora lo que suele decir cuando se excusa, si le obligamos á hablar, que le tomamos *desapercibido*. (F. Luis de León.—*Nombres de Cristo.)*

Si aquí el famoso «*desapercibido*» no significa «*desprevenido*», venga Dios y lo vea.

«... grande loa, y la mayor de todas, llevar la que no se puede excusar, y estar *apercibido* para todo lo que á un hombre puede acontecer». (Capmany.—*Teatro de la elocuencia.)*

«Allí hice de nuevo alarde de mi vida y discursos della, quisiera volverme por haber salido *mal apercibido*, con poco acuerdo y poco dinero para viaje tan largo...» (Alemán.—*Guzmán de Alfarache*. I, I, 3.)

«Sintiendo pasos á sus espaldas empuñó la espada y esperó *apercibido* que llegase D. Rafael, á quien ella luego conoció. (Cerv.—*Las dos doncellas.)*

«Iba siempre *apercibido* de una costra de bizcocho, la cual llevaba metida entre camisa y pellejo.» (V. de E. González, *B.ª de R.ª, Nov. post. á Cerv.*, t. II, pág. 291.)

«Aníbal no dormía antes; con todo cuidado *se apercibía* para la guerra.» (Mariana.—*Historia de España*, I, II, c. 10.)

«Les envió un esquife á decirles que se rindiesen ó *se apercibiesen* á la pelea.» (Quintana, *Vida de Roger de Lauria.)*

Cierto, dirán los que esto lean; antiguamente era así; pero hoy han cambiado tanto las cosas que los españoles somos ya forasteros en nuestra patria; el uso, ignoramos si el de los *tontos* ó el de los *doctos*, vuelve ahora, las armas en la mano, contra esos santos difuntos que se llaman Fr. Luis de León, Cervantes, Granada y Juan de Mariana, *porque no acertaron á envilecer el idioma.*

Reglas.—1.ª El verbo *apercibir* significó siempre en castellano *prevenir, disponer, preparar;* luego *apercibirse* equivale á *prevenirse, disponerse, prepararse*; por consiguiente, *desapercibido* es lo mismo que *desprevenido.* Ejemplos: todas las corporaciones científicas se *aperciben* á celebrar el centenario de Cervantes.—El alumno ha de estudiar de tal suerte que los exámenes no le cojan *desapercibido.*

2.ª La frase *pasar desapercibido* ha de substituirse con las de *pasar inadvertido ó en silencio, desentenderse.* Ejemplos: Es un hecho que no debemos *pasar en silencio*, ó bien que no ha de *pasar inadvertido.*

EJERCICIOS

1.º Quiero *apercibir* la cena, que vendrá á cenar don Juan. (T. de M. — *El Bur. de Sev.*, jorn. 3.ª Esc. 11).

¿Se tacharía hoy de purismo este verbo puesto en boca de un criado?

2.º «Por estas causas la poesía popular, que sigue paso á paso la marcha de la civilización local, vive siempre robusta cuando la de los eruditos pasa oculta y *desconocida.*»

(D. Agustín Durán).

¿Debiera decirse en este pasaje *desapercibida* en vez del participio que se ha subrayado?

3.º Hablando Mariana, de D. Enrique IV de Castilla, escribe:

«No echaba de ver los males que se aparejaban, ni se *apercibía* bastantemente para las tempestades que le amenazaban.»

¿Qué significa aquí el verbo *apercibirse*? ¿Está usado castizamente? ¿Se encuentra en igual caso el *se aperciben* del siguiente ejemplo: «Se muestran más deseosos de la paz, cuanto más se *aperciben* para la guerra...»?

(Valdés.—*Dos diálogos,* 1850, pág. 120).

4.º Las palabras del capitán habían pasado casi *desapercibidas* para nosotros.

(C. y S.—*La noche del Egipto*, 70).

¿Hemos de seguir el mal ejemplo porque lo dé persona tan autorizada?

5.º Ha de estar el soldado *apercibido*
para que al primer arma que sonare
cale la pica, ó la saeta encare.

(B.ª de R.ª, Poes. épicos, t. I, *El Monserrate*, pág. 530).

El término «*apercibido*» ¿tiene en dichos versos la significación galicana que hoy suele darse á este verbo?

6.º «... volvió mi amo al cabo de un rato muy alborotado, diciéndome que recogiera toda su ropa blanca y que me *apercibiera*, porque á otro día nos habíamos de embarcar para Roma, porque iba acompañando al príncipe de...»

(*V. de E. González*, B.ª de R.ª—Nov. post. á Cerv., t. II, pág. 295).

Si *apercibiera* significa en el párrafo anterior, *preparara, dispusiera,* ¿es ese el sentido que generalmente se le da en nuestros días?

7.º Mandó estar *apercibida* la caballería.

Mandó que la caballería estuviese *advertida*.

El primer ejemplo es de Mendoza (*Guerra de Granada*, l. III); el segundo, en el que hemos introducido la variante «*advertida*», ¿tiene el mismo significado?

8.º «Pues no sabéis el día ni la hora de esta venida... velad y estad aparejados en todo tiempo, porque no os tome aquel día *desapercibidos* como á estas vírgenes, y así perezcáis como ellas perecieron.»

(F. Luis de Granada.—*Guía de pecadores*, l. I, c. 26).

¿Pudiera substituirse el vocablo «*desapercibidos*» por «*inadvertidos*?»

En caso afirmativo, ¿pecaríamos contra la propiedad? ¿Sucedería lo mismo si usáramos de la voz «*desprevenidos*?»

9.º ¿Vió V. lo que ocurrió el domingo en la Rambla? No, señor, es cosa que pasó para mí *desapercibida;* la verdad, no me *apercibí* de ello.

¿Merecen censura ó alabanza las palabras subrayadas?

10.º Á continuación van siete, que podríamos llamar *justos*, y siete *pecadores;* el lector, pues, decidirá qué compañía prefiere.

«Hombre *apercibido* medio combatido.»

(*Quij.*, II, 17).

«Aunque por entonces no *aperciba* su buena dicha, él la conocerá poco después sin duda.»

(Quev.—*Vida dev.*, 3, 21).

«No teme á la muerte, porque toda la vida la gastó en aprender á morir, y en aparejarse para morir; y el hombre bien *apercibido* no tiene por qué temer á su enemigo.»

(Gran.—*Guía*, 1, 24).

«Están tejidas tan estrechamente, que apenas se *aperciben* á la simple lectura.»

Capm.—*Filos. eloc.*, 3, 3).

«Había muchos años que aguardaba este golpe y se había *apercibido* para recibirle.»

(Rivad.—*Cisma*, 2, 40).

«Tampoco entre austeridad, rigor y severidad, se *apercibe* á primera vista la diferencia.»

(Id.—*Ibid*, 1, 3).

«Nosotros, como gente avisada deste peligro, debemos estar *apercibidos* contra él.»

(Gran.—*Mem. Vida Crist.*, 5, 2).

«Al ir á desembarcar se cayó en el agua por una burla que dispusieron Carmesina, su madre, la emperatriz y sus damas: saliendo á la orilla y *apercibiéndose* de la burla, juró á Dios y á su señora no dormir en cama.»

(Clem.—*Coment.*, 1, pág. 222).

«Vencidas de sus ruegos, por ser ellos tales, concedimos lo que querían, y luego seis de los más mozos *apercibidos* de sus hocinos, se partieron con gran contento á traernos los verdes despojos que buscábamos.»

(Cerv.—*Gal.*, 1.)

«*Apercibiéronse* los grandes de este engaño, y conocieron que ya no es posible terminar el hecho sin venir á batalla.»

(Quint.—*D. Alv. de Luna*, R. 19).

«Se tenía en Montalegre D. Suero Téllez Girón, caballero de muy antiguo y noble linaje, y bien *apercibido* de soldados para defender aquella plaza.»

(Mar.—*Hist. Esp.*, 12, 6).

«Pero tal vez era el candor de Isabel, ó, si se quiere, su carácter poco reflexivo, que ni siquiera se *apercibía* de los riesgos de su situación.»

(M. de la Rosa.—*Is. de Solís*, 1, 19).

«De la punta del cerro nuestra gente,
dió la voz y señal, *apercibiendo*
al descuidado general valiente.»

(Erc.—*Arauc.*, 33).

«Ni sus misterios alcanzo,
ni sus quejas *apercibo*.»

(Tirso.-*En Madrid y en su casa*, 2, 13).

VII

NUESTRO GERUNDIO

Desciende por línea recta del latino, y según otros del participio de presente, como lo acreditan no pocos testimonios.

«La segunda batalla que dió Aníbal fué *pasante* los montes Pirineos.»

A este participio arcaico, citado por la Academia, puede decirse que apenas le separa una línea del gerundio actual.

No tiene Marco F. Suárez ínfulas de haber escrito la gramática histórica del castellano, y, sin embargo, en muchos pasajes derrama abundantísima luz. Hablando de la correspondencia de nuestro gerundio con dicho participio, y de su carácter de adjetivo *(Estud. gramt.*, pág. 173-4), dice:

«En el latín corrupto de la Edad Media, se ostenta más visiblemente la mudanza que venimos observando. Así en el *Vasallaje* tributado á San Fernando por los Sultanes de Valencia y Baeza, se lee: «Facta charta MCCLXIII, noctu die IV Kal. junii, *regnant* rege don Fernando en Toledo y en Castiela.» En el siguiente pasaje ya se puede observar el gerundio usado en lugar del participio de presente: «Pelagius, *sciendum* quod in concilio deliberatum fuit... judicium confirmat.» (Escrituras de Astorga.) En este otro caso se muestran simultáneamente gerundio y participio, lo que prueba que en el lenguaje vulgar de la época, ya el gerundio tenía ganado mucho terreno: «*Vovens* vovi et *confirmando* digessi contestari omnibus.» (Ib.)

Formando el romance castellano, el adjetivo verbal en *ante* solía usarse donde ponemos el gerundio: «Cumpliendo el Rey trece años *entrante (entrando* ú *entrado*, diríamos ahora*)* en los catorce, entregáronle su reino.» *(Crónica de Pero Niño.)* Debéis creer que pocas veces os sean fieles aquellos que con dádivas oviéredes de sostener; antes es cierto, aquellas *cesantes (cesando* es lo corriente hoy) ó sean deservidores. (Pulgar, *Letras.*)

Dejadas aparte estas disquisiciones, importa advertir que en los comienzos del idioma se añadía al gerundio la preposición *en*,

de lo cual hay rastros aún en aquellas frases pleonásticas: «*en llegando* que llegó, *en oyendo* que oyó», y otras semejantes que se leen en nuestros autores del siglo de oro.

Emancipado de esta servidumbre, el gerundio contemporáneo, se muestra entre nosotros sin la compañía de su antiguo y despegado dueño; pero llega á tal extremo la relajación, se ha hecho tan vicioso y depravado que, mudado el nombre, se llama «*gerundio galicano*», y con sobrada razón, ya que á muchos españoles de tanto usarlo á la francesa se les ha caído la campanilla, y ganguean tan lastimosamente el castellano, que da compasión oir cómo hablan y más aún cómo escriben; *ab uno disce omnes;* no hay carta de comerciante en la que no topemos con lindezas como esta: «envío seis fardos *conteniendo* treinta piezas de paño».

A fin de que los aprendices de literato queden advertidos y enmendados de sus yerros de pluma ó errores de entendimiento, vamos á recitar una letanía de francesismos, pero...

Ya estamos oyendo á más de cuatro murmuradores: ¡valiente explicación nos han dado del gerundio! Por ese camino nunca llegaremos al término de la jornada, á ... *componer* con alguna corrección. ¿Quién podrá orientarse en el país del *casuísmo*, donde las ideas aparecen sin fundamento, sin enlace; donde no hay un norte fijo que guíe al escritor en momentos de vacilación é incertidumbre? Porque en resumidas cuentas, si es permitido estilo tan llano, ¿se ha dicho aquí algo que no supiéramos? Por ventura, ¿salen de la humilde condición de *casos aislados* (no son otra cosa) los ejemplos arriba propuestos? Que en la frase: «*La ley disponiendo*, etc., *hay un gerundio galicano é insoportable;* ¿por qué? Sencillamente, porque dicho giro no es castellano. Razones, razones, vuelven á decir con el mayor desenfado. Y qué ¿no vale nada lo expuesto? No. Satisfagamos, pues, la curiosidad de los celosos amantes de la lengua, y declaren si lo que queda por dilucidar es moco de pavo. El gerundio, de pura cepa española, se refiere al sujeto de la frase, no para *modificarle,* sino para *explicarle*, para expresar una circunstancia accesoria; verbigracia: Juanito, *sacando* un pañuelo, me hizo señas. El gerundio «*sacando*» no modifica, ni determina al sujeto, á Juanito; se limita á explicar una circunstancia accesoria; he ahí la razón de ser castizo hasta la médula de los huesos. ¿Acontece lo mismo en:

la ley *disponiendo el plan de enseñanza*, etc.? No, Padre: este gerundio, modifica, determina la calidad del sujeto por ser evidente que si no se añadiesen las palabras *disponiendo el plan de enseñanza*, no podríamos saber de qué *ley* se trataba. Luego el gerundio no se circunscribe en este caso á *explicar una circunstancia accesoria*, sino á *determinar* la especie de *ley*; luego la frase, incorrecta por sus cuatro costados, peca contra la pureza.

Apliquemos estos principios á los siguientes ejemplos:

«La ley *disponiendo* el orden en que se han de estudiar las siguientes asignaturas...»

No puede admitirse este gerundio, por ser uno de los giros transpirenaicos que poco á poco han ido minando nuestro idioma, en el que nunca los gerundios modifican á los substantivos: *dígase ley que dispone* y hablaremos conforme á lo que demanda la virtud de la pureza.

«Se ha hecho una nueva edición de las obras de Zorrilla, *conteniendo* cuantas producciones salieron de la pluma de tan insigne poeta.»

«*Conteniendo*» en lugar de «*que contiene*», ó simplemente «*contiene*», es, como el de arriba, un nuevo ejemplo de escandaloso galicismo, tanto que basta para acreditar de supina ignorancia, en punto á lenguaje, á quien tales giros emplea.

«Siete niños, de cuatro á seis años, *representando* los siete sacramentos...»

Huele que trasciende á francés *pur sang*: «*en actitud de representar*», ó «*que representan*», es como se dijo siempre en tierra de Castilla.

Aves.—«Estudio general anatómico y fisiológico de esta clase. Su distribución en órdenes.—*Prensoras.—Rapaces; describiendo* las más notables especies de sus cuatro familias.»

Describiendo por *se describirán* ó *se hará la descripción*, es, á más de *gerundio*, uno de los muy donosos desvaríos capaz de contribuir á los triunfos que, con mengua nuestra, alcanza en la patria de Cervantes el descocado idioma de Voltaire y Zola. Cuéntase entre los primores del nuestro, huir como si fuera el demonio, de giro tan bastardo.

La ley que dispone, en que se dispone, ó la ley referente á, etcétera: éstos, y sólo éstos han de tenerse por modos de hablar á usanza de los españoles.

«Se ha hecho una edición de las obras de ... *conteniendo* cuantas producciones, etc.»

Si quieren ustedes saber por qué horrorizaba á D. M. Milá ese galicismo, han de repasar un poquito la gramática y fijarse muy bien en lo que se llama complemento directo ó acusativo en términos del arte: por ejemplo, *vi á un niño cogiendo uvas;* aquí un niño es acusativo, pues la oración puede volverse en pasiva: *un niño fué visto por mí*, etc. Ahora bien, cuando el acusativo no es de cosa animada: *una edición*», y siempre que no denote el gerundio la actitud que se toma en un momento dado, será ilícito valerse de él. En «*vi á un niño cogiendo uvas*», no hay incorrección, porque el acusativo (niño) es un ser animado, y *cogiendo* indica la actitud, mejor aún, la operación que estaba ejecutando en el instante en que yo le vi. No sucede lo mismo en «se ha hecho una *edición* de las obras de ... *conteniendo*», porque ni el acusativo «*una edición*» es cosa animada, ni *conteniendo* expresa la actitud ú operación que se ejerce ocasionalmente en la época denotada por el verbo principal «*ha hecho*».

¡Y creerán todavía algunos que no pide esmero el escribir con mediana corrección! ¡Cuánta miga tiene esto del *gerundio galicano!*

Todos aprendimos que la gramática es *el arte de hablar y escribir correctamente;* pero, ¿se dan muchos á practicar lo que reza la definición?

Baralt, siguiendo en esto á Capmany, prueba con escogidos ejemplos nuestra última afirmación.

El gerundio francés, dice, precedido de negación se vuelve elegantemente al español por SIN, MÁS; v. g.:

«Heme, pues, aquí solo en la tierra *no teniendo* más hermano (F. *n'ayant plus de frère*, etc.), prójimo, amigo ni sociedad que yo mismo.» «Dígase *sin más hermano, prójimo*», etc., y hablaremos en cristiano.

Otras veces el gerundio francés equivale al infinitivo español precedido de CON; v. g.:

«*Diciendo* la verdad (F. *en disant la vérité)* sale libre.» El sen-

tido condicional de la frase lo expresamos con más fuerza de este modo: *Con decir la verdad sale libre;* ó *Si dice la verdad sale libre;* ó *Diga la verdad, y sale libre.*

En ocasiones el gerundio francés pide en buena ley un presente de indicativo precedido de la partícula *si;* v. g.: *Durmiendo* de día (F. *en dormant-il le jour)* ¿dormirá la noche? Donde la índole de nuestro idioma pide que se diga: *Si duerme de día, ¿cómo quiere dormir de noche?*

Y por el contrario, cuando le place, el castellano usa del gerundio allí donde los señores franceses se sirven del presente; por ejemplo:

«En todo país que *se despuebla* (F. *dans tout pays qui se dépeuple),* tiende el Estado á su ruina.» Y nosotros, con más exactitud filosófica: *En todo país que se va despoblando,* etc.

Reglas.—1.ª *El gerundio castellano tiene, en sentir de muchos, el mismo carácter que el participio latino, así: «viendo que tardaba...» se resuelve en latín, entre otros modos, por el participio de presente «videns».*

2.ª *Entre las incorrecciones que en el uso del gerundio suelen cometerse, se debe citar la que notó Salvá antes que Bello, á saber:* emplearlo como abjetivo en frases semejantes á: «envío fardos *conteniendo* ropas».

3.ª *Es galicismo de los más notorios, la frase, y las á ella análogas, mil y mil veces censuradas:* «el tenor *viene cantando* desde América en los principales teatros de Europa y ahora en el Real de Madrid», porque el dicho tenor canta de tiempo en tiempo y no continuadamente como pide el verbo *venir;* luego á más del galicismo, se falta á la verdad, por ser falso é imposible lo que se afirma.

4.ª *No hay inconveniente en el uso del gerundio cuando se refiere al sujeto de una oración, no para «modificarle», sino para «explicar alguna circunstancia accesoria»;* v. g.: «el reo *acercándose* á la mesa, declaró». Por el contrario, si dijéramos: «La *ley prohibiendo* asistir á reuniones políticas» sería galicismo y muy feo, porque en este caso el gerundio *no explicaría nada accesorio,* puesto que *determinaría y modificaría* al substantivo *ley,* dando á conocer á qué clase debería pertenecer.

5.ª *Si el «acusativo» de una oración de activa es un ser animado», y el «gerundio» expresa la actitud que se toma ó la operación que se está haciendo, entonces, no hay incorrección;* por ejemplo: «encontré al artista *mirando* el cuadro de San Antonio, de Murillo»; «vi un madero *cayendo*», sería incorrección, pero no: «vi *caer* un madero; vi un madero *que caía*».

6.ª El gerundio denota un hecho ya coexistente con lo significado por el verbo á que acompaña, ó bien inmediatamente anterior.

Recogen los zagales sus rebaños
entonando mil rústicos cantares,
y á paso lento cruzan la llanura,
perdiéndose en el áspero boscaje.

Entonando se ajusta á la regla, *perdiéndose* se aparta de ella, porque el *perderse* es muy posterior al *cruzar*.

EJERCICIOS

1.º Necesito un mayoral honrado, *sabiendo* dirigir una labor.

¿Denota el gerundio una operación coexistente, ó una cualidad?

Si lo primero, ¿está bien usado, por más que se trate de un ser animado? Si lo segundo, ¿debiera decirse: «*que sepa* dirigir una labor?»

2.º Ayer vi al niño *escribiendo* una carta á sus amadísimos padres.

Tratándose como se trata de un ser animado y de lo que en aquel momento estaba haciendo, ¿será castizo el uso del gerundio?

3.º Hablando de Moreto dice la Biografía Universal: «*Ses comédies* ont été recueillies *en* 3 *volumes. Valence*, 1676 *et* 1703.»

Perteneciendo este hecho á una época enteramente pasada, ¿se traducirá: «Sus comedias *han sido* recopiladas en tres volúmenes», ó bien: «Recopiláronse sus comedias en tres volúmenes. Valencia, 1676 y 1703?»

4.º «Il vi un homme et une femme qui *coupaient* du bois.»

Expresando, como expresa, una acción coexistente, ¿se ha de traducir por gerundio: Vió á un hombre y á una mujer que *estaban cortando* leña (y no que *cortaban*)?

5.º «Un jour que j'étais assis au pied de ces cabannes, et que j'en *considérais* les ruines, un homme, déjà sur l'âge, vint à passer aux environs.»

«*Estaba* yo un día sentado al pie de estas cabañas y *contemplando* sus ruinas, cuando un hombre, entrado ya en días, vino á pasar por las inmediaciones.»

Si el estar sentado, y el estar contemplando las ruinas, forman en realidad una

sola acción, ¿debería haberse traducido: *estaba* yo un día sentado al pie de estas cabañas y *contemplaba* sus ruinas, etc.? (1).

6.º Hace tiempo que mi amigo *viene desempeñando* con aplauso de todos el cargo de gobernador.

Hace tiempo que mi amigo *desempeña* con aplauso de todos el cargo de gobernador.

¿Consiente la índole del gerundio que se le emplee en este caso con el verbo *venir*?

7.º «De esto hay una antiquísima tradición que de padres á hijos ha venido *derivándose* hasta el presente día »

Si la tradición de que habla el segoyiano Díaz coexistió en todos los siglos sin alteración ni mudanza, pecó contra la sintaxis usando el gerundio: venía *derivándose*?

VIII

FUNDAMENTO DE LA ELEGANCIA ESPECIAL QUE RECIBEN ALGUNOS VERBOS

Como á rey, todas las partes de la oración festejan y agasajan al verbo; diríase que sólo nacieron para formar su corte, para recibir continuamente mercedes de su dueño y señor. En él son de suyo naturales la gentileza y gallardía; su hermosura. como aquella de que nos habla Isaías cuando pondera las virtudes de la hija del Rey, arranca del interior del alma, de su rica y variada significación, por bajo y humilde que sea el nombre con que se le conozca en la lengua, por bajo y humilde que sea el empleo á que de ordinario se le destine. Yerran, pues, cuantos se imaginan que el *ne quid nimis* del arte de escribir bien, se cifra en el encogimiento de palabras estiradas y aparatosas, en una á modo de singular efusión de simpatía por las voces encopetadas. Nada más opuesto á la verdad: los vocablos ya desgastados á fuerza del uso constante, los verbos, para ceñirnos á un solo punto, más asendereados y ruines de nuestro idioma, son los que, por decirlo así, visten y alumbran el discurso, como si se sembrara de estrellas, cuando se emplean, no en el sentido que tuvieron al principio, sino en otro que, por lo nuevo y singular, parece más ex-

(1) V. Cuervo.—*Apuntaciones críticas*. 1885, número 297.

celente y primoroso. Por ventura, ¿no basta á veces un solo verbo para iluminar una idea entera? ¿No roban el aplauso otros, por comunes que parezcan, en los que se descubren regaladas imágenes y el arreo de figuras elegantísimas? ¿Hay en la lengua nada más bajo que *cebar*? ¿No trae al punto la imagen de *cebón* y la de *cerdo*? Pues véase el partido que saca de tan ruin vocablo uno de nuestros clásicos:

«Diré también con verdad lo que dijo el historiador romano (Tito Livio) en medio de su obra: Pudiera dexallo aquí, si no fuera *cebando* el alma con el gusto del sujeto.» (Sigüenza.—*Historia de la Orden de San Jerónimo*, lib. I, c. I, pág. 3.)

Apacentar el ganado es, entre las ocupaciones humildes, humildísima; á condición no muy elevada está relegado quien no tiene más oficio que abrir y *cerrar* la puerta, ni ha de tenerse por muy dulce bajar *rodando* desde lo alto de una montaña. Nada nuevo ofrecen, pues, los verbos que se acaban de subrayar; y sin embargo, no habrá quien ose defender que no resplandezca el hermoso florón de la novedad en los tres ejemplos siguientes:

«Era este hombre bullicioso é inquieto, enemigo de la paz, y más enemigo de los españoles: pero muy amigo de novedades; y de *apacentarse* en vanas esperanzas...» (J. Ortiz y Sanz.—*Historia de España,* VII, pág. 24.)

«Así lo han comprendido los autores que, poniendo el ingenio á las órdenes de las buenas costumbres, *cierran* con los vicios y los tienen á raya.» (J. Montalvo.—*Busc.*, pág. 8.)

«Con Pompei desapareció también Herculanum; y añaden que igualmente Estabies, Retina, Oplonti, Tegianum, Taurania, Cose y Veseris. La extensa comarca quedó asolada. Y los siglos *rodaron* sobre aquel desierto.» (Pi.—C., pág. 193.)

El séptimo mandamiento de la ley de Dios prohibe

Hurtar: los que á él faltan dan con su cuerpo en la cárcel. ¿Puede haber nada más vergonzoso? Pues veamos ahora realzado y ennoblecido este verbo que anda como huído entre gentes honradas:

En un hermoso caballo
que lo blanco *hurtó* á la nieve.

(*Romanc. de Durán*, I, [illegible]).

Apenas pueden hablarse,
que la gloria de su pena
les *hurtaba* sus palabras.

(*Romanc. de Durán*, I, 21).

No peca contra el idioma, ni contra... el mandamiento de la Santa Madre Iglesia, quien *hurta el cuerpo* al desviarse del que le acomete puñal en mano.

Al séptimo sigue el octavo mandamiento; al *hurtar*, el

Engañar: el ladrón, el hombre falso, el astuto; y, con todo, ¡qué *engaño* más dulce, qué lindo engaño el de ese verbo usado metafóricamente!

«Esparcirse y recrearse en algún honesto entretenimiento, *engañar* sus penas y sustentar la flaqueza humana. (Rivadeneira, *Trat. de la trib.*, I, c. 13.)

Refrescar el tiempo es frase familiar y corriente. *Refrescar* lo hace el que tiene sed... y cuartos; tropas que vienen de *refresco*, sobre consolador para los que aman la patria, es elegantísimo en lengua castellana; pero aún sube de punto la elegancia en esotro ejemplo:

«Dió luego traza cómo la sangre de los mártires, aún no bien *enjuta*, tornara á *refrescarse* por la apostasía de Juliano Augusto.» (P. Sig.—*H. de la O. de S. Jer.* Prólogo.)

Volver una persona al punto de donde salió, no ofrece novedad, aunque sea dando la vuelta al mundo: *volver* bien por mal, es máxima del cristianismo; *volver* á las andadas, se dice vulgarmente del que está acostumbrado á malas mañas, á usar de ciertas tretas; pero *volver* por la honra, lo usan únicamente los que saben castellano, y *volver* por la virtud (defenderla), los príncipes de la lengua:

La virtud queda sin valedores, y apenas hay quien en público la mire ó *vuelva* por ella.» (Yepes.—*Vida de Santa Teresa*, capítulo I.)

Vestir es lo primerito que hacen al hombre cuando viene al mundo; entre las obras de misericordia se cuenta la de *vestir* al desnudo; la indumentaria se ciñe al estudio de los vestidos de la antigüedad; *suntuoso* se dice de la persona magnífica en lujosos *vestidos;* de aquí no pasan las aplicaciones que de *vestir* y sus derivados hacen las personas de regular cultura; sin embargo, los más doctos usan de este verbo en sentido muy galano:

«Pues ¿qué diré de los privados y ministros que adoran á los Reyes y les sirven como á dioses, y se *visten* en todo y por todo de su voluntad?» (Rivad.—*Trat. de la trib.,* l. I, c. 7.)

Vistióle lo primero Nuestro Señor de una pesadísima y dolorosa gota: cogíale casi todas las conjunturas de pies y manos.» (P. Sig.—*Hist. de la Ord. de San Jerónimo*, l. II., pág. II, c. 7.)

Cargar.—Desde el vulgarísimo y desenfadado este hombre me *carga* , hasta la preciosa imagen que ofrece el siguiente ejemplo, media un abismo:

«Ya *cargaba* sobre mi cuerpo la vejez»... (Valdés.—*Dos diálogos*, pág. 220.)

No es menos graciosa esta otra pintura que nos presenta el verbo:

Traer.—«¿Cómo no reparas, en lo que has de echar menos el día del juicio; no haber *traído esta verdad ante los ojos?*» (Márquez.—*Dedicat. de la espiritual Jerusalén.)*

Y ¿cómo ha de sorprender esa hermosura á quien haya leído con la debida atención al P. Márquez, y recuerde aquel pasaje sembrado de animadas metáforas?

Es el natural del hombre tan adelantado, que siempre quiere *ir ganando tierra en el deleite*... Es menester *quedarse algunos pasos antes de la raya:* que el que llega á lograr todo lo lícito, á pique está de caer en lo vedado...»

Alcanzar.—Los que *carecen* de, ...aquellos á quienes *faltan* voces, etc., eso hubieran dicho en vez del *alcanzados*, que es lo

usado por un Feijóo, escritor sencillo y grave, por lo mismo que aborrecía los afeites retóricos:

«Los que se ríen y mofan de las etimologías, son los que andan alcanzados de voces y del conocimiento de las cosas.» (P. Fray Martín Sarmiento. -*Semanario erudito de Valladares*, t. XIX, página 213.)

Del que no pudo pagar una cuenta, se dice: «*Salió alcanzado en...*» De la varia y rica significación de este verbo dan testimonio los mil y mil ejemplos que nos ofrece lo mismo cuando va solo, que cuando le place llevar tras sí el séquito de otras preposiciones.

Apetecer.—¿Qué le *apetece* á usted? pregunta el médico al enfermo desganado, y cree hablar como Cervantes; pero aún me gusta más: «*apetecía* la soledad y el silencio», que dice el P. Yepes en el c. II, de la *Vida de Santa Teresa.*

En el mismo lugar de la susodicha obra se lee:

«Sin salir ella en nada de lo que debía á sí misma, *quedaban como presos y cautivos de su trato.*»

Caer.—De estos dos ejemplos, el primero mostrará cómo *caer* puede substituirse elegantemente por otro verbo, y cómo sabe eclipsarse en la oración con bella gracia:

«Por este camino se *despeñó* en todo género de maldades», dice el P. Mariana hablando del tristemente célebre Witiza.

«Que es tan propio de aquel lugar, que las palabras dichas en él, jamás se *caen* de la memoria á los circunstantes; y vueltas á considerar aún años adelante, enternecen á los que las oyeron.» (Márquez.—*Esp. Jer.* Pintura de los últimos instantes de un moribundo.)

Aún pudiéramos recoger y atar como en vistoso ramillete, centenares de ejemplos que há tiempo guardamos como oro en paño; pero basten éstos ya para despertar el buen gusto, ya para avivarlo en quien no se haya extinguido aún; porque

Mientras rueden las hondas de los ríos
y la copa del árbol reflorezca,

tales modos de decir merecerán, á despecho de los *naturalistas,* los honores del triunfo, que también se tributan, aunque en distinta forma que en la romana, en la república de las letras.

Contra estas virtudes del verbo, considerado aisladamente, hay no pocos vicios:

Primero el de los insulsos modernistas, que en vez de procurar su propia *salvación* remontando el espíritu allí donde se percibe un aura de eterna beatitud, pretenden *salvarse en Rusia, se sauver en Russie*, cuando en puridad lo que desean es «*huir á Rusia*».

Otros, discretísimo lector, manchando la toga de abogado, se meten á farmacéuticos, para darnos una muestra de cómo se *confeccionan* las leyes y los reglamentos en España.

Al ver de la manera que estos buenos escritores han perdido el juicio, los muy pacatos comienzan á *pudibundizarse,* y yo al oirles, á *iracundizarme* por tan solapada hipocresía. ¡Cuánto más claretes los que sin ser marinos, no tienen empacho! ¡vaya un vocablo culto! ¡en *dar fondo* con la despensa! ¿Y qué me dicen ustedes del moderno *distanciar*? Que fuera preferible diese un rodeo y dijera: de día en día *acrecen las distancias* que separan á Fulano de Zutano. ¡Y qué monerías no hacen los que *alegorizando* y *monologuizando* nos hablan en griego, para mayor claridad y con palabras *sesquipedales*, sin duda, porque son más graciosas!

Ciertos verbos «*adjuntar*»; Tengo la honra de *adjuntar* á V. S. algunas papeletas de invitación. «*Dictaminar*»: Cuando *dictaminaron* los señores de la Comisión. «*Inseguir*»: *Insiguiendo* la costumbre de años anteriores, la apertura del curso *tendrá lugar* (galicismo se llama esta figura) á la una de la tarde; «y algunos como «*cablegramear*», deben entregarse al brazo seglar de Quevedo, para que después de raparlos á navaja, haga con ellos (cuando resucite) un auto de fe. Otros, v. g.: «*añejar*», aunque no lleven el estigma de anticuados: «*trucidar*»: los hombres que matan y *trucidan* á otros; «*presidiar*»: no se podían tomar sus plazas ni *presidiar* bien las que se conquistaban, son vocablos que no ha de esperarse á que se arrancien, al modo de los vinos, ni á que *vetustescant*, porque los pobrecitos están ya inservibles. Hay uno, *arregostar*, que muchos, aun los señoritos de

Castilla, dicen con necio aplomo: por efecto de tales obsequios quedaron *arrecostados* al dulce manjar, que no hay plato que mejor les sepa». Con esta corren parejas no pocas vulgaridades como la de amedr*an*tar en vez de amedr*en*tar, que es como lo usan hasta las personas de mediana educación.

Los petulantes podían abrir el Diccionario y leer:

Regostarse, Arregostarse.—(De *a* y el lat. *regustare*, gustar con insistencia, saborear) r. fam. Engolosinarse ó aficionarse á alguna cosa. Y metidos ya en harina, no les sería difícil topar con un verbo muy español:

Regodearse.—(Del lat. *re* y *gaudēre*, alegrarse, estar contento) r. fam. Deleitarse ó complacerse en lo que gusta ó se goza, deteniéndose en ello.

Puesto que hablamos del poder de la *r*, ¿por qué dejar en el silencio del olvido al muy horondo del participio:

Arrellanado, presentado vulgarmente con el disfraz de *arrellenado*.

Arrellanarse.—(De *a* y *rellano)* r. Ensancharse y extenderse en el asiento con toda comodidad y regalo.—Fig. Vivir uno en su empleo con gusto y sin ánimo de dejarle.

Doctor en *Brutología* lo es también el:

Amendrantado, y anda tan orgulloso que le molesta se hable de infundir miedo, de atemorizar á las gentes con el correctísimo AMEDRENTAR.

Hay otra clase de Doctores, muy leídos y en extremo presumidos; los llamo así porque no merecen ni el nombre de: *timoratos*, ni el título de: *custodios del idioma*. Á tan farisaica congregación pertenecen los que ven en todo la *Mano Negra* del galicismo.

Para ellos lo es, y muy criminal:

Poner en ejecución.—Si levantasen la cabeza algunos que yo me sé, ya les dirían á estos ordenancistas si hay ó no argumen-

tos contundentes para apelar ante el... *Tribunal Supremo* de la sentencia por ellos pronunciada.

En Francia dicen *mêler;* nosotros *mezclar*, y vean ustedes á dónde conduce el celo indiscreto: á sostener que *mezclar* no puede decirse de cosas inmateriales.

Poner fin.—Aunque se incomode Baralt, digo, los que han tomado su *Diccionario* como la Biblia del lenguaje, diremos que tampoco es frase arrebatada á nuestros vecinos; á no ser que me prueben que Fr. Luis de León y Mariana eran galiparlistas.

Partir de este mundo.—¡Qué aspavientos no hizo el bendito de D. Rafael al oir: ¡nuestro buen amigo *se partió de este mundo!* ¿Qué diría hoy si leyese los ejemplos acatados en *las Frases de los Autores clásicos españoles?* (Pág. 505-9.)

Camino batido.—Escrúpulos de monja boba son los de ciertos antigalicistas que yo me sé; muy buenos señores, es verdad, pero como en esto del lenguaje les mueve el fanatismo, tienen por gran pecado que el *Diccionario* hable de *estradas*, *selvas, caminos, campos, montes* y *sotos batidos*, es decir: de los despoblados que se recorren y se registran, ya para operaciones militares, ya para caza ó con otro motivo. No quieren respetar á Colomas y Moncadas, que enviaron tropas á *batir los caminos* y tomar lenguas. Y si me respondiesen que el bravo Coloma tenía la manga ancha, *contestarles hía yo*, hablando á lo arcaico, que fué un gran purista, esto es, enemigo de novedades; pero con su cuenta y razón. Dígolo, porque si hubiese vivido en este siglo acaso no habría admitido en su *compañía* al pendenciero de Baralt. Y quién sabe si se trabarían de palabras, por lo de «*batir el corazón*», «*le cœur lui bat*», que dicen allá en Francia. Lo confieso, no he tenido tiempo para buscar la partida de nacimiento de entrambas frases; ni quiero, tendría como un anatema, que pesara sobre mí el epíteto de laxo. Hecha esta salvedad, ¿no cabe insinuar el recelo de que ambas á dos naciesen á un mismo tiempo y de un mismo tronco, del *batuere* latino? Si no, ¿de dónde sacó el autor del poema *Alexandro* su:

Batiel el corazón maldecie el peccado .. (334).

¿Que tal significación sufrió eclipses y desmayos durante tres siglos? Concedido. Mas ¿no le puede servir de algún abono el ser muy análoga á la expresión de Cervantes:

«Comenzó á dar diente con diente, como quien tiene frío de cuartana, y creció más el *batir* y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era.» *(Quij.,* I, 19.)

¿Quieren ustedes que el:

multa renascentur quæ iam cecidere

de Horacio, no sea aplicable á estos versos afrancesados de Quintana:

reclinaré en tu pecho
mi atormentada frente, y aplicando
tu mano al corazón, verás cuál *bate.*

Poes.—[illegible].

Concedido también. ¿Que nuestro *alear*, *latir* y *palpitar* han dado suficientes pruebas de suplir con ventaja al si es un sí ó no algo afrancesado del discutido *batir?* No lo dudo.

Pero ¿no se me ha de tolerar la afirmación de que, menos *exacto,* menos *propio* que sus tres compañeros, no es, sin embargo, un intruso ni un usurpador? ¿Se desvía tanto del sentido fundamental de sus tres *camaradas* (1), que constituya un pecado monstruoso, hablando de palpitaciones, decir: *el corazón me bate?*

Santo y muy bueno, tomemos el cielo con las manos al oir absurdos que repugnan al recto pensar del hombre menos instruído, ó que por dar lugar á equívocos nada favorables, como el de *prestigioso*, nos echemos encima y digamos resueltamente: ¡Eso de convertir á los generales en *prestidigitadores* que fascinan á la gente con juegos de manos, en *prestigiadores*, sinónimo de *embaucadores*, eso es el colmo de la ignorancia, lo único que nos faltaba ver!

(1) *Camarada*, según su etimología, es el que habita con otro bajo una misma *cámara*. ¿Y no habitan bajo el mismo techo, bajo el techo de *golpear* (más ó menos acompasadamente), *latir*, *palpitar* y *batir?*

¿Pero se tachará de absurdo, estará fuera de la *usanza* contemporánea, nos llamarán retrógrados, por recordar el: ***Batuatur tibi os***, de Plauto, y el ***batuere ulcera,*** de Plinio?

EJERCICIOS

1.° «Tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaque de burlas. *Cogióle* la razón, de la boca, Sancho, y prosiguió diciendo.» *(Quij.*, II, 32.— Edic. crítica, vol. V, pág. 147. Madrid, 1911; Victoriano Suárez).

¿Puede afirmarse, á pesar de lo manoseado del verbo *coger*, que en esta acción representa bellamente el acto de quien continúa el discurso que ha empezado otro sin que medie interrupción alguna?

2.° «Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes, que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto *cargaba* la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacía ó decía D. Quijote.» *(Quij.*, I, 29.)

¿Es baja esta imagen «*cargaba la mano*», para indicar que insistía con empeño?

3.° *Divertir*, verbo familiar, ¿tiene ese mismo carácter en el siguiente ejemplo? ¿Qué significa? ¿Se emplea en el sentido que le daban los latinos? ¿Qué significa el *diverte a malo et fac bonum*, de la Biblia?

... y quisiera que mis cuidados me permitieran continuar el daros gusto con este instrumento; mas son tan graves, que este rato que lo he tomado lo hice por probar si con él podía *divertir* la memoria de mis pesares.

(Solorzano.—*La garduña de Sevilla*, B.ª de R., Nov. post. á Cer., t. 2.°, p. 180).

4.° *Convidar* es palabra que usamos comúnmente; y con todo la ennobleció Granada cuando dijo:

«Por lo cual, siendo nuestro propósito en este libro *convidar* y aficionar los hombres á la hermosura de la virtud, será bien comenzar por esta parte más principal.»

(Guía de pecadores, c. 2).

IX

ABLATIVO ORACIONAL

Los qne aún guardan en la memoria el recuerdo de aquellos días cuando se sentaban en los duros, aunque muy honrados bancos del aula del latín; los que aún conservan viva la imagen de aquel *empedernido dómine*, cuando con aire magistral les sen-

taba la palmeta; ahora, lejos de maldecir aquellas borrascas en las que siempre naufragaban la pereza, la desaplicación y el amor propio, bendicen al cielo y parécenles muy dulces las horas gastadas en aprender, sin alardes de ciencia, aquellas gramáticas *empíricas*, *casuísticas*, es verdad; pero que tenían la virtud de clavarse en el alma tan fuertemente, que no es posible arrancarlas ni á dos tirones, y que ponían al alumno en aptitud de traducir al *mismísimo* Lucrecio y aun á Plauto, padre del arcaísmo. Para los que así estudiaron, es más claro que el agua esto de los *ablativos oracionales*, que hoy los *modernistas* llamamos con mucho énfasis, y no siempre con exactitud, *instrumental*. Leyeron aquellos los entonces tan sabidos versos:

Suave, mari magno, *turbantibus* aequora *ventis*
E terra magnum alterius spectare laboren.

(T. L. De rer. nat., II, v. 1.º)

«Es dulce, cuando los vientos agitan el inmenso Océano, contemplar desde la orilla el gran peligro en que otros se hallan envueltos»; gozáronse en la admirable *endecha*, llamémosla de esta suerte, ya que sus versos parecen escaparse de la medida de los hexámetros latinos:

Te, dulcis coniunx, te solo in litore secum,
te *veniente die*, te *decedente* canebat.

(Virg.—*Georg. IV*, v. 465-6).

A ti, dulce esposa, naciendo el día,
A ti cantaba cuando el sol moría.

(Trad. de M. A. Caro).

Neu sinas medos equitare inultos,
Te duce, Caesar.

(Horac.—Ad Aug. Caes).

O bien, admirados de la sublimidad bélica de esta descripción, declamaban, poseídos del mayor entusiasmo:

Tum Sabinae mulieres, quarum ex incuria bellum ortum erat,

crinibus passis (1), *scissaque veste, victo*malis *muliebri pavore,* ansae so inter tela volantia inferre (T. Livio.—*Historia,* I.); y entonces, ante bellezas que sólo negarán los que no puedan saborearlas, los alumnos daban al olvido las poco, mejor dicho, nada cariñosas amonestaciones del *dómine.* ¡Y cómo no, si merced á sus enseñanzas, con todo y ser *rutinarias,* se enamoraron perdidamente del buen ejemplo de los ablativos absolutos con este su excusar palabras, con la soltura y rapidez que en ellos resplandece!

Son maneras de decir tomadas á los latinos, de las que César nos ofrece dechado y ejemplo en cada página. Lo mismo sucede en esotra obra castellana, colmo de perfección y riqueza, en el *Tratado de la Tribulación,* compuesto por el P. Rivadeneira para levantar el abatido espíritu nacional después del desastre que sufrió en 1588 la Armada Invencible. Ahí van, tomadas al acaso, unas cuantas pruebas de nuestro aserto:

«De esta verdad así *declarada,* se sigue otra de no menos consuelo.» *(Trat. de la Tribul.* c. III.)

«*Acabado* el templo que labró Salomón, le apareció Dios la segunda vez y le dijo que...» (Id. c. IV.)

«... cuando esto le dice, ríese de ello, y no lo cree, hasta que, *entrado* en el golfo, y *pasados* los primeros días de novedad y gusto, después, *cansada* la vida, *perdida* la salud, *acabada* la hacienda, *gastado* ya sin ningún fruto el pavor, solo, desamparado y afligido se halla tendido en una cama, y se acuerda, etc.» (Idem c. VII.)

«... para que después de la tempestad, *sosegada* ya la mar, acudamos á él y le alabemos»... (Id. c. IX.)

«... en aquella hora tendrá menos cuidados y dolores que el rico, pues tendrá menos que dejar y de qué dar cuenta á Dios, y que por la pobreza *llevada* con paciencia y alegría irá al lugar de descanso con Lázaro mendigo»... (Id. c. XVI.)

¡Cuán grande es la diferencia de un mismo pensamiento adornado ó desprovisto de esta gala de los ablativos absolutos y participios, con que los latinos vestían á menudo sus conceptos!

---

(1) Tendidos, esparcidos los cabellos (de *pando).*

«*Siendo* tiempo de penitencia por particular constitución eclesiástica, y *haciéndola* todos en general *procurando* la reformación de sus costumbres con todas veras, *absteniéndose* hasta los niños más pequeños de sus juegos y entretenimientos acomodados á su corta edad; mal hacéis *teniendo* vos tan particulares obligaciones, como debéis reconocer, para ser de los primeros *reformados*, en beber con tanta libertad y desorden, que pueda servir á todos los que os conocen de escándalo.»

«Pues *es* ya tiempo de penitencia, y todos la *hacen* y *procuran* la reformación y se *abstienen* hasta los niños más pequeños de sus juegos y entretenimientos acomodados á su corta edad; mal hacéis, ya que sobre vos *pesan* tan particulares obligaciones, como debéis reconocer, si queréis que se os cuente entre los primeros á quienes llega la reforma en el beber con tanta libertad, etc., etcétera.»

Quien no perciba la diferencia del giro tan castizo como elegante del primer párrafo cotejado con el segundo, en el que las ideas están como diluídas, que renuncie á este linaje de estudios, pues el cielo le negó el don de distinguir entre el primor y el desaliño.

REGLAS. —1.ª «*Ablativo absoluto ú oracional*». *Dieron los latinos este nombre al inciso «que», puesto en ablativo, lleva embebida una oración entera, sin preposición explícita que lo rija: «luna teste», en presencia de la luna, siendo testigo la luna.*

2.ª *Por semejanza recibe la misma denominación en castellano el inciso, sin partícula de ninguna clase, que muestra la relación en que está con el verbo de que realmente depende, y que vuelto el latín pide el caso ablativo:* v. g.:

Augusto, *acabada la guerra*, volvió á Cantabria, donde dió perdón á la muchedumbre. (Mariana. —*Historia de España,* I, 5.)

Acabada la guerra es un ablativo racional, porque en latín habría de ponerse el substantivo *guerra*, mejor dicho, su equiva-

lente *bellum*, en ablativo de un modo absoluto, esto es, sin preposición aparente que le rigiese: *bello confecto*, etc.

Que tal denominación, admitida desde antiguo en las aulas, sea impropia algunas veces, no hay para qué ocultarlo. Cuando Calderón hace decir á Auristela:

> *Yo testigo*,
> aunque sea parte y juez,

el «*Me teste*», como diríamos en latín, siendo ablativo, está, sin embargo, representado en castellano por el nominativo *yo;* luego es patente impropiedad llamar ablativo *absoluto* á expresiones de tal índole.

EJERCICIOS

1.° El rey, ajustada la paz, entró en Madrid con todo su ejército.

¿Hay en esta frase algún ablativo absoluto?

2.° *Libertados los niños*, se resolvió dar carrera á los que mostraban tener más ingenio.

¿Qué oración está como embebida en el llamado ablativo absoluto: «*libertados los niños?*»

3.° «Tengo observado que, así los extranjeros como los españoles que han vivido fuera de España más de tres años, son insufribles *restituídos* á su patria.»

(El P. Mtro. Fr. M. Sarmiento).

¿Pertenece á la clase de los ablativos, que se acaban de estudiar, el vocablo *restituídos?*

4.° Luego que hubo *tomado esta resolución*, emprendió el camino de los Alpes.

Resuélvase el primer inciso en un ablativo oracional, y dígase cuál de las dos cláusulas es más enérgica y concisa.

5.° *Constituída la junta*, adoptó la resolución de atacar inmediatamente al enemigo.

¿Por qué se dice que esta manera de expresión da mayor soltura y rapidez á la frase?

X

¿ES FIJO EL LUGAR DEL VERBO EN LA ORACIÓN?

Las infelices Gramáticas que tienen por blanco el estudio de miembros descuartizados, ó sea la anatomía de las partes de la oración, nada dicen de la pregunta con que se encabeza este punto. Ignoran, ó aparentan ignorar, que las palabras usan dos trajes: sin adornos, por demás tosco, el que visten en la soledad y apartamiento de las ideas cuando están en el Diccionario; pero como el horror á la vida retirada es para ellas lo que el vacío á la naturaleza, se engalanan y atavían con otro de vistosos y preciados adornos, al lanzarse en busca de las inmensas relaciones con que les brindan las cláusulas y períodos oratorios. Desde que aprendieron que juntas forman como la corte del pensamiento, y que el verbo se constituye en señor y rey de todas las partes de la oración, adaptan de tal suerte sus movimientos á la voluntad del monarca, que jamás ninguna de ellas avanzó un solo punto sin que éste se hallase previamente colocado en el sitio de honor. Situada esta voz en medio de las otras, á la manera de reina arrogante sentada en el solio entre las damas de su séquito y servidumbre, diríase que siendo la dominadora del pensar, del sentir y del querer, está llamada á que se le reserve siempre el lugar que ocupa aquí en tan augusta ceremonia. Contemplemos al verbo, majestuoso y radiante de hermosura, en medio del cuadro mágico y sorprendente que nos ofrece el califato:

«Córdoba, la corte del Andalus, la ciudad de las maravillas, la metrópoli y sultana de Occidente, la émula de Bagdad y de Constantinopla, el palenque de las ciencias, la antorcha del Islam, la mansión del imperio y trono de los sultanes, se *alza* con su coronada cabeza, orgullosa por sus ciento setenta mil casas, por sus alcázares y mezquitas, por sus floridos jardines, por su amenísima vega, por su lucido y numeroso acompañamiento de veintiocho arrabales, seiscientas casas de baños, tres mil alquerías, junto con las cuatro mil almunias y axarafes, perpetuo deleite de sus regocijados moradores.»

Engañaríanse no poco cuantos se imaginaran que el verbo no

renuncia al regalo que trae tan ventajosa posición; nada menos cierto: poniéndose á veces, como si dijéramos, á la cabeza del ejército, se le ve avanzar sin detenerse en su impetuosa marcha, seguido de numeroso cortejo de proposiciones secundarias, hasta que llega á la expresión de un pensamiento completo, ideal de sus más lisonjeras aspiraciones.

«*Hay* un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados la estrella del Oriente, adonde han ido á beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones y de arrebatar las almas con sobrehumanas y misteriosas harmonías: este libro es la *Biblia*, el libro por excelencia.» (Donoso Cortés.—*Disc. acad.)*

Cual hermosa cascada que poco á poco va precipitando sus aguas hasta caer de lleno en holgado y amplísimo lecho, así la cláusula, cualquiera que sea el número de verbos que entren á componerla, á veces coloca el último, como cerrando el séquito, aquel en que pone todos sus amores.

«Nadie tiene derecho á ignorar el origen de esta ciudad tan célebre en la historia del mundo: Alejandro *el Grande* invade el Egipto, conquista á Memfis, su capital, y sale con su ambición y con su gloria á escoger un punto donde su nombre *pueda eternizarse.*» (Castro y Serrano.—*La novela del Egipto.)*

Cicerón, maestro en arte de bien decir, muestra singular cariño á este modo de conclusión; de ahí aquel terminar de sus tan cebrados períodos: «*esse videtur*», «*videretur*», «*videatur*»; de ahí el que muchos digan con admirable desenfado: *los incisos y las oraciones que aspiren á la mayor elegancia han de terminar forzosamente con el verbo.*

Cándido Buenafé, ¡para que no se ofenda!, debió de llamarse el primero que osó estampar afirmación tan rotunda y solemne, porque ni aun en Roma podría sostenerla. Véase cómo habla Quintiliano:

«Cosa bellísima es (1) cerrar el sentido de la oración con el ver-

(1) Verbo sensum claudere, multo, si compositio patiatur, optimum est. In verbis enim sermonis vis inest. At si id asperum erit, cedat hæc ratio numeris, ut fit apud summos græcos latinosque oratores frecuentissime.

(Quint.—*Inst. orat.*, lib. IX).

bo *si lo permite la composición;* porque en los verbos está la fuerza del razonamiento. *Pero si disuena al oído, esta razón debe ceder á la harmonía*, como muy frecuentemente sucede entre los más consumados oradores griegos y latinos.»

Tal debió ser en muchos la tendencia general, según puede verse en la observación que hace el autor del *Diálogo de la lengua*, cuando hablando del Amadís de Gaula, dice:

«En el estilo mesmo no me contenta donde de industria pone el verbo al fin de la cláusula, lo cual hace muchas veces, como aquí: «*Tiene* una puerta que *á la güerta salle*, en vez de *salle á la güerta*.» (Edición de 1873; pág. 133.)

No ha de tomarse como artículo de fe, aunque lo indique Galindo y de Vera (1), que Cervantes gustara de semejante artificio en el *Quijote*, ya que el detenido examen de la inmortal novela no autoriza á ello; otro parecer sería el nuestro, si retrajéramos la cuestión al Persiles, libro amanerado si los hay; con ser tan grande la autoridad de que goza por su derroche de castellano.

Este empeño de terminar los períodos con el verbo, como sucede en la *Diana enamorada*, de Gil Polo, hace intrincado el estilo, pecado gravísimo para el que no hay, ni ha de haber, absolución. ¿Quién perdonará afectaciones tan grandes y pedantescas como las de:

«Mas ella, que de lejos la suavísima voz *oyendo* á escuchar tan delicada melodía secretamente se había *llegado*.» (Libro I.)

«Pero todavía la ansia que tenía de conoscer la que estaba con su esposa, le hizo que llegase á las pastoras, de las cuales fué cortésmente saludado, y de su esposa con angélico semblante *recibido*.» (Idem.)

En prueba de que el verbo da fisonomía á la oración y de que eso lo hace estando al principio, al medio ó al fin, según los casos y conforme á lo que piden las leyes de la harmonía, del énfasis, etc., etc., presentaremos un mismo pensamiento para convencernos no ser indiferente el lugar en que haya de ponerse:

«*Es* una imagen de paz y una sombra vana de concordia, la que se halla entre gente viciosa.» (P. Márquez.—*(Los dos Est. de la Esp. Jerusalén.)*

---

(1) *Memoria sobre el progreso y vicisitudes del castellano*, pág. 130.

¿Quién no ve que este pasaje perdería su elegancia si dijésemos:

«La paz y concordia que se halla entre gente viciosa *es* imagen y sombra de las mismas?»

Igualmente acontecería trocado así:

«Imagen de paz y sombra de concordia *es* la que se halla entre gente viciosa.»

Por el contrario, ¡qué gravedad, qué energía la de este otro período, sólo por llevar el verbo al fin!

«Para ti enreda y trama el gusano hilador de la seda; para ti lleva hojas y fruta el árbol hermoso; para ti fructifica la viña... el vellón de la lana, que cría la oveja, beneficio tuyo *es;* las uñas y armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo *es.*» (Granada.—*Adic. al Memorial*, p. II, 22.)

REGLAS.—1.ª *La colocación del verbo decide, tal es su importancia de la fisonomía de la cláusula; sea ejemplo:* «DETUVIERON *los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de Don Quijote como de sus razones. (Quij.*, I, 8).

El asombro que les produjo ver al famoso hidalgo puesto en la mitad del camino por donde habían de pasar, cesaría si lanzando el verbo de la cabeza de la frase le relegáramos á lugar más secundario, v. g.: Los frailes *detuvieron,* etc.

2.ª Aunque en resolución deba apelarse al oído, todavía cabe proponer que si en las descripciones *puede ir* al principio, siempre que con ello no se martirice la gala y hermosura del lenguaje, en largos períodos oratorios no disgusta verle al fin.

EJERCICIOS

1.º «De quién fueron engendrados Agrajes y Mabilia, que así del uno como caballero y della como doncella en esta gran historia mucha mención se *hace.* La otra hija, que Elisena fué llamada, en gran cantidad mucho más hermosa que la primera, *fué...* Pues este dicho rey, Garinter, siendo en asaz crecida edad, por dar descanso á su ánimo, algunas veces á monte y á caza *iba.* Entre las cuales, saliendo un día desde una villa suya, que Alima se llamaba, siendo desviado de las armadas y de los cazadores, andando por la floresta sus horas rezando, vió á su siniestra una brava batalla de un solo caballero, que con dos se *combatía.*

(*Amadís*, I, c. I).

«La mujer ser desobediente, dubda no es dello; por cuanto tú si á la mujer algo le dijeres ó mandares, piensa que por el contrario lo ha todo de *hacer*... Y esto lo dijo en presencia de todos los de su casa, porque fuesen testigos, y luego hizo que se *iba*.»

(Alfonso Martínez de Toledo.—*El corbacho*, II, c. VII).

¿Arguye afectación ó bien es prenda de natural espontaneidad ese terminar los incisos y cláusulas con un verbo?

2.º Alcida, á más andar, metiéndose por un bosque muy espeso que junto á la fuente *estaba*, caminó con tanta presteza y recelo, como si de una cruel y hambrienta tigre *fuera perseguida*.

(Gil Polo.—*La Diana enamorada).*

¿Es natural ú olisca á afectación este concluir el primer inciso y la cláusula con el verbo?

3.º ¿Puede tacharse de amaneramiento el modo de terminar los incisos y el período en los pasajes latinos que ahora siguen? Vertidos al castellano, ¿disonarían si colocásemos el verbo al fin?

«Etenim omnes artes, quae ad humanitatem pertinent, habent quoddam commune vinculum, et quasi cognatione quadam inter se continentur.»

«Haec studia adolescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis refugium ac solatium praebent; delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur.»

(Cic.—*Or. pro Archia poeta).*

4.º «... respondiéndome á los papeles que le envío, llenos de amor y dulzura, con el mayor desabrimiento y despego que jamás princesa á caballero andante escribió.»

(Quij. de Avellaneda, 4, II).

XI

¿PUEDE ESCRIBIRSE SIN VERBOS?

Si hay una lengua en la que el nervio del discurso, el verbo, no esté encarnado en una palabra, porque á todas les sea indiferente pertenecer á esta categoría, á la de los nombres adjetivos, ó á la humilde condición de partícula; si en esa lengua se estima la palabra como ecuación algebraica, esto es, como enunciación abstracta del acuerdo ó disconveniencia entre el sujeto y el atributo; si sólo entran en ella frases cortas, como en el hablar de

los niños, invariables, sin gala ni primor, porque se juzga como un lujo del alma embellecer y variar la expresión; si hay una lengua, como la de los chinos, compuesta de palabras secas, monótonas, áridas, en su mayoría monosilábicas, que diríase repercuten como golpes de martillo, en ese caso bien se puede escribir sin verbo, imponiendo al entendimiento el trabajo de sobreentenderlo, ó tomándose la libertad de pedir explicaciones á quien habla, para evitar equívocos y anfibologías, ya que una palabra tiene la misteriosa virtud de representar á la vez todas las partes de la oración.

En castellano sólo es posible esto por breves momentos, ó como alarde de ingenio para mostrar la grandeza de nuestro idioma. No aconsejaremos, pues, que se use tan singular artificio en un libro entero. Pase como honesto recreo, como juguete en que se vea lo castizo del lenguaje, su riqueza en giros y modismos y cómo en ciertas frases da á la oración la fuerza y elegancia que le roban la monotonía engendrada por la repetición del verbo. Sea ejemplo:

SR. D. VICTORIANO FUENTES.

Muy señor mío: Empresa (1) sólo para una vez, por lo difícil, y de otro lado, empresa sin mérito y hasta completamente inútil, la de una segunda carta sin verbos. ¡Abajo, pues, los escritos de semejante condición! Y ¡adelante, adelante! vosotras, cartas sencillas, candorosas, y sin artificio de ninguna clase, como hijas de entendimiento lugareño; mas con todo eso simpáticas en medio de vuestra rustiquez y aldeanismo. Lejos por tanto de mí, estimadísimo amigo, los afeites, los torneos y primores literarios tan ajenos de un cura de aldea, como del objeto de esta mi epístola. Y después de todo ¿á qué tan falsos dijes en una felicitación de días? Todo menos eso, pero sí mi entusiasta enhorabuena, así á usted, como á su amado nieto, vivo retrato de un joven del siglo XIX, mancebo, según vocablo de nuestros clásicos, no menos famoso por su elegancia en el vestido, por su discreta diplomacia en saludos y plática, como por su prodigalidad en finas atenciones, lo

(1) Alusión á otra carta sin verbos.

mismo con los habituales paseantes del Parque y calle de Fernando, que con el obscuro empleado de... Sí, mi bendición á entrambos, al abuelo y al nieto; pero lo más santo de esta bendición para el alma de usted, palacio de la fe y de la caridad; para usted mil veces más venerable que por sus canas, por su vejez pura y casto recogimiento; por sus virtudes, resplandores del cielo, y por sus rezos, desvelo de sus noches, ocupación del día, entretenimiento de las fiestas y fiesta de sus pascuas.

Después de ustedes dos, para nadie mejor que para su nieta un recuerdo, quizá inoportuno, de este vano escrutador de misterios impenetrables. Cariñosas memorias, pues, á esa niña, alegría de sus padres, vida y dulzura de su hermano, personificación de la prudencia en el trato de sus amigas, delicia, en fin, de los moradores de esa casa, asilo juntamente que regalada mansión de muy nobles y escondidas virtudes. ¡Gallarda vida la suya! sí, envidiable por todo extremo y muy en harmonía con los ensueños de su dulce ideal; ideal en verdad indescifrable y misterioso, así á los presumidos de su conocimiento, como á los ojos del profano vulgo; ideal siempre recóndito, ya en sus demostraciones de aversión á la estéril vanidad femenil (hija de Eva y heredera universal de sus pasiones), ya en la misma representación (1) de aquel maravilloso semblante de Nuestra Señora de Lourdes en el inaudito espectáculo de su inefable aparición á la sencilla Bernardita.

Ninguna noticia más agradable para mi amigo D. Mamerto, después del imparcial juicio sobre sus hijos, que la noticia de mi último hallazgo: un libro áureo con tantos diamantes como palabras, con no menos donaire que el buen Sancho: con un estilo galano y seductor por lo castizo: libro, en suma, sin género de encarecimiento, el más lindo y discreto en su clase, por tanto, el más adecuado para las tareas de nuestra humilde y reducida Academia, y no poco útil también para venganza de los tuertos y desaguisados de algunos descomedidos caballeros contra la hermosa princesa Dulcinea, nuestra lengua: la hermosa lengua de Cervantes.

¡Memorias y alusiones para todos en general! ¿Y nada de par-

(1) Alusión á unos juegos y fiestas infantiles en los que se representó la milagrosa aparición de Nuestra Señora.

ticular para mi excelente amigo el Sr. D. Juan Pacheco? ¡Ah! para este señor, el más delicado de mis recuerdos y la promesa de mi perpetuo afecto.

Don Victoriano, indicio cierto del fin de esta carta, la conclusión del papel, pero no del mucho afecto hacia usted del más devotísimo, si bien el último de sus amigos,

C. C.

De Vallecas, á 22 de Diciembre de 1882.

EJERCICIOS

Puede ser muy provechoso el de restituir al siguiente juguete los verbos callados de industria al amparo de las elipsis.

«Sr. D. Emilio Pi y Molist, *panegirista de Cervantes y príncipe de los escritores castellanos.*

En poder del Galeno de aquí la suya (de usted, por supuesto) fecha 6 del corriente; y aunque hija del desaliento y pesimismo, propios de enfermo aprensivo cual el de Molière, y de médico tan escéptico en su arte como el famoso Francisco Sánchez; muy halagüeña, con todo eso, para mí por el anuncio de su franca convalecencia, según pronóstico ajeno, y hasta según barruntos de este cura lugareño, y por doble motivo profano en la ciencia adivinadora del buen Esculapio.

Por ello, mil parabienes, no ya los míos, de poca estima, sino de otros admiradores de vuesa merced, maestro de todos en el habla de Castilla, dechado de formalidad catalana, por desgracia algo escasa en estos tiempos de evoluciones y cambios de postura. ¡Mi salud! ¡Dios mío! muy quebrantadilla, merced á la sofisticación de los alimentos, tarea innoble de maestros en tretas de mala ley, en achaque de picardías culinarias, oficio de gente con menos conciencia que Maritornes, la bribonzaca, y su amo, el socarrón del ventero. ¡Ay! ¡qué humor el mío en estos momentos, querido D. Emilio! ¡Qué confusión tan grande! ¡Qué trastorno para mí el de una mudanza en estos momentos de 2 000 volúmenes, el cambio de casa para mi amada colección, deleite de los visitantes, regalo del alma, único tesoro de este pobre cura y cura pobre!

Mis respetos á su discreta y bondadosa señora, y para usted memorias de todos y en particular un adiós cariñoso, un abrazo místico de este su devotísimo amigo,

C. C.

De San Hilario Sacalm, á los nueve días del mes de Septiembre y año de gracia de 1891.»

¿En qué frases de esotro ejemplo se halla suprimido con bella gracia el verbo sin el que no puede haber oración?

«¡Pero en dónde, en dónde ahora los Granadas, los Marianas, los Leones?; las Teresas de Jesús, ¿qué se hicieron?; los Nierembergues, ¿dónde fueron? Avila, Malón de Chaide, Yepes, frailes insignes que ilustraron el convento y dieron nombre á su siglo con sus obras, ¡qué dirían, si sacudiendo el polvo de los siglos que gravitan sobre ellos, se levantaran y oyeran la infame algarabía en que tratan de expresar sus ruines pensamientos estos hijos de la piedra que hoy se llaman periodistas, novelistas y poetas!»

(J. Montalvo.—*Busc.*, p. CIX.)

XII

USO ESPECIAL DE ALGUNOS VERBOS

Hános parecido conveniente tratar al fin de este capítulo de los verbos ***hacer, estar, ser*** y ***echar***, y esto no sólo por la gala que puedan traer al discurso, ni porque se empleen con frecuencia, sino porque ante todo importa precaver alguna de las dificultades en que todos solemos tropezar.

Ya que el estado de inocencia precedió al de la culpa, séanos dado esta vez discurrir acerca del privilegio que gozan algunos verbos, *saber* entre otros, cuando esfuerzan su propia significación con el auxilio de los pronombres, toque de hermosura no á todos concedido. Sirvan de aclaración estos ejemplos:

«... allí tendré lugar de acabar mi libro... *(dice Ginesillo de Pasamonte)* aunque no es menester mucho más para lo que yo tengo de escribir, porque *me lo sé* de coro.» *(Quij.* I, 22.)

«... no me es lícito decir otra cosa; á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde *yo me sé*.» (Idem, íd., 46.)

Ciñe de tal suerte la acción esa manera de decir; la hace tan íntima y exclusiva, que diríase propiedad inalienable lo que del sujeto se predica: «*adonde yo me sé*», esto es, «*adonde yo sé y no sabe otro alguno*».

Hay verbos, sin embargo, con los que parece se nació semejante gracia: por eso los ponemos en lugar privilegiado, otorgándoles el galardón de que celebre su hermosura pluma tan bien tajada que la nuestra, la del ilustre comentador de Cervantes, don

Diego Clemencín, benemérito de la lengua, archivo de cuantas enseñanzas pueden convenir para su posesión.

(Véase la nota de este ilustre comentador al tratar del verbo *ser.)*

HACER

Desconoce su primitiva estirpe, no sabe quiénes fueron sus ascendientes, sólo recuerda que allá entre los últimos ha de contarse al latino *facere*, del que los franceses tomaron su tan asendereado *faire*, *fare* los italianos, los catalanes *fer*, *fazer*los antiguos castellanos, *hacer*, convertida la *f* en *h* muda, como decimos hoy. No entra en nuestro ánimo levantar falsos testimonios á verbo, más que útil, necesario; pero cuando le encontramos con malas compañías, con escritores desmañados, entonces quisiéramos llamarle ignorantón, obscurantista y retrógrado, y el Señor nos perdone epítetos nada caritativos.

En buen hora que cuando el idioma se mecía en su cuna en aquella época verdaderamente *primitiva*, se dijese *fazer ganancia*, *facer circuncisión*, puesto que aún no habían venido al mundo los verbos *ganar, circuncidar* y mil otros, orgullo de nuestra opulencia lengüística; pero constituir hoy al bondadoso *hacer* en una especie de auxiliar que supla deficiencias, más que reales, aparentes, arguye descuido, escasa habilidad ó corta lectura de los buenos autores. Sea por una ó por estas tres causas á la vez, el susodicho verbo se ostenta orgulloso auxiliando á otros que expresan la idea más brevemente, como *leer, preguntar, vender, malgastar el tiempo*, etc., que aventajan no poco á las redundancias *hacer lectura, hacer preguntas, hacer la venta, hacer un gasto de tiempo*. No olviden los que tal *hacen* que esto es volver á la cuna del idioma é imitar la pobreza de *allende* el Pirineo, donde se *hacen* muchas cosas que no pueden *hacerse* acá en España.

Sea bien venida palabra tan complaciente cuando sin desfigurar ni corromper el idioma, sino mirándole con religiosa veneración, reproduce con bella gracia las mismas ideas de los verbos que le sirven de heraldo. A tal punto llega entonces su riqueza que toma, con gran contentamiento de la energía, el significado

de una buena parte de nuestros verbos; pongamos por caso: *medita* mucho las resoluciones que ha de tomar. También lo *hago yo*, es decir, también *yo las medito.*

Ni le despreciemos tampoco cuando venga en ayuda y socorro de la indigencia, cuando en ciertos momentos nos saque de algún apuro, v. gr.: «*hacer bancarrota*», puesto que nos falta un verbo derivado del anterior substantivo; y «*hacer cortesías*», ya que no existe ningún otro cognado de zalamera cortesía.

Hacer guerra.—Cicerón, César y otros clásicos latinos dijeron: *facere proelium*, y César, multitud de veces: *gerere bellum*.

En nuestro *Romancero* se leen pasajes á este semejantes:

Vivos tornar vos queremos
do la *batalla* se *hacía*.

(Los siete Infantes de Lara, III).

Fonseca, nombre que ha pasado á la posteridad sólo por haberlo citado Cervantes, en su *Tratado del amor de Dios* usa la frase: «*Hacer guerra* á fuego y sangre»; el Diccionario trae las de *hacer piernas*, *hacer el oso*, *hacer conciencia*, *hacer fin*, *hacer gente*, etc.; todo ello es cierto, pero vuelvo á mi tema, esto es, á lo que afirmé en la segunda edición: que *hacer guerra* no se emplea hoy; que ya en los días de Carlos V, escribía Valdés: «Y determinó de *mover guerra* contra el Emperador»; y que no lamento la falta de un Jeremías literario que llore por la desaparición de los fenecidos: *hacer guerra;*

Grandes *bascas* va *haciendo*
reciamente va jurando.
. . . .
que vayades á las *cortes*
que se *hacían* en León.

(Romanc. del Conde Fernán-González).

«Yo le enviaré y allí *hará* el nuestro *ruego*.» *(Amadís*, 92.)

«Al fin vi *hacer silencio* á todos.» (Quevedo.—*El sueño de las calaveras.)*

Porque estas y otras frases á ellas parecidas caben holgadamente en el epígrafe:

XIII

COSAS QUE *hacían* LOS ANTIGUOS ESPAÑOLES Y QUE AL PRESENTE NO SE *hacen*.

Seríamos mucho más papistas que el Papa, es decir, más rancios en el hablar que nuestros tatarabuelos, si, por seguir de todo en todo la tradición, pusiéramos empeño en sacar adelante, digo mal, en *hacer* todas las cosas del modo y forma que las *hacían* los que ha tres ó cuatro siglos duermen el sueño de los justos. No se endereza esta observación contra el *Quijote,* en el cual, por graciosa humorada se *han hecho* fuertes las maneras arcaicas de este verbo. Viven, pues, mas sólo para el chiste y el donaire: «mucho agravio me *habedes fecho;* la vuestra *fermosura*... señora mía, puede *facer* de su persona lo que más le viniere en talante... y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le *face*...»

Nuestra censura se dirige á los que por la ambición de mostrarse entendidos quisieran que volviesen á los halagos de la vida giros ya desterrados del bien decir; v. gr.: *hacer llanto, hacer gracias*, en el sentido del latín *agere gratias, hacer desafío, hacer vengado á uno, hacer caracoles* (en vez del hermoso caracolear del caballo), *hacer desafueros, hacer espaldas*, por *guardárselas á uno, hacer la casa franca* (dejar libre la entrada), *hacer mesura* (acatamiento), *hacer viudas* (dejar en la viudez y orfandad), *hacer enojo, hacer aplausos, hacer respuestas, hacer su habla* (hablar), que respectivamente se encuentran en el *Romancero,* en entrambos *Quijotes,* en los novelistas que vinieron después de Cervantes y en muchos más.

EJERCICIOS

1.º

Judith, *hecha su mesura,*
D'esta manera ha hablado.

(Romanc. Durán.—I, pág. 295).

2.º «Mas, ¿vos no vedes? que se ofenden esos Santos más con los vicios que se acostumbran *hazer* los días de fiesta.»

(Valdés.—*Dos diálogos,* 1850, pág. 395).

3.° «... que pronto y dispuesto estoy yo de mi parte para ir luego con vos, para *haceros vengada* dese tirano príncipe que decís.»

(*[illegible]*...—cap. 5).

4.° Dejemos á la Condesa
que muy llanto grande *hace.*

(*Romanc. Durán.* —I, 247).

¿Están desterradas del uso actual las acepciones que en los cuatro ejemplos precedentes se dan al verbo *hacer?*

Puesto que se emplea en algunos casos como auxiliar, v. gr.: *hacer historia,* ¿con qué verbos podríamos substituirle para no incurrir en tan *primitiva* manera de expresión?

En castellano se *hacen buñuelos*, en su primera acepción, y en la *novísima*, esto es, en sentido metafórico: *ahora hacemos una gran plancha*, y *hay* quien asegura que ya en lo antiguo las *hacían* nuestros mayores. A los niños les *hacen el coco* para que se duerman. De un pequeñín se dice en Cataluña que *fa una rialla (ríe); fa mitja rialla* ó *una rialleta (sonríe);* en cuya manera de hablar marchó dicha lengua de acuerdo con el antiguo castellano, imitado todavía en este punto por algún escritor del siglo XVIII:

«Era hombre entendido Feliciano y de grandes donaires, y en ocasiones como esta desliaba el fardo de esta mercadería siempre, con que pocas veces dejaba *hacer risa* entre damas, satisfechas de su buen decir.»

(*Nov. post. á Cerv.*—II t., pág. 173).

Es de advertir que el catalán tiene otras formas como «*ha rigut*» «*ha sonrigut*», etcétera. Pero en Francia es fuerza que niños y grandes *hagan una dulce sonrisa;* en Castilla, huyendo de la carcajada montaraz, se van tras la *sonrisa leve*, que, cual graciosa ninfa, aparece como escondida entre los labios. Hay recuerdos que sólo *sirven para renovar* la triste memoria del bien perdido; mas á los franceses les sirven para *hacer que recuerden* el funesto *recuerdo.* Al joven que tiene gloriosos ascendientes le dicen sus padres: «*es* preciso que la sociedad *vea en ti* un descendiente de... y que no toleres mancillen tu honra; pero en las Galias: *es menester* que vengues la afrenta y *hagas ver á todos* que... Hablando de aquel á quien adornan regulares formas, le alabamos por lo bien *formado que está;* en París y en Barcelona le lisonjean por *lo bien hecho que es.* Aquí el *corazón* me *dice* que he nacido para ser desgraciado; y allí me *fait connaître* esto mismo. Tan extrañas novedades son tortas y pan pintado con aquella de «*hacer morder el polvo*», que ya criticó Capmany con tan singular donaire. Tamaño disparate ni se ha hecho en España ni se había escrito en lengua castellana. Hacer besar el suelo de un cogotazo, se dice y se hace; y ahora se había de hacer con muchos, para que aprendiesen á

tomar la pluma. El español *tiende* á su contrario *muerto en el suelo,* ó lo *deja tendido en el campo,* ó lo *deja en el sitio,* de un sablazo ó lanzada. El francés *le hace morder el polvo,* aunque haya llovido: esto es morir rabiando. El español *come tierra,* pero es después de enterrado: así lo dicen las viudas gazmoñas cuando mientan á sus maridos, añadiendo que no los merecían; y se les puede creer.

¿Y qué les parece á Vdes. el énfasis del que se propone *hacer polvo* las calumnias que se han propalado contra Felipe II?

Si de calumnias *hace* V. *polvos,* desde ahora repetimos con Puigblanch, que bien puede dar lecciones á la mismísima Madre Celestina.

5.º Y determinó de *mover* guerra contra el Emperador. — Y determinó de *hacer* guerra contra el Emperador.

¿Son igualmente castizos y elegantes los verbos *mover* y *hacer* en uno y otro ejemplo?

6.º Cada pronunciación necesita más ó menos *para ser hecha,* leemos en la Prosodia de D. M. Sicilia.

¿Debiera suprimirse el *para ser hecha?* ¿Acaso es traducción de «*pour être faite?*» ¿Parecería algo más castizo si dijéramos *para hacerse?*

7.º Dice el P. Nieremberg: Debemos *hacer* concepto de la hermosura de Dios.

¿Qué verbo se emplea hoy en este caso?

8.º «*Hacer* música», suelen escribir algunos reporters (¡?) muy repletos de galicismos.

Tocar, cantar, según la clase de música, *tocar* y *cantar, haber música, canto, piano,* etc. ¿Han de estimarse estas frases como lo suficientemente castizas para que substituyan al bochornoso «*hacer música?*»

9.º Nos *hacemos un deber* examinarnos en el Instituto en que hemos estudiado, para que no nos llamen *prófugos.*

¿Tendría aire castizo si dijéramos: *Creemos deber,* etc., *creemos que es una obligación, un deber moral,* el examinarnos en...?

10 No *hagas falta* á clase de Retórica.

No faltes, ¿sería más enérgico y más conforme á la índole de nuestro idioma?

11. *Hizo* de modo que...

Dió luego traza para...

Uno y otro modo parecen castizos; ¿cuál ofrece más novedad?

USO ELEGANTE DEL VERBO «HACER»

Para que no vengamos á ser tan viciosos y corrompidos como los prevaricadores cuyos malos ejemplos se acaban de citar, lleguémonos ahora después de mil abluciones al *Sancta Sancto-*

rum, si vale la frase, de nuestro purísimo idioma, donde seguramente hallaremos no sólo á los bizarros poetas coronados por las musas, sino á los prosistas que se levantaron como gigantes para luchar contra todos los enemigos del verbo *hacer:*

Hecha cuidadosos ojos
estaba la hermosa Zaida
tendiendo su atenta vista
por el camino de Ocaña.

(Romanc. Durán, I, 108).

¿Quién pintó la atención con imagen más viva y poética?

No es menos bello el énfasis con que se presenta en esotro pasaje del tantas y justamente citado P. Rivadeneira:

«Le apareció Dios y le dijo que si seguía las pisadas del rey David, su padre, y guardaba todos sus mandamientos, pondría los ojos sobre él, y establecería y perpetuaría en él y en sus sucesores el reino; y si no, que los destruiría y asolaría, y *los haría fábula y risa del mundo.*» *(Trat. de la Trib.* I, c. 4.)

Merece citarse por el sabor castizo que encierra aquello del cap. 39 de la primera parte del *Quijote:* «antes que vuesa merced pase adelante, le suplico me diga qué *se hizo* ese D. Pedro de Aguilar», palabras que nos traen á las mientes el tan sabido:

¿Qué *se fizo* el rey Don Juan?

¿Qué *se hicieron* la ley Orquía, y la Didia, y la Licinia, y la Cornelia, y la Emilia, y la Antia, y la Julia, todas las cuales ponían coto á los despilfarros de los banquetes, ajustando á ciertas tarifas sus gastos, según la clase y el objeto de las fiestas?»

«¿Qué *se hizo* la soberbia columnata que lo circuía? ¿Qué *se hicieron* sus adornos, sus alhajas, sus ofrendas?»

«... la codicia que de su gobernación *hizo granjeo*, los desórdenes que tuvo que castigar la espada, símbolo de la tiranía, pero remedio único contra la demencia anárquica...»

«No les nombro porque no *me hace menester:* traigo aquí sus escritos, no son personas; los escritos son tachables; sus autores sabrán más y, aunque á mí no me lo parezca, pensarán mejor que yo.» (Pi. C. pág. 811.)

EJERCICIOS

1.° Ces beaux lieux ne *faisaient* que lui rappeller le triste souvenir, etc.

2.° Il faut que vous alliez le venger, et *faire* voir en vous à toute la Grece un roi digne de regner.

3.° Ce jeune roi bien *fait*, vigoreux, etc.

4.° Il regarda avec complaisance: il lui *fut* un doux souris.

¿Cómo han de traducirse en castellano, sin que entre para nada en la versión el verbo *hacer*, los pasajes que, sacados del *Telémaco*, acabamos de transcribir?

5.° En el alma hubo de tocarle (la peste que diezmó á Italia) á aquel Emperador *(Tito Vespasiano)*, siendo tan amante de sus súbditos, tan afable, bueno y generoso con todos, que le apellidaron *delicia del linaje humano...*

Si tal es el origen histórico de la última frase, ¿deberemos admitir la tan conocida «*hacer*» las delicias del *público?*»

XIV

ANATEMAS INJUSTOS

En prueba de que la pasión no guió nuestra pluma al condenar más de una vez el celo indiscreto que muestra en su Diccionario de galicismos el muy estimable Baralt, y en testimonio á la par del respeto que personal y literariamente nos merece el P. Mir, de quien, á pesar de esto, alguna vez nos hemos separado, y aun nos volveremos á separar cuando con ello creamos trabajar en pro del idioma, se copian ahora íntegras las preciosas notas que sacadas de la obra: *Frases de los Autores clásicos Españoles*, servirán de aviso á los incautos, darán á conocer á muchos una labor digna de correr en manos de todos.

Hacer papeles.— La manera cortés empleada por el P. Francisco García en el uso de *hacer papeles*, manifiesta que en el ocaso del siglo XVII comenzaba ya dicha frase á ser de moda, fuera del teatro, en significación de *andar uno atareado en ejercitar varios oficios*. Sirva este ejemplo de aviso á los rígidos puristas, que han tildado de afrancesada la expresión de *hacer papel*. Pero no dejen de cargar la mano sin piedad en los que *juegan un pa-*

pel, de Banco no, sino de estraza, aunque entre galicistas se llame *importante.* Porque *jugar un papel importante* es jugar con la lengua española, y tener parte reprensible en su total ruina. Los que así obran, dirán afrancesadamente: *hacemos nuestro juego;* lo que ellos *hacen es su agosto,* en buen romance, agostando de camino la frondosidad de nuestro idioma. Ni se nos vendan por leales so pretexto de *jugar franco;* más *limpio juegan* y con más lealtad proceden los que les descubren el juego á cada renglón, dándoles en cara con el mal papel que hacen.» (Pág. 86.)

Confirma Láinez lo dicho anteriormente y otra vez se demuestra cuán sin justicia trataron de galicismo la frase *hacer papel:* Orellana, Ortúzar, Baralt, por no haber pergeniado bien la índole de nuestra lengua.» (Pág. 378.)

Hacer traición.—«Esta frase metafórica desazonó á Baralt. *(Diccion. de galic. art. Traición)*; en su lugar aconsejaba otras muchas, juzgándolas por más castizas. Temple el crítico la demasía de sus rigores y deje á los bien hablados el *hacer traición á la verdad, al cariño, á la virtud, al secreto, á sí mismos, á lo pactado,* sin mengua del romance, sin traición á la lengua castellana, pues no se hace por contemplación al *trahir* francés, sino por reverencia al *tradere* latino.

El P. Núñez de Cepada, escritor de guante blanco, émulo del atildado Saavedra, más inclinado al estilo conceptuoso de lo que fuera menester, en la frase: *hacer traición al oficio pastoral,* enseña á los censoristas modernos cuán fácil es tirar tajos y mandobles contra expresiones muy castizas.» (Pág. 372.)

Hacer maravillas.—«La locución: *cuántas maravillas hace el poder de Dios*, dice, parecióle censurable á Baralt. «El poder de Dios, no *hace* maravillas para los españoles, sino que las *obra. (Diccion. de galic., art. Hacer.)* Así dijo Baralt, queriendo enmendar la plana á Fray Luis de Granada y á otros clásicos (V. Superar, Extrañar), que prefirieron seguir el genio de la lengua latina en el uso de *hacer maravillas ó milagros.* Por donde se entenderá cuán fácil sea á los cansados de revolver libros clásicos, no echar de ver ciertas formas que parecen y no son contrarias al buen decir.» (Pág. 23.)

Hacer gracia.—«La linda frase de los Padres agustinos Zárate y Márquez: *hacer gracia de,* estomagaba al crítico Baralt hasta el punto de sugerirle palabras mayores. *Me hizo gracia el motivo,* oigo con bastante frecuencia á gente culta; es galicismo más extravagante aún, si cabe. Dícese: *me perdonó el motivo.*» *(Diccion. de galic. art. Gracia.)* ¡Qué gracias tiene D. Rafael! Ó no calamos nosotros su intención, ó yerra él la puntería. Ortúzar debió de leer el dislate y le encubrió con buena capa. De alabar es el celo contra los galiparlistas; mejor es aficionarlos á la clásica locución.» (Pág. 559.)

Hacer obra.—«¿Qué dijera Baralt de la frase: *hacer obra,* repetida tres veces en dos páginas por el P. Fray Jerónimo de Lanuza, cuando condenó de galicana la otra: *hacer efecto,* del propio elegantísimo autor? Ambas significan *persuadir, convencer,* lograr un efecto moral en otro; españolas y no galicanas, son, sin género de duda. Podémoslas emplear con entera seguridad, y en casos, darán brío y gallardía á la locución.» (Pág. 570.)

ESTAR

Ser, estar y haber; he aquí tres auxiliares, que, cuando no prestan el servicio para que vinieron al mundo, causan el mismo estrago en la república de las letras que el azote de una epidemia en esta ó en aquella nación.

Auxilio de los gerundios castellanos (1), alma de las mutaciones que sufren las cosas (2), imagen, cuando se une á los adjetivos, de las alegrías y pesares de nuestro corazón (3), protector, el más generoso de los idiotismos, florón del lenguaje (4), guía seguro de no pocas preposiciones (5), el verbo *estar,* para llamar-

---

(1) *Está* leyendo.

(2) Los campos *están* ahora más hermosos que nunca.

(3) *Estoy* apesadumbrado, *estoy* gozoso.

(4) *Estar á diente, de morros, de punta, á pique, entre dos aguas, en brasas, á medios pelos, estarse en sus trece, estar dos dedos de hacer ó decir alguna cosa, estar con el alma en un hilo,* etc., etc.

(5) *Estar* pronto *para* algo, *estar* de viaje, *estar por* escribir, *por* Fulano, *á punto de* morir, *estar* en poco que, á dos dedos de.

lo por su propio nombre, merece grandes alabanzas, no ya por su venerable antigüedad, sino por sus modos, ahora graciosos, ahora graves, con que se presenta bajo la pluma de los mejores hablistas. Con sólo parar mientes en uno de ellos nos persuadiremos al punto del vario y elegante uso que de la antedicha voz puede hacerse:

... tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas, que no *estaban* hechas á oir semejantes retóricas, no respondían palabra.» *(Don Quij.,* I, 2.)

No *estaba* en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo que era un contento», se lee en la misma novela.

«... pareciéndome que aún no *estaba* del todo cerrada la puerta á mi remedio.» *(Don Quij.* I, 28.)

«... porque he oído decir á un boticario toledano, que hablaba como un silguero, que, donde intervienen dueñas, no podía suceder cosa buena. ¡Válame Dios, y qué mal *estaba* con ellas el tal boticario.» *Don Quij.*, II, 37.)

Los afrancesados se comen de envidia cuando nos ven saborear tan lindo decir y *en desquite (revanche*, se llama en lengua franca) hacen gala de obsequiarnos con bocaditos de elocuencia como los siguientes:

... mientras el rubor *estaba* en su rostro, la alegría *estaba* en el fondo de su corazón.»	«... pendant que la honte *était* dans son visage, la joie *était* au fond de son cœur.»

¡Vaya por Dios! ¿Qué hacía allí el rubor? ¿Si *estaría* de visita? ¿Y no se le caía la cara de vergüenza? Tengo para mí que conviene dejemos en paz al complaciente del verbo *estar*, y traducir de una de estas maneras: al paso que *mostraba* su rostro la vergüenza, se *alegraba* en su interior..., ó bien: á la par que la vergüenza se *dibujaba* en su rostro, la alegría le *retozaba* en el alma; porque eso de *fondo* supone cosa oculta y misteriosa.

«El cabello de la diosa *estaba* atado por detrás al desgaire con una trenza de oro.»	«Les cheveux de la déese *étaient* attachés par dérriere négligemment avec une tresse d'or.»

Aquí tenemos el cabello que también *esta:* y ¿cómo *está?* atado. Yo á primera vista, salvando el yerro de imprenta, lo tuve por *caballo:* pero luego reparé que éstos no se atan por detrás. Y esa trenza de oro, pues no era la del pelo, sería *cordón* ó á lo más *trencilla*. Acabemos de una vez y digamos por fin y postre, porque temo un vahido: *llevaba ceñida su ropa con aquel famoso cinto en que se veían pintadas las Gracias; y el cabello atado sin compostura con un cordón de oro.*»

Baralt no tuvo á bien indicar dónde topó con este comentario; nosotros, *se lo advertiremos* al lector: en lo que para su Diccionario de galicismos fué una mina; en la obra menos conocida de D. Antonio Capmany, quien, amigo de sazonarlo todo con su sal y pimienta, puso como ropa de Pascua al profano que se atrevió á verter por primera vez en la lengua de Cervantes las aventuras del hijo de Ulises y Penélope.

¿Qué esperanza nos queda á los españoles de hoy ante la irrupción de los bárbaros que bebiendo las turbias aguas del Sena, ultrajan tan sin piedad á nuestra hermosa lengua? Si *estar* significó siempre *permanencia, fijeza*, algo, que por su carácter invariable, constituye como una segunda naturaleza, por lo que decimos: el *estado* sacerdotal, dando á entender que esa cadena con que voluntariamente se ligan los eclesiásticos no la puede romper ni el mismo diablo; ¿por qué confundir á *D.ª Perpetua Constancia* con *D.ª Voluble Situación?* Cual vieja ingrata, la lengua de nuestros días no se resigna ni aun con el *sufrimiento* más leve y *pasajero:* si cae enferma la hija de una dama al uso moderno, aunque la dolencia no sea de gravedad, al punto la oiréis decir que *está sufriendo* mucho; si por breves momentos le aquejan dolores morales, se lamentará también porque *está sufriendo* horriblemente; si un hijo se le va al campo, ¡Santo Dios! ¡qué de exclamaciones por lo que *está sufriendo* con ese bendito hijo! Y es que hemos perdido el amor á la patria, á lo puro y castizo del idioma; en verdad no *padecemos, sufrimos* á los ignorantes, á los vanos, á los que á sabiendas escriben mal, porque tienen como artículo de fe todo cuanto se les dice y leen de la culta galiparla. Por eso les oiréis conversar sobre el *estado interesante de...*, aunque las espaldas la hagan mirar al suelo más de lo que ella quisiera, y aunque pueda consignarse ser *tuerta del un ojo* y que

del otro le mana azufre. Diríase que ahora se cumple aquella profecía del endiosado de Ferney, quien, ponderando las virtudes de la lengua francesa, afirmó: *c'est une pauvrete qui fait l'aumône á tout le monde*. ¡Tanto ha dado la desnuda y tanto ha recibido, la que ciñó diadema y arrastró manto imperial!

OBSERVACIÓN.—*Estar en guardia*, equivalente á *ponerse en guardia*, aunque lo parezcan, no son galicismos, como lo definió la Academia, pues tomada de la esgrima es la frase que en sentido metafórico quiere decir: *desconfiar, prevenirse*.

EJERCICIOS

1.º El mar *estaba* cubierto de velas que *los vientos henchían*.

No sostendremos que ande por aquí escondido Mr. *Était;* pero, ¿no sería mejor que sufriese un eclipse en este momento ese bonachón de *estaba?* ¿Parecería más elegante: «*cubrían el mar las velas?*»

Cubre la gente el suelo,
debajo de las velas desparece
la mar. . . . .

dijo con frase por todo extremo poética, nuestro Fr. Luis de León al pintar en la *Profecía del Tajo* la batalla del Guadalete. ¿Sonaría mejor «*henchidas por el viento?*»

2.º *Estar.*—«No *estaba* muy bien con las heridas que D. Belianis daba y recibía.» *(Don Quij.*, I, 1.º)

3.º «Pero sobre todos *estaba* bien con Reinaldos de Montalbán.» (*Don Quijote.*, I, 1.º)

4.º «Mejor *estaba* con Bernardo del Carpio.» *(Don Quij.*, I, 1.º)

5.º «... que á él le parecieron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se *estaban* solazando.» *(Don Quij.*, I, 2.º)

6.º «Las mozas, que no *estaban* hechas á oir semejantes retóricas...» *(Don Quijote,* I, 2.º)

7.º «... que muchas veces le aconteció á mi señor tío *estarse* leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches.» *Don Quij.*, I, 5).

¿Ha de estimarse como un primor de la lengua, ó como grave falta el empleo que del verbo *estar* se hace en las últimas citas sacadas del *Quijote?*

SER

¡Oh palabra llena de majestad para quien tuviere la dicha de levantar la punta del velo que encubre tu misteriosa esencia!

Eres cual refulgente antorcha que ilumina los demás vocablos, y corres por sobre los tiempos que pasaron y sobre los monumentos que fueron, comunicando á unos y otros un como religioso pavor:

> [illegible] ubi Tr[illegible]a [illegible].
> [illegible] Tr[illegible]a.

Semejas, no ya á esos gigantes que suelen figurar las nubes, erguidos é insolentes mientras no soplan los vientos, sino más bién al soñado ideal de monarca que realizara el generoso pensamiento de pacífica y constante dominación universal, pues eres la primera idea, el primero y más antiguo de los señores del mundo.

Por ti vive perpetuamente el recuerdo y la imagen que jamás se borrará de nuestra alma; la imagen de la Esencia divina, cuando por modo tan bizarro se retrató á sí misma diciendo al dar á Moisés aquella sublime embajada: ¡Yo *soy el que soy!*

Por ti vive el elemento esencial de los vocablos; bajo tu amparo se desarrolla la acción de los tiempos de la pasiva; tú eres, no sólo la cópula, ya de la afirmación, ya de la negación, sino el ser y aliento de las cosas, el deseo de existir, de poseer, de pertenecer á otro; en suma, el anhelo de la esperanza, como en aquella sentida exclamación:

> Cu[illegible] pueda,
> libre de esta prisión, volar al cielo...?

Representas la enseña de nuestra riqueza lingüística; con tu ayuda expresamos irónicamente la falta de aptitud: «*es muy poquita cosa*»; no te regodeas hablando de propiedad; pero dices muy ufano: «*esto es mío*»; con el rendido y devotísimo «*soy de usted*» nos ofrecemos á los amigos; con el proverbial «*érase que era*» comienza la fabulosa narración de los cuentos; en fin, «*sea

lo que Dios quiera» se reputa entre cristianos como fórmula de gran resignación. ¡Oh palabra sublime! Tú serviste para sacar la tierra del caos en que las tinieblas la tenían envuelta, bastando para ello el omnipotente «*sea la luz, y la luz fué*».

¡Oh palabra bendecida desde que la pronunciaron los divinos labios! ¡Tú no debieras servir para la expresión de pensamientos innobles! Invocando tu nombre habían de ser castigados los que profanan esta lengua, que para nuestro consuelo y regalo inmortalizaron Cervantes y los escritores del siglo de oro.

«Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala, dijo maese Pedro al zagalón que explicaba el *intríngulis* del retablo», y eso mismo nos parece estar oyendo á más de cuatro murmuradores. Quede en buena hora para otros el tono ditirámbico, mientras gozosos descendemos á la práctica.

Galana en extremo, como observa Clemencín, es la que presentan los verbos *ser* y *estar*, cuando esfuerzan su propia significación, merced al auxilio de los pronombres.

En el capítulo VIII de la primera parte de *Don Quijote*, decía Sancho á su amo: «*yo de mío* me *soi pacífico y enemigo de meterme en ruidos*».—En el capítulo IX se cuenta, que habiendo caído en tierra D. Sancho de Azpeitia, *estábaselo mirando con mucho sosiego Don Quijote*.—Dice éste en el capítulo XVIII: «*de que la Señora Reina se esté como* se *estaba, me regocijo en el alma*». Y confirmando lo propio Dorotea, decía en otro pasaje (1): «*la misma que ayer fuí*, me *soy hoy*». Don Quijote, en la aventura de maese Pedro, contesta á las alabanzas que éste le daba: «*como quiera que yo* me *sea, doy gracias al cielo que me dotó de un ánimo blando y compasivo*».—«*¿Graciosico* me *sois?*», decía Sancho á un mozo, rondando su ínsula (2). Y aún este ejemplo pudiera llevarnos á otras observaciones de casos, en que los verbos admiten el refuerzo del pronombre personal sin que corresponda al sujeto del verbo que lo lleva.—En la descripción de las aventuras del Caballero del Sol ó de la Serpiente, de que se habla en el capítulo XXI, decía Don Quijote: «*ya* se *es ido el caballero*» (expresión que me parece haber visto en algún romance an-

(1) Cap. 37.
(2) Pte. II, cap. 49.

tiguo); y Rocinante, en el diálogo con Babieca, puesto en los principios del *Quijote*, motejando á su amo, decía:

«Asno *se* es de la cuna á la mortaja.»

No satisfecho de estos primores, hurta con gracioso modo el significado de otros verbos: «Nació el P. Diego Láinez, dice Rivadeneira, en la villa de Almazán, *es* en el reino de Castilla.»

El bueno de *estar*, que debiera considerarse agraviado, tapa y encubre el hurto por la novedad que en este caso trae á la oración su compañero *ser*.

Larga de contar parecería la historia de tan graciosos hurtos. Ya les coge bonitamente á los verbos *avenir, suceder, verificarse*, su propia significación: «Decir esto y saltar al campo *fué* obra de un momento» ó bien se la usurpa á los conocidos *haber* y *hacer*, de lo cual abundan ejemplos, así en los clásicos como en el lenguaje de la conversación.

Siendo alma, aliento y primor del idioma, ¡cuán grande no ha de considerarse la ofensa de los que injurian y mancillan su pureza!

«En el estudio *es menester* la constancia, y en la práctica de la virtud *son* menester ante todo la humildad y la obediencia.»

¿No comprenden los que así escriben que estos *menesteres* no los ha *menester* la locución castellana? ¿No comprenden que un malicioso pudiera ponerles delante la frase *hacer* sus... para que olieran... y no á ámbar? ¿No saben esos pobrecitos que por lo mismo que los franceses dicen á todas horas: «*il faut se soutenir; il faut le prévoir, il faut que vous alliez*», nosotros estamos obligados, en *conciencia y ley de Dios*, á huir de tales giros? Cierto, no los desterraron de todo punto los maestros de bien decir; pero, como los empleaban con arte, invertían muchas veces el orden del verbo *ser;* v. gr.: *menester es*. Esto pide tino y oportunidad, lo confesamos, pero no ha de negarse que desautoriza al uso ordinario, y casi siempre galicano, que se da á la referida expresión.

No enfadan menos los que abusando de tan manoseado verbo, se visten descaradamente á la extranjera, presentándosenos sin garbo, sin gracia, con el: *c'est à vous: es á usted, padre mío, á quien he de creer siempre*. ¡Cuánto más lindo nos parece con el traje español! *Padre, á ti sólo creré de hoy* en más. *Padre*, á se-

cas, decimos por acá; eso de *mío* huele á coloquio espiritual, muy bueno para actos religiosos, pero muy malo cuando le sacamos de aquello á que se consagró.

REGLA.—Es arcaico el empleo del verbo *ser* en perífrasis no consentidas hoy, en la significación de *estar* y *haber*, y el de este último en la mayoría de los casos cuando significa *tener:*

«Mucho *fueron alegres* (se alegraron) estos dos reyes.» (*Amadís,* 81.)

«El caballero y la dueña mucho *alegres fueron* (se alegraron).» (*Amadís,* 88.)

Cansados *son* (están) de lidiar;
moverse ya no podían.
(*Los siete Infantes de Lara*, III).

«E *son* (hay) dos maneras de moros.» (*Las siete partidas.* Part. VII, tít. XXIV. Ley 1-2.)

«El rey Perión de Gaula *es venido* (ha venido) en vuestra casa.» (*Amadís,* 91.)

«Que el rey don Alfonso *era* (había) *venido.*» (*Crón. gral. de España.* III, cap. 3, fol. 299.)

«*Quel* Conde Sandias *era* (había) *venido* é *era* (estaba) en la ciudad.» (*Crón. gral. de España*, III, cap. 10.)

«Que nunca *fué* (hubo) rey traidor
ni papa descomulgado.»
(*Romancero del Cid*, III).

«Y tu benignidad ha concedido,
daré principio á lo que *soy* (he) *venido.*»
(Cervantes.—*Numancia*. Jorn. 1.ª)

«Vallejo.—Ya lo he dicho al señor Leonardo: cobrar unas blanquillas de ciertos jayanes que *son venidos* (han) aquí á mofar de la tierra.» (Lope de Rueda.—*Eufemia*, acto 3.º, escena 1.ª)

Llegó á decir que cuando Ovando envió á Diego Escobar fué por saber si Colón *era* ya muerto.»

Si *había* muerto, escribiríamos ahora. «¿Quién le ha muerto á usted?, pregunta el Juez cuando le llaman para levantar un cadáver», y viendo que el muerto no responde, añade el médico: *está* muerto. *Es* muerto habrían contestado *in illis temporibus* el Maestro León y Cervantes.—Je *suis* mort, tu *es* mort, il *est* mort, dicen todavía en Francia los niños y los *grandes*. Cuando el castellano se indispuso con el francés (las causas de tal enojo son muchas) para darle en rostro puso singular empeño en que digamos: yo *he* muerto, tu *has* muerto, el *ha* muerto, etc.

Sería el cuento de nunca acabar si fuéramos á referir el sinnúmero de tropelías que se cometen por los que ignoran el artificio de que se vale este verbo, lo mismo cuando aparece como sol esplenderoso, que cuando se oculta protegido por su amiga la elipsis.

«Debe *haber* el rey la metad.»

(Partida IV, tít. XXV, I-IV).

«*habiéndoles* misericordia para perdonarles.»

(Partida II, tít. X).

«Como sirva á D.ª Ximena e á las fijas que *ha*.»

(Gesta del mío Cid, v. 390).

«habiendo piedad de tan piadosas lágrimas.»

(Amadís).

(Que Darioleta *había* nombre).

(Amadís).

Reglas.—1.ª Ser (de *sedere)* envuelve la esencia de las cosas y expresa aquella calidad que por su duración y constancia forma lo que llamamos una *segunda naturaleza: es un hombre muy pesado* decimos del que por su carácter, por esencia, molesta y enfada al insistir.

2.ª—Estar. Significa un hecho transitorio, un accidente, sea cualquiera el tiempo á que se refiera; v. gr.: *está muy pesado,* se aplica al que por hábito no es impertinente, pero sí en circunstancias particulares y transitorias.

EJERCICIOS

1.º «Vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo á esta su criada, porque según *soy dolorida*, no acertaré á responder á lo que debo».

(Don Quij., II, 38).

Si el verbo *ser* indica una cualidad permanente, ¿está bien empleado en este caso?

2.º ¿Cómo *fué* que se mató?

Evítese la redundancia que se comete en el ejemplo anterior.

3.º ¿En qué se diferencian las expresiones: *«es un borracho»*, *«está borracho»*; *«es pobre»*, *«está pobre»*, *«es la cólera personificada»*, *«está colérico»*?

4.º ¿Qué significación tiene el verbo *ser* en este pensamiento del P. Rivadeneira?

¿Qué mayor mal puede *ser* que seguir las tinieblas por la luz, y la mentira por la verdad?

5.º Que *tú serás* dichoso si... ¡Cuán dichoso serás si vences!, etc.

¿Cuál de estas dos construcciones parece más castiza, y en que nos fundamos para admitir una de ellas y rechazar la otra?

6.º No *es manchando* mi honor
cómo ha de lavar su ofensa.

(Núñez de Arce).

No *es* manchando mi honor *que* ha de lavar la ofensa.

¿Qué hay de censurable en el segundo ejemplo?

7.º Siempre *es* arrastrada de bajas pasiones.

Le dominan constantemente las pasiones.

¿Cuál de estas dos frases se ve *arrastrada* por resabios del francés?

ECHAR

Está visto: hay *seres*, hablando á la francesa, desgraciados, y tú eres uno de ellos. Ignoro tu antigüedad, no sé qué estrella presidió á tu nacimiento; pero sé que desde que viste la primera luz son muchos los que te andan royendo los zancajos, los que te motejan de manirroto, porque no aciertas á reprimir los ímpetus de tu hermana la prodigalidad. Despilfarrador como ella, en un dos por

tres, una boda, un bautizo, un fausto acontecimiento de familia, bastan para que, sacándote de tus casillas, digas muy ufano: allá va, sépase quién es Calleja, y al punto *echas la casa por la ventana*. ¡Ay! si vieras qué cara ponen los filósofos. Para éstos, eso de lanzar todo el cuerpo de la casa por la estrechez de la ventana contenida en él, es lisa y llanamente un desatino, un imposible; para los retóricos vulgares, una fanfarronada de la lengua, una hipérbole andaluza; para los filólogos, que se pican de pensadores, un signo del carácter derrochador, y un si es no holgazán del pueblo que te vió nacer. Cierto, *echarla de glorioso, echar leña al fuego, echar pelillos á la mar, echarse á dormir* para cobrar buena fama, *echarlo todo á doce*, esto es, meterlo á barato, son idiotismos que no hablan gran cosa en favor de la modestia, ni de otras virtudes sociales, que yo diría cristianas. Mas, ¡por los clavos de Cristo! Díganme vuesas mercedes, replica el vocablo á *quien* tan duramente censuran: ¿ignoran ustedes que el nombre *no hace á la cosa?* Concedido, añade, que en ningún idioma haya frase equivalente á la de *echar la casa por la ventana;* pero *seamos justos y benéficos*, como lo manda la Constitución del año 12; si hay teatros y conciertos espléndidos, y bailes suntuosos, y despilfarro en los banquetes, en una palabra, todo lo que constituye la tarea asidua y continua del lujo, de ese lujo, en parte fundamento del comercio, ¿no se podrá decir también que esas gentes *echan la casa por la ventana?* La gran ciencia de los intereses materiales, la teología, digámoslo así, de los billetes de Banco, reconoce en el lujo uno de sus mayores aumentos; en el fausto de nuestras costumbres, la garantía de sus éxitos; en el aspecto brillante y esplenderoso de la sociedad, una como prenda de que mientras los pueblos, sea cual fuere la región á que pertenezcan, sigan por la senda que han tomado, el lujo, el boato, la sed de placeres, el olvido de las antiguas costumbres, les llevara á una y á otros, mal que les pese confesarlo, á *echar la casa por la ventana*. Pero basta de sermón, que ha pasado ya la cuaresma. Para que los adversarios de esta frase, hija acaso de la humorada de un sevillano, no lo *echen* todo á mala parte, ahí van unos cuantos ejemplos que acreditan, con ocasión del verbo, blanco de nuestras observaciones, el valor, la tenacidad y la rectitud de los que siempre se inspiraron en las hazañas del Cid:

Echó mano á un estoque
para el moro matar.

(*Roman. Durán*, I, 246).

Un juramento ha jurado
de jamás entrar en Francia
hasta que fuese vengado.
Estas palabras diciendo
echó la escalera abajo.

(*Roman. Durán*, I, 23).

«... porque conosciesen todos, que no se movía á *echar* los franceses de Italia, por ambición, ni hambre de señorear, mas solamente por lo que debía á la justicia.» (*Dos diálogos*, por J. Valdés, 1850, pág. 27.)

Echar de menos es frase puesta en la picota por el P. J. Mir, y sin embargo está en el Léxico oficial. ¿Cómo entró? Vergonzosamente, escondida detrás de Bello, Navarrete, Baralt, Becquer, Alarcón, Hermosilla, Villoslada, Cañete, Cánovas, Gayangos, Olózaga, Lista, Estévanez, Trueba... ¿Qué hicieron los clasicistas al percatarse de que estaba entre ellos? Encogerse de hombros, y refunfuñando, dijeron: «Allá van leyes do quieren reyes.»

Al *echo menos*, castellano por sus cuatro costados, ha substituído bárbaramente entre los catalanes el tontín de *encuentro á faltar*.

Echarla de es propio de matones, lo mismo en sentido literal que en el figurado.

Generoso por naturaleza el verbo *echar*, parte el campo con *tirar* en frases como esta: *echar cuentas,* etc.

EJERCICIOS

1.° *Echar* un sermón, *echar* un discurso, como quien *echa* un jarro de agua, son frases populares; ¿hay otro modo más culto de expresión?

2.° Llegó el rompimiento á tal extremo, que no viendo en su boca enmienda, me resolví á que oliese la casa á hombre, *echando el bodegón* por la ventana; y una tarde que me dieron una folleta de vino, bebí de él, bautizado de una vecina fuente, estando la mesa con la vianda y todos sentados á ella; dándole á la mayor con los

platos y á la menor con el frasco, y *echando* á rodar la mesa, las dejé á las dos descalabradas, y yo me volví á mi hospital de Nápoles.

(V. de Es. González, B.ª de Rivadeneira. Nov. post. á Cervantes, t. 2.º, página 301).

¿Podría emplearse en el estilo elevado, y en el sentido que se le da aquí el verbo *echar*?

3.º «*Eché* menos el libro», *eché de* menos el libro.»

¿Han de tenerse por igualmente correctas entrambas expresiones?

A lo ya dicho sobre *hacer* y *haber*, hemos de agregar aún lo siguiente:

LOS IMPERSONALES *HACER* Y *HABER*

«Con el verbo *hacer* usado impersonalmente se significan las variaciones atmosféricas: «*Hace* calor, *hace* frío.» «*Hizo* grandes calores, *hizo* grandes fríos.»

«Hoy es común convertir el acusativo en sujeto, diciendo, verbigracia: «*Hicieron* unos calores muy fuertes, *hicieron* intensos fríos.»

Aplícase también el mismo verbo al transcurso del tiempo:

«*Hace* algunos días que le vi», ó callando el *que*: «Le vi *hace* algunos días.»

«En este caso es permitida igualmente la conversión del acusativo en sujeto: «Hoy *hacen*, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días, que llegó á esta posada una señora en hábito de peregrina.» (CERVANTES.)

El de más uso entre los verbos impersonales es *haber*, aplicado á significar indirectamente la existencia de una cosa, que se pone en acusativo. Dícese: «*Hubo* fiestas»; y no: *hubieron* fiestas: «*Hubo* recios temporales»; y no *hubieron* recios temporales: «*Hubiera* habido graves desórdenes, si no *hubiese* habido tropas que los contuviesen.» «*Há* muchos días.» «Cuatro años *há*.»

Los infinitivos y gerundios de los verbos impersonales comunican su impersonalidad á los verbos de que dependen:

«*Debió* de haber graves causas para tan severas providencias»; no podría decirse *debieron*. (BELLO, *Gram.*, § 343, *c.)*

«*Iba* habiendo grandes desordenes»; no *iban*. (Rivodó.—*Entretenimientos gramaticales*, IV, 40-42.)

A los giros galicanos: *hacer ver á todos que; estar uno bien hecho,* por *bien formado; el corazón me hace conocer esto*, en lugar de: *el corazón me dice que...;* se han de añadir las frases: *morder la tierra, ó hacer morder el polvo al enemigo,* en vez de: *caer ó morir en el campo de batalla,* pues tal expresión sólo la usaron los clásicos en el sentido de: *morder la tierra de pura rabia;* á la que conviene agregar esta otra: *hacerse ilusiones,* por *formarse ilusiones.*

«Don Rafael María Baralt, en su *Diccionario de galicismos*, en la voz Hacer, dice: «El que se *hace ilusiones* es capaz de hacer cualquier cosa mala. Todo lo más á que puede extenderse un español bien hablado, es á *forjarse ilusiones*, como *se forja quimeras*; ó á *alucinarse*, que es lo mismo.

Y en la Gramática de la Academia, año de 1883, pág. 297, se lee lo siguiente, que parece calcado de lo anterior:

«Algo parecido sucede con el verbo *hacer*... Van fuera de todo razonable discurso los que estampan solecismos como los de *hacerse ilusiones*, por *forjarse ilusiones* ó *quimeras*, *alucinarse*, *soñar despierto*, etc.»

Por cierto que no nos parece tan malo así *hacerse ilusiones*, ó si se quiere mejor aún: *formarse ilusiones.*

Retorciendo la cuchufleta del Sr. Baralt pudiera decirse, parodiando á Catón de Utica: «El que se *forja ilusiones* es capaz también de *forjar* cadenas á su patria.

Puede decirse que un individuo *se forja*, ó *se forma ilusiones;* pero sería absurdo decir que *se forja*, ó *se forma alucinaciones*.» (Rivodó.—*Entret. gram.*, IV, 64-65.)

«El uso de *desilusionar* en dichos como estos: *quiso desilusionarlos, ella se desilusionó*, *padeció desilusión*... no es contrario al genio de la lengua, que posee infinidad de verbos y nombres fraguados con el negativo *des;* pero la introducción de dichas voces parece novedad innecesaria... Cuando no bastasen los verbos *desengañar*, *desencantar*, *burlar*, *escarmentar*, *desimpresionar*... para exprimir el concepto que los franceses figuran en *dessillusionner*, *desillusion*, entonces esperaríamos á que la Academia autorizase primero el verbo *ilusionar*, para

de ahí sacar el *desilusionar*, que no se sacaría por cierto, á dos tirones, pues la libertad de producir verbos negativos con la añadidura *des* acarrearía grandísima confusión á la lengua española.» (P. Mir.—*Frases*, pág. 236.)

CAPÍTULO VIII

De las restantes partes de la oración.

I

ADVERBIO

Lejos de nuestro ánimo la vana pretensión de historiar los orígenes y transformaciones del idioma hasta la época presente; quede, pues, tan levantada empresa para el futuro Loiseau de la lengua castellana; él nos dirá entonces que de *mens, ntis*, por ejemplo, tomado en la significación de *manera*, de *modo*, salió el: *devota mente, tuentur;* los «*hoc bona mente factum* (1), *e iniqua mente concupiscit*» (2).

Veráse tambien que tales adverbios se formaban al principio añadiendo *ientre* á la terminación femenina del nombre ó del adjetivo: que *mientre* y *mentre*, favorecidos por la ignorancia de los copistas, contendieron entre sí durante largos años, y que al fin el último, abandonando *usanzas* antiguas se proclamó rey y señor, desbaratando de tal suerte á sus enemigos en tiempo de los Reyes Católicos, que apenas si se nota rastro alguno del fugitivo *mientre* en las obras de los escritores que siguieron á tan magnífico reinado. Temeroso el vencedor del enojo producido por las terminaciones en *mente*, aunque no se repitan más que una sola vez, comenzaron las muy cuitadas á esconderse, sirviendo la enseña del último adverbio, para cuantos se pongan al amparo de su bandera. No de otro modo ha sido posible librarnos

(1) Quint. Jus. orats. lib. V, cap. X.
(2) S. Greg. de Tours, De mirac. sanc. Jul. c. 29.

de la guerra que dieron á Quevedo en su *Cuento de cuentos*. Acordárase el insigne escritor de que tal achaque es propio de las lenguas romances, por el empeño de traducir el ablativo absoluto: *sâne* fué *mente;* y acaso depusiera algún tanto su enfado. Por fortuna, tampoco la delicadeza de nuestro oído sufre sonsonete tan machacón.

Que algunos adjetivos latinos gozaran la prerrogativa de ser admitidos en *funciones* adverbiales, para hablar á la moderna: *dulce ridentem* (1), y que vengan de ahí el ver *claro,* pensar *alto*, sentir *hondo,* quedarse *cortado,* eso va *largo,* etc., cosa es de la que no cabe duda. Igual acontece con el adjetivo *cierto,* usado hoy con hermoso desenfado al comenzar de las cláusulas ó de los incisos.

«Sean las que fueren las galas con que en este día se adorne Cornelia, y por mucho que alegren la vista de usted, *cierto* sé que no ha de regalar su olfato la fragancia que exhale tan opulenta matrona.»

A engolfarnos en el campo de la historia, toparíamos con el *non (no)*, cogido descaradamente del brazo de palabras negativas; ¡pecado nefando que hoy anatematiza hasta el más *liberal* de los gramáticos! Y ¿cómo pudiéramos despreciar aquel enérgico y *simpático* «*donde no*» por «*de lo contrario*», que tan donosos toques de hermosura trajo á Cervantes y á sus imitadores?

«... á vueltas de repetidas instancias de una y otra parte, apretó el argumento diciendo que yo sólo era hombre para llevar tal libro, y así, que cargase con él, y á la paz de Dios: *donde no*, sin andarse con más complacencias ni repulgos, después de descuadernado haría generosa donación del papel al especiero.»

Si metidos en este camino fuese preciso siguiéramos adelante, habíamos de tropezar con el vulgarísimo «*sin embargo*», venido ayer para destronar á nuestro antiguo «*embargante*». ¡Siempre el empuje de los usurpadores contra los débiles que abdican es irresistible! Pero como pocas veces se goza en paz del inicuo despojo, el muy enfático de: «*empero*» alzóse en rebelión contra uno y otro de los susodichos adverbios, alegando ser más castizo que «*sin embargo*», que le abonaban Yepes, Cervantes y Rivadenei-

(1) Hor., lib. I, Od. XIX.

ra, y, en suma, que los predicadores del siglo XVIII le solicitaron á menudo para engalanar sus amanerados discursos. Sofocada al fin la insurrección, apenas si quedan partidarios del ambicioso «*empero*».

«*Con todo eso*», reemplaza, hoy como antes, con no poca gallardía á palabra que, por encopetada, se vuelve antipática á los que no presumen de linajudos.

Otro escrúpulo me hace cosquillas y no he de pasarlo en silencio.

Seamos cautos en la admisión de los adverbios en *mente*, porque si no sería cosa de nunca acabar: *aborregadamente, acampadamente, acaloradamente* y cientos de ellos, dice Múgica con su habitual desenfado.

So (1) y **do**.—Minerva *so* la figura de Mentor, presentóse *do* nadie podía imaginarlo. *So* pena de 25 ducados de multa, que impuso Capmany, prohíbase á nuestros escritores en prosa doquiera que escriban, el uso del *so* y del *do*, que tan sonoros y rimbombantes parecían entonces y parecen aún á los presumidos, y quede relegado el *so* para el balbucear de la lengua, que si entonces no deleita, tampoco enfada.

Señor mío, yo he entendido
Tus razones,
Mas ay muchos fanfarrones
Que *so* especie de amar
Nos procuran desonrrar
E traer sus mil baldones.

(*Custodia del hombre*, III).

El *so* (2) que antepuesto á voces de insulto: *so borrico, so* insolente, *so* tío, *so* puerco, encarece la mala cualidad del sujeto, es vocablo *asaz* torpe y vulgarote. El barbero de quien ganó Don

(1) *So* es prep., va en este sitio porque parece guardar una especie de paralelismo con *do*.

(2) *So capa, so pena* pertenecen á la clase de vulgarismos. *So color* es por ventura el único substantivo con el que honrosamente puede acompañarse el *so*, hijo del *sub* latino.

Quijote el yelmo de Mambrino, al reconocer su albarda en manos de Sancho, le dijo:

«¡Ah *don* ladrón, que aquí os tengo! venga mi bacía y mi albarda con todos mis aparejos que me robast*es*.» (I. 44.)

No se endereza el anterior aviso contra los que emplean elegantemente:

Doquier.—«Vuelto en mi asombro contemplo la espantosa realidad del estrago en Pompei; *doquier* ruinas que tal vez huella impasible el rústico y escarnece el insensato: *doquier* la imagen de la muerte.»

Por ende; en vez de *por lo que*, huyó á esconderse hará cosa de dos siglos entre la gente curialesca, y bajo la pluma de los que todavía se complacen, quizá sin malignidad, en ver cómo se mezclan en viva danza viejas repugnantes, por lo adustas, y muchachas, á par que de dulcísimo trato, retozonas hasta el extremo.

Quizá y quizás.—A tanto llega la curiosidad por saber vidas ajenas, que no ha faltado quien averiguase qué género de relaciones tuvieron entrambas palabras con los autores de más fama literaria: resultando de tal investigación que la primera fué en todo tiempo la que alcanzó mayor número de adeptos:

	QUIZÁ	QUIZÁS
Cervantes la usó.....	165	0
Lope de Vega........	61	1
Calderón.............	310	12

Quien deseare saber más sobre este punto que *vaya á la escuela*, digo mal, que acuda á la *Revista de Archivos y Bibliotecas*, y en la página 28 del tomo V, hallará la cuenta del número de veces que las emplearon los demás escritores. Consecuencia práctica: que les fué más simpática *quizá*, y que sólo hicieron una que otra morisqueta, y eso no todos, á *quizás*; ¿les parecería menos linda?

Si curiosos, como las mujeres, pretendiéramos averiguar la vida y milagros de los adverbios, alguien nos diría que los maestros entraron en tratos con estos tres:

	Por lo menos.	Á lo menos.	Al menos.
Cervantes.......	73 veces.	210	1
Lope............	169	104	0
Calderón.......	130	20	9
Tirso............	58	49	9
Moratín (padre)..	3	5	3
Moratín (hijo)....	1	30	1
Rojas............	18	6	4

Ahí, ahí.—Relucen por su hermosura cuando tienen la virtud de poner cerca de nosotros una acción enteramente pasada.

«Lo que representa la pintura no es un vate chirle ó hebén, un versista ó coplero, como decimos ahora, sino uno de los poetas merecedores de la estimación del público, mimados de Erato y queridos de Apolo. *Ahí* están los personajes que prestan atento oído á su cantar, *ahí* la Musa que se lo dicta; *ahí* el soberano del Parnaso que con su presencia solemniza el acto.» (Pi, C. página 477.)

No.—Tan atrevido adverbio se torna descaradísimo cuando con igual novedad que énfasis, dice:

No: si *no,* lléguense á mí si por desventura me cayere la suerte, y verán si me mamo el dedo.»

Más.—En los principios, cuando aún no se había *fijado* el idioma, fué lícito á los que escribían el latín mejor que el castellano, colocar antes del verbo la sobredicha palabra. Refiriéndose Francisco Vitoria á Diego de Astudillo, decía: «él *más* sabe que yo, pero no lo sabe vender tan bien como yo».

Bien.—Puede convertirse en un malvado si lo hacemos figurar en oraciones, cuyo sentido brama de verse junto con la idea expresada por dicho vocablo; por ejemplo: *¿Qué reglas deben sa-*

berse para traducir bien? Prescindamos ahora si en los interrogantes se usa *deber* ó *haber;* dejemos aparte si el afijo está donde Dios manda, caso de que deba emplearse aquí, y preguntemos si por ventura el *bien* está bien ó mal. ¿Acaso se han dado reglas alguna vez para hacer las cosas mal ó medianamente?

Ahora, ahora. Graciosos adverbios que por su elegancia y primor aventajan á «*unas veces* esto, *otras veces* aquello».

«No vomitaba llamas, que esto lo reserva para ocasiones solemnes, pero sí humo: *ahora* blanco, sutil y nada sospechoso, como el que, saliendo de la chimenea de pobre casucha á recibir el ósculo refrigerante del aura matutina, anima y embellece el cuadro de la aldehuela recostada en el regazo de una montaña: *ahora* obscuro y reunido en haz gruesa y enhiesta á modo de columna, que á cierta altura se desparrama y más allá se conglomera y ennegrece, cual la siniestra nube en cuyo seno se engendra el rayo.» (Pi y Mol. C. s. Pompei, 236.)

Allende huele á culto que apesta.

A guisa.—Locución adverbial que infunde sospecha de afectación.

BAJO (1)

Si *mirar* un asunto «*bajo*» cierto punto de vista parece un disparate, porque se *mira* mejor «*desde*» sitio determinado; mirarlo «*bajo*» tal ó cual *prisma*, será disparate y medio. Para que se corran de vergüenza los poco escrupulosos, un escritor que goza fama de buen hablista, háse encargado de sentar la palmeta á esos parvulitos que, sin consideración á la mala figura que hacen, se ponen *en cuclillas á mirar* los negocios *bajo* nuevos puntos de vista.

«Considere usted, pues, si *mirando la cosa con esta lente de criterio* (yo, contra la moda de ahora, jamás *miro con prisma, que sería para mí como no mirar), única lente,* digo, *para ver*

(1) Unas veces se considera como abverbio, otras como preposición.

la cosa tal cual ella es, no he de sentirme descorazonado y medio resuelto á volver pie atrás en mi proyecto.» (Pi y Mol. Cartas, etc., pág. 116.)

Pónganse ustedes, les aconsejaré yo, en el verdadero *punto* de *mira;* imiten á nuestros padres que *miraban* las cosas por todos *sus visos*, y si por ventura les pareciere muy arcaico tal modo de *ver, mírenlas* por este ó aquel *aspecto* á fin de que nos parezcan *vistosas* en todos sentidos y á todas luces.

Consideren además que si Jesús padeció *debajo* del poder de Pilatos, la lengua castellana, que no quiere cargar con pecados ajenos, se resiste á padecer *bajo* el poder de los bárbaros: y como por otra parte tampoco ha sido derrotada, y menos de un modo vergonzoso, se niega á pasar *bajo* las *Horcas caudinas,* sometiéndose tan sólo á estar *bajo* la presidencia de ... por tomarse aquí esta partícula en sentido metafórico, por significar la plenitud de autoridad á que todos se han ó deben someter.

La imparcialidad, que siempre ha de guiar la pluma del escritor, exige de nosotros que digamos algo de la marejada que han levantado los que sin militar bajo la bandera del *sous* francés defienden con no poco calor que no está vedado decir: *bajo tal punto de vista;* aunque sea preferible *desde* tal punto de vista, *en* tal punto de vista, *al* punto de vista, etc. Añaden que: *bajo tal aspecto,* no ofrece dificultad, lo mismo que: *por tal* aspecto, *en* tal aspecto. Fundados en esto, continúan diciendo que: *bajo tales auspicios, con tales auspicios, con mejores auspicios*, se hallan en igual caso.

Bajo tal pie, bajo tal base, son frases en las que á tiro de ballesta se ve la contradicción. Si el Diccionario de la Academia al definir las voces: *cerámica, pesimista, etnología,* dice respectivamente: *bajo el punto de vista*, bajo el aspecto, bajo todos sus aspectos; si tal modo de hablar lo han usado escritores de nota; si es permitido decir bajo tal respecto, si se admiten las frases: disputar *sobre un jumento*, estar *sobre* las armas, *sobre* sí, prestar *sobre* una finca, y traer á uno *sobre* ojo, ¿será lícito el uso de: *bajo* tal punto de vista? Tomado al pie de la letra, no; la duda se refiere al uso metafórico por virtud del poder de la imaginación ó de la sensibilidad, y así deben aplicarse ó no en este caso las palabras del sabio filósofo catalán: las lenguas no tienen este

rigor filosófico: si atienden ellas á otras cosas distintas del orden lógico... y si en sus modificaciones influyen un sinnúmero de causas que alteran su simplicidad».

II

PREPOSICIONES

Ni el laberinto de Creta era más intrincado que este, al que, por lo menos, importa no poco asomar la cabeza. Aquí todo va *contra* nosotros, comenzando por la misma preposición que acabamos de escribir, pues, amén del significado que ahora tiene, la historia del idioma nos dice que gozó en lo antiguo de acepciones distintas: *por, hacia, para,* por *medio, de, cerca de,* etc. ¡Y vaya usted á pedir explicaciones! Aquí están, dirá con la mayor frescura, los ejemplos, y punto en boca. «Debemos *gardar contra* los príncipes la fet..., y si algunos *ovier* que non sean fieles *contra* el Rey...»

Aquí, repetimos, para desorientarnos, las preposiciones cambian de casaca, digo de régimen, en un dos por tres. Siguiendo el espíritu del idioma provenzal, en los verbos de movimiento, á la preposición le substituye *en;* v. gr.: «torne la hacienda *en* los herederos del marido».

Si queréis nuevos argumentos de esta complacencia con su amiga la susodicha lengua, ahí los tenéis:

Como el Conde, á quien Grimaltos
en Francia suelen llamar,
llegó *en* las cortes del Rey...

(*Roman. Durán*, I, 254).

«Arribó *en* Toledo en el onceno día.» (Berceo, *Vida de Santo Domingo de Silos,* c. 728.)

Mas luego se han despedido,
que él se fué hacia la Merced,
y ellos *en* casa el Obispo.

(*Roman. Durán,* II, 75).

«... no pudiendo allí más pararme, pasé *en* España, donde hallé hombres.» *(Dos diálogos,* de J. de Valdés, 1850, pág. 18.)

Si buscáis arcanidades en el lenguaje, os la ofrecerá la preposición *en* cuando acompaña al verbo *hablar:*

En estas cosas hablando
el caballo van topare.

(Roman. Durán, I, 212).

«Hablaron luego *en* doña Brianda, y dijo don Pedro.» (Biblioteca de Rivadeneira. *Nov post á Cervantes,* t. II, pág. 223, Solorzano.—*La Garduña de Sevilla.)*

«... y por ofender ya el sol se volvió á la casa, donde almorzó, y después de haber hablado *en* varias cosas.» (Solorzano.—*La Garduña de Sevilla.)*

Que el régimen y construcción de las preposiciones requiere singular esmero cuando se forma el propósito de no caer en el pecado de inconsecuencia, lo defenderán siempre cuantos aprendieron que nunca fué lícito referir un solo complemento á dos ó más palabras á la vez:

«Francisca entraba y salía *en* el gabinete», es una frase antigramatical de Fernán Caballero. «Francisca entraba *en* el gabinete y salía á cada momento», son construcciones, la primera muy estirada, y familiar por todo extremo, la segunda; pero contra las que nada puede objetar el crítico más vidrioso y descontentadizo.

«No piensa ni trata de otra cosa sino de holgarse *en* fiestas.» Bien sabe Dios que no alardeamos de jactancia; pero ¿no fuera mejor haber escrito: «No piensa sino *en* holgarse, ni trata *de* otra cosa que andar de fiesta en fiesta?»

Si apartados del vicio corréis en pos de la elegancia, entraos por el ancho campo que ofrecen los ejemplos que se apuntan á continuación:

«*En* salir de la cárcel subieron en sus caballos.» *(Avellaneda,* capítulo IX.)

Intérprete: el que vuelve las palabras y conceptos de una lengua *en* otra.»

De pechos en la ventana
y los ojos en la calle.

(Roman. Durán, I, 123).

En oirlo Peranzules; ahora diríamos *al* oirlo.

Es lástima que se hayan anticuado expresiones como la siguiente, más elegante y menos familiar que la ordinaria:

En cierne, como si dijéramos *en flor*, pues tiene un sabor dulcísimo: «esas vides *en cierne,* representación del alma que se despoja de sus afecciones mundanas, oyendo los suaves llamamientos de la gracia divina».

En pos no le va en zaga cuando se apoderan de tan lindo dije los maestros de bien hablar: «ofendidos los hombres con lo uno, y cebados con lo otro, se van de boca *en pos* de los vicios, y desamparan la virtud».

«*En cuidado* me lo tengo, equivale á ya estoy en ello, así lo tengo resuelto.»

EJERCICIOS

1.º «Juro por aquel que libró á Joseph... é le *ondró contra* Faraón, por librar por sus manos todos los fijos de Israel de fambre.»

El honrar *contra* vale tanto como honrar *cerca de*, *ante*. ¿Podría usarse hoy en el mismo sentido la preposición *contra*?

El Rey *se picó en* la letra
que el bravo moro llevaba,
viendo que era por su mora,
y mandó cesar la zambra.

(*Roman. Durán*, I, 100).

¿Hemos de estimar como anticuado el uso de *en* tal como aparece en el primer verso?

3.º Le habían hablado *en* su negocio, dice Cervantes. *Acerca de* es lo corriente. ¿Suple con ventaja nuestra expresión al uso antiguo?

«... estando el emperador en sus señoríos de la baja *Alemaña*, determinó pasarse *en* España, por acabar de sosegar los ánimos de los españoles...»

¿Se tolera hoy en Castilla el régimen que á los verbos de movimiento *dan* Valdés y los escritores de su época?

A.—No es para cabezas españolas el desbarajuste que ofrecen construcciones tan extranjeras como: «se conformará *á* lo que disponga el Superior ; los que alteren el orden serán responsables *á* las resultas».

Hay casos en los que el número ó cadencia del período no consiente el uso de la preposición; pero fuera de tan honrosas excepciones causa no poco dolor verla despreciada sin motivo plausible, verbigracia: «el Ministro puede separar libremente *los* empleados de su departamento».

En prueba de cuán delicado sea en castellano el uso de las preposiciones, vamos á poner un ejemplo:

«Llegó (Don Quijote) á uno y preguntóle qué era lo que hacía. El oficial le respondió: señor, este caballero que aquí está (y enseñóle *á* un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad).» (II, 62.)

Cervantes quiso decir que el oficial mostró á Don Quijote *un* hombre de *muy buen talle:* pero, ¿fué esto lo que realmente expresó?

De los Opúsculos gramático-satíricos copiamos algo que puede abrir los ojos á los que juzgan cosa de poco momento parar la atención en tales asuntos:

«Es la preposición *a,* y no *en,* la que debe usarse en la frase «encenderse una pajuela á mis mejillas», esto es, encenderse aplicándola á ellas. Así la ropa mojada se seca *al* sol ó *á la* lumbre, y un pedazo de yesca se enciende *á los* rayos del sol con *un* lente y no *en* ellos. Lo propio digo de la frase: «teniendo fija la vista *á* todas las circunstancias», en la que por necesidad suplo el gerundio *atendiendo*, pues mal puede fijarse la vista en circunstancias que sobre ser una idea abstracta, suelen estar en una perpetua vicisitud. Así, aunque el verbo *entrar* rige *en* y no *a*, pudo usted, Sr. Canónigo, haber en Madrid leído encima de la puerta de una hostería que había no lejos del salón de Cortes un letrero que decía, y decía bien: «Entrada *á la* hosteria», es decir: que conduce *á ella*, por cuanto mediaba un pasadizo. Convendré, sin embargo, considerado que se distinguen poco las dos ideas de fijar la vista y atender, en que hubiera sido mejor contentarme con la segunda. En lo de «un elogio *á* aquellas gentes», cualquiera menos el Dr. Villanueva entiende un elogio hecho *á ellas*. Objétame que tampoco estoy ducho en el uso de la preposición *en* y *con*, y lo prueba con que digo: «*en* escribir su vida ha buscado», etc., en lugar de *con escribir*, y añade por modo de varapalo bien dado, que el uso de *en* por *con* es vicio de los catalanes. No es sino de

los valencianos, señor doctor, en prueba de lo cual pudiera citar á usted dos ejemplos, el uno de ellos chistoso, pero puerco, por cuya razón le omito; y el otro de su paisano D. Pablo Forner, en su Oración Apologética de la Literatura Española, según se lo criticó el anónimo autor de las *Cartas de un Español residente en París á su hermano residente en Madrid,* Cart. v, quien con motivo de decir Forner: «el mismo sentido *con que*», en vez de *en que*, «esta es locución valenciana», y añade, v. gr.: «Voy *en Forner*», por *con Forner*. Usted indudablemente ha visto esta crítica contra los suyos, y de ellos la ha pasado á los míos, así como sus vicios personales me los encapilla á mí.»

Con.—Algún malicioso ha querido ver en nosotros un si es ó no su *meaja*, *mïaja* ó *miaja* de ojeriza contra el *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, pór D. Gregorio Garcés. Nada más injustificado. Quisiera sabérmelo de memoria, decía el sapientísimo Milá hablando de este libro, frase que hacemos nuestra, y además quisiéramos que se redujera á un extracto, para que en las aulas de Retórica lo aprendiesen de coro los jóvenes, á los que por costumbre inveterada se les entretiene en cosas tan inútiles como saber con pelos y señales las distintas especies de sinécdoques y metonimias, que yo muy inocente tomaba muy por lo serio en otro tiempo. No son los tropos, fuera de cuatro ideas luminosas, dignas de alabanza, lo que ha de preocupar á maestros y discípulos, sino el *bien decir* que nace de la hermosura del *fondo*, para lo que contribuye lo más substancial de la Retórica, y de la belleza de la *forma*, hija de la Gramática y del Diccionario, hábilmente *explotados*.

Quien deseare, por ejemplo, conocer el caudal de las partículas que atesora la lengua castellana, se verá obligado á recorrer las páginas del susodicho libro, síntesis de la lengua artística; sólo en él se halla el recuento de la riqueza que en este punto encierra nuestro idioma.

De tan preciosa obra tomamos los ejemplos de que se vale para advertir que á veces cede «*con*» su lugar á la preposición *de*, y nosotros añadiremos que esto lo hace con muy buen acuerdo, con el de ahorrarse el sonsonete que resultaría de la enfadosa repetición de un mismo sonido:

«Vió (Don Quijote) una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima adornada *de* guarniciones verdes y *con* un sillón de plata.» *(Quij.,* II, 30).

¡Qué efecto más desastroso si Cervantes hubiese substituído á *de* «*con*»!

Con razón y *de* derecho
del mal y bien me despega.

(Cerv., *Galatea*, lib VI.)

Otras veces se entra en la preposición *con* por los dominios de *contra,* como cuando dice el mismo escritor:

«No hay que hacer caso destas cosas de encantamientos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo *con* ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallaremos de quien vengarnos aunque más lo procuremos.»

No diremos elegante, pero sí que el sonido nos parece más dulce cuando se coloca antes que su caso, puesta en medio otra palabra que de él la divide:

«Aunque los Duques pensaron que sería alguna burla que sus criados querían hacer á Don Quijote, todavía viendo *con el ahinco* que la mujer suspiraba, gemía y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos.» *(Quij.,* II, 52).

El ahinco *con que*, sería de ingrato sonido.

Bien podemos cerrar esta parte con un precioso ejemplo, que há días tenemos acotado. Es, como no puede menos, del príncipe de la lengua; diríase que lo compuso para divertirse con el variado uso de las preposiciones:

«Ni el andar *á* pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba: para él todos los tiempos del año eran dulce y templada primavera: tan bien dormía *en* parva, como en colchones: *con* tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón, como si se acostara *entre* dos sábanas de Holanda. Finalmente, él salió tan bien *con* el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra *en la* facultad al famoso *de* Alfarache, etc.»

EJERCICIOS

1.º ¿Puede la formación del castellano preceder *la* fundación de Roma?	¿Puede la formación del castellano preceder *á* la fundación de Roma?

Se pregunta: ¿la preposición *á* se expresa ó no detrás de este verbo y otros, según que lo permite ó no la cadencia del período? ¿cuál de las dos cláusulas anteriores parece más grata al oído?

2.º

Fátima responder quiso,
mas Jarifa no ha esperado,
que la palabra *en* la boca
saliéndose la ha dejado.

(Roman. Durán, I, pág. 40).

Con la palabra en la boca, decimos hoy; ¿cuál de estas dos formas ha de reputarse por más rápida y enérgica?

3.º «Véote, Rey mío, cosido *con* un madero; no hay quien sostenga tu cuerpo, sino tres garfios de hierro.» (Granada, *Medit. de la Pasión.)*

¿Sería tan fuerte la impresión que esto produce si en vez de *con* hubiese empleado *á*? ¿incurrió en sonsonete?

4.º ... y ganaron *del* persa una señalada victoria.

«*Al*», pudo haber dicho. ¿Con más elegancia?

5.º *Con vos me entierren*, es una especie de proverbio. ¿Qué se manifiesta con este modo de hablar?

6.º Escritores hay que, *sobre* ir en las avanzadas de la ciencia, gozan el privilegio de repetir, sin causar fastidio, antes complaciendo y admirando, lo que otros habían dicho ya.

La gala y compostura de la preposición *sobre*, ¿es preferible en obras graves al sencillo atavío que ofrece «*además de*»?

7.º «El Señor alumbra, rige y da vida á todas las cosas del cielo y de la tierra.» Si *alumbrar* y *regir* piden acusativo y *dar vida*, dativo, ¿observaría mejor la sintaxis quien dijese: «el Señor alumbra y rige todas las cosas del cielo y de la tierra, y *les* da vida...?

De.—Ya la presentamos á nuestros lectores en el capítulo III; pero como sea en extremo casquivana, hácese forzoso quitarle el resabio de confundirse con *á* y con *en*, para que no reincida en la antigua falta, como suele acontecer cuando dándose importancia dice: «colóquense todas las partes de la oración en torno *al* verbo ó *al* substantivo». No sabe la muy cuitada que el primer nombre está en *ablativo* regido de *en*, y los dos segundos, esto es: (*verbo* y *substantivo*) deben ponerse en *genitivo* regidos por la preposición *de*. Por donde se deduce que, hablando en cristiano, háse de decir: «en torno *del verbo* ó *del* substantivo», ni más

ni menos que cuando los periódicos cuentan que había mucha policía secreta *en* torno de la Universidad. Ya lo ven ustedes; no se puede dar un paso en el *Arte de escribir* sin conocer lo que cantan los niños en la escuela, á saber: los casos de la declinación son seis: *Nominativo, Genitivo, etc.* Sin el conocimiento de ellos, base de la sintaxis, no se comprenderán jamás las reglas del régimen y construcción *de* cualquier idioma que sea. Ya lo hemos dicho, y bueno será repetirlo: hay que dar una vueltecita por la Gramática del R. P. Nonell, si no queremos estar ayunos del régimen de las preposiciones. No quitamos ni ponemos rey, pero que se nos consienta decir: ¡mal año para la famosa «Lista de palabras que se construyen con preposición», tan celebrada por los que no saben que aun en estas cuestiones cabe originalidad! El modesto catalán renuncia *generosamente* al prestigio de la afirmación sin pruebas, y con textos (cosa que echamos de menos en Salvá) recogidos por él cariñosamente, confirma y ameniza esta materia en extremo árida. Buen *dómine* era Puigblanch, y, sin embargo, le dieron un palmetazo, no mal sentado, por haber escrito: «*me acuerdo que*». Y hubo de responder que, desorientado por la propensión del idioma á suprimir dicha preposición, y más aún por la frase «*no tener presente que*», se le había olvidado decir «*me acuerdo de que*».

«Me encargo y desempeño toda comisión honrada, decía un agente de negocios.» «Me encargo *de* toda comisión honrada y *la* desempeño», «me encargo *de* desempeñar toda comisión honrada», debió decir.

De contado es lo mismo que *al instante*, *inmediatamente* y *al contado* tiene la acepción de *con dinero contante*. Se dice indistintamente «con tal que venga» y «con tal *de* que venga»; pero no: «hacer *de* cuenta», como quieren algunos americanos.

EJERCICIOS

1.º «Entraron en la posada con cuatro hombres *de* á caballo dos caballeros ancianos de venerables presencias.» (Cervantes.—*La ilustre fregona.*)

¿Aprueba el uso actual la preposición *de* en este caso?

2.º «Como yo tuviese bien *de* comer, dijo Sancho, tan bien ó mejor me lo comería en pie como sentado á par de un Emperador.»—(*Quij.*, I, 11).

¿Estaría acertado quien substituyese la preposición *de* por la voz *que*?

3.º «Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la dueña Dolorida, alias *de* la condesa Trifaldi...» (*Quij.*, II, 36.)

¿Sobra el *de* en el epígrafe de este capítulo del *Quijote*?

4.º Dentro once días termina el plazo para...

¿Falta la preposición *de*?

5.º Este libro creemos ser el primero de su género.

¿Es castellana, ó bien se falta á la sintaxis en dicha locución?

6.º Va y vuelve *del* campo

¿Sería más correcto: Va *al* campo, y vuelve *de él* ó *de* allí, ó va *al* campo y vuelve?

III

LA CONJUNCIÓN

Enlazando unas palabras con otras: «buenos y malos», ó grupos de ellas: «estudia, *pero* no entiende lo que lee», será como anillo de precioso esmalte para cuantos supieren tratarla con la gentileza que de suyo pide, si por ventura apetecieren triunfos oratorios ganados en honrosa lid. Que renuncie á obtenerlos quien no sienta cariño por el elegantísimo empleo de la *conjunción distributiva* «*ya*, *ya*» que, realzada, fuerza es confesarlo, por el espléndido acompañamiento de los *adverbios*, hace del siguiente trozo uno de los pocos dechados en que todos hemos de aprender, por lo mismo que su autor, sin ufanarse de atildado, es de los que *á fines* del pasado siglo escribía como un clásico no intransigente:

«*Ya* es una descripción á mi manera; *ya* un juicio, no más atinado que el mío; *ahora* una oda, elegía ó sátira, escrita en prosa pedestre; *cuándo* una simple exclamación de asombro; *cuándo* un súbito arranque de entusiasmo; y *tal vez*, que de todo hay, una salida de tono, como el fallo de un proceso sumarísimo que instruí en mi magín contra cierto *maître d'hôtel* por una cuenta de gran capitán que me echó, al pie de cuyo recibo puse de propio puño y letra: *¡á las señoras gurapas!*, condena germanesca que hubiera entendido bien la gente maleante de otros tiempos.

Ora, ora, aféresis, no se asusten ustedes, de *ahora*, es de bellísimo efecto usada en casos excepcionales, en pasajes sin hojarasca:

Tomando *ora* la espada, *ora* la pluma

dijo uno de nuestros guerreros á par que insigne literato. Meléndez, tocando en las fronteras de la ampulosidad, al hablar del levantado vuelo del águila, dijo:

Ora vaga atrevida, *ora* medrosa;
ora más orgullosa,
sobre las altas cimas se levanta...

Cuando la solemnidad del asunto lo exija, celebremos la presencia de esta conjunción y hágasele el debido acatamiento si llega hasta nosotros con paso grave y sosegado; mas, ¡por mi vida! no vayan á imaginarse los *novicios* que les será fácil alcanzar la cumbre de la *perfección* porque enamorados de la grandilocuencia que trae al discurso tal modo de decir, repitan fría y destempladamente lo de aquel mal retórico, que, aspirando á eclipsar la gloria del gran Donoso, se atrevió á levantar la voz en plena clase con salida tan inesperada como esta: «Los verbos de semejante naturaleza rigen *ora* dativo, *ora* acusativo.» Ni tampoco se dejen arrastrar por el mal ejemplo del *poetilla* mejicano:

En fastidio y tormento *ora* anegado,
ora en placer divino...

porque esto de usar *ora*, una vez junto al participio y otra junto al substantivo de *modo ó de cosa*, nos ha parecido siempre afectación propia de quien tiene más vanidad que conocimiento del idioma.

Si, en lugar de *aunque*, no es giro de aprendices, antes bien de maestros de literatura, de los que presumen, y no sin fundamento, de muy pulcros. Sea ejemplo este pasaje:

«Una costumbre semejante, *si* vago remedo de la gentil, bien cristianizada y casi impuesta por la necesidad, general en lo antiguo, aunque mucho menos al presente, reina en algunos de nuestros pueblos rurales, celosos guardadores de hermosas tradiciones.»

Siquiera, conjunción y adverbio, que de ambos caracteres participa según los casos, ha de tenerse un si es ó no por vulgar,

olorcillo que no desecha aun en los instantes en que presume de entonada, hasta en los momentos en que se juzga más hermosa que el comunismo *aunque*.

«Y *siquiera* una circunstancia atenuante, si por tal se llegare á admitir la frecuencia de un delito, no quite á lo esencial de éste, ni conceda rehabilitación al delincuente, todavía parece granjearle alguna conmiseración...» (Pi, C., pág. 815.)

Los que se precian de humanistas, por no decir de escritores urbanos, jamás emplean en estilo serio expresiones tan familiares como esta: «no hay uno *siquiera* que pueda responder á tal objeción». «No hay uno solo que...», ó si no: «uno tan sólo que...», son dos construcciones á cualquiera de las cuales daría preferencia, sobre el *siquiera*, una persona medianamente culta.

Siquier, que acaso pudiera salvarse del estigma de familiar cuando la palabra siguiente empieza por vocal, lleva hace tiempo el sambenito de anticuada.

Sino.—Que sirva para contraponer un concepto negativo á otro afirmativo, es asunto que atañe á la *pura Gramática* y *Gramática pura*, y como no la profesamos de oficio, prescindiremos de ella para llevar la atención á otro punto de más novedad: al de los giros con que se hermosea la lengua castellana cuando quiere huir de tan áspera conjunción.

«Y para ser verdad, no se aprovecha de los muchos ejemplos que hay en la iglesia; *antes* toma ocasión de una caída para oscurecerla si pudiese.» (Yepes.—*Vida de Santa Teresa,* lib. I, cap. I.)

La adversativa *empero*, envanecida por su pompa y sonoridad, como su padre el orgulloso *enimvero* de los latinos, sostuvo primeramente reñido combate con la muy solapada de la conjunción *mas;* luego, deslumbrada por el arreo de su composición, entró en lucha con el sencillísimo *pero,* y como Dios abate á los soberbios dió á ésta, en premio de su humildad, la victoria, encerrando en el castillo de las leyes á la vanidosa *empero*, hasta que cumplido el arresto y aburrida de tan miserable vida se refugió en la poesía y en la gerundiona elocuencia. No ha de maravillar, pues, verla clavada por Iriarte (1) en la picota del arcaísmo, ni que, más

(1) El retrato de Golilla.

que de inoportuna, se la califique de presuntuosa, cuando asoma la cabeza en los escritos de remilgados puristas (1), fascinados, acaso, por la acogida que tal cual vez le dió Cervantes en su inmortal novela.

EJERCICIOS

¿Se consentirían estas expresiones en el estilo elevado?

1.º «El cual con no menos, *sino* mucha más gallardía respondió.»

¿Desaparece en este ejemplo de Cervantes la contrariedad que debe haber entre *menos* y *mucho mas*?

2.º «... y así no extraño, *antes* juzgo muy fundada vuestra sorpresa, y aún juzgaría razonable vuestro enojo, si pudiera recelar que le hubiéseis tenido al notar mi tardanza en...

¿Sería más elegante si dijera en vez de «*antes*», «*sino*»?

3.º «Desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, *ora* me los haya hecho persona alta ó baja, rica ó pobre, hidalgo ó pechero.» *(Don Quij.*, I. p., c. XV.)

Ora es conjunción que nunca se usa sin repetirse; significa *unas veces... otras veces...*

Vista la regla, ¿será lícito absolver á Cervantes?

4.º Los enemigos, aguardando *ora* á un paso del río, *ora* á otro, *ora* haciendo alguna resistencia, se acogieron á la sierra. (Hurtado de Mendoza.—*Guerra de Granada.*)

¿Qué giros pudieran emplearse para evitar un *ora*, ó por ventura todos, ya que el uso va reservando estas conjunciones para brillantes períodos, pongamos por caso, los de Donoso Cortés?

5.º Tomando *ora* la espada, *ora* la pluma, dijo uno de nuestros buenos escritores. ¿Corre esto parejas con el humilde pensamiento del estudiante que hacía alarde de usar fuera de sazón la conjunción *distributiva* que analizamos en este momento?

6.º Se condujo, al parecer, con honradez; *empero* hay motivos para sospechar que no era trigo limpio, como vulgarmento se dice.

Vista la ampulosidad que ofrece dicha conjunción, ¿debe condenarse á los que de un modo paladino la tienen casi olvidada en frases tan sencillas como la anterior?

7.º «Don Quijote... estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; *empero* nuestro Lacayo tenía diferentes pensamientos...» *(Quij.*, II, 56).

8.º Bien está socorrer al pobre; *empero* el que ahora pide limosna no la merece.

¿Es afectación en los dos últimos ejemplos el uso de *empero*?

(1) La *y*, v. las págs. 4 á 7.

9.° *Sin embargo de lo dicho, sin embargo* [illegible] con tales ó parecidos aditamentos usaban los clásicos de esta conjunción.

¿Sirve el desamparo en que la dejamos ahora para expresar mejor el pensamiento?

10.° *Por dicha mía,* decían antes. *Felizmente para mí,* es lo corriente hoy.

El *pour* francés y el *par* mal traducidos, ¿han podido dar origen á esta confusión?

11.° «*Lejos*», fué siempre adverbio. ¿Tiene incorrectamente el carácter de conjunción cuando decimos á la moderna: *lejos* de?

IV

INTERJECCIÓN

Eco maravilloso de la verdad, señora del corazón, reina del alma; en ti hallan los efectos un como egregio intérprete, tanto más ilustre cuanto más sincero; tus dominios, en los que jamás se pone el sol de la vida, abarcan todo el horizonte de la naturaleza humana; á ti acuden lo mismo el salvaje que el hombre civilizado, cuando se dejan arrebatar por la fuerza del instinto, cuando les sobrecoge el asombro, cuando un súbito arranque de entusiasmo les eleva hasta las regiones de su respectivo ideal; enemiga del disfraz y disimulo, tienes á gala vestirte de idéntico ó parecido modo en todos los idiomas: por eso eres la única lengua universal, la única posible para traducir las sensaciones irreflexivas; por eso el amor, la ternura y la compasión, se expresan con los mismos signos en distintas lenguas:

> ... miser! *o* miser! aiunt, omnia ademit
> una dies infesta tibi tot proemia vitae.
>
> (T. Luc., De rer. nat., III, v. 921).

¡Benditos los vivos que aman á los muertos!

«*¡Oh!* ¡No me llevéis los míos! Cerca los quiero.»

«*¡Oh* mi señora Dulcinea!» dice Don Quijote, en uno de aquellos inolvidables soliloquios.

> «*¡Oh!* trop penible est cette vie»,

canta un poeta francés.

En un sonoro y estrepitoso *¡ja, ja, ja!, hiatus* formidable que

desfigura el rostro humano, prorrumpe el español que á la risa de príncipes, leve como la de las Gracias, prefiere, en momentos de franca expansión y abandono, la sabrosa carcajada; é igual hacía aquel otro personaje de Terencio:

Ha, ha, he.—¿Quid risisti?

(Heautontimorúmenos, V. I., v. 13).

¡Guay! de los vocablos que intentaren disputarte la energía; ninguno se te asemeja; con tu fuerza poderosa, el valiente caudillo comunica su ardimiento lo mismo á las indecisas que á las aterradas huestes:

Sus, sus, calad las lanzas animosos.

(Ercilla, *Araucana*, c. V.)

«Ea, *sus*, salgan mis caballeros y cuantos en mi corte están á recibir á la flor de la caballería andante que allí viene.» *(Don Quijote*, I, 21.)

Ellos se entran en mal hora,
Sus, andar;
Mas no penseys ayuntar
En llegar luego al molino.

(Custodia del hombre, III).

Electrizado por tan mágico poder, el cosaco da espuelas á su caballo, y sin reparar si va solo ó le siguen, cierra contra los enemigos, quienes contemplan asombrados tan grandiosa é imponente figura:

¡Hurra! cosacos del desierto, *¡hurra!*
la Europa os brinda espléndido botín;

¡Válgame el cielo! y cómo esta fiera de la interjección se trueca toda mansedumbre. Miradla con qué ternura se muestra en esotro pasaje:

¡Ay Príncipe desdichado
y en triste punto nacido!
¡Ay mísero de mí, ay infelice!

(Cald.—*La vida es sueño).*

Nunca en esta ara se sacrificaron víctimas... ¡oh, no!... que á la diosa repugna la sangre. (Pi. C., pág. 283.)

Contempladla vuelta de repente en enojo hasta valerse de un juramento expresivo por todo extremo, si bien disfrazado con el nombre de la Divinidad:

Todo mi honor lo atropella,
tú rey, y esposo de Estrella,
¡*Vive* Dios que no ha de ser!

(Cald. -Id.)

Si deponiendo el enfado pasas á la alegría, ¿quién como tú la expresará por modo más gráfico y conciso?

¡*Viva* nuestra libertad!
¡La libertad y el Rey *vivan!*

(Cald.—Id.)

¡Io *Triumphe!* tu moraris aureos
currus, et intactas boves.
¡Io *Triumphe!* nec Jugurthino parem
bello reportasti ducem.

(Horac., Ep. c. VIII).

Envanecida, no sin fundamento, de tales triunfos, óyese á veces decir á la interjección: *¡mal año!* para los otros vocablos y aun para los que sean como la flor del lenguaje; ¿cuál de ellos recorre la escala de los afectos humanos como yo? Si me place, despreciando al *aixala, xa ala, ojalá* de los árabes, le suprimo con bella elegancia:

«¡Tuviera yo lágrimas como las del héroe para llorar el incendio de mi ciudad y el destierro de mis Penates!»

ó si me conviene, rompiendo con los usos de la Gramática, abandonando al subjuntivo, de cuya compañía tanto me huelgo en no pocos momentos, aparezco sin régimen alguno y con carácter absoluto:

Este corazón que da
latidos de que me *aterro*,
este dicen que es de hierro,
que es insensible *¡ojalá!*

(Hartzenbusch.—*La jura en Santa Gadea*, ac. II, e. VII).

Cuando me disgusta ú ofende una conversación, la corto al punto sin más que decir familiarmente: *¡cepos quedos!*, y todo el mundo calla, si es que no impongo silencio al modo latino con solas dos letras: *St*...

Para concluir, há tiempo declaré guerra á la más infame de las interjecciones, y á toda su parentela; como igualmente á las que sólo tienen cabida en el diccionario del arriero, y á la inmunda *¡puf!* y al vulgarote *velay*, tan socorrido en Castilla la Vieja; quédese para otro, y ¡mala Pascua le dé Dios! historiar, si cayere en esta tentación, el origen, crecimiento y vicisitudes de las tan mal educadas, soeces é inmundas criaturas, desdoro de la nobleza de nuestro idioma, y de quien se atreve á sacarlas en público.

EJERCICIOS

1.° ¡Utinam istuc ex animo ac vere diceres Ter!

¡Ojalá dijeses esas palabras de corazón y sinceramente!

¿Traduce exactamente nuestra interjección su correspondiente latina?

2.° *¡Plega* á Dios que en la otra vida, que es sin mudanza, no las paguemos!

¿Está autorizado el uso de *plega* en lugar de *ojalá*? ¿Puede decirse lo mismo de *pluguiera* á Dios?

3.° ¡Ah Pastora cruel! ¡en tantos daños,
en tantas cuitas, tantas sinrazones,
me quieres ver gastar mis tristes años!

(Jorge de Montemayor.—*La Diana*, lib. VI).

¿Se encuentra en este ejemplo la interjección con la ternura y sentimiento que el poeta quiso dar á entender?

4.° ¡Oh! Si llegásemos á escapar de esta tormenta, yo desconfiaré de mí mismo como de mi enemigo el más peligroso.

Mas ¡ay! que si escapamos de esta borrasca, he de desconfiar de mí como del más fatal enemigo.

Puesto que no es de asombro el efecto de ánimo que se expresa en el anterior ejemplo, ¿cual de las dos interjecciones traduce en este caso con más propiedad la situación del que habla?

5.° Decía Yepes, confesor de Sta. Teresa, que todo se cifraba en estas dos frases: *¡Oh qué poco! ¡Oh qué mucho!* Con la primera significaba la brevedad de los

goces mundanos; con la segunda, la eternidad de la otra vida, así en el gozo como en la pena.

¿Está bien empleada en este ejemplo la interjección *¡oh!*?

6.° *Ea*, pues, acabad ya.

Si es oficio de esta interjección mandar que se diga ó haga una cosa, ¿debiera substituirse aquí por alguna otra?

CAPÍTULO IX

Originalidad.—Estilo.

Original en el cual sentido del vocablo, en la acepción que vulgarmente se da á esta palabra, es el que muestra afán de singularizarse en todas las cosas. Como aquí no hemos de habérnoslas con gente extravagante y ridícula, nos ceñiremos al punto de la verdadera originalidad, *á lo que siendo contrario de lo vulgar, de lo ordinario y común, sorprende, seduce é imprime en la obra un sello personal, tanto por lo nuevo de la concepción, por el fondo, como decimos* los modernitos, *como por la manera de expresar las ideas y sentirlas*, que también en esto cabe originalidad. El amor patrio que rebosa en los himnos de Quintana es de todos los españoles, y sin embargo, los cantos de este poeta merecen el nombre de originales. ¿Por qué? Por la fuerza y el brío del sentimiento, más hondo en el cantor de *La Imprenta*» que en muchos de sus contemporáneos.

Garci-Laso, el poeta más dulce, más natural y sencillo entre nuestros líricos, apenas si tiene un pensamiento, ni una imagen, como han puntualizado sus enemigos, que no pertenezcan á los clásicos griegos, latinos, italianos, y con todo eso le llamamos original, por la fuerza del sentir que transciende á la forma, á la dicción, al modo de expresarse.

Escritores hay tan sin género de aprensión, que ni siquiera se toman la molestia de dar otra forma á las alhajas que saltean; donde otros están haciendo memoria y averiguando consigo mismos si tal idea no pertenece á tal filósofo, si este pensamiento no lo expresó ya ese historiador ó poeta. La verdad es común á todos, dice uno que se burla de los que le acusan de plagiario: el

que la dice antes, no le quita á nadie el derecho de decirla después. Mas entre el *crear* y el *imitar,* entre el *tener* y el *coger,* entre el *producir* y el *pedir*, la palma se la llevará siempre el ingenio rico y fecundo que *halla cosas nuevas ó reviste las conocidas de tal modo que vienen á parecer originales y sorprendentes*. (J. Montalvo.—*Cap. que se le olvidaron á Cervantes*, página 97.)

Las ideas son de todo el mundo ó más bien no son de nadie; en el pensador más original se pueden ir contando uno por uno los hilos del telar ajeno que han ido entrando en la trama: la originalidad sólo en la forma reside.

Véase la diferencia entre el *crear* y el *imitar*, aunque esta imitación sea tan galana de ejecución y tan acabada como la que muestra aquí el Fénix de los ingenios:

Creación.

«Hubo un cedro en Líbano, hermoso en ramas y frondoso en hojas, de grande altura, y cuya copa se elevaba entre sus densos brazos. Las aguas le criaron, el abismo le encumbró, y envió sus arroyos á todos los árboles de la región y se multiplicaron sus ramas y se alzaron sus brazos por las muchas aguas; y habiendo extendido su sombra, anidaron en sus ramas todas las aves del aire, y todas las bestias de los bosques criaron debajo de su espesura, y la congregación de muchas gentes habitó á su sombra, y era muy hermoso por su grandeza y la extensión de sus ramas, porque su raíz estaba cerca de muchas aguas; no hubo cedros más elevados que él en el paraíso de Dios; los abetos no igualaron á su copa ni los plátanos podían compararse con él por sus ramas; ningún árbol del paraíso se asemejó á su hermosura.» (Ezequiel, capítulo XXXI.)

Imitación.

«Tales ya fueron éstos, cual hermoso
cedro del alto Líbano, vestido
de ramos, hojas, con excelsa alteza;
las aguas lo criaron poderoso,

sobre empinados árboles crecido,
y se multiplicaron en grandeza
sus ramas con belleza;
y extendiendo su sombra se anidaron
las aves que sustenta el grande cielo,
y en su tronco las fieras engendraron,
y hizo á mucha gente umbroso velo;
no igualó en celsitud y hermosura
jamás árbol alguno su figura.»

(Por la pérdida del rey D. Sebastián.)

Compárese esta otra pintura, en la que se destaca el genio creador de su autor, con las desmazaladas definiciones que de *la memoria* se leen en los libros de Filosofía:

«La memoria es un collar de piedras preciosas de diferentes colores artísticamente engarzadas. El diamante cristalino, el rubí que está echando fuego, el zafiro de celestes visos, la verde esmeralda, el ónice apagado, todos con sus significaciones respectivas, darán idea de *la memoria*, esta rica facultad que si se desquicia un punto, cae desbaratada: y las mismas piezas, sueltas y revueltas en resplandeciente muchedumbre, son elementos de la imaginación.» (J. Montalvo.—Obra citada, pág. 99.)

Si fueran ustedes niños de la escuela, á quienes se les obliga á decorar los conceptos, habría que decirles en forma que tirase á definición que:

ORIGINALIDAD, en sentido estético, es la manera singular, pero no extravagante ni caprichosa, de concebir y sentir las ideas, de hacer resaltar el fondo, y de expresarlas tan lindamente que parezca que en ello ha puesto el escritor toda su alma.

Plagiar entre los romanos «significaba comprar á un hombre libre, *sabiendo que lo era*, y retenerle en servidumbre, ó utilizar un siervo ajeno como si fuera propio» (1). He aquí lo que en sentido figurado *se opone á la originalidad: el plagio, esto es, apropiarse y dar uno por suyos escritos ajenos.*»

«Don José de Cañizares, á los trece años de edad, plagió de la

(1) Dic. de la Academia.

comedia de Lope, *Las cuentas del Gran Capitán,* no sólo los lances, sino gran número de versos, y lo que le pertenece es detestable, como hacer que un gracioso (Pelón) que añada partidas que son otras tantas bufonadas indignas del Gran Capitán:

10.000 ducados en guantes de ámbar, para evitar la infección de los cadáveres.

Medio millón de aguardiente para emborrachar á las tropas antes de la batalla.

170.000 ducados para repicar las campanas, que se rajaron repicando en celebridad del triunfo.

Las *cuentas,* invención vulgar que sólo tiene cierto valor simbólico como censura de la suspicacia del rey, las refiere por primera vez un historiador de tan pura conciencia como Paulo Jovio.»

EJERCICIOS

1.º Cuando el buen clérigo de que habla *Mendoza* en su «*Lazarillo de Tormes*» andaba contando y tornando á contar los panes que con avara mano guardaba en el arca, Lazarillo disimulaba, y en su secreta oración y devociones y plegarias, decía: «San Juan, y ciégale». Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo: «si no tuviera á tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado della panes; pero de hoy más, sólo por cerrar la puerta á la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos; nueve quedan y un pedazo.»

¿En qué frase se ve el sello personal del autor, la originalidad de la imagen?

2.º

Yustum et tenacem propositi virum
non civium ardor prava jubentium,
non vultus instantis tyranni
mente quatit solida, neque Auster,
dux inquieti turbidus Adriæ,
nec fulminantis magna Jovis manus:
si fractus illabatur orbis,
impavidum ferient ruinæ.

Exento á todo cuanto
presume la fortuna, sosegado
está y libre de espanto
ante el tirano airado,
de hierro, de crueza y fuego armado.
¿Que estás? ¿No ves el pecho
desnudo, flaco, abierto? ¡Oh! no te cabe
en puño tan estrecho
el corazón que sabe
cerrar cielos y tierra con su llave.

¿Se podrá decir de Fr. Luis de León cuando ensalza, como Horacio al Varón constante, que no hizo sino imitar al poeta latino, ó bien hay rasgos en estas estrofas que muestran la originalidad y la superioridad del ideal que respectivamente inspiraba á uno y otro vate?

3.º ¡La prenda que estimaba y más quería!
¡Oh riguroso empeño
de la verdad ó máscara del día,
noche al fin tenebrosa,
antípoda del sol, del sueño esposa!

(Tirso de Molina.—*El Burlador de Sevilla*, Jorn. III, esc. 6.ª)

Aunque sea de un gran poeta, ¿hay aquí el deseo de singularizarse? ¿sorprende y seduce esta manera de expresión ó es rebuscada?

I

ESTILO

Reflejo del corazón, del cerebro, del carácter; sello personal del talento del artista, esfuerzo de la inteligencia y de la fantasía para encontrar *matices* (¿puedo usar este vocablo?), nuevas relaciones entre las ideas, imágenes y palabras; arte de poner en relieve con voces adecuadas, expresiones nuevas, hermosos giros, animados tonos y vivas imágenes, lo que sentimos, pensamos y queremos, he aquí

El estilo ó sea la manera que cada escritor tiene de concebir las ideas, y manifestarlas con expresiones tan adecuadas y propias que parezcan nacidas para ello.

Poner en relieve lo común, encontrar nuevos aspectos á lo vulgar, engrandecer lo sencillo, dar fuerza á lo débil, para que cause impresión lo que se dice, esto es tener *estilo*, alcanzar la palma de escritor original; con tales prendas tejieron la que ciñe sus frentes: Homero, Platón, Virgilio y Horacio.

¿Fué sólo privilegio de los antiguos? No, también le tuvieron los nuestros; también Granada, pongamos por caso, supo realzar hasta las cosas comunes; dar cuerpo con el vigor de la expresión á las ideas abstractas; pintar con el colorido de la imaginación lo que siente el alma en presencia de lo patético.

¿Qué en el fondo y en resolución todos llegan á pensar lo mismo? Concedo. Mas ¿no hay alguna divisa que distinga y caracterice á los que gozan el privilegio de tener *estilo, manera propia de escribir*? Sí. ¿Cuál?

La originalidad, que es la condición primera y esencial del estilo, se cifra en no usar expresiones de *cliché*, como dice un escritor contemporáneo, de esas que pueden ser reemplazadas por otras más propias, pintorescas y llenas de vida. Pero envilece también al escritor ese afán de correr en pos de fastuosa elegancia, para huir de la hermosa naturalidad, en la que también caben la corrección, el buen gusto y un como inconsciente atildamiento, ó como decía Cicerón: *el arte de parecer sin arte.*

Oigamos á *La Bruyère*, y no olvidemos tan sano consejo:

«Que dites-vous? Comment? Je n'y suis pas; vous plaîrait-il de recommencer? J'y suis encore moins. Je devine enfin: vous voulez. Acis, me dire qu'il fait froid; que ne disiez vous: il fait froid? Vous voulez m'apprendre qu'il pleut ou qu'il neige; dites: il pleut, il neige. Vous me trouvez bon visage, et vous désirez de m'en féliciter; dites: je vous trouve bon visage. Mais, répondez-vous, celà est bien uni et bien clair; et d'ailleurs, qui ne pourrait pas en dire autant? Qu'importe, Acis? est-ce un si grand mal d'être entendu quand on parle, et de parler comme tout le monde? Une chose vous manque, Acis, à vous et à vos semblables, les diseurs de *phébus;* vous ne vous en défiez point, et je vais vous jeter dans l'étonnement; une chose vous manque, c'est l'esprit. Ce n'est pas tout: il y a en vous une chose de trop, qui est l'opinion d'en avoir plus que les autres. Voilà la source de votre pompeux galimatias, de vos phrases embrouillées, et de vos grands mots qui ne signifient rien. Vous abordez cet homme, ou vous entrez dans cette chambre; je vous tire par votre habit, et vous dis à l'oreille: Ne songez point à avoir de l'esprit, n'en ayez point; c'est votre rôle; ayez, si vous pouvez, un langage simple, et tel que l'ont ceux en qui vous ne trouvez aucun esprit; peut-être alors croira-t-on que vous en avez.»

Hagamos aplicaciones de la teoría, y digan las personas de buen gusto si las frases que se subrayan en los ejemplos que ahora siguen, pueden ser reemplazadas fácilmente por otras más expresivas, más propias, gráficas y pintorescas.

Por aquí anda el diablo *aparejando oportunidad.*» (F. de Rojas.)

«Los brutos que la naturaleza hizo mansos, viven de hierbas y simientes y otras limpias viandas: el hombre vive de sangre, *hecho sepultura de los otros animales.*» (Oliva. *Diálogo de la dignidad del hombre.)*

«Y *despidiendo el cansancio*, con alegre rostro le dije: huésped, sacad lo que quisiéredes.» (Alemán. *El lazarillo de Tormes.)*

«Llegó el día y salí en un caballo hético y *mustio*, el cual más de manso que de bien criado iba *haciendo reverencias*. Las ancas eran de mona, y muy sin cola, el pescuezo de camello, y más largo: la cara no tenía sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenía á cargo *en el ganarle la ración.*» (Quevedo.—*La vida del gran tacaño,* 2.)

«El lindo que se hable de sus cabellos: la otra, que se descuida de sus obligaciones y sólo cuida de su cara, *placea* las galas cuando más la descomponen.» (Gracián.—*El criticón*, I, 7.)

«Su misión era *obsorber el mundo en su unidad.*» (Donoso Cortés.—*La diplomacia.)*

«Destas infelices bodas
no sé qué siento, Belisa,
todo hoy mi Patricio ha estado
bañado en melancolía.»

(Tirso de Mol.—*El Burl. de Sevilla,* jorn. 3.ª, esc. 3.ª)

«de manera
mi calle festejó, que en ella vía
morir la noche y *expirar el día.*»

(Calderón.—*El médico de su honra*, jorn. 1.ª)

Por todo lo antes dicho, se ve patente la razón de por qué se suprimen ahora la antiguas divisiones del estilo.

Subjetivo por la condición de su naturaleza, no caben en él sino las que nacen del asunto, las que están en harmonía con la inspiración del autor y fin que se propone.

Cicerón y Quintiliano dividiéronlo en: *sencillo* ó *tenue*, *medio* ó *templado,* y *grave* ó *sublime*. No andan tan separados, como pudiera imaginarse, los géneros de estilo. ¿Ni cómo es posible el

aislamiento? ¿Por ventura el corazón noble y magnánimo puede mostrarse tal en todos y en cada uno de los instantes de la vida? ¿No sería ridícula la magnanimidad en situaciones vulgares? ¿Es posible que el escritor se remonte á todas horas á la región de la sublimidad? ¿Ha de estar siempre agitado por la pasión? ¿Podrá vivir constantemente en la dulce calma de la sencillez?

Rompamos con viejas, con arbitrarias tradiciones, y dígase sin vacilación: los géneros se tocan, se confunden y compenetran. ¿Cómo dividirlo si varía hasta lo infinito, si hay *matices* tan imperceptibles y delicados que apenas se percibe el paso del uno al otro? ¿Cómo hablar del colorido del estilo si acaso no exista más juez que el autor?

Por tanto, los únicos principios capitales que pueden servirnos de guía para conocer el estilo, el tono personal, sus diferentes sonidos son:

La originalidad, concisión y *harmonía.*

En cuanto á la primera, ya queda definida, y cada uno puede distinguirla en los ejemplos antes citados, y hasta decorar, si en ello sigue la práctica de grandes maestros, los que estén en relación con su gusto y aficiones literarias.

El corolario que de lo sobre ella apuntado se desprende, es no poderse contestar de un modo cerrado á la pregunta: ¿Qué deben hacer los escritores que aspiran á ser originales?

Para encontrar vistosos aspectos á lo vulgar, engrandecer lo sencillo, dar vigor á lo débil y dignificar lo común, esto es, para ser *original*, no bastan la erudición, ni el saberse de memoria el Diccionario, si falta aptitud, vocación y gusto, ya que *el arte de componer* es síntesis de pensar alto, sentir hondo y escribir adecuadamente al asunto de que se trata; por esto se ha dicho con profundo sentido que: *el estilo es el hombre,* ó como lo expresó Cervantes: *que la pluma es lengua del alma.*

«Rien ne vit que par le style, dit Chateaubriand. En vain se récrie-t-on contre cette vérité, l'ouvrage le mieux compris, rempli des plus sages réflexions, est mort-né, si le style manque.»

EJERCICIOS

1.° Esa instintiva repulsión que sentimos á veces hacia una persona, no cabe ni aun imaginarla cuando se quiere hacer el retrato moral de nuestro excelente amigo. La afectuosa dulzura, hija de esa bondad ingénita y verdadera de su corazón, no puede confundirse en modo alguno con las imperiosas exigencias que muestran otros caracteres, esos que dotados de un ánimo altanero y soberbio se dejan arrastrar por una cólera implacable. Píntase en su rostro una grave tristeza, la que sus ojos traducen claramente, y causa en nuestro ánimo penosa impresión. (De una novela moderna.)

He aquí las expresiones que á cada paso se encuentran en escritores contemporáneos, algunos de gran renombre.

Si rompemos el *cliché* veremos la deformidad de cada una.

Repulsión instintiva... Por ventura, *¿no lo es siempre?*

Afectuosa dulzura... ¡Como si la pudiera haber con dejos de *desafecto!*

Bondad verdadera... Cuénteselo usted á los metafísicos, por si conocen alguna que *sea falsa.*

Imperiosas exigencias... Ya lo entiendo; el papá de tan autoritarias señoras, es *el emperador de Micomicón.*

Cólera encarnizada é implacable... Vaya, como que tiene las entrañas de piedra berroqueña.

Una grave tristeza... ¿Y por qué no han de ser dos? ¡Qué bonita estaría *una tristeza alegre!*

Sus ojos traducen esa tristeza... Por supuesto, si hasta serían capaces de traducir al mismísimo Plauto, con todo y estar empedrado de arcaísmos.

Penosa impresión... Claro, es más bonito, ó por lo menos, más sonoro y redundante que: impresionar.

En la citada obra se habla de: *magníficas sombras.* ¿Quieren ustedes decirme en qué habrá conocido el autor esa magnificencia, si estábamos á obscuras? No citemos lo de *cabellera abundante*, porque esto es prueba de una buena cosecha.

2.° Pintando Solís los últimos días de Motezuma, cuando, ya impopular entre los suyos, se dejó ver desde la muralla, para mandar que se retirase la obstinada é inexorable multitud, dice:

«Hízose adornar de las vestiduras reales, pidió la diadema y el manto imperial: no perdonó las joyas de los actos públicos, ni otros resplandores afectados que publicaban su desconfianza, dando á entender con este cuidado, que *necesitaba de accidentes su presencia para ganar el respeto de los ojos*, ó que *le convenía socorrerse de la púrpura y el oro para cubrir la flaqueza interior de la majestad.*»

Ese necesitar su presencia de accidentes para *ganar el respeto de los ojos*, y convenirle *socorrerse de la púrpura y el oro*, ¿son *frases hechas*, como deben llamarse, ó revelan un estilo propio, adecuado, original, no extravagante?

3.º «Es, señor, que son niñas, y desean ser mujeres, y si ellos *caducan* ellas *niñean.*» (Gracián.— *Criticón*, I, *crisi.* 7.ª)

Si la originalidad del estilo se cifra en poner como en relieve las ideas, ¿acertó en esta pintura con el uso de los dos últimos verbos? ¿Son en verdad gráficos? ¿Se aprende esto con el estudio de la Retórica?

4.º «Eres mi señora, tengo de callar, héte de servir, tu mala palabra será *víspera de una saya.* Juzga por bueno mi propósito, mis pasos *saludables y vacíos de sospecha.*» (F. de Rojas.— *Tragicom*, a. I.)

¿Hay creación artística, originalidad de estilo, el sello personal del escritor, en las dos frases subrayadas? ¿Se aprende, pues, el estilo estudiando la teoría de sus divisiones y subdivisiones, ó enamorando al lector con ejemplos gallardos que fecunden su inteligencia, aviven su sensibilidad é inflamen su imaginación?

5.º «*Aún no eran los rayos del sol bien* tendidos, cuando el rey Chico y su caballería salió por la puerta de Biealmazón; iban tan gallardos que era muy de ver.» (Hita.— *Guerras civ. de Granada*, I, c. 3.)

No seduce ciertamente por la novedad; sin embargo ¿podría decirse esto con otras palabras más adecuadas y pintorescas?

La Perífrasis, circunlocución ó rodeo de palabras, que substituye al nombre propio y sencillo de un objeto ó de una acción, *es figura de uso legítimo y elegante cuando, queriendo pintar las ideas, dice con ingenioso rodeo de palabras lo que pudiera significarse con menos, ó lo que de ningún modo conviene expresar abiertamente:*

«Ya por el balcón de Oriente
su rostro Apolo mostraba,
las lágrimas enjugando
que vertió su dulce hermana.»

(B.ª de Riv.— *Roman. de Durán*, I, pág. 97.)

Nadie dudará que sea más regalado y blando este acercar los brillantes lineamentos de esos dos grandes luminares, que no decir secamente: *el sol*, *la luna*.

Es soberbio ejemplo de perífrasis aquella de Bossuet para designar el confesionario: «ese tribunal en el que se santifican los que se acusan».

A pesar del dicho de Víctor Hugo:

J'ai de la périphrase écrasé les spirales,

más arrogante que cierto, pues cae en lo mismo que condena; la perífrasis, manera delicada y exquisita para hablar de cosas que no lo son (A); salvoconducto dado en gracia del pudor (B); disfraz que se trueca en adorno, compostura y brillo de lo que se está expresando (C); ornato retórico que usado con discreción sirve para caracterizar así las ideas y lo que atañe á los efectos (D), como lo que toca á las circunstancias que nos rodean (E); la perífrasis, repetimos, será siempre lícita, viviendo muy querida y amada en la república de las letras, mientras no se borren del código del buen gusto los artículos referentes á la natural elegancia y cortesanía en el decir.

En la carta de Sirene á Lepanto (nombres usados en un vejamen para hablar de D. Antonio de Herrera y Saavedra y D. Antonio Rodrigo de Herrera y Rivera), se emplean dos hermosas perífrasis, en vez de *desdentado y difícil*. «Tiene tanta mengua de dientes, que ni aun puede morderse las uñas al hacer un soneto...»

(A) «Refiere Diógenes Laercio, que Crates, gran filósofo, padecía de un achaque, sonante y aromático, que hacía insufrible su proximidad en la escuela de Teofrasto y en los demás puntos elegantes á donde asistía en Atenas. Crates, desesperado entonces, determinó poner fin á su muy apestosa vida. Pero Diógenes lo supo: acudió á consolarle y á confortarle, y, para más ejemplar elocuencia, comió de ciertos manjares. Diógenes estuvo tan inspirado, tan musical y tan florido, y tronó de tal suerte contra Crates, que éste, vencido en todo, sobrepujado y convencido además, se resignó á vivir.» (Valera.—*Revista de España,* 25 de Agosto de 1886.)

(B) Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina;
Y aquella voz divina,
Con cuyo son y acentos
Á los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo, que á la cruda,
Inexorable diosa, demandabas
En aquel paso ayuda,
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?

(Garci-Lasso.—*Egloga 1.ª*)

(C) Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del abril florido.
Vital aliento de la madre Venus,

como llamó Villegas al céfiro.

(D) Vestido el cuerpo de cielo,
Y de sus glorias el alma,

(B.ª de R.ª—*Roman. de Durán*, I, 62.)

(E) Tenía la edad de los versos de un soneto, y caminaba á tener conterilla.

(B.ª de R.ª—*Novelistas posteriores á Cervantes*, pág. 308.)

El eufemismo, primogénito de la perífrasis, ha traído la costumbre, y no la estimamos como lisonja, antes bien la tenemos por urbanidad, de llamar al Rey, *Monarca;* al señor, *príncipe;* al caballero, *señor;* al villano, *hidalgo;* al de pequeño cuerpo, *mediano;* al moreno, *trigueño;* al negro, *moreno;* al ventero ó mesonero, *huésped;* al oficio, *arte;* al gordo, *fresco;* á las necedades, *descuidos;* al fácil, *dócil;* al ciego, *privado de vista;* y otros que pone Horacio en sus sátiras, y dice no ser vicio sino gran virtud del bien hablar.

«El conde de Romanones es joven, muy rico y está casado con una hija de Alonso Martínez. Se parece á Tirteo, y en qué consiste el parecido, lo sabrán mis lectores si recuerdan el significado del verbo *claudicar...» (Diario de Barcelona.*—Rev. de Madrid, 10 Marzo, 1901.)

Con todo eso, *asiste la razón al romanticismo cuando asienta que han de proscribirse, por enemigas de la originalidad, y de lo natural, las perífrasis rebuscadas, ó hipócritas, y las locuciones, fastuosamente elegantes, sobre asuntos vulgares.* Pero hásele de advertir que mucho antes que él viniese al mundo, ya un obispo, D. Antonio de Guevara, condenó ingeniosamente tales hipocresías: «Quédate adiós, mundo, pues en tu palacio á nadie llaman por su nombre propio, porque al temerario, llaman *esforzado;* al cobarde, *recogido;* al importuno, *diligente;* al descuidado, *pacífico;* al pródigo, *magnífico;* al escaso, *modesto;* al hablador, *elocuente;* al necio, *callado;* al disoluto, *enamorado;* al honesto, *frío;* al entretenido, *cortesano;* al vindicativo, *honroso;* al apocado, *sufrido;* al malicioso, *simple,* y al simple *necio...* Quédate adiós, mundo, pues traes á todo el mundo engañado.»

Hablar, escribir con *frases hechas*, como decía en el siglo XVII, un célebre jesuíta, es valerse de expresiones que, por lo gastadas y usuales, deberían llamarse ahora de *cliché*, ó sea de estilo *ómnibus*, sin llama, sin color, sin expresión, correcto y hasta irreprochable, pero sin vida: tal es el de los *escritores* que no alcanzan la suspirada palma de artistas.

Mofándose Boileau de las frases neutras y sin relieve nos dejó estos versos:

Si je louais Philis *en miracles féconde*,
je trauverais bientôt *à nulle autre seconde;*
si je voulais vanter *un objet non pareil*,
je mettrais à l'instan *plus beau que le soleil.*

A la despreciable condición de *frases hechas* pertenecen, como va dicho: *afectuosa dulzura, grave tristeza, bondad verdadera, magníficas sombras*, etc., pues aunque no fuesen, como lo son, absurdas, podrían fácilmente reemplazarse por otras más exactas y propias, hermoso distintivo de los que tienen personalidad artística.

Pero como nada absoluto hay en el arte, sino éstos, se dan casos en que parece lícito usar epítetos, v. gr.: *el azul de sus ojos*, la *transparencia de su tez*, y otros, según el lugar y la ocasión en que se empleen.

De insípido é incoloro ha de tacharse aquel verso de Florian:

Le Soleil n'aviat pas *commencé* sa carrière;

y sin embargo, ponderando Quintana la barbarie de las tribus que insultan al hermoso astro cuando aparece en el horizonte, después de decir que aquella injuria se pierde en la anchurosa esfera, escribe con bella frase:

Y Febo en tanto derramando lumbre
sigue en silencio su inmortal carrera.

II

PROPIEDAD

La del estilo, que *consiste en el uso de las expresiones más naturales é inmediatamente representativas de los objetos é ideas;* virtud soberana que resplandece y campea sobre las demás, por emplearse en abrir, como con llave de oro, todos los secretos del corazón; la propiedad del estilo, virtud óptima de la originalidad, de la que dice el príncipe de nuestros ingenios, se vale de palabras *llanas, sencillas y significantes; no ha de confundirse con*

La propiedad del idioma ó del lenguaje castellano. *Cífrase ésta en el acierto de escoger entre dos ó más vocablos que parece significan lo mismo, el que mejor cuadre al movimiento general* de lo que nos proponemos decir.

Empresa harto difícil, y para pocos guardada, es la de que las palabras, á modo de espejo, nos dejen ver, por maravillosa reflexión, las ideas tal como aparecen en la mente del que habla ó escribe. Bacon confiesa que no hay en latín, inglés, italiano y francés, vocablo que signifique lo que nuestra voz: *desenvoltura.* Si viviese, le diríamos que aún nos quedan: *despejo* y *desembarazo.*

Pero no exageremos, que esto ha perdido á muchos. ¿Quién se atreve á sostener (volvamos la oración por pasiva) que la palabra *rien* sea más propia que la voz *nada?*

Como dechado de voces usadas con linda y graciosa propiedad, hanse de citar, por lo singulares, estos dos ejemplos. Después de haber referido nuestro Cervantes la industria y habilidad que usó el buen Sancho para encantar á Dulcinea, y la traza que se dió para que lo creyera Don Quijote, añade:

«Harto tenía que hacer el socarrón de Sancho en disimular la risa, oyendo las sandeces de su amo tan *delicadamente* engañado.» (Parte II, cap. 10.)

Pudo haber dicho, por ser términos análogos: «*ingeniosamente, sutilmente, astutamente, hábilmente*»; mas ninguno de los cuatro adverbios hubiera igualado en propiedad al «*delicada-*

mente», cuya feliz elección da, por decirlo así, alma y voz á la idea que el novelista quería exprimir con tanta gracia y donaire.

También San Juan de la Cruz supo escoger maravillosamente las palabras cuando dijo, hablando de la suavidad interior de que gozan algunas almas: «Y á veces experimentan una suavidad tal, que parece que todas las médulas y huesos *gozan y florecen y se bañan en ella*». ¡Qué luz no traen estos vocablos para encarecer la suavidad espiritual de la mente!

El acierto en la propiedad, es á veces caso de inspiración y numen. Según enseñan la historia literaria y el trato con las gentes, hubo y hay capitalistas natos del buen decir que gozan el privilegio de tener á su disposición, por no sabemos qué especie de humanidades infusas, los calificativos más felices, los verbos y los giros gallardos que tantos desvelos cuestan y han costado á sabios muy respetables.

En los *romances viejos* hallaránse mil ejemplos que vienen en apoyo de lo que acabo de afirmar.

Mas con todo eso, tres cosas ayudan señaladamente á escribir y hablar con términos propios y regalados: 1.ª, la observación acompañada del estudio serio y profundo de las obras de nuestros clásicos; 2.ª, la etimología ó genuina significación de los vocablos; 3.ª, la historia de los cambios y mudanzas que han sufrido las ideas.

En los maestros de bien decir aprenderemos los secretos de lenguaje y pensamiento, la precisión habitual en ellos, el verdadero sentido de las palabras, arte dificilísimo.—*La etimología*, rompiendo la especie de encantamiento en que están como prisioneros y cautivos los vocablos, nos llevará también á conocer el sentido propio, v. gr., de estas tres ideas: *patria, nación, país.*

La *patria* es el lugar de nuestros *padres (Ce'st la cendre des morts qui crea la patrie): nación* vale tanto como fraternidad entre hombres *nacidos* de una misma raza; *país (de pagus)*, es la población que no llega á ser villa. Sólo, pues, merced á una fría abstracción puede substituirse la noble y grande *patria* por la pequeña *patria*, por la expresión moderna: *el país.*

Cosa cierta es que la historia ayuda también á levantar el velo con que aparecen envueltas algunas ideas. ¿Quién sino ella pue-

de distinguir los aspectos de las dicciones: *urbanidad, cortesanía* y *libertino?*

Nacida la primera en Roma *(Urbs)*, es distinción de modales, propios de las grandes poblaciones. La *cortesanía, cortesía*, flor de la elegancia, tiene su propio jardín en la *Corte*.—Llevados nuestros padres de su rectitud cristiana, dieron el nombre de *libertinos* á los que, rompiendo los vínculos morales, se rebelaban contra la autoridad divina.

La naturalidad, aunque hija del arte convertido en hábito, *diríase que es una aptitud inconsciente, que llega á producir la ilusión de que las ideas van fluyendo por modo tan espontáneo que escribimos sin esfuerzo alguno.*

Se alcanza la naturalidad huyendo del empeño de expresar cosas ordinarias y comunes de una manera singular ó pomposa.

De esa facilidad de producir tras largas meditaciones nos dejaron ejemplos, y Fr. L. de León en su

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruïdo,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

y Samaniego en sus inimitables fábulas.

EJERCICIOS

1.º «Un día, pasando nosotros por una calle, el barbero, ó señor rapador, según se expresa Don Quijote, de calzón y zapato de medio pie, estaba plantado en el *umbral* de su tienda: no en el *dintel*, como dicen los que ahora escriben, *porque no estaba colgado*.» (J. Montalvo.—Obra citada, pág. CXXIX.)

Según esto, ¿qué significan las palabras *dintel* y *umbral*?

Hartzenbusch, de alma verdaderamente infantil, hizo esta ingenua confesión: «*Dintel* por *umbral* lo usé hasta que, ya algo tarde, conocí el despropósito».

¿Será, pues, lícito decir: No volveré *á pisar el dintel de tu casa*?

2.º Si *blondo*, equivale á *rubio*, ¿usan con propiedad de este adjetivo los que le dan la significación de *crespo* ó *rizado*, ó los que, como Meléndez Valdés, lo emplean en lugar de *suave*?

«Tu vellón *nevado*,—de ricitos lleno,—cual de *blonda* seda,—cuidadoso peino.» ¿Caben juntos vellón *nevado*, esto es, *blanco*, y el adjetivo *blondo*?

3.º «Y no me maravillo, porque *la sangre nueva poco calor ha menester para hervir.*» (F. de Rojas, a. I.)

«En el mismo instante que los mejicanos vieron caer á Motezuma, ó pudieron conocer que ellos eran los que le habían herido, se asombraron de su misma culpa, huían sin saber de quién, creyendo *llevaban á las espaldas la ira de sus dioses.*» (Solís.—*Hria. de la conq. de Méjico*, lib. IV.)

La pescadora Tisbea, que moraba en humilde cabaña, dice:

«Mi honor conservo en pajas,
como fruta sabrosa,
vidrio guardado en ellas,
para que no se rompa.»
(Tirso de Mol.—*El Burl. de Sevilla*, jorn. I, esc. 8.ª).

Las hermosas imágenes que se han subrayado en los tres ejemplos anteriores, son dechado de propiedad; pero ocurre preguntar: ¿de *la propiedad del idioma*, esto es, *del lenguaje*, ó de *la propiedad del estilo*, nacida del genio del artista, que acierta á representar gráficamente los objetos y las ideas?

4.º «¿Qué no vence el trabajo? Doma el acero, ablanda el bronce, reduce á sutiles hojas el oro y labra la constancia de un diamante. Los muros más doblados y fuertes los derribó la obstinada porfía de una viga herrada, llamada *ariete* por los antiguos, porque su punta formaba la cabeza de un carnero.» (Saavedra.—*Empresa*, LXXI.)

¿Resplandece aquí tan sólo *la propiedad del lenguaje* ó también *la del estilo?*

5.º «En un lugar de la Sagra de Toledo había predicado dos ó tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bula, ni á mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y pensando qué hacer se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana *despedir* la bula.» (Mendoza.—*Lazarillo de Tormes*, trat. V.)

«Donde los culpados, echados de la inmunidad y *franqueza* de las iglesias.» (Mendoza.—*Guerra de Granada*, V.)

Quien desconociese la historia de algunos vocablos, ¿podría entender que *despedir la bula* y la *franqueza de las iglesias*, equivalen en este caso á: *despachar* y *franquicia?*

III

HOMONONIMIA Y SINONIMIA

Toca á los buenos hablistas desmenuzar, por decirlo así, hasta las modificaciones más pequeñas y no advertidas por la generalidad en el uso común del habla castellana, riquísima entre las más abundantes.

Mucho ayuda al escritor cuidadoso y diligente para el acertado uso de las palabras, conocer, en parte, ya que el campo es inmenso y no está aún bien explorado, *las varias acepciones que puede tener una misma voz, y los significados análogos que se dan á los distintos términos de que consta el Diccionario.* ¿Quién no sabe que: *duelo, lima* y *romero,* pueden significar respectivamente: *combate y dolor; fruta é instrumento de acero; flor y peregrino?* ¿Quién ignora que usar *diatriba* por *crítica,* no es tomar una palabra por otra de significación análoga, sino decir un despropósito?

¿No aprendieron ustedes que tenemos *dos clases de voces sinónimas:* 1.ª, los *sinónimos perfectos, rigurosos, los que realmente expresan una misma idea, así por lo que atañe á su esencia, como á sus accidentes,* v. gr.: *lindo, almidonado, pisaverde, currutaco, lechugino, petimetre y gomoso?*

¿Qué diferencia hay entre *El lindo don Diego,* de Moreto, y los afeminados *gomosos* de ahora? La de una gota de agua á otra. Si de éstos tenemos multitud de vocablos en que escoger como entre peras, ¿será cuestión baladí explotar esta mina del lenguaje?

Será poco exacto, no lo niego, llamar también

Sinónimos á los que *representando una misma idea en cuanto á la esencia, tienen, sin embargo, diferencias tales, que no es posible, sin incurrir en notoria impropiedad, valerse indistintamente de uno de estos vocablos, que en apariencia diríase significa lo mismo.*

«*Obstáculo* (1) *é impedimento*» (2) pertenecen á esta clase de sinónimos, por cuanto en general significan la misma idea de *dificultad;* pero se diferencian en que con el primer vocablo damos á entender una *dificultad que nos sale al paso;* y con el segundo, como sucede en lo que toca á los impedimentos del matrimonio, y cuando hablamos de los que están impedidos, una *dificultad* que nace del propio individuo.

---

(1) Del latín *Stat ob.*

(2) Del latín *in pere.*

«El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaíno, todo fué en un tiempo... El vizcaíno que así le vió venir contra él, bien entendió por su *denuedo*, su *coraje* y determinó de hacer lo mismo que...» *(Don Quijote,* I, 8.°)

El *denuedo* está principalmente en la actitud y el gesto; el *coraje* es la resolución unida á la ira; éste es propio del ánimo, aquél del cuerpo. Por donde se ve que Cervantes señaló perfectamente la diferencia entre ambos sinónimos.

No cabe confundir la *alegría*, afecto gustoso que el placer engendra, con el *regocijo*, demostración exterior que de aquella hacemos; ni decir que tienen igual significación los verbos *mirar* y *ver*, puesto que es pecado entretenerse en *mirar* figuras torpes ó menos honestas, pero no el *verlas;* ni sostener que significan idénticamente lo mismo los vocablos «*escuchar* y *oir*», «*cara* y *rostro*», «*revés* y *reverso*», junto con otras voces que ahora se omiten.

La misma riqueza de nuestra lengua nos está convidando á ser muy remirados en lo tocante al empleo de los sobredichos sinónimos. Tiene establecidas el uso, delicadas diferencias que no es posible desatender en ningún caso. «*Paierno* y *paternal*», «*pontificio* y *pontifical*», «*celeste* y *celestial*», «*regio* y *real*», y si nos es permitido descender á objetos bajos y humildes, «*puerco, cerdo, marrano* y *cochino*», «*asno, burro, borrico* y *jumento*», son voces *respectivamente* sinónimas; todas ellas tienen el mismo valor, no las determinan causas ni fines distintos; y con todo, ha querido y quiere el uso que no digamos: herencia *paternal,* palacio *pontifical,* banquete *real,* á cada *marrano* le llega su San Martín, comen carne de *cochino*, bebo leche de *asna*, eso es música *celeste;* sino herencia *paterna*, palacio *pontificio*, banquete *regio,* á cada *puerco* le llega su San Martín, comen carne de *cerdo*, bebo leche de *burra*, eso es música *celestial*. ¿Qué diferencia hay entre estos sinónimos? Ninguna.

¿Por qué no se pueden emplear indistintamente? Porque así lo manda el uso. Sólo él ha podido establecer la costumbre de que se llame *burrero* al que cría burras de leche, *borriquero* al que cuida y lleva burros al prado; sin que valga el decir, para justificar lo contrario, que *olivo, oliva y aceituno, todo es uno*, y que

pato, ganso y ansarón, tres cosas suenan y una son. Por ventura, la frase: «*hablar por boca de ganso*» con que censuramos al que no sabe decir sino lo que otro le sugiere, ¿no da claro indicio de *que pato, ganso y ansarón tres cosas suenan*, y tres cosas son, para el literato, puesto que parecería mal si las substituyéramos por las de: *habla por boca de pato, habla por boca de ansarón?*

Que la confusión del significado de algunas palabras relacionadas con los sinónimos sea origen de impropiedades en el lenguaje, lo prueba las inexactitudes que cometen algunos por no conocer bien las voces en que hay verdadera paronimia, v. gr.: cuando llaman gatos de *Angola* (país de Africa) á los que se crían en *Angora* (región de Asia).

Para expresar que uno salió de repente, dicen muchos, con manifiesta impropiedad: *salir de estampida*, en vez de: *salir de estampía*.

No ya á los aprendices de orador, sino hasta á los muy encopetados, se les oye cuando van á terminar sus discursos, un campanudo *reasumamos*, que hace caer de espaldas al hombre más impávido. Cuando esos señoritos compongan un *Reasumen* de las lecciones dadas por el catedrático, entonces diré yo al terminar la explicación: Voy á *reasumir*, en vez de *resumir*, que digo ahora.

De significación más holgada que los sinónimos son los términos llamados *equivalentes*, que tienen gran cabida en el estilo por la variedad que le prestan, pues vive así de alianzas con las palabras como del valor de las ideas.

Para familiarizarse con este procedimiento, para adquirir ese hábito de ver el enlace de unas con otras, y los varios giros que pueden darse á la expresión, no hay como el amor á la lectura de los modelos.

Ejemplo de la variedad que admite una idea, v. gr.: la de que en todas las cosas era preciso recurrir á Pompeyo:

«Hubo que hacer la guerra á Sertorio, pues se encargó esta empresa á *Pompeyo*. Hubo que dirigir las armas contra Mitrídates, todos á una dijeron: *Pompeyo*. Necesitábanse víveres en Roma, el pueblo se creía perdido si no se confiaba este asunto á *Pompeyo*. Se quiso destruir á los piratas, se acudió á *Pompeyo*; ame-

naza César con invadir la ciudad, el Senado se alarma, sólo espera su salvación de *Pompeyo*.»

Mare vidit, et fugit; Jordanis conversus est retrorsum.

Montes ezultaverunt ut arietes: et colles sicut agni, ovium.

Sequedad y sequía.

Musas, camenas, castálidas, piérides.

Diablo, dianche, diantre, demonio, demontre, Lucifer, Luzbel, Satanás; son once respectivos *equivalentes* de tres vocablos.

Las palabras equívocas, ó sean las muy sutiles é ingeniosas que ofrecen dos ó más sentidos á la vez, dan ocasión á juicios diversos; v. gr.:

«... el labrador aguardó á que fuese algo más noche, porque no viesen al molido *hidalgo* tan mal *caballero*. (*Don Quijote*, I, 5.)

«Que en el estudio de las ciencias y de las artes sea inconveniente, y hasta perjudicial en ocasiones, el uso de los *equívocos*, es una verdad que nadie podrá jamás poner en duda, por deber presidir constantemente la precisión y claridad de los términos al planteamiento y desarrollo de toda teoría; pero que se haga extensivo semejante principio al terreno literario, es exigencia á la cual nunca sabría plegarme, antes al contrario, que combatiré en mi pequeñez é insuficiencia hasta donde mis débiles fuerzas alcanzen, dado que en el *uso*, no en el *abuso*, del *equívoco*, veo yo claridad más diáfana, precisión sin violencia, y riqueza, y donaire, y sal, y galanura, y prueba la más terminante de la agudeza del ingenio español. Desaparezcan, si no, los *equívocos* de nuestra hermosa habla, y vale tanto como decir que se eclipsó el astro refulgente de nuestros poetas cómicos, satíricos y epigramáticos, y de nuestros más clásicos novelistas, y que al imponerse tan duras trabas al ingenio, no puede éste ya seguir remontando tan alto su vuelo como solía, sino rastrear por la llanura. Porque, profundizando algo más en esta materia, ¿no es cierto que no siempre se puede decir la verdad desnuda ó á secas, atendidos diversos aspectos y circunstancias? Pues véase en este principio inconcuso la razón de ser del *equívoco*. ¿No es igualmente indudable que en algunas ocasiones se vale uno de frases misteriosas ó enigmáticas por su ambigüedad, con el objeto de despertar más y más la curiosidad del que escucha? Pues he ahí

cómo, descorrido ese velo al advertirse la contraposición entre el sentido recto y el figurado, se penetra el sentido del *equívoco* con mayor prontitud y fijeza. Por último, ¿no deleita el azahar al olfato en el propio tiempo que al paladar con su fruto? Pues no de otro modo lisonjea el *equívoco* al oído y al entendimiento, mediante la sentencia que envuelve al jugar del vocablo, por los múltiples resortes que sabe tocar. Así es que no me cansaré en repetirlo: Desaparezcan de nuestra lengua los *equívocos*, y ¡adiós los Moretos, y los Quevedos, y los Gracianes, y los Islas... y hasta los Cervantes!...»

Conque ¿Cervantes también? Pues entonces, ¡adiós el *Quijote!* Sí, querido lector, adiós el *Quijote*, cuya mitad está salpicada de *equívocos*, como lo acreditará en parte, por no venir á cuenta el copiarlos aquí todos, la relación que de los más interesantes procedo á extender. (Véase: *Refranero General español*, VI.)

«En resolución, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo *de claro en claro*, y los días *de turbio en turbio*.» (I, 1.)

«... al fin le vino á llamar *Rocinante*, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué *rocín, antes* de lo que ahora era, que era *antes* y primero de todos los *rocines* del mundo.» (I. 1.)

En rigor, llámanse TÉCNICAS las voces *privativas de las ciencias y artes*, pero dejan de ser patrimonio exclusivo de éstas, cuando por lo muy conocidas, se emplean ya en el uso social y corriente, v. gr.: ir á la *retaguardia*, escaparse por la *tangente*, la *atmósfera* política.

«Hay una inmensa nomenclatura de las ciencias, artes y profesiones, cuyo significado deben buscar los curiosos en los vocabularios particulares de las mismas: tales voces pertenecen á todos los idiomas y á ninguno de ellos. No obstante, el estado de civilización universal y el comercio recíproco de todas las profesiones introducen en el lenguaje común frases y vocablos *técnicos* de las mismas, los cuales, saliendo de los límites de las ciencias y artes á que corresponden, enriquecen el idioma general, y ora en sentido recto, ora en el metafísico y figurado, se repiten en la conversación, se encuentran en los libros y llegan á ser de uso tan vulgar, que todas las personas de alguna cultura los

aprenden y emplean aun cuando no hayan saludado la ciencia á que debieron su origen. Cuando en una obra histórica, en una disertación legal, en una novela, en una arenga parlamentaria, en un tratado de economía ó de materias filosóficas ó morales, se emplean oportunamente los términos anatómicos *tráquea, pulmón, espina dorsal;* ó bien las voces *radio, diámetro, circunferencia,* propias de la Geometría; ó se habla del *cáliz* de una flor, ó se nombra la *jarcia,* la *quilla,* ó la *proa* de un navío, nadie tachará el uso de tales palabras, supuesta la conveniencia de su aplicación.» *(Dic. de la Acad.,* 1843.)

Pero importa poner á raya esto de inventar y admitir voces técnicas. Deséchense, pues, las palabras híbridas, las poco conformes con el genio de nuestro idioma, y las que no estén sancionadas por el uso de autores discretos y juiciosos: como *radiografía, paidopatía* y *velódromo,* que no reunen estas condiciones. *Maleabilidad,* ó calidad de *maleable; fusibilidad,* que tiene la de ser *fusible,* porque se funde al fuego pueden usarse; no así *conductibilidad,* pues significa que tiene la propiedad de ser *conductible,* esto es, que se puede conducir de una parte á otra, de esta ó de la otra manera; pero no que pueda conducir algo: *calor, electricidad,* etc., que es lo que se le quiere hacer expresar, para lo cual sería más propio decir: *conductividad,* con lo que nos echaríamos de encima la *conductibilité* francesa.

Sólo á los que profesan la medicina se les consiente el uso de voces técnicas, que no se han vulgarizado, tolerancia nacida por el grave riesgo que se corre en decir abiertamente á enfermos impresionables la dolencia que les aqueja. Fuera de estos casos, en los que todo miramiento es poco, sería de apetecer renunciasen á velar sus juicios en la jerga sibilina y nebulosa á que tan aficionados se muestran algunos discípulos de Esculapio.

Antigua es la manía del tecnicismo médico por lo que se lee en una comedia del buen Tirso de Molina:

> Y luego los embaucaba
> con unos modos que usaba
> extraordinarios de hablar:
> «La enfermedad que le ha dado,
> señora, á vueseñoría,
> son flatos y hipocondría;

siento el pulmón opilado,
y para desarraigar
las flemas vítreas que tiene,
con el quilo le conviene
(porque mejor pueda obrar
naturaleza), que tome
unos alquermes que den
al epate y al esplen
la sustancia que el mal come.»

(*Don Gil de las Calzas Verdes*, I, 2.ª).

Cultas.—*Se da irónicamente este nombre á las palabras que, proviniendo de las lenguas sabias* (griego y latín), *no pueden ser entendidas sino por los que están muy versados en dichos idiomas*. Por ejemplo: *quirotecas* (guantes), *plaustro* (carro), *superno* (superior ó celeste), *insaturable* (insaciable), *diversorio* (casa ó establo).

En vez de «abre las ventanas para que entre el fresco de la mañana», decía una señora tocada de culteranismo: «abre esos pinos y corre esos linos, para que entren los céfiros matutinos».

EJERCICIOS

1.º ¿Son de idéntica significación ó difieren en algo las voces:
Pereza, ociosidad, indolencia;
Alarma, inquietud, turbación;
Marcharse, huir, evadirse;
Encontrar y *hallar;*
Quebrar y *romper?*

2.º En la doctrina cristiana se pregunta:
¿Qué penas *padecen* los condenados en el infierno?
¿Por qué no dijo: «*sufren*»?

3.º Aunque parezcan lo mismo los vocablos: *estado* y *situación*, ¿cuál indica un término fijo, que una vez pasado vuelve á lo que era antes, y cuál permanencia que llega á convertirse en perpetuidad?

El Diccionario da como anticuado el modo adverbial: en *fraguante* delito; pero admite estas otras dos formas: en *flagrante* delito, en *fragante* delito; ¿cuál es la más usada para expresar que se sorprende á uno en el mismo acto de estar cometiendo un delito?

4.° *Concursar* es mandar el juez que los bienes de una persona, que no paga, se pongan en concurso de acreedores.

¿Hablará con más propiedad, tratando de la provisión de una cátedra, quien dijere: *concurrir*, acudir al *concurso*, en vez de *concursar?*

IV

CONCISIÓN

La concisión, hablando en general, *consiste en expresar las ideas atinada y exactamente, con las menos palabras posibles.* Pero la concisión, cualidad artística y esencial del estilo, alma de la energía, primor de los primores, prenda literaria que nace así del ingenio como del trabajo, *es no sólo el tacto de presentar una idea por su aspecto más luminoso, sino también el arte de condensar* (1) *los elementos de la frase en forma más ó menos cerrada.*

«Vino campo de franceses, tomamos el castillo de Heavía, que era el paso; defendímosle, tomáronse todos, salvo cinco mil esguízaros escogidos entre doce mil. Despidióse nuestra gente; quedaron seiscientos españoles. Vinieron los esguízaros contra ellos por una montaña arriba, tan derecha que subían asiéndose con las manos, por degollarnos. Cuando fueron en lo alto arremetimos con ellos, rompímoslos; vinieron á morir despeñados por nuestras manos y ahogados en un río más de cuatro mil, y los otros fueron presos y llevados á los gobernadores de España á Vitoria...» *(Sumario de las cosas que acontecieron á Diego García de Paredes.)*

Lo mismo puede reinar la concisión en las cláusulas cortadas de un Saavedra, que en los grandilocuentes períodos de un Granada; no es la *cantidad* como creen los jóvenes lo que inmortaliza á la elocuencia, sino la fuerza, el brillo, la *intensidad* de las ideas.

La comparación que deslumbra; esa verdad que deja tras sí una estela de fecundas consecuencias, la ley del mundo psicológico,

---

(1) Aunque el Diccionario no admite aún el sentido figurado de esta voz, entiendo que no ha de tenerse por innovación peligrosa.

la unidad de las fuerzas físicas, que cautiva por la sobriedad y templanza con que está expresada: he aquí otros tantos ejemplos de concisión.

En los *Anales,* de Tácito, galería hermoseada con miles de retratos, no hay dos que se parezcan; cada uno tiene *exactamente* definidos rasgos que le son peculiares; ese es el arte de la *concisión.* De ella tenemos modelo en: «*la orgullosa debilidad de Agamenón*»; «*la huída triunfante de los hebreos*»; donde no huelga ni el epíteto, ni la antítesis, ya que la intensidad del placer estético se halla en proporción directa con lo delicado de la *exactitud y precisión.*

Cediendo á un principio de justicia, posponiendo su acendrado españolismo al ideal de lo grandioso, vemos á Quintana en su *Oda al combate de Trafalgar*, quedarse como estático ante la figura de Nelson, tributarle después el homenaje debido á los héroes, y concluir el retrato con un solo verso, dechado de concisión:

Inglés te aborrecí, y héroe te admiro.

La *concisión*, á más de prenda de ingenio, se adquiere en parte con el trabajo; por esto ha dicho un crítico con hermosa imagen: *hay que arrancar la idea y sacudir la tierra pegada á las raíces*, ó, en otros términos: alcanzarán la concisión del estilo los que, de un modo análogo al labrador, se impongan el trabajo de limpiarlo, separando la paja del grano, de acribarlo y juntarlo en apretados montones, sean grandes ó pequeños.

Ejemplo: Si digo: «las mujeres no conocen límite en sus afectos; en unas ocasiones valen más que los hombres, en otras menos». Quedará pegada la tierra á la idea que La Bruyère, expresó concisamente: «Las mujeres, extremadas en todo, son mejores ó peores que los hombres.»

V

AMPLIFICACIÓN

Es consejo de Macaulay cortar la mitad del bosque, si se quiere que crezca vigorosamente el resto. Boileau dijo:

Qui ne sait se borner ne sut jamais écrire;

y con todo eso, hemos de recomendar la amplificación, tomada en sentido pedagógico y práctico, como uno de los ejercicios más eficaces que llevan al conocimiento del idioma, como arma de mayor alcance, para vencer en las lides de la oratoria, contra las flacas sutilezas ó las sequedades del austero razonador.

Gallardo ejemplo, por ser la que más estimó, alabándola como primicias del aliento de su mocedad, es la que Cicerón hizo en el discurso *pro S. Roscio*, sobre el castigo de los parricidas (1).

«En un odre determinaron que fuesen los tales metidos vivos, y echados así en el río. ¡Oh singular sabiduría, jueces! ¿No parece que verdaderamente apartaron y arrancaron con esto del número de las cosas humanas á este hombre á quien así quitaron de repente el cielo, el sol, el agua y la tierra, para que el que matase al mismo de quien fué engendrado careciese de todas aquellas cosas de quien se dicen ser todas las demás cosas producidas? No quisieron echar su cuerpo á las fieras, porque no nos sirviésemos después de las bestias más encruelecidas con haber tocado al autor de tan horrible maldad: no echarlos así desnudos en el río, porque no contaminasen, siendo llevados al mar, las aguas con que se entiende que son purificadas todas las cosas que de cualquíer modo se han violado. Y, finalmente, no hay cosa tan vil y tan vulgar en el mundo de que le hayan dejado alguna parte; porque ¿qué cosa hay tan común como la respiración del aire para los vivos, la tierra para los muertos, el mar para los anegados y la playa para los que ha lanzado el mar? Estos miserables viven allí mientras pueden, de tal suerte, que no pueden recibir aliento del aire puro ni de la vista del suelo; de esta suerte mueren que no toque la tierra sus huesos; de tal suerte nadan entre las olas que nunca puedan ser bañados de ellas, y de tal modo, al fin, son lanzados á la orilla, que ni aun muertos puedan tener en el arrimo de los peñascos algún género de descanso.»

Háse de advertir á la juventud, inclinada de suyo á la hojarasca, que la amplificación oratoria ofrece un escollo en el

---

(1) El autor del *Culto sevillano*, de cuyo libro decía Gallardo que debía estar en letras de oro, tradujo este pasaje.

que dan los que, usando de esta forma, pecan contra la precisión, contra la exactitud, contra la propiedad en los términos, virtud soberana que resplandece y campea sobre las demás de la elocución.

DEFINICIÓN.—En sentir de la Academia, *es el desarrollo que por escrito ó de palabra se da á una proposición ó idea, explicándola de varios modos, ó enumerando puntos ó circunstancias que con ella tengan relación, á fin de hacerla más eficaz para conmover ó persuadir.*

EJERCICIOS

1.º Su viejo amigo el doctor le recomendó un aire más puro, un clima más templado, un cielo más sereno, una luz más tibia, una estancia más tranquila. En las costas de Bretaña el invierno es riguroso, áspero y muy duro. Pero el doctor habla á capricho... Su enfermo es un sacerdote, un ministro del altar, obligado á piadosos servicios, sin que pueda abandonar su puesto, desertar de su deber, desamparar el hogar de Dios en el que sus ovejas van á agruparse, reunirse y reanimarse. ¡Qué de obstáculos y dificultades para viajar! ¡Qué de detalles imperceptibles, penosos, alarmantes y dolorosos para un sacerdote! ¿Puede andar por los hoteles, sentarse en las mesas de las fondas, habitar en un cuarto extraño, oir las conversaciones insolentes, aventurar su ancianidad y sus blancos cabellos en medio de esas colonias mundanas, donde cada uno hace alarde de lujo, de alegría inmoderada y de frivolidad y de elegancia?

Léase por segunda vez ese trozo sacado de una novela, y váyanse indicando las ideas y frases que deben desecharse, como los filamentos en la tela, y la escoria en el metal.

2.º Los pensamientos elevados, los que ennoblecen y dignifican al hombre, tienen su origen y fuente en el fondo de vuestro corazón.

Del corazón salen los grandes pensamientos.

¿Es evidente lo superfluo y lo secundario, que nada añade á la idea principal, en el ejemplo de la primera columna? ¿Hay concisión en la segunda?

3.º Un militar, cuyas intenciones fueron siempre puras y cuya virtud parecía merecer vida más *larga* y *más dilatada*.

Huelga uno de los epítetos; ¿cuál?

4.º Habéis dicho que el maestro estará descontento cuando él sepa que nosotros estamos solos. Decid, se enfadará el maestro al saber estamos solos.

En el último caso, nueve palabras reemplazan á catorce. Aunque no sea esta la grande y verdadera concisión, ¿reportan, sin embargo, alguna ventaja tales correcciones?

5.º Después de pintar Salustio los postreros momentos del valiente Catilina, y á los vencedores saliendo de sus reales para contemplar el campo de batalla, topando aquí con el cadáver del amigo, allí el del pariente ó del huésped, y más lejos con el del enemigo personal, dice:

«De esta suerte, la *alegría y la tristeza*, el *gozo* y *llanto iban alternando* por todo el ejército.»

¿Se oponen las palabras subrayadas á la concisión? ¿Contribuyen á que resplandezca tan hermosa cualidad del estilo?

VI

DIFUSIÓN

Gustan recorrer el piélago de la *difusión* los infelices que andan como encogidos dentro del estilo conciso; los que amplificando el discurso con el barroquismo de su viciosa retórica, se truecan, de escritores sobrios y elegantes que podían ser, en impertinentes habladores, pues no omiten circunstancia alguna por insignificante que sea, y á ellos caracterizó Cervantes, poniendo en boca de Sancho estas palabras:

«Convidó, un hidalgo de mi pueblo, muy rico y principal, porque venía de los Álamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de don Alonso de Marañón, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que, á lo que entiendo, mi señor don Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso, el hijo de Balbastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? Dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso; pero de aqui adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad. Pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la Duquesa, por hacerme á mí placer; antes le ha de contar de la manera que le sabe, aun-

que no le acabe en seis dias, que, si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo, pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazon el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho. Y asi, digo que, llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y, por mas señas, dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, que volvais presto de Tembleque, y que, sin enterrar al hidalgo, si no quereis hacer mas exequias, acabeis vuestro cuento. Es, pues, el caso, replicó Sancho, que, estando los dos para asentarse á la mesa... que parece que ahora los veo mas que nunca... Gran gusto recebian los Duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilación y pausas con que Sancho contaba su cuento, y don Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo asi, dijo Sancho, que, estando, como he dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se había de hacer lo que él mandase. Pero el labrador, que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso; hasta que el hidalgo, mohino, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera.» *(Don Quij.*, II, 31).

La difusión ó superabundancia de palabras, enemiga del estilo conciso, *es el vicio de los que lo vuelven lánguido, frío y confuso, por el empeño de detenerse en explicar una misma idea que ya estaba suficientemente declarada.* Sea ejemplo de fácil y empalagosa proligidad, éste:

La curiosidad ha sido la Musa; la confidente, la compañera, la señora, la inspiradora, su ninfa Egeria, la que alentaba y prestaba vida á sus escritos.

También las frases, que ahora subrayaremos, son ejemplos de

ilusoria gradación, pues nada añaden á la idea expresada por los vocablos que las preceden:

1.° «Al presentarse el mártir, la arena sagrada *tiembla* y se *agita*.»

Si temblar quiere decir: *agitarse,* tener mucho miedo, moverse rápidamente, ¿cómo no hemos de tachar por inútil á el: «*se agita*», después de haber escrito: *tiembla*?

2.° «El *gozo* y la *satisfacción* se pintaban en su semblante.»

Por débil, por amiga de la difusión, porque la eclipsa el *gozo*, lanzamos de esta frase á la intrusa de la: «*satisfacción*».

3.° «Es un hecho que desde entonces no he olvidado *después*.»

A los que tal dicen hablando ó escribiendo, hay que tratarlos como á niños de Retórica, y decirles que el «*después*» de este ejemplo es un vocablo enteramente baldío.

3.° «Fué un día *triste, amargo, lúgubre,* que no olvidaré jamás.»

Si el muy pintoresco de «*amargo*» inutiliza á los adjetivos *triste* y *lúgubre*, ¿para qué valerse de palabras menos enérgicas y ajenas de inspiración?

Puédese afirmar en general que *la difusión se opone á la sobriedad, gracia y energía del estilo*, pero como en el arte nada hay absoluto, ni se ha de exigir que en obsequio á la sobriedad se corten las alas á la fantasía, renunciando á la magia del estilo y al colorido de la expresión, cabe, cuando ésta reune tales prendas, cuando la pasión, cuando el asombro, nos pone la palabra en los labios, cabe, hay que repetirlo, insistir en una misma idea.

Es la difusión como escollo donde muchos tropiezan; ¿salió aquí indemne de este peligro el inmortal novelista?:

«Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque y á toda priesa vino donde su señor estaba: el cual, apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y, quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... (¿Quién podrá decir lo que vió, sin

causar admiración, maravilla y espanto á los que lo oyeren?) ¡Vió, dice la historia, el *rostro* mesmo, la misma *figura*, el mesmo *aspecto*, la misma *fisonomía*, la mesma *efigie*, la *perspectiva* mesma del bachiller Sansón Carrasco!» *(Quij.,* II, 14.—Edic. crítica, vol. IV, pág. 236.—Madrid, 1909; Suárez, editor.)

EJERCICIOS

1.° Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores.

(Góngora. — *Angélica y Medoro).*

Si ponemos la difusión entre los defectos del estilo ¿lo estará también *la abundancia (copia dicendi)* del ejemplo anterior?

2.° Pintando el criado *Caramanchel* á un su amo, médico de poca conciencia, dice que era mal ganado el dinero que le daban:

«Por mil causas: la primera,
porque con cuatro aforismos,
dos textos, tres silogismos,
curaba una calle entera;
no hay facultad que más pida
estudios, libros, Galenos,
ni gente que estudie menos,
con importarnos la vida.»

(Tirso de M.—*Don Gil de las Calzas Verdes.* Ac. I. Esc. 2.ª)

Puesto que la rapidez, cuando no engendra confusión, se opone con ventaja al estilo difuso, ¿será lícito afirmar que los versos anteriores merecen ser tenidos como modelo de rapidez?

3.° Aquella orden célebre de Felipe IV: «Marqués de Espínola, tomad á Breda»; y la contestación: «Guerra á cuchillo» que dió Palafox al general francés que le intimaba la rendición de Zaragoza.

¿Se citan por su austeridad de expresión como ejemplos de laconismo, que se regala con el menor número de palabras, ó bien entran en los dominios de la concisión?

4.° Por lo agudo suele citarse el caso que refiere Passerat de aquellos dos amigos que habiéndose desafiado á quién escribiría con menos palabras, se dirigieron

mutuamente estas cartas: *eo rus* (me voy al campo) decía la una; *i* (vete) fué la contestación que se leía en la otra.

Aunque sean reputadas por muchos como *rigurosamente* sinónimas las voces laconismo y concisión, ¿podría sostenerse esto después de leídas tan diminutas cartas?

VII

LA REPETICIÓN COMO PRIMOR Y COMO DEFECTO ARTÍSTICO

La repetición, causa de enojo cuando no la gobierna el arte, *luce y resalta entre todas las formas del bien decir si le inspiran el dulce sentimiento ó la vehemencia de la pasión.* Aquel grito de los guerreros del Tasso:

Gierusalem, Gierusalem se scorge...!
Gierusalem, Gierusalem si vede...!

al ver tras penoso viaje y después de momentos de impaciencia, los muros santos; aquella otra exclamación «*¡Tierra! ¡Tierra!*» que la descorazonada gente de Colón dió, en la inmensidad del nunca surcado Atlántico, al ver asomarse por el lejano horizonte la primera costa del Nuevo Mundo; el tierno encarecimiento con que una mora pide la libertad del cristiano cautivo por quien suspira su corazón:

Dime tú, el rey de los moros,
el de los bellos jardines,
el de los ricos tesoros,
el de los cien paladines,
el de las torres caladas
con sus agujas doradas,
el de alcatifas morunas,
el rey de las medias lunas,
de los reyes soberano,
el de la Alhambra dorada,
el de la hermosa Granada,
¿en dónde está mi cristiano,
el de la cruz colorada?

(G. R. Larragaña.—*Oriental*).

y la melancólica despedida,

> *Quédate* adiós, agua clara,
> *quédate* adiós, agua fría,
> *y quedad* con Dios mis flores,
> mi gloria que ser solía.
>
> (B.ª de R.ª, *Roman. de Dur.*, t. I, pág. 156).

son testimonio de que un mismo vocablo, repetido con bellísima emoción dramática, trae al discurso singular encanto, pues diríase que renueva en unos la efusión de alegría al tocar el suspirado término de su viaje; en otros, la pena de un corazón lacerado, porque no puede vivir lejos de lo que ama con puro y sencillo afecto.

Fuera de estos casos, en los que es naturalísimo este anhelante insistir de la pasión, las repeticiones, aun las menos desmañadas, se truecan en manantial de enfado y disgusto. Por eso el suprimir los nexos, expresar en forma indirecta el pensamiento de los personajes, pasar de la narración al diálogo, sin que les unan los molestos alfileres de ese perpetuo: «*dijo... y exclamó*», común en los aprendices de literato, han constituído, y constituirán siempre, un timbre de hidalguía artística, suprema perfección que sólo alcanzan los muy cuidadosos y diligentes. El ya nauseabundo «*exclamó*», que no aciertan á sacudirse de la pluma los afrancesados, apenas si asoma la cabeza entre los nuestros:

«A este punto dió una gran voz el asturiano, y, como *exclamando,* dijo.» (Cerv.—*La ilustre fregona).*

Con todo y sostenerse en el «*Coloquio de los perros*» un vivo y prolongado diálogo entre Cipión y Berganza, ni una sola vez se acoge Cervantes á los: «*dijo, respondió, repuso* y *contestó*», asilo de principiantes ó nueva *olla de los pobres,* como llamaban los antiguos *dómines* al substantivo *negotium, i,* tantas veces suplido á falta de otro más propio por los alumnos cerrados de mollera.

Nombre, es la parte de la oración que tiene por *objeto* darnos á conocer los *objetos.*

Señor Gramático, ¿no dice usted que su arte enseña á hablar y escribir *correctamente?*

La repetición como defecto.—Por hijas de la negligencia en el arte de escribir, han de tenerse las repeticiones que no pueden presentar para su rescate el mérito de brillantes cualidades.

El: «*nuevas que de nuevo causaron nueva alegría*», lo rescató Cervantes con millares de primores que le han dado el honroso título de Príncipe de la lengua castellana; pero el: «*con relación al tiempo de referencia*», y «*los característicos caracteres que le distinguen*», de un escritor contemporáneo, no hay modo de rescatarlos.

«*Enredarse en enredos*», maraña inextricable; «*lector* carísimo que me *lees*», como si todo el que *lee* no fuera *lector;* «*los extraños y gente de fuera*», que revela ganas de machacar ideas como liendres; «opinión de sí mismo que no ha de *descubrirse afuera*»; rasgo ingenioso, si las opiniones pudieran *descubrirse adentro;* «humillar á uno *públicamente delante de los demás*», verdad de Perogrullo, pues no le humillaban á solas ni en secreto; son frases de tan ínfima laya como las de *círculo redondo, arboleda* de *árboles* y las demás, citadas en la página 131, que, sobre redundantes, parecen propias de un coleccionista de albardas, según diría cierto crítico que yo me sé.

En el refugio de los sinónimos y equivalentes pueden acogerse los que en parte quieran librarse de enfadosas repeticiones, que, empleadas hasta la saciedad, como los verbos auxiliares, molestan en extremo aun á los de gusto poco delicado.

Más que de conjunciones, deben calificarse de vegetaciones parasitarias las palabras que, en vez de ligar una frase con otra, se arriman á ellas para vivir á su costa; tal les sucede á: *en efecto*, *por lo demás*, *de otra parte, á decir verdad,* cuando no se unen en indisoluble lazo con las ideas que se van desarrollando.

No hay absurdo que no hayan dicho ó prohijado los filósofos, escribía Cicerón, y... los literatos, pudo añadir.

¿Están conformes los escritores modernos en condenar las repeticiones enfadosas? No; pues he ahí un absurdo de la *escuela impresionista*, que no sólo mira con complacencia las repeticiones, sino que pretende sacar de ellas uno de sus mejores timbres de gloria.

Consiéntanse aquéllas para las que cabe la excusa de que por

lo exactas y luminosas no tienen substitución, como no sea con frases que amengüen la energía del pensamiento; y fuera de esto, hagamos un auto de fe con las machaconas é incoloras.

EJERCICIOS

1.º Si le sobreviniese algún *impedimento* físico ó moral que le *impida...*

2.º Debe comunicar *puntualmente* y con la mayor *puntualidad* á su *comitente* todas las noticias *convenientes.*

¿Tolérase en prosa el uso de palabras consonantes? ¿Es grato al oído? ¿Debemos aprobar el empleo de voces nacidas de una misma raíz, cuando esto se hace fría y desmayadamente?

3.º «Antes que nos despidamos contaré yo un caso bien *gustoso* y pasaremos un rato de *gusto.*» (B. M. Velázquez.—*El filósofo de aldea,* p. 96).

¿Se incurre en el defecto últimamente censurado?

4.º «La *razón* de la *sinrazón* que á mi *razón* se hace, de tal manera mi *razón* enflaquece que con *razón* me quejo de vuestra fermosura.»

¿En qué se diferencian las repeticiones de estos ejemplos de aquello otro: «el *navío* es una *nave* que *navega* por el mar»?

Les dijera como la señora Miguarda, afable con los extranjeros y tirana con los suyos, áspera de condición y sin blandura. *Acudió* ella: No tiene vuesa merced razón... La vieja *se me llegó diciendo:* siento mucho que vuesa merced no pueda hablar á su gusto con mi hermano. Á lo que *añadí* yo: lo tomo á buen agüero. Buena tierra y buen labrador, *hizo notar* doña Juana, encontrará usted aquí.

¿Ganaría en viveza y soltura el diálogo, ó bien se haría monótono si á las formas *acudió ella, se me llegó diciendo: á lo que añadí, hizo notar*, las substituyéramos con los sempiternos estribillos: *contestó, dijo, exclamó*, tan del gusto de noveles amigos del francés?

VIII

HARMONÍA

Embellecido el discurso con la *originalidad* del estilo, con la viveza y energía de la *concisión,* y limpio ya de molestas repeticiones, tócanos hablar ahora de la HARMONÍA, instrumento maravilloso que no sólo hiere los oídos, sino que penetra dentro del alma, mueve las pasiones, acompaña la grandilocuencia y agita profundamente las cuerdas más íntimas de nuestro corazón.

Harmonía, hablando propiamente, es la simultaneidad de soni-

dos conforme á ciertas leyes del arte musical; y en cuanto al literario, puede intentarse definirla diciendo de ella ser:

El arte supremo de combinar las palabras y frases de tal suerte que por su ritmo, número y cadencia produzcan una impresión grata en el oído.

Cuando esto se consigue sin menoscabo de más altas cualidades, entonces la *harmonía* merece las mayores alabanzas.

Sólo naturaleza que inspira la acentuación musical, la frase melódica, la fluidez y harmonía de la cláusula, su exquisita y delicada construcción, pudo dictar á Lope de Vega aquel romance, uno de los más hermosos que posee el habla española por su encantadora dulzura, acrecentada con el empleo de harmoniosas voces; pertenece á una canción peruana, de la que copiaremos unos cuantos versos:

Piraguamonte, Piragua (1),
Piragua, Xerizarizagua.

En una *piragua* bella,
toda la popa dorada,
los remos de rojo y negro,
la proa de azul y plata.
Iba la Madre de Amor
y el dulce niño á sus plantas:
el arco en las manos lleva,
flechas al aire dispara;
el río se vuelve fuego,
de las ondas salen llamas.
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Xerizarizagua.
Bio, Bio,
que mi *tambo* (2) le tengo en el río.

Yo me era niña pequeña
y enviáronme un domingo
á mariscar por la playa
del río de *Bio, Bio;*
cestillo al brazo llevaba
de plata y oro tejido;
hallárame yo una concha,
abríla con mi cuchillo.
Piraguamonte, Piragua..., etc.

Entra, niña, en mi canoa (3)
y daréte una guirnalda
que lleve el sol que decir
cuando amanezca en España.
Iremos al *tambo* mío,
cuyas paredes de plata
cubrirán paños de plumas
de pavos y *guacamayas* (4).
Piraguamonte, Piragua,
Piragua, Xerizarizagua,
Bio, Bio,
que mi *tambo* le tengo en el río.

---

(1) *Piragua*, es á modo de barca que se boga con canaletes, especie de remos usados en las canoas.

(2) *Tambo*, lo mismo que venta.

(3) Canoa, barca hecha de una pieza.

(4) *Guacamayas* (y no guacamayo) es una especie de papagayo grande.

En la desnudez del hablar sencillo y desatado (prosa), escóndese una harmonía tan dulce y regalada cuanto en la del resonante verso; pero de mayores y muy grandes dificultades, por lo mismo que oculta celosamente su artificio, sin duda para no trocar en defecto lo que en poesía tiénese como una perfección.

Sea ejemplo de período lleno, flúido, armonioso y perfectamente torneado el siguiente, en el que nada se puede tachar de excesivo y exuberante:

«En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las hierbas, parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljófar; los sauces destilaban maná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas y enriquecíanse los prados con su venida.» *(Don Quij.,* II, 14).

Pocos trozos más dulces que aquellos admirables versos en que Valbuena pinta el desaliento y agonía de la infortunada princesa Dulcio:

Llamarme con delgadas voces siento
Del seno oscuro de la tierra helada:
Tristes sombras cruzar veo por el viento,
Y que me llaman todas de pasada:
Fáltanme ya las fuerzas y el aliento:
Cielos, ¿á cuál deidad tengo agraviada,
Que en medio de mi dulce primavera
Con tan nuevo rigor quiere que muera?

B.ª de R.ª—*Poemas épicos*, t. I, pág. 260).

Siempre guió nuestra pluma el amor á la verdad, y, aunque sigamos creyendo que la lengua castellana vence en harmonía á la francesa, esto no ha de ser parte á confesar que también Chateaubriand y Flaubert atenuaron á veces esa desventaja prosódica. ¿No sentís la música de estas cláusulas arrebatadoras?

«Légers vaisseaux de l'Ausonie, fendez la mer calme et brillante; esclaves de Neptune, abandonnez la voile au souffle amoureux des vents...

Volez, oiseaux de Lybie, dont le cou flexible se courbe avec grâce; volez au sommet de l'Ithôme et dites que la fille d'Homère va revoir les lauriers de la Messénie!

Quand retrouverai-je mon lit d'ivoire, la lumière du jour si chère aux mortels, les prairies émaillées de fleurs, qu'une eau pure arrose...» (Chateaubriand.—*Les Martyrs).*

Que valgan más la originalidad, la alteza de la idea y fondo de la palabra que el simple halago de su harmonía, por nadie se ha puesto en duda. *Conste nuestra afirmación: no la tenemos por cualidad esencial, pero sí como elemento artístico, que cuando no cede en menoscabo de más altas prendas, infunde en la obra un como soplo de simpatía, engendrador de singular deleite.* Por tanto, empalagoso escritor, Granada sin talento, Donoso sin arte, Arlincourt español, fuera quien, olvidándose de que la harmonía es cualidad del estilo en tanto que se asocia á las demás, sólo atendiese al ornamento musical que nace de la construcción de las cláusulas y del equilibrio en que se mantienen las frases que entran á componerlas.

Opuestos pareceres acerca de esta propiedad.—A la muy discreta sentencia de Cicerón, que: el oído, juez arrogante y desdeñoso, condena, con severidad draconiana, los pecados contra el ritmo, número y cadencia, padres de la harmonía, oponen los *modernistas*, como si aquí se defendiese la afeminada y dulce, que cada uno ha de escribir como pueda y quiera, ya que el estilo es la expresión individual del pensamiento. Digamos tan sólo, la protesta del *impresionismo* contra la arquitectura del estilo y la necesidad de la harmonía, pasará: y la tradición de la lengua, los procedimientos que en general siguieron los escritores de la edad de oro, sus obras de arte, quedarán.

¿Es preferible una disonancia al uso de palabras inútiles?—El escollo en que dan los que, sin arte, corren solícitos en busca de la harmonía, es el de añadir algunas palabras entera-

mente inútiles, inexpresivas ó impropias, pecado que, por su misma gravedad, hace preferible tal cual disonancia ó el uso de un vocablo menos harmonioso, poco dulce ó áspero.

«Impresionable y viva en la juventud, indiferente y pesada en la vejez, la imaginación decrece y se pierde á medida que el cuerpo se debilita.»

No cabe duda, el oído lamenta lo áspero de este final; pero si termináramos la frase diciendo:

«La imaginación decrece y se pierde con el tiempo, porque el cuerpo, de suyo débil, *se gasta y debilita* á medida que van pasando los años de la fogosa juventud.»

Habría ganado en sonoridad, mas no en la concisión del pensamiento.

Luego si las ideas accesorias no han de disminuir la importancia de una frase, menester es que permanezcan fieles á la lógica y buen sentido.

Para cerciorarnos de si nuestros períodos alcanzan ó no esa perfección musical, hay una regla por todo extremo sencilla: leer y releer en alta voz lo escrito, y si la respiración no se fatiga, si el oído se deleita con tal lectura, si las ideas no protestan contra el buen sentido, contra empalagosas digresiones ó baldíos paréntesis, será argumento cierto de que el período así labrado, que el *ore rotundo loqui* de los griegos, no es primor ignorado de los españoles amantes de su lengua. ¿Y cómo ha de serlo para nosotros, si mil veces hemos oído con singular encanto á elocuentísimos oradores que hacían resonar con la rotundidad de su palabra la cátedra del Espíritu Santo, el recinto del foro ó la techumbre de nuestro Parlamento? ¿Cómo ha de serlo en la patria en que Lope de Vega, Valbuena y Zorrilla, explayando sus versos en cláusulas elegantes y melodiosas, rigieron y rigen aún en sus inmortales composiciones el cetro de la harmonía?

¿Lleva ventaja nuestra lengua á las más harmoniosas?

A la pregunta que hacen no pocos de si *lleva ventaja nuestra lengua á las más harmoniosas*, puédese responder de este modo:

Que algunos idiomas expresen por manera más adecuada y

con más colorido que otros determinados afectos, debe admitirse sin miedo á errar;

Que el italiano aventaje á muchos para el canto, ya por su notoria suavidad, ya por el mayor número de licencias que se consienten en su lenguaje poético, es también afirmación apenas rechazada hoy por escritores de nota; y finalmente:

Que nuestro idioma, cuando no trueca por el sencillo traje del francés aquella noble entonación por la que se dijo algún día que el habla castellana era la lengua de los dioses, muestre superioridad á casi todos en la sonora harmonía de sus vocablos, en el giro especial de sus frases y en sus grandilocuentes períodos, es sentencia que parece no ha de ponerse ya en duda por nadie. En verdad, tales prendas, se vieron realzadas muy pronto á impulso de su mayor comunicación entre gentes sensibles á la harmonía y al dulce halago de sus primores artísticos; encantos del oído que le hicieron perder su primitiva dureza y limar, en provecho del número oratorio, las disonancias de su estructura silábica, no de otra suerte que el correr de los años redondea y suaviza, con el inevitable choque, las piedras que van arrastrando las precipitadas aguas de impetuoso torrente.

Como á nadie suena mal su idioma, y hasta del alemán, que se le tacha de áspero, dijo en 1602 un sabio jesuíta que no cedía en este punto á otro alguno del mundo, suspenderemos dar una opinión *cerrada*, como ahora dicen; no afirmaremos en *absoluto* que el castellano sea el *más* harmonioso, pues el mismo catalán, tocado de aspereza para muchos de sus convecinos, puede enorgullecerse con el dulcísimo dejo de sus diminutivos; dulce hasta para los que, sin conversar en esta lengua, tienen el hábito de oirla hablar con frecuencia.

Ya lo saben todos; dos son las especies de harmonía: una de ellas amplia, majestuosa, solemne; hija no ya del equilibrio ó proporción entre los miembros de las frases, más bien que del efecto musical de ciertas palabras imaginativas, excepcionales y llenas de colorido. Sean ejemplos el de Chateaubrian y el siguiente párrafo de Francisco de Medina al ponderar el mérito de los trabajos literarios que iba á publicar el *divino* Herrera. Léase en alta voz, y nótese lo exquisito de su construcción, la harmoniosa

pausa de sus vocales, la gallardía de sus miembros y lo rotundo de la conclusión. Renuncie á escribir con galanura aquel á quien fuere indiferente el primor de las siguientes líneas:

«Salidos en público estos y otros semejantes trabajos del divino Herrera, que ha gastado los aceros de su mocedad en revolver infinitos poetas, se comenzará á descubrir más clara la gran belleza y esplendor de nuestra lengua; y todos, encendidos en sus amores, la sacaremos, como hicieron los príncipes griegos á Elena, del poder de los bárbaros. Encogeráse ya de hoy más la arrogancia y presunción de los vulgares, que, engañados por falsa persuasión de su aviso, osaban requestar atrevidamente esta matrona honestísima, esperando rendilla á los primeros encuentros, como si ella fuera una vil y desvergonzada mujerzuela. Incitaránse luego los buenos ingenios á esta competencia de gloria, y veremos extenderse la majestad del lenguaje español, adornada de nueva y admirable pompa, hasta las últimas provincias, donde victoriosamente penetraron las banderas de nuestros ejércitos.» (Prólogo á las obras de Garci-Lasso, anotadas por Fernando de Herrera, pág. 11).

La fisonomía, la estructura particular de las palabras, ese remedar con los sonidos de las mismas los sonidos de las cosas, da origen á otra especie de harmonía llamada *imitativa*, humilde con relación á la anterior, mas de poderoso efecto:

¡Cuán *callada* que pasa las *montañas*
El *aura*, respirando *mansamente*!
Qué *gárrula y sonante* por las cañas.

(Andrada.—*Epístola moral*).

El cuán *callada* y esa *aura* que va respirando *mansamente* valen en este punto por muchas lecciones práticas.

La *callada* fuente
Que *murmura* á solas,
En verano ríe,
Y en invierno llora.

(B.ª R.ª—*Roman. Durán*, II, pág. 611).

Meléndez, en la *Flor del Zurguen*, nos dejó un hermoso ejemplo:

Parad, airecillos,
No inquietos voléis;
Que en plácido sueño
Reposa mi bien.
Parad, y de rosas
Tejedle un dosel... etc., etc.

En un principio la palabra fué *imitativa, onomatopéyica*, puesto que reproducía, en cierta manera, los sonidos; y aunque en la actualidad haya perdido ese carácter figurativo, hay todavía vocablos en los que no se extinguió por entero el efecto musical.

En extremo propias han parecido las onomatopeyas en que se pinta *el ladrar* del perro, *el relinchar* del caballo, *el mugir* del buey, *el balar* de la oveja, *el maullar* del gato, *el aullar* del lobo, *el arrullar* de la tórtola, *el coclear* de la clueca, *el graznar* del ánsar, *el rugir* del león, *el zumbar* del mosquito, etcétera, etc. Pero como esta sea propiedad común á todos los idiomas, y como daría en artificioso y pueril quien convirtiese en permanente el uso pasajero de semejante especie de harmonía, sólo nos ceñiremos á la más noble, á la que evocando, pongamos por caso, las sensaciones que produce el trueno, dice por boca de Zorrilla:

El *ruido* con que *rueda* la *ronca* tempestad.

ó aquella más conocida en las aulas, en la que no parece sino que sentimos el rasgueo de la pluma:

Esto el moro Tarfe escribe
con tanta cólera y rabia,
que en donde pone la pluma
el delgado papel *rasga*.

Aún sube de punto, por su valor artístico, aquella otra con la que acaso no haya dos ejemplos que puedan entrar en competencia. Renuncie á tal linaje de estudios, volvamos á repetirlo, quien leyendo por segunda vez estos versos no acierte á representarse la bellísima imagen que en sí encierran.

¡Cuán *callada* que pasa las montañas
el *aura*, respirando *mansamente*!
Qué *gárrula* y *sonante* por las cañas.

Con todo y referirse á un fenómeno de la naturaleza, pueden disputar la ternura á los tan conocidos exámetros de Virgilio:

Te, dulcis conius, te solo in littore secum,
te veniente die, te decedente, canebat.

(Georg. V).

Que la construcción de la cláusula sea otro de los secretos del arte de escribir, quedará probado al cotejar los pasajes que ahora siguen:

«Fué Motezuma, como dijimos, príncipe de raras dotes naturales, de agradable y majestuosa presencia; de claro y perspicaz entendimiento, etc.» (Solís.—*Historia de la conquista de Méjico*, IV, c. 15.)

«Motezuma, como dijimos, fué príncipe de raras dotes naturales, de majestuosa presencia y agradable, de entendimiento perspicaz y claro.»

Hasta el niño, ajeno á los más elementales procedimientos artísticos, notará las disonancias que ofrece el segundo de los ejemplos propuestos, diciendo: que el adjetivo «*claro*», sobre constar de menos letras, no guarda la debida gradación con la idea expresada por el de «*perspicaz*»; deduciendo de esto que, salvo contadas excepciones, importa que el fin de la cláusula se cierre con las voces más numerosas; y quizá añadiera, que la separación de «*agradable*» y «*majestuosa*», y el haber colocado dichas palabras al principio del inciso, han sido también parte al desacuerdo y falta de harmonía en la susodicha frase.

¿Sucede lo mismo en esotra de Fernando de Rojas?

«La vejez no es sino un mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vecina de la muerte, choza sin ramas que se llueve por cada parte, y cayado de mimbre que con muy poca carga se doblega.»

El Período, pensamiento gallardo, estrofa oratoria, manto de rozagantes pliegues con que se engalana el discurso, solemne por su propia naturaleza, y joya de frases primorosamente cincela-

das; el período, se ha dicho también, es á manera de ejército que sin detenerse en su impetuosa marcha, avanza con un solo y único movimiento hacia lo que constituyen el fin y blanco de sus nobilísimas aspiraciones.

¿Quién disputará el premio á este bellísimo trozo del príncipe de nuestra elocuencia sagrada?

«Cuando yo busco á mi Dios no busco forma de cuerpo, ni hermosura de tiempo, ni blancura de luz, ni melodía de canto, ni aroma de flores, ni ungüentos aromáticos, ni miel, ni maná deleitable al gusto, ni otra cosa que pueda ser tocada y abrazada con las manos; nada de esto busco, cuando busco á mi Dios; mas con todo eso, busco una luz sobre toda luz, que no ven los ojos; y una voz sobre toda voz, que no perciben los oídos; y un olor sobre todo olor, que no siente el olfato; y una dulzura sobre toda dulzura, que no conoce el gusto; y un abrazo sobre todo abrazo, que no siente el tacto; porque esta luz resplandece donde no hay lugar; y esta voz suena donde el aire no la lleva; y este olor se siente donde el viento no lo derrama, y este sabor deleita donde no hay paladar que guste, y este abrazo se recibe donde nunca jamás se aparta.» (Granada.—*Guía de pecadores,* I.)

REGLAS.—1.ª *Es casi absoluta la de que el efecto musical de la cláusula vaya creciendo, y que los miembros de la misma terminen con las palabras más sonoras,* v. gr.:

«¿A quién toca mover las almas sino á la verdad? Ella aparecerá á los corazones más rebeldes en el día del juicio... Sí, la encontrarán hasta en el centro del abismo; espectáculo horrible á sus ojos, pero insoportable para sus conciencias, y llama siempre devoradora de sus entrañas.»

2.ª *La discreción, alma de las composiciones literarias, exige que las oraciones accesorias, siempre fieles á la lógica, y la principal, tengan respectivamente medida proporcionada, á fin que el período, del que forman parte, termine de un modo rotundo.*

«Impresionable y viva en la juventud, indiferente y pesada en la vejez, la imaginación disminuye y se pierde al compás que se debilita el cuerpo.»

¿Quién no advierte que la vista y el oído echan aquí de menos

un verbo y un adjetivo, cuya ausencia privan á esta cláusula de número y harmonía?

3.ª Aunque por deplorable abuso se desprecia hoy la construcción del período, *procúrese que el final no sea brusco, antes bien redondeado y cadencioso. A juicio de Quintiliano, en tales conclusiones respira y, como si dijéramos, se espacía el alma.* Sirva de ejemplo el citado en la pág. 284.

4.ª *Los paréntesis, desviaciones de la idea principal, engendran confusión cuando se pasa bruscamente de un objeto á otro.*

Los griegos (mandados por Alejandro) caminaban por un país inculto, en el que sus salvajes moradores tenían por única riqueza una especie de flaquísimos carneros, cuya carne carecía de substancia, porque se alimentaban continuamente con pescados de mar.

5.ª *Truécase en insoportable la harmonía que, desprovista de ideas, corre tras el fascinador halago del oído.*

EJERCICIOS

1.º «El valeroso Muza no *veía* la hora de verse con el maestre, y pidiendo licencia á su hermano el rey, salió con hermoso donaire y gallardía, mostrando en su aspecto el valor y esfuerzo que *tenía.*» (Hita.—*Guerras Civiles de Granada*, I.)

«Por lo cual yo muchas veces me duelo de nuestra suerte, porque teniendo nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento, que si por *ventura* puede el hombre alguna vez alcanzar una verdad, mientras la *procura*, se le ofrece necesidad de otras mil que no puede seguir» (Oliva.—*Diál. de la dig. del hombre).*

¿Es tolerable en prosa la consonancia de palabras que se pudieran substituir con otras no menos exactas y propias?

2.º «Esta nos da en el ánimo templanza, esta alumbra el entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo y muestra á cada uno el oficio de su estado. Esta es reina y señora de todas las virtudes, esta enseña la justicia y templa la fortaleza: por ella halló las leyes con que se rigen los hombres.» (Oliva.—*Diál. de la dig. del hombre.)*

3.º «Finalmente, yo me finaba de hambre.»

(Mendoza.—*Vida del Lazarillo de Tormes).*

¿Se pecó contra la harmonía en la frase anterior?

4.° Gazafatón es mal sonido, ó por la fealdad de significado ó por su torpeza, si así resultare de unir la sílaba final con la inicial.

El otro, que acá hizo entre las gentes,
(Garci-Lasso, *Elegía* I).

«... dijo: poca gana...»
(Mendoza.—*Guerra de Granada*, lib. III).

¿Nace el sonido desagradable de haberse cometido un gazafatón en las precedentes citas?

5.° Aquí donde el sol pisa
Soñolientas las ondas,
Alegrando zafiros
Las que espantaban sombras;
Por la menuda arena,
Unas veces aljófar,
Y átomos otras veces
Del sol, que así le adora;
Oyendo de las aves
Las quejas amorosas,
Y los combates dulces
Del agua entre las rocas;
Ya con la sutil caña
Que al débil peso dobla
Del necio pececillo,
Que el mar salado azota,
O ya con la atarraya,
Que en sus moradas ondas
Prenden cuantos habitan
Aposentos de conchas.
(Tirso de M.—*El burlador de Sevilla*, jor. 1.ª).

¿Resplandece en los versos copiados lo que se llama harmonía de la cláusula?

6.° «Convidábanle la soledad del camino y la sabrosa harmonía de las aves, que ya comenzaban con su dulce y concertado canto á saludar el venidero día.»

Le convidaban la soledad del camino y la harmonía sabrosa de las aves, que comenzaban ya con su canto concertado y dulce á saludar al día venidero.

Juez infalible en tales materias, toca al oído decidir cuál de estas dos cláusulas le es más grata por su rotundidad.

7.° «Reina de mi voluntad, objeto de mis deseos, centro de mis suspiros, archivo de mis pensamientos, paraíso de mis memorias, y finalmente, consumada gloria de la vida que poseo.»
(*Quij.* de Avellaneda, cap. I).

¿Están bien redondeadas las frases transcritas, ó merece censura por ello el autor del falso *Quijote*?

8.° Del latín *hiare* = abrir la boca, bostezar, se formó la voz *hiato*, sonido

desagradable que resulta de la pronunciación de dos vocablos seguidos, cuando el primero acaba en vocal y el segundo empieza también con ella ó con aspiración, v. gr.: invadía la Armenia, comarca del Asia, hacia la que hacía tiempo se encaminaban sus conquistas.

¿Alcanzará la palma de escritor quien de tal suerte desdeña el ritmo y cadencia de la frase?

CAPÍTULO X

I

Del artista y de la ejecución literaria.

El principio de la investigación artística, según Filostrato, tiene dos grados: El primero, lo poseen todos los hombres; es la facultad creadora de imágenes que no salen fuera del espíritu; el segundo es propio de los artistas que no imitan sólo con el genio sino con la mano. El artista que, como Fidias, quiere presentarnos la imagen de Zeus, es preciso que antes en su fantasía la haya visto, con el cielo, las horas y los astros; y el que pretenda hacer el simulacro de Palas Atenea, debe haber abarcado antes en su pensamiento la prudencia, la sabiduría y el ademán gallardo con que la diosa misma se lanzó del cerebro de Zeus...» (Menéndez y Pelayo.—Discurso de recepción en la R. A. de Bellas Artes, pág. 17.)

Al estudio de las tres grandes cualidades del estilo, resumen práctico de cuanto con esta denominación, y con la de figuras de pensamiento y de lenguaje, se señalaba en las antiguas Retóricas, síguese ahora aquel otro no menos importante, que bien pudiera haber precedido al *Estilo*, el de las aptitudes con que naturaleza dotó á cada uno, y medios para encontrar ideas, ponerlas en orden y expresarlas: *Invención, disposición* y *elocución,* como decían antes, que en modo alguno han de mirarse en abstracto, ni separadamente, porque el hallazgo de una situación dramática, pongamos por caso, los rasgos con que el escritor la traza en su mente y el feliz acierto de la expresión, son actos que se compe-

netran, ya que la *elocución* lleva asidas de la mano á sus hermanas la *invención* y *disposición*.

La primera con que toparéis será la *invención;* vedla desalada correr en pos de asunto bello, y mirad cómo se deleita contemplándolo amorosamente por todos sus aspectos: fábula, novela, diálogo dramático, discurso, narración poética, etc. En alabanza tuya, oh maravillosa *invención*, se ha dicho, no sin fundamento, que eres como un don y agasajo hecho por el cielo, y que sólo fijas tu morada, cuando te place, en la

INTELIGENCIA ESTÉTICA. ¿Y quiénes gozan de tan venturoso privilegio? *Muy pocos, los que dotados de pronta y clara intención, ese vuelo del alma con que descubren y ven sin esfuerzo alguno la idea grande, á la par que luminosa, los toques de hermosura que pueden servirle de vistoso esmalte.*

Dueña y señora, ante la inteligencia debe plegar sus alas el libre albedrío y prestarle su concurso la *imaginación* y *la sensibilidad*. Con todo y ser como esplenderosa estrella, que guía los pasos del escritor, ó cual timón que señala el derrotero por donde ha de marchar el artista en busca del vellocino de oro que llamamos la *idea soberana;* con todo y afirmarse que el primero y mayor aliento se ha de poner en las *ideas*, alma y vida de la composición, jamás llegaremos á la cumbre de lo excelente, de lo singular y nuevo, de lo único que eleva y enardece el espíritu, si éste no entra en un estado de efervescencia tal que sienta la necesidad de quitarse el peso de abrumadora carga.

El enlace de la imaginación y la sensibilidad en torno de una idea, son condición absoluta del arte de escribir. Cuando entrambas facultades se concentran en un tema, descúbrense al punto sus múltiples relaciones, los caminos que se han de recorrer, sus avenidas, el término de la jornada, las consecuencias todas del viaje artístico emprendido por la *inteligencia* en consorcio con la *sensibilidad* y la *imaginación*.

¿QUÉ BIENES TRAE LA SENSIBILIDAD ESTÉTICA? Comunicar fuego, vida y movimiento á la *idea pura*, ofreciéndola á nuestros ojos con el aparato dramático de un caso concreto. No gusta del estudio ni del artificio, y aunque en lo general no se aviene con

la frase concisa y cerrada, tampoco se atreve á mirarla con desdén. *Sólo establece como regla esencial ésta: sentir un asunto pide como condición previa el conocimiento de nuestro temperamento, y un estado tal de ebullición que sin ella no se dará obra de relevante mérito;* sin duda por esto se ha dicho *que la pluma de Chateaubriand ardía sobre el papel.*

No hay oído ni corazón, por duros que sean, capaces de escuchar sin conmoverse estos relatos dulcemente tiernos y melancólicos:

Vinieron los pastores de ganados,
Vinieron de los sotos los vaqueros,
A los cuales en tierra yo tendido,
Ninguna otra respuesta dar sabía
Rompiendo con sollozos mi gemido;
Sino de rato en rato les decía:
Vosotros los del Tajo en su ribera
Cantaréis la mi muerte cada día.
Este descanso llevaré, aunque muera;
Que cada día cantaréis mi muerte,
Vosotros los del Tajo, en su ribera.

(Garci-Lasso, *égl.* 2.ª)

¿Vísteis perdida, ninfas, la belleza
En este valle de sus verdes cielos?
Aquí vimos, responden, su tristeza
Murmurada de tantos arroyuelos,
Que á las aguas, las plantas y las flores
Dió vida, dió esperanzas, dió colores.

(Lope de Vega).

Hojas del otoño
Secas y amarillas,
¿Por qué se entristecen
Todos los que os miran?

———

Viéndose por su culpa tan perdido,
Dice allá donde está en reinos extraños:
«¡Qué tarde llegan seso y desengaños,
Pues tras guarda de puercos han venido!»
Quiérome ir á mi padre, á do primero
Gocé el nombre de hijo mal guardado,
Quizá querrá por siervo recogerme.
«¿Si huye? No hará, que en un madero
Me espera el buen Jesús, por mí clavado
Y el corazón rasgado, á do esconderme.»

(B.ª R.ª *Escs. del siglo XVI,* I, 334).

La imaginación estética, *dando vida y movimiento á las ideas abstractas, hace que destellen con fulgores de hermosura los objetos materiales, y en lo ignorado, en lo que las ciencias no conocen aún, borda y recama, como en maravillosa tela, arreos y primores que llenan de gozo nuestro ánimo.*

Ejemplos: «Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.» *(Don Quijote,* II, 42.)

«Cesón, colocado en medio de los patricios, siendo el único

que sostenía los ataques de los tribunos y las tempestades del pueblo, parecía llevar en la voz y en la fuerza de los movimientos del cuerpo todas las dictaduras y todos los consulados.» (*Tito Livio,* III.)

Aunque no procede por juicios, sus invenciones serán humo vano y aire sutil, si no rinden acatamiento á la idea soberana, luz y vida de cualquiera obra artística.

Sin embargo, no es necesario que las imágenes se acomoden con puntualidad, y hasta en lo accidental, á ciertas verdades demostradas hoy científicamente. Sea, v. gr., lícito representar el rayo cual directa manifestación de la cólera divina: si bien la ciencia tiene demostrado que es un fenómeno físico tan natural como la caída de los cuerpos.

No es una flor esta hermosa facultad; antes bien la misma diosa Flora. Es como maga que con sus prestigios y maravillas, va tejiendo la tragedia ó el drama de nuestra vida: ó cual diosa de la juventud que corona lo por venir, como dice Richter, con su arco de brillantes colores.

INUTILIDAD DE LAS REGLAS SI EL ESCRITOR CARECE DE SENSIBILIDAD É IMAGINACIÓN.—Un asunto es una idea, una unidad; *muy poca cosa* ciertamente en materias de arte, si la *imaginación* y la *sensilibidad* no le prestan su concurso.

Trátase, por ejemplo, de describir las sensaciones del caminante que en noche tempestuosa y en solitario bosque pierde la estrecha senda que debía conducirle á lugar de refugio. He ahí un tema. ¿De qué servirá conocer las obligadas y minuciosas reglas, si no acertamos á evocar lo que debió *sentir* é *imaginarse* en tan apurados momentos el extraviado caminante?

Cierto, para que nazca en el ánimo un solo rasgo feliz, magnífico ó sublime, por mínimo que lo juzguemos, para sentirlo con calor, para representárnoslo con brillantes colores, no bastan los fríos preceptos del arte; pero andan no poco errados los que osan afirmar sean de todo en todo inútiles, y que no han de ponerse leyes ni estrechar á los que escriben obras de imaginación, puesto que no se ha dado á la estampa, ni se dará jamás, un mapa del arte, en el cual estén señaladas, con discreto artificio, de rojo y azul, las fronteras de lo posible y las que no llevan camino de

serlo. ¿Qué devoción, añaden, se podrá tener á los preceptos literarios, cuando es cosa sabida que oprimen la grandeza del ingenio humano, amante de mostrarse libre en sus manifestaciones artísticas?

A todo ello se responde que, aun siendo, como lo es, meramente *negativo* y *directivo* el oficio de las reglas, todavía cabe afirmar que su observancia, cuando no se las puede tachar de absurdas ni caprichosas, cuando responden á la legítima transformación de los tiempos, *traen la ventaja de imprimir en la cultura general del individuo un sello de distinción y como de hidalguía literaria*, y *la de que sin ellas nadie logra formar una frase* limpia, hermosa, elegante y digna de pasar á la posteridad con merecido encomio. Así:

Obra literaria, propiamente dicha, *es la que, á los vuelos de la imaginación y al fuego del sentimiento, va unido el resplandor de una idea tan pura, tan bella, que deleita y serena el ánimo del lector ó del oyente* menos dispuesto á tales emociones.

II

ELECCIÓN DEL ASUNTO

Se ha dicho, y no es sino consignar una verdad de buen sentido, que en la elección del tema está, aunque latente, el éxito de la producción literaria.

«No había asunto que le arredrase á Lope, por monstruoso que fuera, en siendo tradicional y creído por el pueblo. Tanto él como sus espectadores entraban de buena fe en la leyenda, la sentían con ingenuidad, que es el modo más poético de sentirla... En *Las Batuecas del Duque de Alba*, lo pequeño triunfa de lo grande, lo humorístico se sobrepone á lo épico del *Nuevo Mundo, descubierto por Cristóbal Colón*, desengaño para el poeta ambicioso de grandes asuntos. Es la victoria de *La Gatomaquia* sobre la *Jerusalén conquistada;* la misma elevación y complejidad de la empresa del Nuevo Mundo expone á graves riesgos, á una idealización enfática ó á un realismo menudo y pueril, pecado en que incurrió Lope, aquí, en *Los Guanches de Tenerife* y en

Arauco domado...» (Menéndez y Pelayo.—*Obras de Lope de Vega,* edic. Académica, vol. XI, Prólogo.)

Cuál sea en este punto el deber del escritor, ya lo expresó Horacio en su *Epístola á los Pisones:*

Elegid ¡oh escritores! un asunto
igual á vuestras fuerzas; y prudentes
ensayad largo tiempo cuanta carga
sostengan vuestros hombros, cual rehusen;
que el que su empresa con su alcance mide
abunda en orden, claridad, facundia.

(Traducción de *Martínez de la Rosa.*)

La verdad, fuerza contagiosa; la vida, alma de la belleza; la observación, aliento de la fantasía, condiciones todas del arte, son á la vez las que han reunir los asuntos elegidos por nosotros como tema de composición. No de otro modo que el *Don Quijote*, obra gallarda de imaginación, lo es juntamente de verdad y vida; pero tan real que el alma se llena de tristeza al convencerse, muy á pesar suyo, que jamás logró el buen hidalgo traspasar los umbrales de esta nuestra humana existencia.

Que los asuntos nobles y elevados cautiven de suyo, no hay para qué encarecerlo; pero también es forzoso declarar que no anduvo muy acertado Moratín (hijo) al decir:

¡Qué gracioso ha de estar y qué discreto
un soneto al bostezo de Belisa,
al resbalón de Inés otro soneto!

(Lección Poética).

puesto que la verdad, la vida, la observación, ejercen soberano imperio en los dominios del arte. No ya 300 sonetos como los que compuso el italiano *Casti*, para excusarse de pagar á un su acreedor tres duros que le había prestado, y que con instancia pedía se los devolviese, sino hasta composiciones de mayor aliento se pueden escribir sirviéndose de un solo concepto, al parecer insignificante, á condición de que el poeta esté dotado del suficiente ingenio con que sacar á la invisible célula toda la substancia que contiene.

Si por ventura, lector mío, fuese tu personalidad la que mejor *sientes*, háblanos de ella, si te place, que también el *yo* inspiró á veces lo mismo á Lope de Vega que á Montaigne; pero guárdate de pintar lo que nunca viste ó no has podido imaginar; no hables, por ejemplo, de los abanderados en la Edad Media; lo mismo que del estampido del cañón en los días de César; ya escribas en prosa ó en verso conserva siempre el color local, y que el tono, las circunstancias y matices de la época en que fijes la acción, te den siempre el honroso título de concienzudo observador.

La inspiración y el trabajo (1), libre é inconsciente la primera, pero amiga de estudios anteriores; llama que arde donde más le place; deidad que desciende de lo alto para hablar secretamente con el genio, *es el estado de iluminación y calor en que se halla el alma del artista cuando enamorado de una idea siente la necesidad de realizarla*, *y no sosiega hasta conseguirlo*.

En verdad, no cabe sostener que sea puramente hija del trabajo, como quieren *Zola* y los que, usando de una metáfora, dicen que las mejores obras literarias son las que se escriben á fuerza de cincel; pero sí es lícito afirmar que la inspiración nace en un suelo removido y preparado por grandes labores. No se alcanzan triunfos como los que con sus obras obtuvieron, pongamos por caso, Virgilio y el pintor de Urbino, sin haber pasado antes por la lucha tenaz de porfiados esfuerzos. Esa idea simple y verdadera que fascina por su sencillez, es como el filón de oro que se descubre tras largas y penosas excavaciones,

Y el genio ardiente que en mi pecho habita
La palabra me da que os doy escrita.

(Zorrilla).

Visible en unos, por ejemplo, en el autor *A las ruinas de Itálica;* oculto en los de *aparente espontaneidad*, como en Samaniego, el esfuerzo del trabajo lo estimamos como uno de los principios fundamentales del arte, del que sólo por excepción se exi-

(1) Del latín *inspiratio*, *ia-spirare* = *spirare-in* = soplar.

me, y no siempre, el genio que, al hallazgo de lo bello, se le da por añadidura el de la expresión más feliz, acabada y perfecta.

Pero como la mayoría no ha de igualarse con Lope ni Cervantes, los de admirables trozos, los de sublime vocación, que no hubieron menester de meticulosos procedimientos; ni tampoco hemos de irnos con los que, afectando desprecio á la perfección literaria, apenas si corrigen su estilo al recibir las pruebas; será bien, salvo los casos en que por una sonrisa de la inspiración demos con ideas, imágenes y expresiones bellas, será bien, si el orgullo no nos cuenta en el número de las excepciones, que nos atengamos á la regla general, al principio del:

III

LABOR LIMAE

Para calmar la fiebre tenaz y persistente que se apodera del espíritu al punto de concluir la incubación literaria, manda Horacio que se condenen los borradores:

á oscura reclusión de nueve años.

que así traduce Martínez de la Rosa el

... nonumque prematur in annum.

Mas en esta época en la que á cada momento nos solicitan nuevas teorías y nos sugestionan programas seductores, hay pocos que fiaran su gloria á tan largo plazo, y acaso sean muchos los que, si se viesen forzados á cumplirlo, abandonaran para siempre á los hijos de su entendimiento.

Debiendo encomendar á la discreción más alta señale el tiempo que ha de separar á la producción de la crítica, no cabe fijemos aquí taxativamente cuánto haya de ser; pero sí debemos recordar que las impaciencias han malogrado el éxito de no pocas producciones, y que si Horacio no hizo con sus obras lo que exige á los demás poetas, consta, sin embargo, que lleno de

desconfianza, pero con aire placentero, retocaba sin cesar sus escritos:

scriptorum quoque retexens (1).

pues nunca quiso alegar como circunstancia atenuante la excusa, indigna de perdón:

defuit scriptis ultima lima meis.

Pasa como consejo por todo extremo útil el de acometer un nuevo trabajo antes de sacar á luz el último parto del espíritu. Es este de suyo tan rico, tan variado, tan movedizo en punto á literatura, que bien le podemos aplicar el dicho de un filósofo griego: *el hombre de genio no se baña dos veces en un mismo río,* es decir, no reproduce dos veces un mismo aspecto de belleza, ni usa hoy idéntica forma á la que ayer empleaba. Las inteligencias mediocres se inmovilizan, quedando estacionadas, si por ventura no decaen; en cambio, los entendimientos superiores, como padecen la nostalgia del ideal de perfección, nostalgia que les lleva á buscar *nuevos modos de hermosura*, antes que á cambiar el colorido total del cuadro ni sus dimensiones naturales, se sienten movidos, unas veces á dar un tinte más dulce al relato, otras á modificar este ó aquel accesorio, ahora á que resalte lo que parecía velado, y luego, á corregir defectillos que ofenden á los amantes de la elegancia y el primor.

«Por esto los escritores á quienes el juicio de la posteridad ha colocado en la parte más sagrada del templo del arte, sintiendo vivamente esta dificultad de realzar y ennoblecer el habla común, se dieron al trabajo de pulir su estilo, y no se cansaron de corregir y de enmendar, y aun dejaron la pluma con el sentimiento de no haber podido comunicar á sus escritos aquel punto de perfección que entreveían en su mente. Así Platón, á los ochenta años de edad, corregía aún sus diálogos, habiéndose encontrado después de su muerte el principio de uno de ellos, el *de la República*, variado hasta de veinte maneras. Pascal trabajaba de

(1) Ludentis speciem dabit et torquebitur.

(Epist. II. II.) (24).

tal suerte su estilo, que se nota haber cambiado ocho y diez veces un pensamiento, cuya primera forma á cualquiera hubiese parecido inmejorable. Tantas correcciones hizo el célebre Buffon á su libro sobre *las épocas de la naturaleza,* que se vió en la necesidad de copiarlo hasta once veces. Manzoni se estuvo quince años corrigiendo su novela inmortal: *I promessi sposi;* y así otros muchos que sería fácil citar.»

«¡Qué sabrosa me queda la mano cuando borro algo!», exclamaba con ingenua sencillez el P. Rivadeneira, el cual, así como el ilustre Manzoni, consultaba sus dudas sobre la pureza de la lengua toscana con una criada que á propósito se había hecho traer de Florencia; preguntó más de una vez á gentes sencillas sobre lo castizo de frases y modos de decir, ateniéndose fácilmente á su consejo. Pero nadie ha puesto más en su punto éste de corregir y limar el estilo, ni otro alguno tuvo más en cuenta sus ventajas y dificultades como aquel divino Fray Luis de León, *el alma tal vez más hermosa que ha atravesado este suelo de España* (1), y en quien se juntó la mayor capacidad de ingenio

(1) Diríase que algo como si fuera empeño de encontrar lunares ¡quién no los tiene! llevó al muy entendido, pero severísimo crítico, Dr. Whilar, á dar como imperfecciones las que en realidad no lo son, y es lo peor, que me atribuya la paternidad.

Si el Diccionario admite ó no la acepción figurada en que se emplea aquí el verbo *atravesar*, no soy yo quien ha de decidirlo, como tampoco soy el que lo ha usado. Bastábale á mi censor parar la atención en la forma en que están las comillas, para convencerse de que es otro quien habla, y persona no ajena á este linaje de estudios; antes al contrario, muy *metida* en las intimidades de la Academia, es nada menos que su actual Bibliotecario, y lo dijo en la pág. 36 de su discurso de recepción, leído en 9 de Mayo de 1886.

De parecida índole es aquel otro reparo que me hace al notar un si es ó no de incorrecta la frase: «bajo el reinado de los buenos escritores, bajo la pluma de los maestros en *bien decir*».

«¿Por qué no *en el buen decir*, escribe el censor, como dicen los clásicos? Fray Luis de León dice elegantemente: «*El buen hablar* no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice, etc.»

No es exacto: en la edición de las Obras de Fr. Luis de León dada á la estampa por el P. M. Fr. Antolín Merino, de la misma Orden, que, á juicio del docto Menéndez y Pelayo, es la más autorizada, se lee:

«Y no conocen que *el bien hablar* no es común, sino negocio de particular juicio... etc.» (Madrid, 1805, IV, pág. 8). Luego si un príncipe de la lengua usa la frase «*el bien hablar*», ¿por qué no se ha de tolerar al último de los vasallos que emplee la de: «*el bien decir?*»

que hubo en su tiempo, al decir de uno de sus contemporáneos (1), con el sentimiento más vivo de la hermosura de la naturaleza y del arte y la facultad de expresarla con la mayor elegancia y galanura. El cual, respondiendo á los que le acusaban de haberse apartado en sus escritos de la sencillez, poniendo concierto en sus palabras y escogiéndolas y dándoles su lugar para que resaltase más su natural hermosura, les advierte (2) que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, ansí en lo que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con harmonía y dulzura». Palabras que debieran vivir eternamente en la memoria de cuantos aspiran á la perfección del arte y á la gloria que se adquiere con el uso propio, correcto y elegante de la lengua castellana.»

Cuanto va explicado se resume en los siguientes preceptos:

1.° *Leer los modelos* (3) *en alta voz, por ser lo escrito la exposición artística de lo hablado, y una como contemplación viviente de la hermosura.*

2.° *Ejercitarse en reproducir narraciones ajenas, hasta que por virtud de su estímulo nos sintamos con alientos para hacer algo parecido.*

. . . . Vos exemplaria *pulchra*

Tarea fácil (si la comparamos con los obstáculos que han de vencer los principiantes en el arte de la pintura), puesto que á ella nos acostumbran desde niños.

A nuestro juicio, la ventaja de ensayos tales en los que Cicerón se ejercitó más de una vez, sólo redundará en provecho de los jóvenes; los demás se desdeñan, aunque no debieran descender á prácticas tan humildes.

3.° *La traducción, que á su vez es una especie de imita-*

---

(1) El autor del elogio que acompaña al retrato de Fray Luis en el célebre *Libro de retratos*, de Pacheco.

(2) Al principio del libro III de *Los Nombres de Cristo.*

(3) Nocturna versate manu, versate diurna *(Epist. ad Pis. 268).* Multum legendum, non multa *(Plinio).*

ción, está reputada como uno de los ejercicios más útiles en el Arte de componer.

La perfección en este género es gloria que se disputaron celebrados ingenios, ya que se tiene como importante triunfo el trasladar de una á otra lengua las ideas, sin que se alteren el pensamiento del autor ni el genio del idioma.

4.° Poner en la conversación, siempre que se huya del amaneramiento, hijo de la vanidad, el esmero que apetecemos para la obra escrita, es práctica saludable, práctica que deseamos no ver desamparada.

5.° **El labor limae,** *el trabajo de corrección, ese* CASTIGAR *nuestros escritos, como se dice entre literatos, ha de tenerse por uno de los medios más eficaces para alcanzar la perfección en punto á lo que se llama buen estilo.*

Importa perder la costumbre de escribir borradores, pero no la de repasar lo escrito.

IV

FONDO Y FORMA

Constituyen el *fondo,* como materiales de la obra artística, las ideas, los pensamientos; y la expresión, la *forma,* no es, como se ha dicho, el vestido con que se adereza y engalana el pensamiento, sino algo que va tan unido á él como el *alma* al *cuerpo,* ya que decir: como *el hueso y la carne* parecería bajo, ni fuera tan propio, como no lo es tenerlos por *hermanos gemelos.* Luego trabajar por la forma vale tanto como trabajar á la vez por la idea, salvo en aquellas expresiones que, por su rigurosa sinonimia, nada nuevo añaden. *¡Cuánto llueve! ¡Cuánta agua cae!*

Pruébase que el *fondo* y la *forma* caminan siempre unidos, demostrando que al cambiar ésta se modifica también aquél. Si digo:

Motezuma no oía las injurias de sus vasallos *á causa de los gritos con que las proferían,* y, aunque él les hacía señas con el sobrecejo y con la mano, para que le escuchasen, la multitud no le hizo caso y comenzó á disparar contra él.

Cambiando ahora la *forma*, usando la empleada por nuestro Solís, notaremos al punto cuánto ha ganado la *idea* y cuánta ventaja lleva sobre la anterior.

«*Perdíanse las injurias en los gritos*, y él procuraba, con el sobrecejo y con la mano, *hacer lugar á sus palabras*, cuando empezó á disparar la multitud, y vió sobre sí el último atrevimiento de sus vasallos.»

Si para ensalzar á las mujeres romanas, escribiera:

Diríase que eran las estatuas de sus templos bajadas del pedestal.

¿Quién no ve que esta frase, con todo y ser hermosa, no sorprende ni fascina como esta otra que tiene en sí el prestigio de la vida?

«Diríase que eran las estatuas del templo, bajadas de su pedestal, y que se paseaban en torno suyo.»

¡Así escriben los artistas, así escribía Chateaubriand, amante por igual del fondo y de la forma! En vano, pues, se revuelve airado Zola contra esta teoría; concedámosle en buen hora que el arte se perpetúa con creaciones *vivientes*; mas concédase que éstas no pasan á la posteridad con la misma gloria que enaltece á las de pulcra y atildada forma. Si careciesen de ella la *Iliada* y la *Odisea*, ¿habría llegado hasta nosotros, con el prestigio universal que le rodea, el nombre del primero de los hijos de Apolo, del *poeta* como por antonomasia le llama Justiniano en la *Instituta*, del *divino Homero*, como poseído del mayor entusiasmo le apellidaba Aristóteles? Por ventura, ¿no es el *Quijote*, en la mayoría de sus páginas, á par que dechado de *obra viviente*, modelo de *estilo* por lo imperecedero de su forma? ¿No constituye la desesperación de cuantos anhelan llegar á la cumbre de lo castizo y hermoso en punto á lenguaje? ¿No se dice en son de grande elogio, de los que casi llegan á tocarla, que escriben como lo haría el mismo Cervantes? Por tanto,

La elocución, *la perfecta elocución, pudiera definirse: el consorcio entre el fondo y la forma, entre la idea y su expresión artística.*

Sí, lo abarca todo, por lo que no hay modo de señalar sus límites; pero mirando, como mira principalmente á la *ejecución*

literaria, parece como que tiende principalmente á *narrar y describir,* pues aunque ambas se confunden, siempre deberá afirmarse que la *descripción, pinta;* que la *narración,* aunque ello semeje una paradoja, es un relato; hablemos, pues, primeramente de la *imagen* y de la *metáfora,* factores, como ahora dicen, de la *descripción.*

V

IMÁGENES

Engendrada por un espíritu entusiasta, por alma que en sentido estético podríamos llamar soñadora; nacida de la comparación en medio de la opulencia de relaciones, de semejanzas, de analogías, que el ingenio descubre sin esfuerzo, ó por la sugestión que el hábito de la lectura ejerce en el ánimo, la FULGURANTE IMAGEN, representación viva y animada de lo real, creación hermosa de lo que sin gozar de existencia logra cautivarnos cual si la tuviera, *es el aliento y vida del arte, y, por modo señalado, de la poesía, ya esté en prosa ó en verso.*

Ejemplos:

¿Veis esa mano que camina por los aires?

Así dice la golondrina, escribe La Fontaine, á sus pequeñuelos al pintarles el aliciente que en sí tienen las semillas.

Y ciertamente, en ello hay una imagen *verdadera,* parece que se está viendo el campo y la actitud en que tiene la mano el sembrador.

Hablando un ilustre barcelonés del descubrimiento del Nuevo Mundo, dice: «Era llegada la hora en que los grandes descubrimientos en el Océano debían cambiar la faz de la tierra; *un mundo antiguo se asomó* al doblar los europeos el Cabo de Buena Esperanza».

A este punto de grandeza llegan eximios escritores: de aquí no pasan, porque en las regiones del arte no hay nada más allá de lo sublime; como también lo es la frase de Pascal, cuando explica la impresión que le causaba el firmamento en noche serena de estío:

«*Esa vaga inquietud que siente mi alma ante el silencio eterno de los espacios infinitos.*»

Dice Quintana, refiriéndose á la gloria del Gran Capitán: «Hasta ahora está depositada con más dignidad en los archivos de la historia que en los ecos de la poesía...»

Fúndase, pues, la imagen en las relaciones existentes entre un sentimiento ó una idea y el objeto físico con el que se compara: *llamar á un discurso luminoso,* es lo mismo que decir que ha derramado, como si dijéramos, vivísima luz sobre el caos, sobre las tinieblas, que hasta entonces envolvían la idea objeto de discusión.

Que la poesía viva de imágenes; que los Molière y Boileau se cuenten en el número de las excepciones; que sólo por modestia pueda consentirse al poeta lírico esta humilde confesión:

«Encontrar en la iglesia luterana
Y en mis versos imágenes, es raro.»

(Valera).

todo esto ha de tenerse por evidente; pero no lo es menos que la imaginación, traspasando las vallas de lo lícito, del *quid libet audendi,* se ha emancipado hasta tal punto que pudiera decirse vivimos en plena anarquía; de ahí esas imágenes forzadas y brutales, por su forma, como la del poeta francés que, intentando pintar la blanca tez de tierna criatura, dice:

Cet enfant avait l'air dans la neige pétri

Sea, pues, condición necesaria de las imágenes la novedad, la originalidad; nada de imágenes gastadas, como las tan conocidas: *la tea de la discordia, las tinieblas de la ignorancia, la espada de la justicia, el yugo de las pasiones, la pérfida Albión, la copa de los placeres, el viento de la muerte,* etc., etc.

Tales modos de expresión por los decrépitos, pertenecen á la indumentaria de la antigua retórica; aunque no sostenemos deben proscribirse en absoluto, sino renovarlos en cierto modo, como cuando Balmes comienza uno de sus elocuentísimos párrafos con *la* siguiente apóstrofe:

«Albión, Albión, la de la *torba frente...*

Aunque hija del genio y de la inspiración, no se nos ha cerrado por entero la puerta que da al palacio encantado de la fantasía; si adquirimos el hábito de mirar una idea por todos sus aspectos, las semejanzas y contrastes, así como las ideas que con ella se asocian, no nos será difícil que tal cual vez tropecemos con una imagen feliz, y acaso digna de pasar á la posteridad.

VI

TROPOS Y FIGURAS

Ya lo hemos dicho: omítense aquí la generalidad de los tropos, las figuras de pensamiento y de dicción, harto especificados y especificadas en los Manuales de Literatura, vulgo Retórica. Decíase en ésta que:

Tropo es la traslación ó mudanza del *primer significado* de una palabra *(tropo de dicción)*, ó de una frase entera *(tropo de sentencia)*, en otro que guarda con aquél cierta y determinada relación.

Ponderábase allí el mérito de la

Personificación, *que toca en sublimidad cuando da sentido á lo que no lo tiene, voces á los brutos, y alma á las cosas inanimadas; del hablar fingido con que damos á entender lo contrario de lo que se dice,* que llaman

Ironía, *y cuando se trueca en amarga irrisión,*

Sarcasmo; *al encarecimiento que hacemos de la verdad para ponderarla,* se le daba y se le da, el nombre de

Hipérbole; *y si por ventura callaban de industria alguna cosa á fin de ponerla en mayor admiración*, al punto decían haber cometido una

Reticencia. Si, allí hasta el agua clara, digo, *la referencia que se hace á alguna persona ó cosa ya conocida,* tiene su nombre especial:

ALUSIÓN, que por lo evidente bien pudiera haberse omitido. Sólo la

PARADOJA, *el enlazar artificiosamente conceptos en apariencia incompatibles: estéril abundancia, difícil facilidad, la felicidad de la desgracia, dulces tristezas,* merecía consignación especial.

¿Para qué tratar en capítulo separado de las

FIGURAS RETÓRICAS, *nuevos y artísticos modos de decir, que, apartándose de otras maneras más vulgares, más sencillas y obvias, aunque no siempre más naturales, dan á la expresión de los afectos ó de las ideas singular elevación, gracia ó energía?*

¿Acaso no va embebido todo esto en lo explicado hasta aquí? ¿Quién ignora que la

ANTÍTESIS *opone una frase ó una palabra á otra de contraria significación?* ¿Se dirá que el

APOTEGMA, *sentencia llena de énfasis tomada de algún autor señalado;* que

EPIFONEMA, *exclamación ó reflexión gravísima que se hace después de narrada, descrita ó pintada una cosa,* y que la *ó el*

APÓSTROFE, *ese apartarse del principal intento para volverse á Dios, al cielo, á las soledades, á lo inanimado, á una segunda persona, convidándoles á que oigan nuestras quejas y se duelan de nuestras desventuras,* se dirá, repetimos, que no son nombres vulgares, y que importa definirlos?

COMPARACIÓN: gozo del espíritu, preciada gala de la oratoria, de la poesía y señaladamente del poema épico, especie de testimonio de la verdad, según fina observación de Aristóteles (Prob. XVIII, núm. 3), *es hija de la imaginación y de nuestro limitado entendimiento, y consiste en buscar las semejanzas y analogías con que las cosas se anudan entre sí, para dar luz, fuerza y viveza al pensamiento.*

Cuando San Juan Crisóstomo refiere el caso de aquella mujer que solicitaba al santo Patriarca José, para que hiciera traición á

su señor, dice, que después de haberse defendido grandemente el esforzado mancebo, al fin

«*Hubo de huir, no sin dejar la capa en manos de la egipciaca lasciva, como bandera de vencedor que queda tremolando en el muro del enemigo.*»

El que esto escribe es un poeta, aunque lo haga en prosa.

De comparaciones explícitas hallaréis rico caudal en el hermoso *Florilegio* que en 1874 dió á la estampa el Sr. Sbarbi, así como en nuestras Retóricas.

Que los doctos, que los muy entendidos en literatura, y singularmente los maestros en bien decir, no pueden ni deben desconocer tales denominaciones, no hay para qué probarlo; pero ocurre preguntar: ¿El orador, el novelista, el poeta lírico, el autor de un drama, se acuerdan de tales nombres al trazar el plan de sus respectivas obras?

A esto quizá se objete que si bien *el nombre no hace á la cosa,* en cambio los ejemplos servían de educación artística y medio poderoso para el conocimiento del idioma. A todo ello se responde:

Que se ha prescindido aquí del estudio de las figuras y de los tropos, salvo la metáfora, de carácter general y nombre de uso frecuente, porque esparcidos muchos de ellos en el cuerpo de esta obra en la que abundan ejemplos, que son como joyas del arte, no hay para qué recargar la memoria con nombres de escasa ó ninguna utilidad para la mayoría de los lectores.

Repitámoslo, que no huelga:

El arte de escribir no se cifra en el empleo de imágenes y metáforas; y con todo eso, la magia del estilo depende de ellas. Fatigan, como toda ornamentación sobrecargada, cuando se tornan en deplorable abuso; pero si se contienen dentro de los límites de la discreción más alta, entonces el colorido, la hermosura del discurso en cada una de ellas están.

VII

METÁFORA

De que toda metáfora sea una imagen no se deduce que en ésta haya siempre una comparación tácita, pues cuando dice Bossuet: que los hombres se iban *hundiendo* en la iniquidad, nos muestra con hermosa imagen cómo el hombre fué descendiendo por grados en el abismo de la maldad. Mas cuando repetimos aquella otra idea: «la vida es un *combate*, cuya *palma* está en los cielos», entonces, á par de la imagen, se descubre una comparación en ella envuelta.

La metáfora, alma del estilo, lo es también del idioma, ya que no se puede hablar, ni escribir sin que usemos, ya una comparación latente, ya explícita. Callada la veréis en: el *murmurar* de las fuentes, la *quietud* del espíritu, *la primavera, el otoño* de la vida, la *nieve* de los años, *volar* al combate, la *dura* necesidad, la *luz* de la inteligencia, la *flor* de los caballeros, la *aurora* de la civilización, etc., etc.

Rápida, como toda síntesis; enérgica, como nacida para instrumento de la concisión; bizarra y arrogante, porque en un punto nos lleva del mundo físico al espiritual, ó al contrario; la *metáfora*, repetiremos con Quintiliano, tropo *frecuentissimus et longe pulchérrimus, es una comparación implícita* y *abreviada, ó bien la substitución ingeniosa de una palabra por otra con motivo de la semejanza ó analogía que en el significado de entrambas percibe el entendimiento.*

En el principio de la frase: «*Las tempestades del corazón humano*», etc., hay una comparación abreviada, hermosa y lindísima metáfora, que si la descubrimos sonará de este modo: «Las terribles pasiones que agitan y conmueven el corazón del hombre son *como* esas tempestadas que de tiempo en tiempo agitan y revuelven las aguas del Océano.

Jorge Manrique habló del fin de la existencia humana, por medio de la siguiente metáfora:

Nuestras vidas son los ríos,
Que van á dar en la mar,
Que es el morir.

y Fernández de Andrada expresó idéntico pensamiento, si bien iba aplicado á sí mismo, valiéndose de la comparación:

> *Como* los ríos que en veloz corrida
> Se llevan á la mar, *tal* soy llevado
> Al último suspiro de mi vida.

Para nosotros, el arte de escribir se resume de un modo señalado en el arte de hallar las muy delicadas relaciones que naturaleza puso en los diversos órdenes de la creación. Ya sea la uniformidad del mar, que diríase favorece la pasión que rechaza todo consuelo; bien el ruido monótono de las olas, que indudablemente guarda semejanza con los clamores de un corazón adolorido; ya la tristeza de la que tan elocuentemente hablan al viajero los derruídos monumentos de nuestros mayores, ó el silencio de la callada noche que nos lleva á compararle con el pavoroso silencio de la eternidad; todo, absolutamente todo, nos está diciendo que el mundo físico cuenta en otra lengua la misma historia del corazón humano, que sus escenas tienen parentesco con los movimientos de nuestra alma, y, por tanto, que cualquier fenómeno de la naturaleza anuncia un fenómeno análogo en el mundo del espíritu.

Quien deseare penetrar hondamente en el misterioso encanto de tan delicadas relaciones, puede leer el bello libro, uno de los más bellos de nuestra época: *Le sentiment de la nature*, por Víctor de Laprade. Allí se enseña que la intensidad del placer producido con este arte, se mide por la delicadeza de la exactitud en las relaciones *de semejanza ó analogía* entre la naturaleza y el espíritu. Porque es de saber que éstas son reales ó imaginarias, posibles ó imposibles, y que el afán de buscarlas puede degenerar en inocente ó peligroso. Los culteranos, que rayaron en lo ridículo en punto á metáforas forzadas; Swift, empleándolas con gravedad irónica; Bacon, tomando en serio las que no tenían más realidad que la de su brillante inventiva; Machiavelli, corrompiendo á los príncipes con falsas analogías; sir William Temple, deduciendo de las propiedades de la pirámide todo un sistema de gobierno, y tantos otros que sería prolijo citar ahora, prueban con tales refinamientos, que les aquejaba do-

lencia mental, dolencia que pasando más tarde por una serie de grados y formas ha venido á terminar en el *calembour*, sutileza y conceptismo muy del agrado de los franceses de nuestros días.

Cada idioma las usa propias y peculiares: *la necesidad tiene cara de hereje*, es frase muy española, de que carecen las otras naciones, y que ha substituído á la metáfora de los antiguos: *los clavos de diamante de la dura necesidad*.

Nacer en las malvas. «Cada lengua tiene sus metáforas de que usa, las que si trasladamos á otra donde no se acostumbran, causan novedad y se extrañan, no entendiéndose bien á la primera vista. ¡Cuán ordinario es decir entre nosotros:—Señor, Fulano es un hombre *nacido en las malvas*.—¿Qué son malvas? ¿No son unas hierbecitas? ¿Y esas tienen hijos? No por cierto, ni tal es el intento del que así habla, sino que como son hierbas comunes de poco valor y poca estima, usamos de esta metáfora y llamamos *hijos de las malvas* á los *de* padres humildes».—*(Fr. Pedro de Vega)*.

Ventajas de la metáfora.—1.ª *Trae maravillosa lumbre á la oración y es causa de singular deleite lo nuevo de su hermosa gentileza*. Así puede verse en aquella pintura de Granada, cuando habla de la prodigiosa estructura del cuerpo humano.

2.ª *Labra, viste y alumbra la oración como si se sembrase y esparciese de estrellas*. Apurando el mismo autor el caudal de imágenes y la riqueza de nuestro decir metafórico, rompe con el más regalado y vehemente de los apóstrofes:

«*¡Dios te salve, llaga del costado de Jesús, puerta del cielo, ventana del paraíso, lugar de refugio, torre de fortaleza, santuario de los justos, rosa de inefable hermosura, rubí de precio inestimable, nido de palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomón!*» *(Medit.*, parte primera, sábado).

También es de notarse la belleza de esotras metáforas:

Diles: «Llagas de Dios, bocas divinas,
Lenguas del mismo bien, que con dolores,
Más que con elocuencias peregrinas,
De amor me descubrís altos primores;

Frescas rosas, ardientes clavellinas,
Rojos claros, suaves resplandores
Del sol de gracia y campo de la gloria,
Vuestro olor me haced y luz notoria.

(B.ª R.ª, Poemas épicos, I, [illegible], pág. [illegible]).

3.ª *Pinta los asuntos de índole generosamente poética con las tintas más suaves y delicadas.* Hablando Nieremberg de lo enlazadas que andan entre sí las virtudes, dice de esta suerte: «*Para que estuviesen más fortificadas, las unió la naturaleza, y para que fuesen más amigas quiso que estuviesen juntas asidas de las manos unas á otras, tomándose palabra de juramento, de fe, de paz y de amor.*»

4.ª *Con una sola palabra, un verbo, pongamos por caso, ilumina á veces una idea entera que vale por todo un discurso.* Ejemplo:

No borres de tu memoria
Á quien te *escribió* en el alma.

(B.ª de R.ª—*Roman. de Durán*, I, 23).

5.ª *Hace visible lo más impalpable y aéreo,* si vale la expresión: «*En los panegíricos se descubren las virtudes y se echa tierra á los vicios*», escribía el P. Márquez; *se callan, se ocultan,* podía haber dicho; pero aquel *echarles tierra* como quien tapa un robo ó un cuerpo muerto, por temor á la justicia, es de lo más galano que se conoce en el idioma de Cervantes.

Vecina de la metáfora, y propensa al artificio, encontraréis á la

ALEGORÍA, *es el tropo en que todas ó parte de las palabras de una proposición ó cláusula se toma en sentido distinto del que se les dió cuando se inventaron,* v. gr.: *Si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo fuera.*

Cuando la verdad, esposa del entendimiento, se ve despreciada, refúgiase en los dominios de la *alegoría;* merecedora de encomio si aparece clara y traslúcida, *si hija de la imaginación y de la inteligencia,* se indigna ante el comentario que la fuerza plástica de la concepción debe rechazar y rechaza por inútil. El

apólogo de Menenio Agripa acerca de los *miembros y el estómago* (Tito Livio, II, cap. XXII); el de Demóstenes *la sombra y el asno,* y las palabras de Nathán al Rey David (Lib. de los Reyes, cap. XII), son hermoso testimonio de lo que acaba de afirmarse.

EJERCICIOS

1.º El *consejero de las gracias*, llama un escritor al espejo.

El *carro* del Estado *navega* sobre un volcán.

¿Qué crítica puede y debe hacerse de los dos ejemplos que anteceden?

2.º *La ola que le arrastró se detuvo como espantada,* dice un poeta.

En esta metáfora se da sentimiento y acción á lo inanimado. ¿Se consienten tales personificaciones?

3.º ¿Qué palabras se han tomado en sentido metafórico en el primer ejemplo que sigue, y cuáles están sacadas de términos bajos en el 2.º?

1.º Dame, católico Rey,
Mi marido, luz del alma,
Flor de la misma nobleza,
Firme columna de España;

(B.ª de R.ª, *Rom.º Durán*, II, p. 201).

2.º Cada cual conforme al juicio
De su hueca calabaza,
Interpretó la divisa
Según lo que se le alcanza.

(B.ª de R.ª, *Rom.º Durán*, I, p. 125).

4.º ¿Hay alguna metáfora que podamos tachar de lejana y poco perceptible en esotro ejemplo?

«... que han pedido al cielo que, para humillar mi entono no se contente con haberme echado en remojo á puro hacer saliva, sino que llueve agua de Guinea sobre mis vestidos. Pues por mi fe que no hay para qué.» (B.ª de R.ª—*Nov. post. á Cervantes*, II, p. 55).

5.º Explíquese la significación de estas frases metafóricas que se leen en el *Quijote:*

1.ª Y podría ser que á quince días de gobernador *me comiese las manos tras el oficio.* (Parte II, cap. 33).

2.ª *Esto lleva camino*, dijo el cura. (Parte I, cap. 30).

3.ª Solamente venía *á perder los estribos,* como otras veces se ha dicho, en tratándose de caballerías. (Parte I, cap. 49).

4.ª Por cierto que sería gentil cosa casar á nuestra María con algún condazo ó caballerote que cuando se le antojase la *pusiese como nueva* (Parte II, cap. 5).

6.º Noble y magnífica es la metáfora, aunque sacada de cosa humilde del que dijo: «El Asia, *cuna* del género humano; ¿tiene las mismas prendas esta de Cienfuegos:

Tumba de toda el Asia fué su espada?

¿Hay en las espadas huecos ó cavidades como en una tumba?

¿Pudo decirse con propiedad de los campos de Maratón y Platea, y del mar de Salamina, que fueron *tumba* del Asia, porque allí quedaron muertos, y materialmente sepultados, los ejércitos del poderoso Jerjes?

7.º Si se da como regla que las metáforas serán defectuosas cuando por su profusión y amontonamiento hagan pesada y confusa la oración, ¿qué diremos de esta otra del mismo autor, que se lee también en la oda «*Á la paz de 1795*»:

Cuánto *llanto*, y *ruina*
Y *sepulcro* está *abriendo el ronco estruendo*
Del trémulo tambor.

El *ronco estruendo*, un sonido, ¿puede *abrir llantos* ni *ruinas*?

8.º Con *blanca nieve*, cuyo efecto es fuego,
Tierna le ciñe la robusta mano.
(Lope de Vega).

Por ventura, para decir que Circe tomó la mano á Ulises en señal de amistad, ¿no podía emplearse otra metáfora que fuese más inteligible?

9.º «Y ya que habemos *caminado tantas jornadas* en la castellana lengua, *apeándonos* de esta vulgar habla, montaremos en la latina para satisfacer á los deseos de tantos que codician mi estilo, etc.»—*(Carta de Paracuellos)*. ¿Qué hay aquí de bajo y humilde?

VIII

DESCRIPCIÓN

Tesoro de epítetos, de comparaciones y de cuantas figuras adornan é ilustran un brillante escrito; velo misterioso á través del cual se hacen patentes los encantos de naturaleza, portentosa hechicera que viste de nervios y de carne hasta las mismas abstracciones.

La descripción *ha de ser una pintura tan animada y viva, así de lo material como de lo abstracto, que parezca se está viendo.* «En la antigüedad, los coloristas pretendían rivalizar con la pintura y producir, mediante artificiosa selección de vocablos, un efecto semejante al de las artes plásticas . ¿Quién no se imagina asistir á la batalla de Lepanto, y que le salpica la nobilísima sangre de Cervantes, autor de los siguientes versos?

De temor y de esfuerzo acompañada,
Presente estuvo mi persona al hecho,
Más de esperanza que de hierro armada.
Vi el formado escuadrón roto y deshecho,
Y de bárbara gente y de cristiana
Rojo en mil partes de Neptuno el lecho:
La muerte airada con su furia insana,
Aquí y allí con priesa discurriendo,
Mostrándose, á quién tarda, á quién temprana:
El són confuso, el espantable estruendo,
Los gestos de los tristes miserables
Que entre el fuego y el agua iban muriendo:
Los profundos suspiros lamentables,
Que los heridos pechos despedían,
Maldiciendo sus hados detestables.
Helóseles la sangre que tenían,
Cuando en el són de la trompeta nuestra,
Su daño y nuestra gloria conocían.
A esta dulce sazón, yo ¡triste! estaba
Con la una mano en la espada asida,
Y sangre de la otra derramaba;
El pecho mío de profunda herida
Sentía llagado, y la siniestra mano
Estaba por mil partes ya rompida.
Pero el contento fué tan soberano,
Que á mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,
Que no echaba de ver si estaba herido,
Aunque era tan mortal mi sentimiento,
Que á veces me quitó todo el sentido.

(Cervantes).

Sean, pues, cualidades de la descripción: 1.ª, el poder de evocar lo que se ha visto, lo pasado y hasta el de mostrar con admirables pinceladas lo que el artista se imagina; 2.ª, tenga tal relieve, que ya por la imagen, ya por el efecto de sus pormenores más característicos la juzguemos nueva realidad.

A la cabeza de los que *describen para hacer ver*, está Homero, el más grande de los pintores literarios, el más sublime de los maestros, así antiguos como modernos.

Pintándonos á Menelao, herido por una flecha, compara su blanquísimo cuerpo y la enrojecida sangre que corría por todo él, al marfil que una mujer de Caria hubiese arrojado sobre encendida púrpura.

Esto es lo que llamamos *hacer ver,* cual si el artista de la palabra fuese un pintor ó un escultor.

Por ventura, ¿no han de presentarse también como modelo de realismo estas valientes pinceladas que parecen saltar del cuadro?

Ya lo saben cuantos han leído la composición de Fr. Diego González al *Murciélago alevoso;* allí Delio, indignado porque le destrozó los versos que estaba componiendo para Mirta bella, le maldice con toda suerte de imprecaciones, y tras la pintura de la vieja que lo deja medio muerto, vienen estas pinceladas de *realismo sano,* hijas de la más profunda observación:

Y luego sobrevenga
el juguetón gatillo bullicioso,
y primero medroso
al verte se retire y se contenga,
y bufe, y se espeluce horrorizado
y alce el rabo esponjado
y el espinazo en arco suba al cielo,
y con los pies apenas toque al suelo.
Mas luego recobrado,
y del primer horror convalecido,
el pecho al suelo unido,
traiga el rabo del uno al otro lado,
y cosido en la tierra observe atento,
y cada movimiento
que en ti llegue á notar su perspicacia
le provoque al asalto y le dé audacia.
En fin, sobre ti venga,
te acometa y ultraje sin recelo,
te arrastre por el suelo,
y á costa de tu daño se entretenga;
y por caso las uñas afiladas
en tus alas clavadas,
por echarte de sí con sobresalto,
te arroje muchas veces á lo alto.

El *realismo,* que sólo pinta lo feo, y el *idealismo* antinatural y quimérico, no pueden ser la expresión verdadera del arte, porque éste se halla á igual distancia del exceso de la verdad, de lo bajo, violento y repulsivo, de la torpe fotografía, como del heroísmo de teatro, de cuanto se tiene como irreal y caprichoso, por absolutamente imposible.

Hacer de la *descripción, del arte,* una simple fotografía en la que no se reproduzca sino el lado feo, es envilecerle, falsear la realidad, privándola de sus elementos bellos, que también los tiene. No rebaje á la imaginación hasta convertirla en instrumento que, á modo de lente, impida la *interpretación,* la *transformación* de lo por ella visto y observado, sello de la personalidad artística.

Llámase ENUMERACIÓN, *si describe por modo rápido los diversos aspectos de una idea ú objeto.*

Es gallardo ejemplo aquel de Cervantes en *La Señora Cornelia:* «Sería nunca acabar referir lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó D. Juan, lo que sintió D. Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera y el júbilo del ama, la admiración de Fabio y, finalmente, el general contento de todos.»

EJERCICIOS

1.º Haciendo el P. Isla el retrato de un predicador *gerundiano,* muy distinto, de todo en todo, al de aquellos que en España renovaron las glorias del púlpito, singularmente Fr. Luis de Granada, ángel de la elocuencia, como le llamaban sus contemporáneos, dice:

«Hallábase el padre predicador mayor en lo más florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuellierguido, su cerquillo copetudo y estudiosamente arremolinado; hábitos siempre limpios y muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo, su solideo de seda, hecho de aguja, con muchas y graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa, obra toda de ciertas personas que se desvivían por su padre predicador. En conclusión, él era mozo galán, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en los modales, boato en el estilo y osadía en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar sus

sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura, no sólo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calles los estrados.»

¿Pertenece la descripción del pasaje anterior al realismo censurable, ó es digna de alabanza por la viveza del colorido?

2.º ¿Sufre la vehemencia de la pasión los equívocos, retruécanos y afeites retóricos que se leen en el comienzo de «*La vida es sueño*», para describir cómo una mujer cae despeñada por un monte con su caballo?

Hipogrifo violento
Que corriste parejas con el viento,
¿Dónde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
De estas desnudas peñas,
Te desbocas, te arrastras y despeñas?
Quédate en este monte
Donde tengan los brutos su Faetonte.

3.º En el retrato moral que de Don Quijote y Sancho hace nuestro Cervantes en los pasajes que ahora siguen, ¿hay á la vez *realismo* é *idealismo*?

Don Quijote dice á los Duques: «*Yo inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.*» Sancho á su Teresa: «*Yo os digo, mujer, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una ínsula, aquí me caería muerto.*»

4.º Al idealismo casi delirante del buen hidalgo, opone su escudero esotro razonamiento: «*Desa manera*, dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, *no aprobará vuesa merced aquel refrán que dice: «muera Marta, y muera harta»; yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo, antes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere; yo tiraré mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuesa merced; y créame, y, después de comido, échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas hierbas, y verá cómo, cuando despierte, se halla más aliviado.*» (*Quij.*, II, 59.)

¿Es dechado de realismo hermoso, ó toca en lo bajo ese hablar con tan grosero sentido, mientras comía á dos carrillos?

IX

NARRACIÓN

Como fundamento del arte literario, tócanos hablar, más que de sus diversas especies, de los caracteres que en general ostenta la interesante y seductora *narración*, conjunto de tan preciadas cualidades artísticas, que por lo poco comunes se estiman como agasajo hecho por naturaleza á ingenios privilegiados, sin otra condición que la de pedirles presten para ello el caudal de una inmensa cultura, adquirida, ya con el estudio, ya con el trato diario.

«Los genios observadores de todo sacan provecho, y á veces aprenden á conocer más á los hombres en los viajes, y en los azares de los caminos, que en la lectura de los libros, que son observaciones de ajena experiencia.» En esta escuela han estudiado siempre los escritores dramáticos, los fabulistas, que semejan á narradores infantiles, y singularmente los novelistas, maestros en el arte de contar *historias fingidas* y tejidas de casos verosímiles.

Sea la primera ley de la narración, el encanto del interés. ¿Y cómo despertar la curiosidad para que el relato adquiera verdadera importancia?

Procurando que en nuestras narraciones, por breves que sean, haya siempre: *exposición, nudo* y *desenlace*.

Un comienzo sencillo, sin afectación, como enemigo de inútiles preámbulos, un comienzo ex abrupto; el

. . . . et in medias res
non secus ac notas auditorem rapit...

de Horacio, vale más que el acicalado, frío y difuso exordio de aquellos inoportunos narradores con quienes encarándose Racine, les dijo: *bien, pasemos al diluvio.*

Para dar cuenta del incendio de Moscou, dice un historiador, con rapidez que verdaderamente enamora:

«Dos oficiales se instalaron en los edificios del *Kremlin;* desde

allí, abarcaban con la vista el norte y el oeste de la población. Hacia media noche, despertóles súbitamente vivísimo y extraordinario resplandor; miraron, y vieron con asombro, que las llamas dominaban ya todos los palacios, y que se iba desplomando su elegante y noble arquitectura, cuyas encendidas astillas y pavesas caían con rapidez sobre la misma techumbre del Kremlin.»—Nada tan sencillo y exento de pretensiones como el principio de esta fábula de Iriarte:

Un mudo á nativitate
y más sordo que una tapia,
vino á tratar con un ciego
cosas de poca importancia.

(Los cuatro lisiados).

A la *exposición,* que ha de nacer, como la flor del tallo, para valernos de un símil de Cicerón, sigue el *nudo,* momento el más interesante y en el que, por la complicación de los hechos, debe quedar indeciso el desenlace de la acción.

Tal es aquel pasaje de *Los Mártires,* tantas veces citado, y siempre nuevo, en el que al cristiano Eudoro se le participa, en el mismo instante en que le llevaban al martirio por no querer apostatar de la fe, haber sido condenada su esposa á vivir en un lugar de infamia, castigo afrentoso del que solamente podría librarla, ofreciendo él sacrificios á los falsos dioses.

Aquí el interés de la acción crece por momentos, y el lector vacila, pues ignora lo que hará el desventurado Eudoro en tan horrible situación. Así, pues, comienza el *nudo.* Lo copiaremos para que no resulte un tapiz vuelto del revés:

Cymodocée aux lieux infâmes! La poitrine du martyr se soulève, l'appareil de ses plaies se brise et son sang coule en abondance. Le peuple, saise de pitié, tombe lui-même à genoux et répète avec les soldats: *Sacrifiez, sacrifiez!* Alors Eudore, d'une voix sourde: *Où sont les aigles?* Les soldats frappent leurs boucliers en signe de triomphe et se hâtent d'apporter les enseignes. Eudore se lève, les centurions le soutiennent, il s'avance au pied des aigles, le silence règne parmi la foule. Eudore prend la coupe, les évêques se voilent la tête de leurs robes, les confes-

seurs poussent un cri, la coupe tombe des mains d'Eudore; il renverse les aigles, et se retournant vers les martyrs, il dit: *Je suis chrétien!*

Véase ahora el *nudo* que ofrece la fábula de Iriarte antes citada:

Hablaba el ciego por señas,
Que para el mudo eran claras;
Mas hízole otras el mudo,
Y él á oscuras se quedaba.
En este apuro, trajeron,
Para que los ayudara,
A un camarada de entrambos
Que era manco por desgracia.
Este las señas del mudo
Trasladaba con palabras,
y por aquel medio el ciego
Del negocio se enteraba.
Por último, resultó
De conferencia tan rara
Que era preciso escribir
Sobre el asunto una carta.
«Compañeros, saltó el manco,
Mi auxilio á tanto no alcanza;
Pero á escribirla vendrá
el dómine, si le llaman.»
«¿Qué ha de venir, dijo el ciego,
Si es cojo que apenas anda?
Vamos; será menester
Ir á buscarle á su casa.»
Así lo hicieron, y al fin
El cojo escribe la carta;
Díctanla el ciego y el manco,
Y el mudo parte á llevarla.
Para el consabido asunto
Con dos personas sobraba;
Mas como eran ellas tales,
Cuatro fueron necesarias.

El desenlace, punto en que al desatarse el *nudo,* queda satisfecha la curiosidad del lector, aunque imprevisto, debe ser consecuencia verosímil de lo que antes se halla expuesto, y decimos imprevisto, porque si se adivinara, desaparecería el encanto que engendraron el interés y la curiosidad.

Por ventura, ¿no le tiene esta anécdota que vamos á referir?

«Como cierto mercader hubiese vendido á la emperatriz joyas falsas por legítimas, irritada ésta en gran manera, quiso que se hiciese con él un castigo singular. El emperador Galiano consintió en ello, y al efecto dió órdenes para que el fullero del vendedor fuese llevado al circo y lanzado á las fieras. Mi pobre hombre temblaba de pies á cabeza, y diríase que los espectadores casi no respiraban, á juzgar por el silencio profundo que allí reinó en aquel momento; imaginábanse que los leones, los tigres y los osos, al salir de sus jaulas le iban á devorar, pero cuál no sería su asombro cuando vieron aparecer... *¿qué?... un carnero.*

Todo el mundo se echó á reir; y el emperador dijo: *puesto que engañó, también se le engaña ahora.*»

Leamos ahora el desenlace de la fábula *Los cuatro lisiados:*

Y á no ser porque há tan poco
Que en un lugar de la Alcarria
Acaeció esta aventura,
Testigos más de cien almas,
Bien pudiera sospecharse
Que estaba adrede inventada
Por alguno que con ella
Quiso pintar lo que pasa.
Cuando juntándose muchos
En pandilla literaria,
Tienen que trabajar todos
Para una gran patarata.

Proscríbanse en la *narración* las digresiones episódicas, y para ello recordemos el:

semper ad eventum festinat

que dice Horacio elogiando á Homero, y no busquemos atenuación á nuestras faltas en las acciones secundarias que introdujeron, pongamos por caso, Cervantes, en el *Quijote;* Molière, en algunos de sus *desenlaces;* Lesage, en el *Gil Blas,* y Byron en su *Don Juan*, pues no se toleran en el *talento*, y menos al escritor mediocre, las *libertades que se toma el genio.*

I

CONSEJOS

Sea el uno de ellos el no incurrir en

Vulgaridades.

Todo se puede decir, pero el arte pide de nosotros que sepamos decirlo. Nada más naturalista que la escena de los batanes, y, con todo, Cervantes salvó el peligro con dos frases que gozan de la inmortalidad: «*Peor es meneallo*», «*hueles y no á ámbar* , frases que se levantan hermosas en medio de la podredumbre que envolvía á Don Quijote.

«Estaba en un error, escribe Cervantes en el *Coloquio de los perros*, quien decía que no es torpedad ni vicio nombrar las

cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos, que templen la asquerosidad que causa el oirlas por sus mismos nombres: las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia ó las escribe.»

No afirmemos de quien así aconseja que pertenece al número de aquellos que «*dicunt et no faciunt*», porque ningún otro autor tuvo ocurrencias más felices para expresar de un modo delicado *ideas* que no lo son.

«Si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincón sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, *ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo.*» *(Don Quijote,* I, 11.)

Al modo que ciertas faltas contra la buena crianza delatan al que no las recibió desde niño, hay defectillos que ponen de manifiesto la ausencia de educación literaria. ¿Dónde la recibieron los que incurren en la vulgaridad de estampar á todas horas el término «*cosa*»? La primera *cosa* que ha de hacer el buen gobernante.—La primera *cosa* que hace al despertar es encomendarse á Dios.—La primera *cosa* que necesita el traductor.—Lo *primero* (y *déjese de cosas)* que debe aprender un traductor, y los que *del escribir hacen un oficio,* es estudiar radicalmente la índole de su propio idioma.

«Casi á raíz del renacimiento de aquella ciudad, llegaron á reunirse *obra de seiscientos* papiros que se guardan en el Museo de Nápoles.

Nunca dominaremos la lengua con el simple estudio, y menos con el *estudio simple* de la Gramática, que es lo usual y corriente. Hay en los idiomas una parte libre, poco escrupulosa, que se burla de los *dómines*, y hasta de los filósofos. No hay fuerza humana que detenga el curso de los *idiotismos*. El genio de los filólogos y el de esas *ilustres Corporaciones* establecidas para conservar la pureza de los idiomas, es impotente ante las genialidades de una lengua. ¿Qué relación existe entre la mano abierta ó cerrada y nuestro convencimiento de que la tierra se mueve, para decir que lo *creemos á puño cerrado*? Es una mano fantástica, si os

place, pero ¡qué fuerza es la suya! Dícese muy frescamente *puño cerrado*, como si alguien hubiese visto alguna vez un *puño abierto*. ¿Quieren ustedes mayor arbitrariedad? ¿Cabe absurdo más grande que exigirnos pongamos una idea en la palma de la mano y la apretemos fuertemente para que no se escape, para que nuestro convencimiento esté fuera del alcance de toda incertidumbre? ¿Han protestado los filósofos? ¿Qué han hecho los filólogos? Doblar la cabeza y sancionar tan pintoresca imagen. Y es lo mejor que podían hacer, dice Selgas.

No es mi ánimo que, imitando al predicador que hacía el panegírico de San José, digan en momentos solemnes, en asunto grave: «y el *Santo dormía á pierna suelta*», porque en estos casos la lengua tiene maneras más elegantes, pero sí pediré, si queréis distinguir el sueño apacible, franco, profundo, libre de inquietudes y sobresaltos, de otra especie de sueños, que os acojáis á dicha frase, porque expresa la mejor manera de dormir, ya sea en mullido lecho de plumas, ya sobre la dura tierra, ó en la ingrata aspereza de un montón de piedras. No se ha de preguntar al caprichoso del idioma por qué representa el más hondo, el más tranquilo de los sueños, con la imagen de una *pierna*, y por añadidura *suelta*. No hay para qué acordarse ahora de lo que significan *suelto de manos, suelto de lengua;* pero sí parar mientes en que la felicidad se vale de este linaje de sueños, como de un buen amigo, para burlarse de los pavorosos que traen inquietos al malvado favorecido por la fortuna. El dormir de la inocencia, el sueño del justo, permanecería confundido con el vulgo de los sueños, si el instinto del pueblo no le hubiese dado un nombre original; si la multitud *ignorante* no le hubiese consignado en su libro de texto, «*el uso*», plausible decisión aprobada después con regocijo por la *Academia de la lengua*. *Dormir sobre*, es cosa que da en qué pensar; porque, «*duerme sobre* sus laureles», es todo lo contrario de: «*duerme sobre* el discurso que ha de pronunciar muy en breve».

De la noche á la mañana nos encontramos con frases como las dos aquí citadas. Se dirá: pero estas frases no tienen historia, faltan á la Gramática, pecan contra el sentido común. Cierto, mas como han nacido al calor de la lengua, merecen notarse. Que al hacerlo así no vamos fuera de camino, ni con mala compañía,

lo fiará el hecho de que escritor tan pulcro y académico como Selgas pusiera acotaciones á las siguientes:

«*Creer á piejuntillas*.» Esta frase brutal, sin sentido propio ni ajeno, verdaderamente estrambótica, sale no se sabe de dónde, y saltando de boca en boca se impone á la Academia, se impone á la Gramática, y nos obliga á todos á reconocer en ella el poder de una legitimidad indiscutible.

No hay, pues, más remedio que creerla á *piejuntillas*.

Podemos decir, sin provocar las censuras de los gramáticos ni excitar el enojo de los académicos, que ya en este mundo de la publicidad no necesitan las perversidades la careta de la honradez; todo se puede hacer *á ojos vistas*.

Por medio de esta concordancia vizcaína, sin pies ni cabeza, es decir, por medio de esta locución verdaderamente libre y fuera del alcance de toda regla, podemos dar á entender el desconcierto del estado moral en que vivimos.

Aplicada á este caso general de pública desvergüenza, preciso es convenir que no le falta cierta filosofía, pues sea como quiera, el libertinaje de nuestras costumbres encuentra una expresión adecuada en el desconcierto de esas palabras.

A ojos vistas... ¿De dónde ha salido esa frase...? He ahí una pregunta inútil, porque nadie sabe contestarla. Los más incansables investigadores arquearán la cejas, elevarán el labio superior y se encogerán de hombros, porque la erudición más acabada no tendrá otra cosa que contestarnos.

Es claro que alguna boca humana la pronunciaría por primera vez, y es de presumir que esa boca anónima no sería excesivamente culta. De seguro el autor de la frase no debió ser ni gramático, ni académico, ni erudito, ni literato; positivamente, si nos fuese dable averiguar su nombre, no encontraríamos en él un nombre ilustre, ni en las letras, ni en las ciencias, ni en las artes.

Es indudable que tan disparatada locución salió de los labios de la ignorancia misma: el que la dijo no supo lo que se decía, aunque supiera lo que quería decir.

Y bien... ¿qué mérito singular se encierra en ella para que desde el primer momento fuese aceptada y repetida de boca en boca, y haya adquirido al fin la sanción de una legitimidad incontestable? Porque nosotros mismos, los maestros, los literatos, los eruditos

en esta materia, los que estamos obligados á tener la Gramática en la uña, y á saber el Diccionario como el Avemaría, no nos desdeñamos de usarla siempre que el caso se presenta, y aun nos valemos de ella con preferencia á otras más racionales ó menos desatinadas.

Se dirá, el uso..., el uso... Pero bien, ¿qué es el uso? Es contestar con la misma pregunta, porque en último resultado el uso no es más que el hecho.

Sería ciertamente un fenómeno digno de estudio si ofreciera algún resquicio por donde pudiera penetrar la razón humana; pero es el caso que se niega á toda indagación. Cuantas más vueltas se le da más impenetrable se nos presenta.

II

PONER EN PROSA UNA COMPOSICIÓN POÉTICA

Entre los caminos que llevan derechamente al dominio de la prosa, al perfecto y acabado conocimiento que de ella han de adquirir los que tiran á no confundirse con el *servum pecus* de los *escribidores,* cuéntase el de poner en prosa trozos de grande aliento poético. Se alcanza al menos avisado que por este medio se descubrirán las diferencias de entrambos lenguajes. No juzgamos que el de la poesía excluya el de vocablos propios para nombrar los objetos, ni que deba substituirlos siempre con metáforas ó perífrasis; pero sí confesaremos que nuestro ideal se cifra en que las *formas* bellas se consagren á vestir y engalanar pensamientos bellos.

Para ajustar á las leyes de la prosa el animadísimo diálogo de Tirso, en el que no parece sino que D. Juan y la villana de Vallecas se usurpan mutuamente las palabras, sería preciso restablecer las proposiciones suprimidas por lo vivo de la situación dramática, y convertir en elocuente período aquel derroche de entrecortadas frases. Ejercicio es este que no puede menos de adiestrar á los principiantes. Mas en el *salto lírico,* donde el vuelo de la fantasía hace caso omiso del apretado enlace de las ideas, y echa mano de las palabras, apóstrofes y exclamaciones de todo en todo

ajenas al carácter de la prosa, en composiciones de este linaje es donde mejor se pondrá de manifiesto lo provechoso de ensayos, al parecer humildísimos.

Descendamos á la práctica:

Alma región luciente;
prado de bienandanza, que ni al hielo
ni con el rayo ardiente
fallece; fértil suelo,
producidor eterno de consuelo.
De púrpura y de nieve,
florida la cabeza coronado,
á dulces pastos mueve,
sin onda ni cayado,
el buen Pastor en ti, su hato amado.

Deshecho el verso tendremos:

Región alma, luciente, prado de bienandanza, que no fallece ni al hielo ni con el rayo ardiente, suelo fértil, producidor de consuelo eterno. Coronado la cabeza de púrpura y de nieve, el buen Pastor mueve en ti (en el prado), sin honda ni cayado, su amado hato.

Este trozo de prosa parecería mal, por las razones que sumariamente expondremos. Para describirnos la vida del cielo como la más feliz y alegre, comienza por un apóstrofe bellísimo; pero con palabras que no caben dentro de los estrechos moldes de la prosa. *Alma* viene del latín *almus, á, um* (de *alo), lo que cría ó alimenta:* es voz consagrada solamente al culto de la poesía, y tiene la significación de *venerable, santo, benéfico, augusto;* luego cae fuera de los linderos de la prosa. *Luciente,* participio, *el que luce;* sus modestos representantes en el hablar suelto y desatado son los sinónimos *brillante, refulgente, resplandeciente, rutilante* y *coruscante* tienen más ínfulas.

La hermosa metáfora y el epíteto, que todo esto se halla junto con el «*prado de bienandanza*», han de tenerse por flores cultivadas en el jardín de la poesía; pero que nunca crecieron ni aun en los regalados huertos de Granada y Cervantes. La palabra «*bienandanza*», á la que substituyen con decoro *felicidad, prosperidad* y *ventura*, sería inadmisible en prosa.

«Que ni al hielo ni con el rayo ardiente—fallece...» Esta metonimia de la causa por el efecto, es decir, el *«hielo»* y el *«rayo»* por el *«frío»* y el *«calor»*, toca á la cumbre más alta del Parnaso; y no creemos haya quien ose emplearla ni aun en lo que, por una paradoja, llaman ahora *prosa lírica*. En cuanto al *fallece*, por *marchita*, ni el muy elegante Francisco de Medina lo hubiese prohijado en su magnífico Prólogo al *Comentario de Herrera*.

«De púrpura y de nieve, florida la cabeza, coronado...» Un prosista hubiese dicho que *el Buen Pastor lleva la cabeza coronada de rosas encendidas como la púrpura, y de azucenas blancas como la nieve;* esto le pareció muy pobre al príncipe de nuestros líricos, y, tomando el abstracto por el concreto, escribe con la mayor osadía, merecedora de aplauso en el género que cultiva, que *son la misma púrpura y la misma nieve trocadas en flor*. ¿Por ventura se consintió alguna vez á los prosistas helenismos como el de *«coronado la cabeza»*, esto es, el acusativo libre ó de limitación, como explican los modernos? Le llamamos así porque las gramáticas empíricas explicaban este helenismo por sobrentenderse, según decían, la preposición *katá*.

El va, y en pos, dichosas,
Le siguen sus ovejas, do las pace
con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza, más renace.

Concisa por todo extremo, de encantadora sencillez, es la forma de los tres primeros versos. En esto caminan á la par uno y otro modo de decir; pero en «*do* las pace», débese advertir que á nuestros escritores en prosa, les está prohibido hace más de cien años, como ya se ha dicho, *so* pena 25 ducados de multa, *do* quiera que escriban el uso del *so* y del *do*, que tan sonoros parecen á los aprendices de poeta.

Con inmortales rosas,
con flor que siempre nace,
y cuanto más se goza, más renace,

aquí la distancia de entrambos lenguajes es incomparablemente mayor. En prosa corriente diríamos: *donde las apacienta con*

rosas que cuanto más se come de ellas más renacen; pero en la oda calificaríase de baja esta expresión; huyendo de tanta humildad, se acogió al epíteto *inmortales* y á la metáfora del verbo *gozar,* con lo que la sentencia cobra dignidad y elegancia inusitadas.

Y de su esfera cuando
á cumbre toca altísimo subido
el sol, él, sesteando,
de su hato ceñido
con dulce són deleita el santo oído.

A no dudarlo es la estrofa más bella y delicada de la composición, ya por su ternura, ya por el giro poético y la perífrasis de que se vale para decir *que el sol llega á mitad de su carrera,* esto es, al medio día.

Podía haber escrito *cercado, rodeado,* pero usó *ceñido* para expresar la apretada unión y estrecho amor que reina entre el Pastor y su grey, entre Jesús y sus escogidos. Explicando en los *Nombres de Cristo* la fuerza de esta palabra, dijo el mismo Fray Luis de León: «No está la vestidura tan allegada al cuerpo del que la viste, ni *ciñe* tan estrechamente la cintura la cinta, ni se ayuntan tan conformemente los miembros con la cabeza, cuanto Cristo nuestro divino Pastor consigo, y entre sí hace una grey.»

Todo esto prueba que aun prescindiendo de la versificación y de las elegantes transposiciones que distinguen á la una de la otra, hay en la poesía que se acaba de analizar algo que la separa de lo que debe ser la mera prosa.

Regla.—*La buena poesía, deshecha la versificación, resulta una mala prosa;* pero ha de tenerse por ejercicio utilísimo para conocer las cualidades que en especial convienen á cada una de ellas, y singularmente sus diferencias en punto á lenguaje. En otros términos: la *poesía prosaica* no es buena, y la *prosa poética,* mala.

III

TRADUCIR

No es interpretar por modo aproximado la mente de un autor, sino hacer pasar las bellezas de una lengua á otra, decirlo con los mismos primores, vestirlo con iguales arreos con que Virgilio y Horacio lo hubiesen adornado, caso de traer á nuestro idioma lo que el poeta de Mantua y el cisne de Ofanto cantaron en el suyo propio. Que sea este uno de los más acertados y ventajosos procedimientos de que han de valerse los que apetezcan caudal de voces y giros, cosa es que parece estar fuera de toda suerte de duda. Volver á otra lengua las obras inmortales de los clásicos, esas en que se halla contenida la sabiduría de un pueblo, equivale á conquistar, por así decirlo, con la punta de la espada, lo santo, lo sabio, lo poético, lo filosófico, lo moral, de las grandes literaturas; á luchar cuerpo á cuerpo con eminentes artistas; arrancar de sus obras el color local, el matiz que dieron á las palabras, según el lugar que ocupan en la oración, la unidad, número y gracia que del sobredicho artificio literario recibieron, el genio del idioma, para decirlo de una vez. Así aprenderemos que el castellano puede ser conciso vertiendo á Tácito; grandilocuente, si á Cicerón; lleno de vida al trasladar las narraciones de César.

Tales exploraciones filológicas, esa especie de manipulación crítica del lenguaje, no puede menos de conducir á la región esplendorosa donde se encuentra, junto al significado primitivo y esencial de las voces, el efecto literario que un idioma alcanza bajo el reinado de los buenos escritores, bajo la pluma de los maestros en bien decir.

Aun ciñéndonos á la traducción *rígidamente literal*, *brutalmente literal*, como decía con mucho ingenio uno de los más celebrados en nuestra patria, el éxito no podrá menos de coronar tan generosa tentativa. Quien la acometiere sin preocupaciones, sin prejuicios de escuela, topará con la diferencia de construcción entre uno y otro idioma, con la índole propia de los vocablos; verá en qué se asemejan, en qué son opuestos, y cómo de tarea

por extremo humilde sale el enriquecimiento de su inteligencia; un nuevo caudal de voces y de frases en las que no había parado mientes, y un dominio en el arte de componer que nunca pudo sospechar.

Ya lo dijo Alcalá Galiano: «el estudio profundo y detenido de las lenguas extranjeras, lejos de contribuir al deterioro de la propia, sirve para conocerla y manejarla con más acierto.» (Discurso leído en la R. A. E.).

¿Qué pierde la nuestra, preguntamos, con la versión *brutalmente literal* de la primera cláusula del *Telémaco*, si á ella acompaña la glosa de un Capmany, maestro en el *arte de traducir*?

Calipso no podía consolarse de la partida de Ulises.	*Calipso ne pouvait se consoler du départ d'Ulisse.*

Yo tampoco puedo consolarme, ó, por decirlo mejor, contentarme con esta frase, que es muy desnuda, incompleta y ambigua para empezar á pintar el estado en que se hallaba Calipso cuando vió á Telémaco la primera vez. Me parece se podía haber dicho: *estaba aún inconsolable Calipso por la ausencia de Ulises;* ó de esotro modo: *no hallaba Calipso consuelo desde la ausencia de...* y ésta es frase todavía más usual y conocida en castellano.

En cualquiera de ambas traducciones se comprende el origen, el motivo, y la duración de la pena, y la desesperación del alivio, que aún continuaba cuando Telémaco llegó á su isla. Nuestras novelas principian representando, ó la estación del tiempo, ó el estado de las cosas, ó la situación de la persona que sale á la escena para referir luego sus cuitas ó sus dichas.

Consolarse, ó no consolarse de... no es régimen de este verbo en castellano, aunque lo puede ser de *contentarse;* ni tampoco *poderse ó no poderse consolar* es de la índole de nuestra lengua.

Hay además cierta ambigüedad, porque el *no podía consolarse de la partida*, no aclara bien si procedía el sentimiento de que había de partir, ó de que partía en aquel punto, ó de que había ya partido, puesto que por todos los tres motivos podía padecer desconsuelo.

Me atrevería á apostar que no habrá lector ni lectora, á quien no disuene una entrada tan fría y aislada.

¡Ah que nous devrions nous écrier que tout ce que nous faisons ici dans le monde pour le ciel est bien peu de chose!	¡Ah, que debiéramos *exclamar*, que cuanto hacemos aquí en el mundo por el cielo es todo bien poca cosa!

¡Ah, debiéramos exclamar á nuestra vez!: estos adúlteros, dejando su propia y legítima lengua, se van en busca de giros extraños, y por medios ilícitos, que medio ilícito y reprobado es, allegan dinero y más dinero á las empresas editoriales. Cuentan que lord Byron, viajando por Italia, supo que un escritor zarramplín había acometido á traducir el Manfredo, uno de sus mejores poemas. El noble lord mandó llamar al traductor, y le dijo: ¿Cuánto piensa usted ganar con su traducción? Ochocientos escudos, por lo menos, milord. El poeta contó allí los ochocientos, y dijo: Los que usted se propone ganar; y estos quinientos de adehala, para que no vuelva á pensar en traducir ninguna de mis obras.» El *señor* vizconde de Chateaubriand le hubiera dado cincuenta mil reales y su cartera de *negocios extranjeros* encima, al literato español, para que no le tradujese *El Genio del Cristianismo*.

EJERCICIOS

1.º Bócoris contaba por nada á los hombres creyendo que no habían nacido sino para él, y que era de otra pasta que los demás.	*Il comptait pour rien los homes, croyant qu'ils étaient faits que por lui; et qu'il étai, d'une autre nature qu'eux.*

Explíquese lo absurdo de traducción tan rígidamente literal, y los giros propios que le corresponden.

Aunque ello parezca pobrísimo á muchos literatos de flamante estofa, pondremos un nuevo ejemplo:

2.º Fuit hæc sapientia quondam *(vatum)*.

Fué esta la sabiduría en otros tiempos de los poetas.

Poco ha de entender en achaque de lengua quien tuviere por elegante dicha traducción.

En esto consistía antiguamente la sabiduría de los poetas.—Tal fué la sabiduría de los poetas.

En esto se cifra, etc. Cifrábase en esto, etc.

He ahí unos cuantos giros que prueban cuánto puede adelantarse en tales ensayos, cuando se hacen de buena voluntad.

3.º Accesit numerisque modisque licentia maior.

(Hor. *Epistola ad Pisones*, v. 211.)

Traducción *brutalmente literal:*

«Se acercó á los números y á los modos licencia mayor.»

Traducción del mismo pensamiento deshecho el hipérbaton, es decir, *robando* el genio de las dos lenguas:

«Mayor licencia se acercó á los números y á los modos.»

Pero hablando en plata, como este *acercarse á los números y modos* no es, ni *fué*, ni nunca será castellano, aun para los que intentan traducir *literalmente*, no de un modo *brutal*, les es forzoso buscar otro giro:

«Se dió más libertad á la música y á la poesía.»

Pero, ¿quién dió jamás *libertad* para el desenfreno? Se la toman algunos, mas nadie la otorga:

En la música y versos se *introdujo*
cierta licencia nunca autorizada:

(Burgos.)

á los versos y al canto juntamente
mayor licencia dió. . . . .;

(M. de la Rosa).

. . . . *Mayor licencia*
Se notó ya en los números y modos

(G. González).

Antójasenos ¡tanto ciega el amor propio! que de haber escrito en castellano, Horacio habría preferido uno de estos dos giros: «*se hicieron más bulliciosas, mostráronse más desenvueltas la poesía y la música*». A no haber entablado la lucha entre dos lenguas, ¿hubieran surgido en nuestra imaginación el *bulliciosas y desenvueltas*?

(Más libres fueron ya, más descompuestas, dijo Iriarte.)

IV

PRÁCTICA

El mejor procedimiento para llegar á la posesión del *Arte de componer*, es el de *componer*. *La pluma nos engendra para el bien decir; es como el primero y más hábil de los maestros, decía Cicerón* (1).

> Oui, j'écris rarement, et me plais de le faire
> non pas que la paresse en moi soit ordinaire
> mais, sitôt que je prens la plume à ce dessein,
> je crois prendre en galére une rame á la main...

Contra tamaña esterilidad, contra el espíritu de aquella carta en la que escribiendo á su marido, decía una dama del siglo XVIII: «*Os escribo porque no sé qué hacer, y concluyo porque no tengo nada que deciros*»; contra aquel tomar la pluma y dejarla por no saber qué escribir; contra el «estar suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mejilla»; contra esta parálisis voluntaria del espíritu, nacida del afán de dejar á la naturaleza que hable, es fuerza recordar aquello de «*querer es poder*».

Será bien digamos al término de la jornada, por si pareciere que se ha evaporado, valga la expresión, el título de la obra, que fué nuestro propósito mostrar cómo los maestros tomaban la pluma; enseñar á redimir los pecados que otros cometieron; á descomponer un período en sus partes ó elementos; analizar su construcción y régimen; escamondar las cacofonías, hiatos y barbarismos poniendo de manifiesto así los pecados contra la pureza del lenguaje como los encantos de la dulce y regalada harmonía; enseñar prácticamente en qué está la verdedera originalidad y cuál sea el mejor estilo; cuándo la circunlocución ó rodeo de palabras adolece de vicio; cómo se alcanza la propiedad de los vocablos; en suma, mostrar las prendas que deben adornar al artis-

---

(1) Stylus optimus et præstantissimus dicendi effector ac magister. (Cic. de *Orat.* I, 33).

ta y los medios de que puede disponer para la cabal y perfecta ejecución literaria.

Quédese para otros la ambición de enseñar á escribir un drama, cómo se *hace* una oda y cómo ha de empuñarse la trompa épica. A nosotros nos place llevar al lector por sendas más trilladas; convidarle á que escriba, bien una carta familiar, ya una certificación facultativa, ahora una descripción (en la que entre el menor número de elementos) de una tempestad, luego la narración de una fiesta de aldea, y al fin, el sencillo discurso de gracias después de un certamen escolar.

Sirvan, pues, de ejemplo, esta carta de pésame y la adjunta instancia al Director general de Instrcción pública, en la que se pide que los catedráticos de Literatura no expliquen Gramática latina, ni éstos aquélla.

EJERCICIOS

1.º «Doy á usted mi sentido pésame», «siento en el alma la muerte de su buena mamá por constituir para ustedes una pérdida irreparable.» Escribir de esta suerte á una señora discretísima, cuando acaba de perder á la madre en cuyo rostro se dibujaban el candor y la inocencia, y que no obstante haber llegado á los ochenta y dos años, parecía que no había de morir, tan perfecta era su salud. Una señora que fué en el mundo dechado de virtudes, mujer ciertamente venerable; pérdida como esta, pide una carta que rompa los moldes de lo vulgar, si quien la escribe es un sacerdote que hace profesión de literato, y si la persona á quien va dirigida se distingue en todo por su pulcritud y atildamiento. — Analícese la siguiente, escrita en circunstancias tan excepcionales:

Sra. D.ª M...: Ya no volverá usted á escribir más cartas con aquel tan enamorado encabezamiento: «*Mamita mía*»; ¡ni yo volveré á sentir en las despedidas el frío de aquella mano que tan afectuosamente estrechaba la mía!

De tal modo estábamos hechos á contemplar la hermosa ancianidad de mi señora D.ª M. Ll., que la imagen de una perpetua separación se iba alejando cuanto más se acercaba en la realidad el fin de sus años. Sin duda, esta es la razón de haberme sorprendido penosamente un suceso que por ventura sospechaban muy próximo los que no vivían en tan dulce engaño. Por más que yo no he presenciado los postreros instantes, ese crepúsculo temeroso de la otra vida, tengo la convicción que los de su mamá de usted fueron algo parecidos á lo que llamé en mi último sermón: «*entrada en el atrio maravilloso de la Jerusalén celestial*». Y aunque se me alcanza que corren en no pocas cartas de pésame frases análogas á la que acabo de decir, todavía puedo sostener que nadie las ha escrito con más verdad que

yo; y que en tal concepto nadie ha tenido motivos de mayor consuelo que el que seguramente nota usted en estos momentos. Es ello tan cierto, que atajando mi pluma á toda otra consideración, me fuerza á poner término á estas líneas por todo extremo sentidas.

De usted hoy más que nunca, suyo devotísimo amigo,

X.

2.° Ilmo. Sr.: D. N. N., Catedrático, por oposición, de la asignatura de Retórica y Poética, á V. I. respetuosamente expone:

Que si bien ha dado pruebas de su amor á la lengua latina, ya escogiendo para asunto de su tesis doctoral «La historia crítica de la epístola de Horacio á los Pisones», y obligando hace más de cuatro lustros á que la traduzcan sus alumnos de Retórica, sea de ello testimonio la advertencia preliminar al adjunto programa, ya consagrando en su libro de texto, de lo que también acompaña muestra, un breve estudio á la métrica latina. Opina, sin embargo (V. I. en su superior criterio juzgará si hay ó no fundamento), que los Catedráticos de literatura no pueden competir en la enseñanza de la gramática latina con los que para esto probaron singular aptitud y suficiencia en pública oposición; de igual manera que, con todo y estar enseñoreados del arte de hablar y escribir correctamente, nunca lo harán los gramáticos de profesión con aquel buen gusto, esmero, primor, elegancia y atildamiento, según los casos, que adquieren los que se dedican por vocación á desentrañar y exponer las bellezas de los clásicos.

Por todo lo cual, y consultando siempre al mayor aprovechamiento de los alumnos, fin y blanco de la enseñanza, el que suscribe suplica rendidamente á V. I. que, al poner en práctica el art. 7.° del Real decreto de 29 de Mayo de 1899, se digne declarar que los Catedráticos de tercer año á quienes ahora se les encomienda expliquen los elementos de las literaturas latina y castellana y traduzcan el autor que se designe, no están obligados á alternar con los titulares de 1.° y 2.° curso de latín en la enseñanza de la susodicha gramática.

Gracia, etc...

V

DIFICULTAD DE LA PROSA.—AMOR AL IDIOMA

Siempre fué la poesía la forma en que el arte de bien decir comenzó á alcanzar su perfección y hermosura; pero no se puede negar que el campo donde logró mayor realce y grandeza, y donde venció mayores dificultades é hizo alarde de más preciadas riquezas, está en la prosa. Ocultas en la harmonía resonante del verso, pasan faltas de lenguaje y de estilo que no pueden menos

de descubrirse en la desnudez del hablar sencillo y desatado. En la prosa campea el ingenio con más desembarazo y gallardía, y suelto de las trabas ó violencias que imponen la estructura del metro y la consonancia de la rima, puede dar á sus conceptos una forma más apropiada y hermosa, y á su razonamiento toda la libertad que pide la naturaleza de las cosas para ser realzadas cual conviene. Y como esta misma desenvoltura y libertad le exponen más al peligro de traspasar las reglas impuestas por la sabiduría de la razón y por las leyes del buen gusto, el escribir con primor, hermosamente en prosa, pide cuidado especial; por eso triunfar de tantas dificultades como trae consigo este arte, supone dotes más excelentes de entendimiento, discreción y sabiduría que no las de hacer versos. En fin, nuestra lengua es tan magnífica de suyo y tan espléndida y sonora que, á vueltas del verso, se esconden fácilmente en ella ideas baladíes y aun torcidas y erróneas, cosa que no acontece tan fácil en la franca luz de la prosa. Así versos bellos, elegantes y harmoniosos los han hecho millares en España: lo que han escaseado siempre han sido buenos prosadores, dotados de estilo propio, correcto y bien formado, y que hayan puesto en su lenguaje aquel artificio que es prenda de inmortalidad gloriosa.

A estas ideas, expuestas algunas en un discurso académico, pudiérase añadir lo que en libro poco conocido dice el ilustre americano Sr. Montalvo:

«Sí, la lengua castellana en manos de los grandes escritores clásicos es como el Amazonas, caudaloso, grave, sereno: sus ondas ruedan anchamente, y sin obstáculo van á reempujar y desalojar el océano, que se retira y vuelve á él con los brazos abiertos. Todo es paz y grandeza en esa vena del diluvio: cuando hay alteraciones, las tempestades son sublimes, como cuando Fray Luis de Granada, santamente irritado, exclama con los profetas: ¿Qué ha sido tu corazón sino un cenagal y un revolvedor de puercos? ¿Qué tu boca sino una sepultura abierta por do salían »los malos olores del alma que está adentro muerta? ¿Qué tus »ojos sino ventanas de perdición y ruina?»

«Abrieron su boca sobre ti tus enemigos, y silbaron, y regañaron con sus dientes, y dijeron: Tragaremos: este es el día que »esperábamos; hallámoslo, vímoslo.»

»Allí fueron conturbados los príncipes de Edóm y temblaron los »poderosos de Moab.»

«Estas son tormentas grandiosas en boca de ese monje profético: oímos el trueno, hemos visto el rayo; y la espada del ángel del Señor, rompiendo esas nubes tremebundas, amenaza á los impíos y soberbios. Fuenmayor, en su *Vida de Pío V*, se espacía á un lado y á otro: es el Helesponto por donde ruedan los caudales de dos mares. Hurtado de Mendoza ha levantado un monumento á nuestra lengua en su *Guerra de Granada* como historiador, y en *Lazarillo de Tormes* otro, como novelista de costumbres. Ved si no, esta manera de referir, ¡y qué manera!»

«Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos, gente suelta.»

«Bien está que no hablemos como esos antiguos en un todo; más la pureza, la eufonía, la numerosidad, la abundancia, busquémoslas, imitémoslas. Para mí, yo bien quisiera, enternecido y afligido con la meditación sobre la muerte, hablar, á semejanza de este admirable antiguo: «Llegada es ya mi vez, cumplido el número de mis días: ahora moriré á todas las cosas y ellas para mí. Pues, ¡oh mundo! quedaos á Dios. Heredades y hacienda mía, quedaos á Dios. Amigas y deudos míos, quedaos á Dios, que ya en carne mortal no nos veremos jamás.»

«Breves son, Señor, los días del hombre, y el número de los meses que ha de vivir, tú lo sabes.»

«Espíritu de la Santa doctora, desciende sobre mí, alúmbrame. Alma del padre sabio, oh tú, Granada invisible, si en tus reminiscencias del mundo, si cuando sales á recoger tus pasos aciertas á distinguir á ese devoto de tu nombre, bendícele. Y tú, Cervantes, á quien he tomado por guía, como Dante á Virgilio, para mi viaje por las obscuras regiones de la lengua que inmortalizaste, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate á mí, y apóyame; dirígeme la palabra y enséñame. Cuando yo te pregunte: Maestro, ¿quién es esa sombra augusta que á paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: Inclínate, hijo, ese es Don Diego Hurtado de Mendoza.»

«Maestro, ¿quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba? Ese es Fernando de Rojas, autor de *La Celestina*, salúdale.»

«Maestro, ¿quién es ese espíritu que se inclina á beber en esa fuente, debajo de esos acopados mirtos? Es Moratín, llamado Inarco Celenio. A este no le hables: huirá como una cervatilla: es tímido y esquivo como una virgen vergonzosa.»

«Maestro, ¿quién es ese como atribulado profeta que está llorando? Respeta su dolor; es Rivadeneira, príncipe del habla castellana; se lamenta por la pérdida de la *Armada invencible.*»

«Maestro, ¿quién es esa alma rodeada de un resplandor divino, que está echándole la mano al cuello á ese arco iris? Ese se llama Don Gaspar de Jove-Llanos, hijo. Es el pontífice de los escritores: llégate á él, y dobla la rodilla.»

Y, ahora, hermosa lengua, lengua nacida para la cumplida expresión de altos pensamientos, mírame con ojos de misericordia; perdona las profanaciones que haya podido cometer éste, si por ventura indiscreto, en verdad rendido y devotísimo amante tuyo.



ERRATAS NOTABLES

Página.	Renglón.	Dice.	Léase.
173	2.°	Substativo.	Substantivo.
315	32	Homononimia.	Homonimia.

ÍNDICE GENERAL

Págs.

Págs.

TABLA ALFABÉTICA DE MATERIAS

F

G

H

I

Q

R

S

T

U

V

Y

Album Lockner. —Arte y letras. 300 ilustraciones en fototipias en colores, texto de distinguidos literatos. En 4.°, 8 ptas.

Alenda y Mira (J.).— Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España. Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1865, é impresa á expensas del Estado. Madrid, 1903. Tomo I. En 4.° mayor, 10 ptas.

Alonso Garrote (S).—El dialecto vulgar leonés hablado en Maragatería y tierra de Astorga. Notas gramaticales y vocabulario. Prólogo por el Excmo. Sr. D. Pío Gullón. Astorga, 1909. En 4.°. 5 ptas.

Apología de los asnos.—Compuesta en renglones, así como versos, por un Asnólogo aprendiz de poeta; 2.ª edición. En 8.°, 1 pta.

Arpa y López (D. Salvador).—Principios de literatura general (literatura filosófica). Un tomo en 8.°, en tela, 7 ptas.

— Historia compendiada de la literatura española (literatura histórica). En 8.°, tela, 7 ptas.

— Manual de *Estética* y teoría del arte, escrito para la enseñanza de las alumnas y los alumnos del Instituto musical de Santa Cecilia de Cádiz.—Segunda edición. Madrid, 1895. 1 pta.

Asín Palacios (M).—Algazel Dogmática, Moral, Ascética, con prólogo de Menéndez y Pelayo; en 8.°, 10 ptas.

Autores dramáticos contemporáneos y joyas del Teatro español del siglo XIX. Unica edición. Contiene el retrato, la biografía y juicio crítico, y la obra más selecta de cada uno de los mejores autores del Teatro español moderno, y un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo. Dos tomos en folio 100 ptas.

Baralt.—Diccionario de galicismos, ó sea de las voces, locuciones y frases de la lengua francesa que se han establecido en el habla castellana, con el juicio crítico y prólogo de don Juan Eugenio Hartzenbusch. Madrid, 1890. Un tomo en 4.°, 9 pesetas.

Becker.—Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1896). Madrid, 1897. Un tomo en 4.°, 8 ptas. (Anteriores fechas; véase Soler y Guardiola).

Besteiro (J.)—La psicología (obra premiada por el Ateneo de Madrid). Madrid, 1897. En 8.°, 2,50 ptas.

Biblioteca internacional de Pedagogía, publicada bajo la dirección de Domingo Barnés y Angel Do Rego. Precio de cada tomo, 1 pta. Van publicados:

Pestalozzi y la Educación elemental, por M. Gabriel Compayré.

La enseñanza de la Geografía, por Gibbs, Lavasseur y Sluys.

Herbat, por M. Compayré.

Spencer, idem id.

Blanco García.—La literatura española en el siglo XIX, por el P. Francisco Blanco García, agustino, Profesor en el Real Colegio de El Escorial. Tres tomos en 4.°, 16 ptas.

Bonafoux (Aramis).—Literatura; Madrid. En 8.° mayor, 3 ptas.
Cano y Cueto.—El hombre de piedra. Poema, precedido de un prólogo por Siro García del mazo. En folio, ilustrado elegantemente, 8 ptas.
Cánovas del Castillo (A.)—La campana de Huesca (novela). En 8.°, 5 ptas.
Campoamor (R. de).—Los pequeños poemas, sexta edición (27 poemas en un tomo). En 8.° mayor, 5 ptas.
— Poesías y fábulas (quinta edición). En 8.° mayor, 4 ptas.
— Colón (poema), con un prólogo de S. Catalina. En 8.°, 3 ptas.
— El drama universal, poema en ocho jornadas (tercera edición). En 8.°, 3 ptas.
— Polémicas con la democracia (segunda edición). En 8.°, 3 ptas.
— Humoradas. En 8.°, 3 ptas.
Cartas... ¿pedagógicas? (Ensayo de psicología pedagógica) entre la distinguidísima Profesora Srta. D.ª Concepción Sáez y Otero y el Profesor de Psicología del Instituto de San Isidro D. Urbano González Serrano, con un extenso prólogo por el Catedrático en la Universidad de Oviedo D. Adolfo Posada. Un tomo en 8.° de 400 págs., 4 ptas.
Carreras y Artau (T.)—Ética hispana. Orientaciones y proyectos de expansión de Cátedra. Doctrinas de Psicología colectiva aplicada á la Etica. Investigaciones sobre conciencia ética hispana. Resumen de cursos y trabajos (1903-1912). Informe presentado al Tribunal de oposiciones á la Cátedra de «Etica» de la Universidad de Barcelona, 1912. En 8.°, 1,50 pts.
Castro y Serrano (J.)—Dos historias vulgares, ilustrada con 93 dibujos de A. Pons, en 8.°; contiene: La serpiente enroscada.—El reloj de arena, 3,50 ptas.
Cortines y Murube (F.)—Nuevas rimas. En 8.°, 3 ptas.
— El poema de los toros. En 8.°, 2 ptas.
Engel (E).—Psicología de la Literatura francesa. Traducción directa del Alemán por Vicente Ardila Sande. Madrid, 1902. En 8.° mayor, 3 ptas.
Falckenberg (R.), Profesor de Filosofía en la Universidad de Erlangen.—La Filosofía alemana desde Kant. Breve resumen, traducida y adicionada por F. Giner. Madrid, 1906. En 8.° mayor, 3 ptas.
Fedro.—Liberto de Augusto (Fábulas de).—En latín y castellano, ilustradas con algunas notas más de las que tenian, para la fácil inteligencia y uso de los principiantes en los estudios de Gramática. Valladolid. Un tomo en 8.°, 1 pta.
Funes (E).—Declamación española (La), bosquejo histórico-crítico. En 4.°, 5 ptas.
— Segismundo, estudio crítico. En 8.°, 2 ptas.
— Don Alvaro ó la fuerza del sino, estudio crítico. En 8.°, 1,50 pesetas.
— El mejor juez, la conciencia. Monólogo en prosa; 1903. 1 pta.
Garcés.—Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana, expuesto en el propio y vario uso de sus partículas, por el Presbítero D. Gregorio Garcés, con adiciones de don F. Pérez Villamil, y algunas notas y un prólogo por D. Antonio María Fabié. Madrid, 1886. Un tomo en 4.°, 10 ptas.
Giner (F).—Estudios de literatura y arte. En 8.°, 3 ptas.
Giner de los Ríos (H).—Manual de Literatura nacional y extranjera, antigua y moderna.

Primera parte: Literatura española, desde el nacimiento

de la lengua castellana hasta fin del siglo XIX. — Segunda edición. En 4.º, 6 ptas.

Segunda parte: Literatura extranjera, primera sección. En 4.º, 5 ptas.

Gómez Izquierdo (A).— Nuevas direcciones de la Lógica. Madrid, 1907. En 8.º mayor, 3,50 ptas.

González Serrano. En pro y en contra (críticas). Madrid, 1894. Un tomo en 8.º, 3 ptas.

Goyri (M.) **de Menéndez Pidal**. — La difunta pleiteada. Estudio de literatura comparativa. Madrid, 1909. 2,50 ptas.

Hernández y Fajarnés (A). — Principios de Lógica fundamental. Un tomo en 4.º, encuadernado en tela, 12,50 ptas.

— Principios de Metafísica. Psicología. Un tomo en 4.º, encuadernado en tela, 10 ptas.

— Principios de Metafísica. Cosmología. Un tomo en 4.º, encuadernado en tela, 12,50 ptas.

Krause.—Compendio de estética, traducido del alemán y anotado por D. Francisco Giner. Segunda edición, aumentada con la teoría de la Música, del mismo autor. En 8.º, 3 ptas.

Lace (J. de). — Balance teatral de 1898-99. En 4.º, con cuarenta y tantos retratos de autores y actores que figuraron en cada uno de los teatros de Madrid. 2,50 ptas.

Legouvé.—El arte de la Lectura, por Ernesto Legouvé, de la Academia francesa; traducido de la 47 edición, por Manuel Sales Ferré. Madrid, 1912. Nueva edición corregida y aumentada. En 8.º, 3 ptas.

Obra recomendada por el Ministro de Instrucción pública de Francia á los liceos y colegios para la lectura; no lo reputó menos útil á los maestros de escuela, por los múltiples servicios que están llamados á prestar, etc., etc.

Letelier (V.), ex-Rector de la Universidad de Chile. — Filosofía de la Educación. Segunda edición, aumentada y corregida. Santiago de Chile, 1912. En 4.º, edición de lujo de XXIV × 864 páginas, 20 ptas.

Macías y García. — Elementos de Literatura preceptiva: en 4.º, 5 ptas.

— Colección de modelos literarios, con un discurso preliminar acerca del origen y progreso de la Lengua castellana. En 4.º, 5 ptas.

Manteli (S.)—La Dama de Amboto, leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas. En 4.º, 3 ptas.

— **Aránzazu**.—Leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas, con un preliminar de R. Becerro de Bengoa. En 4.º, 3 ptas.

Méndez Bejarano (M.) — La ciencia del verso. Teoría general de la versificación, con aplicaciones á la métrica española; obra premiada en los juegos florales celebrados en Buenos Aires el 22 de Octubre de 1904, corregida y aumentada por su autor. Madrid, 1908. En 8.º mayor, 6 ptas.

Menéndez Pidal (R.) — Edición paleográfica del cantar de Mio Cid. Madrid, 1911. En 4.º mayor de 112 páginas, 5 ptas.

Pacheco (J. F.)—Literatura histórica y política. Dos tomos en 8.º mayor, 7 ptas.

Pérez Martín (F.)—Curso de literatura *Latina*. Segunda edición, corregida por D. Juan Ortega y Rubio. Valladolid, 1882. En 4.º, 5 ptas.

Pérez Pastor (C.). Nuevos datos acerca del Histrionismo español en los siglos XVI y XVII. En 8.º, 4 pesetas.

Pérez Pastor (C.)—Documentos cervantinos hasta ahora inéditos. Dos tomos en 4.°, 18 ptas.

— Documentos para la biografía de D. Pedro Calderón de la Barca, tomo I. En 4.°, 10 ptas.

— Bibliografía madrileña ó descripción de las obras impresas en Madrid (siglos XVI y XVII); obra premiada por la Biblioteca Nacional. Tres tomos en 4.° mayor, 30 ptas.

— La imprenta en Toledo, obra premiada por la Biblioteca Nacional. En 4.° mayor, 10 ptas.

— La imprenta en Medina del Campo, obra premiada por la Biblioteca Nacional. En 4.° mayor, 10 ptas.

Pérez Pastor (C.), y **Tomillo** (A.)—Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos. En 4.°, 10 ptas.

Plaza y Salazar (Carlos de la).—Etimologías vascongadas del Castellano. Bilbao, 1909. En 8.°, de 772 páginas, 6 ptas.

— La reforma del Calendario acomodada á las fiestas y solemnidades de la Iglesia. Bilbao, 1911. En 8.°, 3 ptas.

Ribot. — Psicología alemana contemporánea, traducida por F. Martínez Conde, 1880. En 8.°, 3,50 ptas.

Salés Mayo.—El gitanismo: historia, costumbres y dialecto de los gitanos, con un epitome de gramática gitana, y un diccionario caló-castellano, por D. Francisco Quindalé. Madrid, 1870. En 8.°, 1,50 ptas.

Samaniego (F. M. de).—Obras inéditas ó poco conocidas, precedidas de una biografía del autor, por E. Fernández Navarrete. En 4.°, 3 ptas.

Sánchez (J. R.).—Estética general, por José Rodríguez Sánchez, catedrático de Literatura. Ciudad Real, 1907. En 4.°, 5 ptas.

Sela (A.), Profesor de la Universidad de Oviedo.—La educación nacional: hechos é ideas. Madrid, 1910. En 8.° mayor, 5 ptas.

Soler.—Apuntes de Historia Política y de los Tratados, por don Pablo Soler y Guardiola, Secretario de Embajada. Comprende la historia de las relaciones internacionales y las disposiciones de los convenios ajustados entre los pueblos europeos, desde fines del siglo XV hasta principios del actual. El principal objeto de estos *Apuntes* es dar una pauta á los aspirantes á las carreras diplomática y consular para el estudio de los programas de ingreso en las mismas; y con tal propósito, se indican al final de cada capítulo las principales obras de consulta. Madrid, 1895. Un tomo en 8.° mayor, 5 ptas. (Posteriores fechas; véase Becker.)

Vesteiro Torres (T.).—Galería de gallegos ilustres (guerreros). En 8.°, 1 pta.

Viñaza (El conde de la).—Biblioteca histórica de la filología castellana. Obra premiada y publicada por la Real Academia Española. Madrid, 1893. En 4.° mayor, 17,50 ptas.

CLÁSICOS CASTELLANOS

Santa Teresa.—Las Moradas, 1910. En 8.°, 3 ptas.

Tirso de Molina.—Obras. Tomo 1.°, 3 ptas. El 2.° en prensa.

Garcilaso.—Obras, 3 ptas.

Quevedo.—Vida del buscón. Tomo 1.°, 3 ptas. El 2.° en prensa.

Torres Villarroel.—Vida, 3 ptas.

Cervantes.—Don Quijote. Tomos 1.°, 2.° y 3.°, á 3 ptas. tomo.

— El 4.° en prensa.

OBRAS DE D. ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

Gestas de Rodrigo el Campeador (Gesta Roderici Campidocti). En 4.°, edición esmerada, papel de hilo, 10 ptas.

La tía fingida. En 8.° mayor, edición esmerada, papel de hilo, 6 ptas.

Fernando de Córdova (¿1425-1486?) y los orígenes del renacimiento filosófico en España (Episodio de la Historia de la Lógica), por D. Adolfo Bonilla y San Martín y D. Marcelino Menéndez y Pelayo. En 4.°, 6 ptas.

Historia de la Filosofía española (desde los tiempos primitivos hasta el siglo XII). En 8.°, 7,50 ptas.

Historia de la Filosofía española (siglos VIII-XII: Judíos). Madrid, 1911. En 8.°, 7,50 ptas.

Anales de la Literatura Española. Madrid, Tello, 1904 (con dos fototipias y un fotograbado). Un tomo de 306 páginas. En 4.°, en España, 8 ptas. En el extranjero, 10 ptas.

Archivo de Historia de la Filosofía. Núm. I. Madrid, 1905. Un folleto de 64 páginas. En 4.°, 3,50 ptas.

Idem íd. Núm. II. Madrid, 1907. Un folleto de 104 páginas. En 4.°, 3,50 ptas.

Biblioteca jurídica española anterior al siglo XIX (en colaboración con D. Rafael de Ureña y Smenjaud). Tomo I. *Fuero de Usagre* (siglo XIII), *anotado con las variantes del de Cáceres, y seguido de varios apéndices y un glosario.* Madrid, 1907. Un tomo de XX + 326 páginas. En 4.°, con dos fotograbados, 8 ptas.

Concepto y teoría del Derecho (*Estudio de Metafísica jurídica*). Madrid, 1897. Un tomo de 216 páginas. En 8.°, 2 ptas.

El Arte Simbólico (Esbozo de una teoría de las formas artísticas). Madrid, 1902. Un folleto de 54 páginas. En 4.°, impreso en papel de hilo, 2,50 ptas.

El Código de Hammurabí y otros estudios de Historia y Filosofía jurídicas. Madrid, 1909. (Vol. XIII de la Biblioteca de *Revista Jurídica*). Un tomo de 356 páginas. En 8.° (Comprende: *El Código de Hammurabí. El mandil y el plato. La legislación gótico-hispana. Formularios*

ae instrumentos públicos. Sobre los efectos de la voluntaa unilateral. Las ideas jurídicas de Wells. Apuntes para un «Tratado teórico-práctico de monsergas jurídicas», 4 ptas.

El Diablo Cojuelo, por Luis Vélez de Guevara. Reproducción de la edición Príncipe de Madrid, 1641. Vigo, Librería de Eugenio Krapf, 1902. Un tomo de 276 páginas en 8.°, con Introducción, texto, extensos Comentarios y Apéndice (Agotado. Acaba de publicarse la segunda edición, que lleva por título: Luis Vélez de Guevara, El Diablo Cojuelo. Madrid, 1910, tomo II de la *Sociedad de Bibliófilos madrileños*, XL + 276 páginas. En 4.°, impreso en papel de hilo), 12 ptas.

Libros de Caballerías. Primera parte: *Ciclo Artúrico. Ciclo Carolingio.* Madrid, 1907. Tomo VI de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles.* Un tomo de 556 páginas. En 4.° mayor, 12 ptas.

Idem íd. Segunda parte: *Ciclo de los Palmerines. Extravagantes. Glosario. Variantes. Correcciones. Indices.* Madrid, 1908. Tomo XI de la *Nueva Bibliotesa de Autores Españoles.* Un tomo de 736 páginas. En 4.° mayor, 12 ptas.

Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento. (Obra premiada en público certamen por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, con premio ordinario y recompensa extraordinaria.) Madrid, 1903. Un volumen de 818 páginas. En 4.° mayor, con una fototipia y varios fotograbados, 9 ptas.

Colección de Filósofos españoles y extranjeros, publicada bajo la dirección de D. Adolfo Bonilla y San Martín.

TOMOS PUBLICADOS

El Cuzary.—Diálogo filosófico, por Yehudá Ha-Leví (siglo XII), traducido del árabe al hebreo por Yehudá Abentibbon, y del hebreo al castellano por Jacobo Abendana; publicado por D. Adolfo Bonilla y San Martín, con un apéndice de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, Director de la Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia. En 8.°, 5 ptas.

La cuádruple raíz del principio de la razón suficiente.—Disertación filosófica, por Arturo Schopenhauer. Traducción directa del alemán, por D. Eduardo Ovejero y Maury. En 8.°, 3,50 ptas.

EN PREPARACIÓN

M. Kant.—*Crítica de la razón práctica.*

— *Crítica de la facultad de juzgar.*

R. Avenario.—*La Filosofía como pensamiento del mundo.*

J. G. Fichte.—*Destino del hombre.*

Bachiller Alfonso de la Torre.—*Visión deleytable de la philosofía e de las otras sciencias.*

León Hebreo.—*Diálogos de amor.*

EN COLABORACIÓN

Códigos de comercio españoles y extranjeros y leyes modificativas y complementarias, por los Sres. Álvarez del Manzano, Bonilla y San Martín y Miñana y Villagrasa:

Tomo I: De los comerciantes y de los actos de comercio, 17 ptas.

Tomo II: Del Registro Mercantil. Apéndices; 11 ptas.

Tomo III: De los libros de Contabilidad del Comercio; Apéndices; 11 ptas.

Tomo IV: Nombre comercial. Asociación comercial. (Próximo á terminarse su impresión).

Altamira.—La enseñanza de la Historia.—Segunda edición, corregida y considerablemente aumentada. Madrid, 1895. En 8.° mayor, 5 ptas.

— De Historia y Arte (Estudios críticos). Madrid, 1898. En 8.° mayor, 5 ptas.

— Historia del Derecho español. Cuestiones preliminares. Madrid, 1903, 3 ptas.

— Mi viaje á América (libro de documentos). Madrid, 1910. En 8.° mayor, 8 ptas.

Altolaguirre.—D. Álvaro de Bazán, primer Marqués de Santa Cruz de Mudela. Estudio histórico-biográfico, premiado por unanimidad de votos en el certamen celebrado en Madrid el 9 de Febrero de 1888, para conmemorar el tercer Centenario de la muerte del invicto marino, por D. Angel de Altolaguirre y Duvale. Madrid, 1888. En 4.°, con el retrato de D. Álvaro de Bazán, 6 ptas.

Angoitia (D. Francisco).—Estudio de la arquitectura cristiana anterior al siglo XVI; 0,50 ptas.

Araujo Sánchez.—Los Museos de España. Contiene el de Madrid, Sevilla, Toledo, Valladolid, Barcelona, Zaragoza, Escorial. Madrid, 1875. En 8.°, 2 ptas.

Armas (J. de).—Ensayos críticos de Literatura inglesa y española. En 8.º, 4 ptas.

— Estudios y retratos. En 8.º, 4 ptas.

Arzadum y Zavala (J.), Comandante de Artillería.—Albores de la Independencia Argentina. En 8.º, 2 ptas.

Baena (J. A. de).—El Cancionero (siglo XV) dado á luz por primera vez, con nota y comentarios. Madrid, 1851. En 4.º mayor, de LXXXVII + 730 páginas con dos facsímiles 15 ptas.

Barcia (R.)—Sinónimos castellanos. Nueva edición. Madrid, 1910. En 4.º, 8 ptas.

Benot.—Diccionario de ideas afines y elementos de tecnología, compuesto por una Sociedad de literatos, bajo la dirección de D. Eduardo Benot. Madrid, 1899. En 4.º mayor de XXIV-1420 páginas, pasta española, 33 ptas.

— Diccionario de asonantes y consonantes. Madrid (sin fecha). En 4.º mayor de 1086 págs., pasta española, 20 ptas.

— Arquitectura de las lenguas. Tres tomos en 4.º, pasta, 39 ptas.

— Prosodia castellana y versificación. Tres tomos en 4.º, pasta, 30,25 ptas.

— Arte de hablar. Gramática filosófica de la lengua castellana. Obra póstuma. Madrid, 1910. En 4.º, 10 ptas.

Beruete y Moret (A. de).—Valdés Leal. Estudio crítico de este gran pintor español del siglo XVII, con 27 láminas. En 4.º, 8 ptas.

Burgos (D. F. Javier).—Anales del reinado de Doña Isabel II. Obra póstuma. Madrid, 1850-52. Seis tomos en 4.º, con veinte retratos aparte del texto, 20 ptas.

Caballero.—Diccionario de Modismos (Frases y Metáforas), primero y único de su género en España. Coleccionado y explicado por Ramón Caballero, con un prólogo de D. Eduardo Benot. Madrid, 1900. En 4.º mayor de 1198 págs., pasta española, 28 ptas.

Cánovas del Castillo (D. A.)—Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España. Prólogo de D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, individuo de número de la Real Academia. Madrid, 1911. En 4.º, 12,50 ptas.

Castellanos de Losada.—Album español y extranjero. Corona científica, literaria, artística y política en honor á la buena memoria del insigne caballero aragonés Azara. Obra escrita en parte y dirigida en lo demás por don

Basilio Sebastián Castellanos de Losada. Madrid, 1857. En 4.°, con láminas y grabados, 16 ptas.

Contiene entre otras cosas, cartas y poesías escritas en las lenguas, idiomas y dialectos siguientes: Alemán. Árabe [illegible]. Árabe vulgar. Árabe aljamiano. Árabe cúfico. Asturiano. Austriaco. Bable. Belga. Caracteres ibero ó celtíbero, griego arcaico. Chino. Dinamarqués. Escandinavo. Euskaro. Fenicio. Flamenco. Francés. Gallego. Griego. Hebreo. Holandés. Ibero. Inglés. Irlandés. Italiano. Labortano (dialecto de la lengua Euskera). Latín. Lemosín. Mallorquín. Navarro. Noruego. Patois. Portugués Prusiano. Ruso. Sajón. Slavo ó antiguo ruso. Sueco. Souletino. Turco. Vasconavarro. Vascongado-labortano. Vascuence.—La mayor parte tiene su traducción al pie; y los que lo requieren están escritos en sus propios caracteres.

Colección de libros y documentos referentes á la Historia de América.—Esta *Colección*, formada por obras inéditas é impresas de gran rareza, se publica por tomos, elegantemente impresos, y se venden á 7 pesetas cada uno para los suscriptores y á 10 pesetas sueltos.

OBRAS PUBLICADAS

I.—**Figueroa** (P. Francisco).—Relación de las Misiones de la Compañía de Jesús en el país de los Maynas.

II, III y IV.—**Gutiérrez de Santa Clara** (Pedro).—Historia de las guerras civiles del Perú y de otros sucesos de las Indias.

V y VI.—**Álvar Núñez Cabeza de Vaca**.—Relación de los naufragios y comentarios. (Aumentada con documentos inéditos.)

VII.—**Hernández** (P. Pablo).—El extrañamiento de los Jesuítas del Río de la Plata y de las Misiones del Paraguay por decreto de Carlos III.

VIII.—Relaciones históricas y geográficas de la América Central.

(Contiene: Relación histórica y geográfica de la provincia de Panamá, por Juan Requejo Salcedo. 1640.—Descripción del Panamá y su provincia, sacada de la Relación que por mandato del Consejo hizo y envió aquella Audiencia. 1607.—Relación del reconocimiento geométrico y político de la Costa de Mosquitos, practicado por Antonio Porta Costas. 1790.—Varias noticias del Río de San Juan, etc., etc. 1791, 1804.—Relación verdadera de la reducción de los indios infieles de la provincia de la Tegucigalpa, llamados *Xicagues*, etc. Guatemala. 1674.—Tres documentos más referentes á los mismos Xicagues. 1676, 1779.—Descripción de la provincia de Guatemala, por Juan Pineda. 1594.)

IX.—**Çorita** (Alonso de).—Historia de la Nueva España (siglo XVI).

X.—**Charlevoix** (D. Pedro Francisco Javier).—Historia del Paraguay, con las anotaciones y correcciones latinas del P. Muriel. Tomo I. Tomo II en prensa.

Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América:

I.—**Xerez** (Francisco de).—Verdadera relación de la conquista del Perú. Reimpreso fielmente de la edición de Sevilla 1533. Madrid, 1891. En 8.°, 2 ptas.

II.—**Acuña** (P. Cristóbal).—Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas. Reimpreso de la edición de Madrid 1641. Madrid, 1891. En 8.°, 4 ptas.

III y IV.—**Rocha** (Andrés).—Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile. Reimpreso de la edición de Lima 1661. Madrid, 1891. Dos tomos en 8.°, 6 ptas.

V y VI.—**Colón** (Fernando).—Historia del Almirante Don Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos y del descubrimiento de las Indias Occidentales, llamadas Nuevo Mundo. Madrid, 1892. Dos tomos en 8.°, 6 ptas.

VII.—**Ruiz Blanco** (P. Matías).—Conversión en Piritú (Colombia) de indios Cumanagotos y Palenques, con la práctica que se observa en la enseñanza de los naturales en lengua Cumanagota. Reimpreso de la edición de Madrid 1690. Madrid, 1892. En 8.°, 3 ptas.

VIII y IX.—**Vargas Machuca** (Bernardo de).—Milicia y descripción de las Indias. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599. Madrid, 1892. Dos tomos en 8.°, 6 ptas.

X.—**Palafox y Mendoza** (Juan de), Obispo de la Puebla de los Ángeles.—Virtudes del indio. Reimpreso en Madrid en 1893. En 8.°, 3 ptas.

XI.—**Tres Tratados de América** (siglo XVIII).—Madrid, 1894. En 8.°, 3 ptas.

Contiene: Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia.

Segundo tratado: Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1751.

Tercer tratado: Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias en 1741.

XII y XIII.—**Fernández** (P. Juan Patricio), de la Compañía de Jesús.—Relación-historia de las Misiones de los

indios que llaman chiquitos del Paraguay. Reimpreso de la edición de Madrid 1726. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.

XIV y XV.—**Román y Zamora** (Fr. J.)—Repúblicas de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la conquista. Fielmente reimpresa, según la edición de 1575. Madrid, 1897. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.

XVI, XVII, XVIII y XIX.—**Jarque** (Francisco).—Ruiz Montoya en Indias (1608-1652). Madrid, 1900; 12 ptas.

XX.—**Sigüenza y Góngora** (Carlos de .—Infortunios de Alfonso Ramírez. Reimpreso de la edición de Méjico de 1690. Hennepin. Relacion de la América septentrional. Madrid, 1902; 3 ptas.

PRÓXIMOS Á PUBLICARSE

XXI.—**Cisneros** (Joseph Luis).—Descripción exacta de la provincia de Venezuela. Reimpreso de la edición de Valencia, 1764.

XXII.—**Monsalve** (Fr. Miguel de).—Reducción de todos los indios del Perú ¿1604?

Conrotte (M.)—España y los países musulmanes durante el Ministerio de Floridablanca. En 4.º, con varios grabados, 10 ptas. Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica.

Cortejón.—Arte de componer en lengua castellana, por D. Clemente Cortejón, Director y Catedrático de Historia de la Literatura en el Instituto de Barcelona y Correspondiente de la Real Academia Española. Cuarta edición. Madrid, 1911. En 4.º, 6 ptas.

Cossío (M. B.)—El Greco. Primer libro que se publica del Greco, y en él se hallan utilizados los más importantes trabajos antiguos y modernos. Texto de XXIV-727 páginas. En 8.º mayor, acompañado de un álbum, con 192 láminas, que contiene 221 ilustraciones fotograbadas. Los dos volúmenes, encuadernados en tela á la inglesa, 30 ptas.

Dozy.—Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los almoravides (711-1110). Traducida y anotada por D. Francisco de Castro. Cuatro tomos en 8.º, 16 ptas.

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra. Primera edición crítica con variantes, notas y el Diccionario de

todas las palabras usadas en la inmortal novela, por D. Clemente Cortejón, Director y Catedrático de Historia de la Literatura en el Instituto general y técnico de Barcelona. Esta obra constará de ocho tomos, seis de texto y notas de Don Quijote, y dos de Diccionario. Van publicados cinco tomos, compuestos de las siguientes páginas:

Tomo I: CLXVI + 309.
Tomo II: LXXXIII + 408.
Tomo III: LXXXI + 385.
Tomo IV: LXI + 375.
Tomo V: XXII + 513.

En 4.º mayor, con facsímiles y variantes. Su precio es de 20 pesetas cada tomo en Madrid y 21 en provincias, francos y certificados.

El tomo VI y último de Don Quijote, que comprenderá aproximadamente las mismas páginas que los anteriores, está en prensa.

Escandón.—Historia monumental del heroico Rey Pelayo y sus sucesores en el trono cristiano de Asturias. Ilustrada, analizada y documentada por D. José Escandón, obra de sumo interés para los historiadores y curiosos; contiene las crónicas oficiales de aquel tiempo, que son muy conocidas. En 4.º, 5 ptas.

Ferrer del Río (A.)—Examen histórico-crítico del reinado de D. Pedro de Castilla. Obra premiada por la Real Academia Española. En 8.º, 2,50 ptas.

— Decadencia de España. Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla (1520-1521), 5 ptas.

Fitzmaurice-Kelly.—Lecciones de Literatura española. Traducción directa del inglés, por Diego Mendoza y prólogo de Rufino José Cuervo. Madrid, 1910. En 4.º, 6 ptas.

Frescos de Goya en la iglesia de San Antonio de la Florida.—Grabados al agua fuerte, por D. José M. Galván y Candela, grabador del Depósito hidrográfico. Obra premiada con medalla de segunda clase en la Exposición nacional de Bellas Artes de 1878. Texto por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, precedido del informe dado acerca de esta obra por la Real Academia de San Fernando, escrito por el excelentísimo

Sr. D. Pedro de Madrazo, Director de la misma. Marquilla, con 16 láminas, 25 ptas.

Friedlaender.—Vida íntima de los romanos.—Roma.—El trato social.—La corte de los Emperadores.—Los oficiales libertos y esclavos de la corte imperial.—Los amigos y compañeros del Emperador.—Las mujeres.—Trajes y armamentos de los gladiadores.—Anfiteatros romanos de Italia. En 8.°, 3 ptas.

Fuentes.—Historia de Guatemala, ó recordación Florida, escrita en el siglo XVII por el Capitán D. Francisco A. de Fuentes y Guzmán, con notas é ilustraciones de Don Justo Zaragoza. Dos tomos en 4.°, 30 ptas.

Gandolín.—Il Pupazzetto español. Impresiones de un viaje por España.—Septiembre y Octubre de 1886; con 125 grabados de facsímiles, tomados del natural, 1 pta.

Groussac.—El viaje intelectual, impresiones de naturaleza y Arte, por Paul Groussac, Director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Madrid, 1904. En 4.°, 6 ptas.

Guerra de la Independencia.—Retratos. Colección de 43 publicados por la Junta de Iconografía nacional, precediendo á cada uno de aquéllos la biografía. Madrid, 1908; marquilla, 10 ptas.

Hinojosa (E. de).—El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media, con notas y documentos. Madrid, 1905. En 8.°, 7 ptas.

Homenaje á Menéndez y Pelayo.—Estudios de erudición española. Con retratos, fototipias y otras reproducciones diversas por medio del fotograbado. Dos tomos. En 4.°, 30 ptas.

Iribas.—Viaje por Italia y Suiza, pasando por el mediodía de Francia, por D. Gregorio Iribas, Doctor en Derecho. Prólogo con cartas de D. José María de Pereda y Don Emilio Castelar. Madrid, 1897. En 4.°, de XVI-408 páginas, 3 ptas.

Jovellanos en la Real Academia de la Historia. Número extraordinario del Boletín de esta Corporación, conmemorativo del Centenario de tan insigne Académico. Madrid, Noviembre de 1911. En 4.°, 12,50 ptas.

Lanchetas (R.)—Gramática y Vocabulario de las obras de Gonzalo de Berceo. Obra premiada en público certamen por la Real Academia Española. Madrid, 1900. En 4.°, 20 ptas.

Laviña.—La Catedral de León, memoria sobre su origen, instalación, nueva edificación, vicisitudes y obras de restauración. Madrid, 1876; 1 pta.

Liske.—Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos XV, XVI y XVII; traducidos y anotados. Madrid, 1878. En 8.°, 2 ptas.

Lista y Aragón (D. Alberto).—Ensayos literarios y críticos, con un prólogo de D. José Joaquín de Mora. Sevilla, 1844. Dos tomos en un volumen en 4.°, 6 ptas.

Malaspina.—Viaje político-científico alrededor del mundo, por las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, al mando de los Capitanes de Navío D. Alejandro Malaspina y Don José de Bustamante y Guerra, desde 1789 á 1794. Publicado con una introducción por D. Pedro de Novo y Colson, Teniente de Navío. Segunda edición; un tomo en folio, con el retrato de Malaspina, seis magníficas vistas grabadas en cobre y el plano de las derrotas, 15 ptas.

Marichalar, Marqués de Montesa (D. Amalio) y **Manrique** (D. Cayetano).—Historia de la legislación y recitaciones del Derecho civil de España, desde el período romano hasta Septiembre de 1868. Nueve tomos en 4.°, 90 ptas.

Marqués de Olivart.—Tratado de Derecho internacional público. Prólogo de Conde y Luque. Cuatro tomos en 4.°, 24 ptas.

May (Erskine).—Historia constitucional de Inglaterra desde el advenimiento de Jorge III, 1760 á 1871. Versión al castellano por D. Juan de Izaguirre, Archivero-Bibliotecario de la Dirección de Hidrografía é intérprete del Ministerio de Marina. Madrid, 1883-84. Cinco tomos en 8.°, 15 ptas.

Contiene: Corona.—Parlamento.—Partidos políticos.—Prensa.—Libertad individual.—Libertad religiosa.—Gobierno local.—Irlanda.—Colonias.—Progreso legislativo.—Capítulo suplementario.

Mayans y Síscar.—Orígenes de la lengua española, compuesta por varios autores, recogidos por D. Gregorio Mayans y Síscar, bibliotecario del Rey; publicados por primera vez en 1737, y reimpresos en 1873, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, y notas al Diálogo de las lenguas y á los orígenes de la lengua de Mayans, por D. Eduardo Mier. Madrid, 1873. Un tomo en 4.°, 8 ptas.

Melo.—Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV; 1 pta.

Memorias del General Guillermo Miller, al servicio de la República del Perú. Traducidas al castellano por el General Torrijos. Reproducción de la edición de Londres, 1829. Dos tomos en 4.°, con retratos, mapas y planos. En pasta, 65 ptas.

Menassch ben Israel.—Origen de los americanos, esto es, esperanza de Israel. Publicado en Amsterdam, 1650. Reimpreso en Madrid en 1881. Con preámbulo y noticias biográficas, por Pérez Junquera. En 8.°, 4 ptas.

Menéndez Pidal (R.)—Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario. Obra premiada por la Real Academia Española. Madrid, 1908-1911. Tres tomos en 4.°, 40 ptas.

— Poema del Cid. Edición anotada. Madrid, 1900. En 4.°, 5 ptas.

— Manual elemental de Gramática histórica española. Segunda edición. Madrid, 1905. En 4.°, 6 ptas.

Menéndez y Pelayo (D. M.)—Origen de la Novela. Tomo I: Introducción. Tratado histórico sobre la primitiva novela española. Madrid, 1905. En 4.°, 12,50 ptas.

— Tomo II. Novelas de los siglos XV y XVI, con un estudio preliminar. Madrid, 1907. En 4.°, 12,50 ptas.

— Tomo III. Novelas dialogadas, con un estudio preliminar. Madrid, 1910. En 4.°, 12,50 ptas.

Obras completas. Edición definitiva, revisada por el autor.

TOMOS PUBLICADOS

— Historia de los Heterodoxos españoles, tomo I, en 4.° (con 516 páginas y el retrato del autor), 15 ptas.

— Historia de la Poesía hispano-americana, tomo I, en 4.°, de 416 págiuas, 10 ptas.

EN PRENSA

— Historia de la Poesía castellana en la Edad Media, tomo I.

— Historia de los Heterodoxos españoles, tomo II.

— Historia de la Poesía hispano-americana, tomo II.

Morga (Dr. A. de).—Sucesos de las Islas Filipinas. Nueva edición, enriquecida con los escritos inéditos del mismo autor, ilustrada con numerosas notas que amplían el tex-

to, y prolongada extensamente por W. E. Retana. Madrid, 1909-910. En 4.°, de 180 + 588 páginas y cuatro facsímiles, 20 ptas.

Mudarra y Párraga (Prudencio), Catedrático de la asignatura en la Universidad de Madrid.—Lecciones de Literatura general y española. Quinta edición. Madrid, 1903. Dos tomos en 4.°, 18 ptas.

Navarro y Lamarca (C.)—Compendio de la Historia general de América. Prólogo de D. Eduardo de Hinojosa. Tomo I con el mapamundi de Juan de la Cosa, 432 grabados en negro y en color, intercalados en el texto, de XXXII + 529 páginas. En 4.°, encuadernado en tela, 15 ptas.

Novia de Salcedo.—Defensa histórica, legislativa y económica del Señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa, contra las noticias históricas de las mismas que publicó D. Juan Antonio Llorente, y el informe de la Junta de reformas del abuso de la Real Hacienda en las tres Provincias Vascongadas. Bilbao, 1851-52. Cuatro tomos en 4.°, 20 ptas.

Oviedo.—Historia de la conquista y población de Venezuela, por D. José de Oviedo y Baños, con discurso preliminar, notas y aclaraciones de D. Cesáreo Fernández-Duro. Dos tomos en 4.°, 30 ptas.

Pareja de Alarcón.—Solución del problema obrero en paz y concordia. Madrid, 1891. En 4.°, 2 ptas.

Parrilla.—Compendio de Geografía general, por D. Justo P. Parrilla (de la Sociedad de Geografía de París), con un prólogo del Sr. D. Sabino Berthelot. Obra declarada de utilidad para la enseñanza por Real orden de 20 de Enero de 1880. En 4.°, 6 ptas.

Pérez de Guzmán.—El Principado de Asturias. Bosquejo histórico documental. Madrid, 1880. En 8.°, 5 ptas.

Pérez Nieva.—Un viaje á Asturias pasando por León. En 8.°, 2,50 ptas.

Pidal (Marqués de).—Historia de las alteraciones de Aragón en el reinado de Felipe II; tres tomos. En 4.°, 15 ptas.

Posada (A.), Profesor en la Universidad de Madrid.—La República del Paraguay. Impresiones y comentarios. Madrid, 1911. En 8.° de VIII + 276 páginas, con numerosos grabados y un mapa, 6 ptas.

— La República Argentina. (En prensa.)

Poujolat.—Historia de Jerusalén, traducción de Ochoa. En 4.°, sin láminas, 6 ptas.

Puyol.—Cantar de gesta de D. Sancho II de Castilla, por Julio Puyol y Alonso. En 4.°, 6 ptas.

Relaciones geográficas de la gobernación de Venezuela (1767 y 1768), con prólogo y notas de D. Angel de Altolaguirre y Duyale. En 4.°, 10 ptas.

Retana (W. E.)—Noticias histórico-bibliográficas del Teatro en Filipinas, desde sus orígenes hasta 1910. En 4.°, 5 ptas.

— Orígenes de la imprenta filipina. Investigaciones históricas, bibliográficas y tipográficas. Obra premiada en Certamen internacional, celebrado en Manila en 1910. Madrid, 1911. En 4.° mayor, papel de hilo, 25 ptas. (Véase *Morga.*)

Revilla.—Vida artística de Isidoro Máiquez, primer actor de los teatros de Madrid, por D. José de la Revilla. En 8.°, 1 pta.

Rico y Amat.—Historia política y parlamentaria de España desde los tiempos primitivos hasta nuestros días. Madrid, 1860. Tres tomos en 4.°, 16 ptas.

— Libro de los Diputados y Senadores. Juicio crítico de los oradores más notables desde las Cortes de Cádiz hasta nuestros días. Madrid, 1862-66. Cuatro tomos en 4.°, 22,50 ptas.

Robles Dégano (F.)—Ortología clásica de la lengua castellana fundada en la autoridad de 400 poetas, con carta-prólogo del Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo. En 4.°, 10 ptas.

— Filosofía del verbo. En 4.°, 6 ptas.

— Los disparates gramaticales de la Real Academia Española y su corrección. Madrid, 1912. En 8.°, 1 pta.

Roda (A.)—Los oradores griegos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, en el curso de 1872-73. Con prólogo de D. A. Cánovas del Castillo. Madrid, 1874. En 8.°, 2,50 ptas.

— Los oradores romanos. Lecciones explicadas en el Ateneo de Madrid, en el curso de 1873-74. Con prólogo de D. A. Cánovas del Castillo. Madrid, 1883. En 8.°, 2,50 pts.

Rodríg [illegible] a.—Expedición del Maestre de Campo Bernardo de Aldama á Hungría en 1548. 2 ptas.

Rodríguez Villa.—Curiosidades de la Historia de España:

Tomo I: Italia desde la batalla de Pavía hasta el saco de Roma. Reseña histórica escrita en su mayor parte con documentos originales, inéditos y cifrados. Madrid, 1885. 3 ptas.

Tomo II: La Corte y Monarquía de España en los años 1636 y 37. Colección de cartas inéditas é interesantes, seguidas de un apéndice con curiosos documentos sobre corridas de toros en los siglos XVII y XVIII. Madrid, 1886. 5 ptas.

Tomo III: El Coronel Francisco Verdugo (1537-1595). Nuevos datos biográficos. Relación de la campaña de Flandes de 1641, por Vincart, con notas é ilustraciones. Madrid, 1890. 3 ptas.

Ruidíaz.—La Florida, su conquista y colonización, por Pedro Menéndez de Avilés. Anotada, adicionada y publicada por D. Eugenio Ruidíaz y Caravia. Obra premiada por la Real Academia de la Historia. Madrid, 1894. Dos tomos en 4.°, 20 ptas.

Sales y Ferré (M.)—Historia general. Obra premiada y elegida de texto por Real orden de 28 de Junio de 1884, en el concurso celebrado el 30 de Abril del mismo año por la Dirección general de Instrucción militar. Tercera edición, corregida. Madrid, 1911. En 4.°, encuadernado en tela, 8 ptas.

—Tratado de Sociología. Evolución social y política. Esta obra, la primera en su género publicada en España, es un trabajo nuevo, original y profundo; contiene:

Tomo I. Punto de partida de la sociedad humana.
— II. Del hetairismo al patriarcado.
— III. El patriarcado y la ciudad.
— IV y último. La nación. En 4.°, los cuatro tomos, 25 ptas.

— Prehistoria y origen de la civilización. Tomo I, Edad paleolítica, ilustrada con 78 grabados, 7,50 ptas.

— El hombre primitivo y las tradiciones orientales. La Ciencia y la Religión. En 8.°, 3,50 ptas.

— Estudios arqueológicos. Necrópolis de Carmona, 2 ptas.

— El descubrimiento de América, según las últimas investigaciones. En 8.°, 3 ptas.

— La transformación del Japón. En 8.°, 3 ptas.

— Problemas sociales. En 8.°, 4 ptas.

Sánchez Calvo.—Los nombres de los dioses. (Estudios filológicos.) Indagación acerca del origen del lenguaje y de las religiones á la luz del eúskaro y de los idiomas turanianos. Madrid, 1884. En 4.°, 7,50 ptas.

San Román y Fernández (F. de B. de).—El Greco en Toledo ó nuevas investigaciones acerca de la vida y obras de Domingo Theotocópuli. Segunda edición, en prensa.

Serrano y Sanz (M.)—Noticias y documentos históricos del Condado de Ribagorza hasta la muerte de Sancho Garcés III (año 1035). Madrid, 1912. En 4.°

Sobrón.—Los idiomas de la América latina. Estudios bio-gráfico-bibliográficos. Madrid, 1878. En 8.°, 2 ptas.

Sociedad de Bibliófilos madrileños.—Tomos en 4.° esmeradamente impresos en papel de hilo:

I.—Gestas del Rey D. Jaime de Aragón. 1909, 12 ptas.
II.—Luis Vélez de Guevara. El Diablo Cojuelo, con notas y comentarios de Adolfo Bonilla y San Martín. 1910, 12 ptas.
III.—Floresta general. Tomo I. 1910, 12 ptas.
IV.—Floresta general. Tomo segundo. 1911, 12 ptas.
V.—C. de Villalón. El Escolástico. Tomo I, 12 ptas.

Soler y Guardiola.—Apuntes de historia política y de los tratados (1490 á 1815), con arreglo al programa para los exámenes de ingreso en las carreras diplomática y consular. Madrid, 1895. En 8.° mayor, 5 ptas. Continuación. Véase Becker. Historia diplomática.

Surroca y Grau (J.)—Elementos de Estética y Teoría literaria. Con 19 láminas en color; representan: Arquitectura, Escultura, Pintura é Indumentaria. Alfabetos. Clases de escritura usadas en España. Alfabetos de letras mayúsculas de los siglos XII al XVII. En 4.°, 8 ptas.

Ureña y Smenjaud (R. de).—El fuero de Zorita de los Canes, según el códice 247 de la Biblioteca Nacional (siglo XIII al XIV) y sus relaciones con el fuero latino de Cuenca y el romancero de Alcázar. Madrid, 1911. En 4.°, 7,50 ptas.

— Historia de la Literatura jurídica española. Dos tomos en 4.°, 35 ptas.

Villalba Hervás.—Ruiz de Padrón y su tiempo. Introducción á un estudio sobre la Historia contemporánea

de España. Bosquejo que principia en 1808 y termina el cuadro histórico al concluir el reinado de Fernando VII. Madrid, 1898. En 8.º, 2,50 ptas.

Villalba Hervás.—Una década sangrienta. Dos regencias. Estudio histórico que principia en 1833, muerte de Fernando VII, y acaba en 1843, con la expatriación del Duque de la Victoria. Madrid, 1897. En 8.º, 3 ptas.

— Recuerdos de cinco lustros. Estudio histórico que principia en 1843, después de la caída del Regente D. Baldomero Espartero, y acaba en 1868, con el destronamiento de Doña Isabel II. En 8.º, 3 ptas.

— De Alcolea á Sagunto. Principia en los momentos en que Doña Isabel abandonó el suelo español (30 Septiembre de 1868) y concluye al ser proclamado Rey en Sagunto D. Alfonso XII (30 Diciembre de 1874). En 8.º, de 430 páginas y el retrato del autor, 4 ptas.

Los cuatro volúmenes del Sr. Villalba componen una serie de estudios sobre la Historia contemporánea de España, de muchísimo interés. El precio de los cuatro volúmenes, 12,50 ptas.

Vivien de San Martín.—Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos, por Vivien de San Martín, Presidente honorario de la Sociedad de Geografía de París, de la Academia Real de Berlín, etc., etc., traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, Catedrático de Geografía histórica en la Universidad de Sevilla. Dos tomos con mapas intercalados, 10 ptas.

Winterer.—El socialismo contemporáneo, por el Abate L. Winterer, Diputado del Parlamento alemán. Versión de D. Julio del Mazo Franza. Prólogo de D. Francisco Rubio y Contreras, Arcipreste de Sanlúcar de Barrameda. Sevilla, 1896. En 8.º, 4 ptas.

Zaragoza (J.)—Las insurrecciones de Cuba. Apuntes para la historia política de esta isla en el presente siglo: Madrid, 1872-73. Dos tomos en 4.º, 20 ptas.

Los precios marcados son para Madrid y á la rústica.

COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Ó CURIOSOS QUE TRATAN

DE AMÉRICA

I.—XEREZ (Francisco de).—Verdadera relación de la conquista del Perú. Reimpreso fielmente de la edición de Sevilla de 1533. Madrid, 1891. En 8.º, 2 ptas.

II.—ACUÑA (P. Cristóbal). — Nuevo descubrimiento del gran río de las Amazonas. Reimpreso de la edición de Madrid de 1641. Madrid, 1891. En 8.º, 4 ptas.

III y IV. — ROCHA (Andrés). — Tratado único y singular del origen de los indios del Perú, Méjico, Santa Fe y Chile. Reimpreso de la edición de Lima de 1661. Madrid, 1891. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.

V y VI.—COLÓN (Fernando).—Historia del Almirante D. Cristóbal Colón, en la cual se da particular y verdadera relación de su vida y de sus hechos y del descubrimiento de las Indias Occidentales llamadas Nuevo Mundo. Madrid, 1892. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.

VII. — RUIZ BLANCO (P. Matías).—Conversión en Pirilú de indios Cumanagotos y Palenques, con la práctica que se oberva en la enseñanza de los naturales en lengua Cumanagota. Reimpreso de la edición de Madrid de 1690. Madrid, 1892. En 8.º, 3 ptas.

VIII y IX.—VARGAS MACHUCA (Bernardo de).—Milicia y descripción de las Indias. Reimpresa fielmente según la primera edición hecha en Madrid en 1599. Madrid, 1892. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.

X. — PALAFOX Y MENDOZA (Juan de), Obispo de la Puebla de los Ángeles.—Virtudes del Indio. Reimpreso en Madrid en 1893. En 8.º, 3 ptas.

XI.—TRES TRATADOS DE AMÉRICA (siglo XVIII). Madrid, 1894. En 8.º, 3 ptas.

Contiene: Primer tratado: Relación histórica, política y moral de la ciudad de Cuenca y su provincia. Segundo tratado: Razón sobre el estado y gobernación política y militar de la jurisdicción de Quito en 1754.—Tercer tratado: Diario de todo lo ocurrido en la expugnación de Bocachica y sitio de Cartagena de Indias en 1741.

XII y XIII. — FERNÁNDEZ (P. Juan Patricio), de la Compañía de Jesús.—Relación historial de las Misiones de los indios que llaman chiquitos del Paraguay. Reimpreso de la edición de Madrid de 1726. Dos tomos en 8.º, 6 pesetas.

XIV y XV. — ROMÁN Y ZAMORA (Fr. J).—Repúblicas de Indias, idolatrías y gobierno en México y Perú antes de la conquista. Fielmente impresa, según la edición de 1575. Madrid, 1897. Dos tomos en 8.º, 6 ptas.

XVI, XVII, XVIII y XIX.—JARQUE (Francisco). — Ruiz Montoya en Indias (1608-1652). Madrid, 1900; 12 ptas.

XX.—SIGÜENZA Y GÓNGORA (Carlos de). — Infortunios de Alfonso Ramírez. Reimpreso de la edición de Méjico de 1690. Hennepin. Relación de la América septentrional. Madrid, 1902; 3 ptas.

PROXIMOS Á PUBLICARSE

XXI.—CISNEROS (Joseph Luis).—Descripcion exacta de la provincia de Venezuela.—Reimpreso de la edición de Valencia, 1764.

XXII.—MONSALVE (Fr. Miguel de).—Reducción de todos los indios del Piru, *1604*

Los precios marcados son para Madrid y á la rústica.

